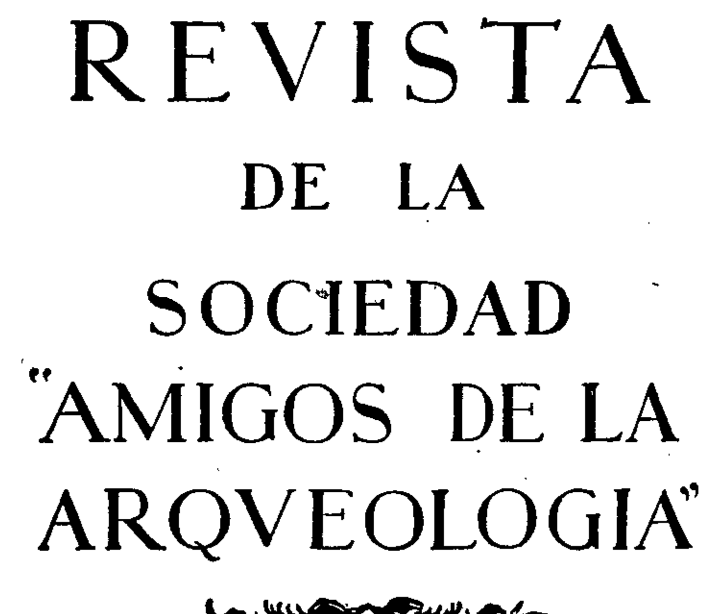
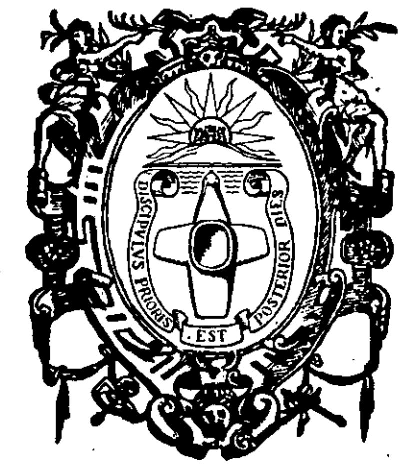


REVISTA DE LA SOCIEDAD "AMIGOS DE LA ARQVEOLOGIA"



MONTEVIDEO, 1957 TOMO XV

SOCIEDAD
"AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA"

Fundada el 29 de junio de 1926

Avda. 18 de Julio Nº 1195

Montevideo - Uruguay

COMISION DIRECTIVA

Presidente:	Sr. Horacio Arredondo
Vicepresidente:	Arq. Juan Giuria
Secretarios:	Sr. Carlos Gutiérrez Lebrun
	Arq. Violeta Bonino de Langguth
Tesorero:	Ing. Mario Fontana Company
Vocales:	Ing. Jorge Aznárez
	Sr. R. Santiago Acosta y Lara
	Sr. Leonardo Danieri
	Sr. Luis Bausero
	Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla

COMISION DE REVISTA:

Arq. Juan Giuria — Sr. Horacio Arredondo — Sr. Simón Lucuix

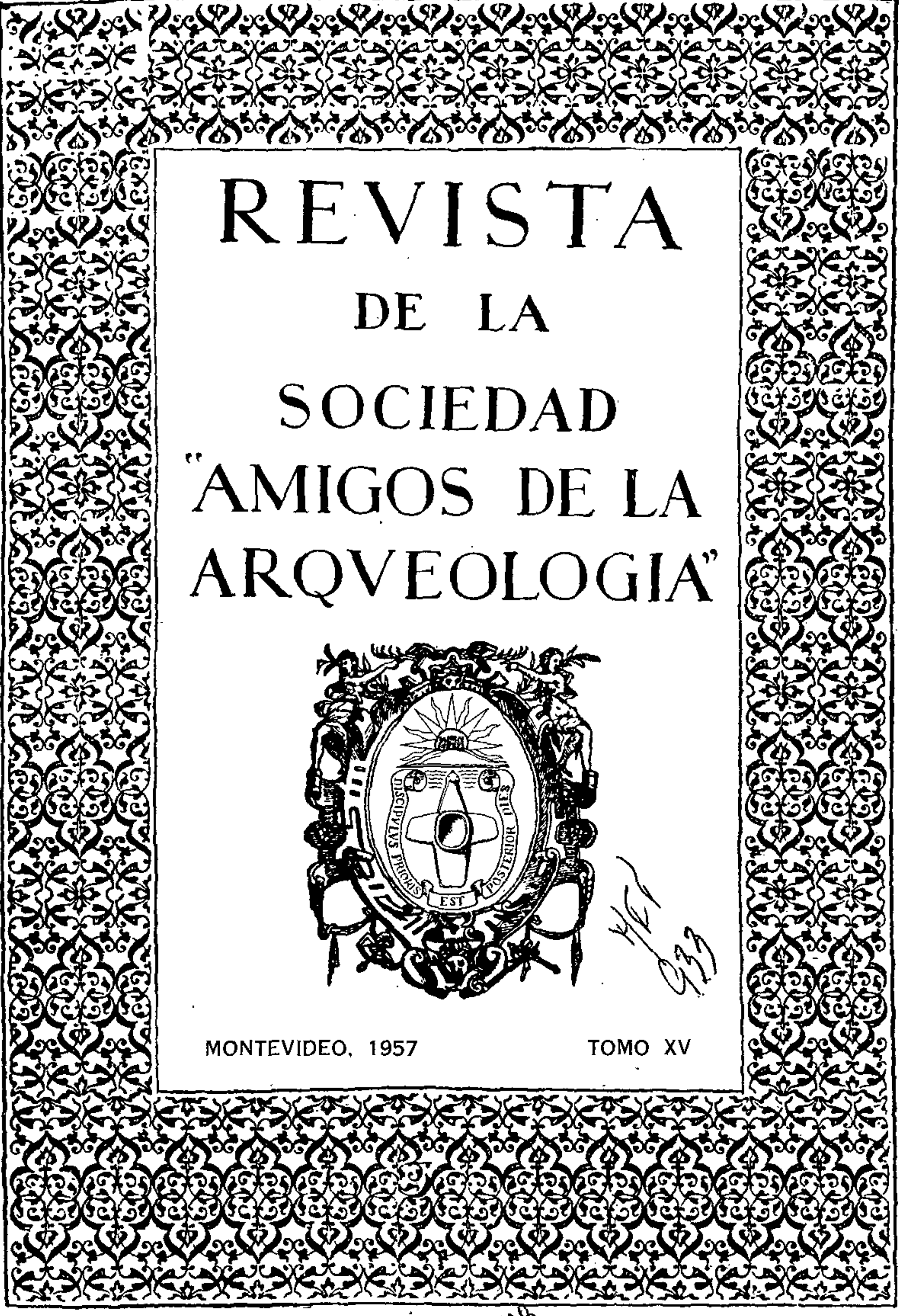
Artículo 10 de los Estatutos

Los socios, sean honorarios o activos, pueden asistir a las sesiones ordinarias de la Comisión Directiva y tienen derecho a participar en sus deliberaciones, pero no votar.

REVISTA

DE LA

SOCIEDAD "AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA"


REVISTA
DE LA
SOCIEDAD
"AMIGOS DE LA
ARQVEOLOGIA"
DISCIPVLVS PRIORIS EST POSTERIOR DIES
MONTEVIDEO, 1957
TOMO XV

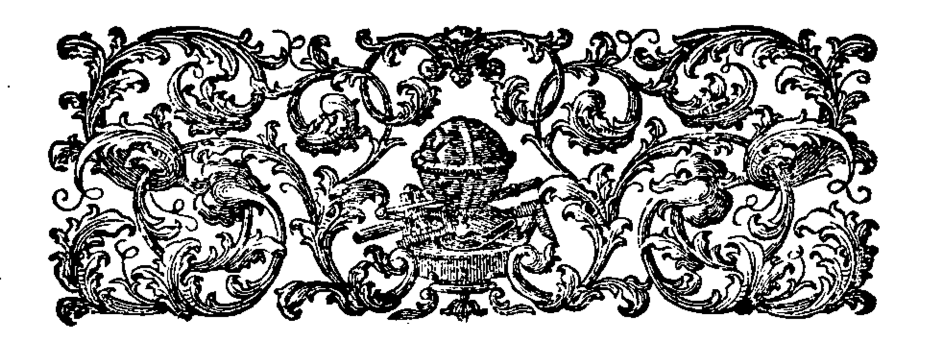
Viajeros visitantes del Uruguay

por

HORACIO ARREDONDO



MONTEVIDEO
1958



PROEMIO

Lo lógico, lo racional sería que estas transcripciones de los viajeros que han visitado el país desde los primeros tiempos de nuestra civilización, fueran presentados cronológicamente, anotados y comentados, a fin de que la compulsa del todo a formar, presente un conjunto orgánico, homogéneo; pero, desgraciadamente, siempre no podrá ser así por cuanto se trata de reediciones que hace una institución como la nuestra, integrada por una agrupación de personas estudiosas animadas por una gran voluntad de hacer pero sin los medios necesarios para presentar, en la manera ordenada antedicha, ese conjunto de documentación.

Habrá que tener traductores y copistas y no los hay por falta de recursos. Todo lo debemos hacer a base de entusiasmo, de manera que las traducciones se harán cuando y como se puedan —eso si, lo más cuidadosamente posible—, lo mismo que las copias, —que se procurarán fieles, como deben ser— para que llenen las finalidades que se persiguen. De igual manera los comentarios descansan en depurada información, no debiendo olvidar el lector que las anotaciones significan una tarea árdua y tanto más delicada cuanto a la misma no es posible dedicarse por entero, ya que es escaso el tiempo disponible que dejan ocupaciones imprescindibles para llenar las exijencias materiales de la vida.

Esto sentado, explica los poderosos motivos de por qué no se hace este resumen de determinados textos de relatos de viaje y de observación como se debieran hacer con comentarios técnicos, a lo que se debe agregar que su disponibilidad se considera tan útil que no se duda en emprenderla en la forma imperfecta en que probablemente saldrá, con sus índices.

Para apreciar el alcance de nuestra decisión adoptada, no obstante los precarios medios de que se dispone, diré que se realiza teniendo en cuenta que se trata de pasajes de obras agotadas —muchas, verdaderas rarezas bibliográficas— que son inaccesibles al común, ni aún, en más de un caso, poniendo a contribución las bibliotecas públicas; y el resto, solo al alcance de los que cuentan con amplios recursos, de tiempo y de la paciencia necesaria para esperar que salgan a la venta en las públicas almonedas o en los espaciados catálogos de las librerías de viejo. De manera que nuestras reediciones estarán al alcance de todo el mundo por poquísimo dinero, a

precio de costo de la impresión y del papel a usarse pués, lo demás, será el resultado de la colaboración gratuita del equipo que trabajará.

Se irán intercalando en cada volumen de la Revista cada vez que se tengan listas, pero sin olvidar que el principal norte de nuestras publicaciones debe ser el de insertar monografías o el simple adelanto de noticias sobre los infinitos tópicos que abarcan los temas arqueológicos que están dentro de los cometidos de la institución como cosa primordial.

En muchos casos, el allegar noticias biográficas o bibliográficas sobre tal cual libro o autor no será realizado o, de hacerse, se hará escuetamente, por cuanto hay autores de escaso volumen como tales y, en otros, la bibliografía no figurará por no existir, ya que hay relatores sin bibliografía y sin antecedentes como escritores que, pese a ello, figuran prácticamente como tales por haber dejado noticias impresas interesantes al solo título de antecedentes para el conocimiento del pasado nacional, y que, de su pasaje por la vida solo han dejado esas informaciones.

Creo que siempre se debe tener presente, para juzgar esta contribución, lo dicho y recalco, que tratándose de libros a veces inhallables, el solo hecho de haberlos individualizado, incorporándolos a la lista que lenta y penosamente se va formando, supone una tarea previa realmente encomiable en la que no se han omitido esfuerzos de clase alguna, incluso verdaderos sacrificios económicos para adquirirlos.

También puntualizaré que si bien se han consultado todas las bibliotecas públicas, se ha procurado hacer exhaustiva —dentro de la relatividad de lo que puede ser— la investigación en las particulares, que se han abierto desinteresadamente para hacer realidad esta positiva contribución a la cultura pública.

Y si se ha dado prelación a esos conjuntos es por que se ha considerado —dada la rareza de algunos ejemplares— que paralelamente a estas exhumaciones se hace una especie de inventario bibliográfico, un relevamiento de fondos, somero pero real, para que los estudiosos y coleccionistas en el futuro puedan situar donde se encuentran fuera de los repertorios públicos, esos "incunables". Y todo esto encaminado para que, a la desaparición de sus dueños, los que sobrevivan sepan donde se pueden encontrarlos, evitándose su pérdida como tantas veces ha sucedido y acontece dentro y fuera de fronteras.

———

Innecesario creo añadir algo a lo que ya expuse con cierta extensión en el introito que precede a mi "Colección de Viajeros" que corre impresa en el segundo volumen de mi "Civilización del Uruguay" y que, por sabido, solo corresponde recordarlo como cosa conveniente de este preámbulo.

Que la compulsa del cuerpo édito que vamos a exhumar, hay que realizarla con sumo cuidado, no solo para la formación de criterio propio sinó, con más razón, a los efectos de su ulterior utilización como herramienta de trabajo. Es imprescindible, unas veces por la parcialidad de los relatos, otros,

porque la fantasía de los autores desborda la realidad vista o simplemente presentida, sin echar de menos los enfoques equivocados desde los puntos de vista políticos o religiosos, esté muy acusado en ciertos libros pues muchos autores eran protestantes que visitaban y juzgaban casos y cosas de un país como el nuestro de bien saneada devoción a la iglesia católica romana, por cierto más acentuada antes que en la actualidad.

Otro escollo a evitar es que no pocos visitantes dan como propias observaciones éditas de terceros anteriores, de suerte que hay que tener cautela en no dar como originales observaciones de segunda mano, ya conocidas en días precedentes, cosa que a nuestros lectores les resultará relativamente fácil pues reeditándose casi todo, el cotejo no es difícil ya que el resultado de la apropiación fluirá por si sola. Estas apreciaciones quedarán libradas al criterio de cada cual por razones obvias.

El interés comercial inspiró la mayor parte de esos viajes. Esto es fácil percibirlo ya que el deslinde de los que tenían exclusivamente matiz político, o de simple recreo, como de los puramente científicos, está perfectamente al alcance del avisado lector. Lo que no es tan fácil de percibir —por lo menos a primera impresión— es el captar el matiz de quienes guiados por el afán de vender las mercaderías que portaban al mejor precio posible, o el que buscaba abrir nuevos horizontes a sus negocios personales o mercados para sus pátrias de orígen o de adopción, enfocan falsamente el juzgamiento de los nativos y de sus ambientes, cuando contrariaban con sus turbulencias el clima propicio a esas transcacciones crando el nada aparente para el regular movimiento comercial o industrial propio del caso. Pues no se debe olvidar que por ciertos tiempos se emprendieron guerras indispensables para obtener nuestra libertad política, ya que se tenía consciencia de que el país había salido de la pubertad y ambicionaba convertirse en nación, pequeña pero efectiva, por cuanto ya se vivía en plena mayoría de edad· Esto cuenta de 1810 a 1830 y a poco prosigue con las luchas internas propias en todas las latitudes hasta lograr la consolidación de la organización nacional, supremo escollo de los países que nacen. De manera que, en primera línea, los juicios sobre Artigas deben ser considerados con el equilibrio del caso para no errar y la misma precaución debe tenerse para juzgar buena parte de los pareceres que se vierten hasta bien pasado 1850, pues el viajero llegado a nuestras playas, —comerciante o nó— era lógico que procurara documentarse en los naturales del país y en los extranjeros ya afincados de antiguo, y estas fuentes de información casi siempre eran parciales, pues la población estaba profundamente dividida, influenciada por los intereses materiales o por los idealismos de los bandos en pugna, ya se tratara de godos o de patriotas, de porteñistas o de aportuguesados, de devotos de Rivera, Lavalleja u Oribe y, ni qué decir de contrarios o de amigos de Juan Manuel de Rosas. Lo mismo en lo referente a los períodos de Urquiza, de Flores y de otros caudillos menores.

La finalidad perseguida, debe enunciarse en este proemio, es: la de no entrar, salvo el caso que resulte materialmente imposible eludirlo, al tema puramente político, tanto en lo nacional como en lo internacional, cuyo estudio a nuestra corporación no corresponde. Damos alguna prelación, en lo que se refiere a las centurias XVI, XVII y XVIII a los temas geográficos que si bien tampoco nos corresponden, son indispensables para situar los etnográficos, para consignar todo cuanto se refiere al conocimiento de nuestros aborígenes, no tanto por sus probables orígenes sino por lo que atañe a las manifestaciones materiales de su incipiente civilización que, con sus productos, constituye el primer aporte arqueológico afín a nuestro tema.

Luego todo lo folklórico y el relevamiento del variado y elemental instrumental del indio y del producto subsiguiente, pleno de colorido y auténtico fruto de la tierra; del gaucho. Igualmente la información del hombre blanco y las sucesivas inmigraciones que construyeron las ciudades y los pueblos y la vida del campo tan plena de instrumental propio, tanto en sus industrias rudimentarias —incluso las agrícolas y las pastoriles— como en su indumento y en el alhajamiento de sus casas. Sin olvidar la mención de las observaciones referentes a los variados temas de la historia natural —en las que participaron eminencias de renombre mundial— que explican muchas costumbres, aclaran no pocas incógnitas del primitivo instrumental y contribuyen a debelar panoramas primitivos tanto en sus detalles como en su generalidad, ambientándolos.

Por eso es que me he permitido trazar un breve cuadro del primer período englobando en la confusa crónica de los descubrimientos y de los Adelantados —que fueron en verdad los colonizadores primigenios— pues contribuye a aclarar el ambiente en que terminando la por demás primitiva civilización autóctona, se implanta la nueva, que es el cimiento de la actual.

Si bien aquellos Adelantados no penetraron tierra adentro, los primeros contactos de esas expediciones, así como las anteriores, la de los descubridores, no deben desconocerse por quienes dedican sus afanes al conocimiento arqueológico de los distintos aspectos de las industrias y del existir de los aborígenes, habiendo en esos aspectos muchos antecedentes, al parecer muchas nimiedades que no son tales, pues su dominio dan bases firmes a síntesis. Entre ellas baste recordar que los movimientos del hombre blanco, español, portugués o lo que fuera, también debe conocerse para penetrar la realidad geográfica —origen de la cartografía— pues las marchas y contramarchas propias de todas las primeras exploraciones, si bien de dificultosa comprensión a veces, es elemento básico a los efectos de nuestras investigaciones.

Finalmente no se me oculta que en las notas y en los comentarios se deslizarán errores. Anticipo su mención a los críticos en los casos en que pudiera ser yo el comentarista, quienes deben saber que casi deseo que se produzcan, pues las rectificaciones son siempre saludables, ya que nadie

puede suponerse ajeno al error. La crítica constructiva será siempre bienvenida hasta en los enfoques generales que pudieran demostrarse equivocados, ya que el interés mayor de esta compilación no se reduce a colectar antiguallas, sino a crear un fecundo ambiente de investigación en torno a esas vejeces, donde la discusión entablada de manera impersonal y levantada, procurará el logro de esclarecimientos, principal norte de todos estos afanes.

Estoy perfectamente seguro y verdaderamente ansioso de que la prosecución de la investigación en los archivos que se va realizando, principalmente en los extranjeros más ricos en material inédito, por un calificado conjunto de estudiosos, sea cuantiosa. Es lo lógico, pues ella en buena parte modificará la historia.

Cuando pienso en el escaso horizonte —en realidad no lo había, con verdad puede decirse— en que escribieron Pérez Castellano y Larrañaga; el débil, pero más clarificado, en que trabajó de la Sota y sus contemporáneos y en el ya más positivo en que se movió De María y sobre todo, nuestro gran Bauzá, uno se admira de lo que cosecharon esos nuestros primeros pioneros con la deficiente documentación disponible.

La gente de mi época hemos podido constatar, al sucederlos, que por esos tiempos era paupérrima la bibliografía, menguada la cosecha de los archivos, y nosotros hemos podido ver, ya bien pasado el 1900, el prodigioso desarrollo de todas las disciplinas en que se cimentan los estudios históricos en nuestro país, y casi podría decirse que hemos asistido al nacimiento de otras, como la Iconografía, la Numismática y el Folklore, cuyas especialidades han dado solidez entre otras a la sociología de estos países de sumo interés para las ciencias históricas regionales.

Y es de toda evidencia que las etapas que nos esperan abrirán un insospechado horizonte con sus nuevos métodos de investigación y la multiplicación de sus publicaciones especializadas que tenderán a aumentar la aun muy reducida legión de quienes, valientemente, prácticamente casi en el desamparo, se aplican al estudio para presentar en cuadro de realidad el pasado de nuestra colectividad.



PERSPECTIVA HISTÓRICO - GEOGRÁFICA
LOS DESCUBRIDORES

EXPEDICION DE AMERICO VESPUCIO

Roberto Levillier ha publicado en 1948, en dos densos volúmenes de formato mayor, esmeradamente impresos, los resultados de la investigación que ha llevado a cabo tendiente a demostrar un supuesto viaje a estas regiones de la América del Sud, realizado por Américo Vespucio de 1501 a 1502, dirigiendo la expedición de González Coelho.

Entrar a considerar este tema sin estar mayormente preparado para ello, resulta temerario. Es uno de los muchos puntos engorrosos, difíciles de tratar del pasado americano y abrir opinión sobre el particular sin tener a mano la bibliografía y la cartografía compulsada por el investigador argentino no es posible, máxime cuando, como en mi caso, a más de eso, no dispongo de tiempo para ese estudio.

Con todo, la conclusión a que llega, a primera vista parece fundada y puede concretarse en que en ese viaje descubrió la costa oriental del Brasil, desde la Punta del Este bajo del Ecuador, hasta la tierra comprendida entre los 16º 25′ y 17″ (donde recaló Alvarez Cabral en 1500) bogó la costa restante, perteneciente a la corona de Portugal, penetró entre 24 y 25º de latitud, en la jurisdicción de Castilla, descubrió el río de la Plata en 35º, que bautizó Jordan; el cerro de Montevideo, que llamó Pinachullo Detentio; el río de San Antonio que dió nombre al Cabo, por 36º y prosiguió por la misma derrota hasta acaso la vecindad de los 50º, siendo la última huella de su recorrida el nombre de Cananor puesto a un río que los cartógrafos, salvo contadas excepciones, colocan por 45º a 47º de latitud.

En consecuencia sienta la premisa de que "eran conocidos el Plata, el Cerro y asimismo el litoral de Tierra Argentea y la Patagonia,

desde 1502. Y como lógica e inmediata consecuencia corresponde a Vespucio el título de descubridor, pues él recibió desde 25º35º, con el comando, la facultad de elegir rumbo".

No es de extrañar pues que compenetrado de las razones a que ha llegado y en el deseo de hacer justicia a su memoria, como orientador del viaje y como actuante, reivindique para él la inmensa gloria que le corresponde a ser verdad sus conclusiones. Y de ahí que Levillier bautiza su libro con la sugestiva denominación de "América la bien llamada" ya que el nombre de Colombia es reinvindicado por muchas autoridades para nuestro continente, hasta la fecha al parecer descubierto por Cristóbal Colón.

———

Creo del caso destacar la evolución del nombre de nuestro Cerro epónimo, de la siguiente manera, al tenor de la compulsa de los antecedentes conocidos: Pinachullo Detentio, Monte Vidi, Monte de San Pedro, Monte de Santo Ovidio, Monte Seredo, Monte Vidio de Seredo, etc.

La denominación de Pinachullo Detentio figura en algunos antiquísimos gráficos: Kunstmann II y Canerio lo señalan en 1502, Waldsemuller en 1505 y 1516, Tolomeo en 1513 y Schoner en 1520, mas Levillier —a quien sigo— solo ha encontrado en esas cartas la arcaica denominación y no en escritos de ese tiempo. Le atribuyó el sentido de "pináculo ante el cual se detuvieron las carabelas" (1)

El Monte Vidi figura, como es sabido, en el famoso Diario de Albo, que no está en el croquis de Pigafetta, ambos de la expedición de Magallanes. El nombre de San Pedro no predominó como tampoco los otros citados.

El Monte Santo Ovidio aparece en un mapa portugués, de autor desconocido, de 1595, que la cartografía lo identifica por mapa de Ajuda; el Monte Seredo, en un grabado holandés de 1602 que integra el relato de la expedición del buque "Mundo de Plata" que podría ser, como avanza Aníbal Cardozo, una mala lectura de las obras de Pigafetta, Transilvano, Pietro Mártir de Anghiera, Ramusio, etc.: Monte se vede. (2)

(1) R. Leviller. Obr. cit.
(2) De Buenaventura Caviglia es la sugerencia. Artículo publicado en 1925 — de que "acaso" Pinachullo Detentio representara al Cerro.

Levillier dice: "Los holandeses fieles al relato del "Mundo de Plata" y a su compatriota De Bry que usan Monte Seredo, adhieren a ese nombre. Así en de Witt (1627), Van Lamgeren (1630) y en muchísimos otros de los siglos XVII y XVIII, se lee, "Monte Seredo, Serede o Seride". En cambio es sintomático, como asienta este autor, que los latinos "se apegan al clásico M Vidio como Teixeira (1640), Sanson (1650), Ramón (1683) y Coronelli (1688) o a Monte Vidio como de l'Isle en 1700".

Termina Levilier manifestando: "Podríamos presentar otros muchos mapas donde aparece Monte Seredo o Monte Vidio, pero basta lo dicho para admitir que el Cerro apareció en 1502 en la cartografía con el nombre de Pinachullo Detentio, el cual se extinguió después del mapa de Maggiolo de 1527; que fue bautizado Monte Vidio por Albo en 1522 sin que mapas algunos recogieran entonces esa designación, que surje en papeles de Hernando de Montalvo (1576-1587), Gabriel Soarez (1587) y Hernandarias (1613), la de Monte Santo Ovidio ya existente entonces en Bartolomé Velho (1562) y Ajuda (1595). Leemos en 1640 en Teixeira, Sanson, Coronelli y De l'Isle, M. Vidio, pero en 1602, con la mentada y defectuosa interpretación holandesa del cerro: Monte Seredo, Serede o Seride, se entabla la lucha cartográfica, triunfando definitivamente el de Albo, de Monte Vidi, probablemente a raíz de estudios del Gobernador Zabala, cuando fundó, al pie del cerro famoso, la ciudad de Montevideo".

Esto de "los estudios de Zabala" no me parece convincente. Nada hay que, justificadamente lo pueda hacer suponer, y, de haber existido, cuesta creer que en la numerosa documentación exhumada con motivo del debatido asunto de la fundación de nuestra capital —no sólo a fecha sino a título de fundador reinvindicado por alguno para Alzaibar—, no aparezca, ni tampoco en las cartas del Rey, ni en los repartos de tierra, ni en parte alguna, mención del porqué de haberse apartado de la denominación geográfica de la cartografía que, un siglo después, casi hasta a mediados del siglo pasado, —el XIX—, todavía suele surgir en los relatos de viaje y en no pocos documentos escritos.

La etimología de Montevideo ha dado pie a que un estudioso colega —Buenaventura Caviglia, desgraciadamente ya fallecido—, realizara por largos años prolijas y exhaustivas investigaciones, levan-

tando numerosas "pistas", como él donosamente decía, sin que se haya podido develar el misterio de manera categórica e inconfundible. (3)

También otros compañeros del Instituto —igualmente fallecidos— Daniel García Acevedo y Carlos Travieso— se han ocupado del asunto, adelantando opiniones y fundando pareceres que no es del caso seguir por cuanto desborda el plan de esta perspectiva. (4)

JUAN DIAZ DE SOLIS

Deseo puntualizar que, a continuación, me propongo enunciar los derroteros de los primeros navegantes que recorrieron el Río de la Plata llegando a remontarlo hasta su nacimiento en la confluencia del Uruguay con el Paraná, frente a la punta Gorda, más o menos, vecina a Nueva Palmira, llegando hasta San Salvador, con la sola intención de ir dando noticias de las recaladas que hicieron en nuestra costa y los descubrimientos que en ella se realizaron. Nada más; vale decir, sin entrar a la crónica o al comentario de los viajes como tales y, menos, de sus consecuencias.

Para ello transcribiré al pie de la letra sus Diarios y Relaciones o lo escrito por algunos historiadores, comentándolos. Todo esto va como texto, con las notas que pudieran contener, a las que adicionaré algunas aclaraciones que considero pertinentes en el buen deseo de llevar al lector una impresión de la geografía y del ambiente que surge de la lectura de todo ello, nervio de esta simple perspectiva.

Salvo excepciones que van hechas para guiar la orientación del lector, me abstendré sistemáticamente de abrir opinión sobre una serie de puntos sobre los cuales, anticipo, es difícil, o porque la investigación documental prosigue o porque, para algunos, solo un estudio a fondo de los temas pueden cimentar una opinión que es secun-

---

(3) Buenaventura Caviglia. "La etimología del nombre Montevideo. Pistas para rastrearla". Montevideo 1925; y "Etimos" Montevideo. "Montevideo 1932. Es de advertir que este autor siempre firmó Caviglia (hijo).

(4) Daniel García Acevedo en "Revista Histórica", T. VIII, Nº 19. Carlos Travieso. "El nombre de Montevideo". Río Janeiro 1922.

daria para la finalidad de este trabajo netamente orientado a la geografía y las costumbres enfocados por un lente en el cual prima soberana la arqueología.

Pese al adelanto de los estudios históricos dentro y fuera de fronteras, sigue en el tapete la vieja cuestión de quien descubrió nuestro gran río. Para los más es evidente que fue Juan Díaz de Solís, para otros, no; y si como afirma Gandia, puede considerársele el descubridor "oficial", es lo cierto que existen indicios positivos de viajes anteriores, de los cuales no han llegado hasta nosotros ni Diarios ni Relatos; y el de Vespucio, oteado por viejos navegantes, entre ellos Boungainville, parece evidente como lo anota Levillier.

Es conocida la rivalidad que por esos años imperaba en materia de descubrimientos entre las dos naciones ibéricas. España y Portugal luchaban empeñosamente por descubrir nuevas tierras en la ruta de la India, en la que América surgió de improviso trastocando toda la ciencia geográfica europea. Esa lucha desborda la documentación exhumada, presentándonos a las dos naciones rivales tal como estaban, en una puja tremenda por sacarse los mejores pilotos, por sobornarlos, por esconder el resultado promisorio de expediciones realizadas en el mayor secreto con fines de utilizarlas en otras subsiguientes y complementarias de mayor envergadura que les dieran base para la mayor apropiación de tierras. Y ese ambiente por completo anormal, a más de cuatro siglos de vicisitudes, es poco aparente para el cateo que se viene llevando a cabo, tarea tan lenta como difícil, que quizá proseguirá por largos años arrojando magros resultados, hasta que el misterio que rodea a las primeras expediciones deje de ser tal, de una manera concluyente y definitiva.

Complica más esta investigación ardua de por sí, las simpatías de los historiadores de antes y de hoy por los cronistas de las primeras horas, así como el deseo de que a España o Portugal les corresponda la primacía de los descubrimientos mayores.

Debo aclarar que esta simpatía de los historiadores de antaño y de ogaño, es consecuencia de factores profundamente humanos y también la opinión de cada uno de si tal o cual antecesor era verídico, exacto, vale decir falseador consciente o inconsciente de hechos, pues los había, antes como hoy, de todo, unas veces guiados por exceso de optimismo o de credulidad, otras de desconfianza. La ocultación de documentos, el preconcebido falseo de hechos para cimentar o vol-

tear pretenciones nacionalistas se sumaba y proviene, ya que no se toman sin mayor análisis afirmaciones, de los cronistas desaprensivos y ligeros propios de todos los tiempos. En cuanto a la probidad de muchos, que es incontestable la hubo en la escala normal, también ha sufrido en ciertos casos serio detrimento, por haberse interpretado con error viejos documentos —verdaderos palimsestos del XVI— documentos mal leídos o defectuosamente cotejados. Añádese a esto el desconocimiento de documentaciones difíciles de localizar porque en los archivos de Europa, por la inmensidad del fondo que custodian, la captación es difícil al punto que la mayor parte de las naciones americanas interesadas en aclarar sus orígenes y en conocer el transcurso de sus primeros años, han debido enviar, desde hace casi medio siglo, legiones de investigadores para la compulsa de esos conjuntos caóticos, verdaderos galimatías en escala mayor, en que sólo el método, el tesón y la suerte, procuran buenos resultados.

Vuelvo a recalcar, como comentario de pasaje, que antes del descubrimiento "oficial" del Brasil por Alvarez Cabral en 1500, hubo viajes anteriores: no sólo el de Joao Coelho de 1493 a 1494 sino también uno posterior de Duarte Pacheco Pereira de 1498; se supone que Portugal mantuvo en secreto sus resultados y hasta se dice, también lo que parece con fundamento, que España realizó al igual de su vecina expediciones clandestinas, entre la que se anotan las de Nuño Manuel y Cristóbal de Haro, anterior a la de Solís.

En este ambiente confuso resulta algo temerario aventurarse aun para hacer simples exposiciones de generalidades como esta, pero es necesario penetrar resueltamente en ese medio y tratar de proyectar alguna luz, generalizando. La tarea es un tanto por demás riesgosa pero grata y hasta puede resultar útil para los novatos que con el enfoque unilateral de la arqueología como norte, se aprestan a aventurarse en la indagación de nuestro pasado tras los primeros vestigios de nuestra geografía, del folklore, de la sociología y otros aspectos no menos atractivos de los pasados tiempos.

EXPEDICION DE SOLIS

Del compacto conjunto de grandes autores que han tratado el descubrimiento del Río de la Plata, opto por seguir al historiador argentino Eduardo Madero, autor de la "Historia del puerto de Buenos Aires" cuyo primero y único tomo publicado trata del "descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes, y fundación de las antiguas ciudades a sus márgenes". También a José Toribio Medina, el monumental polígrafo chileno, y a otros autores seleccionados, antiguos y modernos, que en su lugar van citados lo más escuetamente posible para no hacer erudición barata en esta tarea de simple vulgarización, lo que de hacerse, procura fundado fastidio a los que saben, y lectura pesada a los que se inician.

El texto de Madero, impreso en Buenos Aires en la ya lejana época de 1892, expone con claridad el confuso derrotero de los primeros navegantes llegando a conclusiones que la investigación posterior apenas si ha alterado, por lo menos en los pasajes que nos interesan. Pero es indudable que la prosecución del análisis de archivos y de documentos la tornarán anticuada a seguirse en el ritmo con que se va. Pero es una base sólida: de ahí mi elección.

Entre las primeras fuentes citadas por este historiador están los tres volúmenes de Ramusio: "Delle Navigationi et Viagi", la "Historia Novi Orbi" de Benzoni —en lo que se refiere al más reciente período del setecientos, y a Varnhagen— el conocido vizconde de Porto Seguro"— en su "Historia Geral do Brasil" en lo que al ochocientos concierne.

Si bien me confío en Madero con determinada consecuencia, lo matizo con las notas modernas de Medina, el gran historiador, y con las del erudito brasileño Eugenio de Castro en el para nosotros interesantísimo viaje de Pero Lopez de Souza que transcribimos en esta nuestra serie con los correspondientes comentarios míos y, por separado, del coronel Rolando Laguardia Trías, un estudioso uruguayo que ha permanecido en España largo tiempo investigando y que ahora, colabora en esta obra de la manera dicha, cuyo texto no tengo en cuenta, ni siquiera lo he leído, por razones obvias.

———

Madero afirma que "Solís no intentaría cruzar la imponente y siempre temible barra de Río Grande del Sud (lugar llamado Tibique

por los aborígenes), y le alejarían también de la tierra los irregulares bajíos de aquella barra que se extienden hacia muy afuera de la embocadura del Chuy, donde a más de 30 millas lejos de la costa hay sólo 10 brazas de agua y una fuerte corriente aterradora; pero la sonda le conduciría hacia los cerros de Castillos, haciendo rumbo probablemente al verdoso cono (5) que, elevado como 50 metros sobre el nivel del mar, parece una isla al venir navegando del N.E." (6)

El piloto Francisco de Torres descubrió más adelante las islas inmediatas al cabo Apolonio, que desde entonces conservan su nombre, y a las que el islario de Alonso de Santa Cruz llama de Rodrigo Alvarez, por pretender este piloto —que también vino con Caboto— haber sido él quien primero las divisara. (7)

Siguiendo la costa vieron una saliente de arena, con una isla rasa al Sur, semejante, a la distancia, al cabo de Santa María que forma el extremo occidental del Golfo de Huelva; última tierra europea que dejaron cuando hicieron rumbo a Las Canarias.

Desde el *impropiamente llamado cabo, bajas dunas se prolongan* hacia el S.O.: lo que induciría a Solís a explorar si por ahí doblaba el continente. En esta navegación "corrieron dando vista a la

(5) De verdoso poco tienen. Es piedra con algo de pasto y musgo batida por los temporales y calcinada por el sol.

(6) Fácil sería hacer una sumaria crónica de la mala fama que entre los navegantes de todas las épocas tiene esa costa, pero para no adentrarnos en un tema baladí, creo bastante decir que los naufragios han sido numerosos en ese sector en los siglos pasados. En el presente, a pesar de la perfección de las cartas marítimas y a los servicios positivos que prestan los faros brasileños de Río Grande, Albardon y Chuy a la navegación, para el que recorra esa costa le será fácil constatar lo que se lleva dicho. El que escribe, que la ha recorrido varias veces, ha anotado y documentado gráficamente numerosos restos de embarcaciones perdidas en esa zona inhospitalaria cuyos restos demuestran a las claras la peligrosidad de esos lugares.

(7) Arquitectónicamente de "torres" a "castillos" hay poca distancia, pues éstos, por lo regular y casi invariablemente en los de la edad media, tienen sus torres. Las actuales islas de Castillos son cuatro, conocidas por Castillos Grande y Chicas. Las primeras, de mayor extensión —unas siete hectáreas cada una según aquel benemérito estudioso, Inspector de Escuelas de Rocha, que fue don Benjamín Sierra y Sierra ("Apuntes geográficos" etc.) denominadas Seca y del Marco; las segundas son en realidad islotes: el de Castillos Grande y la Pedregosa. El primero, según Lobo y Riudavets ("Manual de Navegaciones" etc.) "se levanta bruscamente a 32 metros de altura. Es de figura casi circular y mide unos 5 cables de perímetro. Esta forma de torre que dió origen al nombre de Castillos pasó a tierra firme llevando la denominación, a más de la isla, a la costa, a la ensenada, a una punta, un arroyo, una cañada, una gran laguna, un palmar, un pueblo, a los habitantes de la zona ("Castillenses") etc.

isla de San Sebastián de Cádiz" –20 de Enero de 1516–. De manera que en esa fecha era cuando Solís entraba por el estuario del río que inmortalizó su nombre; pues la isla que así llamó era la actual Lobos.

Fue este el más rápido viaje en los anales de los descubrimientos; pues cuando Solís penetraba por la embocadura del Plata, hacía apenas tres meses y medio que había dejado los pinares del Guadalquivir.

Si los hados en adelante no le hubieran sido tan adversos, ya no encontraría a su regreso a Castilla al Rey Católico que le había favorecido, pues tres días después (el 23 de Enero de 1516) expiraba en Madrigalejo.

Siguieron "adonde (8) están otras tres islas, que dixeron de los

---

(8) Dice Madero en la nota 62: "Navarrete, alterando el texto de Herrera, dice "donde": lo que produce confusión; y puso también a su obra una nota creyendo que las tres islas que los descubridores "dixeron de Lobos" eran las que desde poco después y hasta ahora se nombran "Lobos": nota que también ha hecho incurrir en error a varios escritores".

Se prefiere a Martín Fernández de Navarrete –1765-1844– en su obra "Colección de Viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV" que es fama utilizó en gran parte la Colección del "diligentísimo, modesto ya sabio" español también, don Juan Bautista Muñoz. Antonio de Herrera, cronista mayor de Indias autor de la famosa obra "Historia general de las Indias Occidentales" publicada por primera vez en 1601. Navarrete parece ser que, en lo referente al Plata, siguió a Herrera y a Oviedo (Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdez, "Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del mar Océano": la edición más consultada es la de Madrid de 1851, en cuatro tomos).

Entre las obras principales que deben consultarse sobre el descubrimiento de nuestro gran río figuran la de "Orbe Nuevo" de Pedro Martir de Anghiera: "De rebus Oceanice et Novo Orbe" impresa por primera vez en Colonia (Alemania) en 1574; la citada de Oviedo cuya edición príncipe es de 1535, y la segunda parte, escrita en 1541 y continuada en 1547 compulsando las relaciones que le dió Alvar Núñez Cabeza de Vaca; Martín del Barco Centenera, "Argentina y conquista del Río de la Plata", impresa en Lisboa en 1602 reimpresa en dos tomos en Buenos Aires en 1912; Ruy Díaz de Guzmán "Historia del Descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata" más confusa, inexacta y fantástica que los anteriores; el jesuita Pedro Lozano, "Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán", publicado por nuestro compatriota el Dr. Andrés Lamas, Buenos Aires 1873-1875; Félix de Azara en "Descripción e Historia del Paraguay y Río de la Plata" etc. Pero, como afirma Madero, en lo que se refiere al descubrimiento, copió a López de Gomara, Barco Centenera, Ruy Díaz y Lozano; y con excepción de Andrés Lamas y Clemente Fregeiro, historiadores uruguayos y de Manuel Trelles, argentino, en lo que se refiere a los antiguos, siguieron en variedad de formas y deducciones, en lo que al descubrimiento se refiere, a Herrera y a Navarrete. Los citados compatriotas expresaron dudas sobre si llegaron hasta los 40º de latitud sud Solís y Pinzon inclinándose a creer que Solís descubrió el Plata en el viaje de 1512. Trelles es de parecer que lo descubrió en dicho año Diego García.

Lobos"; y son las que ahora llaman de Flores, y que a cierta distancia "hace señal de tres magotes" según la frase muy propiamente empleada después por Diego García, maestre de una de las carabelas de Solís. [9]

Más adelante entraron al puerto que nombrado de "Nuestra Señora de la Candelaria" (2 de Febrero) que hallaron en 35º; actual Montevideo, cuya posición exacta es 34º53'3". Aquí "ante el escribano Alarcón y el Estado Mayor de la Armada, erigiendo una cruz y tañendo las trompetas" tomaron posesión para la corona de Castilla, cortando árboles y ramas" cumpliendo así las instrucciones reales de hacerlo "donde haya algún cerro señalado". De la cúspide del que allí se eleva, coronado entonces por un grupo de árboles añosos, sacudido por los vientos [10], contemplarían sin duda el no muy seguro puerto, rodeado de arenas, holladas de tarde en tarde por el hosco charrúa; más allá la ondulada península, ceñida por el río-mar; al pie del monte frondosas campiñas, por las que como cinta de plata serpentea el hoy coqueto Miguelete [10] y su vecino entonces tan Panta-

---

Sin poner ni quitar rey, porque se trata de un tema que para tratarlo a fondo necesita un estudio largo entre los citados y muchos otros autores antiguos y modernos, creo que la fuente más segura es Herrera, que Madero sigue bien.

Entre los modernos está Eugenio de Castro, comentador del viaje de Pero López de Souza —cuya glose se hará en el texto—; la de Otsen abordo del "Mundo de Plata". —1530-1532 y 1598-1601— respectivamente; el "Viaje al Plata"; de Schmidel —1534-1554—; el "Diario de Albo"; en Pigafetta; etc. y el Cristóbal Colón hace poco tratado por Roberto Levillier en los dos tomos de su "América, la bien llamada" Buenos Aires 1948.

Para nota es ésta bastante extensa y podrá ser complementada en detalles cuando en el texto me refiera a lo que los antiguos cronistas han dicho de nuestra costa.

(9) Dice Madero en la nota 64: "Así está dibujado el Cerro de Montevideo en los planos más antiguos".

(10) El nombre indudablemente le viene del cuerpo de Miguelete o Miñones que existió al final de la dominación española, creado a raíz de las invasiones inglesas de 1806. Creo que, originalmente, una guardia de este cuerpo se situó, permanente o por algún tiempo en sus orillas, y de ahí el nombre del arroyo de los Migueletes que después el vulgo lo abrevió: Miguelete.

Estos migueletes o miñones eran fuerzas que existían en Cataluña según se desprende del cotejo de las viejas fuentes y aún existen en España pues los he visto con un uniforme destacado.

En lo que al caso interesa parece indudable que un vecino de la ciudad, el catalán Antonio Vilardebó, ante la inminencia del ataque inglés "ofreció sus casas para acuartelar una fuerza de 200 hombres de caballería". A poco, caído Buenos Aires en manos de los ingleses, Vilardebó insistió ante el gobernador Ruiz Huidobro que preparaba fuerzas para la reconquista del virreinato, ofreciéndose "para abrir un empréstito gratuito" etc. y "asociados a dos amigos suyos, don Martín Diego y don Faustino García, consigue reunir cuarenta y ocho mil pesos

noso como hoy, no removido su suelo por el continuo pasar de los rebaños, no enturbiadas sus aguas los prosaicos residuos de las industrias que después poblaron sus márgenes; ([11]) y por fin un otro río, donde buscaron luego mejor fondeadero; pues como dice el cronista "fueron a surgir al rio de los Patos en treinta y cuatro grados y un tercio", río nombrado después Santa Lucía por uno de los más esforzados campeones sucedáneos y "cuyo cauce ancho y hondo petro de la barra se halla a 34º47'4".

Natural es suponer que en el abrigado río al que Solís dio el nombre del que aun es digno, la útil caza que se le brindaba, la provisión de aguadas y la recorrida y compostura de embarcaciones. le inducirían a tomarse descanso en tierra de Castilla. Continuando el viaje costearon las barrancas de San Gregorio (12 de Marzo), y "entraron luego en un agua, que por ser espaciosa y no salada llamaron Mar Dulce".

Cuando Solís anotaba esto en su Diario de Viaje, iría más adentro de la llamada hoy Punta de Jesús María, que dista sólo unos 5 y ½ kilómetros de la boca del Santa Lucía, y desde donde, salvo días excepcionales, el agua está siempre dulce. ([12])

---

fuertes, ocho mil dados graciosamente y los otros cuarenta mil prestados sin interés alguno, hasta su reembolso, contribuyendo él, por su parte; con tres mil pesos" (O Araujo. "Diccionario Popular de Historia" t. III, pág. 661). Y sigue: "No se limitó a esto su patriotismo, pues ofreció para la escuadrilla de la reconquista una porción de cables nuevos; promovió la formación de una compañía de Miñones Catalanes vestidos y costeados por él y algunos amigos" etc. Fueron a la reconquista al mando del capitán Rafael Bufarull en número de 1.200 o más, en esto los historiadores no concuerdan. Liniers, en el parte oficial del ataque a Buenos Aires dice: "Habiendo los Migueletes empeñado un fuerte tiroteo", etc. Hay muchas otras citas donde indistintamente se les llama migueletes, catalanes y miñones: Andrés Lamas ("El escudo de armas") etc., Pantaleón Rivarola ("Romance heroico, etc."); González Vallejo ("Diario de la ida a la reconquista", etc.); Antonio Pillado, Monner Sans, Juan Manuel de la Sota, etc..

Hay otro arroyo Miguelete en Colonia que, posiblemente, tiene su nombre el mismo orígen que el montevideano.

Los citados Vilerdebó, Diago y García son los fundadores de conocidas familias uruguayas cuyos descendientes se han distinguido mucho en la evolución del país.

([11]) En cuanto al Pantanoso, como su bien puesto nombre lo caracteriza, sigue hoy tan pantanoso debido al subsuelo de greda y a los cangrejales de sus orillas pero con aguas más sucias; por haberse intensificado las industrias en sus márgenes, principalmente el Frigorífico Artigas que, claro, no estaban en los años en que Madero las evoca.

([12]) Es una evocación muy atinada de Madero que, para hacerla, se me ocurre, debe haber conocido el lugar, pero, de entonces —1892— a la fecha las

Los que algo crean tener que observar a la interpretación que he dado al extracto hecho por Herrera del Diario de Viaje de Solís, busquen desde el grado 29 de latitud Sur, en la sucesión que establece el cronista, una isla, tres islas, un puerto, (aún prescindiendo del señalado cerro) un río y luego agua "no salada". La que he dado es, sí, la única interpretación posible. Las fechas que establezco no son, de cierto, indiscutibles; pero, de acuerdo con las prácticas de los descubridores, esas fechas tienen que ser exactas. Para que no lo fueran, sería indispensable que en todos los casos al bautizar las localidades se hubiera procedido por excepción contra lo que era regla.

"De aquí" dice el extracto de Herrera, doblaron la Punta de Santa Bárbara (actual Colonia del Sacramento), y pasaron por el inmediato archipiélago.

Costeando la tierra, "descubrían algunas veces montañas" (los cerros llamados hoy de San Juan) "y otros grandes riscos" (los numerosos que se encuentran a lo largo de esa costa hoy alterada de raíz).

Continuó Solís remontando el río, y "surgió en la fuerza de él", donde se halla "una isla mediana en treinta y cuatro grados y dos

---

cosas han cambiado radicalmente en tierra con el establecimiento del gran puente de la Barra de Santiago Vázquez, etc..

Antes de su establecimiento, había una balsa que atendía el escaso tráfico que se hacía para ese sector del departamento de San José, entonces un rincón olvidado y desvalorizado por lo arenoso de sus tierras, por lo frío, lo anegadizo y la pobreza de pasturas gruesas de que estaba dotado. A favor de esa serie de bañados, juncales, etc., hasta muy adentrado esta centuria, aquello era el paraíso de los cazadores de patos, becasinas y demás aves de bañado, mucho más poblado de caza que los de Carrasco indudablemente más frecuentados por los cazadores por su vecindad a la ciudad y no existir el obstáculo del río.

Hoy, todo ha cambiado de una manera radical, densamente poblado de chacras y quintas, al atravesarlo una de las arterias viales más importntes de la república: la de Colonia.

Esta zona en lo antiguo estaba muy poblada de indígenas, desde luego en el verano, pues el sector es frío y húmedo en extremo como dije. Al recorrerlo en cacerías hace más de 30 años, encontré numerosos "paraderos" de donde recogí bastante material que se encuentra en mi colección depositada, en custodia, en la fortaleza de Santa Teresa.

Creo haber sido uno de los primeros en levantar material del de la Tuna, tan copiosamente explotados por los compañeros Alfredo Sollazzo y Raúl Penino, al primero de los cuales se lo hice conocer. Tengo entendido que este meritorio compatriota tiene, en su colección de etnografía, un material mucho más importante que el que publicó en la Revista de la Sociedad de Arqueología. Y esta referencia me da pie para deplorar que no haya proseguido en esa orientación, como tampoco en sus predilecciones por la pintura desde que sus primeros óleos lo presentan como todo un artista.

tercios". Esta isla —está confirmado por Códices oficiales que más adelante mencionaré— es la que desde entonces se llama Martín García: nombre que se le dio por el despensero de la nave latina, que allí fue enterrado (13). La posición exacta de la isla está en 34º11' de latitud Sur.

Sobre la muerte de Solís hay muy pocos detalles oficiales o siquiera fidedignos del trágico suceso y sólo son suficiente para saber dónde se produjo y quiénes fueros las víctimas.

Mucho he procurado la narración que Francisco de Torres —sustituto del infortunado Solís— debió dirigir al Rey y presentó a la Casa de Contratación de Sevilla; pero no he podido encontrar ni esta anhelada narración ni el Diario de Viaje del regreso de la expedición, que presentado por el piloto Torres estuvo en el archivo de Simancas.

Herrera dice, tomándolo probablemente de los últimos asientos que en su Diario de Viaje escribiría Solís, o de lo que agregara el piloto Torres, que cuando remontaban el río "descubrían muchas casas de indios, y gente que con mucha atención estaban mirando pasar el navío, y con señas ofrecían lo que tenían, poniéndolo en el suelo". Esto tenía lugar en la costa entre la Colonia y la punta conocida hoy por Martín Chico.

Agrega Herrera —tomado sin duda del Diario de Viaje que continuaría llevándolo Francisco de Torres— que "Juan Díaz de Solís quiso en todo caso saber que gente era esta, y tomar algún hombre para traer a Castilla; a cuyo efecto "salió a tierra con los que podían caber en la barca" (el bote mayor). Los que acompañaban a Solís, fue-

---

(13) Hace aquí el autor una larga nota en que refuta al historiador Trelles quien niega a Solís la gloria del descubrimiento asignándola a Diego García. Para esto se funda en el último párrafo de la Memoria de este marino relativo al viaje que hizo en los años 1526 y 1527, donde refiriéndose a una señal de plata que a su regreso había llevado a España, dice García que lo hubo de "un hombre de los mios que dexé la otra bez que descubrí este rio avia quince años de una carabela que se nos perdió".

Con "merecido respeto" Madero observa a Trelles, en mi opinión con razón, que incurre en tres errores: "1º Dar al verbo que he subrayado la tercera acepción de la Academia, en vez de la primera; 2º relacionar con el año 1527 el período transcurrido; 3º suponer un viaje de García en 1512, en el cual "venia al mando de mas de una carabela".

La extensa argumentación que a continuación hace Madero, reitero, es convincente por lo menos, hasta que no aparezcan nuevos elementos de juicio que la desvirtúen.

ron: el factor Marquina, contador Alarcón y seis personas más. "Los indios —dice Herrera que tenían emboscados muchos archeros, quando vieron a los castellanes algo desviados de la mar, dieron en ellos y rodeándolos mataron sin que aprovechase el socorro de la artillería de la carabela". ([14]).

Este suceso ocurrió "junto a la isla de Martín García". Queda demostrado pues, por esta prueba oficial que el desembarco y matanza de Solís y de sus compañeros debió tener lugar en Martín Chico o sus inmediaciones, donde la profundidad del agua permite aproximarse bastante a la costa.

El único que se supone salvó de la catástrofe fue un Francisco del Puerto, grumete, que entonces tomaron los indios, y a quien, como más adelante se verá, Caboto encontró allí; pero no hay documento alguno donde se refiera que el grumete contara algo del trágico suceso.

Diversas descripciones se han publicado sobre este episodio, pero desde que no se comprueben por documentos fidedignos hay que considerarlos novelescas, por lo menos en cuanto a sus detalles.

La catástrofe debió tener lugar a mediados de Marzo de 1516, inmediatamente después de llegar a Martín García.

Herrera concluye diciendo que después los indios "tomando a cuestas los muertos, y apartándolos desde la ribera hasta donde los

---

([14]) Este es un asunto que se sigue debatiendo. Enrique de Gandía en su artículo "Descubrimiento del Río de la Plata, del Paraguay y estrecho de Magallanes" capítulo III de la "Historia de la Nación Argentina" impresa en 1939 en Buenos Aires dice en la nota 17, página 406:

"Felix de Azara, en su detestable ensayo de historia del Río de la Plata y del Paraguay, en que son más los errores cometidos que las afirmaciones casualmente acertadas, fue el primero en negar la autenticidad del relato tradicional según el cual los indios comieron a Díaz de Solís. Entre los modernos son numerosos los autores que siguen esta opinión calificando de fantasías las declaraciones de los sobrevivientes que presenciaron la tragedia. Medina ("Juan Díaz de Solís" t. I pp. CCLXXXVIII) ha logrado probar con los testimonios de Diego García de Moger, Fernández de Enciso, Maximiliano Transilvano, Pigafetta y Sebastián Caboto, que obtuvo sus informes del grumete Francisco del Puerto, sobreviviente de la matanza, que en efecto los indios mataron y comieron a Díaz de Solís y a sus compañeros. Hoy en día con los modernos estudios etnográficos que han localizado en el Delta y en las costas del río de la Plata la existencia de tribus guaraníes antropófagas, ya no cabe duda acerca del destino que cupo al descubridor del Río de la Plata. Inútil y falta de base es toda la documentación que se intente en contrario".

del navío los podían ver, cortando las cabezas, brazos y pies, asavan los cuerpos enteros, y se los comian".

Fernández de Oviedo, que, como manifesté en el prólogo, escribió *por referencias, no acusa a los charrúas de antropofagía:* diciendo sólo que "tomaron la barca y quebrándola, la quemaron". Azara, refiriéndose a este acto de canibalismo, no lo cree, "porque no habiendo cosa tan durable como las costumbres entre los bárbaros, si lo hubiesen hecho lo harían, y no es así, ni conservan memoria de semejante comida".

Consternados por tal aciaga desgracia, los de a bordo regresaron adonde habían dejado las otras carabelas, cuyo mando tenía sin duda Francisco de Torres. Unidos allí decidieron volver a Castilla; y es probable que lo hicieran en Abril de 1516, para evitar que los tomara en este hemisferio el invierno austral de ese año.

Al salir del río cazaron 66 lobos marinos, de cuya carne hicieron charque, y llevaron consigo los cueros: primera exportación de un producto platense.

En la extremidad sud de la isla nombrada después Santa Catalina ([15]), y en la llamada hasta "ponta dos Naufragados", se perdió una de las tres carabelas; quedando en la costa continental frente a esa punta, Melchor Ramírez y Enrique Montes, fuera de algunos más que perecieron en una excursión al interior.

---

(15) Sobre el origen del nombre de Santa Catalina —que fue algo así como la antesala del Plata en los siglos XVI y XVII— discrepan los escritores de historia.

Unos sostienen que se sugirió el bautizo el ser el 25 de noviembre el día de esa santa; otros, los más, creen que lo hizo —como digo en el texto— en recuerdo de su mujer Catalina Medrano, su segunda esposa.

Osvaldo Cabral, siguiendo a su coterráneo, el historiador catarinense Lucas Boiteaux en su trabajo "Sebastián Caboto", expresa: "E sabido que Caboto não fõra feliz neste segundo matrimonio. Era frequentemente maltratado pela esposa, soffrendo, segundo se diz, horrores e sujeitando-se aos mais ridiculos papeis" y agrega: "Assim não parece viavel que se fosse lembrar justamente della, da esposa iracunda que lhe amargarava os dias da vida, para dar o seu nome a térra que tão gentilmente o acolhia..."

Francamente, sin meterme en la vida privada de ese ilustre matrimonio, a lo mejor, el célebre navegante, tratando de amenguar las furias de su consorte, hizo ese bautizo —que, por otra parte no le costaba ni un maravedí— y tratando de desarmar a la arpía con ese delicado recuerdo, haciéndolo, prudentemente, presente a su regreso...

EXPEDICIONES DE HERNANDO DE MAGALLANES, SEBASTIAN CABOTO, DIEGO GARCIA Y PERO LOPES DE SOUSA

Como Juan Díaz de Solís había sustituido a Américo Vespucio en el cargo de Piloto Mayor del reino, Sebastián Caboto fue designado por Carlos V para llenar la alta vacante que aquel había producido y este encargó a Fernando de Magallanes la prosecución de los descubrimientos.

Dicho lo que antecede sigo a Madero:

"Inútil y pesado sería narrar el viaje de Magallanes desde las alegres riberas de Sevilla hasta las arenosas playas del cabo Santa María. Dejó aquellas el 10 de Agosto de 1519, y llegó a éstas el 11 de Enero de 1520, reconociéndolas por los "tres cerros" que se divisan desde afuera del inmediato cabo de Castillos "que parecían islas; los cuales dijo el piloto Caravallo que eran el cabo de Santa María; y que lo sabía por relación de Juan de Lisboa, piloto portugués, que había estado en él", cuando vino con Solís.

Al día siguiente "corrieron al norte en demanda de una como bahia", —la de Castillos— donde fondearon, sufriendo una de esas tormentas que llamamos de verano. El día 13 lo pasaron en reconocimientos, y a la tarde entraron al río de Solís. Navegaron dos días, y divisaron "una montaña hecha como un sombrero", a la cual le pusieron por nombre Monte Vidi.

El 15 de Enero de 1520 fue, pues, por sinécdoque que bautizada por padrino ilustre la

"Beldad guardada por gigante roca
Que el Plata inmenso desde lejos ve".

Del diario de viaje escrito por Francisco Albo se deduce que el día 16 fondearon en medio del río por las inmediaciones de la isla de San Gabriel (referencias que debían traer de los que vinieron con Solís, Magallanes envió la nave "Santiago" —que era la más pequeña de su armada— para que fuese a lo largo de la costa "por ver si había pasaje". Comisionó también a "La Trinidad" (a cuya tripulación pertenecía Albo) para que con otra de las naos explorara "a la parte

del sur", a ver si encontraban por esta costa el estrecho anhelado; y aquel diligente capitán mayor trasbordóse a la nave "San Antonio" para reconocer la parte del río en dirección al S.E. Quedaría pues, una nao —la "Concepción" o la "Vitoria"— de estación, o destinada a servir de punto de reunión en las inmediaciones de San Gabriel.

La "Trinidad" y su conserva explorarían probablemente la costa desde la actual caleta de la Ensenada (que encontrarían al sur recto del punto de partida) hacia el N.O., pues sólo emplearon dos días en su reconocimiento. Magallanes, que regresó a los cuatro días exploraría sin duda hasta la actual "punta de Piedras", porque según dice Herrera, "halló que el río tenía veinte leguas de ancho" distancia que debió ser apreciada desde la referida punta a Montevideo; pues hay entre ambas localidades 55 millas marinas, equivalentes a poco más de 16 leguas de entonces. La "Santiago" regresó a los 15 días —31 de Enero— del viaje de exploración que en otro capítulo describiré.

El 10 de Febrero después de haber tomado la flota agua y leña debió ponerse a la vela hacia afuera del río "para tomar una agua a la nave San Antonio"; los días 6 y 7 continuaron navegando al sur, reconociendo la tierra, y al anochecer fondearon en 9 brazas, como a 7 millas del "cabo de San Anton", que también llamaron después Blanco.

Aquí dejo de seguir a Madero, y después de una breve disquisición, opto por José Toribio Medina.

Podría acudir a otra fuente autorizada, como lo es el Diario de Albo que algunos pudieran considerar pertinente para clarificar crónicas lo bastante turbias como para producir errores o simples dudas, en el mejor de los casos. Pero la lectura de Albo es pesada y difícil su interpretación, aunque no olvido, reitero, que se trata de una fuente primigenia.

El erudito jesuita padre Pastells, con la colaboración de otra gran autoridad europea en materia histórica sudamericana, el padre Constantino Bayle, han allegado después de pasados casi cuarenta años de la aportación de Madero, una gran cantidad de documentos de gran valimiento para informar sobre actividades fuera del Plata, de una de las más grandes expediciones: la de Magallanes, la primera que dio la vuelta al mundo, pero desgraciadamente sin tener a su

jefe a la cabeza, pues murió en el camino, en sus últimas etapas gloriosas.

Ella robusteció la muy considerable de Medina visible en sus obras "El descubrimiento del estrecho de Magallanes", impresa en Madrid en 1920 y "El descubrimiento del océano Pacífico. Vasco Núñez de Balboa, Fernando de Magallanes, etc." publicada en Santiago en 1920.

No obstante creo del caso glosar a Medina con transcripciones de su texto ([16]) pese a que la moderna investigación ha dejado algo anticuado su relato —efecto sufrido por Madero quizá en grado mayor— pero esa circunstancia no perjudica para nada mi propósito principal que es de poner de manifiesto la confusión que ha padecido en lo referente a qué accidente de nuestra orografía costera es la que se le nombró Monte Vidi. Dada la extraordinaria autoridad de Medina creo que debo poner sobre aviso a nuestros divulgadores de historia sobre ese punto ya que ellos no tienen por qué hacer investigaciones sobre estas particularidades ([17]).

([16]) "Juan Díaz de Solís, Estudio histórico". Santiago 1917. 2 vol.; "El portugues Gonzalo de Acosta al servicio de España. Santiago 1908; "Los viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata". Santiago 1908; "El portugues Esteban Gomez al servicio de España". Santiago 1908.

([17]) Es posible que el error lo provoque Herrera a quien sigue Medina, pero también es posible que el gran historiador y bibliógrafo lo haya padecido pues al componer su texto se manejó con gráficos, Diarios y Relatos y lo aconsejable hubiera sido recorrer la costa, auscultarla de visu después de haberlos consultado. Esto era desde luego imposible, y de manera alguna pretendo que debiera haberlo hecho, sobre todo él, que con sus trescientas y pico de obras publicadas durante su larga y fecunda vida, tiene sobrados derechos a equivocarse no una vez, sino ciento, sin que para nada afecte esas inevitables fallas su producción monumental sobresaliente.

Debo advertir que me cuesta una enormidad poner de manifiesto todo esto, pero los que conocen historia saben de mi profunda admiración hacia ese hombre eminente, al que hube de defender hace ya muchos años cuando fue atacado de una manera inferior por uno de esos desaprensivos —ahora se les llama "locos"— que existen en todas partes y, en el caso, en la vecina orilla; el que luego de zaherirlo se volvió contra mí y me hizo objeto de renovados ataques tan inferiores como los otros con lo que evidenció que carecía de las condiciones indispensables para terciar en un debate entre personas cultas, por cuanto hizo lo mismo, y por idénticos motivos, arremetiendo contra el Dr. Emilio Ravignani.

No lo nombro porque ha fallecido hace tiempo, y debo decir que ignoro con qué fundamento se me informó que en las postrimerías de su vida se había arrepentido de esos tres ataques; pero a quienes desean conocer los orígenes de esta incidencia lamentable les recomiendo la lectura del folleto del actual eminente director de la Sección Medina de la Biblioteca Nacional de Chile, Guillermo Feliu Cruz, "Advertencias saludables a un criticastro de mala ley". Santiago 1919, en que alude a mi defensa.

Anticipo un detalle, para nosotros en este caso, nimio: Madero da la salida de San Lucar de Barrameda el 10 de Agosto de 1519; Medina en Setiembre.

———

"Tomó la escuadrilla el rumbo oeste-sudoeste. A la vanguardia iba "La Concepción" que mostraba el farol, piloteada por López Carvalho [18], y navegaban pegadas a la costa [19] hasta descubrir el 31 de Diciembre, siete islas frente a una bahía que tenía buena entrada, que se llamaba de los Reyes [20]. Tanto se acercó López en una y dos veces a la costa, que habrían dado al través de ella, si no hubiera sido por Esteban Gómez [21] que fue quien desde entonces tomó a su cargo la dirección de la armada. El 7 de Enero del año 1520 que entraba, "pareciendo que el agua no tenía señal de golfo", por indicación de Andrés de San Martín se echó la sonda y hallaron 85 brazas, de arena oscura y menudo. El día 10, una hora antes que se pusiera el sol, al tiempo de salvar la capitana, se supo por Gómez que se hallaban en los 34 grados de latitud, con un fondo de 15 a 18 brazas, amainaron entonces y corrieron con los trinquetes al oessudoeste 35 leguas hasta la salida del sol: enderezaron rumbo al oesnorueste y a otros varios, hasta medio día, prolongando la costa por espacio de 6 leguas; con un aguacero que les sobrevino, después de haber andado otra legua y media amainaron hasta las cinco de la

(18) Portugués citado unas veces por su segundo apellido que los españoles convirtieron en Caravalo y Carvallo y por algunos portugueses en Carvalhinho.

(19) "...continuando enseguida nuestra derrota pegados a la costa"... (Pigafetta).

—"Partió desde Río Janeiro... navegando a lo largo de la costa"... (Diario de Punzorol).

—"De allí partieron costeando"... (Carta de Antonio de Brito).

(20) Indudablemente estaban en la bahía de Guanabara, hoy Río Janeiro. —"Así que se llamaba de todos los Reyes", dice Albo. De suerte que estaba ya descubierta, era conocida?, me pregunto.

La cosa dista de ser clara, así a primera impresión. Denucé cree que es la de Paranaguá — hoy Florianópolis, en honor del extinto mariscal brasilero Floriano Peixoto.

Pero esto no nos interesa —bastante dudas hay sobre nuestras cosas para apechugar con las agenas— y si sigo la expedición desde Río Janeiro, es para ver el rumbo que traían, "pegado a la costa lo más que pudieron", para recalcar que lo que vieron de la nuestra fue, al parecer, perspectivas cercanas a la orilla y no vista muy adentrados en el mar.

(21) Portugués, según informa Medina.

tarde, y siempre a la vista de la costa, que era muy baja, no pudiendo descubrir en ella otra señal sino tres cerros que parecían islas, "los cuales, dijo el piloto Carvalho, que eran el cabo de Santa María, y que lo sabía por relación de Juan de Lisboa, piloto portugués, que había estado con él". (22)

"Uno de esos cerros que parecían islas, situado "en derecho" del cabo de Santa María **tenía la forma de un sombrero "al cual le pusimos nombre Monte Vidi"**, refiere uno de los pilotos de la armada, "y en medio de él y del cabo Santa María, hay un río que se llama Río de los Patos". (23)

Lo indudable es que habían llegado al Plata.

Tratemos de poner un poco de luz en esta oscuridad.

A la altura del cabo de Santa María de hoy, desde el Océano quizá puedan verse tres cerros: el del Chafalote, el de don Carlos y el de Rocha. Jamás el actual Montevideo.

A la altura de Punta del Este —antiguo cabo de Santa María,— pueden verse, adentrado en el mar, quizás tres: el Pan de Azúcar, el del Inglés y el de las Animas. Jamás el Montevideo de nuestros días.

(22) Informa Medina —llamo especialmente la atención sobre esto— "Seguimos en esta parte del viaje el relato de Herrera, fundado, sin duda alguna, en el de algún diario de viaje que no ha llegado hasta nosotros. Respecto a la referencia al de ese piloto portugués, se dijo que se tiene hoy por averiguado que se verificó en 1514".

"Según lo que apunta Herrera, queda dicho que la llegada allí se verificó el día 11 de Enero; Albo, al paso que señala la latitud de 35º, da como fecha del arribo el día 11" ("Mártes 10 del dicho... vino a ser nuestra altura 35º y estábamos en derechura al cabo de Santa María").

Es sabido la imprecisión en la fijación de alturas que se padecía en esos tiempos que, si bien de detalles, era propia de la imperfección del instrumental, se me ocurre, pero menudos líos ha traído a los geógrafos del día eso que unido al desconocimiento absoluto de la costa, es natural que hoy deban tomarse con cuidado todo lo que al fijar accidentes geográficos se relaciona.

(23) Todas estas afirmaciones están equivocadas. Vamos por partes y hablemos de este río. Partiendo de la base —que también está equivocada como luego veremos— que el Monte Vidi de la cita sea nuestro Cerro, entre éste y el cabo de Santa María, —no olvidar: la punta del Este de hoy— hay tres corrientes de agua más o menos importantes de este a oeste: el Solís Grande, el Solís Chico y Pando y claro, que ninguna de las tres pueden ser.

En cuanto al bautizo ornitológico no es de extrañar, por cuanto siendo aguas dulces, en todas esas barras hay patos —entonces en enorme abundancia desde luego— y es así que estos y otros expedicionarios dieron ese bautizo de "patos" desde la costa sulriograndense hasta nuestro país, pues dada la vecindad de esteros, esas aves abundaban. Al final, el más estable bautizo fue el de Laguna de los Patos a la Merín que luego desapareció.

En la nota correspondiente ya expliqué lo del río de los Patos.

En todo esto hay una tremenda confusión, pero pasemos de largo, ya que no nos compete aclarar, como tampoco la interpretación etnofilológica de la expresión Montevideo. Al respecto ha corrido mucha tinta divulgando porción de suposiciones, pero nos creemos cumplidos agregando que las más autorizadas fuentes para el estudio del tema están en los trabajos de Carlos Travieso y Buenaventura Caviglia titulados "Montem Video. Origen del nombre Montevideo" — Montevideo 1923— y "La etimología del nombre Montevideo. Pistas y sugestiones para rastrearla en un primitivo Mot, Ví, di" — Montevideo 1925.

Sigamos a Medina que dice: "Jueves a doce de Enero, continúa refiriendo Herrera, corrieron al norte en demanda de una como bahía, donde amainaron por un acuacero que vino", y surgieron; y por que *comenzó a cargar el temporal que venia del Leste, y era tanto aun*que el fondo era basa, comenzaron a garrear, y convino echar otra ancla; y porque el temporal cargaba mas, pareció al tesorero Luis de Mendoza de la nao Victoria, tomar parecer de los pilotos y gente de mar, y a Andres de San Martin pareció que, mientras se tenian con las áncoras, no debian de hacer mudanza por ser de noche, muy oscura y temerosa, y que con tan grande temporal no sabia como se pudiese ir en busca de la nave capitana, sin largar las áncoras para llegar a ella, ni hacerse a la vela, que era el caso sobre el que Luis de Mendoza pedía parecer, y que dejar las áncoras no era cosa de hacer, pues llevaban con ellas sus vidas, y pues que las tenian y que la luna hacia el cuarto hacia la media noche, que de razón natural y curso de los cielos, y según el término que llevaba, a que pasado el cuarto aspecto del sol, iba de acatamiento trino a Venus, entendía que abonanzaría el tiempo y que, por tanto, atendiesen a lo que el temporal hiciese, y quiso Dios que dende ahora y media comenzó a abonanzar el tiempo y que se pudiese recoger una de las dos áncoras, porque se rozaba un cable con ellas; y despues de haber abonanzado un poco el tiempo, fueron tantos los truenos y relámpagos, mezclados, a veces, con agua, que era espanto; y asi se estuvieron hasta el viernes de mañana, que se levantaron y corrieron al Lueste,

cuarta al Norueste, que fueron a dar en cuatro brazas, y por el poco fondo, mandó el general que fuese la nao Victoria en la delantera, junto con la nao Santiago, para que fuese sondando, por el poco fondo, y fueron con la sonda en la mano, desde seis hasta cuatro brazas y media, al Norueste, cuarta al Lueste, guiñando a una parte a otra en demanda de la mas agua, y corrieron hasta puesta de sol siete leguas y media, y surgieron en cinco brazas, y la señal del fondo era bastante prieta".

Ese mismo día, en la tarde, penetraban en el río de Solís, dice Medina y agrega: "Dos días anduvieron por él las naves de la escuadrilla, y como comenzaran a levantarse ciertas murmuraciones entre los pilotos ante el temor de que pudieran encallar, porque el fondo en que se hallaban no pasaba de tres brazas, echaron las anclas, después de haber corrido unas diez leguas. Allí estuvieron unos diez días haciendo agua, "porque al hallaron tan buena como la del río de Sevilla".

Indudablemente estaban en la parte del río donde, siendo sus aguas dulces, puede considerarse bien adentrado en él.

Albo lo nombra río de Solís.

Y a propósito del Diario de Albo, la parte que he transcripto creo que abona el juicio anterior que sobre él dí: de la lectura pesada y dificultosa, pero indudablemente su testimonio es de pieza capital.

Francisco Albo fue uno de los compañeros de Magallanes, contramaestre de "La Trinidad" hasta el 29 de Noviembre de 1520, regresando a España como piloto de "La Victoria", siendo así uno de los pocos que dio la vuelta al mundo. Su nombre se ha destacado por haber llevado su diario de navegación que comprende desde Noviembre 29 de 1519 hasta el 4 de Setiembre de 1522, es decir, cuatro antes de haber regresado a Sevilla en la "Victoria". Es famoso, y documento capital, reitero.

Volviendo al nombre del río que Pigafetta también lo nombra de Solís en el mapa que acompaña a su obra; también lo cita Brito en su enunciada carta y López de Recalde en la suya al obispo Fonseca, que también cité.

En cambio, no lo designa así, el autor del derrotero escrito en

portugués quien dice: "se puso nombre de San Cristóbal (ver Medina, en "Solís", etc., en el tomo II que contiene los Documentos inéditos, página 399) y así se le llama en la carta de Maiollo de 1527".

Y sigue la nota de Medina: "Las Casas nos informa (tomo 11, p. 2702) que su descubridor lo nombró, "El cabo y río de Santa María", pero en cuanto al río mismo, uno de sus afluentes, Paraná y el otro Uruguay, tal como era su nombre indígena, dejando en blanco el del mismo río propiamente dicho. En el anónimo de Weimar, que parece ser de Alonso de Chávez, se conserva la misma designación para la "tierra de Solís", pero el río lleva el nombre de Jordan, tal como en el llamado de Turín de 1523, y en el de Schoner de 1533. En el de Caboto, que es de 1544, se conservan los nombres indígenas de sus principales afluentes, así como los había oído en aquellas regiones. El primer documento cartográfico, con fecha, en que se llama río de la Plata, es el Atlas veneciano de Battista Agnese, de 1536".

Agrega: "El P. Las Casas se preguntaba ya en su tiempo como era que el río descubierto por Díaz de Solís y que él había intitulado de Santa María, se le llamaba de la Plata. López de Gomara da a este respecto el nombre indígena del río, y añade que Díaz de Solís lo nombró de la Plata por haber hallado allí muestras de ese metal, hecho doblemente falso, porque ni lo nombró así, ni halló tampoco en él las muestras que indica. Fernández de Oviedo nos dice simplemente que los "cristianos" le decían de la Plata, pero que se había llamado río de Solís, porque lo descubrió el piloto Johan Diaz de Solis". (Tomo II, p. 167).

Interín se destacó a la "Santiago" para remontar el río unas 25 leguas y, antes de su regreso, Magallanes se trasbordó a la "San Antonio" "para ir a la otra parte del río" despachando simultáneamente a otra de sus naves en dirección sud "a ver si había pasaje para pasar" [24] y cruzando el estuario ambas naves volvieron después de varios días con la noticia de que la anchura del río era de 20 leguas y que no existía por allí el paso que buscaban, en lo que coincidió

(24) Del trasbordo de Magallanes da fe Argenzola en sus "Anales de Aragón", p. 59 y del propósito con que lo hizo; a la vez que Albo y Brito.

la "Santiago", primeramente despachada aguas arriba al regresar después de 15 días de explorar. ([25])

A continuación sigo transcribiendo el texto de Medina que, abandonando por un momento los embrollados temas geográficos que trato de aclarar, aborda el etnográfico:

"A todo esto, los indígenas que poblaban las riberas, a la vista de las naves comenzaron a abandonar sus viviendas, retirándose al interior con sus efectos, temerosos de ser atacados; los españoles, a su vez, sabían que por allí estaban poblados los caníbales que se habían comido a Díaz de Solís y a algunos de sus compañeros. Por fin, un día de aquellos, se atrevió un indio de estatura gigantesca, o tal la creyeron al menos los españoles, a aproximarse a las naves, lanzando gritos tan fuertes que parecían bramidos de toro, mas se volvió a tierra sin subir a bordo. Magallanes y los suyos, deseosos de verlos de cerca, equiparon hasta con cien hombres tres bateles y bajaron a tierra, pero no lograron atrapar a ninguno por más que corrieron tras de ellos. En la noche, sin embargo, llegó uno a la nave capitana, vestido con una piel de cabra (?) sin manifestar, al parecer, el menor temor. Hízole dar Magallanes una camisa y un gabancillo de paño colorado, que, le vistieron, y preguntáronle luego por señas, mostrándole una taza de plata, si había metal de ese por allí, a lo

([25]) Pigafetta también lo acredita que se creyó ver en nuestro río la comunicación con la Mar del Sud, suposición a la que no le encuentro base por cuanto tanto Magallanes como sus acompañantes ¿cómo podían suponer que la comunicación entre los dos océanos pudiera establecerse por una corriente de agua dulce?

He aquí lo que de tan importante circunstancia refiere Pigafetta: "Anteriormente se había creído que esa agua no era la de un río, sino un canal por el cual se pasaba al Mar del Sur; pero se vió bien pronto que no era sino un río, que tenía diez y siete leguas de ancho en su desembocadura". (II, p. 426).

Hemos citado más de una vez a este autor y estamos incursos en la omisión de no haberlo presentado: Francisco Antonio eran sus nombres de pila, nacido en Viveñza de noble estirpe toscana en 1491; falleció en 1534.

Pasó a España en 1519 acompañando a monseñor Chiricato ,embajador papal ante Carlos V, y noticioso de la expedición que se preparaba solicitó permiso de ambos —que obtuvo— como "sobresaliente" en la nao Trinidad. Tuvo la fortuna de ser uno de los 18 que regresaron de esa celebérrima expedición, y la de pasar a la más remota posteridad por haber escrito el relato de los seres humanos que por primera vez realizaron la vuelta al mundo en aquellas cáscaras de nuez que tenían por barcos, con un desconocimiento completo de los mares, en las peores condiciones de avituallamiento, y frecuentando unos medios desconocidos y contínuamente renovados en que todo conspira contra ellos; hombres y naturaleza.

que contestó de la misma manera que sí. Pasó la noche a bordo y al día siguiente de mañana "saltó en la cista" y desapareció tierra adentro. Y tal fue la única relación que los tripulantes de la armada tuvieron con los indígenas riberanos".

Francamente, a mi criterio no está muy claro todo esto que expresa Medina que, si es la expresión de lo que resulta de la compulsa de los antecedentes que ha tenido entre manos, no hallo en todo ese relato la lógica hilación que se me ocurre correspondería a las reacciones de los autóctonos.

No creo que esos indios se comieron a Solís ni a ningún otro. Resulta difícil aceptar como cierto que practicaran la antropofagia cuanto la deposición de testigos posteriores no hablan de esa práctica, como tampoco puede creerse que lo hubieran hecho como excepción; pero, lo positivo es que lo mataron con otros compañeros, y resulta que conscientes de que debieran estar con la comisión de ese delito –que lo ha sido y lo será indudable en el espíritu de los hombres más primitivos– no me explico que, luego, uno de ellos por intrépido y desaprensivo que fuera, hubiese subido a la nave y estuviera por largo tiempo de palique intercambiando opiniones por señas.

Poco antes los indígenas se habían retirado, cautelosa y lógicamente ,ante la detención de las naves, y se habían desbandado ante el desembarco de los cien hombres que, para peor, hasta los habían corrido para capturarlos. Después de eso, que por simples que fueran debían haber captado –como lo demostraron con su huída precipitada– que los querían aprisionar, que uno hubiera sido tan incauto o audaz para subir y meterse en la boca del lobo sin ningún aliciente y llevando todas las de perder no es muy verosímil.

La explicación por señas de la existencia de plata en el lugar también cuesta aceptarla por su cariz de ingenuidad. Para la mente de esos autóctonos es muy difícil que llegaran a comprender el sentido de lo que se les preguntaba con la exposición de la taza de plata: podían suponer pedido de comida, de bebida, de igual ,modelo de taza llena o vacía pero no de igual calidad.

Estando plenas, las relaciones de los navegantes y de los primeros cronistas, de los relatos más inverosímiles, todo esto, por lo menos para mi, no resulta lo suficientemente claro para aceptarlo como cosas ocurridas.

Hecha esta salvedad, volvamos al texto del historiador chileno: "Durante la estada de la escuadrilla en aquellos sitios ocurrió la desgracia de haberse ahogado en el río, el 25 de ese mes de Enero, Guillén Ires, grumete de la "Concepción". En ese tiempo también se hizo provisión de leña y del pescado que pudieron coger, y a 2 de Febrero levaron anclas y comenzaron a descender por el río; fondearon en la noche "a cinco leguas del monte", y al siguiente día hicieron nuevamente vela, hasta hallarse frente a Montevideo, donde echaron al agua el cadáver de Sebastián de Olarte, marinero de la San Antonio, muerto a consecuencia de un puntapié que otro marinero le dió. El sábado 4 tuvieron que surgir en fondo de siete brazas para tapar una vía de agua a la San Antonio, faena en la que gastaron el día 5; el lunes 6 una hora antes de amanecer, pusieron rumbo al Sur, pero volvieron a surgir a eso de las cinco de la tarde, en 5 brazas, porque vieron por proa tierra muy baja; el 7 levaron anclas al salir el sol, reconocieron la dirección de la costa y surgieron luego por no decaer con la calma y corriente, comprobaron hallarse en latitud de 35º y tres cuartos y al día siguiente llevaban corridas a luengo de costa 14 leguas hasta el día", etc.

———

Algo ya dije del Diario de Albo dando una más que sintética noticia sobre este piloto y tócame decir algo ahora sobre el de Francisco Antonio Pigafetta, nacido y muerto en Vicenza (Italia, 1491-1534).

Al efecto transcribiré la parte que interesa de su Diario valiéndome de la edición de Calpe realizada con motivo del IV centenario del descubrimiento del Estrecho de Magallanes —Madrid 1922— titulada: "Antonio Pigafetta. — Primer viaje en torno del globo" versión castellana de Federico Ruiz Morcuende de la traducción de Amoretti caratulada: "Viaje alrededor del Mundo por el Caballero Antonio Pigafetta, Gentil hombre de Vicenzio. Publicado en italiano por primera vez, según un manuscrito de la Biblioteca Ambrosiana, de Milán por Carlos Amoretti, etc. y traducida en francés por el mismo".

Poco pero es un antecedente: ...."en seguida emprendimos de nuevo nuestra ruta y costeamos el país —el Brasil actual— hasta los 34º40′ de latitud meridional, donde encontramos un gran río de agua dulce. Caníbales: aquí habitan los caníbales y comedores de hom-

bres. Uno de ellos, de figura gigantesca y cuya voz parecía la de un toro, se aproximó a nuestros navíos para dar ánimos a sus camaradas que, temiendo que les queríamos hacer mal, se alejaban del río y se alejaban con sus efectos al interior del país. Por no perder la ocasión de hablarles y de verles de cerca, saltamos a tierra cien hombres y les perseguimos para capturar algunos; pero daban tan enormes zancadas, que ni corriendo ni aún saltando pudimos llegar a alcanzarlos".

El texto de Pigafetta nos da una versión distinta a la de Medina en lo que a este punto se refiere. Invirtiendo los hechos en materia de tiempo de la manera que lo hace, es completamente verosímil que el gigántesco indígena subiera confiado a la nave antes que los hubieran corrido para capturar algunos para mejor conocerlos.

A ser exacto lo dicho tengo mis ciertas dudas sobre las causas del trato, aunque no tendría nada de sospechoso y, por el contrario, estaría muy puesta en razón esa particularidad, pero... en párrafos anteriores el relator nos cuenta algunas escenas muy verosímiles, de la facilidad de los tratos carnales entre los españoles y mujeres indias habidas, según cuenta en la costa del Brasil pocos días antes, y la forzada abstinencia propia del viaje —en el cual la compulsa de documentos pone de relieve trato contra natura entre los propios tripulantes— hace pensar que el conocimiento podría muy bien ser espiritual como también corporal. [26]

Volvamos a Pigafetta: "Cabo de Santa María. Este río contiene siete islitas; en la mayor, que llaman Cabo de Santa María, en en-

---

[26] "Libertinaje de las muchachas. Algunas veces, para conseguir un hacha o un cuchillo de cocina, nos ofrecieron por esclavas una y aun dos de sus hijas. Castidad conyugal. Pero no nos ofrecieron nunca a sus mujeres; además, no hubieran éstas consentido entregarse a otros hombres que no fueran sus maridos, porque, apesar del libertinaje de las muchachas, su pudor es tal cuando están casadas, que no toleran nunca que sus maridos las abracen durante el día".

Suena a exajeración esta última parte, no así la primera pues es sabido que en ciertos pueblos primitivos de las partes no civilizadas del mundo, es una costumbre bastante generalizada sobre todo en *las islas del océano Pacífico.*

Pocas líneas después: "Robo extraño de una muchacha. El capitán general y yo fuimos un día testigos de una extraña aventura. Las jóvenes venían frecuentemente a bordo a ofrecerse a los marineros, para obtener algún regalo; un día, una de las más bonitas, subió, sin duda con dicho objeto; pero habiendo visto un clavo de un dedo de largo y creyendo que no la veían, lo agarró y se lo introdujo prestamente entre los dos labios de sus partes naturales. ¿Quiso esconderlo? ¿Quiso adornarse? No lo pudimos adivinar".

cuentran piedras preciosas. Antes se creía que no era un río, sino un canal por el cual se pasaba a la Mar del Sur, pero pronto se supo que no era más que un río que tiene diez y siete leguas de ancho en su desembocadura.. Muerte de Solís: aquí es donde Juan de Solís, que, como nosotros, iba al descubrimiento de tierras nuevas, fue comido por los caníbales, de los cuales se había fiado demasiado, con sesenta hombres de su tripulación".

Respecto al Diario de Albo, del otro documento fehaciente, debo decir que fue aprovechado —en esto sigo a Medina— por el relator de la "Relación del viaje al estrecho de Magallanes de la fragata de SM, Santa Marta de la Cabeza" Madrid 1788, pero compulsado el ejemplar de mi biblioteca, veo que ha omitido la parte que se refiere al Plata. Se insertó íntegro por primera vez en las pp. 209-247 del tomo IV de la "Colección" de Navarrete, después en las pp. 225-263 de "Juan Sebastián del Cano" de don Eustaquio Fernández de Navarrete (Victoria 1872) y, en Medina en el tomó I de nuestra "Colección de Documentos inéditos", pp. 213-256.

Excuso agregar que doy estas informaciones como fuentes de comprobación y afines.

Sebastián Caboto salió de San Lucar de Barrameda el 3 de Abril de 1526 en cuatro navíos: Victoria, Santa María del Espinar, Trinidad y una carabela que llamaban de Fernando de Esquivel.

De esta famosa expedición dice Madero:

"Alonso de Santa Cruz, joven entonces de 21 años y después célebre cosmógrafo y autor del Islario Americano, iba en la Santa María del Espinar de veedor y tesorero general de la Armada. A más del mencionado Gonzalo (Tesorero), vinieron también en la expedición de Alvar y Juan Núñez de Balboa, hermanos del descubridor del Océano Pacífico, expresamente recomendados a Caboto por Carlos V, debiendo ir cada hermano en diferente nave; el hijodalgo Martín Ibáñez de Urquico, y otros hijodalgos y gentiles hombres cuya nómina poseo: 210 hombres en todo incluyendo marineros y gente de servicio. Seis días después de su salida de Santa Catalina —el 21 de Febrero de 1527— llegó Caboto al cabo de Santa María, y con muchos trabajos y peligros remontó el Plata, hasta que el 18 de Marzo llegó a la isla que desde entonces se llama San Gabriel. El 6 de

Abril fondeó en la ensenada que nombraron San Lázaro, —que al juzgar por el plano de Alonso de Santa Cruz— que es él primero que se levantó del río de la Plata, y cuya copia auténtica poseo—, determina alguna de las inflexiones de la costa que queda arriba de la Punta Gorda oriental."

Caboto permaneció allí un mes con la mayor parte de sus compañeros. Por los intérpretes que traían supieron que andaba por allí el cautivo Francisco del Puerto (perteneciente a la expedición de Solís"). Muy luego vino éste a hablar con el Capitán General y le "dió grandísimas de la riqueza de la tierra" por lo que "con acuerdo de los capitanes y oficiales" decidió remontar el Paraná, y como Francisco del Puerto dijera que las naos no podían pasar por el Paraná adentro a causa de los muchos bajíos que había, Caboto dejó a la Santa María del Espinar y a la Trinidad con treinta hombres de mar para que buscasen algún lugar donde guardarlas, y dejó también en San Lázaro una docena de hombres "para guarda de mucha hacienda que allí quedaba"; después de lo cual siguió el mismo para el Paraná el 8 de Mayo de 1527, con la demás gente de la armada en la galeota Santa Catalina y en la carabela de Fernando de Esquivel. [27]

Caboto iba buscando un río que, según Francisco del Puerto, se

---

[27] Debo explicar el origen de la Santa Catalina, esta nueva carabela que no aparece entre las cuatro que en el texto mencioné.

Caboto antes de llegar a nuestro cabo de Santa María había tardado casi tres meses en recorrer la costa del Brasil. En la casi obligada escala de la isla de Santa Catalina, donde después se fundó la ciudad brasileña de Desterro, hoy Florianópolis, se quedó más tiempo de lo que pensaba.

A su llegada al lugar fue visitado por Enrique Montes y Melchor Ramírez que habían quedado allí al regreso de la infortunada expedición de Solís, que hicieron a Caboto las más seductoras ponderaciones de las riquezas que se encontraban en nuestro Río de la Plata. Este contacto se estableció estando fondeado al norte de la isla, desde luego junto a su orilla.

Con el propósito de construir un "batel" para la nave Victoria que había de reemplazar a uno perdido en un temporal, entró a la bahía que entonces conocían por de los Patos, pero en uno bajíos —llamados hoy Das Pescadinhas— perdió la Victoria con gran cantidad de provisiones de boca y guerra, jarcias, etc. dice Madero tomándolo de una carta de Luis Ramírez y del Islario de Santa Cruz documentos básicos para el estudio de esta expedición.

La pérdida de la Victoria "que por su tamaño, armamento y provisiones representaba la mitad de la armada" lo obligó a construir "una galeota que pescase poca agua" ya que la gente de la nave naufragada no cabía en los otros navíos. Y así se hizo, colocándose la quilla el 25 de Noviembre, que llevó el nombre de Santa Catalina por ser ese día el de esta santa y en el que cumplía años la esposa de Caboto, Catalina Medrano. Esta es la carabela, la de Es-

llamaba Carcarañá y descendía de las sierras donde comenzaban las minas de oro y plata.

El 27 de Mayo llegó a la confluencia de los ríos Carcarañá y Coronda, en la cima de cuya península construyó, para defenderse de los indios, un fuerte de maderos con su terraplén, dos torreones y baluartes bien cubiertos que llamó Sancti Spiritus.

"De allí envió la galeota en busca de los que habían quedado en San Lázaro. Y era tiempo, pues desde el 31 de Mayo habían concluído los alimentos que trajeron de Castilla y cuando el 14 llegó la Santa Catalina estaban reducidos a perseguir como único recurso, los ya muy escasos ratones que encontraban en las inmediaciones del puerto". ([28]) dice Madero.

No nos interesa seguir a Caboto que en medio de indecibles penurias siguió río arriba buscando la anhelada comunicación con la mar del Sud que esperaba encontrar por allí, pero estando a la altura de Itatí de nuestros días tuvo la noticia por los indígenas de haber entrado en el río de Solís Diego García al frente de la expedición que comandaba.

————

Diego García, vecino de Moguer y, por tal, así llamado por algunos historiadores, fue maestre de una de las carabelas de Solís que vinieron al Plata teniendo, a más, en su foja de servicios, el haber acompañado a Magallanes y luego a del Cano, en su viaje de circunnavegación, el primero que se hizo como ya recordé en torno del mundo.

---

pinar que dejó en el punto de nuestra costa bautizado por esta expedición por San Lázaro.

También Caboto dejó en tierra, abandonado, a Francisco Roxas, capitán de "La Trinidad", a su segundo, circunnavegador de la expedición de Magallanes que venía con el cargo de Teniente General, y al piloto Miguel de Rodas, también circunnavegador, habiéndose anogado los dos últimos en el lugar de su destierro. Desde entonces el lugar se conoció por Nuestra Señora del Destierro, hoy Florianópolis como expresara en el texto.

Estas drásticas medidas fueron tomadas para mantener la disciplina en la armada donde, desde el principio de la navegación, se señalaron diferencias y disputas de fondo, justificadas o no, que la comprometían.

([28]) Hasta el momento nadie ha podido precisar qué punto de la costa uruguaya ocupaba San Lázaro; Madero supone que estaba "en una de las inflecciones de la costa que quedaban arriba de la Punta Gorda oriental" y yo supongo que, de ser así podría ser Nueva Palmira, la antigua Higueritas por ser puerto.

Diego García acordó el 14 de Agosto de 1525 con la Casa de Contratación de Sevilla un viaje de exploración a estas regiones de América y, habiendo variado Caboto el fin de su expedición, que era un viaje a las "islas de Tarsis y Ofir" etc., por los informes que en Santa Catalina le dieran Montes y Ramírez de las riquezas del Plata, *ambas expediciones se encontraron en el Paraná produciendo* las naturales interferencias, acuerdos y desacuerdos, disputas y luchas que son de presumir y que no entra en los estractos de relatos que voy haciendo desde que son disenciones internas cuyo examen no es del caso .

Cuenta Madero que García, llegado a Santa Catalina, recién recaló en el cabo de Santa María en Octubre o Noviembre 1527 y antes de seguir viaje esperó ocho días en la isla que llamaron de los Pargos, pocas millas al N.O. del cabo, una de sus naves que había quedado retrasada.

De Santa María tomó la derrota para las islas que en su Memoria llama "de las Piedras" y que conocía en los viajes que había hecho con Solís y Magallanes. Por la distancia a que dice se encuentra del cabo y por el nombre que les da, apropiado a la naturaleza de su suelo son, indudablemente, las que componen el archipiélago frente al actual puerto de Colonia. En una de ellas –seguramente en la de San Gabriel– organizó García el primer astillero que se haya puesto en el Río de la Plata; armó el bergantín que había traído de España en piezas, y, a lo que se deduce de su Memoria empezó a carenar el otro. Luego subió el Paraná y se encontró con Caboto a la altura de Goya. Disputaron y al final resolvieron regresar cada uno por su lado, sin acuerdo.

Caboto regresó de su expedición a San Salvador donde habían quedado, al amparo del puerto natural en la barra de ese río con el Uruguay como ya he dicho, sus dos naves principales y reuniendo el 6 de Octubre en el punto a sus oficiales y clases en Consejo determinaron la vuelta a España a emprender en Diciembre de ese año de 1529. El acta respectiva dice: "esperar en este puerto de San Salvador hasta el fin de Diciembre deste presente año e para entonces sino llegaba ningún auxilio de España recoger a las dichas naos algun trigo e abati de lo que está sembrado".

Con lo que tenemos un claro testimonio de que el trigo y el

maíz se plantó en el hoy departamento de Soriano hace la friolera de 430 años...

Diego García por su parte resolvía lo mismo regresando a San Gabriel, el otro lugar de pertenencia uruguaya.

Antes de salir Caboto desde San Salvador resolvió imitar lo realizado por la expedición de Solís, muerto su jefe: llevar tasajo de carne de lobo para el viaje logrado en la isla de Lobos, hoy Maldonado. Y veinte días antes de la partida de San Salvador mandó a su Contador Montoya con 30 hombres a realizar la matanza y correspondiente salazón de la carne de esos anfibios.

Positivamente se sabe que Caboto, al regresar hizo matanza de lobos y tasajo de su carne donde existen en la boca del Plata. Madero expresa: "en la entonces isla de Lobos, hoy de Flores, donde encontró salazones de carne de esos anfibios que supuso realizada por Montoya" con lo cual presenta una nueva interrogante geográfica que no es del caso dilucidar.

Concretando, resulta que este es el segundo beneficio de carnes uruguayas y respectiva exportación de ese producto nativo.

Antes de terminar con el periodo de los descubridores que se podría situar hasta 1530, deseo hacer algunas puntualizaciones.

La pirámide erigida por don Domingo Ordoñana y un grupo de vecinos en Punta Gorda, frente a la boca del Paraná Guazú consagra un error al consignar que fue Juan Alvarez Ramón el descubridor del río Uruguay.

Como lo han demostrado concluyentemente varios historiadores ([29]) fue Juan Rodríguez Serrano, patrón de la nave Santiago de la expedición de Magallanes, quien lo descubrió y remontó algún trecho en 1520. Alvarez Ramón, varios años después, en 1527, de la expedición de Caboto, lo exploró remontándolo en una corta extensión. Lo expuesto es pues concluyente, y aunque Araújo y otros autores —y aun nuestros textos de historia han eliminado el error, debiera rectificarse la expresada inscripción puesto que induce a equívoco. ([30])

A más de las expediciones furtivas portuguesas que se supone

([29]) El primero creo fue Madero en la obra citada.

([30]) El origen del equívoco parece reside en una afirmación de Félix de Azara en el tomo primero de su "Descripción e Hictoria del Paraguay y Río de la Plata" interpretando mal a Ruy Díaz de Guzmán —ob. cit.—.

producidas con anterioridad a la de Solís, de las que me hice eco al principio de este capítulo, al parecer hubo otras, cuyo rastreo es muy difícil por falta de documentación fidedigna. Rumores, conjeturas, vaguedades, indicios, pero evidentemente algo de positivo hay en todo ese mareo de suposiciones.

Me interesa destacar una anterior a Caboto: la portuguesa de Cristóbal Jacques ([31]) que con media docena de embarcaciones recorrió nuestro gran río llevando como "lengua" al ya expresado Melchor Ramírez, que recogiera indudablemente en Santa Catalina.

Y me interesa destacarla por el nombre de Río de la Plata, se debió al rumor portugués cuyo origen tal vez esté en Montes y Ramírez, los residentes en Santa Catalina de la expedición de Solís.

Como afirma entre otros, el calificado autor, Samuel Lafone Quevedo ([32]) en 1897 "Caboto entró en el río de Solís sabiendo ya que tenía el nombre de Río de la Plata. El lo publicaría pero no lo inventó". Igual transcripción hace en su divulgado texto nuestro colega de Instituto el Hermano Damasceno —H. D.— al igual del caso Rodríguez Serrano y debe repetirse, martillando de esta suerte en bien de la verdad histórica para las nuevas generaciones. ([33])

Sobre el límite de este período que se asigna como término al ciclo de los descubridores, hay una expedición portuguesa de una extraordinaria importancia llegada al Plata: la de Pero Lópes de Souza que abarca los años 1530-1532.

([31]) Pedro Valjaques o Cristóbal Jaques lo nombra Madero siguiendo la información de Caboto en el primer caso y la carta de Luis Ramírez en el segundo.

([32]) "El nombre de Río de la Plata y los comedores de carne humana", Buenos Aires 1897.

([33]) Entre los historiadores del país norteño tampoco existe acuerdo en la fecha de la expedición de Cristóbal Jacques y la disparidad sobre la fecha de realizada es enorme. Para Cándido Mendes de Almeida en 1525; para Varnhagen en 1526 o 1527; Zeferino Candido da el año 1526; Oliveira Martins el 1503; Caspistrano de Abreu 1516 o 1521; Galanti 1521; Boiteaux 1521 (Artículo de Carlos Pereira publicado en "La Razón" de la localidad catarinense de San Francisco titulado "As Viagens de Cristovam Jacques" citado por Osvaldo R. Cabral en su libro "Santa Catharina". San Pablo, 1937. De mi biblioteca.

Varnhagen, el más tarde conocido diplomático e historiador brasileño, vizconde de Porto Seguro, fue el primero en dar noticias de ella al hallar el manuscrito que encontró y publicó en Lisboa en 1839 titulado "Diario de navegação da armada que foi a terra do Brasil em 1530".

Dije en mi obra "Civilización del Uruguay" t. II, pág. 7: "Este famoso viaje de los hermanos Martín Affonso de Souza y Pero López de Souza, es, en realidad, el primero que nos da noticias circunstanciadas sobre el país, aunque la impresión de las situaciones geográficas, a primera vista, produce cierta impresión de confusión al citar lugares".

Hice esta mención con un poco más de texto y con una extensa nota, como primera ficha de la "Bibliografía de Viajeros" que visitaron el Uruguay hasta 1900; pero acá, procuraré extractar la parte que interesa a la finalidad del presente libro utilizando para ello el texto de la impresión efectuada en Río de Janeiro, en dos volúmenes, en 1927, comentado por Eugenio de Castro con prefacio de Capistrano de Abreu, pero sólo en mínima parte, haciendo unas pocas transcripciones del texto y comentarios.

Entrar más a fondo, nos llevaría muy lejos, resultando por demás riesgosa la interpretación del texto y de su comentador por no *disponer de una adecuada traducción del portugués en que está es*crito, y no tendría sentido porque Laguardia Trías la hace, sobresalientemente, más adelante en este conjunto, como ya anuncié.

Como introito debo recalcar lo ya dicho, de que historiadores portugueses y brasileños atribuyen viajes anteriores a los de los españoles al Plata, llegando a afirmar Eugenio de Castro págs. 244 y 245 del tomo I lo que sigue:

"Os navegadores portuguezes João de Lisboa, Lopes de Carvalho e outros da expedición da "Gazeta Aleman" armada por Cristóbal de Haro e D. Nuno Manuel, mostram com a sua viagem, a existencia desse rio baptisado Sta. Maria; dao nascimento a lenda de grandes riquezas e thesouros as duas margens e serra acima; e asina a Portugal, a supremacia do descobrimento dess as aguas ainda parece,

até, entao nao sulcadas por naus ao servico de qualquer outra nação da Europa".

"D. Nuno Manuel possuidor do machado de prata encontrado, certificando a existencia do que buscavam, e Joao Lopes de Carvhalo e Joao de Lisboa ahí residentes algum tempo, levam-nos a certeza de que o rio de Sta. Maria e descoberta dos marujos da velha Lusitania; e de que a expedicao da Gazeta Aleman (1514) talvez pilotada por Joao de Lisboa e a primeira a descobrir, sem logo desvendar ao mondo, a existencia do grande rio do sul. Gaspar Correia nas Lendas (11,628) da Joao de Lisboa como o descobridor em 1514 do rio de Santa Maria, e a Achoner na sua "Cosmografia" em 1515, já a este rio se refere".

La nomenclatura portuguesa difiere de la española no sólo en este caso del actual río de la Plata que llaman de Santa María. En lo que se relaciona a nuestra costa, parece bien aclarado que las "islas das Oncas" reiteradamente citadas en el Diario de Pero Lopes, integran el grupo de cinco de Rodrigo Alvarez llamadas así por Cristóbal Jacques, luego de Torres, hoy de Castillos, Grandes y Chico que figuran en el portulano de Ribeiro de 1529 colocada a la entrada del Plata.

Las de las Oncas que, como lo dice Castro, figuran con tal nombre en la carta geográfica de Viegas por primera vez en 1534, son indudablemente las dos de Castillos Grandes y el islote – porque aquellas son tres, de piedra– a saber: la Rasa o Seca, la Encantada y el islote. Para llegar a esta conclusión me baso en Castro cuando comentando el texto de Diario de Pero Lopes dice "Nestas ilhas nao encontraram elles, oncas mas lobos marinhos que os mareantes caçaram. Fronteira a ellas, e verdade, havia uma "terra fremosa" com "muitos ribeiros dagua" e "muitas ervas e fróres como as de Portugal". Las inmediatas a Polonio no pueden ser, pues la costa frontera es y ha sido un erial.

Efectivamente se trata de los terrenos a uno y otro lado de la actual barra del arroyo Valizas en el departamento de Rocha que, salvo el inmediato cerro de Buena Vista que cierra, por el oeste, la actual ensenada de Castillos, frente a las islas de Castillos Grandes, es baja, y al ser muy húmeda, está muy poblada de pasturas y en las épocas apropiadas, también de flores. Eso de que era "tierra muy hermosa" también es ciertísimo, porque es muy movida y hermosa

perfilándose, por tal, como una de las más apropiadas para hacer turismo en esa zona privilegiada de nuestra costa oceánica no sólo por lo estética sino también por la bondad de sus playas y la insuperable zona de pesca que es.

También es exacto que en esas islas pequeñísimas y bastante alejadas de tierra firme como para impedir la llegada a ellas de animales de tierra firme, jamás pudo haber pumas y sí lobos como los hubo entonces y lo ha seguido habiendo hasta la fecha.

La explicación de islas de los Pumas (Felix Concolor: oncas en portugués) la da de Castro al decir, comentando la afirmación del diario de que la tierra inmediata era "fremosa": "Visitaram-na os de Martim Affonso e, nella acharam "Duas oncas mui grandes" e nenhuma gente. E por isso as ilhas povoadas de lobos marinhos, passaram a ser chamadas por Pero Lopes, —das oncas— ferozes habitantes do continente fronteiro. E tambem nesse continente e nesse ponto nao se encontrariam rios, senao, como diz o Diario "muitos ribeiros dagua" ou arroios como o de Balizas — que lança na laguna Castillo". En esto si no me equivoco al traducir, hay un error: debía decir que el arroyo Valizas se lanza "da" laguna Castillos al mar y no en sentido inverso, aunque... francamente cuando la expresada laguna está con poca agua por falta de lluvias, el arroyo, en la pleamar, recibe en un largo trayecto, el agua del océano, quizá como para llegar a la laguna que si es así en realidad es una albúfera. Conozco el lugar lo bastante para poder afirmar lo que antecede.

A continuación hay otra afirmación del diario y del comentador que daría base para un largo discurrir con un importante detalle de la toponimia, cosa que ya he tratado de evitar, aunque algo debe decirse al respecto.

En los siglos XVI, XVII y XVIII en las cartas geográficas y en los relatos de los viajeros —en estos con alguna excepción— se llamaba cabo de Santa María a la actual Punta del Este y es del XIX la innovación inconsulta de haber dado el nombre del mentado cabo a la vieja —no muy vieja por cierto— punta de Rocha junto al puerto natural hoy llamado de La Paloma. Sobre esto se ha escrito mucho y definitivo al respecto y para dar un par de citas menciono a este autorizado Castro que vamos siguiendo y a Paul Groussac. [34]

---

[34] En el T. IV de los Anales de la Biblioteca de Buenos Aires ya citado.

Dice Castro: "A vista de uma moderna carta náutica passaremos a identificar estas tres ilhas de pedra com algumas das ilhas Torres e a ponta a ella fronteira, de que nos fala o Diario, com dos chamados cabos Castillos ou Polonio".

Este cabo de Polonio lo encuentro llamado por Madero Apolonio al tratar las primeras expediciones españolas, cuando estimo que el nombre debe provenir del navío "Polonio" del comercio de Cádiz "en él naufragado en la noche del 31 de Enero de 1735" dice Araújo.

"A um destes cabos, ou mais provavelmente, a ponta erradamente marcada como cabo de Santa Maria e depois ponta Rocha uruguaia, teria Diego Ribeiro em 1529 nomeado cabo de Joao de Lixboa, tal vez para assignalar houvesse ahi tao notavel mareante residido, ou ser Lisboa o primeiro a avistar a dita ponta ou cabo".

La cita en plural que en el otro párrafo hace Castro de "dos chamados cabos Castillos ou Polonio", corresponde hoy, de este a oeste, a la punta del Diablo de Castillos, prolongación del cerro de Buena Vista a que precedentemente me referí separado por la playa de la Calavera del actual cabo Polonio.

Que Diego Ribeiro haya nombrado el actual cabo de Santa María, antigua punta de Rocha, cabo de Juan de Lisboa es posible, pero no hay el menor documento que de indicios que este marino lo descubrió o hubiera residido en él. Son simples "diceres" sin respaldo documental, versión muy antigua sí, pero al parecer sin prueba.

Las islas nombradas de La Paloma y de la Tuna citadas en este relato son denominaciones del siglo actual y la primera, que dió nombre al puerto, ya no existe pues la invasión de arena que va cegando este puerto, mencionada por Araújo en su "Diccionario Geográfico", la unió a tierra y es hoy una península donde alberga hace tiempo una repartición militar de la armada nacional. Castro identifica a estas dos pequeñísimas islas, verdaderos islotes como los de Cristóbal Jaques.

La actual isla de Lobos ha conservado su denominación y la confusión que algunos han sufrido dimana de que en los documentos antiguos se coloca junto al Cabo de Santa María, que era entonces la actual Punta del Este. Por ejemplo en el Islario de Santa Cruz tan conocido se dice que está "desierta y sin agua", Caboto habla que dista del cabo una legua, etc. y se piensa que del actual cabo de Santa María dista 42 millas y apenas 4 de la actual Punta del

Este, este es uno de los varios argumentos concluyentes sobre el cambio habido en el caso.

En consecuencia el antiguo puerto del cabo de Santa María citado en algunas antiguas cartas geográficas, es el actual de Maldonado, como la hoy isla de Gorriti es la vieja isla de las Palmas. En esta isla, el 16 de Octubre de 1531 "tomamos agua e lenha e fomos com os bateis fazer pescaria: e em hum dia matamos desoito mil peixes antre corbinas e pescados e enxovas: pescavamos em fundo de 8 bracas: como lancavamos os anzolos na agua nam havia ahi vagar de recolher os peixes. Nesta ilha estivemos 8 dias esperando por um bergantim, que de nossa companhia se perdera: como nam veo mandou o capitam L por hua cruz na ilha e nella atada húa carta emburilhada em cera, e nella dizia ao capitam do bargantim o que fizesse vindo ali ter".

El actual arroyo Solís Grande es nombrado en el Diario "dos begoás" en cuyas proximidades naufragó la nave capitana, fue el punto de partida del bergantin que al mando de Pero Lopes continuó la marcha hacia el oeste por el río pasando a poco por "húa ilha pequena de pedra" que Varnhagen identifica mal por la de Lobos inducido por el error de esta centuria al nombrar el cabo de Santa María y que Grousac y Castro, creo la califican bien al creerla la actual Piedras de Afilar. Luego avistaron la de Flores y el 23 de Noviembre "Passando avante da ilha descobri hum alto monte, ao quál puz nome —monte de Sam Pedro—, vale decir, Montevideo." Este dia fui dormir ao pe do dito monte de Sam Pedro. Desde a dita ilha atráz até este monte, a costa he toda suja de pedra, a ruins baxos: a terra he tuda rasa até este monte muito fermosa. Ao pé desde monte ha 2 portos: um da banda dáloeste, o outra da banda de leste: nam sam senam para navios pequenos".

Efectivamente, viniendo del este la costa es arenosa pero de la isla de Flores para el Oeste, pedregosa con poco fondo en toda ella. Los dos puertos son el de barra de Santa Lucía al oeste del Cerro y el hoy de Montevideo.

Siguió viaje y el 24 de Noviembre desembarcó: "E eu fui con 10 homes pela terra ver se achava rasto de gentes: nam achei nada; senam rasto de muitas alimarias, e muitas perdizes e codornizes, e outra muita caca. A' trera he mais hermosa e apracible que eu jamais

cuidei de ver: nam havia homem que se fartasse d'olhar os campos e a fermosura de elles. Aqui allei um rio grande.' Supone Castro que sea el arroyo hoy de Pavón o, también hoy, de Pereira, a uno de los cuales, de vuelta al Brasil llamó San Juan. Y sigue: "ao longo de elle tudo arboredo o mais fermoso que nunca vi: e antes que chegase al mar hum tiro de besta se sumia. E tomamos muita caca e tornamonos al bergantim".

No puede ser el Pereira —así llamado después por el primitivo poblador Luis Pereira y tampoco el Pavon, pues el detalle que da de que "se sumia" antes de desaguar en el río indica claramente que era el San Gregorio que se pierde, creo, en el bañado de Arazatí o en un arenal, y no desagua directamente en el Plata.

Luego expresa el diario que en un punto de esa costa infiere Castro, en la región donde desagua el arroyo de San Gregorio "Colheram os navegantes ovos de ema, emas pequeninas e sabrosas, muita caca de qualidade, cardos e mel" dice el comentador glosando el relato. Ricos huevos de ñandú (Rhea Americana), sabrosos "charabones", me parece bien, pero cardos! Tengo entendido que los cardos existentes en el país son dos: el de Castilla (Cynaras Carduncculos L) y el Asnal (Silybum marianum), los dos importados pero, en esa época considero que no sólo no se habían reproducido sino que es dudoso que ya se hubieran divulgado en el país, aunque pudiera ser que hubieran venido de España y se aclimataron en las siembras de cereales, etc. que hicieron las expediciones anteriores en San Salvador. Es posible, pero nada más, ya que es juicioso suponer que las posteriores siembras que se realizaron en el país cuando se empezó a poblar, los trajeran, pero no es probable cuando se estaba al final de la etapa descubridora, al comienzo de la conquista, admitir su existencia de la manera que se dice en las barrancas de San Gregorio tan distante de San Salvador [35]

---

[35] Ambos cardos son plantas anuales, que mueren y se reproducen año tras año y extendieron de inmediato en el país, y en Buenos Aires, desde los primeros tiempos prodigiosamente.

El de Castilla, es ese muy conocido, de hoja verde plateada, que produce esa flor azul con que se cuaja la leche y, que ahora, se utiliza para adorno de interiores. Al concebir su semilla alada, los conocidos "panaderos", se dispersan llevados por el viento y se reproduce solo en suelos muy fértiles, al punto que los campos con esos cardales se reputan como de primera calidad. Sus hojas, de un tiempo atrás convenientemente trituradas, se da como substancioso alimento

Al respecto donde aparecen los indígenas —y para completar la visión terrestre— dice el diario textualmente: "A agua ja era aqui toda doce: mas o mar era tam grande que me nam podia parecer que era rio: no terra havia muitos veados e caca, que tomavamos, e ovos de emas, e emas pequeninas, que eram muito saborosas; na terra ha muita mel, e muito bom: e achavamos tanto que o nam queriamos: e ha cardos, que he muito bom mantimento, e que ha gente folgaba de comer. E com nos parecer a todos, que nos podiamos soster, determinei de ir avante, e o vento era sueste, e o tempo estava bom, e de noite havia lua. Parti bem tarde; —duas horas de sol, con tencam de andar a noite toda; indo a longo da costa, por fundo de 6 bracas de area limpa. Sendo 2 leguas donde é partira, sairam da terra a mim 4 almadias, com muita gente: como as vi puz-me a corda com o bargantim para esperar por ellas: remavan-3se tanto, que parecia que voavam. Fora logo comigo todos: traziam arcos e

---

al ganado y hasta se exportan "tortas de cardo". En realidad es una variedad del archiconocido "alcaucil", la "alcachofa" española vuelta a su estado primitivo por falta de cuidados quizás.

En Buenos Aires, Concolorcorvo, en su "Lazarillo de ciegos caminantes" etc. al anotarlo en su libro escrito en 1749 dice que se quemaban las varas secas que habían sostenido las flores, como combustible. Lo mismo que aquí.

Larrañaga en su "Diario de Observaciones" etc. asienta: "Marzo 10 1819. Escasea mucho la leña, y todas las familias se surten con cardos que introducen en las casas y piden muchos cuidados por los varios incendios que ya se han experimentado. En la quinta no se quema otra cosa".

Mariano Berro en su "Agricultura colonial" cuenta: "Durante la Guerra Grande, y aún años después, mi padre, en su chacra del Manga, no hacía quemar otra cosa que los cardos, que allí abundaban". Y da el interesante dato que sigue: "Para que el cardo sea más fuerte y para dar más calor, hay que cortar los cardales antes que se sequen los tallos en pie".

Estas son observaciones en sectores entonces de chacras, pero en pleno campo, los encuentra Larrañaga, pues en su "Viaje a Paysandú" realizado para ver a Artigas en 1815 puede leerse: "Llegamos a las dos y media de la tarde (a Paysandú), atravesando hasta aquí inmensos cardales, sin encontrar ni un rancho". Lo mismo observa en los campo de Mercedes y de Soriano.

El célebre Darwin, al asentar sus observaciones del viaje que a estos fines efectuara en el "Beagle" al hablar de los campos del sud de Buenos Aires escribe: "El hinojo abunda en los bordes de las zanjas en las cercanías de Buenos Aires, en Montevideo y en otras ciudades. Pero el cardo de Castilla se ha extendido mucho más: se le encuentra en estas latitudes en los dos lados de la Cordillera, sobre todo el ancho del continente. Lo he encontrado en lugares poco frecuentados de Chile, Entre Ríos y la Banda Oriental. En este último país, muchas millas cuadradas (probablemente varios centenares) estaban cubiertas de estas plantas cubiertas de espinas, en donde ni hombre ni bestias pueden penetrar."

Efectivamente es así, los cardales son impenetrables cuando la planta está en su apogeo, cosa que felizmente dura poco y, por tal, es considerada una plaga:

frechas e azagais de pao tostado, e elles com muitos penachos todos pintados de mil cores; e chegaram logo sem mostrarem que haviam medo: senao con muito prazer abrancando-nos a todos: a fala sua nao entendiamos; nem era como a do Brasil; falavam do papo como mouros: a suas almadias eram de 10,12 bracas de comprido e mea braca de largo: o pao dellas era cedro, muito bem lavradas: remavam-nas com huas pas mui compridas: nos cabos das pas penachos e borlas de penas: e remavam cada almadia 40 homes todos em pe: e por se vir a noite nam fui as suas tendas, que pareciam em hua praia defronte donde estava: e pareciam outras muitas almadias varadas em terra: e elles acenanavam que fosse la, que me dariam muita casa; e quando viram que nam queria ir, mandaram hua almadia por pescado: e foi e veo en tamanha brevidade, que todos ficamos espantados: e deranmos muito pescado: e eu mandeiles dar muitos *sascaveis e christalinas e contas: ficaram tao contentos e mostra-*

---

las palomas que se alimentan de los "panaderos" dispersan las semillas y, cuando estas desaparecen, atacan los trigales, etc. especialmente en los departamentos de Colonia, Soriano y Río Negro donde se les combate a fondo.

Felizmente, los cardales han disminuído visiblemente desde mediados del siglo pasado destruído por los vacunos, y especialmente las yeguadas, que los comen cuando tiernos, por el pisoteo, por el inmenso consumo de semilla que realizan anualmente millones de palomas, por la roturación de las tierras que ocupan —que, como he dicho, son las más fértiles, para la siembra de cereales—, y por el corte a máquina para hacer las tortas a que más atrás me he referido.

El cardo asnal también se propagó mucho en nuestro país como lo observa, entre otros autores antiguos, Darwin y Mariano Berro pero, de él no puede admitirse sea comestible, lo contrario del de Castilla con cuyos tallos se comen fritos, saltados a la manteca, en pudines, etc.

Es muy probable que Pero Lopes aluda a la tuna conocida aquí como de "candelabro" por su tallo rígido y erecto, el muy difundido "cereus peruvianus" que se utilizó como eficaz cerco en la época colonial y cuyos frutos "higos de tuna" son comestibles y que preparados en dulce, son exquisitos.

Para admitir tal suposición tengo presente que, por ejemplo, en el gran "Diccionario das plantas uteis do Brasil" de M. Pio Correa, en el tomo 11 publicado en Río en 1931 —e interrumpida esta gran obra en este volumen por muerte del autor— este incluye a las tunas, y hasta las opuntias, etc. entre los cardos, siendo ambos de origen lusitano en lo que al Brasil se refiere.

Lejos de mí las pretenciones de ser botánico en cuya materia soy un simple aficionado dada mi admiración por la naturaleza y, en esta, entre otros, el matiz de las plantas; pero, a pesar de mi falta de base científica casi me atrevo a afirmar que la tuna comestible que Pero Lopes encontró en la costa rioplatense del departamento de San José es el "cereus peruvianus" que Correa denomina "Cardo bosta" dando la siguiente clasificación "Cereus macrogonus" cuyo habitat lo da extendiéndose desde Río Janciro por toda la costa atlántica "probablemente hasta Río Grande del Sud". Esta tuna está muy difundida en nuestro país principalmente en los departamentos de Rocha, Maldonado, Minas,

vam tamanho prazer, que parecia que queriam sair fora do seu siso: e assi me despedi delles".

———

No puede pedirse una pintura más acabada y completa de nuestros indígenas. Resulta difícil determinar exactamente el lugar del interesante encuentro que prueban, entre otras cosas, la cordialidad de los indígenas uruguayos por lo menos con los que pasaban, no con los que se querían afincar en sus tierras que, a esos, los acometían bravamente.

Pero Lopes no habla que salieron de la barra de un arroyo y, al contrario, cita embarcaciones no utilizadas colocadas embarrancadas en la playa, pero, sabiendo el mar fuerte que se levanta en el Plata a cada instante, y sobre todo con el pampero en esa costa expuesta, de manera directa, a ese viento peligroso, es normal pensar que estuvieran en una barra o muy cercana a ella, por el abrigo que

---

Cerro Largo, Treinta y Tres, etc. habiendo en estos últimos ejemplares espléndidos; pues es marcadamente ornamental, alto, erecto, verde oscuro, magnificas flores rosadas sobre fondos y bases blancas y amarilla, muy aromáticas pero. desgraciadamente de poca duración.

Aun cuando esa zona de San José no es señalada como lugar aparente para la vegetación natural de esa cactácea que se da, con preferencia, en tierras pobres y pedregosas, recuerdo que en esa zona de San Gregorio —en la estancia de los Cachón que solía visitar hace muchos años— los había aún cuando no muchos y mismo en las cercanías del actual pueblo de Libertad. Pero no debe olvidarse que en esos lugares la explotación agraria se ha intensificado de veinte años a la fecha enormemente; que la roturación de las tierras debe haber llevado por delante ese vegetal y que en los campos de pastoreo intensivo— en las lecherías que predominan en esos lugares— en épocas de seca al ganado vacuno se le da pitas y esa clase de tunas, sacándoles la epidermis que es muy amarga y espinosa, pero muy buscados por esa clase de ganado.

Joao S. Decker en su libro "Aspectos biológicos da Flora Brasileira", (impresa en San Leopoldo (Río Grande del Sur) al relatar los "cereus" difundidos en el Brasil —nombre derivado de cirio del griego Kirio— dice en la pág. 21º: "Alguns cereus forman una inmensa columna indivisa, emquantro outros, taes como o Cereus peruvianus e affins se ramificam, formando candelabros gigantescos".

Desde luego que en el país hay otra clase de cardos: el estrellado o bendito (Centaurea calcitrapa) que no hay que confundir con el cardo santo (Argemone mexicana); el cardito (Carddus crispus); el "negro" (Cirsium lanceolatum); el "charrúa" (Stevia multiristota), etc. Todos ellos no comestibles (Sigo a Berro —Vegetales vulgares—, a Lombardo, Herter, etc.). El Prof. Carlosena dice que el "santo" tiene el "tallo y hojas extremadamente amargos y se usan como aperitivos y tónicos".

las costas de la corriente fluvial que a ella afluye procura. En este caso se trataría del arroyo Cufré o en sus inmediaciones, pues todavía no había rebasado la actual punta donde está edificada la Colonia, punta que él llamaría de San Martín. Todo esto sucedía en los días 25 y 26 de Noviembre.

El 27 llegó a una isla "grande y redonda, con mucha arboleda" a la que bautizó Santa Ana y que era la de Martín García donde pasaron toda la noche, donde pescó mucho, de muchas maneras pero ninguna al estilo de Portugal "tomavamos peixes dáltura de un homem, amarelos e outros pretos com pintas vermelhas, os mais saborosos do mundo". Probablemente los enormes dorados y surubíes. ([36]).

El 29-30 llegaron los portugueses a las actuales islas de Dos Hermanas que nombraron de San Andrés; el 1 de Diciembre, cambiando de rumbo, fueron sobre la actual costa argentina embicando en el delta en márgen de bañado, de donde sin esfuerzos zafaron, engolfándose luego en los brazos del delta del Paraná, adonde no interesa seguirlos para encuadrarnos en el límite adoptado para esta relación.

En esta expedición de Pero Lopes, posiblemente fue embarcado cuando el conjunto pasó por Santa Catalina, el español Enrique Montes, *como "provedor di matimentos", excelente* baqueano desde luego pues habia integrado las expediciones anteriores de Diaz de Solis, Cristobal Jaques y Caboto, de manera que es del caso opinar que Pero Lopes se movió dentro de nuestro gran rio teniendo a su bordo un baqueano que lo guiaría con la experiencia que le daban sus ante-

---

([36]) Hay dos especies de dorados: el Salminus maxillosus y el Salminus brevidens, difícil de identificar para el profano, no así la especie que, en tren de pesca, antes de verla al extremo de la línea se adivina por la extraordinaria resistencia que hace el pez, al punto que los de gran tamaño, su captura significa una lucha tremenda. De ahí que su pesca es la más deportiva del Río de la Plata —me refiero a los países platenses— pues sólo se le encuentra en peces de magnífico desarrollo en el Paraná, Paraguay y Uruguay y algún otro río del sud del Brasil. Por esa característica la pesca del dorado, amarillo brillante que da la sensación de haber sido recién barnizado, tiene ya fama mundial como la del salmón en el extranjero, por lo sportiva que es.

Llegan a los veinte kilos de peso y suelen pasar el metro de largo.

El pacú —"Colossoma mitrei"— hasta de 20 kilos, de color dorado lustroso con tonalidades claras y oscuras, salpicado de manchas negras los costados, de aletas anaranjado fuerte en parte y, en otras, amarillo rojizo con borde negro.

El pinta rojo —"Scylliorhinus bivium"—; del surubí hay cuatro variedades

riores viajes no sólo en lo referente a la navegación sino que también en lo que respecta a la provisión de víveres.

De regreso, volvió a recorrer nuestra costa y asienta el 20 de Diciembre: "Des d'o cabo de Sam Martinho se fazem tres pontas; afastada húa legua húa da outra, todas com arboredo, e lacam ao mar restingas de pedras; he antre ellas ha arrecifes muito peligrosos". No olvidando que el cabo San Martin es la actual punta donde está edificada la ciudad de Colonia, infiero como Castro —y no con Varnhagen que cree sea la punta Espinillo— que esas tres puntas, serían las puntas de Angostura, Artilleros y Sauce, pero no la del Rosario como supone Castro pues el Diario sigue: "A cerrada da noite me acalmou o vento a boca de hum rio, que a entrada era mui baxo. Aqui estuvo surto até a mea noite, que me deu húa trovoada do sulsudoeste; e con vento encheau a agua; e me meti na boca do rio: e como ia enchendo assi me ia metendo para dentro". Creo que solo el arroyo Rosario podía brindarle este refugio, y más recordando que su barra es poco profunda —hoy ha sido dragada— pero no debe olvidarse que la embarcación portuguesa era muy pequeño y de consiguiente poco calaba.

El sábado 21 de Diciembre "sai do rio, a que puz o nome de Sam Joao". Castro dice que es el Pavón o Pereira, pero duda. Quizá sea el San Gregorio muy inmediato por la ilevantable razón que estos dos arroyos desaguan en el mar.

Esta aseveración trastoca un poco el erudito y cuidado comentario de Castro, un poco antes y un poco después de este punto; y como no puede dejar de suceder aventuro mi parecer sobre el caso en lo dicho y en lo que sigue.

Y continúa el diario: "E 2 leguas do dito rio de Sam Joao achei a gente que a ida topara nas tendas; a sairam-me 6 almadias, e todas *sem armas, senam vinham com muito prazer a abracar-nos: e o vento* era muito; e fazia gran mar; e elles acenavam-me que entrasse para hum rio, que junto das suas tendas estava". Como se ve mi suposición anterior de que este campamento indígena estaba sobre la barra o en las inmediaciones de una corriente fluvial se confirman. Pero ¿Qué arroyo era?

"Mandei-la hum marinehiro a nado, para ver si tinha boa entra-

da: e veo e disseme que era muito estreito, e que nao podiamos estar seguros da genta que era muita que lhe pareci que era 600 homes; e que aquillo que pareciam tendas que eram 4 esteiras, que faziam uma casa em quadra, e em riba eram descobertas: e fato ihe nam vira; seano redes da feicao das nossas". Lo dicho por el diario y mis hipótesis ya expuestas me inclinan a pensar que este campamento estaba más bien en el Cufré. A más de andar desnudos, en la relación que sigue se destacan otros datos interesantes sobre los indígenas. "Como vi isto me despedí de elles; e les dei muita mercadoria; e elles a nos muito pescado. En vinham a pos de nos, hús a nado e outros em almadias, que nadam mais que golfinhos; e da mesma maneira nos com vento a popa muito fresco-nadavam tanto como nos andavamos. Estes homes sam todos grandes e nervudos; e parece que tem muita forca. As molheres parem todas mui bem. (parecen). Cortam tambem os dedos como os do cabo de Santa María (Punta del Este); mas nam sam tam tristes. Como me parti de elles, mandei encher a vasilhas de agüa doce; porque nos achegavamos a enseáda onde se ajutam a agua doce com a salgada".

El 23 de Diciembre, ya en el puerto de Montevideo subió con su gente a lo más alto del Cerro "donde viamos campos, a estender d'olhos, tam chaos como a pàlma; e muitos rios: e a longo delles arboredo. Nam se pode escrever a fermosura desta terra: os veados e gazelas sam tanttos, e emas e outras alimarias, tamanhas como potros novos e do parecer de elles, que he o campo todo coberto desta caca — que nunca v iem Portugal tantas ovelhas, nem cabras, como ha nesta terra de veados".

Al arroyo Solis Chico lo nombra Pero Lopez rio "dos Begoais" y llamando así a los "selvícolas" habitantes de las orillas del Plata desde la zona ocupada por los charrúas hacia el Este. Castro, con motivo del comentario que hace del naufragio sufrido por el marino portugués en la isla, mejor dicho, islote de Piedras de Afilar, a dos leguas de dicha corriente de agua, dice que esos indios probablemente eran rama de la familia Begoá-chaná-timbú.

Después de mil pellejerías pusieron a flote el bergantían y se refugiaron en la barra del arroyo, estando tan escasos de víveres que mandó por la costa un hombre solicitando socorros a la isla de Gorriti donde había quedado el resto de la flota al mando de Martin Affonso como anteriormente es vió.

Esta estada obligada en tierra firme es el motivo para que nosotros quedemos enterados de algunas costumbres de los indios: "Este dia –26 de Diciembre– nam comemos senum ervas cozidas. En andando pela terra en busca de lenha para nos aquentar nos fomos dar n'hum campo com muitos paos tanchados e reides, que fazia um cerco, que me pareceu a primeira que era armadilha para cacar veados; e despois vi muitas covas fuscas, que estavam dentro de dito cerco das reides: então vi que eram sepulturas dos que morriam: e tudo cuanto tinham ihe punham sobre a cova; porque a pelles com que andavan cobertos, tinham ali sobre a cova, e outras macas de pao, e azagaias de pao tostado (endurecida al fuego, quere decir), e a reides de pescar e as de cacar veados: todos estavam em contorno da sepultura, e quizera mandar abrir a scovas; despois houve medo que acudisse gente da terra, que o houvesse por mal. Aqui juntas estariam 30 covas. Por nam podernos achar outra lenha mandei tirar tódolos paos das sepulturas; mandei-os trazer para fazermos fogo, para se fazer de comer com 2 veados que matamos, de que a gente tomou muita consolacam".

Como se ha visto, esta descripción del cementerio indígena es muy interesante y demuestra que sobre las tumbas se ponían los artefactos de cazar del difunto y es lástima que, con fundada prudencia no excavara alguna sepultura él, para ver si había oro o plata, nosotros, para saber si las boleadoras, flechas, rompecabezas y demás objetos de piedra estaban junto al muerto, pues del relato se desprende que sobre las mismas estaban las armas de madera endurecidas al fuego, las redes, etc.

"A gente desta terra san homes mui nervudos e grandes; de rosto sam ruito feos: trazem o cabelo comprido, alguns delles furam os narizes, e nos buracos trazem metidos pedacos de cobre mui lucente: todos andam cobertos com pelles: dormen no campo onde lhes anoitece: nao trazem outra cousa comsigo senam pelles e reides para cacar: trazem por armas hum pilouro de pedra do tamanho d'um falcão, e delle sae hum cordel de húa braca e mea de comprido, e no cabo húa borla de penas d'ema grande; e tiram com elle como com funda: e trazem Húas azagaias feitas de pão, e húas porras de pão do tamanho de hum covado. Nam comem outra cousa senam carne e pescado: sao muitos tristes; o mais do tempo choram. Quando morre algum delles segundo o parentesco, assi cortam os dedos, poi

cada parente húa junta; e v imuitos homes velhos, que tinham senam o dedo polegar. O fallar delles he do papo como mouros. Quando nos vinham ver nam traziam nenhúa molher consigo; nem vi mais que húa velha, e como chegou a nos nacou-se no chão de brucos; e nunca alevatou o rosto: com nenhúa cousa nossa folgavam, nem amostravam contentamento com nada. Se traziam pescado ou carne davam-lo de graca, e se lhe davam algúa mercaderia nam folgavam: mostramos-lhe quanto traziamos; nem se espantavam, nem haviam medo a artelharia; senam suspiravam sempre; e nunca faziam modo senam de tristeza; nem me parece que folgavam com outra cousa".

No puede pedirse un relato más completo de esos indígenas. Es el primero, y de los mejores que nos han legado los manuscritos antiguos y abarca, como se ha visto, un panorama completo de la vida que llevaban. Lo único que debo objetar es, el pedazo de cobre brillante que solían colocarse como adorno al perforarse la nariz. Cobre no hubo en esta parte de la cuenca del Plata y solo en los Andes es posible su existencia pero su laboreo y trasporte aquí me resulta más que problemático. ¿Qué era entonces? ¿Serían pepitas de oro, de forma alargada, recogidas en las arenas de los ríos minuanos? Es difícil pero no imposible esta suposición que enuncio como poco fundada hipótesis.

Por lo visto, sin aguardar el resultado del chasque que envió el 27 salió "dos rios dos Begoais" y al ponerse el sol llegó a la isla de las Palmas —Gorriti— donde Martin Affonso, su hermano, estaba; partiendo la armada de regreso a la costa del Brasil cuatro días después.

———

Antes de cerrar este capítulo de los descubridores, deseo hacer alguna advertencia y también algunas consideraciones.

Este viaje de Martin Affonso y Pero Lopes, apesar de no ser —en el sentido geográfico— descubridores, lo incluyo no solo por estar comprendido en el período quinientista, sino también teniendo presente que, en lo material, fueron los que nos descubrieron a nuestros indígenas —por lo menos los de la orilla del Plata en Canelones y San José de hoy— describiéndolos no solo en su físico, sino en sus

hábitos y costumbres con mucha más amplitud que hasta entonces se había hecho.

La observación de su carácter es muy importante pues parece distinto de los que habitaban el Plata Superior, belicosos y guerreros, salvo que —no sería nada extraño— esa conducta fuera represalia de las brutalidades a que los pensinsulares europeos —españoles y portugueses— acostumbraban tratar a los habitantes de continentes distintos al suyo.

Se trata de una acogida cordial, afectuosa en extremo, en la que daban todo lo que tenían. Entre los de las costas de Maldonado y Canelones y los de San José se acusan matices diferenciales profundos. Aquellos, tristes, reservados, taciturnos, indiferentes ante las baratijas de los hombres blancos; los otros, por el contrario, expresivos, vivaces, codiciando la posesión de las pequeñas cosas que veían por primera vèz.

En el mismo relato de Pero Lopes, volviendo al tema de la desconsideración con que los extranjeros trataban al hombre de la tierra que visitaban, el hecho de hacer una fogata para calentarse y comer utilizando los objetos de madera que, como armas de guerra que los habían acompañado en la vida, depositaron sobre las tumbas de sus, muertos, es una tropelía que debía de herir forzosamente las cuerdas más delicadas del sentimiento indígena que era lo suficientemente sensible para depositarlos en ese lugar sagrado como homenaje póstumo.

No es sensiblería opinar así. Los pueblos más atrasados y bárbaros, siempre se han inclinado con respeto ante la tumba de sus antepasados y mismo entre los que estaban en la última escala humana —entre los canibales— se procedía así solo con sus enemigos y hasta en algunos pueblos de esos primitivos se creía que ese alimento era varonil, botín propio de guerreros que, de tal suerte, acrecía su propio valimiento ingeriendo la carne del sacrificado.

Pero Lopes cuenta que hizo la fogata pero no habla de un contacto posterior con los autóctonos sabedores de sus tumbas violadas. Muy distinto quizá hubiera sido el recibimiento y esa femenina sumisión de la vieja india postrada de bruces con el suelo junto a su cara, quizá también se hubiera modificado, como se modificó en San Salvador y aledaños la conducta del autóctono con Solís, Caboto, etc.

He dicho en párrafos anteriores como comentario de la escala que los navegantes de entonces hacían en Santa Catalina y aledaños, que este punto era una especie de obligada antesala de las expediciones al Plata y, debo agregar que, como alguien ha observado, los españoles nunca se cuidaron —hasta mediado el XVII— de tomar posesión de este punto para la Corona de España.

Colocaban padrones, levantaban actas, y hacían toda la serie de actos más o menos inoperantes encaminados a resguardar los derechos de su Rey. Lo mismo hicieron los portugueses en Gorriti y en el "estero de los querandies", junto al Paraná, en tierras ya descubiertas y afirmadas para España; lo mismo había hecho la expedición francesa que en día de Pascua de 1505 desembarcó en Santa Catalina. (37)

¿Por qué Solís y Caboto no poblaron en Santa Catalina como lo hicieron en San Salvador y en Sancti Spiritu, Paraná arriba? Esto hubiera afirmado la conquista, pero alucinados por el oro que se

---

(37) Osvaldo Cabral en su libro "Santa Catalina" ya citado, traza un brillante relato de la toma de posesión de los franceses:

Malamente traduzco: "Era el día de Pascua de 1054. La bahía tranquila, refleja en sus aguas los primeros tonos dorados del sol de la mañana. De abordo un pequeño navío de reducido tonelaje, de aquellos en que la audacia humana se lanzaba por el Atlántico en busca de oro, de tierras y de glorias, desciende la procesión. Los oficiales de abordo, con el propio comandante a la cabeza, vistiendo los "jubones de color de las grandes solemnidades, con puños y pecheras de encajes, traen, pendientes del correaje las pesadas espadas, cuyo acero brilla al sol de la mañana. Manda la piedad que desciendan a tierra descalzos, y así están todos, cargando, acostada, una pesada cruz de madera. Varios naturales del país de piel bronceada y lustrosa de músculos salientes y fuertes, empéñanse en auxiliar a los blancos extranjeros y, de entre ellos, un viejo *fuerte, de mediana altura, algo obeso, en quien se reconoce. el jefe de la aldea* próxima por las plumas de un solo color que trae en la cabeza como adorno, gravemente, con aquellos forasteros, colabora en la piadosa tarea. Chegada a una punta de la tierra, de cara para la bahía, detiénese la procesión y entonces se levanta la cruz en medio del estruendo de los cañones del barco y de los disparos de los mosquetes de la tripulación, cuyo eco se repite a lo largo de las quebradas de las montañas. Estaba erguido sobre el suelo de Santa Catalina, por la primera vez, el símbolo de la cristiandad, el marco de la civilización"...

Binnot Paulmier de Gonnenville parece ser el primer hombre blanco que se allegó a la región. Había partido de Francia, abordo del "Espoir" de 120 toneladas, en Junio de 1503 llegando en Enero del año siguiente y fondeando en la bahía que después se llamó de Babitonga. En la expresada punta, hasta hoy por ese hecho conocida por punta de la Cruz, en ella, de un lado tenía grabado el nombre del Papa, del Rey de Francia, del Almirante, del capitán y de todos los tripulantes; del otro el acta levantada por el par Nicolás Lefébre, letrado de abordo con ese motivo.

decía existía de manera fabulosa hacia el oeste, siguieron al Plata en su busca.

Solo el ilustre Adelantado español, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, parece ser que vislumbró la posición estratégica de Santa Catalina, al abrir un camino más corto y directo entre el Océano y el Paraguay y al tomar posesión del punto en marzo de 1541. Venía nombrado Gobernador de ese sector americano que pertenecía a España fuera de toda duda, al frente de cuatrocientos hombres, y se estableció en tierra firme, frente a la isla, entablando las más cordiales relaciones con los indígenas, acercamiento que encontró terreno propicio por cuanto los náufragos de la expedición de Solís habían preparado el terreno, aun cuando los posteriores actos hostiles de Caboto bastante lo perjudicaron.

Pero el valeroso Adelantado también se dejó tentar por la leyenda áurea o cumplió instrucciones que pudo tener, y dejando cerca de la mitad de su efectivo, al poco tiempo se dirigió con el resto al interior engrosada su tropa con gran número de naturales que espontaneamente se ofrecieron a acompañarlo. Entró por Itapocú y subiendo la sierra do Mar, abriendo picadas en las grandes y lujuriosas selvas vírgenes, llegó al Iguazú, al río, en el actual Estado de Paraná y en Tbagy, se despidió de los indígenas catarinenses a los que, agradecido, colmó de presentes. Llegó a la Asunción del Paraguay en Marzo de 1542 rematando así un viaje que ha sido y será la admiración de todas las épocas. En 1555, el resto de la población que había dejado, desamparó el lugar que se perdió para siempre para España. ([38])

([38]) Estas notas sobre Santa Catalina, así como el lugar que el tema ocupa en el texto, creo del caso explicarla.

Aparte de lo que hubiera significado la permanencia del sitio en manos de España, sobre todo después de la emancipación y, desde luego, realizada ésta junto con la de los países del Plata, esa región tiene para mí un encanto singularísimo; sus bellezas naturales. Dícese que Tucumán es el jardín de la Argentina; pues bien, Santa Catalina es el jardín del Brasil. Y el jardín del Brasil es... casi un cuento de las Mil y una Noche... porque superar las bellezas, la euritmia de su estética es algo casi irreal.

Las aguas de sus bahías oceánicas, de sus playas, de un límpido color turquesa que se cambia en glauco o en reflejo de impecable esmeralda, es cosa que hay que verlo para saborearlo, tanto en la antigua Nuestra Señora do Desterro — hoy Florianópolis— como en toda la deslumbrante costa oceánica de belleza dificultosamente superable en el mundo. Vista en días luminosos y plácidos, es algo

Es de deplorar lo sucedido pues la conservación para esta de esas tierras es fácil avizorar lo que hubiera representado, y en el porvenir, también para los pueblos de la cuenca del Plata: Uruguay, Paraguay y la Argentina.

---

indescriptible ese color del mar, esas montañas cubiertas de vegetación tropical, muriendo, espléndidas, sobre las aguas oceánicas de entonado y alucinante color o en las arenas de sus playas extraordinarias: Porto Bello, Tijucas, etc. Los valles de Itajahy y Tubarao, las márgenes de los ríos de cuentos de hadas; la mezcla indefinible de civilización europea de mediados del XIX y de los mil y un aspecto arcaicos, arquitectónicos y del hombre, del período imperial del Brasil que se descubre a cada instante en Jaraguá, Joinville, Blumenau, Itajahy, Tubarao, Aranguá, hay que verlos. Por todos lados vivas aristas del alemán más puro, del negro, del brasileño del período colonial, real e imperial, los foráneos del interior, donde se asentara —hace más de un siglo— la colonización germana, hasta lo típico de los pescadores nativos de ese arriscado golfo de Santa Catalina, de bien cimentada mala fama, donde las olas juegan con los barcos más grandes al capricho del viento como si fueran hojas de la floresta virgen, movidas por el soplo eólico. Y las montañas de la Serra do Mar de sus cordilleras y sus bosques con sus orquídeas y sus helechos...

ADELANTADOS Y POBLADORES

PEDRO DE MENDOZA

El primer Adelantado fue el acaudalado hijodalgo español Don Pedro de Mendoza que al frente de una poderosa armada y un numeroso contingente de militares y civiles salió del puerto de San Lúcar de Barrameda el 1º de Septiembre de 1535 quien, a cambio de la merced real, a su costa, se proponía colonizar la cuenca del Plata y llegar al Pacífico, para develar el misterio del famoso imperio que suponía arriba de los 25º. La escuadra la integraban catorce naves y el pasaje que conducía puede estimarse alrededor de los 1.300 hombres pues, dada la capacidad de aquellas, no podían llegar a los 2.200 de que habla Ruy Diaz de Guzman, ni a los 2.650 a que se refiere Ulrico Schmidel. Entre esa gente había 150 alemanes allegados de Amberes a España, entre los que se cuenta el aludido Schmidel, que vino a ser el cronista de la expedición, y una cantidad considerable de personas de valía o de distinción por su nacimiento o por sus propios medios: comendadores de las órdenes de San Juan y de Santiago, muchos hijosdalgos, un hermano de leche de Carlos V, un hermano de Santa Teresa de Jesús –Rodrigo de Cepeda– perteneciente a una ilustre familia de Avila, porción de veteranos de las guerras de Flandes, militares de alta graduación, ocho sacerdotes, etc.

También, un centenar de caballos y yeguas que, con el correr del tiempo constituyeron la base de la enorme riqueza equina de estas regiones. Semillas variadas, herramientas y todos los elementos de trabajo y de guerra adecuados para efectuar una conquista y afianzar una colonización sobre buenas bases.

La moderna investigación ha puesto de manifiesto de manera incuestionable que las finalidades de la misión que traía Mendoza, el gentil hombre de cámara de Carlos V, era impedir que los portugueses llevaran a cabo su propósito de llegar a las tierras fabulosas, plena de riquezas minerales, que se suponía existían al sud del Perú,

contrariando sus avances ya sea por mar —por la vía del Plata, Paraná y el Chaco— ya por tierra, partiendo de la costa brasileña hacia esa zona de promisión que los relatos de la expedición de Solís habían divulgado en Portugal y en España.

Esta expedición de Mendoza era la concresión de una serie de esfuerzos que en el más severo secreto se esforzaban por realizar las dos naciones ibéricas, es decir, en lo que se refiere a la coronación del esfuerzo español. Habían habido contratos con Miguel de Herrera y en 1531 con Pedro Fernández de Lugo, que no habían llegado a convertirse en realidad. A Herrera se le había adelantado la expedición portuguesa de Martin Affonso y Pero Lopes ya referida y cuando se andaba en tratos con Fernández Lugo —que era Adelantado en las islas Canarias— se supo que había en gestación otras armadas portuguesas para auxiliar a Martin Affonso y que dos navíos habían partido al efecto el 4 de Octubre de 1531. Fernández Lugo se desatendió de las ofertas que se le hicieran y, de ahí, la formación de la expedición de Mendoza.

Fue, en realidad una desenfrenada carrera a la Sierra de la Plata —el Perú— y se saben hoy los esfuerzos diplomáticos realizados, los nombres y propósitos de otras expediciones programadas pero, todo ello no es de nuestro asunto y lo que antecede va dicho para puntualizar que las expediciones españolas al Plata tenían su razón de pasar por ambas orillas del río rumbo al Paraná y al Paraguay tras el paralelo 25º sin fijarse en sus márgenes.

Nuestros historiadores han hablado del desamparo en que se tuvo a la costa uruguaya durante ese tiempo, pero no han dicho que lo mismo sucedía con la otra banda del río, así como también que la fundación de Buenos Aires fue como para establecer un simple punto de apoyo, una escala, en la etapa al interior del continente que era la meta definitiva.

Tal fue el origen de nuestra hermana platense y, es más: la escala del Plata tanto en su primer paso, sobre todo, en su segundo intento, hubo de realizarse en nuestra costa, en Martín García, San Salvador o San Lázaro, como luego veremos; y quizá culpa de que la primera población no se asentara en la banda oriental del río la tuvieron la acometividad de los charrúas que hicieron la vida imposible a cuanto asiento español se trató de afincarse en sus dominios.

Es más. Tengo la convicción de que si la índole hubiera sido

pacífica, igual o similar a la de los guaraníes existentes en torno de la Asunción, la primera población estable se hubiera realizado en nuestro país, pues las características topográficas, –tierra muy fértil, alta, sana y ondulada, eran mejores a las planas y húmedas– en las que, al final, se asentó la ciudad definitiva; aparte que la profundidad de las aguas de nuestra costa y los resguardos naturales del San Juan, San Salvador y de la Colonia, eran también muy superiores a la costa llana, recta y desabrigada argentina y al precario refugio que ofrecía el Ríachuelo aún para las embarcaciones de escaso tonelaje que arribaron en los siglos XVI, XVII y aún XVIII al Plata.

Y que fue así lo prueba lo que más adelante se dirá y las fundaciones de San Lázaro y San Salvador, anteriores a la primera fundación de Buenos Aires, como ya se ha visto y más adelante lo confirmará el desarrollo de los acontecimientos.

El 22 de Enero de 1536 ya se hallaba Mendoza en la isla de San Gabriel. No se le ocurrió, por cierto, fondear en la boca del Riachuelo, como tampoco se le había ocurrido tal anclaje a las expediciones anteriores, que siempre tuvieron como punto de arribada y de arranque para los esfuerzos norteños a esta isla, a Martín García y, en la costa firme a San Lázaro, San Juan o San Salvador.

Esto debe destacarse porque tiene su importancia y son hechos que no admiten controversia. La preferencia es clara y sigue afianzándose cada vez que más se conoce el río. Solo Mendoza, posteriormente, fue la excepción, pero no nos adelantemos a los sucesos.

A los pocos días se realizaba, en la costa opuesta, la primera fundación de la ciudad de Buenos Aires, así nombrada no por que hubiera un buen aire en el sitio, sino en homenaje a Nuestra Señora del Buen Aire, patrona de los navegantes, la virgen sarda del Santuario de Cagliare.

Para esclarecer este último detalle pasaron muchos años ya que hace poco fue puesto el asunto en claro.

¿Qué día se realizó la fundación? Del cotejo de la encontrada opinión de los más autorizados historiadores argentinos parece ser el 3 de Febrero de 1536, pero es un asunto muy debatido optando otros por otras fechas desde luego, todas cercanas.

El sitio también se discute, y se seguirá discutiendo. En el bajo del Riachuelo, en lo que es hoy la conocida Vuelta de Rocha que algunos admiten fundados en el resguardo que ofrece la barra de

ese arroyuelo para las embarcaciones ancladas en esa costa abierta, llana y, por tal, peligrosa en los días de fuertes vientos, con corrientes encontradas, no puede ser. Ese lugar es malsano, húmedo, de notoria insalubridad y recién se tornó distinto, cuando la profundización artificial de la costa, la del propio Riachuelo, la enorme cantidad de tierra sacada para colocar los cimientos de la inmensa ciudad, algo levantó su nivel; sin olvidar, desde luego, el lento y seguro proceso, de la desecación de los bañados y de las tierras bajas que constituían y circundaban el punto, que al andar del tiempo lo transformó casi por completo.

La ciudad debió fundarse al norte del Parque Lezama, en terreno netamente alto, en la parte más encumbrada de la meseta, en la orilla derecha del que fuera Zanjón de Granados indicado por Aníbal Cardozo en 1911, sostenido por Gandia y admitido por la Comisión especial designada para ilustrar el punto con motivo de la celebración del IV centenario de la fundación. Alto de San Pedro se llamó antiguamente a ese lugar.

Parece indudable que Mendoza, desde San Gabriel, mandó gente competente buscando un lugar apropiado para hacer una población explorando la otra banda del río y que estos señalaron el lugar que nos ocupa.

Parece ser también cosa averiguada que la pequeña, baja y cenagosa isla frente a la boca del Riachuelo, hacía que éste desaguase por lo que se dió en llamar brazo norte y que el canal submarino, que viene a ser su prolongación desde el alto de San Pedro hasta el lugar después llamado Bajos del Retiro, "eran en tiempo de Mendoza navegables para los barcos de gran calado. En este brazo norte se refugiaron los navíos de Mendoza", fundada que fue la ciudad. Fernando de Montalvo escribía en 1590 que Buenos Aires "tiene muy buen puerto pues un riachuelo y dentro de él tiene quatro y cinco bracas de fondo. El canal para entrar en él tiene a veces doce palmos y otras catorce y veinte con aguas vivas" ([39]). Toda esta realidad cambió con el andar de los años y en los primeros del XVIII es posible que estuvieran ya muy cegados, dado el mucho limo y arena que arrastra el río.

———

([39]) Enrique de Gandia. — "Primera fundación de Buenos Aires" en "Historia de la Nación Argentina" T. III. Buenos Aires 1930.

Para mí tengo por seguro que hubo un error y un acierto en la elección del sitio, y es de lamentar que los archivos perdidos de la primera fundación no hayan podido ser escrutados a fondo para saber a que atenernos sobre estos puntos.

Si la población se realizó en la otra banda del río por las hostilidades reiteradas de los charrúas, como presumo con bastante fundamento, hubo error tan solo inicial, porque la belicosidad de los querandíes se puso bien pronto de manifiesto demostrando que eran tan irreductibles como nuestros aborígenes. Y tratándose de tribus de temperamento guerrero, era lógico que así procedieran, pues defendían su territorio, sus lares, donde el advenedizo peninsular, sin diplomacia ni comedimientos de género alguno, propio de su temperamento también combativo, entraban a dominar desde el primer momento. Y debido a la reacción provocada por sus procedimientos, allí como acá, sucedió lo mismo: Buenos Aires hubo de ser abandonada como lo fue San Salvador.

Y que hubo acierto, y grande, está en el lugar estratégico que no tanto desde el punto de vista militar sino en el económico, se tuvo de llevar a Buenos Aires al lugar que hoy ocupa, de evidente preeminencia en América.

La fundación asegurada contra las incursiones de los indígenas *uruguayos en cualquier punto de la costa de la Colonia o de Soriano*, de haberse conseguido, nunca hubiera obstado a que la población que se instalara antes o después en la otra orilla la superara en dimensión con el correr de los años.

De haberse eso producido quizá el portugués no hubiera avanzado por nuestra frontera del este como lo hizo después, y se hubiera conservado la raya de Santa Catalina, pues desde que Alvar Núñez abrió el camino terrestre de ese punto al lejano Paraguay, esa ruta fue frecuentada en todo el 1500 como lo demuestra lo utilizada que fue casi al par que la vía fluvial del Paraná. Al respecto baste recordar que por allí regresaban a España muchos de los españoles que terminaban sus servicios en el Paraguay y zonas limítrofes y por ahí llegó a la Asunción la extraordinaria expedición de mujeres que teniendo por capitana a la temeraria Mencia Calderón, vino de España a esta parte de América.

El abandono español de la inmensidad territorial que encierra el rincón del continente comprendido en la cuenca platense —no olvi-

dar donde nace el río Iguasú, las fuentes del Uruguay, etc.— permitió al porfiado lusitano la expansión de sus dominios penetrando y afianzándolo en el sector hidrográfico del "río como mar", aunque la muy tardía reacción rioplatense de principios del XIX le hizo perder parte de lo que había logrado ([40]).

Que fue una acertada de Mendoza la fundación de Buenos Aires, donde después la reinstalara Garay, contrariando el parecer de muchos jerarcas de entonces, está a la vista y corresponde a ambos conquistadores dividir la gloria del acierto; pero, acertaron de pura casualidad, —sobre todo Mendoza— porque deslumbrados por el espejismo áureo del norte andino, no se percataron de la inmensa riqueza de ese suelo privilegiado que hay entre el Plata y los Andes al Oeste, Sud y Norte y que es hoy la Argentina. Desde luego que ese inmenso sector americano era entonces, totalmente, "terra incógnita", y que nadie de la expedición mendocina sospechó la inmensa riqueza que en potencia tenían en ese pequeño lote de equinos que luego, aventado por el abandono de la ciudad asediada por los querandíes, en mucho más pequeño número aún, habían de concurrir a la formación de una riqueza que sobrepasaría en cantidad y en estabilidad a la

---

([40]) Gustavo Barroso en el T. I de su "Historia secreta do Brasil" que trata desde el descubrimiento hasta la abdicación de Pedro I, dice en la página 304: "O Brasil, fraco por elementos que lhe disolveram concursos essenciaes —a maconeria e a politiqueira creando óbices ao governo e tornando a guerra impopular— recou ao Chui e Quaraim, forcado pela JUDIARIA inglésa avidamente apadrinhada por Stuart, Gordon e Posomby, que ultimou o ajuste de terminar as hostilidades" transcribiendo en este pasaje a Alberto Rangel.

Es una obsesión que tiene Barroso, hace tiempo Director del Museo Histórico Nacional de Río, con su curiosa opinión sobre el Uruguay. "A guerra do Vidéo", "Contos e Episodios da Campanha da Cisplatina 1825 a 1828" y similares, en lo que se muestra un nacionalismo proselitista grato a la multitud ignara,, lo evidencia. "Os quarenta livros de Gustavo Barroso" y su labor, altamente recomendable, desarrollada, antes de ingresar a aquel cargo y el señalamiento y la restauración de los monumentos arquitectónicos e históricos de su país, es una hermosa tarea que en parte hace olvidar la otra, "A guerra do Rozas', "A guerra do Flores", entre otros.

En su Historia Secreta asienta, "O judaismo internacional acumulaba a ambición argentina, a ansiedade uruguaia e tambem o instinto de conservação imperial, para tirar de todos partido, enfraquecendo-os, desfalcando o Brasil da margem esquerda do Prata arrancando a Argentina a Banda Oriental e creando o Uruguai Estado Tampão, destinado a nunca se expandir e susceptivel de oferecer, num ponto neuralgico do continente, uma brecha para qualquer aca futura, como a propaganda sovietica o demonstrou en nossos dias".

Las páginas que dedica a la revolución y al movimiento lavallejista que terminó con el poder imperial en la Cisplatina, que él llama "la peonada en revolta que estabeleceu sua capital na vila da Florida e cuja audacia subiu de

que ellos afanosamente buscaban, todo ello unido a la vacuna y ovina desde luego.

La ciudad que pudo establecerse en nuestro país, de haber existido desde entonces a la fecha, hubiera encontrado dos vallas que la hubieran reducido a la impotencia para competir con su vecina. Los ríos Uruguay y Paraná, con sus amplios cauces, habrían de haber contrariado su expansión y florecimiento ya que el intercambio comercial hubiera sido imposible de mantener ventajosamente con su vecina libre de esa barrera para efectuar el intercambio promisor hacia el N., S. y O. Y en años más próximos a los actuales, la feracidad extraordinaria de esa planicie que por ello, y por su topografía y también por su extensión, presentaría unos de los áreas más aparentes del mundo para el desarrollo de la agricultura. La competencia no hubiera sido posible sin perturbadores artificios de índole fiscal. Es bien sabido que si bien nuestra quebrada campaña presenta un territorio extraordinariamente apto para la ganadería, por sus pasturas, por sus aguadas y por sus reparos y abrigos naturales para la hacienda, pudiendo sostener holgadamente la paridad en este renglón con nuestros vecinos, en calidad, en cambio, en las labores culturales del suelo, tienen ellos, a más de las ventajas anotadas, la falta de erosión del agro cultivado, y la napa de agua a profundidad uniforme, lo que permite la formación de praderas artificiales —alfalfares— en condiciones de costo inicial y de conservación infinitamente más favorables que los nuestros. Todo sin desconocer que en nuestro país

punto", o cuando añora a "Abreu, chefe capaz de varrer os uruguaios, se dispusesse de recursos", lo demuestra. A qué seguir en esta disquisición con léxico propia de barata oratoria de barricada, pero, antes de terminar, recuerdo, cediendo una vez más la palabra a Alberto Rangel, cuando éste firma: "D. Pedro estava na tradição lusa, que então via profundamente no Prata a nossa grave e irrevogavel questão continental, o flanco doente, e o ponto sensivel. Em 1827, o Ministro Araujo dizia a Martius: "Sem o Uruguai e as ribanceiras de La Plata, o Brasil não pode descansar". Y, pese a ese radical vaticinio, descansó, y bien.

Felizmente, estos colazos de la vieja ambición portuguesa, han desaparecido en el panorama de la actualidad internacional para bien de todos. Bastantes territorios tienen los países del Plata, incluso el muy pequeño nuestro, para desarrollar actividades de esa índole. La consigna es hacer de ellos lo que todos debemos procurar realizar: democracias, lo más perfecta posible dentro de la imperfección humana, tierras de promisión y de sosiego para todos los hombres libres de la humanidad, que sólo deben preocuparse del bienestar social dentro de un clima de paz y de mutua comprensión, para el bien espiritual y material de todos sus pobladores, cultivo intensivo de tierras y de cultura.

la capa de tierras es de menor espesor, con la ventaja de poseer unas pocas hectáreas de zona improductiva y allá las hay inmensas —los Andes, los eriales patagónicos, cuyanos, de Santiago del Estero, etc.— pero hechas las restas correspondientes resulta, como no podía menos de suceder en un territorio quince veces de extensión mayor, un saldo favorable argentino tan amplio que limita netamente nuestras posibilidades cuantitativas de competencia.

———

Mendoza, acuciado en Buenos Aires por falta de víveres y por la hostilidad de los indios que, mal tratados se le habían puesto francamente en contra, hizo remontar por Ayolas el Paraná fundando éste, no lejos del Sancti Spiritu, en las proximidades de la laguna de Coronda, un nuevo fuerte que Juan de Ayolas bautizó con el nombre de Corpus Cristi. Era el 15 de Junio de 1536.

No es del caso entrar en detalles pero sí decir que el centro de operaciones de España se trasladó a la Asunción, que Buenos Aires fue abandonado ya mediado el año 1540, que Pedro de Mendoza falleció a su regreso a España habiendo salido de Buenos Aires, muy enfermo, antes de su desamparo y que el indiscutido jefe español en toda la cuenca platense era Domingo Martínez de Irala que había ascendido al supremo comando por méritos propios.

Irala ordenó la despoblación de Buenos Aires, a instancias de Alonso Cabrera, imposible de sostenerse en el punto sin víveres y por el continuo asedio de los querandíes que había diezmado a los pobladores reduciéndolos a un corto número También concurrió a la adopción de esa medida extrema el deseo de concentrar a todos los españoles en la ciudad de la Asunción y hallarse más cerca de la sierra de la Plata, cuya conquista era el más grande aliciente que impulsaba a aquellos hombres. Todo, a más de otro factor, la rivalidad de Irala con Ruiz Galán, que había merecido de Mendoza el nombramiento de Teniente de Gobernador en la desaparecida ciudad.

———

En el año 1542 había llegado a la Asunción Alvar Núñez, por tierra como ya se ha dicho, interín su primo Espopiñan Cabeza de Vaca, había seguido a ese punto con los barcos y resto de la fuerza que conducía el segundo Adelantado por la ruta del Plata y el Pa-

raná, habiendo sentido, como no podía dejar de suceder, la falta de una población de escala en el Plata.

La vuelta de algunos de los conquistadores a España, creó también en ésta un ambiente favorable para la instalación de la recalada y hasta el Rey llegó a estipular con don Juan de Sanabria, en 1547, la fundación de un pueblo en el Plata; pero todo no pasó de proyecto y ni aún llegó a concretarse en realidad la iniciativa del propio Irala, que palpando los inconvenientes de la falta de ese lugar de recalada para sus propias comunicaciones con la península y para el futuro de la Asunción envió, en 1551, a Nuño de Chaves con esa misión y la de recibir al grupo de colonos y mujeres destinadas a casarse con los conquistadores del Paraguay que condujo la ya mencionada señora doña Mencia Calderón. Hemos visto que, ignorando el adelantamiento de Chaves para recibirla, desembarcó en Santa Catalina y llegó a la Asunción haciendo la felicidad de muchos de los conquistadores. Con todo Nuño de Chaves dejó en San Gabriel "a unos pocos españoles para que aprovisionasen carne y granos" dice Gandia (41) lo que demuestra también que éste reconoció el lugar más aparente, más tranquilo que el punto del Riachuelo, cosa obvia desde que al estar rodeados de agua los aislaba propendiendo a su defensa dado su pequeño número. Al año siguiente Irala volvió a enviar una nueva expedición al Plata esperando a la denodada doña Mencia, de cuyo paradero se desconocía pero este socorro no dio un resultado práctico. (42)

Unos años después, en 1556, la necesidad de repoblar Buenos Aires o sus cercanías volvió a sentirse en el Paraguay de un modo apremiante. En el mes de Junio los oficiales reales pedían al rey que enviase unos cincuenta hombres casados para que poblasen en San Juan o San Gabriel, y Domingo de Irala escribía al marqués de Mondejar que poblando San Gabriel, el río de la Plata podría comunicarse con de Perú y Chile y las otras provincias que están en la mar del Sur. (43) Juan Salmerón de Heredia, otro conquistador del Paraguay, asimismo se dirigió al rey en Junio de 1556 suplicándole que hiciese poblar "en

(41) Enrique de Gandia. — "Una expedición de mujeres españolas al río de la Plata en el siglo XVL, en Indias y conquistadores del Paraguay" Buenos Aires 1931.

(42) "Historia de la conquista del Río de la Plata y Paraguay".

(43) Ob. cit.

el puerto de Buenos Aires, San Gabriel o San Lázaro. También le decía que una población en el antiguo fuerte de Caboto sería muy útil, pues "desde él se puede llevar las mercaderías que ocurriesen a las Charcas del Perú". (44)

Es bien elocuente por cierto la mención de estos antecedentes que demuestran las tentativas habidas para emprender la colonización —aunque fuera accidental— de nuestro país respondiendo a necesidades ineludibles y, el reclamo fue tan general y fundado, que el rey concertó con don Jaime Rasquin los acuerdos necesarios para fundar dos ciudades en la costa del Brasil, otra en San Gabriel y otra en Sancti Spiritu, sobre el Paraná.

Innecesario creo añadir las proyecciones que estas fundaciones hubieran significado para estos países de llevarse a cabo y de mantenerse. De haber ocurrido así el curso de la historia de esta parte del continente hubiera tenido una profunda alteración, pero el destino no quiso que la iniciativa pasara de proyecto, con una primera parte de realización verdaderamente promisoria.

Rasquin, firmada la capitulación, fue investido por el monarca con la Gobernación más extensa de América española "y por un instante soñó con la posibilidad de fundar dos poblaciones en el Río de la Plata y realizar sus proyectos, por cierto muy factibles si los hubiese intentado con método y con calma; pero el desorden y otras circunstancias adversas se introdujeron en su expedición, la hicieron fracasar lamentablemente y arribar a Santo Domingo en vez de llegar a estas regiones". (45)

El tercer Adelantado, Ortiz de Zárate, también pensó en poblar. Nacido en España pero ya prestigioso hacendado en el Paraguay, se trasladó a España y concertó con el rey, firmando las capitulaciones necesarias que lo convirtieron en gobernador de una zona inmensa que limitando con las gobernaciones de las Guayanas y Venezuela llegaban por el sud al estrecho de Magallanes, por el este, con el Océano y la línea de Tordesillas y por el oeste con los contrafuertes andinos.

(44) Padre Antonio Larrouy. — "Los orígenes de Buenos Aires". (1536-1580) Buenos Aires 1905.

(45) Enrique de Gandía. — "La segunda fundación de Buenos Aires" en el T 111 de la "Historia de la ación Argentina". Buenos Aires 1939.

Interesa destacar que "se comprometía a introducir en el río de la Plata desde sus estancias en Tarija, cuatro mil cabezas de vacas, cuatro mil de ovejas y otros ganados; a traer de España cuatrocientos o quinientos hombres de guerra y a poblar dos pueblos de españoles en pleno Chaco, "entre el distrito de la ciudad de la Plata (Charcas luego Potosí) y el de la ciudad de la Asunción" y "otro pueblo en la entrada del río que llaman de San Grauiel o Buneos Ayres" ([46]) "pero el destino o la fatalidad que —según Fernández Oviedo— parecían perseguir a todos los adelantados, hizo que Ortiz de Záarate no pudiese realizar por sí mismo ninguna de las fundaciones a que se había comprometido". ([47])

Y es más, como dice Gandia "su gobierno en el Río de la Plata fue casi nulo y se redujo a defenderse de los indios, desde el 20 de Noviembre de 1573, en que llegó al río de la Plata, al 15 de Enero de 1574 en que se refugió en la isla de San Gabriel y gracias a la ayuda de Ruy Díaz Melgarejo pudo evitar que los charrúas y guaraníes destruyeran toda su gente". ([48])

Quiero seguir a Gandia en un párrafo más, no sólo por lo bien informado que está sino porque siendo un historiador argentino expone sus puntos de vista de manera que interesa.

"El 30 de Mayo de 1574, Ortiz de Zárate fundó la ciudad de San Salvador, en la margen izquierda del río del mismo nombre. Esta ciudad, en el concepto de los conquistadores, era el puerto tan anhelado y tan necesario que para el comercio del Paraguay, Chile, Tucumán y Perú, había que levantar en el Río de la Plata; pero San Salvador no pudo subsistir por un fin de razones: entre otras por la desorganización que cundía entre la gente de Ortiz de Zárate y el abandono que de ella hizo el propio Adelantado dirigiéndose el 14 de Diciembre de 1574 a la Asunción, etapa final —aunque innecesaria— de su expedición. No es de extrañar, por tanto, que a los tres

---

([46]) Como curiosa nimiedad recuerdo el dato consignado por Enrique Peña en sus "Apuntes bio-bibliográficos" que preceden a la reimpresión fascimilar que del poema histórico "La Argentina" de Martín del Barco Centenera hizo en Buenos Aires, en 1912, la Junta de Historia y Numismática.

([47]) Por él nos enteramos que hay un documento en el Archivo de Indias en la que el famoso arcediano pedía la plaza de Alguacil Mayor del pueblo a fundarse en San Gabriel para su hermano Sebastián García.

([48]) Gandia en su trabajo sobre "La segunda fundación de Buenos Aires", ya citada.

años de haberse fundado los propios pobladores desampararan para siempre la ciudad de San Salvador, el 20 de Julio de 1577". (49)

Paul Groussac en su "Mendoza y Garay" se hace eco que la ciudad no estaba bien situada y transcribe el parecer de André de Montalvo que escribía el 27 de Marzo de 1576, desde San Salvador, que el piloto y otros prácticos creían "que este sea buen puerto para venir a él navíos", y que otras personas "de los viejos de don Pedro de Mendoza", aseguraban "que no se puede sustentar por no haber canal y fondo para navíos" sino de pequeño porte, y que el mejor puerto es de la banda del río a Buenos Aires, tierra firme, y dicen que iran navíos de trescientos cincuenta toneladas y a media carga entran en el río de Buenos Aires, donde cabrán cantidad de navíos y de allí se puede ir por agua hasta la Asunción y Santa Fe, por tierra y carretas o arrias a lo de Córdoba; pero estando aquí han de atravesar este río grande que son dos leguas de travesía con todas las cosas que de España vinieren para servirlas al Perú, y para traer ganados será trabajoso porque este canal es mal río de atravesar. Hay muchos de parecer que este puerto no se podrá sustentar en ninguna manera por las ocasiones dichas". Y esto lo transcribe Gandia en nota, en su obra "La segunda fundación".

De las andanzas de Ortiz de Zárate da una buena información Paul Groussac en su libro "Mendoza y Garay" donde no sólo se ocupa de la vida de los fundadores de Buenos Aires, sino que trata del período transcurrido entre las dos fundaciones.

Groussac se refiere a Ortiz de Zárate glosado autores anteriores y aportando documento inéditos a veces, todo con la "suavidad" característica de su estilo, en la interpretación de cuyos elementos tuvo indudables aciertos y los inevitables yerros que todo ser humano por capaz que sea comete. Los historiadores actuales han procedido como debían proceder: poniendo de relieve lo bueno y lo equivocado sin darle a esto mayor trascendencia, juzgándolo sin la drasticidad y la su-

---

(49) Nota de Gandia en ob. cit.

ficiencia que caracteriza su crítica, empleando la altura y la serenidad que debe individualizar la labor de los estudiosos.

La escuadra de Ortiz de Zárate, después de una invernada en Santa Catalina llegó al Plata, ya bastante desquiciada, el 20 de Noviembre de 1573.

Y sigo a Groussac: "Después de reconocer el cabo de Santa María (no olvidar: la Punta del Este de hoy) y avistar de paso la isla de Lobos, "que por otro nombre se dice de corbinas", así como el pequeño cerro "que se llamaba el monte de Santo Ovidio" y la vecina isla de Flores, fue a surgir el 26, a las 3 de la tarde, a la isla de San Gabriel, hallando mal seguro fondeadero, como luego se vió, en la ensenada frontera a la punta de tierra, donde hoy se asienta la Colonia. Este islote raso, de cinco cables de longitud por dos de ancho, iba a ser teatro, con la costa vecina, que apenas dista milla y media, de la ruina casi completa de la expedición, por gran parte imputable, sino por el todo, a la impericia de su jefe y oficiales subalternos."

"Ocurrió el primer siniestro el día misma de la llegada; y consistió en la pérdida casi simultánea de las naves capitana y almiranta que, fondeadas provisionalmente sobre un ancla, por imprudencia del piloto mayor, cedieron al terrible empuje de un repentino pampero y, rotas las débiles amarras, dieron al través, quedando en seco al bajar la marejada y encalladas en un banco próximo a la costa. Refugiados en tierra los náufragos, "a media legua de donde estaban surtas las otras naves", se pusieron a levantar en pocas horas frágiles abrigos, desarmando en parte la almiranta. A pocos días tuvieron principio sus tratos con los indígenas. Fueron estos, según Montalvo, "ciertos yndios que llaman charruas que abitan en la rribera desde rrio, jente gandul que no siembran ni tienen sitio conocido como alarabes: mantienense de pescados y venados y abestruces; y destos vinieron en tres o quatro canoas a los navios con aqulela comida a rrescatar, adonde por el Adelantado y la jente les fue echo buen tratamiento, etc." (carta de Montalvo citada por Centenera). Los datos transcriptos unidos a otros de la misma carta, que luego mencionaremos, no dejarán (proveniendo de un testigo presencial, que pasó más de dos años en el paraje) de causar cierta confusión en el ánimo del lector, bastante familiarizado en la materia para notar la contradicción en los términos. Todo lo que sabemos, tocante a las cos-

tumbres de los charrúas, concurre a mostrarlos tan poco "canoeros" como los puelches, a cuya familia pampeana, según algunos pertenecen. D'Orbiny les niega toda práctica, no sólo de la navegación, sino de la pesca. Y Groussac cita el pasaje correspondiente de la obra de este naturalista "L'homme américain", agregando que la cita tiene, en el caso, valor ilustrativo. Por otra parte, en la citada página de su carta (así como en otras partes de la misma) dice Montalvo que, al cacique mayor de dichos indios, el Adelantado le hizo hablar "por el tesorero Ortiz de Vergara "faraute" (intérprete). Huelga comentar que Vergara (cuyo paso rápido por el río de la Plata, veinte años antes, apenas le dejaron un vago recuerdo) no sabía una sílaba de charrúa: en cambio le era familiar el guaraní, como a todos los españoles residentes en la Asunción. No parece, pues, dudoso que los indios canoeros y pescadores, con quienes estuvieron en tratos los españoles, fueran guaraníes del Delta, y que sería a estos mismos a quienes, poco después, se confiaron los mensajes a Garay, de que hablaremos en seguida, los cuales traspasados de canoa a canoa, había de llegar en dos meses a Santa Fé".

"Por estos mismos días, que serían los primeros de Diciembre, el Adelantado había recogido (por indicación de Vergara, conocedor de la costumbre), en una calabaza colgada de una cruz "que estaba en la punta de la tierra firme de San Gabriel" (Colonia), unas cartas que, meses atrás (traían fecha del 20 de Julio 1573), el obispo y Melgarejo habían dejado al pasar, cuando llevaran preso a Cáceres; en ellos "daban aviso de como Garay quedaba poblando en los Mocoretaes, cien leguas de allí" sobre el Paraná. Al punto resolvió Zárate entrar en comunicación con su teniente más próximo, sin perjuicio de despachar aviso análogo a la Asunción: de ahí la carta poder del 13 de diciembre 'llegó a Santa Fe, según vimos, por febrero siguiente), en que, confirmando a Garay en su tenencia, solicitaba con urgencia un auxilio de gente, caballos y víveres. Los recursos, en efecto, escaseaban más y más en el real de los españoles, viéndose estos reducidos a pedir, a ciertas yerbas y raíces del campo, el suplemento de abasto que la caza o la pesca no proporcionaba. En una de estas excursiones alimentales, fue cuando tropezaron con los indios charrúas, merodeadores famélicos y semi nómadas de la comarca, los cuales, por cierto, no deben confundirse con los guaraníes isleños de los rescates. Sin contradecir, por fálta de datos positivos, a los antiguos cro-

nistas y modernos etnógrafos, que exaltan la indómita fiereza de aquellas tribus uruguayas, identificando quizás colectividades distintas, parece desprenderse de los testimonios que, en este caso como en muchos otros, fueron los españoles quienes, con su mal proceder (prisión con engaño de un cacique), provocaron las hostilidades, cuya consecuencias fue la matanza quizá más cruenta, a pesar de su poca resonancia —en todo caso la menos gloriosa— que en estas provincias hayan sufrido los conquistadores".

"Refiere el tesorero Montalvo, señalando con toda precisión el "día martes 29 de Diciembre del año 73" que, habiéndose internado en el campo una partida de cuarenta y tantos españoles, a recoger sus hierbas alimenticias (algunas "parecían acelgas y otras bledos"), fueron repentinamente acometidos por unos 200 indios charrúas, emboscados en unos pajonales, "que mataron y prendieron hasta 42 personas". Sólo escaparon dos españoles mal heridos que dieron aviso en el real; y si tamaño revés se explica por la sorpresa y lo inerme de las víctimas, mucho menos justificable parece la derrota y matanza que siguió. Al toque de alarma, salieron al encuentro de los bárbaros, primero una partida de 15 soldados al mando del capitán Pablo de Santiago y tras este, el sargento mayor Martín de Pinedo, con 54 arcabuceros "los más armados que en el real había". Pero, sobre hallarse en mal estado el armamento, aquellos guerreros de taberna, espuma de los malecones sevillanos, no sólo se mostraron incapaces de coordinar sus fuerzas y llevar o sostener el ataque, sino que, al verse rodeados por los salvajes, cuenta el testigo "que echaron a uir los capitanes y tras dellos la jente", cayendo muertos o prisioneros los más de los fugitivos. Sucumbieron allí en un solo día, entre 90 y 100 soldados, bajo los golpes (descalabro inaudito en los anales de la conquista) de una tropa india, apenas dupla en número de la española. La catástrofe sacó un instante al Adelantado de su inercia: se dispuso a marchar contra los indios con los pocos hombres válidos que le habían quedado, dejando "en guardia del real, a los enfermos y frayles y clérigos y niños". Algunas reflexiones sensatas, propias y agenas, le hicieron desistir de arriesgar en un lance supremo, y de éxito muy dudoso, la suerte de los sobrevivientes. Con estos, se retiró primero a la capitana encallada y, pocos días después (del 10 al 15 de enero de 1574), a la isla de San Gabriel, donde "se deshicieron los dos navíos capitana y almiranta para aprovechar la clavazon. Alli

mismo, y estando los españoles ocupados en esta tarea, fue cuando surgió inopinadamente la carabela de Ruy Díaz Melgarejo, gracias a cuyo socorro, en bastimentos y refuerzo de gente —del que era, por cierto, elemento principal el enérgico y experimentado conquistador del Guairá— mejoró notablemente la situación y se mantuvo a raya la insolencia de los salvajes". (50)

La suposición de Groussac de que los indios que auxiliaron a Ortiz de Zárate en el primer contacto que tuvo con los naturales no eran charrúas sino guaraníes del Delta del Paraná la considero infundada.

Sobre el hecho de recusar, aduciendo contradicciones de un testigo ocular como Montalvo, —que no prueba— el argumento principal de que los charrúas no eran canoeros y los guaraníes del Delta, sí, no me parece convincente.

Si bien, en principio los lineamientos de su tesis tienen buena base porque, efectivamente, los charrúas no eran canoeros específicamente, lo cierto es que en el habitat que todo el mundo ha dado como recorrido y habitado por ellos, acabamos de ver en la costa de Colonia o de San José, vale decir, en paraje muy inmediato, a Pero Lopes

(50) Paul Groussac. — "Mendoza y Garay. Las dos fundaciones de Buenos Aires". Buenos Aires 1916.

Melgarejo conducía a España al Obispo Latorre y a Felipe de Cáceres.

Dos palabras sobre estas personas: España, en 1550 había prohibido la prosecución y "rancheríos" en el Perú y, en 1552 la extendió al Río de la Plata. La noticia "se conoció en Asunción —dice el historiador paraguayo Efraim Cardozo en su trabajo "Asunción del Paraguay"— poco antes de incorporarse al reducido elenco dirigente, el Obispo fray Pedro Fernández de la Torre, el primer prelado que llegaba al Río de la Plata, y que arrastrado por su índole fogosa, se convirtió a poco andar, en el adalid ardoroso de cuantos se empeñaban en proseguir los descubrimientos, maguer la prohibición real, hasta el punto que el prelado calzaba y, unido a Irala, que gobernaba el Paraguay desde la muerte de Mendoza, iniciándose en esta jefatura cuando sólo tenía 25 años y habiendo entrado en la armada de éste como simple tripulante, demostró innegables dotes de caudillo y de hombre de gobierno. Se unió a Latorre para proseguir la conquista pero falleció en Octubre de 1556 a los 45 años de edad.

Irala había encomendado a Nuño de Chaves la población de Xarayes y a R. Díaz Melgarejo el Guairá empresas que no interesa seguir e interín Ortiz Zárate negociaba en España su Gobernación del Plata, Felipe de Cáceres, hecho su teniente en Asunción, se disponía a hacer fundaciones en el sud cuando fue depuesto por el vecindario de ese turbulento lugar a instigaciones del Obispo de Latorre que azuzó a las turbas acusándole de ser luterano.

señalando una serie de embarcaciones nativas tripuladas por indígenas. (51) ¿Eran charrúas?

También, un poco más arriba de San Gabriel, en la actual boca del *Yaguarí, barra del Río Negro, a escasa distancia del San Salvador,* estaban los chanaes, tribun canoera.

¿Por qué eran canoeros los indios? Porque el medio los obligaba a ello. Habitando la boca de los ríos, o el dédalo del delta paranaense, o la barra de las corrientes de aguas donde hubiera islas o fuertes bancos de arena, el traslado diario en busca de alimento o la procura de mejores sitios de pesca, los obligaba a ser marinos, a tener sus canoas o almadías, a ser excelentes nadadores. Sabido es que una porción de peces afluyen a las bocas de los arroyos y aún cañadas –y con más razón ríos– en busca de los detritus vegetales que sus aguas arrastran provenientes de sus bosques ribereños, sin olvidar que, entre estos

---

(51) Pero Lopes, con reiteración, usa la palabra "almadía". que, según la Academia –edición de 1925– es un tipo de canoa usado en la India.

Sin llegar a lo que en América se ha llamado siempre "jangada", las almadías de Pero Lópes bien pudiera ser un aparato flotable de este tipo, desde luego, angosto y liviano, pues dicho navegante habla, sorprendido, de la velocidad que desarrollaba. Parece indudable que marchara a remo pues la utilización de velas, presumiblemente, la información la acusaría, aparte de que creo muy difícil su confección en aquellos nuestro medio de entonces, donde no había algodón ni ningún textil vegetal para confeccionarlo a menos que fueran de cuero.

Creo que esas almadías eran el tipo más simple de "jangadas". La inventiva americana en los naturales en el pasado y en el presente acusa variantes muy grandes bastando recordar las que anota, con perfecto conocimiento del tema, el almirante brasileño Antonio Alves Campara en su bien documentado "Ensaio sobre as construções navaes indigenas do Brasil" (San Pablo 1937) y en el magnífico conjunto de modelos que existe en el Museo Naval de Río Janeiro.

Hacer canoas ahuecando gruesos troncos en las barras del Rosario, Cufré, etc. lo considero casi imposible pues la flora arbórea de sus montes ribereños sólo, como remotísima posibilidad, podría suministrar el diámetro necesario para ello. Pero elementales jangadas de las dos variedades de sauces criollos blanco y colorado. (Salix Humboltiana) podían fácilmente construírse, así como otras maderas tan livianas como esa sin excluir el ceibo (Erytrina Cristagalli) –aunque por lo floja de escasa durabilidad lo dudo. Esos árboles abundan en la flora de esos parajes.

En el delta así como en los montes del San Juan, las Vacas, y con más razón más al norte, pueden hacerse canoas ahuecando el timbó y la anacahuita.

Sobre todo en el Delta y aledaños donde después del magnífico trabajo de Luis María Torres, "Los primitivos habitantes del delta del Paraná" La Plata se encontró una gran parte de una canoa indígena. Todos los montes eran vírgenes y su tala empezó hace varios siglos comenzando por los ejemplares más gruesos y más buscados como esos y otros similares, aunque de peso mayor, y no tan aparentes para flotar y resultar livianos con la técnica constructiva que se empleaba.

hay una serie de crustáceos y organismos vivos que apetecen que no existen en el mar y si bien puede hallarse en un gran río de agua dulce como el Plata, nunca en este puede encontrarse concentrados como acontece en las barras de las corrientes fluviales. Esto es el A B C de pesca para algunas especies, y en consecuencia, no es difícil que los charrúas, habitadores más o menos permanentes de ciertas barras, tuvieran sus canoas o almadías para facilitar la pesca en la boca y el pasar de una a otra orilla por exigencias de la pesca o de la caza, tránsito natural por la índole de esas tareas y porque la anchura de las corrientes justifica el trabajo de ahuecar a fuego lento un grueso tronco y convertirlo en algo útil, provechoso. En estas condiciones no me parece razonable rechazar como lo hace Groussac, que no eran canoeros. Es casi seguro que accidentalmente sí. Sabido es que los indios llevaban una vida difícil, acuciados siempre por la provisión de caza y pesca para vivir, pues los productos vegetales se dan anualmente en cortos períodos y eran frutas sin mayor consistencia para la alimentación. El indígena en esas condiciones no dispone de tiempo para dedicarse a trabajos que hoy pudieran considerarse paseos o de sport. También es sabido que la población del delta si bien marina, no disponía de embarcaciones de vela y utilizaban canoas, simples troncos de gruesos árboles que impulsaban a remo. E impulsar a remo esas pesadas embarcaciones hasta San Gabriel sino imposible, es más que problemático porque sólo el paseo o los pasatiempos sportivos propios de los aficionados de hoy, pudiera justificar un tal viaje.

Salirse del delta, riquísimo en pesca y caza para ir a pescar y cazar a la costa uruguaya en las proximidades del lugar que hoy ocupa la Colonia, no puede ser sostenido por nadie que conozca esos medios y, eso es lo que a Groussac le ha sucedido. No creo que se pueda sostener, ni por un instante, que la gente del delta iba a pescar o a cazar a San Gabriel, que es un minúsculo islote sin caza y sin pesca ahora como entonces, pues no debe olvidarse que ya en 1550 venía siendo el punto de recalada de infinidad de embarcaciones y que hasta había tenido una reducida población estable puesta para que hiciera cultivos con que ayudar a los barcos en sus recaladas. (52)

(52) Podría agregar otros argumentos en apoyo de lo dicho, pero los expuestos creo que son de un carácter que deja en suspenso lo afirmado por el escritor galo-argentino.

Pero agregaré, no obstante, que cruzar del delta a la Colonia a remo en

Como es sabido Melgarejo en su viaje a España llevando al rencoroso obispo y a Céspedes, su prisionero, al llegar a Santa Catalina supo la situación difícil del Adelantado y dejándolos en ese lugar —donde el religioso pasó a mejor o a peor vida,— volvió al Plata en ayuda de su jefe llegando en una oportunidad excepcional.

De San Gabriel salieron el 5 de Febrero lo que quedaba de los barcos de Zárate y Melgarejo, que sumaban tres en total, y fondearon el 10 en Martín García.

Vuelve a usar de la palabra Groussac: "Allí se guareció tres meses, hasta fundarse San Salvador, la diezmada y anarquizada expedición, cuya debilidad material aumentaba, al par que la abatían mo-

esas canoas rústicas, por diestra y habituada a su manejo que estuviera la tripulación, demanda un considerable esfuerzo físico y resulta en extremo riesgosa no sólo por las encontradas corrientes que allí se producen al desaguar el poderoso Uruguay y el enorme Paraná, sino que también, dada su anchura, el viento levanta fácilmente esa marejada corta propia de los lugares de escasa o de variada profundidad. La terrible ola corta y alta que no permite a las embarcaciones de borda reducida como esas, levantarse con la ola, bajar a la comba y volver a subir con la siguiente y, al no ser posible esto, embarca agua a cada ondulación y la pone a pique a los pocos minutos.

He recorrido desde el Rosario hasta el río Negro toda esa costa en varias etapas explorando los médanos en busca de paraderos indígenas que los he encontrado en quizás más de un centenar de veces; he arborizado en todos esos montes en busca de semillas como director honorario de los parques nacionales de Santa Teresa y San Miguel; y, como Director de Turismo, para conocer sus posibilidades al respecto, una y otra vez, con reiteración; he recorrido el río en períodos alternados pero regulares, inspeccionando las valizas de los canales y buscando nuevos y seguros lugares de anclaje para las cuatro mil embarcaciones de turismo que hay en el delta de las cuales, un alto porcentaje, aprovechando feriados continuados o vacaciones, hacen —o mejor dicho hacían— cruceros de turismo recalando en nuestra costa desde puerto Sauce hasta más arriba del Río Negro. La nuestra, es más alta y pintoresca que la argentina, que es baja y anegadiza, siendo muy conocida para ellos y por tal, su atractivo es menor. Ese servicio de boyas y de ancladeros siempre procuré tenerlo en las mejores condiciones y hasta hice subvencionar publicaciones de cartas marinas para entrar en el San Juan, Las Vacas, recorrer Martín Chico, San Pedro, etc. Toda esa tarea que desempeñé con gusto por ser mi deber y por que contemplaba las aficiones que me son más caras, es lo que me habilita para redactar estas extensas notas, tratando de subsanar un error posible.

Groussac que era todo un maestro dentro de su gabinete de la Biblioteca Nacional, consultando libros y manuscritos e interpretándolos con su aguda inteligencia y vasta ilustración, no conocía esos medios de visu, pues fue un hombre de ciudad en la más estricta acepción del vocablo, y estimo que esa es la falla de que adolece cuando se sale del ambiente que le fue siempre familiar y se enfrenta con la naturaleza.

Todo va dicho sin olvidar que, entre sus muchos aciertos de interpretaciones geográficas, dió feliz remate a la equivocada especie de que el antiguo cabo de Santa María no es el actual y sí Punta del Este, sin haber tenido necesidad de llegar allí, hoy lugar de maravilla.

ralmente, las miserables intrigas e intestinas disensiones, de que la difusa y preciosa carta de Montalvo, muchas veces citada, y tan llena de datos útiles como de chismes, presenta a la vez prueba y ejemplo. Calmáronse un tanto estas rencillas de los inactivos, con la presencia del que era todo energía y actividad. Debía luego de robustecer esta bendita influencia de Melgarejo la próxima venida de su amigo y deudo Juan de Garay, ya en viaje desde Santa Fe, y cuya incorporación a los recién llegados —menos por falta le documentación que por exceso de imaginativa— no ha sido hasta la fecha bien dilucidada".

Melgarejo recorrió toda la región del Plata particularizándose con los infinitos brazos que tiene el Paraná e, impaciente por la llegada de Garay subió río arriba, encontrándolo y bajando de inmediato, juntos, a Martín García.

"Entonces pudo pensarse en la población de la ciudal, vagamente ubicada por el real asiento en algún punto de esta costa "atlántica" (?), existiendo ya en la otra banda del Paraná la de Sancti Spiritu. Sabido es que, internándose muy arriba en el Uruguay, se eligió, sin mucho consultar las conveniencias inmediatas de estas provincias, un punto situado en la margen izquierda del río San Salvador, ya reconocido por Caboto, a poca distancia de su desembocadura. Hechas las primeras defensas y edificaciones, inauguróse el 30 de Mayo de 1574 sin duda con todas las ceremonias del caso, la "ciudad zaratina de San Salvador". No subsisten los autos de la fundación, que se perderían probablemente al efectuarse el desamparo, tres años después. Ignoramos, por tanto, los nombres de sus primeros alcaldes y regidores —aunque Montalvo parece afirmar que nunca los hubo: omisión poco verosímil, como contraria, no sólo a todas las leyes y prácticas, sino a las ínfulas del fundador. Desde allí, a los pocos días de la instalación (5 y 7 de Junio) despachó el Adelantado dos provisiones confirmando con la una al capitán Martín Suárez de Toledo como "teniente de Gobernador de la Asunción"; en tanto que por la otra investía a Juan de Garay con el título de teniente gobernador y capitán general de todas las provincias del Río de la Plata, señalándole, con particular insistencia, superior categoría y autoridad sobre el anterior. Hecho lo cual Garay no tardaría en tomar la vuelta de Santa Fe, para activar, tanto allí como en la Asunción, el cumplimiento de las comisiones recibidas. El 30 de Junio se incendió la casa del Adelantalo: hecho probablemente casual, que Montalvo des-

naturaliza, según su costumbre, atribuyéndolo a la malevolencia, y aprovechando la ocasión para hacernos una pintura tal de aquella olla de grillos, que, negro el continente y más negro el contenido, no había por donde cogerla. Menos fundamento tiene aún el chismoso tesorero, para establecer conexión entre aquellas rencillas locales y la salida del Adelantado para la Asunción, término natural. de su viaje, que no podía diferirse más, y, en efecto, se realizó el 14 de Diciembre. En la zabra y en la carabela de Melgarejo, que también iba embarcado, llevaba unos 50 hombres, dejando otros tanto en San Salvador, bajo la promesa, que no fue cabalmente cumplida, de socorrer con regularidad a la todavía desprovista colonia".

Martín del Barco Centenera, que había venido con Ortiz de Zárate desde España con el cargo de Arcediano de la iglesia del Paraguay, acompañó al antiguo capitán de Pizarro, encomendero de Charcas y minero afortunado en Potosí, en todas las vicisitudes de su accidentado, lento y poco afortunado viaje y, por tanto no sólo estuvo presente en la fundación de San Salvador sino que vivió en él bastante tiempo y cuenta (sigo el estudio de Enrique Peña que precede a la reimpresión fascimilar de "La Argentina de Barco Centenera", Buenos Aires 1912) que la fundación "se resolvió, no sin oir antes la opinión de sus capitanes" y que se prefirió la costa oriental y el lugar elegido por ser "preferible a hacerlo en la costa opuesta, donde antes estuvo Buenos Aires, ya que en aquel había abundancia de leña y de indios, y ser además tierra buena para sementeras". Y suministra el siguiente dato: "Después de levantar una muralla, con su correspondiente artillería, y de instalar allí 80 pobladores declaró fundada la ciudad Zaratina de San Salvador".

Fácil sería tejer una pequeña crónica, muy movida por cierto, de la vida de San Salvador, poniendo a contribución los relatos de Centenera y Montalvo y los comentarios que esas versiones oculares han merecido de Peña, Gutiérrez, Madero, Groussac y otros historiadores que, poco a poco han dado bastante luz a la oscura crónica de aquella, nuestra primera población del Uruguay.

Como lo dice Groussac en la nota que transcribo, ese lugar presumiblemente estaba equidistante del fuerte fundado por Caboto y

de la actual población de Dolores, aunque vuelve a equivocarse el referido maestro al pretender cimentar la mala elección argumentando que Dolores, por lo menos en 1916, llevaba una vida estancada mientras que Mercedes, colocada sobre el río Negro, distante de la boca, era una población próspera.

Dolores, al ser fundada aguas bien arriba del San Salvador, jamás pudo pretenderse que fuera, en el futuro, una ciudad de carácter internacional, como tampoco Mercedes. Ambas ciudades han cumplido, y lo seguirán llenando ampliamente en el futuro, los propósitos de sus fundadores por cuya mente jamás puede haber pasado el propósito de que ellas rebasarían las características de centros regionales de tierra adentro. Son, en la actualidad, poblaciones prósperas, muy prósperas, puntos centrales de regiones ganaderas y agrícolas de gran producción por la indiscutible calidad de las tierras circunvecinas, de las más fértiles y ricas del país.

Para descollar, excediéndose de los límites nacionales, debían de tener otras peculiaridades y, entre estas: estar ubicadas sobre un gran río con camino amplio y seguro al océano, con puertos naturales profundos o estar en el cruce, iniciación o término de las grandes rutas comerciales continentales o intercontinentales, como Montevideo, Buenos Aires, Rosario de Santa Fé. Colonia quizá pudiera haber tenido esta característica, pero Montevideo y Buenos Aires, con su cercanía, le arrebató a este lugar la supremacía en el intercambio internacional.

En las páginas antecedentes hice constar mi opinión que de haberse fundado ciudades en San Juan y San Salvador, su desarrollo se hubiera visto contrariado por las barreras del Uruguay y Paraná que le hubieran impedido llegar a un gran crecimiento por limitarle el radio de acción como punto estratégico comercial. Y en los hechos se ha visto la confirmación de esa suposición ya avizorada, por lo que respecta a San Salvador, que poblada antes que Buenos Aires hubo de morir, si bien al principio por los embates de los indígenas, de haber subsistido, hubiera vegetado en las peores condiciones por falta de ambiente. Lo mismo puede aplicarse a Santo Domingo Soriano, que es hoy la población más antigua del país, desde que Dolores quizá no puede ser considerada la prolongación de San Salvador. Anquilosadas por la falta de medio en que desenvolverse, apesar de algunas ventajas iniciales de posición, al final el marasmo

y la anquilosis más completa paralizaron su desarrollo y contrariaron su engrandecimiento.

Pero le cabe a la antigua Banda Oriental la satisfacción, un tanto platónica, de haber tenido la población más estable del Plata en el punto de San Salvador. Fundada en 1528 como punto militar fue abandonado al año siguiente para renacer con todas las características de una ciudad en 1574, en Mayo. Su vida ciudadana fue breve, pues se extinguió el 20 de Julio de 1577, pero en esos tres años tuvo su cintura de chacras y allí su ilustre fundador, capitán de Pizarro como hemos dicho, hizo actos de gobierno, confirmando a Martín Suárez de Toledo como Teniente de Gobernador asunceño, y de importancia inusitada en este sector de América al investir a don Juan de Garay —que, a los pocos años, llegaría a ser el verdadero fundador de Buenos Aires— con el cargo de Teniente-Gobernador y Justicia Mayor de las Provincias del río de la Plata "hasta que él pereciera". Fue el canto del cisne emitido en los albores de nuestra civilización.

Buenos Aires, en su primera época apenas si había durado un año más (1536-1540) pero en la segunda etapa que se iniciara 40 años después, las desventajas iniciales de su precaria topografía fue ampliamente rebasada por sus posibilidades continentales y, vertiginosamente, se convirtió en la gran ciudad que hoy es, y aquella fue también superada con la realización de grandes obras que crearon en la desierta costa uno de los mejores puertos.

El secreto de su éxito está en ser el punto terminal y el de iniciación de una de las rutas marítimas más frecuentadas de América sin duda alguna, la segunda (la primera Nueva York-Europa) y también ser lugar inicial del viaje terrestre de su vasto y variado territorio, así como también de Bolivia y aún de Chile, porque la vuelta por el Magallanes ya ha sido dejada por lo menos por el pasaje. También es el punto inicial del viaje por agua a la Asunción y punto de recalada para la navegación a los Estados del Oeste del Brasil, hasta Corumbá. Y como es lugar inicial lo es también lugar al que converge el pasaje a Europa y la exportación al viejo continente de la producción de ese mismo sector americano, como también al Brasil, Estados Unidos y el resto del mundo.

Tales ventajas geográficas no solo anularon radicalmente los puertos instalados frente a su costa, sino que perjudicó a Montevideo

que al principio le disputó supremacía por la hondura de sus canales de acceso, amplitud de puerto natural, desde luego en el correr del XVIII. Desde entonces nuestro puerto quedó como escala importante; pero escala al fin y aún cuando tiene su movimiento propio de entidad, no puede competir con el de intercambio de la Argentina, Paraguay, Bolivia y algo de Chile.

Practicamente Montevideo viene a ser una escala de rol importante como el puerto de Río de Janeiro, pero a ambos los supera Santos, que en movimiento rivaliza con el bonaerense, merced a que por él se efectúa una gran parte la exportación del Brasil, que por su gran volumen exije el empleo de un tonelaje extraordinario.

———

Volvamos a San Salvador retomando a Groussac: "Pocos días antes (2 de Diciembre) había fallecido allí, el ex gobernador y hoy tesorero Francisco Ortiz de Vergara. Y acaso exacerbara la inquina de Montalvo, el no haber sido propuesto —siquiera ad referendum— para el oficio vacante, viéndose confinado, por tiempo indefinido, en esa tesorería de burlas que, a todo estirar, apenas rentaría la quinta parte del suelto de su tesorero. De ahí, sin duda, el renegreado cuadro, en Marzo de 1576 y desde su destierro, bosquejaba ante el Consejo de Indias, —el cual se aleja no poco del que nos ha dejado otros oficiales del rey. Estos (cierto que sólo estaban de paso), en un informe, contrario al desamparo de la población, nos la enseñan "teniendo bastimentos con que se sustentar, buenas chácaras de trigo mayz y frisoles, y hortalizas de todas legumbres, mucha caça de venados y perdizes que matavan, cabras y puercos para criar, caballos para correr la tierra, los quales dejaron alla, y finalmente gran pesqueria de mucho pescado".

Comparto el parecer de Groussac, que Montalvo lo que quería era irse y justificar el desamparo, y la de los oficiales reales Eizaguirre y Olaberriaga, escrita en la Asunción el 22 de Marzo de 1580, y considero más digna de crédito la de estos buenos vascos, que por tales, gozan merecida fama de veraces. Aunque la paternidad de esta carta no deja de ser un problema difícil de solucionar a casi cuatro siglos de escrita: Madero, con reiteración, la atribuye a Montalvo.

Y la redacción de esta zarandeada misiva nos presenta a nosotros un problema de gran interés, que ha llamado la atención y ha sido tratado por calificados historiadores argentinos y uruguayos, discrepando y coincidiendo, como no podía menos de suceder: me refiero al origen del equino en el Río de la Plata.

Y como esta carta es de una suma importancia, y siendo diferente en el detalle que nos interesa la versión de Madero —de 1892— y la posterior de Groussac —1916— veamos:

"En vista del casi abandono en que mantenían a la población de San Salvador, del aislamiento en que estaba, y particularmente de las hostilidades de los charrúas, a causa de todo lo cual se habían huído como la mitad de sus pobladores, "acordaron el Theniente Juan Alonso de Quiros e la demas gente despoblarlo"; y, por tercera vez, "le despoblaron" a pesar de tener "buenas chacras de trigo mayz frijoles y hortalizas" "mucha caça de venados y perdizes" "crias de cabras puercos y caballos": todo lo cual abandonaron, partiendo para la Asunción el 20 de Julio de 1577'.

Esto lo dice Madero en la página 200 de su "Historia del puerto de Buenos Aires" poniendo tres notas al pie, numeradas 8, 9 y 10, diciendo en la 9 —refiriéndose a otro asunto ([53]) "Carta de Montalvo,

---

([53]) Se trata de un episodio que destaco como un elemento interesante para los que en el presente o en el futuro, traten de hacer revivir la crónica ilustrativa de la vida ciudadana de la que, en realidad, debe ser considerada la primera población del Río de la Plata, con sus tres iniciaciones e, infelizmente, con su tercer término, sin que por eso trate de desconocer su supervivencia en la actual Dolores, tesis que puede ser sostenida sin dificultad pues se trataría de la cuarta fundación y sería un caso más en que se confirmaría de que "no hay regla sin excepción" al ver vencido aquello otro que "la tercera es la vencida", regla popular derrotada, pues San Salvador resurgió en Dolores, retardada resurrección en verdad, producida tras largo interregno.

Cuenta Araujo en su "Diccionario" que "la Villa de San Salvador o Dolores principió por ser una agrupación de indios reducidos por el padre Fray Bernardo de Guzman, quien formó con ellos, en 1624, un núcleo de población indígena en el Espinillo pero desapareció con el tiempo, como la mayor parte de los pueblos formados con análogos elementos en la época de la conquista. Construída de nuevo en 1800, sobre la margen izquierda del río San Salvador" etc.

El episodio es el siguiente:

Ortiz de Zárate, el tercer fundador de San Salvador, al morir en la Asunción en 1576 había dispuesto, de acuerdo con lo que le autorizara sus capitulaciones con el rey que, al designarlo Adelantado le confirió el mandato por dos generaciones del gobierno que le acordara entre otras cosas, lo siguiente: Nombró a su hija, residente en Charcas, heredera de todo, pues era su único vástago, confiándole el gobierno a quien con ella se casara. Puede calcularse las ambiciones y las luchas e intrigas que esto originó alrededor de esa niña de

fecha 12 de Marzo de 1580", en la 10: "Cartas del mismo, fechas 15 de Noviembre de 1579 y 12 de Marzo de 1580". Aserciones que plantean una nueva interrogante, pues habla de dos cartas de las que entresaca los pormenores de los que me hago eco, y Groussac habla solo de una. Pero esto no viene al caso.

Lo que interesa mucho, es saber que en nuestro país, dentro de nuestro territorio, en 1577 quedaron en libertad, por abandono, cabras, puercos y caballos. Que los primeros se los comieron los charrúas no cabe duda pues no hay indicios de ellos en las crónicas posteriores y nadie se ha ocupado de la fecha en que han sido introducidos nuevamente al país, aunque verosílmente ha sido en el XVIII.

Es posible que los cerdos, por su escasa movilidad, hayan sido capturados por los indígenas; lo mismo puede decirse, pese a su mucha mayor movilidad, de las cabras pues no hay que olvidarse la destreza de los indios que se dice "alcanzaban un venado a la carrera", (lo que dudo, por la irregularidad de la marcha, por las "gambetas") y también su indiscutible dominio en el manejo de las bolea-

---

16 años, hermosa, habida por el Adelantado nada menos que con Doña Leonor Yupanqui, princesa descendiente directa de los Incas, heredera de su enorme fortuna y de su inmenso poder espiritual.

En torno a este asunto habría un filón riquísimo para ser explotado por un novelista de campanillas sobre un tema histórico de una riqueza de elementos tan sabrosos como la pingüe herencia de doña Juana de Zárate, marquesa del Río de la Plata.

Interin se casaba y pasaba a la Asunción —a cuyo efecto fue a buscarla don Juan de Garay, el que después vendría a ser el segundo fundador de Buenos Aires—, el testamento disponía que debería ejercer el gobierno su sobrino, don Diego Ortiz de Zárate y Mendieta, hijo de su hermano Diego. El nada amable Groussac lo pinta como sigue: "Robusto mocetón nacido en Charcas, pero quizá llevado a España por el Adelantado, pues en su Armada regresó", etc. "Despabilado más que inteligente, audaz más que valiente (como luego se vió): "vicioso" en el doble sentido del adjetivo: vale decir, exhuberante en savia juvenil y corrupción precoz, exhibia tan al desgaire su torpeza que el aparente cinismo tal vez no fuese sino inconsciencia. No anidando ni una idea sensata ni un propósito serio en ese cráneo de cascabel" (cómo va preparando la justificación de la caída!) sólo había visto en el gobierno que tan de arriba le caía, un programa de holgorio ilimitado: la posibilidad de satisfacer sus licenciosos arrebatos, atropellando impunemente las vallas opuestas a sus apetitos, con prescindencia de cualquier ley moral o intención política, para él inexistentes." Y sigue Groussac vapuleando a dos de los primeros historiadores: "Centenera y Lozano, con su mal gusto de escolásticos pedantes, y careciendo de colores propios para pintar a Mendieta, han pronunciado a su respecto el nombre de Cómodo. Sin reparar en lo grotesco de toda aproximación entre Roma y la ranchería asunceña, apenas hay —fuera de la edad adolescente y su natural desenfreno— sujetos más desemejantes que el hijo de Marco Aurelio y el sobrino de Zárate, —aquel, degenerado neto, éste, tronera incorregible pero orgánicamente

doras. Si no acabaron a manos de ellos, los pumas y yaguaretés se encargaron de liquidarlos, pues lo evidente es que lo único que supervivió y se reprodujo al infinito fueron los equinos.

Sobre este tema tan importante volveremos en esta obra en notas de relatos de viajes, puestas en lugar oportuno.

Deseo terminar con este asunto de San Salvador, transcribiendo el siguiente párrafo de Groussac: "Sea como fuere, San Salvador, cuya población había mermado notablemente con la huída a Tucumán de veinte y tantos vecinos, acabó de desampararse definitivamente, el 20 de Julio de 1577, por disposición del teniente gobernador Juan Alonso de Quirós. Y baste el hecho de haber subsistido por varios años ese puñado de españoles, cultivando la tierra, logrando sus cosechas y criando sus ganados, en medio de tribus salvajes, charrúas o lo que fuesen, para demostrar una vez más que los indios, allí como en otras partes, dejaban vivir en paz a los colonos cuando estos no los provocaban con sus abusos y crueldades".

Destaco, sobre todo esto último, pues como ya lo he venido sos-

---

normal: baste recordar que la crueldad, o sadismo sanguinario, estigma característico del primero, faltaba tan absolutamente en el nuestro, que sólo se conoce de él una sentencia de muerte, sugerida por otros, y dictada, en buen o mal juicio, contra un presunto conspirador. No pasaba, pues, Mendieta de un libertino adocenado, un "mancebo de la tierra", desgarbado y atrevido, como empezó a producirlos la primera generación criolla "Hijo mimado de la suerte, gracias al encumbramiento de su tío de Indias" etc.

Concretando, Mendieta, evidentemente, no tenía condiciones de gobierno. Era un mozo pleno de vida, mujeriego, que despertaba a ella con casi todo al alcance de la mano! Tenía 20 años... He ahí su justificción y también humano que tratara de casarse con su prima con quien de niños habían jugado juntos. Pero las intrigas en torno de estos dos adolescentes fue tremenda. A aquella, después de una enconada lucha de pretendientes en el Perú, alzó con ella el Oidor don Juan Torres de Vera y Aragón que por este casamiento quedó convertido en el cuarto Adelantado platense.

Esto de "alzó" queda entendido que va escrito en el buen sentido, vale decir, que con el casamiento se elevó de Oidor a Adelantado y que no me hago eco de la especie de que "con color del oficio y cargo de oydor avia forçardo a doña Juana de Çarate su mujer y sus deudos de suerte que ésta havia tomado estado de matrimonio" pues, al contrario, me atengo al acta levantada con motivo de la entrega de la menor —el licenciado Gómez marido de doña Violante tía y tutora de aquella— al apoderado de Vera y Aragón. "Entonces —escribe Groussac— "habiendo manifestado el licenciado Gómez que él y su mujer doña Violante estaban prestos para llevar a doña Juana en su compañía, con el merecido cuidado, decoro y regalo, se observó el rito tradicional de la entrega, que no carecía de belleza en su ademán simbólico: "In continenti el alguacil mayor se levantó de su silla y llegó adonde estava doña Juana, junto al dicho licenciado Gómez, y dixo que en cumplimiento de la provision de su excelencia (El Virrey del Perú) y comysion de licenciado Matienzo (su apoderado, ene-

teniendo, la mayor parte de las veces los ataques de los autóctonos tenían su origen en la brutalidad o en la torpeza con que los conquistadores los trataban. Y la intemperancia y la dureza de estos hombres magníficos y admirables por su intepidez y la manera como sobrellevaban la tremenda vida de privaciones y miserias que les había tocado en suerte, se prueba en como se trataban entre ellos mismos: sin consideración, sin piedad, con una intolerancia y una desconsideración propia de la rudeza de sus espíritus y de la avidez con que codiciaban el poder y las riquezas ajenas.

En San Salvador murió el 2 de Diciembre de 1572 el ex gobernador Ortiz de Vergara y en Asunción, el 26 de Enero del mismo año, el tercer Adelantado Ortiz de Zárate, viniendo a ser el cuarto el que se casara con su hija Juana que fue el afortunado don Juan Torres de Vera y Aragón, que heredó de su esposa de 24 años, a más del cargo, siete mil ducados de renta en España, valiosas minas en Potosí, estancias y ganados en Charcas más la gobernación del Plata y

---

migo de la entrega y que, por tal, delegó el tercero el acto de la entrega) "entregava a la dicha señora, doña Juana en poder del dicho licenciado, la qual tomó por el canto de la rropa y la entrego al susodicho". Esto ocurría el 1º de Diciembre de 1577 y el casamiento se efectuó casi en seguida.

A todo esto, Ortiz de Mendieta, bajó a Santa Fé a principios de ese año, después de haber dado las numerosas providencias de rigor, me refiero al número, de la función de gobierno y, entre ellas mandar un socorro a San Salvador. Como consecuencia del descontento popular, una asonada lo prendió y se le obligó a resignar el mando, resolviéndose mandarlo, engrillado, a España. El 2 de Mayo salió de Santa Fe en una carabela a la que acompañaba un bergantín, viajando el prisionero bajo la custodia de Juan de Espinosa uno de los Alcaldes santafecinos. Llegado a San Gabriel se despachó la carabela y subió Urnguay arriba en el bergantín hasta San Salvador. Interín el prisionero se ganó la voluntad de los tripulantes y, llegado al punto saltó en tierra con algunos de los que en el navio yban, llevando una bandera en la mano"... "e fue a la Iglesia a hacer oración y pidio al capitan Juan Alonso de Quiros que allí estaba por theniente le diese favor y ayuda pués era su governador"... "Juan Despinosa requirió al capitan una y dos y tres vezes que le diese y entregase al dicho governador, y asi se lo entregó y lo llevó a la caravela adonde lo tornó a echar grillos", y el 29 de Mayo "asi lo despachó luego" para España. El 14 de Junio dejó San Gabriel donde, al recalar, se habia quedado unos dias. Finalmente, llegado al Brasil, el gobernador de San Vicente ofreció al prisionero" gente y favor" para retomar el comando, lo que hizo, embarcándose de regreso al Plata, pero al recalar en el puerto de Viaça, al sur de Santa Catalina, fue abandonado por la gente de la carabela y muerto por los indios.

Excuso decir que he dado esta extensa nota sólo para poner un poco de color a la vida del poblado zarantino, como entonces algunos de los primeros cronistas lo nombraron.

el título de marquesa del Paraguay —según Madero— y según Groussac, marquesa de Buenos Aires.

———

Antes de poner término a esta perspectiva histórica, agregaré —dando un pequeño salto atrás— que el primer gobernador criollo, nacido en la Asunción en 1521 fue Hernando Arias de Saavedra, casado con una de las hijas de Garay.

Su administración es perfectamente conocida por lo excelente y en ella anoto destacados detalles que interesan: su visita a nuestro territorio llegando hasta la barra de Santa Lucía más o menos y el hecho de haber traído ganados que contribuyeron a poblar nuestros campos con una riqueza que llegó a ser fantástica, y que sospecho que tuvo buena parte de su origen en los alzados en San Salvador, cuando su desamparo, idéntico caso al episodio de los equinos de Mendoza al despoblar Buenos Aires, con la creencia que en ambos casos fueron pocas las unidades sobrevivientes, a cuya descendencia se le fueron agregando otras aportaciones, siendo evidente que la de Arias de Saavedra debe muy bien haber sido la principal sin olvidar las de las Misiones guaraníticas.

Prácticamente hasta un poco pasado el 1600 recién puede darse por terminado el ciclo de los Adelantados y de entonces comienza en realidad el de la colonización en lo que a nuestro territorio se refiere.

Los tres intentos hechos para dar estabilidad a San Salvador, situado no lejos del pueblo de Dolores, habían sido infructuosos como se ha visto; por lo cual hay que convenir que el período colonizador se abrió en 1622, a ser cierta la aserción de de La Sota (54) dos años después como dice Araújo, de que habiendo los chanaes de la boca del río Negro a extenderse hacia el sud hasta la inmediata jurisdicción geográfica de San Salvador, molestados por los belicosos charrúas que tenían ese territorio como propio, pidieron sus caciques protección a Buenos Aires para poder vivir tranquilos en las islas del Uruguay inmediatas a la barra del río Negro adonde se habían retirado.

A estar a esta información —que creo tiene su origen en un in-

(54) "Historia del territorio Oriental del Uruguay", Montevideo.

forme de Diego de la Vega, Visitador de la Real Hacienda en 1802— se comprometían, si recibían esa protección, a unirse a la religión católica.

Afirma De María que en 1624, gobernando don Francisco de Céspedes, encomendó a tres religiosos franciscanos la conquista espiritual de los indios comarcanos a parte determinada del Uruguay inferior, dentro de la Banda Oriental. La integraban los padres Villavicencio, Aldeo y Bernardo de Guzmán que la capitaneaba.

Ordoñana dice que penetraron por la boca del Uruguay ([55]) y desembarcando en la boca del Yaguarí —así llamada a la confluencia del río Negro con el Uruguay— dieron comienzo a su misión en 1624 convirtiendo más de mil indios según dice Lozano.

Al tenor de esa campaña evangélica, que fue la primera realizada en el país, se establecieron tres Reducciones con sus correspondientes capillas, según dice De María en sus "Páginas Históricas" ([56]) a saber: Santo Domingo Soriano, el Espinillo y las Víboras.

La de Soriano fundada por fray Díaz de Guzmán en la isla del Vizcaíno, subsistió hasta 1708 en que a pedido de los infieles reducidos representados por su Teniente José Gómez pasaron a ocupar la tierra firme "como lugar más cómodo para su habitación" con anuencia del gobernador del Plata, Manuel de Velazco; ocupando el lugar en que hoy se asienta el pueblo que, por tal circunstancia viene a ser el más antiguo del país, 56 años antes de la Colonia del Sacramento y poco más de un siglo —102 años antes de la fundación de Montevideo,— que son los poblados que le siguen en antigüedad.

La de Espinillo subsistió hasta 1800 pasando a ocupar las márgenes del río San Salvador donde hoy está Dolores que no puede estar muy lejos de las tres veces frustrada intentona de crear un poblado que, en cierta manera, pudo haber rivalizado con los más importantes de esa parte del Plata.

En cuanto a las Víboras se despobló en el siglo pasado distribuyéndose sus pobladores en la Capilla Nueva, hoy Mercedes, en Carmelo, en Nueva Palmira —la vieja Higueritas—. Lo cierto es que hoy su recinto son chacras donde no se avizora nada de poblado, pues el arado, con la renovación de su tarea de removido completada por

([55]) Conferencias sociales y económicas.
([65]) Montevideo 1892.

la rastra, niveló los montones de tierra que constituyeron las paredes de sus poblaciones más estables, pues apenas si se han encontrado rastros de algunos ladrillos y de piedras de cimiento de los edificios principales como he tenido oportunidad de constatarlo por el 1900, personalmente.

— — —

VIAJEROS DE LOS SIGLOS XVI Y XVII

Pero Lopes de Souza
1530–1532

Idem
Notas y comentarios por el coronel Rolando Laguarda Trias [1]

Viaje de Ulrich Schmidel
1534–1554

El relato poético de Martín del Barco Centenera
1573

La expedición holandesa del "Mundo de Plata" de Hendrich Ottsen
1598–1601

El "Compendio" y relación de las Indias Occidentales de Antonio Vasquez de Espinosa
1620

Jorje Macgrave
1640

El relato de Ascarete du Biscay
1658

Idem
Notas y comentarios por el coronel Rolando Laguarda Trias

La relación de Francisco Coreal
1666 - 1697

El viaje del jesuita Antonio Sepp
1691

---

(1) Las Notas y Comentarios, salvo indicación en contrario como en el caso presente, son del compilador Sr. Horacio Arredondo.
Cuando exista más de un comentarista, se especificará, y al término de cada nota o comentario en estos casos, seguirán las iniciales del glosista.

PERO LOPES DE SOUZA

El célebre "Diario de navegacao" de Pedro López de Sousa, realizado de 1530 al 1532, es el primer documento, cronológicamente, que nos da algunas referencias sobre la historia natural de nuestro país y es por eso que inicia las referencias bibliográficas con la advertencia de que sólo fue conocido hace poco más de cien años ya que el erudito historiador brasileño Francisco Adolfo de Varnhagen, más tarde vizconde de San Leopoldo, lo publicó en 1839 habiéndolo descubierto pocos años antes.

Al entrar al Río de la Plata, quizás en las actuales islas de Castillos les llama la atención dos grandes y hermosos pumas y matan numerosos lobos marinos probablemente no sólo en esas islas sino también en las del Polonio, y, luego, adentrándose en el río como mar, puestos en contacto con la tierra uruguaya, vuelve a hablarse de pumas y se acusan los venados y también, en el mundo de los volátiles, los dos tipos de perdices —grande y chica—, cuervos y, en las aguas pescan una enormidad.

La costa sud uruguaya en la que desembarcan, posiblemente hoy jurisdicción montevideana, se registra en el Diario así: "Matei muitos emas e veados; e fui com a gente toda ao mais alto do monte de San Pedro —nuestro Cerro epónimo— donde viamos campos, a estender d'olhos, tam cháos como a palma: e muitos rios; e ao longo delles arboredo. Nam se póde escrever a fermosura desta terra: os veados e gazelas tam tantos, e emas, e outras alimarias, tamanhas como potros novos e do parecer delles, que he o campo todo coberto desta caça — que nunca vi em Portugal tantas ovelhas, nem cabras, como ha nesta terra de veados. A tarde me tornei para o bergamtim".

El espectáculo bucólico que otean desde lo alto de nuestro cerro no puede ser más promisor: tierras planas surcadas por corrientes de agua —el Santa Lucía, el Pantanoso, el Miguelete de hoy en día— matizada de arboledas y cubiertas de venados, de avestruces, de caza de toda especie en inmensas cantidades.

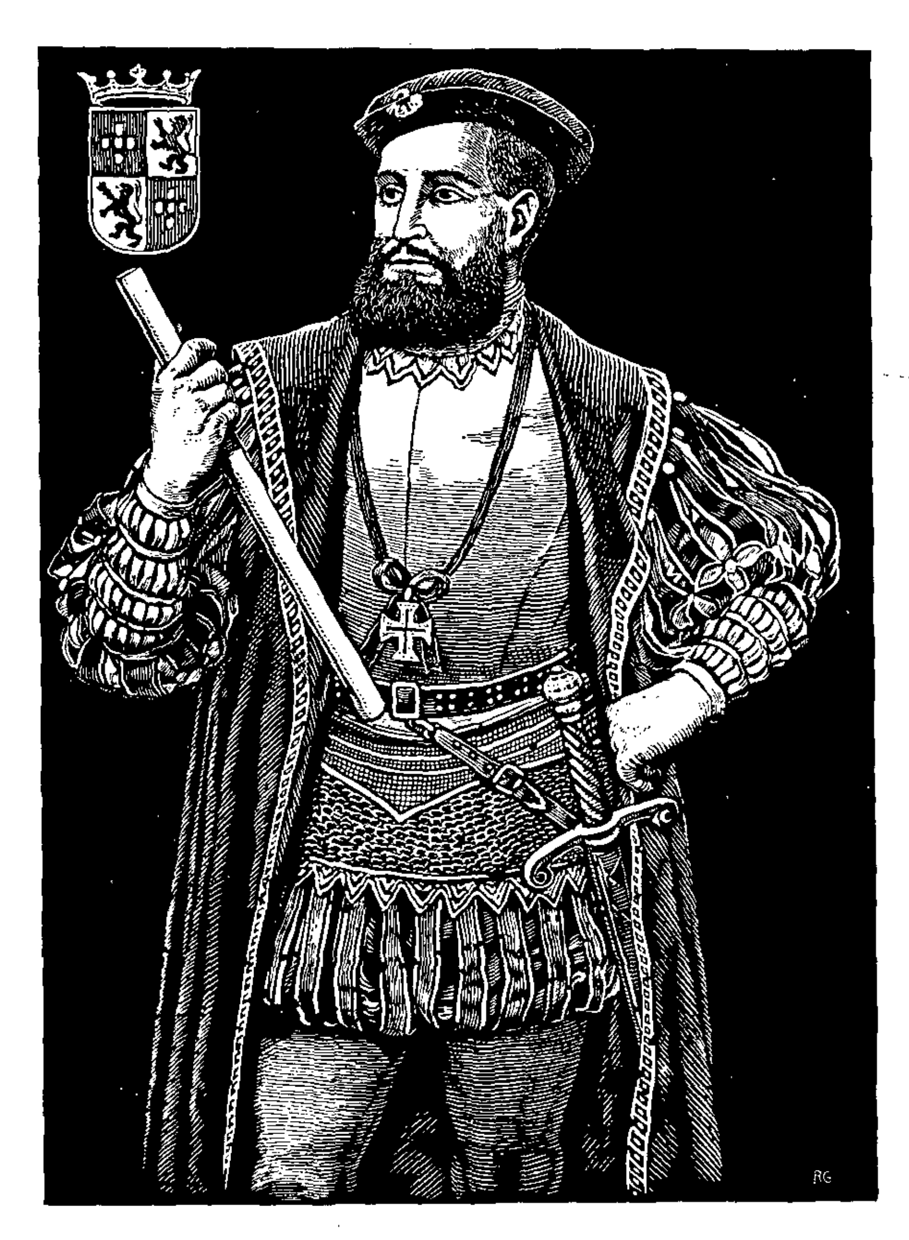
Pero Lópes había hecho una estada de seis días antes en otro lugar de nuestro litoral platense y al respecto informa: "aqui estive 6 dias esperando, nos quaes tomei muita caça e muito pescado, e muitos veados, tamanhos como bois, os quaes faziamos em tacalhos, para levar as naos".

Seguramente se trata del ciervo de los pantanos que abundaba mucho y que es de gran alzada y respetable volúmen.

Al recorrer las tierras del departamento de San José —posiblemente las cuencas del Pavón, Pereyra o San Gregorio de hoy— refiriéndose a la necesidad de reaprovisionar la expedición dice: "despois pareceo-me que nos podiamos manter com o mantimento, que na terra havia; e com o pescado o mais hermoso e saboroso, que nunca vi. A agua ja aqui era toda doce; mais o mar era tam grande que me nam podia parecer que era rio; na terra havia muitos veados e caça, que toavamos, e o ovos de ema, e emas pequeninhas, que eram muito saborosas; na terra ha muito mel, e muito bom; e achavamos tanto que o nam queriamos: e ha cardos que he mui bom mantimento, e que a gente fogava de comer".

Respecto a la proverbial riqueza pesquera de la boca del Plata informa el Diario "e em hum dia matamos desoito mil peixes antre corvinas e pescadas e enxovas: pescavamos em fundo de 8 braças: como lançavamos os anzolos no agua nam havia ahi vagar de recolher os peixes":

Esta riqueza ictiológica extraordinaria, que aun persiste, es el secreto de la existencia en las islas de Maldonado y Rocha de más de cincuenta mil lobos que consumen más de medio millón de kilos de pescado por día que desgraciadamente viene disminuyendo y que algún día se acabará... entre los lobos y la imprevisión de nuestra defectuosa legislación.



Martín Alfonso de Sousa. hermano de Pero Lopes, Jefe de la expedición.

VIAJE DEL PORTUGUES PERO LOPES DE SOUSA AL RIO DE LA PLATA EN 1531

(Fragmento de su Diario de Navegación — 1530 - 1532)

Versión castellana y estudio crítico

por

Rolando A. Laguarda Trías

INTRODUCCION

Después de un siglo de descubierto y publicado el Diario de Navegación de Pero Lopes de Sousa, sale a luz esta primera versión castellana de un fragmento de la obra —la consagrada al Río de la Plata— gracias al interés patriótico del Sr. D. Horacio Arredondo por dar a conocer los relatos de los viajeros que visitaron el territorio uruguayo en los siglos XVI al XVIII.

Más de una vez, apremiado por los términos en que me ofrecí a realizar el trabajo, estuve a punto de desistir y para dar cima a la tarea me ví compelido a abreviar, todo lo más posible, la parte crítica.

De los Antecedentes Históricos he omitido todo lo relativo a la disputa de límites entre España y Portugal, dejándolo, por la amplitud que exige su planteamiento, para mejor ocasión.

Me he limitado a dar una sucinta noticia de la técnica de la navegación en la época del viaje de Pero Lopes y para que el lector tenga una idea clara y definida de los tipos de barcos de la expedición, el distinguido artista D. Carlos Menck Freire ha dibujado especialmente para esta obra una exactísima reprodución de una nao, una carabela y un bergantín de los comienzos del siglo XVI.

Para seguir el derrotero del bergantín en el río de la Plata, el mismo artista ha confeccionado un mapa del río a escala 1:600.000

donde van marcadas las derrotas, reconstruídas con arreglo a los resultados expuestos en las notas críticas.

He procurado que la versión se ajuste lo más posible al original y conserve su aire rudo de diario de a bordo del siglo XVI.

Teniendo en cuenta que el historiador brasileño J. Capistrano de Abreu censura al Comandante Eugenio de Castro, en el prólogo que escribió para la edición crítica del distinguido marino brasileño, el uso que hace éste de palabras náuticas y que aun con el auxilio de los vocabularios usuales se reduce a meros "fatus vocis", por lo que considera necesaria una explicación suplementaria, he juzgado imprescindible agregar, al final, en forma de apéndice, un glosario de términos náuticos empleados en el Diario, del que he omitido las voces de empleo corriente, como cubierta, vela, jarcia, etc. Lo que no es posible es la eliminación de los términos náuticos pues equivaldría a una deformación caricaturesca del léxico del autor. Cuando al traducir un diario náutico se escribe viento templado, p.ej., en lugar de viento bonancible o se habla de que "estaba calmo" en vez de "ponerse al pairo" no sólo se comete una impropiedad sino que se incurre, en el primer ejemplo, en un craso error y, en el segundo, en un solemne disparate.

Siempre que un término anticuado tiene su equivalente moderno no he dudado un instante en utilizar este último; así, en vez de **surgidero** he empleado **fondeadero,** en lugar de **leme, timón.** Pero cuando la equivalencia no existe he recurrido al vocablo antiguo; el lector observará que me valgo de la voz **batel,** en vez de barca o **bote** por no ser estas embarcaciones menores enteramente iguales a la primera.

Otras veces he eludido el uso del vocablo actual para no incurrir en anacronismos lingüísticos; así he traducido "tendas" por **tiendas** y no por **carpas** pues esta palabra quechua era desconocida entonces para los hispano-hablantes. De la misma manera he vertido "ema" por avestruz y no por ñandú, fundado en que los portugueses usaban "ema" y los españoles avestruz para designar tanto a la especie africana como a la del Nuevo Mundo.

He evitado mejorar el texto respetando su pobreza de léxico; así, el 21 de octubre de 1531 después de escribir, "nos dió una turbonada", a los pocos renglones afirma: "nos dió un golpe de viento"; en el mismo día aparece la palabra "mandé", tres veces seguidas. Hubiera sido fácil suprimir estos casos de monotonía que chocarán principal-

mente a quienes de procedimientos estilísticos no saben otra cosa que el evitar a toda costa la repetición léxica, en el mismo párrafo, suprema aspiración de una huera y chata retórica burocrática.

En cambio, he procurado siempre desentrañar el recto sentido de los párrafos, cuya tosca sintaxis quinientista ha confundido más de una vez a los propios luso parlantes, para que resplandezca el verdadero significado que el autor quiso darles. Es el único homenaje que me he permitido rendir al joven nauta portugués, precavido y audaz, al mismo tiempo, que se pasmaba de admiración ante la belleza de nuestros paisajes y que tributó a la única mujer indígena joven que alcanzó a ver en estas regiones, el requiebro galante del hombre de buen gusto.

LA EXPEDICION DE MARTIN ALFONSO DE SOUSA AL RIO DE LA PLATA

A) ANTECEDENTES HISTORICOS.

Son muchos los historiadores —argentinos, brasileños y portugueses, principalmente— que admiten la realidad de un viaje portugués al río de la Plata antes del de Solís.

El hecho no tiene nada de inverosímil. Si se exceptúan los viajes de Vicente Yáñez Pinzón y Diego de Lepe, fueron los portugueses quienes detentaron la exclusiva de las navegaciones atlánticas al sur del Ecuador, hasta 1515 (año en que partió de España la expedición descubridora de Juan Díaz de Solís).

Esta situación de hecho, prolongada durante unos veinte años, determinó que algunos portugueses —como Esteban Froes en su carta de 1514— llegaran, de buena fe, a sostener, con desconocimiento del tratado de Tordesillas, que el hemisferio al sur del Ecuador era propiedad lusitana.

Algunos retrotraen hasta 1501 el viaje portugués al río de la Plata y le adjudican el descubrimiento a Américo Vespucci, mientras otros se lo atribuyen a la expedición cuyas vicisitudes narra el folleto alemán, anónimo, titulado "Copia der newen zeitung auss Pressillg

Landt" (Copia de la nueva gaceta de la tierra del Brasil), viaje que parece haberse realizado en 1514. Por último, no faltan quienes mencionan otras expediciones y barajan diversos nombres de presuntos descubridores.

En cualesquiera de estos casos, si el hecho fuera cierto, el descubrimiento del río de la Plata lo habría realizado Portugal y no España.

En el estado actual de las investigaciones históricas es muy aventurado pronunciarse categóricamente acerca de este punto. Es incuestionable que los portugueses emprendían frecuentes viajes al Brasil antes de 1515 (el viaje de la nao Bertoa, en 1511, puede servir de ejemplo), y nada se opone a que en uno de ellos alcanzaran el río de la Plata. Pero los indicios que algunos investigadores esgrimen para demostrar la realidad de un viaje portugués al río con anterioridad al año 1515, no son suficientes para constituir plena prueba del hecho.

La mayoría de los documentos que se refieren concretamente al descubrimiento portugués del río son muy posteriores al viaje de Solís y no aportan prueba alguna de sus afirmaciones.

Existen, además, otros indicios anteriores al viaje de Solís acerca de exploraciones portuguesas en estas regiones pero esos documentos no mencionan para nada el descubrimiento de un río gigantesco —como es el Plata— y sólo hablan del hallazgo de un paso interoceánico en estas latitudes (puede servir de ejemplo el globo de Schöner, construido en 1515) lo que significa, en el mejor de los casos, que de haberse llegado al río no se pasó de la boca, ni se exploró su curso.

Algunos autores pretenden fundamentar el descubrimiento portugués del Plata en la presencia, a la misma latitud geográfica del estuario, de un río llamado Jordán, registrado en cartas geográficas anteriores al viaje de Solís.

Esta circunstancia nos obliga a puntualizar que si bien los monumentos cartográficos del pasado, debidamente utilizados, constituyen un auxiliar valiosísimo de las ciencias históricas, sus datos, por sí mismos, no bastan, en la generalidad de los casos, para probar un descubrimiento. Por ejemplo, en el mapa de Gaspar Viegas, fechado en 1534, se encuentra la toponimia que Pero Lopes de Sousa impuso en el río de la Plata: islas de las Onzas, río de los Beguoais, Aquí comienza el agua dulce, etc. Si el Diario de Navegación de Pero Lopes no hubiera llegado hasta nosotros, no sabríamos a quien atribuir esa

nomenclatura porque ni en el mapa de Viegas, ni en otros que la reproducen se menciona para nada el nombre del navegante a quien se debe. Debido a esta circunstancia no sabemos quien impuso el nombre al río Jordán ni a que río se aplicó en las cartas más antiguas que lo registran, pues aparece trazado a muy diversas latitudes. Mientras no aparezca algún documento que aclare esos puntos, es prematuro identificar el río Jordán con el río de la Plata (dejamos constancia de que excluímos las cartas posteriores a 1520 en las cuales el nombre de río Jordán corresponde evidentemente al río de la Plata) lo mismo que atribuir ese nombre a determinado navegante. La cartología (ciencia no constituída aún oficialmente pero cuyos principios deben tenerse especialmente en cuenta) enseña que no deben manejarse las cartas náuticas o geográficas del siglo XVI como las actuales. El investigador que no sepa interpretar correctamente sus datos, ni conozca el grado de confianza que debe conceder a las distancias, latitudes, formas geográficas, etc. se expone a llegar a las conclusiones más absurdas y disparatadas, como, desgraciadamente, ha ocurrido.

Como resumen de lo expuesto puede afirmarse que si bien es posible que los portugueses hayan llegado hasta el río de la Plata, antes de Solís, (a ellos se debe incuestionablemente el topónimo cabo de Santa María), todo obliga a admitir que confundieron su boca con un canal interoceánico pues así consta en el globo de Schöner y en la Gaceta de la tierra del Brasil. Hoy por hoy, Solís sigue siendo el verdadero descubridor del río al que —transitoriamente— dió nombre con su muerte. La expedición de Solís constituyó, sin embargo, un rotundo fracaso, no por la trágica muerte del jefe y sus principales miembros, sino porque no alcanzó los fines para los que fue despachada: llegar a espaldas de Castilla de Oro —costas panameñas del Pacífico— conforme se había capitulado pues el hallazgo del gigantesco estuario frustró las esperanzas de hallar aquí el paso hacia las Indias Orientales y las islas de la Especiería y determinó el regreso a España de la armada.

En 1517, se marcharon de Portugal, disgustados con el monarca, el poderoso comerciante Cristóbal de Haro y el despechado hidalgo Hernando de Magallanes; su presencia en España tuvo enorme influencia en la búsqueda del estrecho interoceánico.

La expedición de Magallanes exploró detenidamente el río de la Plata, con la esperanza de hallar el anhelado estrecho, según con-

fiesa el lombardo Antonio de Pigafetta en su Diario; pero la expedición no estaba destinada al río y una vez reconocidas sus costas, prosiguió viaje.

Diego Luis Molinari, arguye, al referirse a esta búsqueda del canal interoceánico en el río de la Plata por Magallanes que "ahí no estaba el paso, ni lo buscaron pues el estrecho de mar a mar era de aguas saladas y no dulces" (**Nacimiento del Nuevo Mundo,** Buenos Aires 1945, p. 110). El argumento del agua salada parece apabullante pero no tenía ninguna fuerza en la época de Magallanes; ni al genial navegante ni a sus compañeros de expedición la idea de buscar el estrecho en el río de la Plata les pareció tan desatinada como cree Molinari, pues ¿quién podía asegurar, a pesar de la existencia de aguas dulces, que en aquella inmensidad y en sus dilatadas costas no se ocultase una entrada que condujera al mar descubierto por Balboa? La dulcedumbre sólo probaba que allí desembocaban ríos de enorme caudal; pero ante el hecho increíble y desconcertante *—para un europeo del siglo XVI— de que* las aguas dulces formasen horizonte como mar, lo menos que aconsejaba la prudencia era una exploración minuciosa. Fue lo que se hizo. Según el Diario de Francisco Albo enviaron "al navío Santiago de longo de costa por ver si había pasaje" y "otras dos naos a la parte del sur a ver si había pasaje para pasar" (Martín Fernández de Navarrete, **Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles,** t. IV, Madrid, 1837, pág. 211). Después de esto y de lo aseverado por Pigafetta no se comprende como Molinari se permite el lujo de negar que no buscaron el estrecho, pues ello equivale a despreciar los testimonios oculares y hacer caso omiso de la verdad.

A continuación de Magallanes vino al río de la Plata el portugués Cristóbal Jaques en 1521, según hemos sostenido en un estudio publicado en 1942 en el **Boletín Historia** (véase **El pseudo río de Aos**). Jaques fue el primero en divulgar la portentosa nueva de la existencia de grandes cantidades de oro y plata en el interior de América y que la vía de acceso a esa región era el río de la Plata. Esas noticias llegaron a oídos de Caboto en Pernambuco, cuando al mando de una armada se dirigía a las Molucas (1526), y confirmadas por dos náufragos de la expedición de Solís que vivían en el río de los Patos, determinaron el cambio de ruta con el fin de ex-

plorar el Paraná. Caboto se encontraba en el Paraná cuando llegó otro navegante, Diego García, con el mismo propósito de llegar a la Sierra de la Plata, o sea, a los Andes peruanos, donde según informes de los indios guaraníes abundaba la plata. Fracasados en sus intentos regresaron a España, culpándose mutuamente.

Los portugueses decidieron, entonces, poner fin a esta competencia, estableciéndose en forma permanente en el río; organizaron la expedición de Martín Alfonso de Sousa y la enviaron ocultamente a fin de que los españoles, cuando se enteraran, se encontrasen con que los portugueses estaban en posesión del río. El naufragio de la nao capitana y las repetidas tempestades que debieron afrontar durante su estada en el río les hicieron desistir de la empresa.

Carlos V envió entonces a D. Pedro de Mendoza con una poderosa armada para colonizar y poblar estas regiones; la fundación de Buenos Aires y La Asunción determinaron que el Plata fuera español y no portugués.

B) BREVE NOTICIA BIOGRAFICA DE MARTIN ALFONSO DE SOUSA Y DE PERO LOPES DE SOUSA.

Los jefes de la armada destinada al río de la Plata fueron hidalgos portugueses y hermanos de sangre. El mayor era Martín Alfonso que nació en 1500 en Vila Viçosa. Se casó en España, a donde había ido en la comitiva de la reina D. Leonor, con Ana Pimentel. Estuvo con el ejército de Carlos V en el sitio de Fuenterrabía. Regresó a Portugal hacia 1525. Después de gobernar el Brasil y luchar en la India, falleció a los 71 años de edad.

Su hermano Pero debió nacer, según deduce Jordán de Freitas de algunos documentos, hacia el año 1510; tenía, pues, unos veinte años cuando acompañó al hermano en el viaje al río de la Plata y exploró este río. Su juventud resalta del mismo diario, cuando refiere, p. ej., que trepó a unos altos árboles en la punta Colonia para observar la orilla opuesta.

Después de regresar a Portugal, a fines de 1532, fue enviado en una carabela con Tomé de Sousa a la costa de Africa. Fue capitán de una de las naves de la armada de D. Antonio Saldanha. Esta

armada, unida a las galeras y galeones de España y a las 400 naves del almirante genovés Andrea Doria, se dirigió en 1535 bajo el mando de Carlos V a batir al almirante turco Barbarroja, se apoderó de la Goleta y Túnez y rescató 20.000 cautivos.

De regreso a Portugal casó con D. Isabel de Gamboa. Sirvió, durante dos años, en la armada guarda costas del reino, apresando varias naves francesas entre las Azores y las Berlingas.

El 24 de marzo de 1539 partía para la India como capitán mayor de una armada. Al regreso de esta expedición capitaneando la nao Esperança Galega, vino a encontrar la muerte, cerca de la isla Madagascar, en plena juventud, teniendo por tumba el mar.

C) EL VIAJE.

El sábado 3 de diciembre de 1530 partió de Lisboa al mando de Martín Alfonso de Sousa una armada de cinco naves con rumbo a América del Sur. Martín Alfonso llevaba, además del cargo de gobernador del Brasil varias misiones, entre ellas la de colonizar el río de la Plata.

La flota se componía de la nave Capitana, de 150 toneladas, cuyo capitán era Pero Lopes de Sousa, autor del diario del viaje; la nao San Miguel, de 125 toneladas, mandada por Héctor de Sousa; el galeón San Vicente, también de 125 toneladas, al mando de Pero Lobo Pinheiro; y las carabelas Rosa y Princesa, cuyos capitanes eran, respectivamente, Diego Leite, compañero de Cristóbal Jaques en una expedición al Brasil, y Baltasar Gonçalves.

Entre el personal de la expedición —400 personas— son dignos de mención: el piloto mayor Vicente Lourenço, Pedro Anes, lengua o intérprete de los indios brasileños, Enrique Montes, el famoso aventurero conocedor del Plata que tanto influyó en torcer el rumbo de la expedición Caboto, y Pero Capico, profundo experto de la costa del palo brasil.

Hicieron escala el 28 de diciembre en el puerto de Ribeira Grande, de la isla de Santiago, del archipiélago del Cabo Verde. Según Pero Lopes, la latitud de Ribeira Grande era 15°10' norte; se incurrió en un error de 16' por exceso. El 3 de enero de 1531 partieron de Ribeira Grande y después de atravesar el océano divisaron, a la altura

del cabo de San Agustín una nave francesa –de las que se dedicaban al comercio clandestino del palo brasil– que al verse cercada por la armada portuguesa fue desamparada por sus tripulantes que huyeron a tierra en un batel, escondiéndose en la selva. Las atrocidades cometidas por Cristóbal Jaques con los franceses que capturó en el Brasil, en 1526, explican el terror de la tripulación.

Al sur del cabo San Agustín se apoderaron de otra nave francesa también cargada de palo brasil. Al enterarse Martín Alfonso que había otra nao francesa en la isla de San Alejo mandó a Pero Lopes con las dos carabelas a perseguirla. Después de un largo acoso y tras un reñido combate la nave cayó en poder de Pero Lopes. Se le dió el nombre de Nossa Senhora das Candeas en atención a ser ese día el de la Candelaria y se confió su mando a Pero Lopes.

En estos parajes la nao San Miguel perdió la conserva y la armada no supo más de ella.

Martín Alfonso despachó desde Pernambuco a las dos carabelas bajo el mando de Diego Leite "a descubrir el río Marañón"; envió a Portugal, cargada de brasil, una de las 3 naves francesas que fueron apresadas bajo el mando de Juan de Sousa, ordenó quemar la tercera y con las restantes la nao Capitana, la nao Nossa Senhora das Candeas y el galeón San Vicente– se dirigió el 1º de marzo hacia el sur.

En la bahía de Todos los Santos (latitud 13°1/4, según Pero Lopes), donde entraron el 13 de marzo y luego, por segunda vez, el 26 del mismo mes, encontraron a la carabela Santa María do Cabo, que iba para Sofala; Martín Alfonso decidió incorporarla a su armada.

Después de luchar con vientos contrarios y soportar algunas tempestades, llegaron en 30 de abril a Río de Janeiro, cuya latitud calcularon en 23°1/4 (lo que supone un error de 20' por exceso).

Martín Alfonso envió 4 hombres tierra adentro a explorar y éstos volvieron al cabo de dos meses con nuevas de que en el "río de Peraguay" había mucho oro y plata. En Río estuvo la armada tres meses, que emplearon en construir dos bergantines de 15 bancos para reconocer el río de la Plata, según hicieron Caboto y Diego García, y en acopiar víveres para un año.

De Río de Janeiro zarparon el 1º de agosto de 1531; los expedicionarios habían puesto en orden todas sus cosas, incluso el cómputo de los días en el que andaban errados desde el 1º de marzo.

El 12 de agosto fondearon en la isla de la Cananea; enviaron a tierra, en uno de los bergantines, al piloto Pedro Anes, que era lengua, y volvió con Francisco de Chaves, y cinco o seis castellanos. Chaves —más conocido por el mote de "el bachiller de Cananea"— se comprometía a ir y regresar en un plazo de 10 meses con 400 esclavos cargados de oro y plata. Martín Alfonso le entregó 40 ballesteros y 40 espingarderos para dicho objeto. Según Fernández de Oviedo todos fueron muertos por los indios (**Historia General y Natural de las Indias**, tomo II, Madrid, 1852, p. 188).

A 26 de septiembre las naves partieron con rumbo al sur. El viernes 29 de septiembre avistaron el puerto de los Patos pero los vientos contrarios les impidieron entrar en él. El domingo 1º de octubre, uno de los bergantines perdió la conserva. Con vientos nordestes muy fuertes y mucho mar siguieron navegando hasta el 5 de octubre en que cambió el viento. El 7 volvieron a navegar hacia el sur. Los expedicionarios se aproximaban al río de la Plata; los incidentes acaecidos en esta parte del viaje, en el período comprendido entre el domingo 8 de octubre de 1531 y el 1º de enero de 1532 se reproducen in extenso, vertidos al castellano y constituyen la parte principal de este estudio.

Esta fase de la expedición no constituyó un éxito. El naufragio de la nave capitana a poco de entrar en el río y las tempestades y turbonadas que debieron afrontar les obligaron a desistir del plan de poblar en las costas del Plata. Todo se redujo a una exploración de la costa norte hasta las islas Dos Hermanas y a una navegación por el delta del Paraná, efectuada en un bergantín por Pero Lopes de Sousa.

Los portugueses se limitaron a colocar padrones de posesión en el estero de los Querandíes, sobre el Paraná y posiblemente, en la isla de las Palmas ó Gorriti donde Martín Alfonso estuvo más de un mes esperando el regreso de su hermano. Se conformaron los portugueses con cumplir las formalidades de la toma de posesión de estos territorios, desmentidas, en la realidad, por el abandono inmediato que hicieron de ellos.

El 3 de enero de 1532, ya en viaje de regreso, Martín Alfonso de Sousa despachó la carabela Santa María do Cabo para que, adelantándose, fuese al puerto de los Patos a ver si allí se hallaba el bergantín que había perdido la conserva en el viaje de ida al río de la Plata

y cuya suerte se ignoraba. El 8 de enero llegaron a la isla de la Cananea (hoy Buen Abrigo) donde estuvieron hasta el 16 reparando una vía de agua. El 21 de enero entraron en el puerto de San Vicente y fondearon en la playa de la isla del Sol (Santo Amaro). El galeón San Vicente entró a mediodía. Martín Alfonso mandó construir una casa en tierra para guardar en ella las velas y las jarcias; luego varó en tierra la nao Nossa Senhora das Candeas. Habiéndoles parecido a todos buena la tierra, Martín Alfonso resolvió poblar allí e hizo una villa en la isla de San Vicente (hoy isla de Santos, donde se levanta la ciudad de este nombre) y otra a nueve leguas, en el interior, a orillas del río Piratininga, repartiendo la gente entre las dos.

El 5 de febrero entró en el puerto de San Vicente la carabela Santa María do Cabo, que traía las nuevas de haber hallado la gente del bergantín en el puerto de los Patos.

Se resolvió, en vista del mal estado de las naves, perforadas por la broma, despacharlas para Portugal mientras Martín Alfonso permanecía en San Vicente esperando a la gente que había mandado a descubrir tierra adentro.

Pero Lopes fue encargado de regresar a Portugal en la nao Nossa Senhora das Candeas y galeón San Vicente, a fin de dar cuenta del resultado del viaje. Se estimó la latitud de la isla del Sol en 24°1/4.

El miércoles 22 de mayo de 1532, Pero Lopes partió en el galeón San Vicente; el viernes 24 de mayo entró en Río de Janeiro y allí se les incorporó el 14 de junio la nao Nossa Senhora das Candeas que había quedado en San Vicente terminando de repararse. En Río acopió víveres para siete meses y partió el 4 de julio; el 18 de ese mes entraron en la bahía de Todos los Santos a calafatear las naves; hicieron recuento de la gente que sumaba 53 hombres. El 30 de julio zarpó de Bahía para hacer escala en Pernambuco de donde salieron el lunes 4 de noviembre.

El diario termina bruscamente el domingo 24 de noviembre de 1532, en pleno Atlántico septentrional, desconociéndose la causa de haber quedado interrumpido.

Se sabe, por otras fuentes, que Pedro Lopes llegó a Algarve a fines de diciembre de 1532 o a principios de enero de 1533 y hasta agosto de 1533 no entró en Lisboa (**Historia da colonização portuguesa do Brasil,** III, 130).

D) LA TECNICA DE LA NAVEGACION EN LA EPOCA DEL VIAJE.

En la época en que Martín Alfonso y su hermano realizaron el viaje, los procedimientos para determinar la posición de una nave en el mar estaban reglamentados en Portugal, hacía tiempo.

Los navegantes disponían del siguiente instrumental:

—La **aguja náutica** o **brújula** les permitía fijar el rumbo de la nave. La brújula se componía de una aguja de hierro imantado que giraba sobre un eje fijo en una caja de madera (del nombre italiano de esta caja —bussola— proviene el nombre del instrumento). Para la determinación del rumbo la caja llevaba en su fondo o debajo de la aguja una rosa de los vientos cuya circunferencia presentaba 32 divisiones o cuartas (cuyo valor es, pues, de 11°1/4).

—Todo barco llevaba su **carta de marear o navegar**, donde estaban señaladas las costas de los diferentes países. La carta estaba pintada sobre pergamino. Llevaba su escala gráfica graduada en millas y su menor división valía diez millas. Posteriormente, se les graduó en leguas y a la escala se le empezó a llamar **tronco de leguas**. En la carta se trazaba una red de rumbos o vientos distribuídos regularmente y que se entrecruzaban. Hasta 1500 las cartas náuticas carecían de graduación de latitudes y longitudes geográficas, pues hasta entonces no se usaban esos valores para determinar la posición del barco en el mar.

El procedimiento seguido para fijar en la carta el punto en que se hallaba la nave consistía en trazar sobre ella, a partir de la posición última del barco, una recta paralela al rumbo señalado por la brújula y sobre esa recta se llevaba con el compás la distancia recorrida en las veinticuatro horas (singladura) medida en la escala de la carta. Este procedimiento llamado de navegación por singladuras estaba en uso, por lo menos, desde el año 1250. En el siglo XVI —y no antes (la carta de maestre Juan al rey de Portugal sobre el descubrimiento del Brasil es terminante a este respecto)— los portugueses introdujeron métodos astronómicos para calcular la latitud del punto en que se encontraba el barco en el mar. Combinado este dato con el rumbo se obtenía la posición de la nave. Las cartas de navegar empezaron a llevar entonces una escala de latitudes en grados.

—La latitud se deducía de la altura del sol a mediodía medida con el instrumento llamado **astrolabio.** Para ello se requería saber la declinación del sol y a tal efecto se preparaban para los navegantes unas tablas que daban los valores de la declinación solar correspondientes a cada día del año y las fórmulas que había que aplicar en el cálculo. Estas tablas, fórmulas y reglas prácticas para operar constituían los llamados en Portugal, **Regimentos do estrolabio** (de los que se conservan únicamente dos ejemplares impresos). Este método de navegación astronómica representó un gran progreso técnico pero cuando no se podía observar el astro, el marino se veía compelido a recurrir al viejo método de navegar por singladuras.

También se utilizaba el cuadrante para la medida de la altura solar pero preferentemente se empleaba este instrumento para medir de noche la altura de la estrella polar, con lo cual, mediante una simple corrección, se obtenía la latitud del lugar: este método sólo tenía aplicación en el hemisferio norte.

Para la longitud geográfica no había procedimientos prácticos de determinarla en el mar hasta que en el siglo XVIII se inventaron los cronómetros.

El tiempo se medía en los barcos con relojes de arena o ampolletas, empleándose las que tardaban media hora en vaciarse. Un paje era el encargado de dar vuelta la ampolleta.

Para la determinación del camino recorrido no se disponía de instrumentos especiales (el loch o corredera de barquilla no fue inventado hasta 1577); la distancia se estimaba en millas y en leguas (cada legua tenía cuatro millas) y el módulo, generalmente usado tanto por los portugueses como por los españoles, era, en esa época, de 17½ leguas al grado. Se acepta comúnmente que el valor de la unidad itineraria llamada milla era de 1480 m. y el de la legua marítima era, en consecuencia, de 5920 metros.

El diario de navegación de Pero Lopes de Sousa contiene 87 observaciones de latitud geográfica de las cuales 9 corresponden a determinaciones en tierra y el resto a medidas hechas en el mar; todas corresponden a alturas del sol a mediodía. Las determinaciones correspondientes al río de la Plata son cuatro de las cuales tres han sido tomadas en tierra: islas de las Onzas (hoy Torres) 34°30', cabo de Santa María (hoy Punta del Este) 34° 45' y estero de los Carandines (indeterminado) 33°45'.

El mayor error comprobable de que adolecen las medidas de latitud del diario de Pero Lopes corresponde a la latitud de Río de Janeiro y alcanza, según se dijo, a 20' por exceso; el error del cabo de Santa María es de 13' por defecto.

La forma en que están hechas las anotaciones revela que el procedimiento de calcular las latitudes les era familiar pues el diario no insiste en señalar como se operaba, conforme puede verse en el diario de Francisco Albo, y se limita a registrar simplemente el resultado obtenido.

BIBLIOGRAFIA DEL DIARIO DE PERO LOPES DE SOUSA

El Diario fue descubierto y publicado en 1839 por el benemérito historiador brasileño Francisco Adolfo de Varnhagen, entonces joven de 23 años, quien lo encontró entre los manuscritos de la biblioteca real del Palacio de Ajuda, situado en los alrededores de Lisboa.

Jordão de Freitas, director de la Biblioteca de Ajuda, en el estudio de la expedición de Martín Alfonso de Sousa que publicó en el tomo tercero de la **História da colonização portuguesa do Brasil** (pp. 95 a 164), expresa que se trata de un códice del siglo XVI, de 41 hojas en papel florete, in folio, encuadernado, que comienza por estas palabras: "Na era de mil quinhentos e XXX sabado iij dias do mesde dezebro Parti de esta cidade de Lisboa de baxo da capitania de martin afº de sousa meu Irmao q ia por capitam de hua armada e governador da terra do Brasil..."

Aunque de letra del siglo XVI este manuscrito no es el documento original sino una copia, bastante incompleta y poco cuidada. El códice presenta acotaciones y enmiendas de diversas plumas.

El Diario ofrece algunas lagunas, omitiendo en la parte que nos interesa, consignar los acontecimientos de los días de octubre 29 a 31 (folio 15 v.), de noviembre 1, 3, 4 (folio 15 v.) y 7 a 22 (folio 16), y de diciembre 14 a 17 (folio 20 v.) y 28 a 31 (folio 25).

Se observa también una falta de correspondencia entre los días de la semana y la fecha del mes en los períodos que abarcan del 16 de marzo al 30 de abril de 1531 y desde el 21 de octubre de 1531 al 21 de enero de 1532.

Sin embargo, la autenticidad del diario es indiscutible pues el via-

Folio 12 recto del manuscrito del Diario de Pero Lopes de Sousa, donde comienza la versión castellana.

je fue realizado en los meses y años indicados en el manuscrito y concuerda con lo acreditado en varios documentos auténticos, publicados por Jordão de Freitas en el estudio ya citado.

Se conservan otras copias del códice —dos— utilizadas ya por Varnhagen para completar el texto del códice de Ajuda.

La edición princeps (1839) apareció en Lisboa. En 1847 la Asamblea provincial de San Pablo publicó una segunda edición que fue desautorizada por Varnhagen.

La tercera edición (1861), debida a Varnhagen, se publicó en el tomo XXIV de la **Revista do Instituto Histórico, Geográfico e Etnográfico do Brasil.**

En 1867, Varnhagen da a luz la 4ª edición.

La 5ª y 6ª (1927 y 1940, respectivamente) se deben a los cuidados del Comandante Eugenio de Castro, quien realizó además un buen estudio crítico del Diario.

DIARIO DE NAVEGACION DE PERO LOPES DE SOUSA

—Domingo (8 de octubre de 1531) hacíamos camino al sur con mucho viento nordeste. Y al medio día tomé el sol en 31 grados y medio. Me creía a 23 leguas de tierra ([1]).

—Lunes al medio día tomé el sol en 33 grados y un tercio; me creía a 18 leguas de tierra. Esta noche cambió el viento al sudoeste y trincamos con los trinquetes bajos camino del sudsudeste.

—Martes al cuarto del alba, con mucho viento sudoeste pusimos las naves al pairo; al medio día, bonanza; vimos desde la gavia un humo al noroeste. Mandé lanzar la sonda y hallé fondo en 60 brazas; y nos hicimos a la vela con rumbo noroeste en demanda del humo; al ponerse el sol ví la tierra desde la gavia, la cual era muy baja, sin marca alguna; y al cuarto de prima puse rumbo sudeste con viento sursudoeste ([2]).

—Miércoles 11 de dicho mes, por la mañana nos calmó el viento a tres leguas de tierra que corre nordeste-sudoeste una cuarta al nortesur y hay de fondo 16 brazas; matamos esta noche muchas pescadas ([3]).

—Jueves al medio día tomé el sol en 34 grados y con el viento norte iba corriendo al sudoeste a lo largo de la costa. Al ponerse el

sol fuimos a surgir entre tres islas de piedra, donde matamos muchos lobos marinos (4).

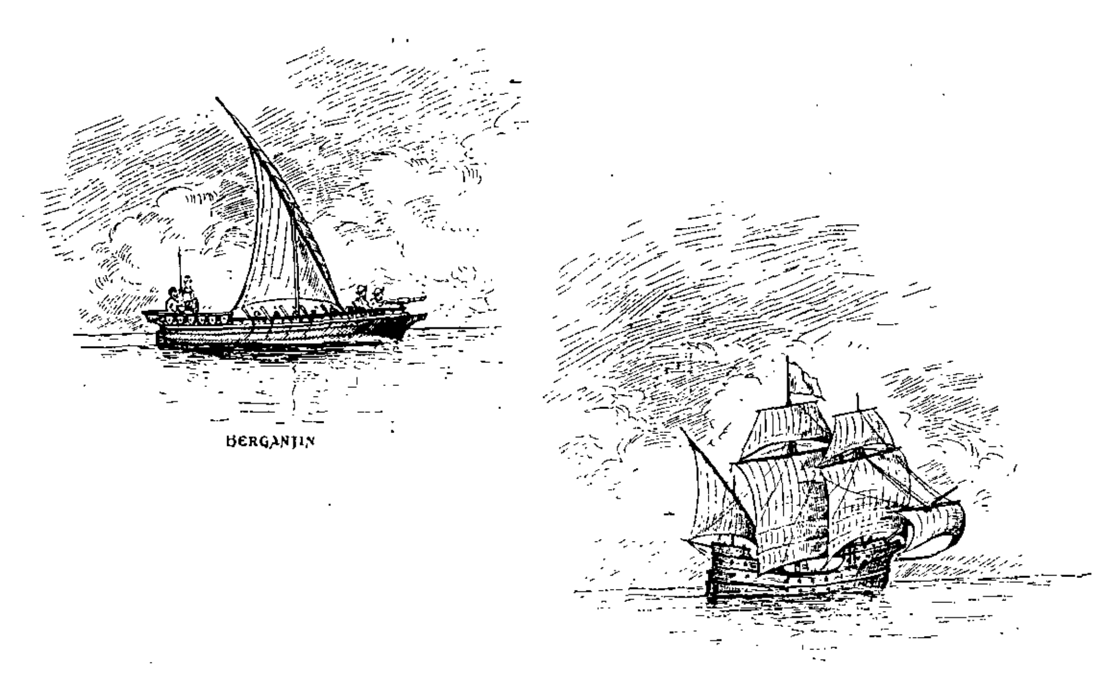
—Viernes 13 de dicho mes, por la mañana se hizo el viento sudoeste y nos venía por encima de una punta que nos demoraba al sudsudoeste (5) y ventó con tanta fuerza que la nao perdió el cable y rompió la amarra. Toda esta noche estuvimos con mucha tormenta.

—Sábado al cuarto de alba calmó el viento y fui a tierra firme pues nos hacían muchos humos. La tierra es muy hermosa, con muchos arroyos y muchas yerbas y flores como las de Portugal. Hallamos dos onzas muy grandes (6) y regresamos a las naos sin ver gente. Al medio día se hizo el viento nordeste y con él nos hicimos a la vela. A estas islas, les puse el nombre de las Onzas y tomé el sol en ellas en 34 grados y medio; y doblando la punta que me demoraba al sudsudoeste, corre la costa al oessudoeste hasta el cabo de Santa María (7) que está en altura de 34 grados y 3 cuartos y al cuarto de prima calmó el viento.

—Domingo 15 de octubre por la mañana se hizo el viento nordeste; y con él hacia el camino a longo de costa, sondando siempre. Gobernando dos ampolletas a oessudoeste hallaba 20 brazas; gobernando otras dos ampolletas al oeste cuarta al sudoeste daba en fondo de 25 brazas; de manera que hallaba más fondo del lado de tierra que del lado del mar.

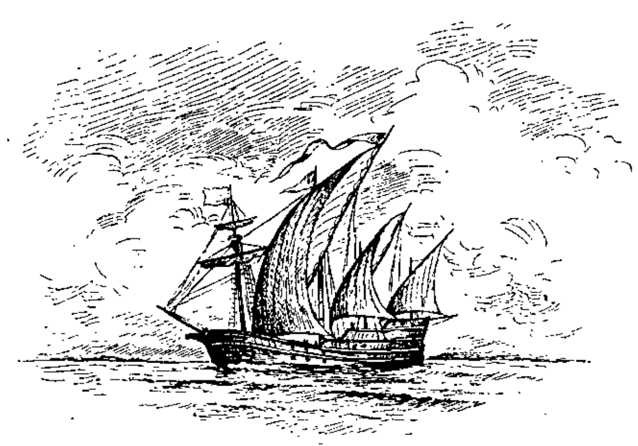
Al ponerse el sol llegamos al cabo de Santa María; y surgimos en fondo de 8 brazas en la banda oeste de dicho cabo.

—Lunes por la mañana mandó mi hermano el Capitán al piloto mayor que fuese a ver si entre una isla, que estaba junto al cabo, y tierra había buen fondeadero; al medio día regresó Vicente Lourenço y dijo que el puerto era bueno, salvo que con los vientos oessudoeste y S.S.W. era desabrigado y que hacia el rumbo S.S.E. tenía bajos en el mar; por la tarde fuimos a surgir entre la isla y tierra en fondo de seis brazas y media con pleamar (8). Aquí, en esta isla, tomamos agua y leña y fuimos con los bateles a hacer pesquería: y en un día matamos dieciocho mil peces entre corvinas, pescadas y anchoas (9); pescábamos en fondo de ocho brazas; lanzábamos los anzuelos al agua y no había que esperar para recoger los peces. En esta isla estuvimos ocho días esperando a un bergantín que perdió nuestra conserva; como no vino mandó mi hermano el Capitán poner una cruz en la isla y en



BERGANTIN

NAO REDONDA



CARABELA REDONDA

ella atada una carta envuelta en cera en la que decía al capitán del bergantín lo que, una vez llegado allí, debía hacer.

—Domingo 21 de octubre [10], por la mañana partimos de esta isla. Con el viento nordeste hacía el camino a longo de costa, que corre al oeste [11]; a media legua de tierra iba siempre en fondo de 9 y 10 brazas. A tres leguas de la isla el viento se nos hizo noroeste; a la tarde nos dió una turbonada con mucha agua y sin ningún viento; surgimos en fondo de 15 brazas, de lama blanda. Al cuarto de prima nos dió un golpe de viento del sudsudoeste y súbitamente saltó al sur con mucha tempestad. La nao capitana se hizo a la vela y nos hizo señal: por ser el viento y la mar muy grandes no me atreví a hacerme a la mar, ni a doblar una punta que me demoraba al este cuarta al sudeste; mandé hacer un ayuste de 120 brazas y con él garreaba como si no llevara ancla por ser el fondo de lama muy blanda. La tormenta era tremenda, de viento y mar y cada golpe de éste se metía en los castillos de la nao. Mandé hacer otro ayuste y con el ancla de forma lo lanzamos al mar; estando con esta fortuna mandé cortar todos los castillos y dejarlo todo raso y mandé cortar el cabo del batel que teníamos a popa. Así estuvimos con esta tormenta de mar en que cada ola venía a romper en el combés.

—Lunes 22 de octubre, al cuarto del alba rompióse el ayuste del ancla de forma y torné otra vez a garrear como antes. Al amanecer me hallé a una legua de tierra y había garreado tres; el galeón San Vicente estaba más cerca de tierra que yo: por su popa reventaban unos bajos y a cada ola el mar parecía más alto que la gavia. Por garrear tanto determiné hacerme a la vela y contra razón de marinería levamos la amarra con mucho trabajo y me hice a la vela con rumbo oeste; y como ví que no alcanzaría a doblar los bajos en que reventaba el mar, viré al este para ir a varar en una playa que nos demoraba al nordeste cuarta al este por parecernos que allí no había bajos. Yendo así pusimos proa a la punta [12] que me demoraba al lessueste; por parecerme que la podía doblar, mandé dar la vela de gavia de trinquete, metiendo la nao hasta la mitad del combés debajo del agua; al soltar la vela el trinquete se quebró en dos pedazos; estaba ya tan cerca de la punta que a unos les parecía que la podíamos doblar y otros gritaban que arribásemos: era tan grande la confusión en la nao que no nos entendíamos; mandé meter a toda la gente bajo cubierta y mandé al piloto tomar el timón; yo me fui a proa y determiné pro-

bar fortuna y ver si podía doblar la punta; pues si no la doblaba no había en que varar, salvo en roca viva, donde no había salvación. Así hicimos y plugo a nuestra señora y a su bendito hijo que la doblásemos; estuve tan cerca de la punta que el mar que reventaba en la costa volvía con la resaca a dar en la nao y nos lanzó afuera. En cuanto doblé la punta pusimos proa al este cuarta al nordeste ([13]); y por la tarde fui a fondear en la isla del cabo ([14]). Nos entró tanta agua al doblar la punta que al llegar a esta isla traíamos seis palmos de agua debajo de cubierta. En cuanto surgí se hizo el viento sudoeste. Al cuarto de prima vino el galeón San Vicente a unirse conmigo; le pregunté si traía batel y me dijo que lo había perdido; que no traía más que un ancla pues había perdido tres; pasó por arriba del arrecife que estaba en la tierra donde nos hallábamos fondeados y allí se sostuvo durante el temporal hasta la noche en que sopló viento sudoeste. El piloto me dijo que había visto a la nao capitana sin mástiles, muy cerca de tierra y que desde la cofa no se pudo divisar si estaba en seco o sobre anclas.

—Martes 23 de octubre, al cuarto del alba vino la carabela ([15]) a unirse conmigo sin cables, ni anclas y con el batel perdido; me dijo el piloto que pasaron el temporal detrás de una punta, donde arribaron milagrosamente; y que no habían visto a la nao capitana desde el día antes, al hacerse a la vela. En cuanto a mí, no sabía que hacer: para hacerme a la vela no tenía cables, ni batel, ni anclas. Determiné mandar por tierra a treinta hombres; para esto mandé a dos, a nado, con un cabo y que lo diesen a la carabela para que virase por mi popa.

—Miércoles 24 de octubre, por haber marejada no pudo la carabela arrimarse a la nao. Este día comencé a hacer dentro de la nao un batel con duelas.

—Jueves 25 de dicho mes, por la mañana metí en la carabela 30 hombres —los que mejor sabían nadar— y las armas metidas en una *pipa honda, para que no se mojaran; y dos barriles de mantenimientos* para ocho días; y mandé a la carabela que fuese a tierra y que fondease en cuanto estuviese a punto de varar; y que desde allí fuesen a tierra en las jangadas que llevaban de los cuarteles de la nao francesa ([16]). Al mediodía todos estaban en tierra después de pasar bastantes trabajos ([17]); acudió mucha gente de la misma tierra y se quedaban lejos, sin querer acercarse; hasta que dos hombres de los nuestros fueron hacia ellos; inmediatamente se aproximaron y abrazaron a

todos con grandes llantos y cantigas muy tristes; después de despedirse de ellos, los nuestros siguieron su camino por la playa. Habiendo andado media legua me hicieron un humo y ví un bulto que me pareció ser un batel de los que habíamos perdido.

—Viernes 26 de octubre, hice una jangada en la que envié el hierro y la forja a la isla para hacer clavos para el batel de duelas que estaba haciendo dentro de la nao. Desde el mediodía ventó mucho viento sudoeste. Y eran tantos los humos, por la tierra adentro, que impedían ver el sol [18].

—Sábado 27 del dicho mes, mandé al maestre con 5 hombres, en un cuartel de la nao, para que fuesen a tierra a ver si estaba el batel donde la gente nos hizo el humo; y por la tarde regresó con el batel de la carabela, que venía muy destrozado; me dijo que en tierra había mucha agua y buena; después mandé reparar el batel en la isla.

—Domingo 28 de dicho mes, en cuanto estuvo reparado el batel de la carabela, mandé pasar a la isla al otro que tenía empezado. Este día vino a la playa mucha gente del país: enviéles el batel y le dieron mucho pescado y tasajos de venado.

—Viernes dos de noviembre, vino la gente que había mandado en busca de Martín Alfonso y me dijeron que la nao capitana había dado sobre la costa por falta de amarras; que Martín Alfonso con toda la gente se salvaron a nado; solamente murieron 7 personas: 6 ahogados y 1 que murió de pasmo; que el bergantín dió también sobre la costa pero que no se hizo daño y que el batel del galeón y de la capitana estaban sanos; que en la playa hallaron un bergantín de tablazón de cedro muy bien hecho [19] que Martín Alfonso retuvo para mandarlo en compañía del batel grande y del otro bergantín por el río adentro; y que Martín Alfonso me mandaba decir que con la gente que las naos no necesitasen fuese, en la carabela, hasta donde él estaba.

—Lunes 5 de dicho mes; partí en la carabela con viento lesnordeste y una hora antes de ponerse el sol [20] surgí donde la nao capitana estàba varada; apenas fondée se hizo el viento sudeste. Mandé el batel a tierra para hacer saber a Martín Alfonso que habíamos llegado. Aumentó tanto el viento que antes de que el batel viniese, me hice a la vela con rumbo sursudoeste; el sol se había puesto cuando dimos en un bajo donde estuvimos a punto de perdernos. Así estuvimos con

mar gruesa y viento navegando hasta la media noche, en que el viento calmó.

—Martes 6 de dicho mes; por la mañana se hizo el viento sudoeste y con él me hice a la vela con rumbo lessueste ([21]); por la tarde surgí frente a la nao [capitana]; mi hermano el capitán mandó los bateles para recoger a la gente y a mí y mandó que la carabela fuese a una isla que estaba a cuatro leguas al oeste y allí esperase órdenes suyas ([22]). Mientras estuvimos aquí, sacamos con mucho trabajo la artillería y el hierro de la nao capitana. Estando aquí tomó mi hermano el Capitán consejo con los pilotos, maestres y con todos los que eran entendidos; y todos acordaron y firmaron que no debía ir por el río de Santa María arriba ([23]) por muchas razones; una era por no tener mantenimientos pues todos se habían perdido al naufragar la capitana; otra era que las dos naos que quedaban estaban tan desgastadas que no se podrían sostener más de tres meses; y la tercera, que el río parecía innavegable por los grandes temporales que había en pleno verano ([24]); por estas razones y otras muchas que dieron, hicieron que mi hermano el capitán desistiese del viaje; y me mandó en un bergantín con 30 hombres a poner unos padrones y tomar posesión de dicho río por el Rey nuestro señor; y que tratase de retornar dentro de 20 días porque el puerto donde las naos estaban, era muy desabrigado.

—Sábado 23 de noviembre de 1531, estando el sol en 11 grados y 35 minutos de Sagitario y la luna en 27 grados de Taurus, partí del río de los begoais, que se halla a 11 leguas al oeste del cabo de Santa María ([25]); llevaba un bergantín con 30 hombres y todo iba bien dispuesto en orden de guerra; hice mi camino a lo largo de la costa que corre al oeste. A dos leguas del río de donde partí hay una isla pequeña ([26]), toda de piedra; de ella a tierra firme hay una legua; la isla tiene alrededor buen fondeadero con fondo de cinco brazas de lodo blando. Yendo así, pegado a la costa, que es toda limpia, con 5 y 6 brazas de profundidad, al medio día tuve vista de una isla al sursudoeste ([27]); hay tres leguas de ella a tierra; por la parte del Este tiene una restinga larga, de arena dirigida al Nordeste. Pasando adelante de la isla descubrí un alto monte al que puse nombre —monte de San Pedro ([28])— y me demoraba al oeste cuarta al noroeste. Este día fui a dormir al pie de dicho monte de San Pedro. Desde la isla citada atrás hasta este monte, la costa es sucia, con piedras y bajos peligrosos. Has-

ta este monte la tierra es toda rasa y muy hermosa. Al pie de este monte hay dos puertos: uno al oeste y otro al este: no son más que para navíos pequeños ([29]).

—Domingo 24 de dicho mes; poco antes de amanecer me hice a la vela con viento nornordeste. Desde este monte de San Pedro comienza la costa a dirigirse al oesnoroeste; yendo en el interior de una ensenada, cuya boca se abre cuando el dicho monte de San Pedro demora al este cuarta al sudeste, fui a dar en fondo de 2 brazas y media, a una legua de tierra ([30]); calmó el viento que llevaba y vino una turbonada del Sur con mucho viento; puse rumbo hacia el monte de San Pedro para meterme en el puerto donde estuve por la noche. El viento roló después al sudeste y volví a navegar al oeste para seguir mi viaje. Aquí comencé a hallar agua dulce y mucho pescado muerto. La punta situada al oeste de esta ensenada lanza una restinga que se mete una legua en el mar ([31]): lo más bajo de ella es braza y media y lo más profundo, 4 brazas. Apenas pasé la restinga calmó el viento y fucilaba mucho al sudoeste y al noroeste que en esta costa son señales seguras de grandes temporales ([32]); con este recelo me acerqué a tierra para ver si hallaba puerto donde meterme. Iba junto a tierra cuando volvió a ventar nordeste y seguí a lo largo de la costa que corre al oesnoroeste, con fondo de 4 y 5 brazas de arena limpia. Yendo siempre a un tiro de ballesta de tierra volvió a calmar el viento; era muy tarde y los indicios de temporal aumentaban; determiné varar el bergantín en tierra y pasar en ella la noche; mandé varar en una playa, desembarcar toda la carga y efectos y hacer un refugio en tierra. Pusimos la artillería en orden y fui con 10 hombres por tierra a ver si hallaba rastro de gente: no hallé nada, salvo rastro de muchas alimañas, muchas perdices y codornices y mucha otra caza. Es la tierra más hermosa y apacible que ví: nadie se cansaba de mirar los campos y la hermosura de ellos. Aquí hallé un río grande, todo arbolado a lo largo de él y el más hermoso que ví; un tiro de ballesta antes de llegar al mar desaparecía ([33]). Tomamos mucha caza y regresamos al bergantín. Al ponerse el sol vino una turbonada del noroeste con tanta fuerza de viento y piedra que no había quien pudiese mantenerse en pie; y de repente saltó al sudoeste con mucha lluvia y relámpagos. Temí perder el bergantín según estaba el mar de bravo. Toda la noche duró el temporal y nadie recordaba ha-

ber pasado otro igual. El agua de lluvia me mojó todo el mantenimiento que ya no sirvió ([34]).

—Lunes 25 de dicho mes; por la mañana el viento limpió las nubes y salió el sol que nos secó. De aquí estuve a punto de regresar por falta de alimentos; después me pareció que podíamos mantenernos con los alimentos que había en la tierra y con pescado —el más hermoso y sabroso que he probado. Aquí ya toda el agua era dulce, pero el mar era tan grande que no parecía que fuera río; en tierra había muchos venados y caza, que tomábamos, y huevos de avestruz y avestruces pequeñitos que eran muy sabrosos; en la tierra hay mucha miel y muy buena: hallábamos tanta que no la queríamos; hay cardos ([35]) que es muy buen mantenimiento y gustaban a la gente. Y pareciéndonos a todos que nos podíamos mantener, determiné seguir adelante. El viento era sudeste; el tiempo, bueno y de noche había luna. Partí muy tarde —teníamos dos horas de sol— con intención de andar toda la noche; íbamos paralelos a la costa en fondo de 6 brazas de arena limpia. Estaba a dos leguas de donde partí, cuando salieron de tierra hacia mí, 4 almadías con mucha gente; puse a la capa el bergantín para esperarlas: remaban tanto que parecía que volaban. Se reunieron pronto conmigo: traían arcos, flechas y azagayas de palo tostado; ellos venían con muchos penachos y pintados de mil colores; se aproximaron sin mostrar miedo y con mucho placer nos abrazaban a todos; no entendíamos su habla que no era como la del Brasil: hablaban guturalmente, como moros; sus almadías tenían 10 a 12 brazas de largo y media braza de ancho, hechas de madera de cedro muy bien trabajada: remaban con unas palas muy largas que en su extremo tenían penachos y borlas de plumas; en cada almadía remaban 40 hombres de pie; no fui a sus tiendas, que se veían en una playa frente a la cual estaba, por que faltaba poco para anochecer; se veían otras muchas almadías varadas en tierra; me hacían señas para que fuese allá donde me darían mucha caza; y cuando vieron que no quería ir mandaron una almadía por pescado; fue y vino en tan breve tiempo que quedamos espantados; nos dieron mucho pescado; yo les mandé dar muchos cascabeles, cristales y cuentas: quedaron tan contentos y mostraban tanto placer que parecían locos; y así me despedí de ellos ([36]). Casi anochecido empezó a soplar, del lado de tierra, viento nornordeste y con él seguía mi camino a lo largo de la costa con fondo de 5 a 6 brazas; después de media noche empecé a hallar bajos de piedra

y me alejé más de tierra; arrié la boneta y fui con poca vela y con la sonda en la mano.

—Martes 26 de noviembre; por la mañana me hallé junto a una punta ([37]) y traté de doblarla; la costa volvía al noroeste y luego al norte; ventaba tanto viento noroeste que estuvimos a punto de zozobrar. Mandé amainar la vela y surgí en la punta del lado este, al abrigo del viento; salí a tierra a ver si podíamos cobrar alguna caza. Desde unos grandes árboles a que me subí, para divisar la otra costa al noroeste de la punta, ví muchas islas ([38]) todas cubiertas de árboles, a una legua de tierra; y desde aquí parecía que había abrigo entre ellas. Y así me volví al bergantín con mucha caza y miel. Por la tarde calmó el viento; mandé armar los remos y fui a las islas; las recorrí todas pero no hallé puerto ni abrigo en que meterme; en la más pequeña encontré reparo ([39]) aunque era desabrigada del viento sudeste. Aquí estuve toda la noche pescando.

—Miércoles 27 de noviembre; mandé colocar la pavesada del bergantín y poner la artillería a punto e ir prontos para pelear porque veíamos muchos humos en tierra, que es señal de reunión de gente. A mediodía partí de estas islas, que son siete, todas llenas de árboles: tres son grandes y cuatro, pequeñas. Con viento lesnordeste seguía mi camino a lo largo de la costa que corre al noroeste cuarta al norte. A dos leguas de las siete islas hay un río ([40]) que trae mucha agua; quise entrar en él y la boca tenía muchos bajos; seguí a lo largo dela costa cuyo fondo es de 7 y 8 brazas ([41]); la tierra es llana y cuanto más avante iba tanto mejor era; al ponerse el sol fondeé junto a una isla grande, redonda, llena de árboles, a la que puse el nombre de Santa Ana ([42]). Aquí estuve toda la noche pescando; saqué mucho pescado y ninguno era como los de Portugal: había peces de la altura de un hombre, amarillos y otros negros con pintas rojas, los más sabrosos del mundo ([43]).

—Jueves 28 de noviembre; bajé a tierra; en esta isla hallé muchas aves, las más hermosas que he visto. Aquí ví halcones como los de Portugal ([44]). El viento saltó al sur y me puse al norte de la isla; estuve fondeado con mucha tempestad; de no estar al abrigo nos hubiéramos perdido.

—Viernes 29 de noviembre, por la mañana abonanzó el tiempo y fui a la isla; mandé encender fuego en tres partes para ver si acudía gente; vimos humos en dirección oessudoeste y no veíamos tierra; man-

dé subir a dos hombres a unos árboles grandes que había en la isla para ver si divisaban tierra, donde nos hacían humos y vieron tierra arbolada y al parecer anegadiza [45].

—Sábado 30 de noviembre; por la tarde me hice a la vela con viento lesnordeste y fui a unas islas que quedaban al nornoroeste. De esta isla de Santa Ana a las Siete Islas hay cuatro leguas y está, con respecto a ellas, este-oeste y dista dos leguas de la costa [46]; a estas dos islas les puse el nombre de San Andrés por ser hoy su día y están a dos leguas de la isla de Santa Ana y a media legua de tierra [47]; hallé en ellas buen reparo, donde estuve toda la noche.

—Domingo 1º de diciembre; me hice a la vela por la mañana con viento nordeste; mandé gobernar al ocssudoeste: hacía mucha niebla y no veíamos nada; seguí dicho rumbo con 5 brazas de agua hasta mediodía en que, de repente, fui a dar en dos brazas y, más adelante, en seco; mandé saltar a la gente al agua y salimos de la varadura; me volví por donde había venido. Cuando se levantó la niebla me hallé a una legua de una tierra muy baja, llena de árboles y muchos bajos y ví una boca grande que quedaba al noroeste; me dirigí a ella, con dos brazas de agua y, a veces, tocando fondo hasta que dí en un canal de siete brazas que iba a la susodicha boca por la que entré: y hallé un río de media legua de ancho [48] con una y otra orilla cubiertas de árboles. El agua corría muy rápida: había 10 a 12 brazas de agua y el fondo era de lama blanda. El río hace su entrada este-oeste; en la misma boca, orilla sur, hay un estero pequeño de 6 brazas de ancho [49]; cuando iba por el río arriba, en la margen sur, hallé otro brazo de media legua de ancho que iba al sudoeste y más arriba, otro que venía del noroeste: éste traía mucha agua y tenía casi una legua de ancho; entonces ví que todo eran brazos e islas y que andábamos entre ellas. Todas las islas están llenas de árboles y algunas son anegadizas.

—Lunes 2 de diciembre; en cuanto amaneció mandé remar río arriba; eran tantas las bocas de los ríos que no sabía por donde iba; sólo sabía que iba aguas arriba; al anochecer me hallaba junto a dos islas pequeñas donde surgí. Toda la noche sopló mucho viento noroeste.

—Martes 3 de diciembre; era tan fuerte la corriente que no podía avanzar con los remos. Por la tarde ventó fuerte del sudoeste y fuimos por el río arriba: hallaba un brazo que iba al norte, otro que iba al oeste y no sabía por donde tomar. Aquí comencé a hallar en las islas

helechos y árboles muy hermosos, muchas yerbas y flores como las de Portugal y otras diferentes; muchas aves —garzas y avutardas ([50])— y eran tan numerosas que a palos las matábamos. Aquí ya las islas no son anegadizas y son muy hermosas.

—Miércoles 4 de diciembre; mientras iba a vela, río arriba, por un brazo que corría al noroeste, dí en otro que corría al nordeste, muy ancho y en la boca tenía dos islas pequeñas ([51]), llenas de árboles. Aquí hallé muchos cuervos marinos ([52]) y maté algunos a ballesta; fui por el brazo media legua adelante, hasta anochecer; fondeé cerca de unos árboles, donde pasé la noche.

—Jueves 5 de diciembre; al ir por dicho brazo arriba, hallé muchas señales de gente. Hacían muchos humos por las islas; la tierra firme, situada al sudeste era la más hermosa que viera: toda llena de flores y pasto del alto de un hombre.

—Viernes 6 de diciembre; fui a dar a un canalizo estrecho situado al noroeste del río, donde pasé la noche; durante la noche nos dió una turbonada del sudoeste con fuerte viento; y creció mucho el río con este viento que retenía el agua ([53]).

—Sábado 7 de diciembre; ventó del sudoeste con mucha fuerza; fuimos con poca vela por dicho brazo arriba, porque al nordeste, lejos, río arriba, nos hacían humos; después de andar tres leguas nos anocheció donde los hacían; bajé a tierra y no hallé rastro de gente pero sí de muchas alimañas. Por la noche nos puso en alarma una onza o jaguar; temiendo que fuera gente bajé a tierra con todos los hombres armados.

—Domingo 8 de diciembre; retorné por donde vine ([54]), para ir por los otros brazos arriba con el fin de ver si hallaba gente; fui por el río abajo a dormir a las dos islas de los cuervos.

—Lunes 9 de diciembre; fui por el brazo arriba que iba al noroeste; era muy grande: tenía una legua y media de ancho y traía mucha agua y gran corriente; este día no avancé más que dos leguas y surgí entre dos bocas: una que iba al oessudoeste y otra al noroeste ([55]).

—Martes 10 de diciembre; fui por el brazo arriba que iba al noroeste y, habiéndolo remontado 4 leguas, fui a dar a un río de tres leguas de ancho que iba al oeste; dormí debajo de unos helechos de la orilla sur. Por la noche matamos cuatro venados, los mayores que he visto ([56]).

—Miércoles 11 de diciembre; fui por el río arriba con buen viento:

ví un brazo pequeño que iba al noroeste y me metí por él; en este río hay unas alimañas como zorros, que siempre andan en el agua y matamos muchos; tienen sabor a cabritos ([57]). Al ir por el río arriba vi que se hacía muy estrecho y volví al brazo grande; yendo en medio de éste descubrí otro brazo que iba al oessudoeste; fui por él una legua y dí en otro río muy grande que iba al noroeste. La orilla sudoeste era alta y parecía tierra firme; en la misma orilla sudoeste hallé un estero que en la boca tenía dos brazas de ancho y una de fondo; según la información de los indios estábamos en la tierra de los Carandines ([58]). Mandé hacer muchos humos para ver si acudía gente y desde el desierto, muy lejos, me respondieron con humos.

—Jueves 12 de diciembre; en la boca de este estero de los Carandines puse dos padrones con las armas del Rey, nuestro señor y tomé posesión de la tierra para regresar desde aquí porque veía que no podía tomar contacto con la gente del país y hacía mucho que había partido desde donde Martín Alfonso estaba —y quedé en ir y volver en 20 días— y de este estero al río de los Beguaes —de donde partí— estimaba que había 105 leguas. Aquí tomé la altura del sol en 33 grados y tres cuartos ([59]).

Esta tierra de los Carandines altea a lo largo del río y en el interior es llana, cubierta de pasto, tan alto que cubre a un hombre; hay mucha caza de venados, avestruces, perdices y codornices; es la más hermosa y apacible tierra que puede haber. Traía conmigo alemanes e italianos, hombres que habían ido a la India y franceses y todos estaban admirados de la hermosura de esta tierra; nuestro pasmo era tal que no nos acordábamos de regresar. Aquí en este estero tomamos mucho pescado de muchas clases; se pesca tanto en este río y es tan bueno que con solo pescado, nada más, se puede uno mantener; aunque un hombre coma 10 libras de pescado al acabar de comerlas es como si no hubiera comido nada y volvería a comer otro tanto. El aire de este río es tan bueno que ni la carne ni el pescado se pudre; en pleno verano matábamos venados y conservábamos la carne 10 y 12 días, sin sal y no hedía. El agua del río es muy sabrosa: por la mañana está caliente, al mediodía es muy fría y cuanta más se bebe tanto mejor uno se halla. No hay palabras para ponderar las bondades de este río y de esta tierra.

—Viernes 13 de diciembre; partí de este estero de los carandines para regresar por donde vine. Con el viento noroeste a popa hacía mi

camino [60] e iba tan rápido que andaba 3 a 4 leguas por hora. Estando junto a las islas de los Cuervos, oímos entre unos árboles grandes gritos; fuimos a averiguar donde gritaban y salió, a orillas del río, un hombre cubierto de pieles, con arco y flechas en la mano; nos habló dos o tres palabras guaraníes y las entendieron los lenguas o intérpretes que yo llevaba; le hablaron en la misma lengua y no entendió; nos dijo que era beguá-chaná [61] y que se llamaba Yñandú. Atracamos el bergantín a tierra y enseguida vinieron otros tres hombres y una mujer, todos cubiertos de pieles; la mujer era muy hermosa: sus cabellos eran largos y castaños y tenía unas marcas o tatuajes debajo de los ojos; ellos llevaban en la cabeza unos bonetes hechos con la piel de la cabeza de los jaguares, con dientes y todo. Por señas les entendimos que en otra tribu había un hombre que sabía hablar muchas lenguas; que lo querían ir a buscar, río arriba, donde estaba y que tardarían seis días en ir y volver. Entonces les dí muchos vidrios, cuentas y cascabeles con los que quedaron muy contentos; a cada uno de ellos les dí un bonete colorado y a la mujer, una camisa; y en cuanto les dí esto fueron a unos juncales y sacaron dos almadías o canoas pequeñas y me trajeron al bergantín pescado, tasajos de venado y una pata de oveja [62]; pero no se atrevían a entrar en el bergantín ni se sentían seguros entre nosotros. Se fueron diciendo que volverían dentro de cinco días y que los esperásemos en las dichas islas de los Cuervos. Aquí estuve seis días esperando, en los cuales tomé mucho pescado y cacé muchos venados, del tamaño de bueyes [63] de los que hicimos tasajo para llevar a las naves. Al cabo de los seis días, como ví que no venían los indios, partí.

—Miércoles 18 de diciembre; partí con viento noroeste que soplaba muy fuerte y fui a comer a la boca del río por donde entré [64]; allí disparé mucha artillería para ver si acudía gente. Así estuve hasta dos horas después de mediodía en que partí con el mismo viento noroeste y pasé por las islas de San Andrés y por la isla de Santa Ana [65] y llegué al ponerse el sol a las Siete Islas [66], al puerto donde estuve cuando por allí pasé y donde dejé enterrados barriles y otras cosas que no nos eran necesarias. Calculé que este día hice 35 leguas. La noche la pasé fondeado, fuera de las islas, en fondo de 8 brazas de arena limpia: ventó mucho viento norte.

—Jueves 19 de diciembre; por la mañana me hice a la vela y al divisar el cabo San Martín [67] donde la costa se vuelve al estesudeste

me dió mucho viento lesnordeste [68]; a fuerza de remos llegué a tierra y me metí en una ensenada que me abrigaba del viento, situada al este del cabo de San Martín.

—Viernes 20 de diciembre; el viento sopló del norte y con él hice mi camino a lo largo de la costa que corre al estesudeste. Navegué todo el día con muy buen viento. Después del cabo San Martín la costa hace tres puntas [69], distantes una legua una de otra, todas arboladas y lanzan al mar restingas de piedra; entre ellas hay arrecifes muy peligrosos. Ya cerrada la noche calmó el viento cuando estaba en la boca de un río cuya entrada tenía muy poca profundidad. Aquí estuve fondeado hasta medianoche en que soporté una turbonada del sursudoeste; con el viento creció el agua y me metí en la boca del río y a medida que iba creciendo me metía más adentro.

—Sábado 21 de diciembre; al salir el sol calmó el viento y salí del río al que puse el nombre de San Juan [70]. Saltó el viento al oesnoroeste y me hice a la vela; a dos leguas de dicho río de San Juan hallé la gente con cuyas tiendas me topé a la ida; salieron seis almadías, todos sin armas y con mucho placer venían a abrazarnos; hacía mucho viento y mucha mar; y ellos me hacían señas para que entrase en un río que estaba junto a sus tiendas. Mandé un marinero a nado a ver si tenía buena entrada y vino diciendo que era muy estrecho y que dentro había poca seguridad pues la gente era mucha; que le parecía que eran unos 600 hombres; que lo que parecían tiendas o carpas eran 4 esteras que formaban una casa cuadrada, descubiertas por arriba; ropa no les vió; tenían redes iguales a las nuestras. En vista de esto me despedí de ellos; les dí mucha mercadería [71] y ellos nos dieron mucho pescado; venían detrás de nosotros, unos a nado y otros en almadías; nadan más que delfines, pues avanzaban tanto como nosotros que íbamos con viento muy fresco a popa.

Estos hombres son todos grandes y robustos y parece que tienen mucha fuerza. Las mujeres son todas muy bien parecidas. Se cortan también los dedos como los del cabo de Santa María pero no son tan tristes [72]. En cuanto me alejé de ellos mandé llenar las vasijas de agua dulce por que nos aproximábamos a la ensenada donde se junta el agua dulce con la salada. Yendo así divisamos el monte de San Pedro [73] y me sorprendió la noche a una legua de él. Calmó el viento y aquí no había donde surgir pues el fondo es todo piedra [74]. Ibamos remando a lo largo de la costa cuando nos dió una turbonada del sur

con mucho viento y relámpagos; estuvimos a punto de dar sobre la costa y perdernos; mandé lanzar el rezón, cuando estábamos junto a las rocas, en fondo de cuatro brazas de piedra (75). En pleno temporal, dos marineros se lanzaron a nado y fueron a tierra a ver si había algún lugar bueno para varar el bergantín. Desde tierra gritaron que habían hallado un estero donde el bergantín podía entrar (76). Mandé levar el ancla, cuya amarra estaba casi rota por las piedras, y nos pusimos a los remos haciendo cada uno mucha fuerza para salvarse. Habíamos remado una distancia igual a un tiro de ballesta cuando ví la boca del estero y me metí en él; la entrada tenía muchas piedras y casi zozobré. No bien estuve dentro, aumentó tanto la fuerza del viento que si hubiera estado fuera habríamos perecido.

—Domingo 22 de diciembre; roló el viento al sudeste y luego sobrevino calma; bajó el agua y quedamos en seco en el estero: su fondo era de piedras muy agudas. En esta costa con los vientos desde el sudeste hasta el nordeste (77) crece mucho el agua; aun cuando la marea baja pueden más los vientos; y cuando soplan desde el lessudeste hasta el nornoroeste, baja inmediatamente el agua y aunque la marea suba las aguas obedecen a los vientos; así que en esta costa no hay mareas más que cuando no hay viento (78). Desde el cabo de Santa María hasta el monte de San Pedro corre la costa este-oeste: habrá de camino 24 leguas (79); desde el monte de San Pedro hasta el cabo de San Martín corre la costa al oeste cuarta al noroeste: hay de camino 25 leguas (80); desde el cabo de San Martín hasta las islas de San Andrés corre la costa al noroeste cuarta al norte: hay de camino 7 leguas (81). Más adelante todo son islas, innumerables; a tal punto que no se puede indicar el número de ellas ni la forma en que están situadas.

—Lunes 23 de diciembre; salí fuera del estero; como ventaba mucho viento sudeste me metí en un puerto situado al oeste del monte de San Pedro; este monte tiene un puerto al este y otro, al oeste (82); aquí desembarqué y me adentré en tierra; maté muchos avestruces y venados y subí con toda la gente a la cumbre del monte de San Pedro, desde donde veíamos campos hasta donde alcanzaba la vista, tan llanos como la palma de la mano; y muchos ríos, arbolados a lo largo de ellos. No se puede describir la hermosura de esta tierra; son tantos los venados, gacelas, avestruces y otras alimañas del tamaño de potros recién nacidos y de su aspecto que el campo está

todo cubierto de esta caza; nunca ví en Portugal tantas oveias ni cabras como venados en esta tierra. Por la tarde retorné al bergantín (83).

—Martes 24 de diciembre, día de navidad (84); partí de este puerto con viento norte muy fuerte; al querer doblar una punta (85) dí en un bajo de piedra que nos despidió el timón a una lanza de altura; quiso Dios que no nos hiciéramos daño. Iba así a lo largo de la costa, en el medio de una ensenada (86) cuando sopló tan fuerte del lado de tierra que no podíamos con la vela y me esforzaba por no desgaritarme. Entró tanta agua que anegó el bergantín. Mandé lanzar el ancla y en cuanto puse proa al mar nos dió oportunidad para achicar el agua pues todo estaba inundado hasta cubierta. Extraída el agua volví a hacerme a la vela y me aproximé bien a tierra; frente a la isla de la restinga (87), cuando íbamos a lo largo de tierra, el bergantín chocó con un pez; al mover la cola quebró la mitad de la postiza; fué tan grande el choque que pareció que habíamos tocado fondo y todos quedamos como atontados: no le vimos más que la cola; por la sombra que después hizo en el agua parecía un pez muy grande (88). Dos horas antes de ponerse el sol, a una legua de la isla de las piedras (89), calmó el viento; puse los remos y fuí a fondear entre ella y tierra firme, con intención de pasar allí la noche. Hacía una hora que se había puesto el sol cuando me dió una turbonada del nornordeste, que soplaba del lado de tierra con tanta fuerza que yo no había visto nunca cosa igual; no había quien se animase a hablar ni a abrir la boca. En un momento nos lanzó sobre la isla de las piedras y el bergantín se fué a pique entre dos piedras; entre las que había ido a dar. Llegamos todos a la isla: las piedras eran tan agudas que los pies quedaron llenos de cuchilladas (90). De esta isla a tierra había una legua. Nos juntamos todos en una piedra, porque el viento saltó hacia el lado del mar, crecía mucho el agua y la isla estaba casi toda cubierta, excepto el peñasco en que todos estábamos, confesándonos unos a los otros por parecernos que era este el último trabajo. Así pasamos toda la noche en que todos se encomendaron a Dios: era tanto el frío que la mayoría de los hombres estaban tullidos y medio muertos. Así pasamos esta noche con tan tremenda tempestad que no creo que nadie haya pasado una igual.

—Miércoles 25 de diciembre; por la mañana, saltó el viento al nordeste y bajó mucho el agua; quedó al descubierto el bergantín que

por arriba estaba sano, pero por debajo nos parecía que estaba todo roto. Algunos hombres que tenían fuerzas y tino hacían jangadas con remos y paveses para lanzarse a nado a tierra firme. Yo fui con tres hombres al bergantín y comenzamos a achicar el agua que tenía dentro para sacarle el mástil y en él irnos a tierra. Estando así me pareció que si se sacaba la artillería y los efectos, saldría a flote; llamé a algunos hombres: los que no sabían nadar, pues los que sabían andaban en salvarse con remos y palos. En cuanto sacamos la artillería y el equipo fuera, quiso nuestra señora que saliese a flote el bergantín; dimos grandes gritos a la gente para que acudiese y que no se lanzasen a nado, porque el bergantín estaba sano y estábamos todos a salvo. El bergantín no tenía más que un agujero en el tablón del fondo que está en contacto con la quilla y que, enseguida, tapamos y volvimos a meter los efectos y a recoger a la gente en él para irnos al río de los Beguaes que estaba a dos leguas de allí (91). Muchos hombres estaban casi muertos y no tenían fuerzas para andar; mandé llevarlos a cuestas al bergantín. Saltó el viento del lado del mar y me hice a la vela y casi de noche entré en el río de los Beguaes. No teníamos que comer y hacía dos días que la gente no comía. Muchos hombres quedaron tan desfigurados del miedo que no se les podía reconocer. Toda la noche llovió y ventó con tantos relámpagos y truenos, que parecía que se hundía el mundo.

—Jueves 26 de diciembre; por la mañana abonanzó el tiempo, pero soplaba en sentido contrario a nuestro viaje; mandé un hombre por tierra a la isla de las Palmas (92), donde Martín Alfonso estaba, a decirle que si el tiempo seguía malo nos mandase alimentos pues teníamos gran necesidad de ellos. Este día no comimos más que yerbas cocidas. Mientras andaba por tierra en busca de leña para calentarnos fuimos a dar a un campo con muchos palos clavados y redes, que hacía un cerco, el que me pareció a primera vista una trampa para cazar venados y después ví muchas cavidades oscuras que estaban dentro del cerco de las redes; ví entonces que eran sepulturas; todo cuanto el muerto tenía lo ponían sobre su tumba: las pieles con que andaban cubiertos, las mazas de palo (macanas) y azagayas de palo tostado, las redes de pescar y de cazar venados, todo estaba en torno de su sepultura. Hubiera querido mandar abrir las tumbas pero tuve miedo de que acudiese gente de la tierra y lo tuviesen a mal. Habría aquí unas treinta tumbas. Por no poder hallar otra leña mandé

sacar todos los palos de las sepulturas y los mandé traer para hacer fuego y comer dos venados que matamos, con lo que la gente quedó muy consolada. La gente de esta tierra son hombres muy robustos y grandes; de rostro son muy feos; traen el cabello largo; algunos se horadan las narices y en los agujeros traen metidos unos pedazos de cobre muy brillante; todos andan cubiertos de pieles; duermen en el campo donde les anochece; no llevan consigo otra cosa que pieles y redes para cazar; usan como arma una pelota de piedra del tamaño de la bala de un falcón (93) y de ella sale un cordel de una braza y media de largo (94) y en el extremo lleva una borla grande de plumas de avestruz; y tiran con ella como con honda (95); traen unas azagayas hechas de palo y unas porras de palo de un codo de largo (96). No comen más que carne y pescado; son muy tristes y la mayor parte del tiempo lloran. Cuando muere alguno de ellos según el parentesco, así se cortan los dedos: por cada pariente una articulación; ví que muchos viejos no tenían más que el dedo pulgar. Su habla es gutural como la de los moros. Cuando nos venían a ver no traían ninguna mujer consigo; no ví más que una vieja que en cuanto se acercó a nosotros se echó el suelo de bruces y no levantó el rostro; con ninguna cosa nuestra se alegraban, ni mostraban contento con nada. Si traían pescado o carne nos lo daban gratis y si les daban alguna mercadería no se alegraban; les mostramos cuanto traíamos; no se espantaban ni tenían miedo de la artillería, pero suspiraban siempre y no daban más que muestras de tristeza: me parece que no se divertían más que con eso (97).

—Viernes 27 de diciembre; partí del río de los Beguaes y al ponerse el sol llegué a la isla de las Palmas, donde Martín Alfonso estaba. Esta isla de las Palmas es muy pequeña; de ella a tierra hay un cuarto de legua; tiene la entrada al oessudoeste; el fondo es limpio de 4,5 y 6 brazas. Hacia el mar, una legua al sur tiene unos bajos de piedra muy peligrosos (98). Aquí estuvimos en esta isla cuatro días aprestándonos para irnos al río de San Vicente.

—Martes 1º de enero (de 1532) partimos de esta isla con viento lesnordeste; tomamos el camino del sudoeste. Por la noche el viento se hizo norte y navegamos al este toda la noche con buen viento.

NOTAS

(1) Pero Lopes y sus compañeros de expedición se hallaban, como observa acertadamente el comentarista Eugenio de Castro, frente a la costa del actual estado brasileño de Río Grande del Sur.

(2) Seguían navegando frente a las costas bajas de Río Grande del Sur a la bolina, o sea, ciñendo seis cuartas sobre la amura de estribor.

Recomendamos la lectura del capítulo Barcos y Navegación a Vela con el que el historiador y marino norteamericano Samuel Eliot Morison, comienza su hermoso libro **El Almirante del Mar Océano,** como el procedimiento más sencillo y agradable de ponerse rápidamente al tanto de los rudimentos de la nomenclatura y técnica de la navegación a vela.

Agregamos, además, un glosario de términos náuticos antiguos donde el lector hallará la explicación de todas las voces que figuran en el Diario para lo cual nos hemos valido del **Diccionario Marítimo español** (Madrid, 1831), redactado por D. Martín Fernández de Navarrete y el **Diccionario ilustrado de marinharia** por Antonio Marques Esparteiro (Lisboa, 1943).

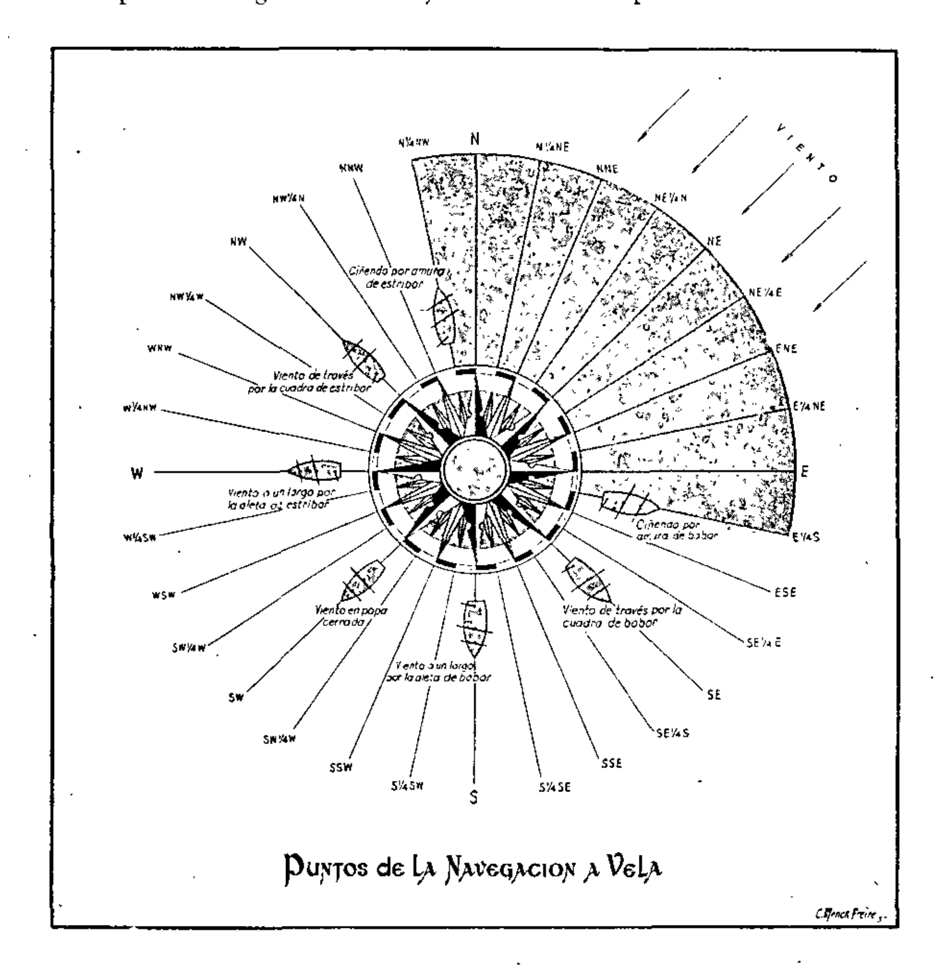
(3) Las **pescadas** de Pero Lopes de Sousa, según Paul Groussac (**Anales de la Biblioteca**, Buenos Aires, 1905, pág. 313), verosímilmente, eran **pescadillas** (Cynoscion striatus, Cuv). Según el Diccionario de la Academia, **pescada** es la **merluza.** Angel Rosenblat, en las notas que escribió sobre los viajes de Pedro Sarmiento de Gamboa, identifica las pescadas de éste con la merluza, pero hay que tener en cuenta que Sarmiento previene que eran como las de España. En el caso de Pero Lopes todo obliga a aceptar el criterio de Groussac, pues la merluza (Merluccius hubbsi, Marini) hay que pescarla en fondo de veinte brazas de profundidad y mayores (Andrés Bouyat, **Contribution à l'étude de la pêche maritime en Uruguay,** en **Revista del Instituto de Agronomía,** Montevideo, julio de 1911, pág. 38) y dudamos pudiese efectuar esa clase de pesca mientras navegaba.

(4) La identificación de las tres islas de piedra donde estuvo fondeada la armada de Martín Alfonso de Sousa, desde el jueves 12 al sábado 14 de octubre de 1531, no ofrece mayores dificultades.

Según Pero Lopes indica en la anotación del sábado 14 las islas se hallaban a los 34° ½ de latitud sur. En la actualidad este dato bastaría para la identificación, pero cuidémonos mucho de asignar a las latitudes del siglo XVI el mismo grado de confianza que hoy concedemos a estos valores. Basta observar la carta para comprobar que a esa altura de las costas atlánticas no existe isla alguna. El hecho revela que la latitud de Pero Lopes acusa una imprecisión que nos impide confiar en sus determinaciones para, a base exclusiva de ellas, identificar cualquier lugar.

Por otra parte, a lo largo de la costa oceánica, recorrida en esos días por la armada lusitana, existen varios grupos de islas, todas rocosas, con lobos marinos y casi todas dentro del límite de error probable que caracterizan las determinaciones de latitud en aquel tiempo; esos grupos son: las dos islas de Castillo Chico, hoy más conocidas con el nombre de Coronilla, situadas a los 33°56';

las dos islas de Castillo Grande, a los 34°22'; las tres islas de Torres, a los 34°24'; y las islas de Paloma y Tuna (hoy unidas a tierra firme) en 34°40'. Esta enumeración permite comprobar que el único grupo de tres islas es el de Torres y a ellas deben incuestionablemente corresponder las que Pero Lopes denominó de las Onzas por haber hallado en la tierra firme inmediata dos onzas o jaguares. De esta misma opinión es el Comandante Eugenio de Castro aunque desconcierta un poco su afirmación de que las actuales islas de Torres son cinco (vol. I, pp. 66, 230 y 231 de la 6ª edición) pues "están formadas por las Torres propiamente dichas a las cuales pertenecen también las dos Castillos Grandes". Ignoramos si tal afirmación se funda en los datos de las cartas hidrográficas brasileñas por no haber podido consultarlas, o en la opinión personal del comentarista pero, cualquiera sea el origen de sus dichos, hay que reconocer que carece totalmente de razón pues los antiguos derroteros y cartas náuticas españolas como las actuales



argentinas y uruguayas distinguen y separan netamente un grupo de otro (la distancia entre las islas de Castillo Grande y las de Torres es de 2,5 millas).

El error del Comandante se originó en su pretensión de querer localizar las islas de Rodrigo Alvarez (así denominadas en honor del piloto español de la expedición de Sebastián Caboto que las descubrió) y no encontró mejor solución para aclarar un texto difuso (el del **Islario** de Alonso de Santa Cruz que dice así: "antes de entrar en el río de la Plata ay quatro o cinco ysletas las quales van puestas, levante a poniente unas en pos de otras apartadas por una y media legua que se llaman yslas de Rodrigo Alvarez por lasaver descubierto un piloto que con nosotros llevavamos dicho así"; página 549 de la edición de Madrid, 1920) que la de adaptar la realidad geográfica al texto, con lo cual dió por existente un solo archipiélago donde todos reconocen que hay dos; dejó así sin probar que las islas de las Onzas son las de Torres pues el único argumento de que echó mano (que las islas son tres) quedó invalidado al pretender demostrar, posteriormente, que son cinco.

Existen otros elementos de juicio para probar que las islas de las Onzas corresponden a las actuales Torres, pero el Comandante Castro no recurrió a ellos quizá por suponer —dada su profesión— que eran innecesarios. En cambio el autor de estas notas, por no ser marino, estima que tal vez haga falta señalarlos al lector.

El primero de esos elementos es la orientación de la costa sobre la que están situadas las islas; antes de llegar a ellas dice el Diario que corría Nordeste-Sudoeste una cuarta al Norte-Sur (miércoles 11): tal es precisamente el rumbo entre el arroyo del Chuy y las islas de Torres; a partir de las islas la costa se extendía —según el diarista— al oessudoeste: tal es exactamente la dirección entre el cabo de Santa María y Punta del Este.

El otro elemento identificatorio lo proporcionan las características del fondeadero de las islas de las Onzas. Los fondeaderos de Castillo Chico y Grande son de arena (salvo algún rodal de piedra) y, por tanto, de buen fondo para anclar. En cambio, las islas de Torres no sólo son de piedra sino que —según atestigua el viejo Manual de Navegación de Lobo y Riudavets— estás rodeadas de rocalla y rodales de piedra (como el bajo de Oyarvide); debido a esta circunstancia fueron conocidas con el nombre de Ratones (así figuran en la carta de los demarcadores del tratado de 1750 y en los mapas de Juan de la Cruz Cano y Olmedilla de 1775. En el mismo **Manual** de Lobo y Riudavets (p. 61) se aplica el nombre de Ratones a las dos islas del grupo situadas más cerca de tierra y en el Diccionario Geográfico del Uruguay de Orestes Araújo (art. **Rocha**) se da el mismo nombre a la más oriental de ellas.

En el **Vocabulario Náutico** del doctor Diego García de Palacio (**Instrucción náutica para navegar,** Méjico, 1587, fol. 152 v.) se define así a **ratones**: "se llaman en la mar, piedras con puntas y cortadoras que roçan y ratonan los cables, y amarras con que el navío está surto". El término náutico **ratones** tuvo uso general.

Alvar Núñez Cabeza de Vaca explica en sus **Comentarios**, al tratar de las islas del Cabo Verde: "en esta isla hay muy mal puerto porque a do surgen y echan las anclas hay abajo muchas peñas, las cuales roen los cabos que llevan

atadas las anclas y cuando las van a sacar quédanse allí las anclas; y por esto dicen los marineros que aquel puerto tiene muchos ratones, porque les roen los cabos que llevan las anclas y por esto es muy peligroso puerto para los navíos que allí están si los toma alguna tormenta" (ob. cit., ed. Madrid, 1922, p. 155). Precisamente esto último le ocurrió a la nao capitana de Martín Alfonso de Sousa el 13 de octubre de 1531, estando fondeada entre las islas de las Onzas; un fuerte viento del sudoeste (pampero) le hizo perder el cable y le rompió una amarra. Las islas de las Onzas eran, pues, islas de ratones, como lo son las de Torres que incluso llevaron ese nombre, según se ha visto, aplicado universalmente a todos los puertos de fondo pétreo desde la más alta antigüedad, como lo confirma el nombre de Μυος Ωρμος, puerto de ratones, en griego, con que en el periplo del mar Eritreo, compuesto por Arriano, se designa el actual puerto egipcio de Kosseir, sobre el Mar Rojo.

La actual isla de la Libertad, en la bahía de Montevideo, también se llamó de Ratones, por idéntica razón. Con el nombre de Ratones figura en los planos de Malaspina, 1789 (Travieso, **Montevideo en la época Colonial,** Montevideo, 1937, Nº 44), de Carlos Cabrer, 1781 (Travieso, ob. cit., Nº 33), de Benito Massa y Andrés Baleatto, h. 1824 (Travieso, id., Nº 76) y en el **Manual de Navegación** de Lobo y Riudavets (1868, pág. 99). El nombre de isla de Ratas, con que también se la conoció, es una deformación que introdujeron en la toponimia los ingenieros militares españoles, desconocedores del sentido náutico del nombre Ratones; el primero que la llamó isla de Ratas fue D. José del Pozo en 1781 (Travieso, ob. cit. Nº 31), luego se sirvió del mismo nombre D. José María Cabrer (Travieso, ob. cit., Nº 39) y el mismo José del Pozo en 1812 (Travieso, ob. cit., Nos. 70 y 72).

Después de las precedentes explicaciones creemos que el lector no tendrá ninguna duda de que las islas de las Onzas son las de Torres.

En 1534, el cartógrafo portugués Gaspar Viegas incluyó las islas en su carta de navegar (conservada en la Biblioteca Nacional de París); también aparecen representadas en el atlas de Vaz Dourado (1580), conservado en la Biblioteca de Munich, en el mapa de Arnoldo Florentino Van Langren (1596), bajo el adulterado nombre de I. do Saneas; y, por último, figuran en los mapas de Jodocus Hondius (1606) y Mercator (1612). No obstante su inclusión en las cartas mencionadas las islas de las Onzas no gozaron de gran notoriedad y el hecho únicamente revela que los cartógrafos, a falta de mejores datos, se limitaron a reproducir la vieja leyenda de la carta de Viegas.

Fueron las islas de Castillo (principalmente las de Castillo Grande) las que desempeñaron importante papel en la navegación al río de la Plata pues por su fácil identificación y su buen fondeadero constituyeron la recalada obligada de todas las naves a vela durante cuatro siglos.

Las islas de las Onzas desaparecieron de las cartas portuguesas en el siglo XVII (nunca figuraron en las españolas) y sólo volvieron a aparecer cuando las partidas demarcadoras de límites iniciaron la exacta representación de las costas, con todos sus accidentes geográficos. Los demarcadores españoles del tratado de límites de 1750 les dieron el nombre de Ratones. Fueron los oficiales de marina de la segunda partida demarcadora del tratado de 1777, al mando del ca-

pitán de fragata D. Diego de Alvear y Ponce de León, quienes le aplicaron el nombre de islas de Torres con que aparecen, por primera vez, en la carta reducida o esférica del Río de la Plata, levantada en 1794 y que se conserva en el Museo Naval de Madrid.

Todo obliga a admitir que el topónimo fue introducido para rendir homenaje al piloto Francisco de Torres, cuñado de Solís que retornó con las carabelas a España, pues, hasta entonces, no se había usado esa denominación. Corrobora nuestra hipótesis el hecho de que no se trata del único tributo de reconocimiento rendido por los cartógrafos de la partida de Alvear a los antiguos navegantes del Plata; precisamente, a una punta cercana al lugar donde naufragó el bergantín de Pero Lopes, en la noche del 24 de diciembre de 1531, le impusieron el nombre de punta de Pedro López.

D. Eduardo Madero, al referirse a la expedición de Solís expresa que "el piloto Francisco de Torres descubrió más adelante las islas inmediatas al cabo Apolonio (sic, por Polonio) que desde entonces conservan su nombre" (**Historia del puerto de Buenos Aires,** Buenos Aires, 1939 p. 39). Groussac, al comentar este pasaje, afirma que "las islas de Torres se llaman así en razón de su aspecto y estructura, como las de Castillos, y no porque las bautizase el cuñado de Solís". Sólo en parte tiene razón Groussac; es efectivamente cierto que las islas no se llaman de Torres desde la época de Solís, pero es inexacto que deban su nombre actual al aspecto tórreo, que no tienen. Tampoco las de Castillo recibieron su nombre debido a su semejanza con las construcciones terrestres así llamadas, sino a que parecían, a primera vista, el castillo de un buque a vela (Cf. **Primera carta del P. Cattaneo,** en **Buenos Aires y Córdoba en 1729,** Buenos Aires, 1941, pp. 107 y 108; Lobo y Riudavets, **Manual de Navegación del Río de la Plata,** Madrid, 1868, p. p. 59).

(5) Dado el fondeadero en que se encontraban —islas de Torres— la punta a que se refiere Pero Lopes es el actual cabo Polonio, entonces innominado. Su nombre, según explican Lobo y Riudavets, se debe al naufragio, allí ocurrido del navío mercante así llamado, el día 31 de enero de 1735 (Manual de Navegación, p. 63).

(6) Los portugueses dieron el nombre de onza (felino de piel manchada del Viejo Mundo) a todos los grandes felinos que encontraron en el Nuevo y, por consiguiente, se sirvieron de él tanto para designar al puma como al jaguar. El hecho de que Pero Lopes califique de muy grandes a los animales que vió en tierra permite suponer que se trataba de jjaguares. Es curioso que los españoles distinguieran al puma del jaguar, a los que denominaban, respectivamente, león y tigre, en tanto que para los portugueses ambas especies eran onzas.

(7) La latitud asignada en el **Diario** al cabo de Santa María no permite identificar a este lugar. La diferencia entre 34°45' que le asigna y la del cabo que actualmente lleva el mismo nombre (34°40', según el **Derrotero Argentino,** ed. 1930, p. 104) alcanza a 5'. En cambio, entre Punta del Este (34°58') y el cabo Santa María de Pero Lopes la diferencia es de 13'. Para Eugenio de Castro, esta diferencia mayor justamente lo inclina a aceptar que la latitud del cabo Santa María de Pero Lopes corresponde a Punta del Este pues debido a las imperfectas efemérides, tablas o regimientos, a los toscos astrolabios o cua-

drantes y, por tanto, a las alturas del sol influídas por el error de los instrumentos, de las tablas y de la observación personal "jamás, en el curso del Diario nos da las latitudes del Brasil con diferencia de 4 ó 5 minutos respecto a la verdadera y sí con errores de una decena de minutos, oscilando entre 10' y 18' (comentarios al Diario, I, 235). Son exactas las causas, señaladas por Eugenio de Castro, de los errores en las observaciones de latitud de Pero Lopes que, en general, alcanzan los valores indicados, salvo el caso de Río de Janeiro, cuya diferencia asciende a 20'. Pero no podemos aceptar que para la identificación de un lugar la regla consista —como quiere Eugenio de Castro— en elegir aquél cuya latitud actual presente mayor diferencia con la de Pero Lopes. Precisamente, en el caso de las islas de las Onzas, ya estudiado, la diferencia entre la latitud que les asigna Pero Lopes y la que tienen las islas Torres es sólo de 6', en tanto que para las de Castillo Grande es de 8' y para las de Paloma y Tuna, de 10'. No obstante, el Comandante Castro sitúa las islas de las Onzas donde están las de Torres, o sea, que se decide por las que presentan una diferencia mínima. El criterio a seguir no puede, por tanto, estar fijado a priori por una regla tan simplista como la examinada.

La prueba de que el cabo de Santa María actual no es el de Pero Lopes nos la suministra la navegación del día 15 de octubre, después de rebasado cabo Polonio. Según el Diario, mientras navegaban sondando, lejos de la costa y paralelamente a ella —"ao longo da costa"— observaron que yendo al oessudoeste durante dos ampolletas —una hora— hallaban 20 brazas (33 metros) de profundidad y dirigiéndose al oeste cuarta al sudoeste encontraban fondo a 25 brazas (42 m.), es decir, que había más profundidad al aproximarse a tierra y menos al dirigirse mar afuera.

Eugenio de Castro dió la explicación del hecho. Los navíos navegaban en la región marítima comprendida entre cabo Polonio y Punta del Este, a la vista del actual cabo de Santa María. La carta Nº 10 del Servicio Hidrográfico de la Marina uruguaya nos muestra que, a esa altura se encuentr el llamado "pozo de fango" (**mud well** de las cartas británicas), zona más profunda cuyo borde puede considerarse señalado por la isobata de 40 metros. Pues bien, si se navega a unas veinte millas de la costa, próximo a la parte sur de la preindicada isobata, se produce el fenómeno de que navegando hacia tierra aumenta la profundidad, al penetrar el barco en el pozo de fango, y al dirigirse mar afuera decrece el sondaje pues se sale del pozo. Esto ocurre un poco al sur del paralelo del cabo de Santa María actual, lo que significa que el cabo denominado así por Pero Lopes no es el que hoy lleva ese nombre pues llegaron a él después de rebasada esa fosa y seguir navegando al largo, cuando se ponía el sol del día 15 de octubre.

La localización del Cabo de Santa María, correspondiente a las expediciones de Magallanes, Caboto y Pero Lopes, se debe a Paul Groussac (**Anales de la Biblioteca**, t. IV, Buenos Aires, 1905, pp. 302 y sig.). Este maestro de investigadores probó, en forma concluyente, que el cabo de Santa María de los descubridores era la actual punta del Este. Eugenio de Castro confirmó la identificación en sus comentarios al Diario y desde entonces es noción aceptada por todos. No vamos a repetir aquí los argumentos de Groussac pero conside-

ramos conveniente mostrar al lector cuales son los elementos que nos permiten identificar el cabo de Santa María de Pero Lopes con Punta del Este.

Según el Diario las características del cabo eran las siguientes:

a) junto al cabo había una isla a la que aplica el nombre de isla de las *Palmas* (*27 de diciembre de 1531*).

b) entre la isla y el cabo existía buen fondeadero (reconocido por el piloto Lourenço), con profundidades de 6½ brazas; desabrigado a los vientos oessudoeste y sudsudoeste; con entrada al oessudoeste

c) La isla era pequeña, pero con agua y leña; en sus inmediaciones se podía hacer buena pesquería; al sursudeste, hacia el mar, tenía bajos de piedra muy peligrosos; de ella a tierra había un cuarto de legua.

d) a partir del cabo, hacia el río, la costa corría al oeste.

El único lugar de nuestras costas que reúne simultáneamente todas las características señaladas es Punta del Este. La isla de las Palmas es la que después se llamó de Maldonado y hoy se denomina de Gorriti; todavía en 1600 disponía de pozos de agua potable, arboleda baja y las palmeras que le dieron nombre, según puede comprobarse en el relato de Francisco Fernández (Horacio Arredondo, **Maldonado y sus fortificaciones,** en **Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología,** tomo III, Montevideo, 1929, pp. 299-302). En el reconocimiento que practicó en 1800 el ingeniero militar D. Agustín Ibáñez y Bojons, se declara la existencia de "manantiales de agua dulce abundantes" pero no se mencionan para nada las palmeras (**Diario de viaje entre Maldonado y Montevideo en el año 1800,** publicado por Rolando A. Laguarda Trías, en **Boletín Histórico** del Estado Mayor General del Ejército, Montevideo, 1938, Nº 33, p. 24). La isla es pequeña pues su máxima extensión es de 1.5 kms. y dista de tierra 1 milla, o sea, un cuarto de legua de aquella época (la legua marina tenía entonces 4 millas).

Los demás detalles del fondeadero (actual puerto de Maldonado) tales como profundidad, bajos desabrigo a ciertos vientos, etc. los confirma cualquier manual de Navegación, como el de Lobo y Riudavets.

Ninguna de las características apuntadas conviene, en cambio, al actual cabo de Santa María y a su inmediato puerto de La Paloma. Es cierto que junto al cabo hay también islas pero no una, sino dos: Paloma y Tuna. La entrada al puerto de La Paloma no se encuentra al oessudoeste sino en el sector lesnordeste lessudeste. Tampoco es posible navegar al oeste a partir del actual cabo de Santa María pues se iría a dar sobre la costa. Ni en La Paloma ni en Tuna hubo nunca agua potable y mucho menos, leña. En suma, los detalles que Pero Lopes adjudica al cabo de Santa María —y a los que hemos pasado revista— convienen a Punta del Este y de ninguna manera al cabo que hoy se llama Santa María.

La **Memoria** de Diego García, compuesta por este experto piloto hacia 1530, confirma que el cabo Santa María antiguo es la actual Punta del Este; dice el documento: "andando por nuestra navegación allegamos al cabo de santamaría questá en los dichos treynta e quatro grados e medio e de fuera del cabo esta una ysla que se llama la ysla delos pargos que es grande pesquería; en ella estovimos en esta ysla esperando el bergantín que traíamos que venía atrás e tras de dentro del cavo hazia el ryo esta una ysla que se llama la

ysla de las palmas e defuera della esta un arracife afuera della que la toma una legua a la mar y esta ysla de las palmas es muy buen puerto". Del trozo transcripto resalta claramente que la isla de los pargos es la actual de Lobos, la isla de las palmas, Gorriti y el cabo de Santa María, Punta del Este. La identificación de la isla de los Pargos o Corvinas con Lobos se desprende de una carta del tesorero Hernando de Montalvo escrita en 1572 que dice:. "la isla de los Lobos que por otro nombre se dize de Corvinas" (citada por Groussac en **Anales de la Biblioteca,** IV, 312).

(8) Fondearon, pues, en la bahía de Maldonado.

(9) Groussac (Anales, IV, 313) identificó la **anchoa** de Pero Lopes con la **Pomatomus saltatrix** (L) que, de las dos especies de peces que en el río de la Plata reciben el nombre vulgar de anchoas, es la más común.

La **corvina** a que alude Pero Lopes debe ser la **micropogon opercularis** (Q.G.) que, junto con la **pescadilla,** constituyen los productos más abundantes de la pesca.

(10) El 21 de octubre de 1531 fue sábado y no domingo; Pero Lopes volvió a perder la correspondencia de los días de la semana con las fechas todo el intervalo que duró su estada en el Plata.

(11) Esta indicación de que la costa corre al oeste después del cabo de Santa María corrobora que se trata de Punta del Este.

(12) La localización de la punta innominada donde estuvo a punto de zozobrar la nave de Pero Lopes al intentar doblarla rumbo al este, plantea arduo problema de geografía histórica.

Paul Groussac en los comentarios que dedicó al Diario (Anales, IV, 302 y sig.) no trató este punto. Incurriríamos en indigna suspicacia y grave desconsideración hacia el talentoso historiógrafo —aunque del mismo corte de las que él acostumbraba a usar— si afirmáramos que Groussac soslayó o eludió el asunto: digresivo hubiera sido de su parte el ocuparse de ese detalle, cuando se proponía únicamente localizar el antiguo cabo de Santa María, investigación en que logró un gran triunfo, aunque en la actualidad se imponga replantear el problema para colocar en su verdadero lugar muchas cosas que dejó mal ubicadas.

Por su parte, Eugenio de Castro se hizo un verdadero lío. En los comentarios al pie de la página 264 de la sexta edición del Diario que utilizamos, se lee que el 22 de octubre la nao Nossa Senhora das Candeas amaneció al "oeste da punta Brava no seio que ela faz com a punta Imán". Y más abajo, en la misma página, vuelve a insistir en que dobló la punta Brava. Felizmente, en las notas al texto, colocadas al final del volumen I, Castro identifica la punta innominada con la actual punta Negra (nota Nº 85). Si se considera que próximo a la punta Imán no hay ninguna punta Brava, hay que reconocer que Eugenio de Castro incurrió en sus comentarios en un involuntario trastrueque y donde dice punta Brava hay que leer punta Negra.

Restituído el recto sentido del comentario, queda por averiguar como logró el Comandante Castro realizar la identificación de la punta innominada ya que no lo dice y los mapas que publica (volumen II, mapa Nº 7) son insuficientes para llevar el convencimiento al ánimo del lector.

La solución sólo puede surgir del análisis del Diario, a partir del momento en que la armada abandonó el fondeadero de "la isla del cabo" (Gorriti).

Según refiere Pero Lopes, zarparon dela bahía de Maldonado el 21 de octubre por la mañana con viento nordeste y rumbo al oeste, o sea, que navegaban con viento a un largo por la aleta de estribor, la posición más favorable para correr, tratándose de un velero del siglo XVI (véase: Samuel Eliot Morison, **El Almirante del Mar Océano,** 5).

A tres leguas dela isla Gorriti el viento roló al NW, circunstancia que aunque el autor no la comenta (tal vez por ser marino el hecho le pareció demasiado evidente) le impidió a la armada seguir avanzando rumbo al oeste, pues entre la dirección del viento y el citado rumbo hay sólo 4 cuartas y lo más que un barco podía en aquella época acercar su proa al viento eran cinco cuartas (Cf. Eliot Morison ob. y lug. cit.). Aunque no consta en el Diario posiblemente siguieron navegando al W ¼ S W. Por la tarde soportaron un chubasco sin viento y esto les obligó a fondear; la profundidad era buena —15 brazas— pero el fondo —lama blanda— distaba mucho de ser aceptable tenedero, como se comprobó al empezar a soplar en el cuarto de prima (entre las 20 y las 24 horas) un fuerte viento pampero (sursudoeste) que luego pasó al sur.

Las naos empezaron a garrar, es decir, a ser arrastradas por el viento; el capitán mayor, Martín Alfonso de Sousa, dió la señal para hacerse a la vela; en ese momento, la punta innominada se encontraba al E ¼ S E de la nao de Pero Lopes, o sea, a cuatro cuartas de donde soplaba el viento (sur) por lo cual las naves no podían doblarla para dirigirse al fondeadero conocido de Gorriti; como hacia el oeste el río les era prácticamente desconocido, Pero Lopes no se atrevió a obedecer la orden porque se exponía a ser arrojado sobre la costa como, efectivamente, le ocurrió a la nao capitana.

Comprendió que no disponía de otro recurso que el de reforzar las anclas y lanzó la tercera, denominada ancla de forma o de la esperanza; para limitar los efectos de los embates del mar mandó arrasar los castillos de la nao y cortar el cabo del batel, amarrado a popa, según era costumbre, con el fin de impedir que el mar lo estrellara contra el barco.

La tormenta era imponente. El mar rompía en el Combés de la nave: así estuvieron toda la noche, desde el cuarto de prima hasta el del alba; en este turno se rompió el ayuste del ancla de la esperanza. La nave empezó nuevamente a garrar y al amanecer se apercibieron que staban a una legua de tierra, después de haber garrado tres.

El galeón San Vicente se hallaba más cerca de tierra que la nao de Pero Lopes y a su popa rompía unbajo. Pero Lopes comprendió que se exponía a dar en la costa y contra toda razón de marinería adoptó la desesperada resolución de hacerse a la vela rumbo al oeste, pero al advertir que no podía doblar o rebasar los bajos situados a popa del galeón S. Vicente, viró al este con la intención de ir a varar en una playa, sin escollos, que divisaban al N E ¼ E. Pero al ejecutar la maniobra (lo que permite afirmar que viraron por avante) advirtieron que tal vez podían doblar la punta innominada, que ahora se encontraba al lessueste (ESE). del barco, intento que tuvo éxito a pesar de haberse roto en dos el palo trinquete al largar el velacho.

Por la tarde fondeaba en la bahía de Maldonado al norte de la isla Gorriti.

La reconstrucción del derrotero muestra que al empezar a soplar el pampero la punta Negra se hallaba al E ¼ SE del barco. Durante la noche las naos garraron cerca de tres leguas y al amanecer la nao Nossa Senhora das Candeas estaba una legua de tierra, desde donde vieron al galeón S. Vicente que se encontraba entre la costa y el bajo Solís, que rompía a su popa. Es sabido que entre el bajo Solís y la costa hay paso franco y limpio con 5 a 6 mts. de agua como lo señala el Manual de Lobo y Riudavets (p. 90) y lo confirma la carta Nº 10 del Servicio Hidrográfico de la Marina uruguaya. El bajo que la nao de Pero Lopes no pudo doblar al navegar al oeste era, pues, el de Solís; la playa donde pensó ir a varar era la que hoy se llama de Buena Vista y la punta que al virar les quedaba al ESE era la punta Negra. No estamos, pues, conformes con el Comandante Castro de que la nao Nossa Senhora das Candeas fondeó en el seno que forma la punta Negra con Imán. Desde ese punto es imposible la conjunción de los datos suministrados por el Diario.

En cambio, estamos de acuerdo con el Comandante Castro en lo referente al lugar donde naufragó la nao capitana (poucas milhas ao leste do río dos begoais). Si se tiene en cuenta que, según el Diario, desde la nao Nossa Senhora das Candeas veían al galeón San Vicente (situado, según dijimos, entre el bajo de Solís y la costa) y que desde la cofa de este galeón divisaban a la nao capitana, sin mástiles, tan cerca de tierra que no alcanzaban a distinguir si estaba en seco o anclada, hay que concluir que la nao capitana fué a zozobrar en la playa de arena del actual balneario Buena Vista, dos leguas al este del arroyo Solís Grande, según dice el mismo Diario. Los náufragos establecieron su campamento a orillas del Solís Grande tal vez porque allí disponían de agua potable y leña en abundancia. Al Solís Grande le denominaron río dos Begoais o de los Beguaes, denominación que figura en la carta de Gaspar Viegas (1534). Varnhagen interpretó el nombre de Beguaes como el nombre de una tribu india. Groussac reprodujo sin comentarios el parecer de Varnhagen, que es la explicación más aceptable.

Eugenio de Castro insume varias páginas en probar que la nao capitana no pudo naufragar en el arroyo del Chuy como desacertadamente sostuvo Varnhagen. Aunque el autor del yerro sea digno de estima por otros conceptos, no merece la pena detenerse a analizar una hipótesis que revela carencia de espíritu crítico. Aunque desoyéramos la sabia recomendación de Groussac de que "hay que distinguir cuidadosamente entre el nombre del paraje y su situación geográfica" y admitiéramos, contra toda razón, que el cabo de Santa María de Pero Lopes coincidía con el que hoy lleva el mismo nombre, nunca podríamos ubicar el "río dos Begoais" en el arroyo del Chuy pues éste último se halla al este delos cabos de Santa María antiguo y actual en tanto que, según el Diario, el río se encontraba al oeste del cabo de Santa María.

(13) El texto dice nordeste cuarta al este. Se trata de un lapsus calami del autor o copista que el simple sentido común salva, aun cuando haya sido pasado por alto por cuantos se han ocupado del Diario. Aun admitiendo que la punta innominada no fuera la punta Negra, no existe ninguna punta al oeste del Punta

del Este, en que se pueda poner rumbo al nordeste cuarta al este, sin ir irremediablemente a dar en la costa.

(14) La "isla del Cabo" alude a la isla de Gorriti, por hallarse junto al cabo de Santa María, "el cabo", por antonomasia para los navegantes del río de la Plata.

(15) Recuérdese que se trata de la carabela Santa María do Cabo.

(16) La nao francesa era Nossa Senhora das Candeas y las jangadas o balsas estaban formadas por trozos de la nave, desmantelada por el temporal, según induce a pensar el empleo de la voz naáutica **cuartel**.

(17) El desembarco se efectuó, según anota acertadamente Eugenio de Castro, en la playa de la bahía de Maldonado.

(18) Las señales con humo o ahumadas constituían el medio diurno de comunicación más empleado entonces; eran de uso normal entre los indios de América y muy empleados por los propios descubridores, como lo prueba el siguiente pasaje que corresponde a la declaración prestada por Juan de Junco, tripulante de la expedición de Caboto al río de la Plata, referente a la búsqueda de dos bergantines de la armada en las proximidades del cabo Santa María, o sea, en los mismos parajes a que se refiere este trozo del Diario: "pasaron a la vista de donde estaba el dicho Montoya con la dicha gente que era el cabo de Santa María, obra de una legua de donde ellos estaban, y la gente questaba con Montoya les hizo humos en tierra para que les acogiese" (José T. Medina, El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España, Santiago de Chile, 1908, tomo 2º, p. 151).

Pero Lopes no es el primero de los viajeros que habla de que los humos ocultaban el sol.

(19) Este bergantín, encontrado en la playa procedía, indudablemente, de la expedición de Caboto; Eugenio de Castro piensa que era uno de los bergantines de Montoya (I, 268). Recuérdese que el contador Antonio de Montoya fue enviado por Caboto con dos bergantines desde el río San Salvador para hacer carnaje de lobos marinos en la isla de Lobos. Hostilizado por los indios Caboto decidió emprender el regreso a España sin esperar la llegada de Montoya; al verse éste abandonado se dirigió hacia el cabo de Santa María y habiendo encontrado en sus proximidades la nao Trinidad, dejada como inservible por Caboto, la hizo reparar y en ella regresó a España con sus compañeros de odisea (Medina, ***El veneciano Sebastián Caboto,*** *t. I, pp. 210 y sig.*). El bergantín encontrado era verosimilmente uno de los de Montoya. El nombre de la madera de que estaba hecho y su buen estado de conservación después de un abandono de más de año y medio demuestran que fue de los construídos en el río de la Plata con madera americana, posiblemente cedro colorado (**cedrela fissiles** o **brasiliensis**) en guaraní igaib o igarib (árbol de la canoa) denominado así por ser la madera preferida por esos indios canoeros para construir sus embarcaciones.

(20) Hemos traducido "hûa hora de sol" por "una hora antes de ponerse el sol" que es la interpretación que corresponde dar a las palabras de Pero Lopes y no como entiende Eugenio de Castro: "la una de la tarde" (uma hora da tarde tomo 1º, pág. 269, nota al pie de página).

Respalda nuestra interpretación la anotación del 25 de noviembre de 1531:

Parti bem tarde — duas horas de sol — con tençam de andar a noite toda" (partí bien tarde; teníamos dos horas de sol, con intención de andar toda la noche). Si Pero Lopes hubiera partido a las dos de la tarde las palabras "bien tarde" serían inadecuadas. Por lo demás, la cuestión queda zanjada por el mismo Pero Lopes que cuando quiere referirse a las dos de la tarde dice textualmente: dos horas después de mediodía (véase anotación del miércoles 18 de diciembre de 1531).

(21) El registro de los vientos y rumbos de navegación suministrados por Pero Lopes dista mucho de ser completo, no obstante constituír su Diario el documento más abundante de la primera mitad del siglo XVI en datos meteoro-lóógicos del Plata. He aquí la prueba de lo afirmado: Si intentamos reproducir el derrotero de la carabela Santa María do Cabo en los días 5 y 6 de noviembre de 1531 nos veríamos en serio compromiso. Después de llegar la carabela al lugar donde estaba varada la nave capitana, se levantó fuerte viento sudeste. Pero Lopes temiendo que la sudestada lo arrojase sobre la costa se hizo a la vela dirigiéndose al sursudoeste, o sea, con el viento a seis cuartas sobre la amura de babor; el sol se había puesto cuando fueron a dar sobre un banco donde estuvieron a punto de naufragar. Eugenio de Castro sostiene (vol. I, p. 270 y mapa Nº 7 del vol. II) que se trata del Banco Inglés, en virtud de que el rumbo precitado debió llevar la nao a ese peligroso sitio. Se trata de un error del distinguido comentarista originado por la interpretación equivocada que dió a la hora en que fondeó Pero Lopes. Si se tiene encuenta que llegó a donde estaba la capitana cuando faltaba una hora para ponerse el sol y que dió en el banco cuando el sol se había puesto, es decir, una hora más tarde no es posible que haya podido cubrir en ese lapso de tiempo la distancia que hay desde el arroyo Solís Grande hasta el Banco Inglés pues ello significa recorrer en una hora 33 millas, ciñendo el viento. Como un barco de aquella época lo más que podía correr en una hora eran cuatro leguas, o sea, 16 millas (ya hemos dicho que la legua tenía 4 millas, cosa que ignora en sus cálculos Eugenio de Castro) resulta absolutamente imposible que llegaran al Banco Inglés. El banco donde estuvo a punto de perderse debió ser el bajo de Solís, pues a pesar del rumbo que puso, el viento y la corriente le hicieron derivar hasta él. Pero Lopes siguió navegando hasta la media noche pero como no menciona ni rumbos ni distancias la reconstrucción de su derrota es totalmente hipotética. Al día siguiente el viento había virado al sudoeste. Pero Lopes anota que puso proa al ESE y por la tarde llegó frente a la nao capitana. Es evidente que navegando solamente al ESE no habría podido llegar al sitio que se proponía. Por consiguiente, el Diario es incompleto en este punto.

(22) Eugenio de Castro identifica erróneamente la isla situada a 4 leguas al oeste de donde varó la capitana con la isla de Flores (nota Nº 94 del vol. I), si bien vacila en los comentarios y se pregunta: "¿Sería la isla la actual isla de Flores dado lo mal calculado de la distancia?" (vol. I, p. 275).

La estima de las distancias, en Pero Lopes, acusa constantes discrepancias pero nunca es disparatada. Por consiguiente, aun admitiendo a su favor, en este caso, que hubiese apreciado la distancia con el máximo valor de la legua, jamás podría exceder de 25 kms., en tanto que la distancia real desde el arroyo Solís Grande hasta la isla de Flores es de unos 50 kms. No puede, pues, tratarse de

la isla de Flores. A nuestro parecer, la profesión ha contribuído a confundir otra vez a Eugenio de Castro. En efecto, el marino no puede prescindir del pesado lastre de sus conocimientos profesionales al interpretar asuntos náuticos. Ahora bien, las navegaciones del siglo XVI exigen ser analizadas con criterio quinientista.

Un marino de hoy, al hablarse de una isla al oeste del arroyo Solís Grande entiende que no puede tratarse más que de la isla de Flores, pero el tripulante de una nave quinientista, comparable por su tonelaje a un moderno yacht o a un barco de cabotaje, el islote Las Toscas (usamos la denominación de la carta uruguaya Nº 10; Eugenio de Castro la llama Piedras de Afilar) era una isla —aunque pequeña— y constituía un fondeadero muy aceptable, según parecer —no nuestro— sino del propio Pero Lopes, al referirse en forma indubitable al islote en sus anotaciones del día 23 de noviembre de 1531.

(23) El río de Santa María es evidentemente el río de la Plata. Según Fray Bartolomé de las Casas "no sé por qué ocasión, el cual nombró el dicho Juan de Solís, el cabo y río de Sancta María" (**Historia de las Indias,** ed. de Agustín Millares Carlo y Lewis Hancke, México, 1951, t. III, p. 105).

Los historiadores, particularmente los locales, en cambio, confían más en el cronista Antonio de Herrera según el cual Solís y sus compañeros "entraron luego en un agua que por ser tan espaciosa y no salada, llamaron Mar Dulce, que oy llaman de la Plata y entonces dixeron de Solís" (**Historia de los hechos de los castellanos,** década II, libro I, cap. VII). Conviene puntualizar que el nombre de Mar Dulce no excluye el de río de Santa María y posiblemente el primero fue simple advocación del segundo, a ejemplo de lo ocurrido con el de las Amazonas que recibió de Vicente Yáñez la denominación de río de Santa María de la Mar Dulce (Colección de documentos de Torres de Mendoza, t. XXX, p. 536). En efecto, a un marino experto como Solís no podía ocurrírsele confundir un río con un Mar, como la inexperiencia náutica de Antonio de Herrera y sus seguidores, más o menos interesados, se ha empeñado en adjudicar al infortunado piloto mayor de España.

(24) Pero Lopes afirma, a seis de noviembre que estaban en pleno verano ("sendo a força do verão"). El Comandante Castro, extrañado ante esta aseveración, comenta: "Nao andavan, assim, pilotos e mestres da armada afonsina bem no conhecimento das "casas do sol" em que o astro-rei entrando dá o outono para a Europa e a primavera para a America do Sul" (comentario al pie de las páginas 275 y 276). En realidad, Pero Lopes no incurrió en ningún dislate pues entonces tanto en Portugal como en España, se daba a la primavera el nombre de verano y a esta estación se le denominaba estío (Cf. Corominas, **Diccionario crítico-etimológico dela lengua castellana,** II, Madrid, 1954, s.v. **estío**).

Para ilustración del lector nos remitimos, sin necesidad de recurrir a los ejemplos de Corominas, al siguiente pasaje de la **Memoria** de Diego García, escrita en la misma época que el Diario de Pero Lopes: "Nos partimos en primero de septiembre del dicho año porque entonces está el sol en la linia a treze de septiembre porque va azer verano en la parte que nos yvamos a descubrir" (edición crítica del P. Guillermo Furlong Cárdiff, S.J., en **Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología,** VII, Montevideo, 1933). Fúrlong explica que antes de la reforma gregoriana el sol se hallaba en la Línea equinoccial a 13 de se-

tiembre, pero omite aclarar por qué entraba el verano en septiembre. Suponemos que el lector se habrá apercibido que no nos mueve ningún espíritu de censura personal sino el fin exclusivo de mostrar que el Diario de Pero Lopes, lejos de ser "un diario deshilvanado e incorrecto ..... [con] observaciones rudimentarias mezcladas de no pocos enredos y fábulas", como sostuvo Groussac (**Anales**, IV, 312), es un documento inestimable y muchas de las faltas y errores que se le atribuyen se deben exclusivamente a sus comentadores.

(25) Aparece, por primera vez, en el Diario la denominación de "río dos Begoais" o de los Beguaes que los expedicionarios aplicaron al curso de agua conocido por arroyo de Solís Grande. Al efectuar la localización del lugar de la costa en que naufragó la nao capitana ya expresamos que Martín Alfonso y los tripulantes de la nao perdida establecieron su campamento a orillas del arroyo Solís Grande.

Pero Lopes afirma que el río de los Beguaes se halla a 11 leguas del cabo Santa María antiguo. El arroyo Solís Grande dista de Punta del Este 27 millas náuticas, o sea, 9 leguas marinas de hoy. Por consiguiente, esta estima de la distancia supone, en este caso, un valor de la legua igual a 0,82 del actual, o sea, 4555 metros.

En cambio, si el cabo de Santa María de Pero Lopes fuese el actual, la distancia real del cabo al Solís Grande ascendería a 69 millas ó 23 leguas marinas de hoy, con lo cual el error de apreciación sería enorme y el valor de la legua resultante, absolutamente desproporcionado con las unidades itinerarias de la época.

(26) Groussac identificó correctamente la isla pequeña de piedra con la isla Rasa o de Piedras de Afilar (hoy islote Las Toscas), localización que aceptó Eugenio de Castro, no sin mencionar que Varnhagen creyó que se trataba de la isla de Lobos "desacierto natural en quien tomaba como referencia el actual cabo de Santa María en vez del antiguo" (vol. I, p. 279).

Se trata de la misma isla que Martín Alfonso señaló como fondeadero de la carabela Santa María do Cabo el día 6 de noviembre. En aquella ocasión Pero Lopes la situó a cuatro leguas al oeste del sitio en que había naufragado la capitana; ahora la coloca a dos leguas al oeste del río dos Begoais (Solís Grande) lo que demuestra que el lugar en que se perdió la nao de Martín Alfonso estaba dos leguas al este del Solís Grande.

El islote Las Toscas dista casi 9 millas náuticas de la boca del Solís Grande, o sea, unas tres leguas marinas de hoy.

(27) Se trata de la isla de Flores; en esta identificación coinciden Varnhagen, Groussac y Eugenio de Castro. La distancia de tres leguas que, según Pero Lopes, dista de tierra es correcta, pues la punta NE de la isla dista 9 millas (3 leguas de hoy) de Punta Gorda (Lobo y Riudavets, ob. cit., 92).

(28) El monte de San Pedro es el Cerro (Montevideo), al que Magallanes denominó, en enero de 1520, Monte Vidi según consigna Francisco Albo en el Diario de la expedición.

Para Groussac el hecho demuestra que Pero Lopes ignoraba profundamente el bautismo del Cerro por Magallanes (**Anales**, IV, 314). Se trata de una afirmación enteramente desprovista de fundamento. De aceptarse la interpretación

de Groussac habría que admitir que Pero Lopes ignoraba no sólo los topónimos del Plata impuestos por Magallanes sino también los de Solís y Caboto. Pero la presencia de expedicionarios de Caboto en la armada de los hermanos Sousa no permite aceptar la hipótesis de un absoluto desconocimiento de lo actuado por las armadas españolas en el río. Lo más verosímil es que Pero Lopes, con la imposición sistemática de nuevas denominaciones a todos los lugares del río, tratara de que los antiguos nombres cayeran en el olvido para reforzar los derechos de Portugal a la posesión del río.

(29) La dormida, como en lenguaje náutico se denominaba al pernoctar en un lugar, debió efectuarse en la ensenada o puerto natural de Montevideo; el otro puerto, situado al oeste del Cerro, era la cala al este de Punta Yeguas; obsérvese que, en opinión de Pero Lopes, esos dos puertos no servían más que para navíos pequeños.

Los breves límites de una nota, aunque a menudo rebasados por nosotros, no nos permiten entrar a exponer detalladamente las características de un buen puerto natural en el siglo XVI; pero basta leer los relatos de viaje de los descubridores para saber que la primera condición de un buen puerto era la profundidad y que ésta no debía ser inferior a tres brazas (5 mts.) pues en caso de tocar fondo los buques se abrían; ahora bien, la profundidad de la ensenada de Montevideo, hasta el siglo XIX, se hallaba comprendida entre los 13 y 17 pies (m. 3,6 y m. 4,7) circunstancia que sólo lo hacía apropiado para navíos de menos de cien toneladas. Debido a la insuficiencia de su profundidad ni Magallanes, ni Caboto consideraron como puerto a la ensenada de Montevideo.

Hernandarias en 1607 pondera las excelencias del puerto de Monte vidio pero se refiere a la desembocadura del río Santa Lucía; el historiador Ruy Díaz de Guzmán (1608) es el primero en llamarle "puerto muy acomodado" (**La Argentina**, Buenos Aires, 1945, cap. III, p. 33).

El gobernador portugués Naper de Lencastre en 1691 hizo su elogio en los términos siguientes: "cinco leguas más adelante se encuentra el [rio] de Montevideo [es el actual arroyo Pantanoso] cerca del monte del mismo nombre, con una ensenada e isla en la desembocadura capaz de dar entrada a los mayores navíos y abrigada contra todos los vientos" (Azarola, **La epopeya de Manuel Lobo**, p. 204).

No obstante las opiniones transcritas sólo en el siglo XVIII el puerto de Montevideo empieza a ser francamente elogiado al reconocerse que la lama suelta de su fondo no dañaba a los buques fondeados en él aunque tocasen fondo.

El vecino de Buenos Aires D. José García Inclán elevó en 1720 un Memorial proponiendo la fundación de una ciudad en la ensenada de Montevideo y expresa en él: "El Gefe de Esquadra Don Bartholomé de Vrdinso estubo con la nao de Vuestra Magestad nombrado El león franco un año, poco más o menos en dicho puerto de Montevideo en la entrada de dicha enzenada y en la Bajamar tocaba en la lama suelta sin que sintiese molestia alguna. Será dicho puerto muy buena escala y refugio para si V. Magestad fuere servido embiar algún Navío al Mar del Sur" (*Daniel García Acevedo*, **Documentos para la historia de Montevideo**, en **Revista Histórica**, Tomo V, Nº 13, p. 119).

El gran navegante Bougainville anota en el relato de su viaje que "el fon-

deadero de Montevideo es seguro aunque se sufran algunas veces pamperos. Hay poco fondo en toda la bahía; se fondea con tres, cuatro o cinco brazas de agua en un fango muy blando, donde los mayores navíos mercantes encallan sin sufrir ninguna avería, pero los barcos finos se arquean fácilmente y sufren" (**Viaje alrededor del Mundo,** Madrid, ed. Calpe, 1921, t. I, p. 53).

Pasando a otro punto debemos reconocer que Pero Lopes está en lo cierto al calificar de sucia la costa comprendida entre isla de Flores y Montevideo, pues para una embarcación que baraja la costa contiene los siguientes peligros: la punta Gorda, que avanza hacia el río media milla y está rodeada de piedras, la isleta de la Luz, el bajo del Buceo, el banco de las Carretas o las Pipas, las piedras del Buen Viaje y la punta Brava o de Carretas.

Señala acertadamente Eugenio de Castro que el bergantín de Pero Lopes recorrió en 12 horas una distancia de unas 50 millas, en navegación costera, lo que da un promedio horario de 4 millas.

Según el mismo comentarista la navegación fue a vela y a remo; no estamos conformes en este punto pues aunque el bergantín era embarcación mixta, Lopes no olvida nunca mencionar las oportunidades en que, por falta de viento, debieron valerse de los remos, lo que no ocurrió en esta singladura. Por último, el diarista omitió consignar si la carabela Santa María do Cabo continuaba fondeada junto al islote Las Toscas.

(30) Para Eugenio de Castro se hallaba Pero Lopes a la altura de la punta Yeguas o Espinillo.

Efectivamente, sólo desde una de las caletas situadas entre las puntas Yeguas y Espinillo se ve el Cerro de Montevideo en el rumbo E ¼ SE. Pero el Diario no se refiere a una de esas insignificantes caletas sino a una gran entrante de la costa en cuyo seno se hallaron engolfados los expedicionarios. Ahora bien, la única gran entrante de la costa, una vez rebasado el Cerro de Montevideo al navegar al oeste, es la desembocadura del río Santa Lucía. Por tanto es forzoso admitir que era en esta ensenada donde se encontraba el bergantín de Pero Lopes. Pero como desde la boca del Santa Lucía el Cerro yace al S E ¼ E hay que reconocer que el rumbo E ¼ S E del texto está equivocado.

(31) La falsa identificación, tratada en la nota anterior, condujo inevitablemente a Eugenio de Castro a localizar también erróneamente en la punta del Espinillo, la "ponta desta enseada da banda d'aloeste" de que habla el Diario. Cierto es que la punta del Espinillo lanza una restinga hacia el oeste, de media milla de extensión, en cuyo extremo se sondan m. 3.3 (Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 107) pero el diarista no se refiere a la dirección de la restinga sino a la situación de la punta con respecto a la ensenada.

Me temo que, ante esta afirmación rotunda, alguien ("celui qui ne comprend pas", como en los buenos tiempos en que Rubén Darío ideó el mote, sigue, no sólo en América sino en todas partes, derramando, desde las alturas en que se halla encaramado, la baba de su estulticia) argumente que bastan conocimientos elementales de geografía para saber que la boca del río Snta Lucía tiene un límite sur (punta del Espinillo) y un límite norte (punta del Tigre) y que, por tanto, es impropio hablar de su límite este u oeste. En vez de esperar que el tiempo cree el personaje, prefiero salir al encuentro de mi, hasta ahora, imagi-

nario contradictor y destruir sus falsas objecciones, replicándole que la expresión "punta de la banda oeste de la ensenada" es típica del siglo en que fue escrita y correcta en la época. En efecto, si actualmente para distinguir una orilla de la otra de un río hablamos de orilla izquierda o derecha (según que caigan a mano izquierda o derecha de un observador que colocado en el eje de la vaguada mira hacia donde corren las aguas), esta convención no regía en el siglo XVI (ni en el XVIII) y para referirse a uno y otro lado de un río se recurría al rumbo o dirección que le correspondía en la rosa náutica, hablándose de banda norte, sur, este u oeste, según confirman los siguientes ejemplos:

"estando arrimados a una varranca de la vanda del este [del río Paraguay]" (relación de la jornada al Norte en 1542; Lafuente Machain, **El gobernador Domingo Martínez de Irala,** Buenos Aires, 1939, p. 399).

"preguntado sy los dichos ayguas estan a orillas del rrio y a que vanda, dixo que a la vanda de la mano yzquierda, ques la del hueste del río Paraguay" (Lafuente Machain, ob. cit., p. 403).

"otras generaciones de la vanda de mano yzquierda ques donde se pone el sol" (Lafuente Machain, loc. cit., 403). En estos dos últimos ejemplos se ve que la mano izquierda es precisamente la que llamamos orilla derecha en la actualidad.

"Cuando aconteció este lance trágico en la banda oriental del río Paraguay estábamos nosotros en las embarcaciones en la costa occidental" (Breve noticia del viaje que hizo el P. José Quiroga por el río Paraguay con la partida que fue a poner el marco en la boca del río Jaurú, en **Colección de documentos para la historia de España,** t. CIV, Madrid, 1892, p. 421).

Lo dicho permite reconocer que "la punta de la banda oeste de la ensenada que lanza una restinga que penetra una legua en el mar" es la punta Tigre y el banco Santa Lucía cuyo veril meridional se halla a 5 millas de la costa, distancia que se ajusta más a la legua de Pero Lopes que la media milla de la restinga de la punta del Espinillo.

El Diario señala que allí comienza a hallarse agua dulce en el estuario del Plata, pues al este del Santa Lucía las aguas dulces y las saladas se hallan mezcladas. Este límite figuró en casi todas las cartas geográficas y náuticas de Portugal del siglo XVI, posteriores a la expedición de Martín Alfonso; la primera que lo registra es la carta de Gaspar Viegas (1534); y la leyenda "aqui começa a agoa doce" fue reproducida sin variación durante un siglo.

(32) Asombra tan exacta interpretación de un fenómeno meteorológico, que revela condiciones de observación nada comunes.

(33) Eugenio de Castro (vol. I, nota 103) duda si el grande y hermoso río a que se refiere el diarista es el Pavón o el Pereira; no se trata ni de uno ni de otro pues ambos desembocan francamente en el río de la Plata mientras que el de Pero Lopes desaparecía antes de llegar al estuario. Esta circunstancia nos permite identificarlo con el arroyo San Gregorio que, según las cartas españolas antiguas y el **Manual de Navegación** de Lobo y Riudavets, desembocaba en una laguna.

Es evidente que la costa barrancosa del actual departamento de San José

frustró los deseos de los expedicionarios de desembarcar y les obligó a seguir adelante, pese a las señales de inminente tempestad; a la altura del arroyo San Gregorio la costa es un arenal, según acredita el Diario, y esto les permitió tomar tierra. El mismo Eugenio de Castro se inclina, en los comentarios (vol. I, pág. 285) a admitir que se trata del arroyo San Gregorio, teniendo en cuenta la distancia recorrida. En efecto, desde el puerto de Montevideo hasta la altura del arroyo San Gregorio hay unas 41 millas a lo largo de la costa, singladura un poco menor que la cumplida el día anterior, por efecto de las condiciones meteorológicas adversas.

(34) El temporal soportado por Pero Lopes y sus compañeros está magníficamente descripto. Sólo quien no haya presenciado una tormenta en las costas de nuestro país podrá negarle verosimilitud. A partir de la turbonada del Sur el viento roló al sudeste, luego al nordeste, más tarde sobrevino una turbonada del noroeste y, por fin, saltó al sudoeste convirtiéndose en temporal deshecho. Cuando se escriba la historia de la meteorología en el Uruguay, el Diario de Pero Lopes adquirirá relieve insospechado.

(35) También los expedicionarios de Caboto que quedaron en San Lázaro cuando el piloto mayor fue a explorar el Paraná, aplacaron el hambre con cardos del campo, según refiere Luis Ramírez (véase Madero, **Historia del puerto de Buenos Aires**, Buenos Aires, 1939, p. 382). Se ha discutido mucho acerca de qué planta pueda tratarse.

De lo escrito por Groussac y Gandía sobre el punto deduzco que en el Río de la Plata se ignora totalmente el significado culinario de **cardo** en España. Robustece mi opinión la obra del profesor A. Valeta, **Cocina con plantas silvestres** (Montevideo, 1939) en la que se recomiendan varios platos confeccionados con cardos silvestres (de acuerdo a la lámina de la cubierta se trata de la especie cynara cardúnculus, es decir, la misma que se come en España), pero el Sr. Valeta emplea para sus preparaciones los tallos tiernos y cocidos del vegetal en tanto que los españoles daban y dan el nombre de cardos a las pencas aporcadas de la planta, o sea, a las hojas más bajas que después de enterradas se vuelven carnosas y de color blanco y constituye un plato bastante apreciado. Se ha dicho y repetido que el cardo es planta importada en América pero conviene advertir que su presencia en el Río de la Plata en **1528** y en el mercado indígena de la ciudad de Méjico al entrar los españoles en esta ciudad en 1520, según refiere Hernán Cortés en su **segunda carta de relación** ("hay todas las maneras de verduras que se fallan especialmente cebollas, puerros, ajos, mastuerzos, berros, borrajas, acederas y cardos y tagarninas"; ed. Calpe, Madrid, 1922, t. I. p. 99), obliga a pensar que la planta se encontraba esparcida por todo el continente americano a la llegada de los españoles. Por otra parte, en caso de que el cardo hallado por los descubridores no fuese la cynara carduncuIus, debía tratarse de alguna especie de hojas gruesas o pencas, ya que era a éstas que los españoles denominaban cardos. Hay constancia de que tanto a los cactos como al caraguatá les daban los españoles el nombre de **cardos** y a los cactos gigantes o de candelabro, el de **cardones**. Estamos, pues, muy lejos de las especies con las cuales se pretende identificar el cardo de los descubridores.

(36) La descripción de esta tribu indígena, que habitaba a dos leguas al oeste del arroyo de San Gregorio, tiene alto valor histórico y etnológico.

A juzgar por su idioma "de papo" o gutural, distinto del tupí-guaraní del Brasil (hablado a lo largo de toda la costa atlántica y, a causa de ello, denominado por los portugueses "lingoa geral"), podría tratarse de una tribu charrúa, aunque el resto de sus caracteres (dimensiones de las canoas, manera de remar, pintura del rostro y uso de penachos) denota influencia guaraní. Al regreso de su exploración (día 21 de diciembre de 1531) Pero Lopes volvió a establecer contacto con esta tribu india y menciona otros caracteres que los relacionan con los bequaes del arroyo Solís Grande: la costumbre de cortarse las falanges de los dedos al morir un pariente, el uso a modo de habitación de esteras en cuadro para protegerse del viento pero sin techo, el empleo de redes para pescar y cazar. Si se tiene en cuenta que Diego García menciona en su Memoria que la primer generación que se encontraba al entrar en el Río de la Plata era la de los charrúas, no hay duda de que las tribus del arroyo Solís Grande y del arroyo que, a su tiempo, identificaremos con el Pereira constituían dos parcialidades de la familia charrúa.

La palabra con que Pero Lopes designa las embarcaciones indígenas puede originar dudas, pues actualmente, la voz **almadía** significa, en la mayor parte de los casos, **balsa.** Pero lo que nos interesa es determinar el significado con que *la empleaba Pero Lopes. Desde luego hay que excluir el de* **balsa** *pues cuando* quiere hablar de una de éstas, emplea la palabra de origen malayo, jangada.

La palabra **almadía,** procedente del árabe, significaba, en el siglo XVI, exclusivamente, barca de paso y tanto los españoles como los portugueses no tomaron el vocablo del árabe, en Africa o en la India, sino del árabe de España, según aclara Corominas (**Diccionario Crítico-Etimológico dela Lengua Castellana,** I, Madrid, 1954, s. v. **almadía**). Los descubridores aplicaron el nombre de almadía a las embarcaciones indígenas monoxilas.

En su Diario de viaje, el 12 de octubre de 1492, Colón describe así las embarcaciones de los indígenas de la isla de Guanahaní que acababa de descubrir: "Ellos vinieron a la nao con **almadías,** que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo, y todo de un pedazo y labrado muy a maravilla, y grandes en que en algunas venían 40 ó 45 hombres y otras más pequeñas fasta haber dellas en que venía un solo hombre". El pasaje demuestra que Colón emplea la voz **almadía** por no conocer aún la palabra taína **canoa** con que los indígenas antillanos denominaban sus embarcaciones.

Pero a medida que se avanza en la lectura del Diario de Colón, a pesar de las modificaciones que debió introducir en él fray Bartolomé de las Casas, encontramos que el descubridor, después de emplear simultáneamente almadía y canoa (28 de octubre, 1, 3, 27 y 30 de noviembre y 3 de diciembre de 1492), termina por usar exclusivamente la palabra canoa.

En cambio, en la lengua portuguesa la palabra canoa fue de introducción tardía, debido a que los lusitanos no tuvieron contacto con los indígenas de lengua taína y siguieron usando almadía, como puede comprobarse en los siguientes documentos: carta de Pero Vaz de Caminha al rey D. Manuel escrita el 1º de mayo de 1500 para comunicarle el descubrimiento del Brasil ("e algunas dêles

se metiam em almadias — duas ou tres que lá tinham" (**Historia da Colonização portuguesa do Brasil,** dirigida por C. Malheiro Dias, tomo 2º, p. 92; Carolina Michaelis de Vasconcelos, a pesar de su erudición filológica no se percató del sentido de almadía y escribió en nota: "Jangadas, podia tê- las visto em Portugal ¿Almadias de Indios, onde?").

—Carta del bachiller Maestre Juan a D. Manuel, del 1º de mayo de 1500, en que le comunica el descubrimiento del Brasil ("ayer casy entendimos por aseños que esta era ysla e que eran quatro e que de otra ysla vyenen aqui almadías a pelear con ellos e los lleuan catiuos"; T. Marcondes de Souza, **O descobrimento do Brasil,** São Paulo, 1956, p. 287).

—Relato de los viajes que el veneciano Alvise da Ca'da Mosto hizo al servicio del infante D. Enrique de Portugal a mediados del siglo XV ("Coloro che abitano sopra questo fiume [Senega] e alcuni di quelli che stanno alle marine hanno alcuni zopoli, cioé **almadie** tutti d'un legno, che portano da tre in quatro uomini al piú nelle maggiori"; Rinaldo Caddeo, Le Navigazioni Atlantiche di Alvise da Ca' da Mosto, edic. Alpes, Milán, 1928, p. 216).

—Manuscrito de Valentín Fernandes, en la descripción del país entre Cabo Verde y río Gambia ("todas estas terras tem naujos pera passar ryos a que chaman **almadias.** E som todos de hum pao, delles grandes e deles pequenas.s. de 3 e de 6 e de 12 homes" (**O Manuscrito de Valentim Fernandes,** Lisboa, 1940, p. 73).

Con la palabra almadía, Pero Lopes designa, pues, la canoa indígena; éstas podían parangonarse, por sus dimensiones, con las de los tupí brasileños que, según Juan de Léry, llevaba cada una de cuarenta a cincuenta personas y los remeros permanecían de pie (**Viagem á terra do Brasil,** Sao Paulo, 1951, p. 172). Las canoas de los timbúes, según Schmidl tenían 30 pies de largo (m. 8,40) y llevaban 10 hombres (**Derrotero y viaje a España y las Indias,** Santa Fe, 1938, p. 57) y las de estos indios uruguayos medían, según el Diario, 10 a 12 brazas de largo (m. 16,70 á 20) por lo cual su capacidad —40 remeros— concuerda con las de los timbúes y acredita la exactitud de las observaciones de Pero Lopes.

Otros datos demuestran la veracidad de la existencia de una tribu india en dicho paraje: en el mapa del P. Luis Feuillée (1708) figuran, entre los ríos Santa Lucía y Rosario, los ríos de las Tiendas y en el mapa de Domingo Petrarca (1719) aparece la leyenda **Las tiendas.** Ahora bien, el topónimo Las Tiendas alude evidentemente a las tiendas (o carpas) de los indios encontrados por Pero Lopes en 1531.

(37) Esta punta recibió en el viaje de regreso (día 19 de diciembre de 1531) el nombre de cabo San Martinho o San Martín; se trata de la punta de la Colonia, según muestra la dirección de la costa a partir de ella, dada por el Diario. Pero Lopes recorrió, pues, 50 millas en esta etapa nocturna.

Eugenio de Castro observa que el bergantín encontró siempre, hasta llegar a la Colonia, profundidades de cinco a seis brazas que hoy no acusa la sonda.

(38) Las muchas islas vistas desde la punta de la Colonia son la isla de San Gabriel, las dos López, el Farallón y las tres de Hornos que forman las llamadas por Magallanes y luego por Pero Lopes, Siete Islas. Solís las bautizó con el nombre de islas de las Piedras que subsistió largo tiempo, conservado y

difundido por la Memoria de Diego García, maestre de una de las carabelas de Solis.

(39) La más pequeña de las Siete Islas es la central de las tres de Hornos, que se hallan tendidas de este a oeste. Según puede leerse en el Manual de Lobo y Riudavets (p. 119) al N ¼ N E de la isla del centro se halla un buen fondeadero para buques de poco calado (como lo era el bergantín de Pero Lopes) pues ofrece excelente abrigo contra los pamperos.

(40) El río situado a dos leguas de las Siete Islas, caudaloso y con bajos en la boca no puede ser otro que el actual río San Juan. No hay que confundir —como previene acertadamente Eugenio de Castro— este río (que Pero Lopes dejó innominado) con el que llamó San Juan y que corresponde, según veremos, al actual arroyo Cufré.

La boca del río San Juan actual dista de las islas de Hornos 10 millas, de modo que, según la estima del Diario (2 leguas), a cada legua correspondería 5 millas náuticas de hoy.

(41) Actualmente no se registra este braceaje que supone profundidades de mts. 11,5 á 13. El **Derrotero Argentino del Río de la Plata** (Buenos Aires, 2ª ed., 1930, p. 159) expresa que el dragado del canal entre los Kms. 48 (Barra del Farallón) y 93 (Canal Nuevo) es mantenido a 21 pies (m. 6,4). La misma batimetría acusa la carta uruguaya Nº 22 (Ríos de la Plata y Uruguay desde Puerto de Colonia hasta Puerto de Nueva Palmira).

(42) Según puede observarse, Pero Lopes no aplicó a la isla el nombre del Santo o Santa del día, circunstancia que debe hacer meditar a los que todavía se empeñan, con carácter sistemático, en fijar las fechas de los descubrimientos partiendo de los hagiotopónimos.

La identificación de esta isla —redonda, grande— no ofrece dificultades.

Hasta el mismo Varnhagen, tan propenso a errar en las localizaciones, reconoció que se trataba de la isla de Martín García, nombrada así por Solís en memoria del despensero que en ella quedó enterrado.

Cabe, sin embargo, observar que la isla no se encuentra situada este-oeste con las Siete Islas como anota Pero Lopes el día 30 de noviembre.

Eugenio de Castro dice que de las Siete Islas a Martín García hay 26 millas o cerca de 7 leguas y no 4 leguas o cerca de 14 millas como afirma Pero Lopes (vol. I, 296).

Las equivalencias de leguas a millas están erradas y la distancia de las Islas de Hornos a Martín García es de 21 millas (Véase Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 123). Si se admite la misma equivalencia de la nota 40 el nauta lusitano estimó la distancia con un error, en menos, de sólo una milla.

(43) Resultan difíciles de identificar las especies pescadas al sur de Martín García. Eugenio de Castro para obviar dificultades remite al lector a la obra del Dr. Garibaldi J. Devicenzi, **Peces del Uruguay** (Montevideo, 1924-1933) y se abstiene de dar su opinión.

La especie del tamaño de un hombre y carne amarilla podría ser el surubí (Pseudoplatysma coruscans Ag.) pero el negruzco con pintas bermejas no sabemos a qué pez de agua dulce corresponde.

(44) Se trata del halcón peregrino (Falco peregrinus anatum, Bonaparte) des-

cripto por el Sr. D. Horacio Arredondo en su hermoso libro **Ornitología del Uruguay** (Montevideo, 1953, p. 246).

(45) Las tierras bajas y arboladas que divisaron al WS W, desde los grandes árboles de Martín García, de los que hoy no queda ni rastro, eran las islas del delta del Paraná, situadas a unas ocho millas.

(46) Ya hemos dicho que la distancia de Martín García a las Siete Islas, de acuerdo al valor que Pero Lopes asigna ciertas veces a la legua, no está tan mal calculada como opina Eugenio de Castro, pero, en cambio, es errónea la orientación, así como la distancia a que se encuentra de tierra firme: unas dos millas de la costa uruguaya.

Es posible que Pero Lopes haya considerado la distancia con respecto a la costa argentina: unas seis millas, o sea, 2 leguas marinas de hoy; en este caso es evidente que justipreció la legua en forma distinta a los casos anteriores y le dió un valor igual al actual. Estas anomalías son frecuentes en el Diario y revelan la imperfecta apreciación de las distancias en aquella época.

(47) Esta vez, Pero Lopes bautizó a las islas con arreglo al santo del día; se trata de las islas Dos Hermanas.

Según el Diario, las islas de San Andrés distan de tierra firme media legua y se hallan a dos leguas de la de Santa Ana, distancias que parecen calculadas con arreglo al valor actual de esas unidades, pues hay 6 millas entre Martín García y Dos Hermanas y 1,5 millas desde estas últimas a la costa uruguaya.

(48) El rumbo oessudoeste seguido por el bergantín desde las islas de San Andrés —Dos Hermanas— condujo irremisiblemente a Pero Lopes al delta del Paraná: tal es la costa baja, arbolada, a donde llegó.

Varnhagen, con su irresistible y acostumbrado despiste geográfico, se pronunció por el río Uruguay, sin reparar en rumbos, ni en características de las costas y el escamón Groussac, olvidando su inveterada tendencia crítica, le siguió, esta vez, dócilmente en el garrafal dislate (**Anales de la Biblioteca,** IV, 315).

A Eugenio de Castro, y antes que a él, a Teodoro Sampaio (**Revista do Instituto Histórico e Geográfico de S. Paulo,** vol. 1º, fasc. 2, p. 34) hay que reconocerles el mérito de haber identificado el derrotero de Pero Lopes a partir de las islas Dos Hermanas y haber probado que penetraron en el Paraná.

Aceptamos la conclusión de Castro de que entró por el Paraná Guazú, aunque la navegación en medio de la niebla sea un tanto desconcertante, pero son síntomas inobjetables de la exactitud de la identificación, la dirección este-oeste del brazo en la entrada, la gran profundidad, la alta velocidad de la corriente y, por si fueran pocos estos elementos, la circunstancia confirmativa de que en el viaje de regreso asegura Lopes que salió por la misma boca por donde había entrado y pasó después por las islas de San Andrés, hecho que prueba que aquélla estaba aguas arriba de éstas, característica que sólo es aplicable a la boca del Paraná Guazú.

La anchura de media legua del brazo y la profundidad de 10 á 12 brazas, tan superiores a las actuales y, posiblemente, a las normales de hace 400 años desmuestran que el río estaba crecido, como es habitual que ocurra en los meses de noviembre a marzo (Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 293).

La identificación minuciosa del derrotero por el intrincado delta es labor

que reputamos imposible, dadas las modificaciones que en tan largo lapso puede haber experimentado esa región, sujeta a constantes variaciones. Las localizaciones de Eugenio de Castro son un alarde de virtuosismo estéril; el mismo Castro ha renunciado a identificar brazos de una legua de anchura.

(49) El ancho del estero: seis brazas (10 metros), demuestra que no se trata de una zona pantanosa como alguien podría erróneamente interpretar atendiendo al sentido actual que tiene el vocablo en la Argentina y en el Uruguay (véase nuestra **Historia Semántica de Bañado, Estero y Estuario,** en **Revista Nacional,** Montevideo, 1957, Nº 191).

(50) El único carácter que suministra el Diario de las garzas y avutardas es que abundan; esto nos permite adelantar que las garzas podrían pertenecer a la especie **Casmerodius albus egretta Gm.**, que todavía en ciertas partes del Brasil, se encuentran a millares (Couto de Magalhaes, **Ensaio sobre a fauna brasileira,** Sao Paulo, 1939, p. 77). Arredondo (**Ornitología del Uruguay,** p. 153) señala el carácter sociable de esta especie y cita el caso de una colonia con trescientos a cuatrocientos nidos encontrada por Gibson en un bañado de la Pampa argentina.

La avutarda, nombre de una especie europea de ave zancuda, podría ser la gallineta, aguapé o jacana, de vuelo corto como la avutarda y que acostumbra a reunirse en bandos numerosos según confirma Arredondo (ob. cit., p. 144).

También los expedicionarios de Caboto encontraron en el Paraná una isla "do abia tantas garzas que pudieramos henchir los navios que llevabamos dellas"; no se trata de la misma isla pues la de Pero Lopes se encontraba en el delta y la de Caboto, al norte de Sancti Spiritus (latitud 32º 30').

(51) Según Eugenio de Castro, el brazo que iba al Nordeste es el Paraná Bravo y las dos islas pequeñas, a las que Pero Lopes aplica, más adelante, el nombre de islas de los Cuervos, son las islas Dorado y Doradito. Aunque dichas islas no están en la boca del Paraná Bravo, no discutiremos la identificación que, por las razones expuestas en la nota 48, es un simple caso particular de la falacia de falsa precisión.

(52) No hay duda alguna de que se refiere al **phalacrocorax olivaceus olivaceus** Humboldt, conocido con los nombres vulgares de cormorán, biguá o cuervo marino, según puede verse en Arredondo, ob. cit., p. 208.

(53) Esta crecida, debida a la acción del viento, que Pero Lopes señala se siente hasta unas cuarenta leguas arriba de la boca del Paraná (Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 293). Por estos y otros detalles se comprueba cuan sagaz observador era el nauta portugués.

(54) Según el Comandante Castro descendió por el Paraná Bravo hasta el Paraná Guazú.

(55) Para Eugenio de Castro se trata del canal que separa de la orilla derecha a la isla Botija —boca que iba al oessudoeste— y el brazo del Paraná Guazú —boca que iba al noroeste. La distancia que media entre las islas de *los Cuervos e isla Botija es razón de peso en favor de esta identificación; sin* embargo, no tendremos en cuenta estas localizaciones, por parecernos desprovistas de base firme.

(56) Estos venados de gran talla, cazados en pleno delta, es casi seguro que pertenecían a la especie **blastocerus dichotomus,** conocida vulgarmente por ciervo de los pantanos, ciervo del Delta y en guaraní por guazú pucú; este ciervo, cuya alzada es de m. 1.10, permanece despierto por la noche, que es cuando come, y durante el día lo pasa echado (**Historia Natural Ediar,** por Angel Cabrera y José Yepes, Buenos Aires, 1940, p. 272).

(57) Estas alimañas acuáticas parecidas a zorros, corresponden al carnívoro llamado **lutra paranensis** o **lutra platensis,** especie de mustélido semejante a la nutria europea y conocido vulgarmente por lobito de agua o de río; no debe confundírsele con el roedor **myocastor coipú,** denominado impropiamente nutria en el Plata.

(58) Los "carandins" o carandines de Pero Lopes eran indios que ocupaban la región norte de la actual provincia de Buenos Aires y el sur de la de Santa Fe, a la llegada de los españoles.

Luis Ramírez les da el nombre de quirandíes; Diego García, el de carendíes; Gonzalo Fernándes de Oviedo, el evidentemente corrupto de Guirandos; en las declaraciones de algunos testigos de los pleitos de Sebastián Caboto se les llama canandines; Schmidl les denomina karendis; y actualmente todos convienen en llamarlos querandíes.

Según Antonio Serrano (**Primitivos Habitantes del Territorio Argentino,** Buenos Aires, 1930, p. 130 y sig.) constituían una rama de los indios pampas, extinguida a fines del siglo XVII.

Con arreglo al Diario, reconocieron que estaban en la tierra de los Carandines por informe de los indios; esta afirmación secontradice con lo declarado más adelante de que no pudierón tomar contacto con la gente del país. Quizá el informe fue indirecto y lo proporcionara Enrique Montes, el antiguo náufrago de Solís que estuvo en el Paraná como lengua o intérprete de la expedición de Caboto y que formaba parte de la armada de Martín Alfonso de Sousa, no siendo extraño que fuera en el bergantín de Pero Lopes.

(59) De la distancia de 105 leguas que, según el Diario, había del estero de los Carandines al río de los Beguaes y de los cómputos itinerarios insertos en el mismo documento se desprende que el estero se encontraba a unas 50 leguas de la boca del Paraná.

Por otra parte, según la carta de Luis Ramírez el fuerte de Sancti Spiritus se encontraba a unas 60 leguas de la boca del Paraná. Del fuerte al estero había 10 leguas. A juzgar por las declaraciones de algunos tripulantes de la armada de Caboto, el estero de los Canandines se encontraba a poca distancia del fuerte de Sancti Spiritus; Gregorio Caro, comandante del fuerte, confirma la proximidad pues declaró que después de abandonado el fuerte, a raíz del ataque de los indios, regresó con los sobrevivientes y "fue hasta el estero delos canandines con la varca para ver sy oviera cristianos para los thomar e que no halló más" (Gandia, **El primer clérigo y el primer obispo del Río de la Plata,** Buenos Aires, 1934, p. 87).

Si el estero hubiera distado 10 leguas del fuerte, como se deduce de las estimas de Ramírez y Pero Lopes, la tentativa de Gregorio Caro habría carecido

de fundamento pues era imposible que los fugitivos recorrieran tal distancia en poco tiempo.

Otros detalles corroboran que el estero delos Carandines de Pero Lopes no debía ser el mismo a que se referían los expedicionarios de Caboto pues el fuerte de Sancti Spiritus se encontraba a los 32°30' de latitud Sur y el estero se hallaba, según Pero Lopes, a 33°45', o sea, que en línea recta había de uno a otro 75 millas náuticas de hoy (25 leguas).

De acuerdo a la latitud que suministra, Pero Lopes debió llegar hasta un lugar del Paraná situado entre las ciudades de San Pedro y Baradero y, por tanto, a unas 30 leguas (90 millas) de la desembocadura. Por consiguiente, el informante de Pero Lopes no ubicó bien el estero de los querandíes de Caboto.

En cuanto a la decisión de regresar, adoptada por Pero Lopes se hallaba muy justificada: había convenido con su hermano en volver en un plazo de 20 días y habían transcurrido 19 desde su salida del río de los Beguaes.

(60) Eugenio de Castro advierte, con mucha razón, que el descenso del río con viento noroeste a popa indica que el bergantín iba al sudeste y que, por tanto, navegaba por el Paraná Guazú. En un día hizo el mismo recorrido en que a la ida empleó cuatro.

(61) Muy poco se sabe de estas parcialidades indígenas, hoy totalmente extinguidas. Gonzalo Fernández de Oviedo nos dice (**Hist. Gral. y Nat. de las Indias,** II, Madrid, 1852, p. 177) que los chaná-beguaes y chaná-timbúes hablaban una misma lengua.

Pero Lopes atestigua que su idioma no era el guaraní pues sus intérpretes no pudieron entenderse en esta lengua con el indio beguá-chaná.

Antonio Serrano considera que los chaná-timbúes y chaná-beguaes son subnaciones originadas del cruce de los chanaes —grupo invasor de estirpe guaycurú— con los timbúes de Santa Fe y los beguaes de Entre Ríos (**Los Primitivos Habitantes del Terrtorio Argentino,** p. 78).

(62) El texto dice "posperna" que literalmente traducido es "pospierna", o sea, muslo y en Río de la Plata, pata. ¿Bajo el nombre de oveja a qué animal alude el texto? En efecto, es sabido que en América la oveja fue introducida por los conquistadores y no existía en la época precolombina. El Comandante Castro se abstiene de comentar el punto.

Varnhagen al publicar el Diario anotó: "posperna d'ovelha", "provavelmente de paca anta ou de capivara".

¡Pobre Varnhagen! Tres hipótesis y ninguna cierta. Es sabido que los españoles y portugueses dieron el nombre de ovejas, simplemente, o de ovejas de la tierra a las llamas, alpacas y vicuñas, es decir, a los camélidos del Perú. A los guanacos les llamaron ovejas salvajes u ovejas monteses, en lo cual acertaron pues se trata del agriotipo de los camélidos domésticos.

El área de difusión del guanaco y de la llama fue muy extenso en la época del descubrimiento y hay constancia de que llegaba hasta el Paraná. Luis Ramírez cuenta en su carta: "ay muchas obejas salbajes de grandor de una muleta de un año y llebarán de peso dos quintales; tienen los pescuezos muy largos a manera de gamellos; son cosa extraña de ver; allá ynvia el señor Capitán general alguna a su magestad" (Madero, **Historia del puerto de Buenos Aires,**

p. 385). En efecto, Caboto envió a España tres guanacos u ovejas salvajes de la tierra en la carabela de Jorge Barlow y Calderón, según consta de las declaraciones y probanzas de los pleitos (Medina, **El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España,** II, 151, 153 y 164). Schmidl confirma que los indios "carios tienen también pescado y carne y ovejas grandes como en esta tierra los mulos romos" (ob. cit., 60). La pospierna de oveja era, pues, verosímilmente, una pata de guanaco.

(63) Se trata del ciervo de los pantanos, el más grande de los cérvidos rioplatenses, pero hay una evidente exageración en comparar sus ejemplares con bueyes. Según Angel Cabrera y José Yepes (**Mamíferos Sud-Americanos,** Historia Natural Ediar, p. 273) su carne vale poco pero los indios la apreciaban mucho.

(64) Paraná Guazú.

(65) Recuérdese que las islas de San Andrés son las Dos Hermanas y la de Santa Ana, Martín García.

(66) Islas de San Gabriel y Hornos.

(67) Pero Lopes dio el nombre de Cabo San Martinho (San Martín, en castellano) a la punta de la península donde se levanta la ciudad de la Colonia; es a partir de esa punta que cambia la dirección de la costa uruguaya, circunstancia que permite identificarla sin ninguna duda. El nombre de punta de San Martín no perduró. Los argentinos le dan a esa punta en sus derroteros y cartas hidrográficas, el nombre de Punta Colonia; nuestro eminente hidrógrafo D. Francisco Miranda (**Apuntes de Geografía Marítima,** Montevideo, 1923, p. 35) le aplica el nombre tradicional de punta San Pedro, que le impusieron los portugueses al refundar la Colonia, poniendo la punta, una batería y una capilla allí construídas bajo la advocación de San Pedro de Alcántara, denominación que todavía aparece en el **Manual de Navegación** de Lobo y Riudavets (Madrid, 1868, p. 115).

(68) Del ENE al ESE hay cuatro cuartas; el hecho de que Pero Lopes no pudiera seguir avanzando y se viera obligado a ir a tierra a fuerza de remos, demuestra que su bergantín no ceñía a menos de cinco cuartas.

(69) Las únicas tres puntas, al este de Colonia, situadas a la misma distancia una de otra —unos 4½ millas— son las puntas Artilleros, Sauce y Rosario, identificadas por Eugenio de Castro (vol. I, nota 133): las tres lanzan restingas; en cambio, nos vemos obligados a reconocer que los arrecifes que el Diario señala entre ellas, se encuentran más al oeste (Las Pipas).

(70) Eugenio de Castro identifica el río San Juan del Diario con el actual arroyo Pavón o con el Pereira. Pero si se tiene en cuenta que, según el Diario, la toldería de indios que halló a la ida y volvió a encontrar a su regreso, estaba a dos leguas al oeste del arroyo que hemos identificado con el San Gregorio y a dos leguas al este del río San Juan, estas distancias nos conducen a localizar el San Juan en el río Cufré, de escasa profundidad, lo que explica que entrara en él aprovechando la creciente; además, el río Cufré forma una pequeña abra llamada puerto Cufré donde estuvo fondeado el bergantín hasta medianoche.

(71) La mercadería a que se refiere Pero Lopes estaba constituída por abalorios, bonetes y otros objetos de escaso valor destinados al trueque con los indígenas.

(72) Como de acuerdo al Diario la toldería distaba dos leguas de los arroyos que hemos identificado como San Gregorio y Cufré, el habitat de esa tribu debería encontrarse en el punto medio entre los citados cursos de agua y ese punto corresponder a un arroyo, en virtud de lo expresado por Pero Lopes.

Efectuada esa simple operación en la carta hidrográfica española de 1865, en la argentina Nº 5 y en algunas uruguayas, pude observar que en todas ellas el punto medio entre los arroyos Cufré y San Gregorio caía notablemente al este del arroyo Pereira, y no coincidía con ningún curso de agua. Atribuí el hecho a inevitables errores cometidos por Pero Lopez en la apreciación de las distancias pero la compulsa de una moderna carta, levantada por procedimientos aerofotogramétricos, me demostró que las estimas de Pero Lopes eran asombrosamente exactas pues el punto medio entre el Cufré y el San Gregorio corresponde exactamente a Puerto Arazatí, sobre el arroyo Pereira.

(73) Cerro de Montevideo.

(74) Debían encontrarse sobre el bajío de piedra conocido por La Panela, que dista 9½ millas del Cerro de Montevideo, distancia que Pero Lopes estimó en menos.

Como Pero Lopes señala muy bien, no se podía fondear pues el fondo era todo piedra. Eugenio de Castro omite la localización de estos puntos, a pesar de que su identificación es menos difícil y ofrece menos dudas que las de los *lugares del delta del Paraná*.

(75) El bergantín debía hallarse en el trozo de costa comprendida entre Punta Yeguas y Punta Lobos, posiblemente junto a la primera pues es acantilada en la parte Sur, donde hay profundidades de 6 metros de agua, es decir, del orden de las 4 brazas mencionadas en el Diario (Véase Lobo y Riudavets, ob. cit., p. 107).

(76) Se trata de una insignificante caleta, formada al crecer las aguas con el viento sur en punta Yeguas o en sus proximidades y cuya identificación resulta totalmente imposible.

(77) El texto dice **noroeste** pero hemos puesto **nordeste** por entender que se trata de un error evidente de la copia del Diario, como otros del mismo tipo que presenta el documento y que han sido oportunamente salvados por Eugenio de Castro, tales como **essudoeste** (rumbo imposible) en lugar de **oessudoeste** (días 9 y 27 de diciembre) y **esnoroeste** (rumbo absurdo) por **oesnoroeste** (21 de diciembre).De algunos de ellos hemos advertido al lector oportunamente.

(78) Estas observaciones sobre la influencia del viento en la altura de las aguas del estuario han sido comprobadas por observadores posteriores; Lobo y Riudavets citan los estudios verificados en Buenos Aires por el marino M. Thoyon según los cuales los vientos del NE al SW por W. hacen bajar las aguas y los del NE al SE por el E. las hacen subir (**Manual de Navegación, p. 198**).

Eugenio de Castro menciona los estudios de Revy, según los cuales los vientos fuertes del este y del sudeste elevan las aguas del Plata; y los del oeste y sudoeste las hacen descender; los del norte y del sur ni lás bajan ni las elevan (**Hydrography of great rivers**, 1874, p. 24).

Nosotros nos remitimos a las observaciones de Francisco Miranda (**Apuntes de Geografía Marítima**, cap. VII, Mareas y Corrientes) en las que expresa: "el efecto de la marea lunar sólo puede apreciarse con tiempo bonancible, pues los

vientos modifican notablemente su régimen. Esto tiene su explicación en las condiciones particulares del estuario, cuya desembocadura, amplia y relativamente poco profunda, forma como la entrada de un vasto golfo, al cual son arrojadas las aguas del océano por los vientos del largo, retirándose en igual forma bajo la acción de los terrales. Cundo los los vientos soplan a través del estuario, las aguas bajan en la orilla de barlovento y suben en la opuesta... La marea producida por el viento alcanza a veces alturas hasta seis veces mayores que la astronómica".

(79) Sólo en el caso de que el cabo Santa María de Pero Lopes sea la actual Punta del Este es exacta su afirmación de que la costa corre este-oeste. La distancia es de 22 leguas (66 millas). Pero Lopes estima esa distancia en 24 leguas; el hecho significa que, de acuerdo a este cálculo, su legua tiene 5090 metros en vez de los 5556 metros actuales. Si las leguas de Pero Lopes y las actuales fueran iguales estaría bien decir que calculó la distancia en 2 leguas marítimas de más.

(80) La dirección de la costa desde el monte de San Pedro (Cerro de Montevideo) hasta el cabo de San Martín (punta Colonia) es la marcada por la recta que une esos dos lugares, separados por 80 millas náuticas ($26^2/_3$ leguas), que Pero Lopes calcula en 25 leguas.

(81) La orientación de la costa, señalada por una recta tirada desde Martín Chico a Punta Colonia es NW ¼ N pero la distancia no es de 7 leguas, como estima Pero Lopes, sino de 32 millas (10 Leguas).

(82) Ya hemos dicho en la nota 29 cuales eran esos puertos.

(83) Estos venados del tamaño de potros recién nacidos pertenecían a la especie **ozotocerus bezoarticus,** cuyo nombre vulgar es ciervo de las pampas, y guazú-ti en guaraní Es animal propio de las llanuras y del campo abierto y evita, en lo posible, el arbolado y el monte. Su alzada es de unos 70 centímetros. Esta abundancia de venados en los campos uruguayos no es una exageración de Pero Lopes ni debe sorprender; véase lo que dice al respecto el gobernador portugués de la Colonia, Naper de Lencastre, en 1691: "mandé al capitán de caballos Bartolomé Sanches Xara que se introdujese seis leguas por este campo con los 16 caballos que forman su compañía y con 5 galgos que únicamente hay en esta colonia, el cual en 21 días mató 335 venados que fueron traídos en carros para esta fortaleza" (Azarola, **La epopeya de Manuel Lobo,** p. 203).

(84) Es curioso comprobar que también Luis Ramírez, en su carta varias veces citada, refiriéndose al día 23 de diciembre le llama víspera de Navidad; por tanto, coincide con Pero Lopes en denominar día de Navidad al 24 de diciembre; no hemos podido averiguar la razón de este curioso desplazamiento cronológico. Tal vez obedezca al hecho de que el día 25 de diciembre se consideraba, tanto en Espeña como en Portugal, hasta fines del siglo XVI, día de Año Nuevo pues regía para el cómputo de los años el llamado estilo de Navidad con arreglo al cual el año comenzaba el 25 de diciembre (Cappelli, **Cronología e calendario perpetuo,** Hoepli, Milano, 1906, pp. XI — XXIV).

(85) Posiblemente se trata de la punta Lobos que despide al Sur el arrecife llamado Piedras Blancas; en alguna de esas rocas debió tocar el bergantín de Pero Lopes.

(86) Se refiere a la vasta entrante que hace la costa entre Punta Gorda

y Punta Negra. Recuérdese que navegar a lo largo de la costa es hacerlo lejos de ella y paralelamente a la misma, pero nunca pegado a ella.

(87) Recuerde el lector que Pero Lopes, consecuente con su política de imponer a cada lugar del río de la Plata nuevas denominaciones, le aplica a la isla de Flores el nombre de isla de la Restinga en atención a la que despide hacia el este, según indicó en el viaje de ida (véase día 23 de noviembre de 1531).

(88) Eugenio de Castro observa que "para algunos supersticiosos podría haber chocado contra uno de aquellos legendarios monstruos marinos que conocían los navegantes del siglo XVI; mas para el marinero experimentado, contra algún escollo sumergido y traicionero" (vol. I, p. 322).

Nuevamente sale a luz la censurable presunción de querer enmendar la plana al diarista; aunque él afirma que vió como la cola rompía la postiza, el "marinero experimentado" —¿más experimentado que Pero Lopes?— insiste en que debió ser un escollo. Naturalmente que debió ser un escollo, movible y con cola, para poder quebrar la postiza, obra muerta que queda, por tanto, arriba de la línea de flotación. Todo, menos reconocer que pudo haber chocado con alguna ballena de las que, ya enfermas, vienen a morir en el estuario.

(89) Es la misma isla que en el viaje de ida se identificó con el islote Las Toscas (nota Nº 26). La identificación, según se dijo, fue realizada correctamente por Groussac y aceptada por Eugenio de Castro quien observa que Varnhagen (que en el viaje de ida la había localizado en la isla de Lobos) ahora dice que es la de las Gaviotas. Causa verdadera pena el desconcierto del pobre Varnhagen, cuyo calamitoso método de trabajo le hace confundir y desdecirse a cada paso. Se comprende la irritación del talento —cuyo nombre concreto asumió un día Groussac— ante la estulticia convertida en sistema, en el campo histórico, por quienes no tuvieron otros méritos que la búsqueda afortunada en archivos inexplorados aún.

(90) Nos parece imposible que después de leer este pasaje haya quien dude de que la isla era la llamada, hasta hace poco, con toda propiedad, Piedras de Afilar.

(91) Pero Lopes se ratifica en lo que dijo el día 23 de noviembre, de que la isla de las Piedras (islote Las Toscas) quedaba a dos leguas al oeste del río de los Beguaes (arroyo Solís Grande, según se probó en la nota 26).

(92) Isla Gorriti.

(93) Se trata de las **bolas,** llamadas más tarde **boleadoras,** comparadas por Pero Lopes a la bala esférica de piedra de la pieza de artillería llamada falcón; dichos proyectiles se denominaban **pelotas.**

(94) Una braza y media son metros 2.50.

(95) Aclaramos que la honda a que se refiere Pero Lopes es el instrumento que para lanzar el proyectil debe hacerse girar alrededor de la cabeza de quien lo utiliza; nada tiene que ver la honda —instrumento de guerra y de caza— con la horquilla con mango, en los extremos de la cual se sujeta una goma con la que se arrojan piedrecillas, artilugio infantil conocido con el nombre de **honda** en el Río de la Plata y que no es otra cosa que el llamado en España, **tirador.**

(96) El texto dice que las porras o "macanas" eran del tamaño de un "co-

vado", o codo medida antigua de longitud que tenía de 40 a 60 cms. según los países.

(97) Estos tristes ejemplares humanos, a los que Pero Lopes aplica el nombre de beguaes, son charrúas por donde se les mire. Recuérdese que según Diego García, éstos eran la primera generación a la entrada del río. El nombre de beguaes no debe desorientarnos, pues basta mencionar que Oviedo (Hist. Gral. y Nat. de las Indias, II, 177) les da el nombre de "jacroas", desconcertante corrupción de "charrúas".

(98) En la nota Nº 7 se han estudiado todas estas particularidades de la isla de las Palmas y probado que se trata de la hoy llamada Gorriti.

GLOSARIO DE LOS TERMINOS NAUTICOS CONTENIDOS EN EL DIARIO DE PERO LOPES

[N] significa que la definición que antecede pertenece al Diccionario Marítimo Español (Madrid, 1831).

Las fechas que van al final de cada artículo remiten al lector al día en que aparece empleada la voz en el Diario.

AMARRA. — Denominación general que se da a bordo a toda cuerda y más especialmente a los cables con que se sujetan o amarran los buques que están fondeados [N] (13 de octubre de 1531). || La totalidad o conjunto del ancla y cable que forman la amarradura y sujeción del buque [N] (22 de octubre de 1531).

AMPOLLETA. — (portugués, **relogio**). Nombre del reloj de arena que se empleaba a bordo para medir el tiempo; su duración era de media hora. Cuando se decía "al cabo de tantas ampolletas, por cada una se entendía media hora". (15 de octubre de 1531).

ANCLA DE FORMA. — Se llama también ancla de horma, formaleza o de la esperanza a la tercera en el orden de contarlas. (Se comenzaba a contarlas por la sencilla que era la más chica o de menos peso); el ancla de forma era la principal y de mayor peso de las cuatro que se llevaban trincadas a proa por la parte exterior del costado, teniendo ésta su lugar en la banda de estribor [N] (21 de octubre de 1531).

ARRIBAR. — Dar al timón la posición necesaria para que el buque gire hacia sotavento [N] (22 de octubre de 1531).

AYUSTE. — (Portugués, **aúste**). La costura o amarradura de dos cabos por sus extremos. || Por extensión se dice de la reunión, conjunto o longitud de dos, tres o más cabos ayustados [N] (21 de octubre de 1531).

BATEL. — Embarcación menor que llevaban los navíos, como ahora la lancha y el bote [N] (16 de octubre de 1531).

BERGANTIN. — Embarcación de dos palos, que son el mayor el trinquete, con su bauprés; de velas cuadras, con sus correspondientes estais, foques, etc., y por vela mayor gasta una gran cangreja; aunque algunos por aprovechar los

vientos largos llevan además otra mayor redonda. Esta especie de nave ligera empezó a conocerse en el siglo XIV [N] (2 de noviembre de 1531).

BONANZA. — Serenidad, suavidad, tranquilidad del tiempo, mar y viento. || Intermisión en la fuerza del viento y mar reinantes; sinónimo de calma [N] (10 de octubre de 1531).

BONETA. — (Portugués, **moneta**(. Vela supletoria que se agrega por abajo a otra para aumentar su superficie en tiempos bonancibles [N] (25 de noviembre de 1531).

BRAZA. — Medida equivalente a m. 1,6718 con la que se mide la profundidad del agua. (10 de octubre de 1531).

CABLE. — (portugués, **cabre**). Maroma muy gruesa que asida al ancla sirve para amarrar el bajel a su fondeadero [N] (13 de octubre de 1531).

CAPA (PONERSE A LA). — (Portugués, **a corda**). Nombre que se da generalmente a la disposición de la embarcación que hallándose en el mar y no faltando viento, no anda o no navega y está poco menos que parada. Esta maniobra se hace por precisión o por conveniencia: lo primero sucede cuando es forzoso aguantar un temporal; y lo segundo cuando se quiere esperar a alguna otra embarcación o con otros fines. Esta última capa se distingue de la otra con los nombres de **facha** y **pairo** [N] (25 de noviembre de 1531).

CASTILLO. — (Portugués, **castello**). La parte de la cubierta superior comprendida entre el palo trinquete y la proa. (21 de octubre de 1531).

COMBES. — (Portugués, **convez**). Espacio de la cubierta desde el palo mayor hasta el castillo (21 de octubre de 1531).

CONSERVA. — (Portugués, **companhia**). Compañía que se hacen mutuamente dos o más buques en su navegación. En cierto modo es un equivalente de **convoy**; y la acción se expresa con la frase **navegar en conserva** [N] (16 de octubre de 1531).

CORRER. — Refiriéndose a la costa, es tener ella su dirección o sucederse sus puntos en la determinada de que se trata. En tal acepción Sarmiento lo usa también como recíproco [igual que Pedro Lopes, aunque en la versión nos ha parecido conveniente despojarlo del enclítico] sustituyéndole asimismo como equivalente el de **tenderse**. Además equivale igualmente a **arrumbarse** en la tercera acepción; y se dice **prolongarse** cuando la costa **corre** casi recta por largo espacio [N] (11 de octubre de 1531).

CUARTA. — Cada una de las 32 partes, llamadas **rumbos** o vientos en que está dividida la rosa náutica (11 de octubre de 1531). || El ángulo que media entre uno y otro rumbo y por éste se estima sólo la línea que lo marca [N] (21 de octubre de 1531).

CUARTEL. — Entablado con que se cierra la boca de una escotilla, o se forma por partes una cubierta levadiza [N]. || Cualquier pedazo del buque después de un naufragio [N] (25 de octubre de 1531).

CUARTO DEL ALBA. — El servicio de vigilancia o guardia se hace en la mar durante la navegación por espacios de cuatro en cuatro horas, llamados **cuartos**, en el que alternan por mitad la tripulación; la guardia de las 4 a las 8 de la mañana se llamaba cuarto del alba (10 de octubre de 1531).

CUARTO DE MODORRA. — La guardia desde las 12 de la noche a las 4 de la madrugada (9 de agosto de 1531).

CUARTO DE PRIMA. — La guardia desde las 8 a las 12 de la noche (10 de octubre de 1531).

DAR. — Desplegar, soltar, largar las velas [N] (22 de octubre de 1531).

DEMORAR. — Corresponder un objeto a un rumbo o dirección determinada respecto a otro lugar o al paraje de donde se observa [N] (13 de octubre de 1531).

DESCARITARSE. — (Portugués, **esgarrar**). Extraviarse de la derrota que se seguía y debe seguirse por efecto de la continuación de los temporales, ignorándose el punto en que se halla la nave. Se dice también **desgarrarse**. [N] (24 de diciembre de 1531).

DOBLAR. — (Portugués, **cobrar**). Contrayéndose a cabos o puntas de tierra es pasar al otro lado de uno cualquiera de ellos [N] (22 de octubre de 1531).

FORTUNA. — Lo propio que temporal, borrasca, tempestad [N] (21 de octubre de 1531).

GARRAR o GARREAR. — (Portugués, **caçar**). Ir para atrás una embarcación al fondear, o estando fondeada, trayéndose arrastrando el ancla, bien sea por no haber ésta hecho presa en el fondo, bien por desprenderse de él, o bien por ser blando y arrollarlo [N] (21 de octubre de 1531).

GAVIA. — *Denominación antigua en España y Portugal de la cofa (en port.* cesto de gávea) especie de meseta que se forma en lo alto de los palos mayores [N] (10 de octubre de 1531).

LAMA. — Cieno blando, suelto, y pegajoso, de color plomo y, a veces, más oscuro que se halla en algunos parajes del fondo del mar [N])21 de octubre de 1531).

LEVAR. — En general es levantar; y usado en absoluto se entiende siempre por suspender, levantar las anclas del fondo, desamarrar, zarpar [N] (22 de octubre de 1531).

LONGO (a). — Modo adverbial que quiere decir a lo largo y paralelamente como lo comprueba la frase de **navegar a longo de costa. A lo largo** es lo mismo que en alta mar [N] (15 de octubre de 1531).

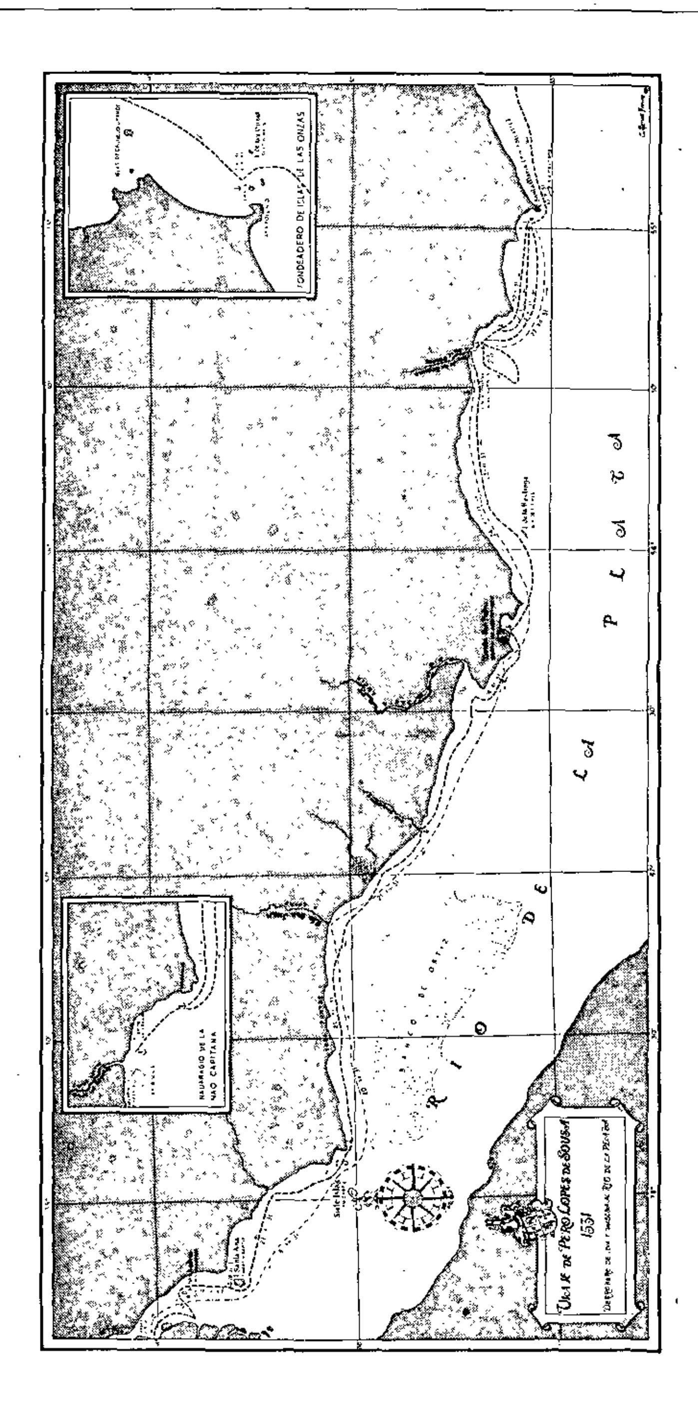
MARCA. — (Portugués, **conhecença**) Punto importante que caracteriza determinada región de la costa (**Diccionario Ilustrado de marinharia**, de Marques Esparteiro) (10 de octubre de 1531).

PAIRO (al). — Ponerse al pairo o estar a la capa son los nombres que se dan a la maniobra de no navegar estando en el mar, generalmente para aguantar un temporal; se reduce el velamen y se lleva la caña del timón a sotavento acercando el buque al viento. (10 de octubre de 1531).

PAVES. — Tablas a manera de escudos con que se protegía la cubierta de una embarcación en tiempo de guerra. (25 de diciembre de 1531).

PAVESADA. — Reparo y defensa que se hacía con los paveses o escudos para cubrirse la tropa en alguna embarcación. (27 de noviembre de 1531).

POSTIZA. — Obra muerta o exterior que se ponía en las galeras y galeotas desde la cubierta principal para afuera en ambos costados, para colocar los re-


RIO DE LA PLATA
FONDEADERO DE ISLAS DE LAS ONZAS
NAUFRAGIO DE LA NAO CAPITANA
VIAJE DE PERO LOPES DE SOUSA
1531

mos en la posición más ventajosa. Luz dice: el banco a do se sientan los remeros [N] (24 de diciembre de 1531).

REVENTAR O ROMPER UN BAJO. — Deshacerse en espuma las olas del mar por el viento o por el choque contra un bajo. (22 de octubre de 1531).

REZON. — (Portugués, **fatexa**). Ancla pequeña de cuatro uñas y sin cepo que sirve para embarcaciones menores [N] (21 de diciembre de 1531).

RUMBO. — Camino, derrota, dirección que sigue el buque. En portugués **rumo** y también **bordo.** (Segunda acepción del vocablo en **Diccionario** de Esparteiro). (10 de octubre de 1531).

SONDA. — Conjunto de cuerda (sondaleza) y plomada (encandallo) que sirve para sondar o medir la profundidad y naturaleza del fondo del mar. (10 de octubre de 1531).

SURGIR. — Fondear, esto es, aferrar las velas y dejar caer al fondo un ancla de modo que la embarcación quede sujeta. (12 de octubre de 1531).

TRINCAR. — Navegar muy orzado o muy ceñido al viento, en menos de las seis cuartas de la bolina, según el Sr. Ulloa [N] (9 de octubre de 1531).

TRINQUETE. — (Portugués, **traquete**). El palo que se arbola inmediato a la proa en las embarcaciones que tienen más de uno. || 2. La verga correspondiente a dicho palo. || 3. La vela que se enverga en ella [N] (9 de octubre de 1531).

TURBONADA. — (Portugués, **trovoada**). Gran chubasco que en las inmediaciones de algunas costas e islas y singularmente en la zona tórrida y con truenos, relámpagos y rayos descarga en copiosa lluvia e impetuoso viento aunque pasa con brevedad [N] (21 de octubre de 1531).

VARAR. — Llegar un buque con su quilla al fondo del mar y agarrarse en él más o menos por no haber agua para flotar [N] (22 de octubre de 1531).

VELA (HACERSE A LA). — Es levarse de cualquier fondeadero y ponerse a navegar [N] (22 de octubre de 1531).

VELA DE GAVIA DE TRINQUETE. — Las naos, a principios del siglo XVI, usaban velas cuadras (de forma cuadrilonga o de trapecio) en los palos mayor y trinquete y en cada uno de éstos llevaban sólo dos velas cuadras; las bajas se denominaban, como hasta ahora, según el palo, **mayor** y **trinquete;** y las altas tomaban el nombre de **velas de gavia,** agregándose el del palo; a fines del siglo XVI se empezó a llamar a la **vela de gavia de trinquete, velacho** y a la del palo mayor se le llamó, simplemente, **vela de gavia.** Cuando el viento soplaba recio, se navegaba únicamente con las velas mayor y trinquete, a las que se daba el nombre de **papahigo.** Si el viento aumentaba, se dejaba solamente la vela de trinquete. (22 de octubre de 1531).

VIRAR. — Cambiar de rumbo o de bordada pasando de una amura a otra, de modo que el viento que daba al buque por un costado le dé por el opuesto [N] (22 de octubre de 1531).

Vera hiſtoria,

ADMIRANDÆ CVIVS dam nauigationis, quam Hul-

dericus Schmidel, Straubingenſis, ab Anno 1534. uſque ad annum 1554. in Americam vel nouum Mundum, iuxta Braſiliam & Rio della Plata, confecit. Quid per hoſce annos 19. ſuſtinuerit, quam varias & quam mirandas regiones ac homines viderit. Ab ipſo Schmidelio Germanice, deſcripta: Nunc vero, emendatis & correctis Vrbium, Regionum & Fluminum nominibus, Adiecta etiam tabula Geographica, figuris & alijs notationibus quibusdam in hanc formam reducta.



NORIBERGÆ,
Impenſis Levini Hulſii. 1599.

EL VIAJE DE ULRICH SCHMIDEL

1534-1554

Es el más antiguo y el más conocido viajero que acompañó al Adelantado don Pedro de Mendoza en su viaje al Plata. Soldado poco culto, su relato está pleno de errores que se reproducen en las primeras impresiones comenzando por las efectuadas por la Sociedad Hakluyt londinense. El primer trabajo en que comenzó la depuración fue el realizado por la Junta de Historia y Numismática bonaerense en 1903 reimprimiendo la edición latina de Levino Hulsius cedida al efecto por Bartolomé Mitre, efectuada en la casa Cabaut y Cía. de Buenos Aires.

Esta edición que seguimos, está avalorada con notas bibliográficas y biográficas del mencionado general Mitre, prologada, traducida y anotada por don Samuel Lafone Quevedo de la reimpresión mencionada que lleva la fecha de 1599.

El manuscrito original fue escrito en alemán, nacionalidad a que el autor pertenecía, siendo la primera edición de 1567, en dos tomos. Mitre describe los dos –el tomo primero, anterior, –MDLXVII– y dice: "Es tan rarísima, que muy pocos la han visto en el espacio de tres siglos y algunos han dudado de su existencia" y entra en eruditos pormenores.

La segunda edición, también impresa en alemán, integra la colección de los grandes viajes de Teodoro de Bry, pero la falta –como a la princep– el preámbulo y el epílogo. Dos años después, en 1599, el mismo de Bry la incluye en su serie de grandes viajes en latín. En el mismo año, vale decir en 1599, se incluyó en alemán en la colección de Levinus Hulsius que, como dije, es la seguida por Mitre y por Lafone; su título debidamente traducido es "Verídica historia de una navegación maravillosa, llevada a cabo por Ulrich Schmidel de Straubing, desde el año 1534 hasta el año 1554, en América ó Nuevo Mundo, en el Brasil o Rio de la Plata". Pruébase en la reimpresión de la Junta argentina –hoy Academia de la Historia– que el texto de

Bry era distinto al seguido por Hulsius, pero esto interesa a los eruditos y para esta nuestra obra de divulgación basta lo dicho junto a la mención donde deben recurrir para mayor información los que quieran ahondar en el tema.

El autor integraba una familia muy antigua de Baviera, ennoblecida por Federico III. Se conjetura que nació antes de 1511 siendo escasísimas las noticias logradas sobre su persona, sabiéndose que se alistó como simple soldado en la expedición de Mendoza que salió de San Lucar de Barrameda el 1º de Setiembre de 1534 con destino al Plata descubierto por Solís, explorado por Gaboto y visitado por Magallanes.

Mendoza trajo la expedición más formidable para conquistar y poblar nuestras tierras: 14 grandes navíos, 2.500 hombres y 150 soldados de la Alta Alemania, flamencos y sajones, armados con arcabuces, y lansquenetes, debiendo entrar en éstos Schmidel por lo que se desprende de su retrato que reproducimos.

La expedición española cruzó el océano y después de recalar en la bahía de Guanabarra, donde hoy se levanta la populosa ciudad de Río de Janeiro aun no fundada, llegó al Plata en 1535. Integró la lista de pobladores de la primera fundación de Buenos Aires que se levantó por la barra del Riachuelo como hemos visto anteriormente.

No vamos a reseñar sus andanzas por las tierras sudamericanas que fueron muchas, bastando decir que cruzó el Chaco y llegó hasta el alto Perú, pero habiendo recibido una carta de su hermano en 1549 que lo llamaba a su patria, pidió licencia y se embarcó de regreso en San Vicente, hoy Santos, en 1554.

A poco, muerto sus padres y sus hermanos, recibió la herencia de sus mayores junto con el blasón familiar, integrando en 1558 la autoridad municipal de su ciudad natal. La reforma de Lutero volvió a perturbar su vida tranquila después de los veinte años del azaroso existir en tierras de América, pues se declaró reformista, siendo desterrado en 1562. Instalado, con otros ciudadanos de Straubing en Regensburg, en 1563 tomó carta de ciudadanía del nuevo lugar, y poseedor de un buen bienestar, edificó una casa, suponiéndose que por esos años es que escribió el relato de su viaje. Nada más se sabe de su vida, ni aun la fecha de su deceso.

Dice Mitre: "La redacción de sus memorias es la de un hombre de acción, más apto para manejar las armas que la pluma, con poca

imaginación y ninguna inclinación a lo pintoresco o adornos del estilo, que aun después de limadas por su primer editor y vertidas al culto idioma latino, acusan su nativa tosquedad".

La impresión de Schmidel sobre nuestro país es muy breve, pero su conocimiento no debe omitirse dado que no solo es uno de los primeros cronistas, sino que fue testigo de todo lo que relata. Por lo menos eso es de presumir por haber integrado la expedición de Mendoza aún cuando no falta quien haya dicho que esas no son impresiones de visu sino reflejas, como luego veremos.

Tomo la traducción de Lafone Quevedo y transcribo todo el breve capítulo VI.

"De allí" (se refiere a Río) "navegamos al Río de la Plata y dimos con una corriente de agua dulce" —aclara Lafone que Schmidel llama siempre a los rios "agua corriente"— que se llama "Parnau Wassu (Paraná Guasú), y tiene de ancho en la boca, donde deja de ser mar, una extensión de 42 "millas" —aclara el traductor nuevamente: leguas — el camino, y desde "Rio Gena" hasta esta agua se cuentan 500 "millas" (vuelve a aclarar: leguas de camino).

El "rio Genna", es el rio de Enero hoy Río de Janeiro, y las cuatrocientas leguas "falta saber como las andubieron y como las contaron" dice Lafone con razón, pues parte de los errores en la medición, teniendo en cuenta que se trataba de navegación a vela, sugeta en gran parte, al capricho de los vientos, con sus bordeadas características, etc. la distancia recorrida puede haber sido muy grande y, desde luego, muy superior a la que por línea recta se recorre en el presente.

"En seguida arribamos a una bahía que se llama "Sannt Gabriehel" y alli en la susodicha agua corriente Parnau largamos las anclas de nuestros 14 navios".

Creo ver un error al citar el Plata. Cotejando lo dicho en los dos párrafos transcriptos vemos que en el primero Schmidel, al acusar agua dulce cita el Paraná Guasú, cuando debía haber situado el río de la Plata ya que es sabido que la transición del agua salada a la dulce, aunque muy variable, por estar siempre sujeta a la voluntad

de las corrientes y de los caprichos eólicos es neta, mucho antes de llegar al Paraná.

Y confirma lo expuesto el mismo texto de Schmidel que expresa "en seguida" de navegar por aguas dulces "arribamos a una bahia" que llama San Gabriel y que es la de la Colonia, vale decir, confirmando lo que todos sabemos, que el agua dulce, viniendo del Este se encuentra bastante antes de llegar a Colonia y que el Paraná está mucho después al Noroeste.

"Y como tuviésemos que hacer quedar los navios mayores a un tiro de arcabuz de la tierra, nuestro general "Thon Pietro Manthossa" había ordenado y mandado que los marineros desembarcasen la gente en los pequeños esquifes, que con este fin estaban ya dispuestos, y se llaman "podel" o "poel" (batel o bote aclara Lafone). Así pués, con el favor de Dios llegamos al "Rio de la Platta" el año 1535".

Aquí Schmidel está en lo cierto, pues está en este río, lo que da a suponer que al llamarlo "Parnau Wassu", no supo hacer presente los límites del Paraná y del Plata, ríos distintos que admite existen.

"Alli nos encontramos con un pueblo de Indios llamados "Zechuruass" que constaba como de unos 2.000 hombres, y que no tenian mas de comer que pescado y carne. Estos, al llegar nosotros, habían abandonado el pueblo huyendo con mujeres e hijos, de suerte que nos pudimos dar con ellos".

Del extricto análisis de lo expuesto, parece que hubiera un campamento charrúa dentro de la propia bahía de la Colonia, ya sea por donde se levanta la ciudad o en la comba que hace la costa en la bahía, por lo que es hoy el Real de San Carlos, o antes. Considero esto lo más probable pués al estar entre la costa y San Gabriel fondeados nada menos que catorce navíos a distancia de un tiro de arcabuz de la costa, es decir muy cerca a ella, solo el interior de la bahía podía prestarle el reparo necesario para su buena amarrazón. Y en cuanto a la desbandada indígena, ante la imponente escuadra —algo jamás visto por ellos— y sabiendo los puntos que calzaban los conquistadores —pedir alimento, al principio amablemente, luego imperativamente, lográndolos o no, finalmente, por medios coercitivos— aparte de faltar lo otro, pese a sus ideas religiosas, de "no desearás la mujer de tu prójimo ni los

bienes ajenos", la experiencia no era por cierto propicia para que dejaran las familias al alcance de los recién venidos (1).

"Esta nación de indios se anda en cueros vivos, mientras que sus mujeres se tapan las vergüenzas con un paño de algodón que les cubre desde el ombligo hasta las rodillas".

Por lo visto Schmidel alcanzó a ver al bello sexo charrúa pero, indudablemente de muy lejos, porque lo del "paño de algodón" es un poco difícil desde que ese textil, como es sabido, no se da allí y no había habido un anterior intercambio con los hombres blancos como para que existiera generalizado. Se trataría de "taparrabos" de pequeños y flexibles cueros o de trenzados vegetales más probablemente, desde que la impresión de su trama con otros destinos, se ha encontrado, p. e. en no pocas vasijas de su alfarería con que era recubierta para secar la arcilla, para adornarla, etc.

"Entonces el general "Pietro Manthossa" mandó que se vuelva a embarcar la gente, y que la hagan pasar a la otra banda del agua "Pernaw" que allí no tiene mas anchura que 8 millas (leguas dice don Samuel) de camino" y éste agrega en nota: "Es lo que habrá entre Buenos Aires, o mejor dicho, Punta Lara y San Gabriel o Colonia".

Aquí termina el capítulo y en el siguiente relata la fundación de "Bonas Ayres".

———

Groussac, al tratar el primer contacto de Mendoza con los indígenas platenses en una nota al pie de la página 142 de su "Mendoza y Garay" dice: "No hemos reparado en la mención que hace Schmidel de los charrúas de la oriental, por considerarla apócrifa y sugerida a posteriore por alguna lectura o reminiscencia. Ese pueblo de "unos 2.000 hombres" que han huído todos y a quienes, no obstante, se describe sin omitir los tapavergüenzas mujeriles, hechos con "un paño de algodón", pertenece, evidentemente, al género fantástico, como otros muchos otros cuentos del mismo".

---

(1) Lafone Quevedo en el prólogo —p. 57— extracta y comenta:
"Puesto en San Gabriel del Río de la Plata se encuentra con los "Zechuruass" (Charrúas), comedores de carne y pescado, que huyen con mujeres e hijos sin dejar que pudieran alzar los muy honrados recién llegados; estos empero alcanzaron a ver que los hombres andaban desnudos, y que las mujeres se tapaban las vergüenzas con una especie de delantal".

Evidentemente parece tener razón Paul Groussac pues ese dato de que el pueblo charrúa lo integraban dos mil hombres, —dice lo mismo de los querandíes pero contando mujeres admitiendo otro tanto de ellas,— cuando sólo ha visto un grupo huyendo y el dato de los "taparrabos" de los que hasta fija la calidad; pero, es indudable que fue un testigo presencial de la huída y que, pudo ver detalles o que los intercaló valido de referencias "de entonces" que tienen un valor pues provienen de los propios conquistadores.

Por ejemplo, eso que dice que los charrúas era un pueblo que comía "carne y pescado" —que al no estar en contacto con ellos no lo pudo apreciar de visu, hablando claramente de referencias de otros— es de interés pues confirma las manifestaciones de quienes no los incluyen entre los comedores de carne humana de que los acusaron los compañeros de Solís indudablemente para justificar que no se intentara rescatar el cuerpo de su jefe cuando fue muerto en Martín Chico, poniendo esa nota de antropofagia para hacerlos más temibles. Este detalle —sobre el que mucho se ha escrito— no interesa, pero sí la referencia de que mi parecer es completamnte contrario, ya que en toda la conquista no hay un solo testigo de **haberlos visto** comer carne humana, habiéndolas en cambio, de la misma época entre algunas tribus guaraníes y de la variedad tupi, que no solo los vieron banquetearse de tal modo, sino que hasta relatan cómo cebaban a los prisioneros destinados a ser el plato fuerte de sus festines.

Antecedente más importante sería poder afirmar de dónde provenían, a qué grupo americano pertenecían.

Los estudios de etnografía comparada deben ir paralelos a los antropológicos y lingüísticos, y a esto no se ha llegado todavía. Es curioso, por ejemplo, que en filología tres de las más importantes lenguas sudamericanas y antillanas han sido estudiadas —el "Tupí-Waraní", el "incaico" y el "Araucano"— mientros que el Arawak, al que se supone pertenecían los charrúas y los otros grupos de indígenas uruguayos, esté en examen aún cuando últimamente se han hecho algunos descubrimientos de posibles palabras charrúas, chanáes, etc. y se han realizado cotejos y confrontaciones lingüísticos de sumo interés.

A los interesados en estos temas, recomiendo la lectura de la primera parte del trabajo del sabio filólogo uruguayo, don Sixto Perea y Alonso, miembro de la Sociedad, en su denso volumen de su "Filología

comparada de las Lenguas y dialectos Arawak" (1) en la parte que titula "Apuntes para la prehistoria indígena del Uruguay". Allí, con la competencia que le diera el amplio dominio del tema que ocupó todas las horas libres de su vida, el antiguo pedagogo palmirense, con claridad, sienta algunas afirmaciones muy interesantes, desde luego fundamentales, que habilitan para encarar el examen de algunos aspectos principales (2).

De él tomaré las inciertas áreas de ocupación de nuestros indios en la época del descubrimiento: los guenoas, en la región del río Cuareim, los bohanes y yaros en la costa del río Uruguay aguas arriba del río Negro, los charrúas en la margen izquierda del Plata; los minuanes, tierra adentro, más al norte del área charrúa.

---

(1) Se publicó, costeada por el Gobierno, el t. 1 en Montevideo en 1942 en un compacto volumen de 634 págs. y un mapa de la Guayana. La obra total, que continúa inédita aunque ignoro si terminada totalmente, la integran cinco tomos y un Apéndice, a saber: el II, un mapa ilustrativo de las zonas geográficas donde se hablan idiomas de filiación arawak y un Vocabulario Español-Latino-Portugués-Francés-Inglés-Arawak; t. III: el Vocabulario Arawak-Español; t. IV: la Gramática Comparada de todos los dialectos o subdialectos arawak; t. V: el análisis definitivo del acervo lingüístico conocido de la Banda Oriental y la interpretación etimológica de los nombres tribales ,individuales y toponímicos del área Arawak y especialmente de la rioplatense y el Apéndice la Bibliografía General Arawak.

Una labor inmensa, toda una vida de trabajo por entero dedicada a develar el misterio y, lo peor del caso, es pensar si se publicará, dado su costo.

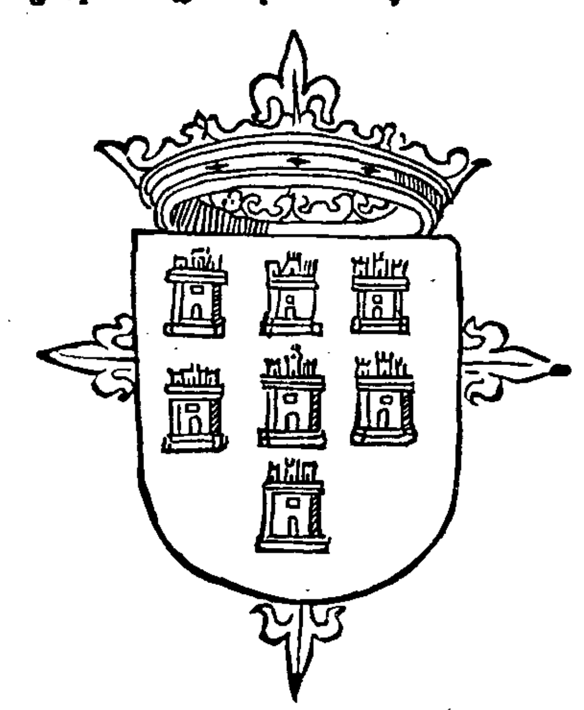
(2) Don Sixto Perea era un viejecito alto y enjuto, muy miope, blanco en canas, que fue durante largos años maestro en Nueva Palmira y, al jubilarse solía concurrir a nuestras reuniones de la Sociedad de Amigos de la Arqueología, donde siempre conversaba sobre "su tema". Es de lamentar que la falta de recursos de nuestra agrupación y el escaso ambiente que hay en nuestros medios cultos para esas disciplinas, no le hubieran facilitado la realización de sus estudios y correspondientes publicaciones. el ideal de su vida.

Nuestro consocio Buenaventura Caviglia, lo ayudó mucho como el mismo Perea lo reconoce, facilitándole libros y aún encargándolos especialmente para prestárselos. Es gesto este que, desaparecidos ambos compatriotas, creo estricto deber destacar.

ARGENTINA Y CONQVISTA DEL RIO DE LA PLATA, CON OTROS ACAECIMIENTOS

cimientos de los Reynos del Peru, Tucuman, y estado del Brasil, por el Arcediano don Martin del Barco Centenera.

Dirigida a don Cristoual de Mora, Marques de Castel Rodrigo, Virrey, Gouernador, y Capitan general de Portugal, por el Rey Philipo III. nuestro Señor.



Con licencia, En Lisboa, Por Pedro Crasbeeck. 1602.

BARCO CENTENERA
1573

Martín del Barco Centenera vino con la expedición de Juan Ortiz de Zárate y compuso, en verso, "La Argentina", poema histórico impreso en Lisboa en 1606 y reimpreso en Buenos Aires por la Junta de Historia y Numismática en 1912 en edición fascimilar realizada en los Talleres de Jacobo Peuser. La precede un estudio del Dr. Juan María Gutiérrez y unos apuntes bio-bibliográficos de don Enrique Peña.

Del autor solo se sabe que nació en Logrosan, en Extremadura en 1535, que tenía un hermano llamado Sebastián García que había pedido, antes de la salida de su pariente de España, el cargo de Aguacil Mayor de la población que Ortiz de Zárate había pensado fundar en las tierras uruguayas de San Gabriel. Y poco más se conoce en lo referente a sus principios.

La armada salió de España en Octubre de 1573 y en Noviembre fondeó en San Gabriel "pero con tan mala suerte —dice Gutiérrez— a quien sigo, que media hora después se levantó una suestada que dió de través con la Almiranta y la Capitana" (eran cinco buques).

"Como se comprenderá, la situación de los expedicionarios era poco risueña", pues los indios Charrúas y Guaraníes, confederados, los hostilizaban de tal manera que hubieran todos perecido, sin la eficaz ayuda que les prestara el capitán Juan de Garay, que había poblado San Fe el año anterior.

"Reasumiendo, ya que no es del caso reseñar las desventuras de la expedición de Ortiz de Zárate, diré, que después de pasar con el resto de su gente unos meses en Martín García, resolvió, no sin oir antes la opinión de sus capitanes, fundar un pueblo en la costa oriental, en el paraje llamado San Salvador, preferible a hacerlo en la orilla opuesta, donde antes estuvo Buenos Aires, ya que en aquel había abundancia de leña y de indios, y ser además tierra buena para sementeras".

"Después de levantar una muralla, con su correspondiente arti-

llería, y de instalar allí 80 pobladores, declaró fundada la ciudad Zaratina de San Salvador. Allí permaneció Centenera, hasta que el adelantado resolvió continuar su viaje a la Asunción donde entró el 8 de Febrero de 1575".

Ya en la mencionada Perspectiva Histórica que precede a esta Colección, di noticia escueta de esta primer población levantada por España en nuestro país, que hubo de ser desalojada ante el continuo asedio de los charrúas, repitiéndose el caso de Buenos Aires donde los Querandíes obligaron a desmantelar al primitivo poblado.

Entre los pocos detalles que pueden interesar, destaco que debido a sus versos sabemos, entre otras cosas, que el nombre del actual río Negro era Hum por la negrura de sus aguas:

"A dos leguas otro entra ques nombrado
El rio negro Hum tiene por nombre,
Aqui en nueftros tiempos fe an hallado.
Pefcados femejantes mucho al hombre, (?)
Aquefto de paffada lo he tocado,
N inguno de leerlo aqui fe affombre,

Que fiendo Dios feruido en otro canto
Dire cofas de vifta, y mas efpanto".

En la Perspectiva Histórica formulada a continuación del proemio, doy las referencias concretas que suministra Centenera respecto a sus andanzas por la zona territorial comprendida hoy en la jurisdicción del país, lo que me excusa de entrar en mayores detalles.

———

Muchos años pasó en el Paraguay organizando iglesias y recorriendo las tribus de infieles, tomando parte activa en la represión de los movimientos contra el gobierno de Garay que había sucedido interinamente a Zárate después de su fallecimiento.

En 1581, en el Perú desempeña la secretaría del Concilio convocado por el arzobispo de Lima, Mogrovejo. Estando en esta ciudad dirije una carta al rey sobre el río de la Plata (Trelles. "Revista del Pasado Patriótico Argentino", tomo IV) en la que, entre otras cosas

habla de la isla **Minangua**, en guaraní, equivalente a su decir, a "tierra de los minuanes", que no es otra que la de Martín García donde él pasara varios meses, en la que le habla de una historia en la que "se da relación del Río de la Plata y del Perú", que se considera la primera noticia que da de la que luego imprimiera en Lisboa.

Alrededor de nueve años reside Centenera en el Perú desempeñando el cargo de Comisario de la Inquisición en el valle de Cochabamba donde se le formula un proceso que dejó por los suelos su reputación pública y privada. El original está en el Archivo de Simancas citado por José Toribio Medina, en "La Inquisición en Lima" tomo I y en "La imprenta en el Río de la Plata". También Ricardo Palma, el castizo escritor limeño, en "La Nación" de Buenos Aires del 1º de Enero de 1907 y Enrique Peña, en sus eruditos "Apuntes bio-bibliográficos sobre el poema histórico "La Argentina", son las fuentes consultadas para expresar lo que antecede.

Vuelto a la Asunción en 1591 se encuentra inesperadamente al frente de la iglesia paraguaya por la expulsión del Obispo Guerra y muerte del Dean González Paniagua en razón que, por su dignidad de Arcediano le correspondía el gobierno eclasiástico en sede vacante. Actuó eficazmente hasta 1598, al punto que el Cabildo de Asunción le da poder para que lo represente en la Corte solicitando mercedes y gracias ante el Rey y el Concejo de Indias.

Vuelto a Europa se pierden sus pasos, pero parece indudable que estuvo en Lisboa en ocasión de la impresión de su libro realizada en la conocida imprenta de Pedro Craesbeck. Ricardo Palma lo da como fallecido en esa ciudad del Tajo en 1605 "si hemos de dar fé a lo que dice un librito de efemérides españolas", agrega en el Suplemento de "La Nación" del 1º de Enero anteriormente citado.

La segunda edición de su poema, es de 1749, en Madrid, en el tomo III de los "Historiadores –primitivos– de las Indias Occidentales / que juntó, traduxo en parte / y sacó a luz ilustradas con eruditas notas / y copiosos índices / el Ilustrísimo señor don Andrés González Barcia / del Consejo y Cámara de S M / Divididos en tres tomos / cuyo con tenido se verá en el folio siguiente" etc. Madrid MDCCXLIX. Entrando en minucias bibliográficas diré que el tomo III dice: "Argentina / y conquista / del Rio / de la Plata / De don Martín de el Barco Centenera": 107 páginas de foliación y signaturas por separado,

al pie de la última el comienzo de la Tabla que ocupa ocho hojas más, sin foliatura. Al final el índice.

La tercera en de 1836 en Buenos Aires, en el tomo II de la obra de Pedro de Angelis titulada "colección / de / obras y documentos / relativos / a la Historia Antigua y Moderna / de las Provincias / del Rio de la Plata. Ilustrados con notas y disertaciones / por / Pedro de Angelis / Buenos Aires. Imprenta del Estado /. 1836". En la parte que interesa reza: "La / Argentina / o la / conquista del Rio de la Plata / Poema histórico / por el / Arcediano don Martín del Barco / Centenera. Buenos Aires / Imprenta del Estado / 1836". La precede un prólogo de de Angelis de ocho páginas.

. Dice Peña, con su autoridad de gran bibliógrafo: Esta edición es hoy rarísima pues apenas se conoce la existencia de media docena de ejemplares, distribuídos en otras tantas bibliotecas" y en nota al pie incluye a la de Bartolomé Mitre.

En mis "Civilización del Uruguay", en el vol. II, expreso en la nota Nº 148 lo que sigue: "Hace cosa de 30 años adquirimos. con Julio Raúl *Mendilaharzu, un lote de cuatro libros rarísimos, verdaderas joyas* bibliográficas: esta de Barco Centenera y "La Araucana" de Ercilia; él, como buen poeta, y yo los otros dos, de prosa: Los "Comentarios Reales" del Inca Garcilaso de la Vega (Lisboa 1609) y la "Primera parte de la Crónica dos Reys de Portugal" de Duarte Núñez de Loao (Lisboa 1600). Los cuatro en las ediciones princeps. Las mías las conservo, las de Mendilaharzu, a su fallecimiento ¿dónde habrán ido? Se trata de obras tan valiosas, con casi seguridad únicas en el país, que convendría situarlas, razón que motiva esta nota un tanto íntima".

Pues bien, las mías son de la imprenta de "Pedro Graesbeck" y tengo la seguridad que las otras también: La Argentina, absoluta, "La Araucana" no estoy tan seguro. Las busqué en la biblioteca de Pablo Blanco Acevedo, cuñado de Mendilaharzu, pero allí no estaban y las gestiones que él hizo, antes, a mi pedido—ya Mendilharzu fallecido—para situar los libros ante su hermana, resultaron vanos.

La razón de la repetición de aquella nota tiene igual motivo. ¿Aparecerán? (Por las dudas, advierto a los bibliógrafos que las mías están comprendidas en el lote de obras de tema histórico que he ofrecido en venta al Municipio, para salvar un conjunto formado con sacrificios de todo género, de lo que pueda suceder a mi desaparición).

La cuarta edición también es bonaerense, de 1854, figurando en

el tercer tomo de la "Colección de obras históricas" llamadas de la Revista, por haberse publicado por la imprenta de su nombre. Se titula: "La / Argentina / o la Conquista del Rio de la Plata. Poema histórico / por el Arcediano don Martín del Barco – Centenra / Ded. 2p. (ps. nos. 377 a 387). El índice dos páginas, etc..

La quinta edición, también de Buenos Aires, del año 1900, figura en el tomo II da la Colección de de Angelis reimpresa en cinco volúmenes (La original de 1836) ya descripta, dedicada al tirano Rosas por el inteligente y mercenario publicista, ocupa seis gruesos tomos en folio con compaginación independiente que corresponde a las distintas obras que contiene. Al respecto no se me oculta que parece haber un séptimo volumen, pero entrar en más detalles sería interminable. El título es el que sigue: "La / Argentina / o la / conquista del Río de la Plata / poema histórico / por el Ascediano / Don Martín del Barco Centenera /" Discurso preliminar. Cinco páginas en números romanos; la dedicatoria 2 ps; el poema desde la p. 183 a la 332 con las notas al pie; la Tabla XXIII ps.

La primera, es la que transcribo su carátula, que la Junta de Historia realizó con el ejemplar príncipe a la vista que pertenecía en ese tiempo al rey de España, hoy, casi con seguridad en la espléndida biblioteca del Palacio Nacional que así se denomina el antiguo real o de Oriente.

La precede un grueso volumen de 270 páginas, también impreso por Peuser, que constitnye el tomo V de la Biblioteca de ese centro de estudios, con LII ps. del estudio de Peña, y las restantes el extensi y bien documentado trabajo de Gutiérrez sobre el poema. que también está éditos en los tomos 5, 7 y 12 de la Revista del Río de la Plata.

———

Considero bastante las menciones que anteceden sobre el libro de Barco Centenera. Las transcripciones de sus versos se refieren a la parte histórica y si bien me he hecho eco en otras transcripciones de él o del político, ha sido para presentación de ambiente. La fantasía del autor desborda como buen poeta, llegando a relatos inverosímiles como ya puede colegirse de los pescados-hombres que da como existentes en el río Uruguay, aguas abajo de la desembocadura del río Negro. Por otra parte, en la Perspectiva Histórica que antecede a

esta compilación, su testimonio ha sido traído a colación en las partes que he considerado del caso.

Finalmente, las reimpresiones de las que he hecho relación, habilitán al curioso la compulsa del caso, ya que si bien difíciles de hallar en librerías comunes, existen en todas las buenas bibliotecas.

Warhafftige Beschreibung

der vnglückhafften Schiffarht eines Schiffs von Ambsterdam / die Silberne Welt genannt / welches nach Ersuchung deß Gestadts Guinea von seinem Admiral durch Vngewitter abgetrieben/vnd nach Rio de Plata zu gefahren/wie es nemblich daselbst vor einem Flecken Bonas Aeres, durch ein falsche Freundligkeit deß Spanischen Gubernatorn/seinen Verwalter sampt etlich andern verlohren / Auch im zu rück fahren/ an dem Meerbusen Todos los Santos gantz vnd gar in der Portegaleser Hände gerathen / von welchem es also empfangen/daß allein der Schiffman Heinrich Ottsen/nach 30. Monden/ so er auff dieser Reyse armselig zugebracht/ wieder in Hollandt angeländet.

Auß Niederländischer Erzehlung gemeltes Schiffmans/ in Hochteutscher Sprach beschrieben

Durch M. Gotthart Arthus von Dantzig.

Auch mit schönen Kupfferstücken geziert vnd an Tag geben/

Durch Dietrich de Bry seligen hinderlassene Wittibe vnd zween Söhne.



Gedruckt zu Franckfurt am Mayn bey Wolff Richtern. M. DC. IIII.

HENDRICK OTTSEN
1598-1601

La expedición del buque holandés el "Mundo de Plata" 1598-1601

"Corto y verídico relato de la desgraciada navegación de un buque de Amsterdam llamado el Mundo de Plata, el cual después de reconocer la costa de Guinea fue separado de su almirante por el temporal, y después de muchos peligros cayó finalmente en manos de los portugueses en la Bahía de Todos los Santos donde fue completamente saqueado y destruído. Ocurrido desde el año 1598 hasta el de 1601".

Las restricciones que España puso al comercio de las naciones extranjeras con sus colonias de América, tuvieron efectos múltiples, de sobra conocidos, por cuanto el contrariar los intercambios comerciales generaron, de inmediato, la forma de burlarlos, cuando no luchas armadas que pudieron ser episódicas pero que también pudieron resultar generales.

Holanda, deseaba comerciar y, a esos efectos, en lo que se refiere al Río de la Plata, organizó una expedición destinada a actuar en nuestro estuario así como en Guinea, en la costa africana.

A esos fines se destinaron dos barcos, de ínfimo tonelaje para los presentes días, pero que eran de los tipos corrientes en la navegación de alta mar en aquella alejada época del XVI a que nos venimos refiriendo.

Es así que corriendo Agosto de 1598 salieron del puerto de Amsterdam el "Mundo de Oro" comandado por el armador de la expedición Laurent Bicker que llevaba como segundo a Jacobo de Muyen, y el "Mundo de Plata" capitaneado por el piloto Enrique Ottsen —que es el barco cuyas andanzas nos interesan— que llevaban una tripula-

ción de un centenar de hombres en conjunto, las provisiones de rigor para el largo viaje, el armamento consiguiente y las mercaderías a comerciar que se buscaba colocar trayendo, al regreso, lo que más conviniera, desde luego marfil africano y metales preciosos en primer término, si los hubiera donde lo encontraran.

Era una de las muchas expediciones comerciales que comenzaran, desde entonces, a surcar los mares, poniendo en contacto provechoso la producción europea con la americana.

Corriendo 1599, en pleno viaje, una furiosa tormenta separó a las dos embarcaciones que hasta ese entonces, habían navegado, en "conserva", como se dice en la jerga marinera, es decir, sin perder contacto, para ayudarse el uno al otro, desde luego, asegurándose así, dentro de lo humanamente posible, el éxito del azaroso viaje. Ese contacto, pese a los esfuerzos realizados, no se volvió a establecer de manera que cada embarcación quedó librada a sus propios recursos.

Cuando llegó el "Mundo de Plata" a Buenos Aires era su gobernador don Diego Rodríguez de Valdés quien, al enterarse del propósito de comerciar se negó a ello en virtud de instrucciones que al respecto tenía. Al final se allanaron las dificultades surgidas, todo lo cual consta en la Información correspondiente que publicara la Editorial S A en el Apéndice del primer volumen de su Colección de Viajeros, con prólogo y notas de Armando Tonelli en Buenos Aires en 1945.

Al final las negociaciones fueron interrumpidas y un clima de violencia sucedió al ambiente favorable que pareció crearse en torno de la negociación, por lo cual Ottsen optó por regresar a su país.

Ya al salir del Plata anota en su Diario que, a la partida de Maldonado, apenas si tenía unos pocos hombres sanos con que atender las maniobras, por lo cual se vió obligado a recalar en el Brasil pues la muerte diezmó la tripulación atacada por el escorbuto, el terrible flagelo de todas las largas navegaciones del pasado.

En el Brasil le fue peor que en el Plata. Se les detuvo, se informó a Portugal y no se les permitió salir hasta recibir de la metrópoli la autorización competente; se les confiscó el barco, el que al final fue consumido por un incendio no sin antes haber sido concienzudamente saqueado por unos piratas.

Tuvieron que trabajar en los más diversos menesteres para no morir de hambre hasta que al cabo de dos años de inenarrables pe-

nurias, una persona de influencia que llegó, siendo conocida de Ottsen y del jerarca portugués local, interpuso sus buenos oficios e hizo que permitiera su reembarco en una embarcación hamburguesa que en gira comercial aportara a la región y que, de retorno, los llevó a su patria.

EL VIAJE DEL "MUNDO DE PLATA"

La versión al español de la edición alemana en la que el capitán Ottsen, del referido barco holandés de la matrícula de Amsterdam hizo Paul Groussac, en 1905, en el tomo IV de los Anales de la Biblioteca de Buenos Aires, fue el primer contacto que con ella tuvimos. Es de lamentar que la edición utilizada por Groussac, de 1604, parece que contiene erratas, pues la príncipe es del año anterior, 1603, y está impresa en holandés.

Sobre estos antecedentes, así como noticias del viaje realizado de 1598 a 1601, me remito por entero al prólogo y a las eruditas notas del traductor al español que, si no la hizo personalmene, asumió la responsabilidad del cambio de idioma; solo añadiré que la impresión original no se conoce y se sabe que existió porque de ella se tienen referencias concretas, así como que las reimpresiones alemanas posteriores son de una extrema rareza y que cuando aparece algún ejemplar alcanza precios elevadísimos.

"El 14 de Junio (de 1599) divisaron la costa de América, de lo que no se alegraron poco, habiendo hasta entonces corrido gran peligro y sintiendo ya la escasez de agua. Fueron aproximándose a la tierra; y cuando estuvieron a media legua de la costa, reconocieron que era la isla de Castilla; a poco echaron el ancla y fondearon a la tarde en 15 brazas de un fondo falso, mezclado de conchuela colorada y negra y toda clase de piedras menudas".

"Como en estos lugares la estación era de invierno, en que las borrascas se suceden casi cada día, tuvieron que someterse a las leyes de la necesidad; aferraron pués sus velas e hicieron todos los preparativos para el invierno con el fin de no ser tomados de improviso".

"Esta isla de Castilla, según puede uno darse cuenta de ello, mide,

poco más o menos, dos leguas de largo; es un país llano sin matorrales ni árboles; por el norte se encuentra una colina, y la playa tiene aspecto rojizo; se ve también por el lado norte un peñasco que parece un castillo en ruinas; otras dos peñas redondeadas se alzan también por el lado sur. La tierra firme se extiende por el oeste desde donde la vista alcanza a la isla, que se desarrolla en longitud, del sursuoeste al nornoreste; en su parte media tiene aspecto blanquecino. En cuanto a la tierra firme se extiende hacia el oeste suroeste y se encuentra como a dos leguas de dicha isla; es una comarca llana sin árboles".

Groussac hace una llamada e informa: "Sobre ser muy vaga, esta vista en perspectiva de Castillos Grandes no puede explicarse sinó incluyendo en el término "isla" dicho islote de Castillos y los vecinos de Torres que el viajero supone unidos: pues es sabido que no hay isla de "dos leguas a lo largo" en aquellos parajes. Sobre la discusión geográfica de todo esto y lo que sigue, véase nuestra Introducción".

Aún cuando el traductor material del alemán no debe haber sido Groussac, dado el cuidado que ponía en esto y en todo lo que su mano tocaba, creo posible una mala interpretación de alguna voz arcaica o una lamentable equivocación del autor del diario que, quizá en esta parte ,lo redactó confiado a la memoria. Y me inclino a sospechar lo primero porque, como bien dice Groussac, dos leguas de largo jamás puede tener ese islote y a lo que debo agregar que tampoco unido a las vecinas afloraciones graníticas de las islas de Torres que, vistas de muy lejos, quizá se pudieron suponer unidas aún cuando, verosimilmente, el buque holandés estaba anclado en la bahía de Castillos no tan grande como para tomar esas perspectivas con semejante error. Lo curioso es que vuelve a equivocarse el narrador cuando dice que de la isla a la costa hay dos leguas. No lo creo: apenas si debe haber, de las más afuera, unos pocos kilómetros.

"El 17, después de haber vuelto a envergar y puesto una vela mayor nueva, [los holandeses] continuaron su ruta: no obstante, como fuese un paraje peligroso, mandaron su lancha a un tiro de mosquete adelante para sondar, manteniéndose a legua y media poco más o menos de tierra, donde habían hallado un fondo de 15 a 16 brazas; pero a la noche se alejaron de la costa y fueron a buscar un fondo

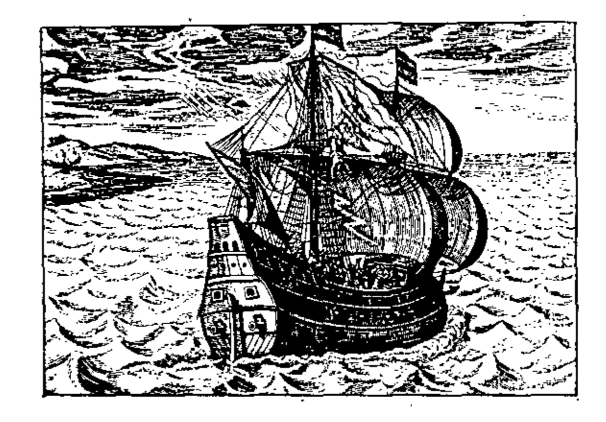
mejor, pues el que habían encontrado anteriormente era un tanto movedizo o fangoso".

"El 21 se mantuvieron a unas dos leguas de distancia de la costa, siguiendo lentamente la lancha; se hallaban con 20 ó 24 brazas de buen fondo, delante de una comarca baja y sin árboles por ningún lado; anclaron hacia la tarde pudiendo divisar entonces desde la cofa la isla de Lobos que se hallaba a una distancia de cuatro leguas por el sudoeste".

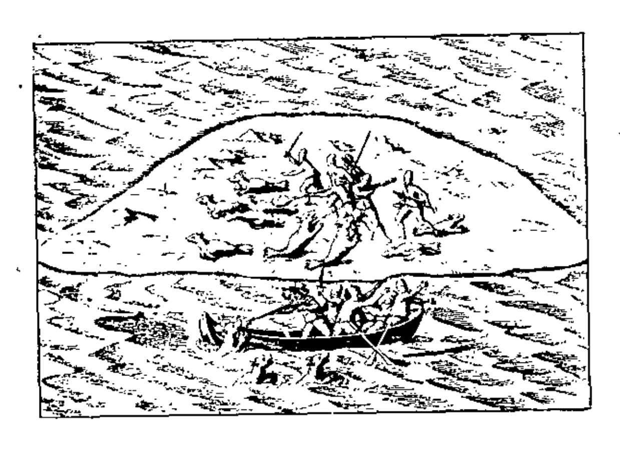
Debo transcribir la traducción de una nota que sigue puesta en el texto alemán para explicar el significado de la lámina que en ella se intercala, en la que figura, a diestra y siniestra unas figuras de los pobladores de la tierra ribereña de ambas orillas del río de la Plata cuyo curso figura, con la imprecisión consiguiente. en medio de los dos indígenas.

La nota es de un interés muy grande pues da una impresión de los naturales pero, respecto a la lámina, procede intercalar lo que respecto a ella dice Groussac en su Introducción, donde después de puntualizar algunos errores, agregados y fantasías dice: "así también en las noticias sobre los indios de Maldonado, cuyos retratos se dan" como dibujados del natural, "sin perjuicio de decirnos en el diario que "no lograron ver a ningún ser humano" — fuera de que. por el dibujo, resulta ser habitante de Buenos Aires el supuesto charrúa, y de Montevideo el problemático querandí de la lámina".

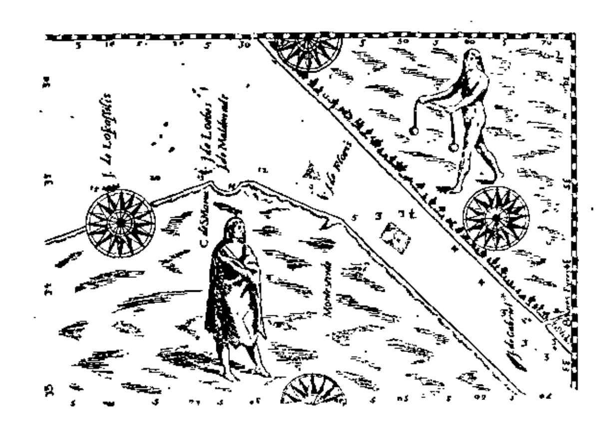
Evitando entrar en detalles que nos llevarían a largas y confusas disquisiciones que deseo evitar a toda costa, admite Groussac en nota a lo dicho, que esta carta-lámina puede haber pertenecido a los cruceros de Schmidel, Drake, Cavendish, de la colección de los "Grandes Viajes", etc., impresa por De Bry en Francfort en 1599 cuyas figuras están confundidas; o al relato de la expedición de Weert que vio la luz en holandés por el año 1600, y dos años después en la colección de De Bry. En todo caso la procedencia extraña se revela en la nomenclatura ('Los Castilis, Bonos Eyres", etc.) diferente de la del texto; y también en la disconformidad de las latitudes: así v. gr. la de Castillos: en el texto 34º30' en el mapa 35º. "Ottsen no suele co meter tales errores" termina Groussac. Respecto a las anteriores men-



El Mundo de Plata



En la Isla de Lobos matanza de anfibios



El Charrúa y el Querandí

ciones de la impresora De Bry, para evitar confusiones debo manifestar que esta célebre casa imprimió dos Colección de Viajes en distintas fechas: La primera, Los Grandes Viajes, en la que intervino el propio Teodoro De Bry y, muerto este, sus sucesores imprimieron la otra, "Los Pequeños Viajes": son dos series que se componen de veinte y cinco partes y la calificación de Grande y Pequeña la ha dado el tamaño de los volúmenes.

La nota de la edición alemana es del tenor siguiente: "Estos salvajes, que ponemos bajo los ojos del amigo lector, en dos ejemplares dibujados del natural, eran de color rojo con los cabellos atados en tres trenzas y el rostro muy desfigurado por agujeros que presentaban en la barba, en los cuales tenían introducidos unos pequeños huesos como glándulas. Tenían también agujereado el centro de la nariz cuyas cavidades no se distinguían; igualmente agujereadas las orejas y atravesadas con dientes de cerdo harto extrañas de mirar. No hablan mucho; en verano andan del todo desnudos, pero en invierno se hacen un vestido con animales salvajes, cosiendo cinco a seis pieles juntas. *Son caníbales y comen los animales con todos los intestinos.* En cuanto a su religión, nos es desconocida, pero es de suponer que vivan como bestias salvajes. Su arma es una honda que emplean para arrojar sus piedras, hallándose enseguida sin armas ni defensa alguna."

Esta descripción, sea o no tomada del natural, concuerda con las anteriores, en especial modo con la de Pero Lopes pues los presentan con los clásicos "tembetás" colocados no sólo en la nariz sino que *hasta en el labio inferior, callados como era lo corriente entre* algunas parcialidades de origen guaraní. Callados, taciturnos, apunta una serie de analogías con anteriores y posteriores descripciones que contribuyen a hacer del mismo un documento valioso pues demuestra información directa depurada. Hasta el detalle de "caníbal" que, desde luego, no comprueba siendo una información que pareciera se dá, así al pasar, eco probable de la especie divulgada por los despavoridos compañeros de Solís. Diente de cerdo, (de carpincho?) no puede ser.

Respecto a esto, por lo que me pueda tocar, rechazo la especie de Groussac en uno de sus varios libros anotada, de que este asunto de Solís parece que hiere el patriotismo de algunos escritores uruguayos. Es absurdo pensar que los uruguayos podamos incomodarnos por eso, porque, de admitirse, parece que habría una solidaridad no

confesada con los hábitos bárbaros de nuestros aborígenes. Lo que puede molestar, sí, y hasta sublevar si se quiere, es hacer cargar a esos pobres indios incultos con una costumbre que no se ha probado hasta el presente, y es la reacción lógica de quienes desean depurar de errores las antiguas crónicas tan llenas de patrañas de los primitivos cronistas que, pese a proceder de medios cultos, no titubearon en destacar cosas irreales como verdades, siendo precisa y felizmente Groussac, uno de los más duros censores que ellos han tenido.

———

Volvamos al relato del buque holandés:

"El 22 de junio a la mañana, emprendieron la marcha, y después de navegar unas cuatro leguas, tuvieron que parar nuevamente por la calma y falta absoluta de viento, sobre 15 brazas de buen fondo, a una legua de distancia de la isla de Lobos, y a media legua del "Capo di S. María", es decir, punto de por medio de estos dos lugares, *ahí donde principian los parajes del río de la Plata*".

Esta nueva categórica situación del Cabo de Santa María antiguo, la Punta del Este de hoy, es uno de los muchos elementos distintivos y terminantes para demostrar la impropiedad de la actual designación, cuya revisión no la insinúo por cuanto sería extemporánea ya que el paraje, hoy día, por su estación balnearia, tiene un calificado nombre internacional que no justificaría —desgraciadamente, por motivos de orden "práctico"— ser alterado so pretexto de un indudable error de denominación geográfica.

"Como estuviesen anclados en este punto, oyeron un ruido que venía de la isla de Lobos; fueron, pues, en canoa a reconocer la causa y vér si se encontraba allí alguna gente. Pero, cuando estuvieron cerca de la isla vieron una gran cantidad de lobos marinos que se precipitaron sobre ellos con gran furia, como leones rugidores; también se erguian en sus dos patas traseras como osos salvajes, infundiendo mucho miedo a los holandeses. Con todo, recobrando valor se pusieron a tirar tranquilamente en el montón, de suerte que cayeron muertos cuatro o cinco; cuando los otros vieron esto se pusieron en fuga, perseguidos por los holandeses que los herían a diestra y siniestra con sus sables y espadas. Así mataron o voltearon varios, y trajeron al buque nueve de los más pequeños y que luego

comieron; más tarde mataron algunos que eran del tamaño de un cerdo grande; pero los que entonces trajeron al buque eran medianos y del tamaño de una puerca ordinaria, pero curiosos de ver y de color extraño, como es fácil darse cuenta de ello por el grabado aljunto".

Esta era, por lo menos, la tercera matanza documentada que de esos anfibios hacían los primeros frecuentadores del Plata pero, es la primera nota gráfica que del beneficio de ese producto nacional que se tiene y también, el primer relato circunstanciado de una matanza. En cuanto al ataque de los lobos es fábula.

En la impresión alemana hav una nota que describe la isla, que Groussac traduce y que es interesante divulgar, no tan sólo por ella misma, sino porque contribuye a situar las anteriores islas de Castilla indentificándolas con las de Castillos Grandes, pormenor que me induce a llamar la atención sobre la semejanza gramatical y fonética que existe entre "Castilla" y "Castillos", nueva "pista, que diría Caviglia, por demás visible, para situar la primer escala holandesa en nuestro litoral atlántico.

"El 23 los holandeses levaron anclas y continuaron la navegación, manteniéndose a unas dos leguas de la costa, siempre precedidos por la lancha que sondeaba la profundidad. Por la tarde anclaron a dos leguas, poco más o menos, de un arroyo risueño de casi un cuarto de milla de largo, y a un tiro de piedra de tierra".

"Transportaron su bote por tierra hacia dicho arroyo y echaron sus redes para pescar; pero no tomaron sino cuatro pescados, por encontrarse allí un fondo de lama que casi llegaba a llenar la red: les fue fácil darse cuenta de que no harían nada más en ese paraje; se pusieron, pues, a lavar su red, y la volvieron a colocar en el bote, pero, habiendo notado que unos cisnes pequeños estaban nadando en el arroyo, los persiguieron, logrando tomar dos que trajeron al buque".

"La tierra firme, en que hallaron el arroyo de agua dulce, demora al norurueste de la isla cerca de la cual estaban anclados. Ocuparon todavía el día siguiente en hacer provisión de agua fresca; y también, el 14 de julio por la tarde, algunos de ellos fueron nuevamente a tierra para cazar algunos cisnes de dicho arroyo, logrando en efecto, traer cinco al buque. El agua del arroyo era fresca y buena; pero encontraron en abundancia la que necesitaban en la misma

isla, que, como hemos dicho, no estaba sino a distancia de un tiro de mosquete, en tanto el arroyo le quedaba a doble distancia".

"El 15 tuvieron viento del Este, y por eso pusieron todo en orden y se prepararon para zarpar. Sin embargo escribieron antes una carta para el almirante Laurencius Bicker, dándoles noticias suyas; ocultaron el aviso en una carga de mosquete que colgaron en una cruz de madera plantada en el suelo. El mismo día se alejaron de la isla de Maldonado, dirigiéndose al oeste y navegando a lo largo de la tierra firme como una legua de distancia con 15 brazas de agua; por la tarde anclaron en 10 brazas. La comarca se extiende desde Maldonado cinco leguas al este y al oeste: luego empieza a volverse lijeramente ondulada, prolongándose por el oeste noroeste hacia el interior".

Fuera de duda avistaban, desde ese punto las sierras de Maldonado: el Pan de Azúcar, las Animas, etc. y también es indudable que la isla de Maldonado es la actual Gorriti, pero la ubicación del arroyo –sobre el cual no abre opinión Groussac– es un punto geográfico oscuro. Para mi el arroyo donde capturaron los cisnes, etc. pudiera ser el arroyo de Maldonado que desagua frente a Lobos, antes de llegar a la punta del Este de hoy –el cabo Santa María de antaño– viniendo navegando del oeste al este, es decir, entrando al río de la Plata. Lo que hace oscuro el punto son las distancias que da.

Groussac en nota aclara que "la carga de mosquete era un cartucho metálico (hoja de lata) con tapa movible que cerraba herméticamente" y yo agregaré, para explicar lo del almirante Bicker, por otra parte bien conocido por los estudiosos, lo que sigue:

Holanda, sacudido el yugo español que la atenaceaba, prosiguió su gloriosa tradición marina y envió del 1579 al 1602 numerosas expediciones a recorrer los más lejanos mares del globo.

El "Mundo de Plata" formaba parte, como ya dije, con otro barco, de una expedición destinada a visitar la Guinea y el Río de la Plata equipada por Laurencius Bicker y Pieter Gernitsz Ruytenbuch, comerciantes de Amsterdam que tuvo un fin desastroso del cual el diario de Ottsen da las noticias consiguientes. El armador Bicker era el jefe de la armada que comandaba a bordo del barco principal, "De Gulden Werelt". El título de "almirante" no suponía jerarquía militar, etc. Doy, extractando a Groussac, estos datos, quien a su vez

los toma de Wauvermans en su "Histoire de lécole cartographique belge". El "Mundo de Plata — "De Silveren Werelt" iba al mando de Cornelis van Heemkerck como factor y comisario, y de Hendrick Ottsen como maestre y piloto. El "Mundo de Oro" era de 180 toneladas y nuestro "Mundo de Plata" apenas si 80 con 64 y 36 hombres, respectivamente, de tripulación. El contacto con la nave capitana lo habían perdido a la altura de las islas de Annobon el 17 de abril de 1599 y se sabe que ambos navíos no se volvieron a encontrar así como también que el "Mundo de Oro" llegó con su almirante Bicker a Amsterdam, al año siguiente, "cargado de oro, marfil y malagueta" lograda en Guinea.

En cuanto al mensaje que dejó en Gorriti sobre él, dentro de poco, volveremos.

"Descubrieron también otra isla llamada de Flores, situada a unas tres leguas de la tierra firme y como 20 leguas del cabo de Santa María. Presenta una escotadura entre dos colinas que se alargan hasta cerca de una legua corta. El 18 de julio mandaron su bote con algunos hombres para reconocer la isla; estos volvieron a la tarde trayendo algunas aves que habían tomado en dicha isla, la cual por otra parte, no tiene ninguna otra producción especial".

"El 19 tuvieron nuevamente un vientecillo favorable y pasaron por consiguiente entre la isla de Flores y el continente hasta "Monte Seredo", que es una montaña elevada; y una vez llegados a ella pusieron el rumbo hacia el sud. El 21 descubrieron un barco o pequeño buque tras el cual corrieron con el bote, intentando hablar con él; pero como no pudieron alcanzarlo lo persiguieron con su buque, aunque en vano, pues no lograron cogerlo. Supieron más tarde que dicho barco llevaba destino al Brasil y que iba cargado con un tesoro fiscal de 80.000 pesos de a ocho".

———

No interesa seguir a los holandeses por sus andanzas en la vecina orilla y retomaremos el "Diario" al regreso, haciendo igualmente omisión de las dificultades que tuvieron con los españoles de Buenos Aires y, para salir del río en sus primeras etapas, por la inconstancia de los vientos y la peligrosidad de los bancos de arena —los de Quil-

mes, Lara, y el Ortiz— por cuanto todo ello es fácil conocerlo en la impresión bilingüe que publicara Groussac en el tomo IV de sus Anales de la Biblioteca bonaerense citada.

Corriendo el mes de setiembre, retomo la traducción en la página 447 donde dice:

"El 29, volvieron a dar en un bajío o banco de arena movediza con 14 pies de agua y casi en el punto medio del estuario. Pero como este bajío se extiende del sudeste al noroeste, fueron de parecer que sería el mismo en el cual habían tocado el 21; si fuera así, este banco tendría cinco o seis leguas de largo. Cerca de la noche fondearon sobre tres brazas, a unas cuatro leguas de la costa sud y unas trece de Buenos Aires".

"El 30 se levantó un viento bastante fuerte, por lo que dieron la vela sin tardanza, poniendo el rumbo al este. Por el lado norte divisaron a Monte Seredo (vale decir, el actual cerro montevideano), que es una montaña grande y alta a unas seis leguas donde se encontraban; pero no pudieron ver otra tierra. Como el tiempo estuviese muy sereno, se establecieron sobre cuatro brazas de buen fondo; y notaron que en este paraje el agua volvía a ser un poco salada como suele ser en el mar".

"Pero hubieron de quedar allí fondeados hasta el 4 de octubre en cuyo día tuvieron nuevamente un poco de buen viento; dirigieron el rumbo hacia el mencionado Monte Seredo; llegaron antes de la noche como a una legua de distancia y anclaron sobre cuatro y media brazas de agua".

"En seguida tuvieron bastantes temporales y vientos contrarios, de modo que avanzaban muy poco; pero el 13 tuvieron nuevamente viento suficiente y, barajando la costa norte a unas dos leguas de distancia, llegaron a la isla de Flores, donde fondearon por la tarde sobre seis brazas de agua. Pero durante la noche se levantó un fuerte huracán que duró todo el día siguiente y les hizo garrear, de suerte que el día 15 se encontraban a un tiro de mosquete de la costa de dicha isla. Además, como no se aplacase la tormenta, no podían quedar fijos sobre ninguna de sus anclas, y se les hacía muy visible que no pasaría mucho tiempo sin ser arrojados a la costa".

"Entonces el capitán exhortó a todos los que se encontraban todavía en el buque, a que levantansen su voz a Dios de común acuer-

do, dirigiéndole una fervorosa oración para que los librase de ser estrellados contra esa isla desierta. Después de cumplir este acto, el capitán volvió a subir sobre cubierta y echó la sonda para ver si el buque garreaba todavía; pero halló que estaba fijo y que no se movía, por lo que les entró una gran alegría. Poco después el tiempo cambió y al día siguiente pudieron continuar su ruta con mar en calma".

"El 18, continuando el buen tiempo, barajaron la costa norte a media legua de tierra hasta cerca del medio día en que alcanzaron el cabo de Santa María (recalco: la Punta del Este de hoy); anclaron allí, y después de haber escrito una carta de aviso al almirante Laurentius Bicker, el capitán fue a tierra con algunos de sus hombres y habiendo metido esa carta en una carga de mosquete, la colgaron en un poste para que si dicho Laurentius Bicker llegaba a este punto, fuese avisado y puesto al corriente de lo que les había sucedido, y tomase las precauciones correspondientes".

Evidentemente no deja de llamar la atención que no se refiera el relato a la otra carta dejada en el mismo sitio —por cuanto es incuestionable que de él se desprende era la misma isla, la de Gorriti de nuestros días, donde había dejado a la venida una misiva idénticamente colocada "en una carga de mosquete colgada de una cruz". Ahora, la otra, destinada al mismo personaje dándole cuenta de sus andanzas en el río y de sus desavenencias con el gobernador español de Buenos Aires, también la metían "en una carga de mosquete colgada de un poste"...

De todo lo que antecede se desprende en conclusión que tanto Flores como Gorriti eran islas desabitadas por esos tiempos.

A Groussac también le llama la atención lo anotado de las cartas y parece que dudara de si los mensajes no se dejaron en islas distintas, se me ocurre que en la de La Paloma rochense, pero, es una minucia que no interesa mayormente aunque pudiera tener su razón por cuanto nos informa que el gobernador Valdes, temeroso de un ataque portugués, vigilando el río, despachó el 12 de marzo de 1600 desde Buenos Aires una carabela al mando del piloto Francisco Fernández que encontró en Gorriti —la nombra Maldonado— el primer mensaje a Bicker "en unas peñas, a la Vanda del Este, una cruz y en un brazo de ella una carga de mosquete con una cédula dentro en lengua flamenca que era de los flamencos de la urca", etc.

A más "andando más adelante hallaron una piedra que pesaría tres quintales con un escudo grande de Portugal y encima otra pequeña atravesada con una cruz". Eran el testigo de toma de posesión lusitano de Martín Alfonso de Souza y Pero Lopes. Todo lo que demuestra que la inspección fue prolija y, por tanto, el segundo mensaje a Bicker lógicamente no estaba allí.

Como final creo del caso decir que los holandeses "no tenían más que tres hombres sanos a bordo, estando todos los demás enfermos de escorbuto" como le decían a Bicker en la segunda misiva, por lo que lo noticiaban que se dirigían a Santa Catalina, de manera que en realidad su estada en el Plata no les había resultado propicia ya que al regreso fueron perdiendo mucha gente muerta por esa causal tan común entonces por falta de alimentos frescos.

La lectura de todo lo que precede constituye una información primaria, verdaderamente elemental, para aquellas personas que se quieran adentrar en el estudio de los infinitos problemas de todo orden, pero principalmente geográficos y etnográficos que están por resolver o lo han sido después de porfiada controversia sin dejar, como es humano, contentos a todos.

La determinación de los lugares aludidos por los descubridores, conquistadores y viajeros de la primera hora, es el primer tema que se presta a controversia aunque, en lo fundamental, —la ubicación de Montevideo, la del cabo de Santa María, las primeras poblaciones de vida efímera pero efectiva y algo más— todo esto, salvo excepción y detalles, está perfilado de manera duradera; pero los puntos confusos, algunos tremendamente difíciles hasta para dominarlos en sus detalles, son los etnográficos.

Indudablemente que son fundamentales y tienen carácter de primarios para los especialistas, para los eruditos, no así para la generalidad pues, en el cuadro general etnográfico, en mi opinión reviste más interés en saber cómo eran y cómo vivían en el siglo XVI y cómo se fueron transformando sus hábitos en contacto con el hombre blanco y con elementos que este importó y se americanizaron de inmediato, produciendo un vuelco espectacular en el desarrollo de su vida.

Sobre esto llamo la atención, pues muchos comentadores, al estudiar al charrúa, por ejemplo, no hacen los distingos que estimo debe hacerse entre el charrúa descripto por Pero Lopes y por Ottsen, del de Azara y del de D'Orbiny, que vieron y tomaron contacto con

una parcialidad transformada de raíz durante dos siglos casi, todo el 1600 hasta 1790 y tantos. Azara, y D'Orbigny, cuya autoridad en lo antiguo es puramente libresca pues los indios que vieron a principios del XIX aquí o en ambas orillas del Paraná, estaban muy mezclados, quizá con blancos y con negros y, seguramente, con las costumbres alteradas de una manera radical al punto que deben ser considerados hombres completamente distintos de los vistos o entrevistos por los integrantes de las expediciones que he mencionado a vuelo de pájaro desde Solís a Ottsen.

La introducción y la enorme propagación del ganado equino y vacuno hizo al indio del XVIII completamente distinto al del 1500. El hombre primitivo, que marchaba a pie o pescaba en canoas en las barras de los arroyos del río de la Plata, luego fue ecuestre. Se hizo "de a caballo", cambió su sistema de alimentación y con las pieles de esas especies animales importadas echó los cimientos de la edad del cuero en que cimenta sus bases la civilización nacional.

¿De dónde procedía el charrúa? ¿Qué lengua hablaba? Con ser algo muy interesante en el cuadro general, pierde entidad dentro del mismo. Hay una anarquía completa en estos y otros muchos aspectos de quienes han estudiado a fondo el problema, que no encontrará solución hasta más adelante cuando de los cotejos de los elementos lingüísticos y antropológicos que puedan hallarse —porque los que se disponen en la fecha son poquísimos e insuficientes desde cualquier punto de vista que se les mire— permitan llegar a conclusiones de base más científica.

Para dar una idea de la pobreza de antecedentes, baste decir que el nombre de charrúa no es charrúa. Esta calificación apareció por primera vez en la relación del viaje de Diego García en 1526 y fue puesto por los lenguaraces que, como se habrá visto en los extractos de los relatos, traídos por los conquistadores de Santa Catalina. Y Rodolfo Schuller pregunta y responde al tocar este tema: "¿En qué idioma hablaban esos lenguaraces a los indios del Plata? En el idioma general del Brasil que era el guaraní, en su variedad tupí". Y se entendían dificultosamente —en algunos casos nada— y en los pri-

meros, porque algunos de ellos habían sido sus prisioneros y habían frecuentado y alternado en sus conversaciones que, al olvidarse en cortos años, prueba que no era la misma. Afirmar que los propios charrúas se llamaban charrúas me parece temerario, por eso es que hago la afirmación contraria que antecede. Quedaría encantado —lo adelanto— de que pueda confirmarse, pués es voz tan consustanciada con el amor a la libertad y al culto de la valentía que, todo oriental de antaño como el uruguayo del presente, fincamos con verdadero orgullo descender de esa tribu indómita que, con la de Araúco, dividen supremacías en la calificación de indomables en esta parte del continente. Va dicho esto sin desconocer que pocas gotas indias corren por las venas de los uruguayos de hoy, pero es de toda evidencia que, sea por el ambiente o por otras razones que no viene al caso resaltar, nuestra nacionalidad, pequeña como la autóctona, tiene una pujanza en la acción constructiva y un espíritu de rebeldía que hace difícil nuestro gobierno, en esta tierra en que el culto a la libertad y a la democracia, felizmente, no son palabras vanas.

Mi impresión es que los charrúas procedían de una variedad de las muchas que presenta la raza guaraní en América, impresión suceptible de ser modificada y que avanzo porque creo que en una obra como la presente, dentro de lo posible, toca al escritor pronunciarse sobre los puntos dudosos que aborda.

Las hipótesis son varias. En un folleto impreso en Chile en 1906 Rodolfo R. Schuller, reeditando, ampliadas, la opinión vertida en su Introducción al manuscrito firmado por Azara que con el título de "Geografía Física y esférica de las Provincias del Paraná y Misiones Guaraníes" se publicó en nuestra ciudad en 1904 en los "Anales del Museo Nacional", siendo su director Arechavaleta, se sostiene el origen chaqueño de los charrúas en oposición a los que sostienen la ascendencia pampa. Las pruebas que aduce son las de carácter general y somáticas, etc. v. gr. los adornos de los labios, narices, etc. y, entre otras, la bárbara costumbre de mutilarse asimismo en señal de gran dolor una articulación de ambas extremidades —manos o pies—. Hay otro trabajo muy interesante de otro escritor alemán, Jorje Friederich, de Leizig que, al comentarla, deja entrever un posible origen Tupiguaycurú, que Schuller no acepta replicando en el aludido folleto, impreso en Chile, a su colega el etnólogo alemán.

Pero como en esta controversia se cita la analogía de la costumbre que anota Pero Lopes, de saludar con llanto y lágrimas a los extranjeros, la señalo, porque este procedimiento de la etnología comparada, si bien ha traído muchos errores quizá haya procurado muchos aciertos y como en terreno tan movedizo al marchar con sumo cuidado no deben descuidarse detalles como ese. No obstante, me parecen más concluyentes los minuciosos estudios de filología comparada hecho por Félix Outes —que desenterró entre los infolios del Museo Británico el "Saggio" que el abate Hervás citaba en su conocida obra "Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas" etc. monumental trabajo en cinco tomos impreso en Madrid en 1800-1805. Esta opinión del que con razón se considera el padre de la Filología Comparada, el de Outes "Sobre las lenguas indígenas rioplatenses" —Buenos Aires 1913— y la "Filología comparada de las lenguas y dialectos Arewal" de nuestro compatriota don Sixto Perea y Alonso — Montevideo —1942— que parece consagrar la unidad lingüística Guenoa-Chaná, vale decir, Guenoa, Yaro, Bohan, Charrúa, Minuán, Chaná-Beguá y Chaná-Timu, induce a pensar que había un parentezco idiomático y constituye una respuesta a la tesis de Schuman aludido, descartándola

Todo esto va dicho como referencias bibliográficas a las investigaciones más serias realizadas sobre un tema, innecesario creo decir, que queda fuera de mi competencia; agregando que en las obras citadas hay las referencias suficientes de las fuentes bibliográficas complementarias a que debe acudirse quienes deseen hurgar en los posibles orígenes de nuestros aborígenes.

SMITHSONIAN MISCELLANEOUS COLLECTIONS
VOLUME 108 (WHOLE VOLUME)

COMPENDIO Y DESCRIPCIÓN DE LAS INDIAS OCCIDENTALES

POR
ANTONIO VÁZQUEZ DE ESPINOSA

TRANSCRITO DEL MANUSCRITO ORIGINAL
POR CHARLES UPSON CLARK

PUBLICADO BAJO LOS AUSPICIOS DEL COMITÉ INTERDEPARTAMENTAL DE COOPERACIÓN CIENTÍFICA Y CULTURAL DE LOS ESTADOS UNIDOS



PUBLICATION 3898)

CITY OF WASHINGTON
PUBLISHED BY THE SMITHSONIAN INSTITUTION
1948

LOS "COMENTARIOS" DE ANTONIO VASQUEZ DE ESPINOSA 1620

Esta obra se trató de imprimir en 1629 no pasando de proyecto, y solo logró publicación casi tres siglos después, en 1948 en que Charles Clark lográ hacerlo incorporándola al tomo 102 de la Smitsonian Miscellaneous Collectin cuya carátula se reproduce.

En el tomo II de mi "Civilización del Uruguay", impresa en 1951 por el Instituto Histórico en nuestra ciudad, expresé a su respecto que el manuscrito de Vásquez de Espinosa fue descubierto en la Biblioteca del Vaticano, en Roma, por el erudito Upson Clark, hurgando en los fondos de la que perteneciera al cardenal Barberini.

Su autor, carmelita descalzo, la escribió alrededor de 1620, habiendo este religioso salido de Madrid para Méjico en 1612 y después de haber recorrido todo Centro América y al parecer, parte del sud, encontrándose en Guatemala en 1620 se jactó por "auer andado, visto y considerado, no solo lo mas de aquel nueuo Orbe de Nueua España Honduras y Nicaragua, y todo el reino del Perú, sino los naturales de los indios en general y particular".

Upson Clark expresa: "sus descripciones de Tucumán y del Paraguay parecen ser las de un testigo ocular, pero no hay referencias personal ni siquiera para Chile, aunque dice que pasó la mejor parte de su vida allí".

El primer bibliógrafo del nuevo mundo, León Pinelo calificó la obra del religioso carmelita como la más preciosa contribución hecha hasta entonces a la literatura sobre las Indias.

Guillermo Lohmann Villena en su reciente aporte "Algunos datos inéditos sobre fray Antonio Vásquez de Espinosa (1) informa que "se

---

(1) Las notas bibliográficas de la edición inglesa y española, por Ramón Ezquerra Abadia y Francisco Modrales Padrón, respectivamente las sitúan Lohman en Revista de Indias —Enero 1944, Año V, V. Nº 15 y en Anuario de Estudios Americanos - 1948 - V. etc.

han hecho ediciones parciales citadas por Sánchez Alonso (2) y cabe únicamente agregar el trabajo eurístico de Carlos Luque Colombes titulado "Vásquez de Espinosa y la ciudad de Córdoba" (3) así como la detallada colación del manuscrito original y las noticias biográficas que extrajo del mismo el laborioso jesuíta P. Vargas Ugarte (4). Agregando: "Recientemente se ha reproducido otro trabajo de Vásquez de Espinosa, probablemente resumen o epítome de la citada obra grande. Se trata de la "Relación de las Indias" editada por el conde de Canilleros, don Miguel Muñoz de San Pedro (5).

———

Es seguro que no frecuentó a nuestros indígenas, pero parece indudable que dadas sus relaciones y el afán puesto en la formación de su obra fundamental, debe haberse asesorado lo mejor que pudo, recurriendo a quienes los pudieron conocer de visu o por autorizados relatos de terceros, por todo lo cual siempre le asigné un lugar preferencial en nuestras fuentes viejas por la antigua información que de su obra emana.

En la página 642 de la exhumación de Upson Clark puede leerse:

"Por la otra vanda del Rio de la plata, en el cual se llama en lengua de indio el gran Paraná, y los indios Paranás, confinan con la nación de los Charrúas la qual es grandisissima y estendida, andan desnudos, algunos cubiertos con vn pellejo de venado. vnas veces estan de paz, y otras de guerra como mejor les esta: estos quando da vn nauio a la costa y se pierde, Captiuan la gente y las venden con gran recato y Cautela (por que no sepan los Españoles que ellos los Captiuan), a los indios guaraníes, por vn perro, o cuchillo, o chaquira, o hachas".

Puede que algunos hayan podido proceder así, pero, por lo ge-

———

(2) "Fuentes de la Historia Española e Iberoamericana" - Madrid - 1952, t. I, Nº 21.820.

(3) "Historia" - Buenos Aires, Enero-Marzo 1956.

La de Lommann, de quien tomo estos datos en la misma revista Nº 7, Buenos Aires 1957.

(4) "Manuscritos peruanos en las Bibliotecas del extranjero" - Lima MCMXXXXV.

(5) "Revista de Indias" - Julio-Diciembre 1948, año VIII, Nos. 33-34.

neral, el blanco capturado pronto ascendía en el mejor concepto y era respetado y aun le daban alguna preeminencia. Esta es una simple suposición con cierta base, por ejemplo la del caso de Luis Ramírez que circuló entre los indígenas sin causar en ellos recelo.

Más interesante resulta el trueque por el perro, porque lo otro en marchar de hipótesis en hipótesis sin mayores bases firmes, pero esta aserción interesa porque comprueba que por esos años eran muy raros los perros de origen español que indudablemente les era de un enorme utilidad para el rastreo de los pilíferos autóctonos y, desde luego, para su captura, ya que todavía no eran ecuestres porque ni caballos ni perros se habían aun propagado de la manera prodigiosa que luego lo fueron.

"Estos quando se an de casar hazen llamamiento, y junta en vna parte señalada y alli donde an de casar la nouia manda el casique, que cada vno vaya con su flecha, y arco, y lleue alguen pellejo, y otra cosa por offerta conforme cada vno tiene, y estando juntos entra el casique con la nouia a gozarla, y luego los demas por su orden, ofreciendo lo que cada vno a llevado, por dote, y el último es el marido, y con este barbarismo y modo vestial quedan casados".

Cuando trasmití este párrafo comenté en mi expresado libro: "Es posible esa costumbre bárbara del casamiento porque las aberraciones humanas en material sexual en los hombres primitivos son frecuentes y mayores que en los civilizados, pero es raro que nadie, posteriormente, al frecuentarlos, no haya resaltado eso que debió, de ser cierto, llamar la atención al más indiferente".

Hoy me ratifico y añado que precisamente los viajeros que llegaron al Plata primeramente, sobre todo descubridores y primeros conquistadores, al tocar la tierra costera del Brasil señalaran casi unánimemente, la facilidad del trato sexual de los blancos con las mujeres indígenas que iban a ofrecer sus favores a los barcos exhibiendo sus más recónditos encantos y su disfrute a cambio de simples bagatelas.

Y esto, que también era frecuente entre los indígenas australianos, ha llegado a nosotros por los viejos relatos, siendo por tanto de extrañar que nada de eso ni de ninguna otra anormalidad en el trato sexual lo haya señalado nadie a no ser Vásquez de Espinosa.

"Tienen otra Costumbre bárbara, quando se les muere padre o madre, o algun pariente en señal de tristeza, y luto se corta vna coyuntura de vn dedo, y quantos se les mueren tantos se cortan, hasta

venir a quedar mochos en manos, y pies y los que mas dedos tienen cortados son tenidos, y respetados por mas honrrados".

Al respecto dije: "La costumbre de cortarse una falanje de dedo al fallecimiento de personas muy allegadas, la citan muchos que no han tenido la más remota noticia de lo dicho en el manuscrito de Vásquez" hasta hace poco prácticamente inédito, pues Upson Clark cree que el cardenal Barberini lo obtuvo cuando su viaje a España realizado del 1724 al 1725.

Es dato corroborante de otras aserciones, aunque me cuesta creer que quedaran mochos —algunos hasta de pies y manos— por más respeto y consideración que esas absurdas mutilaciones pudieran provocar, dadas las dificultades para su mantenimiento en aquellos ambientes primitivos en que partes tan vitales del cuerpo humano eran elementales para poder subsistir.


HISTORIA NATVRALIS
BRASILIAE,
Auſpicio et Beneficio
ILLUSTRISS. I. MAVRITII COM. NASS.
Auspicio et Beneficio
Non tantum Plantæ et Animalia, ſed et In-
digenarum morbi, ingenia et mores deſcribuntur et
Iconibus ſupra quingentas illustrantur.
LUGDVN. BATAVORUM
Apud Franciſcum Hackium
et
AMSTELODAMI,
Apud Lud. Elzevirium. 1648.

JORJE MARCGRAVE

1640

Un ilustre naturalista norteamericano, Eugenio Willis Gudger, dice que si Marcgrave "hubiese vivido más algunos años disponiendo del tiempo necesario para poder coordenar el material de sus colecciones y las observaciones hechas en el Brasil, habría ciertamente conquistado la reputación del primer naturalista de su era, alcanzando la categoría de los primus inter pares de todas las épocas, desde los tiempos de Aristóteles".

Tal es el ilustre hombre de ciencia que hace más de tres siglos nos describe el apereá, los dos tipos de osos hormigueros, el coatí, el carpincho, el tatú, la mulita, el yaguareté, el puma, etc., describiéndolos y dibujándolos según puede verse en el libro VI de la "Historia das cousas naturais" de la reedición de la obra de Marcgrave, realizada en San Pablo en 1942 cuyo frontispicio publico.

Por esta destacada intervención hago una excepción y lo incluyo, no habiendo estado en el país.

En primer término, Jorje Marcgrave, muerto a los 34 años de edad en día ignorado de Julio o Agosto de 1644 en territorio de Africa Occidental, es el primer observador de formación rigurosamente científica con que se puso en contacto el nuevo mundo, su primer astrónomo, hombre de cerebración privilegiada al decir de Affonso de Taunay cuyo libro "Historia Natvralis Brasilliae" publicada por su amigo Juan de Laet en Amsterdam en 1648 describe varias especies típicas de nuestro país sin haberlo visitado.

Marcgrave integró la comitiva de artistas y de científicos que trajo al Brasil holandés aquel culto espíritu que anidaba en el cuerpo del príncipe Mauricio de Nassau.

ACARETTE

RELACION
DE VN VIAIE AL RIO DE LA PLATA
y de allí por tierra al
PERV

Con observaciones sobre los habitantes, ya sean Indios o Españoles, las Ciudades, el Comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de América.

ACARATE DU BISCAY
1658

"La Revista de Buenos Aires" exhumó en 1867 —Nos. 49 y 50— un pequeño libro publicado casi dos siglos atrás, completamente desconocido en el Río de la Plata. Informaba se trataba de la "Relación de los viajes de Monsieur Ascarate du Biscay al Río de la Plata, y desde aquí por tierra hasta el Perú, con observaciones sobre estos países", traducida del inglés al español, y fue un nuevo y valioso aporte al conocimiento de determinadas zonas de la cuenca platense, especialmente del lado argentino, pues en lo que respecta a nuestro territorio, se limitó a observaciones sobre la navegación del "río como mar", dando detalles sobre algunos aspectos de la costa y aun menores sobre la zona del río Uruguay que conoció hasta más arriba del río Negro, sin adentrarse al interior como el mismo consigna.

Cuando el viajero visitó esas regiones corría el año de 1658 y el actual territorio uruguayo era un inmenso desierto solo habitado por los aborígenes, por completo inexplorado. Debían transcurrir muchos años hasta que los portugueses fundaran la Colonia del Sacramento, suceso acaecido en 1680. Pasado casi medio siglo se iniciaba la población de Montevideo y poco quedaban de las tentativas para afincarse por los sectores que hoy corresponden a los departamentos de Colonia y de Soriano, donde el español trató de radicarse infructuosamente, duramente combatido por los autóctonos.

La moderna investigación ha puesto de manifiesto que el texto original del relato se publicó en 1672, en la colección francesa de Thevenot "hoy, de muy difícil consulta por su rareza" expresa el editor de la primera impresión argentina en forma de libro, Alfer & Vays [1]. La traducción inglesa utilizada por la expresada Revista

---

(1) Según noticia la reimpresión de la primera edición es de París de 1672 "Relation des voyages du Sr... dans la riviére de la Plata et de la par terrae au Perou, en Relations De Divers Voyages Curieux etc.".

La segunda "An Account of a voyage up the River de la Plate and thence over land to Peru" etc. By Acarete du Biscay. London, etc. 1698.

La segunda edición inglesa: "A Relation of Mr. R. M's Voyage to Buenos Ayres Andrfrom thence by Land to Potosi", etc. London 1716.

que la hizo conocer, designa al autor como Acarrete du Biscay que es como generalmente se le ha venido citando sin que falten los que españolizaron el apellido llamándolo Ascárate de Biscay.

En mi "Bibliografía de Viajeros" –tomo II de Civilización del Uruguay. 1600-1900– excluí deliberadamente la traducción de Daniel Maxwell publicada en la revista de Navarro Viola y Quesada, por las escasas referencias que respecto a nuestro medio contenía, pero, bien pensado, esa exclusión resultó un tanto arbitraria desde que incluí otros autores quizá de menor interés en sus deposiciones sobre las cosas nuestras. Hoy, procurando hacer un trabajo más completo, la coloco valiéndome de la expresada reimpresión argentina incluída en la Colección "El viajero y la ruta" de los mencionados editores Alfer & Vays en la que figura con el siguiente título: "Acarette. Relacion de vn viaje al Rio de la Plata y de alli por tierra al Perú. Con observaciones sobre los habitantes, ya sean Indios o Españoles, las Ciudades, el Comercio, la fertilidad y las riquezas de esta parte de America", *Buenos Aires 1943. La traducción, hecha también sobre* ediciones inglesas, es del Sr. Francisco Fernández Wallace con prólogo y notas del escritor paraguayo Julio César González.

Comienza el relato declarando: "La inclinación que siempre tuve a viajar, me hizo abandonar siendo muy jóven la casa de mi padre, y puedo asegurar que no me impulsaba tanto a ello la mera curiosidad de ver países extraños, cuanto la esperanza que abrigaba de adquirir conocimientos y desarrollar mi inteligencia, cosa que en el futuro podría serme provechosa no solo en mis negocios particulares, sino también haciéndome más útil a mi Rey y a mi patria, el cual declaro fue el principal móvil de mi viaje.

Se embarcó en Cadiz en un buque aparejado por un caballero español amigo suyo, quien "muy amistosamente consintió en dejarme ir bajo su apellido, como sobrino suyo para que pudiera yo ocultar mi calidad de extranjero, que, de saberse, hubiera impedido mi viaje, porque en España no permiten sino que los españoles nativos vayan en sus buques a la India".

Se hicieron a la mar a fines de Diciembre de 1657 y en ciento cinco días llegaron a la boca del Plata donde se encontraron con una fragata francesa con la que lucharon, pero, logrando desprenderse, llegaron a Buenos Aires donde encontraron la friolera de veinte buques holandeses y dos ingleses cargando cueros vacunos, plata en

láminas y lana de vicuña que habían permutado en pago de las mercaderías que conducían.

El viajero se enfrasca en una corta mención de que tres de esos barcos holandeses, al regreso y en la desembocadura del río, lucharon con dos navíos franceses —entre ellos con las que habían contendido ellos—, pero estas incidencias no interesan mayormente aunque dan una impresión de la zozobra con que se vivía en aquellos lejanos años, estando la costa desierta, y el mar pleno de peligros.

"Pero antes de seguir más adelante, es conveniente que anote mis observaciones acerca del Río de la Plata y los países a través de los cuales corre. En aquellas regiones es llamado el Paraguay, aunque más vulgarmente el Gran Paraná, probablemente porque el río Paraná desemboca en él arriba de la Villa de las Corrientes. Su boca (que se encuentra a los treinta y cinco grados de latitud sud sur de aquel lado de la línea ecuatorial) está entre el cabo de Castillos y el Cabo de San Antonio, alrededor de ochenta leguas del uno y del otro. Aunque sea lo bastante profundo en todas partes, la ruta mas común en él, y la mas utilizada por los marinos, está del lado norte, desde Castillos hasta Montevideo, el cual está a medio camino de Buenos Aires, a pesar de que hay un canal en el mismo lado norte desde Montevideo a Buenos Aires, cuya menor profundidad es de tres brazas, sin embargo para mayor seguridad, cruzan desde Montevideo al canal sur, porque es mas ancho y tiene tres brazas y media de agua en el lugar menor profundo". Innecesario creo hacer resaltar que la mención de Montevideo que hace con reiteración, se refiere al accidente orográfico que medio siglo después dió nombre a la ciudad frente al cual se fundara la ciudad. "Todo el fondo es fangoso, hasta dos leguas de Buenos Aires, donde se halla un banco de arena; alli toman prácticos para que los conduzcan hasta un lugar llamado El Pozo, justamente frente a la ciudad, distante un cañonazo de la playa, adonde no pueden llegar mas buques que los que tengan licencia del Rey de España; aquellos que no tengan semejante permiso, están obligados a anclar una legua mas abajo. El rio está lleno de peces, pero de todos ellos apenas hay siete u ocho clases que sean comestibles. Hay abundancia de esas ballenas llamadas Gibars y lobos marinos, que comunmente paren sus cachorros en la playa, y cuya piel es adecuada para varios usos. Me contaron que cinco o seis años de que yo llegara alli, el rio se quedó casi en

seco durante algunos dias, no conservando mas agua que una poca en el canal central, y en realidad tan poca que la podían cruzar a caballo, como uno puede hacerlo en cualquiera de los rios que desembocan en el de la Plata, en los cuales hay tambien muchísimas nutrias, con cuyas pieles se visten los salvajes".

Es evidente lo equivocado que está el viajero sobre la falta de peces comestibles en el estuario. Ignoro si es una información que da de por si, pues es muy extraño que dada la proverbial riqueza ictiológica de sus aguas, se trate de una aseveración gratuita formulada a corazón ligero como suele decirse, al considerar la ligereza de juicios faltos de base.

Tan pronto como fue conocido en el Plata el relato de Ascárate de Biscay, muchos pusieron en duda la veracidad de algunos de sus relatos y, esa del río virtualmente seco es una cosa que no pasa de ser una tarasconada. Jamás el caudaloso río ha visto disminuir su caudal de manera apreciable como para llegar a una conclusión de esos extremos completamente inverosímil.

Otra afirmación que interesa destacar es el lugar donde los grandes barcos tomaban práctico para llegar a Buenos Aires, lugar que, con el correr del tiempo, ya fundada Montevideo, se traladó a su puerto.

"La región del norte del río de la Plata es de gran extensión, habitada tan solo por salvajes, llamados charrúas. La mayor parte de las islitas diseminadas a lo largo del rio y las playas, estan cubiertas de bosques infestados de cerdos salvajes [1]. Desde el cabo de Castillos arriba hasta el rio Negro, lo mismo que de dicho cabo hasta San Pablo, limítrofe con el Brasil, las costas estan deshabitadas, aunque el país, especialmente a lo largo del rio, parece ser muy bueno, atravesado por arroyuelos que bajan de los cerros hasta las llanuras. Los españoles se establecieron alli al principio, pero después se trasladaron a Buenos Aires, a causa de las dificultades que presentaba el cruce del Gran Paraná para ir al Perú".

Esto es una gran verdad de la que me hice eco alguna vez para explicar el mayor desarrollo de las ciudades del Plata, ya que el crecimiento mayor de Buenos Aires obedece a ser el punto de entrada y de salida de una comarca inmensa, infinitamente mayor que la que

---

(1) Estos "cerdos salvajes" con seguridad son carpinchos.

atiende Montevideo. En cuanto a los cerdos salvajes, dada la vecindad de los bosques, el agua dulce y la falta del hombre, debe tratarse de carpinchos que por esos años podían regodearse en áreas propicias a su buena vida y multiplicación.

"Desembarqué con frecuencia mas allá del rio Negro, pero nunca me interné mas de tres cuartos de legua hacia el interior. Se ven pocos salvajes, ya que tienen sus viviendas bastante lejos, hacia el interior. Aquellos con quienes me encontré eran bien formados, gastaban largos cabellos y muy escasa barba; no vestían más que una gran piel formada de pequeños trozos unidos, que les colgaba desde el cuello hasta los talones, y un pedazo de cuero bajo los pies, atado con tiras a los tobillos (1). Como adorno usan en la cabeza una vincha de género (2), la cual les cubre la frente y les mantiene los cabellos hacia atrás. Las mujeres no tienen otro vestido que esas pieles, que se atan a la cintura, y se cubren la cabeza con una especie de sombrerito hecho de juncos de diversos colores.

"Desde el Rio Negro hasta las Corrientes y el rio Paraná, el país está bien poblado de toros y vacas; hay también muchísimos ciervos, cuyas pieles se venden como legítima piel de ante (3). Los salvajes de la región del Rio Negro son los únicos, desde el mar hasta allí, que mantienen correspondencia con los de Buenos Aires, y los Caciques y Curacas, sus jefes, rinden homenaje al gobernador de la plaza de la cual sólo están a veinte leguas".

Son muy interesantes estas informaciones como aporte al conocimiento etnográfico estimando como valedera la suposición de que esos indígenas sean los chanaes que habitaron la boca del río Negro y llegaron hasta para formar algunas rudimentarias poblaciones desaparecidas ante el empuje destructor de los charrúas celosos del dominio de sus viejos lares.

---

(1) Tamangos. La primera manifestación autóctona de una costumbre casi universal.

(2) Difícil protejían

(3) Casi imposible, la piel de anta es muchísimo más gruesa que la de ciervo y la de carpincho, verdaderamente inconfundible.

EL ENIGMA DEL VIAJERO ACARETTE DU BISCAY

(En el tricentenario de su viaje)

Por el Coronel Rolando Laguardia Trías

En este año de 1958 se cumple el tricentenario de la llegada a Buenos Aires del viajero Acarette du Biscay.

Desde la publicación del relato de sus viajes, en 1672, un halo de misterio lo acompaña: asegura que no era español pero se guarda muy bien de revelar su nacionalidad; refiere que abandonó muy joven la casa de sus padres con el deseo de viajar, pero calla su edad ;cuenta que permaneció en España, particularmente en Cádiz, el tiempo suficiente para aprender el idioma, mas sus andanzas en los barcos españoles y la libertad con que se movió en América, inducen a pensar que dominaba nuestra lengua; y, por último, se desconoce su verdadero nombre pues ya el primer editor de su relato declara que, en su opinión, Acarette es un nombre supuesto.

En suma, tanto al escribir el relato de sus viajes al Río de la Plata como al publicarse —verosímilmente, con su consentimiento— las dos primeras ediciones de la obra, Acarette se cuidó de que nadie lograra identificarlo. Y a fe que lo consiguió pues hasta el día de hoy se ignora quien es Acarette du Biscay.

Desde hace algún tiempo, testimonios aislados nos proporcionaron los datos, a nuestro parecer suficientes, para la identificación de Acarette du Biscay, pero la esperanza de conseguir, algún día, nuevas piezas de convicción, nos hizo diferir hasta ahora la publicación del resultado de nuestras investigaciones.

Hubiéramos deseado proseguir las averiguaciones en Francia y Gran Bretaña —no sólo para agotar este estudio sino otros tanto o más importantes que éste— pero los medios a nuestro alcance no nos permitieron hacerlo. No lo lamentamos, pues así quedará abierto este caso histórico para que otros investigadores tengan la oportunidad de comprobar si existen o no las piezas complementarias que hubiéramos deseado localizar.

Es posible que no se conserven otros documentos, fuera de los

que daremos a conocer, pero esto no debe ser excusa para que no se emprendan esas búsquedas con cuyo resultado, aun siendo negativo, será necesario contar. En efecto, sólo los advenedizos pueden pretender que para resolver cada problema histórico ha de existir necesariamente un documento inédito que lo aclare: si esto fuera cierto la Historia sería muy aburrida pues se reduciría a la sola Eurística y su cultivo quedaría limitado a los hombres sabuesos, dotados de un olfato especial para dar con el escondido escrito inédito. Pero el hombre es algo más que un instinto localizado en una nariz; por lo menos, desde Pascal sabemos que es una extraña caña pensante.

La reconstrucción del pasado —fin principal de la investigación histórica— ha de hacerse a base de los escasos datos que han supervivido para lo cual es natural que ha de utilizarse más el intelecto que el olfato. La habilidad del historiador ha de consistir —ahora más que antes, ya explorados sistemáticamente los archivos y bibliotecas— en afinar los métodos de trabajo con vistas a resolver los problemas a base de los elementos de que se dispone, mediante la interpretación de su contenido y el engarce lógico de los datos sueltos y dispersos. Por tanto, este estudio no está destinado al ejemplar humano tan acertadamente calificado por Groussac de **papelista,** espécimen no necesariamente historiador, pero sí caracterizado por un servil respeto a la letra del papel escrito y una esencial desconfianza al ejercicio del razonamiento. El papelista cree a pie juntillas en el documento, aunque su contenido sea absurdo, y se muestra incapaz de deslindar lo auténtico de lo apócrito. Otros investigadores, en cambio, adolecen del defecto contrario: sin respeto alguno al documento, lanzan su imaginación, sin freno, por la rápida pendiente de las hipótesis sin base, con lo cual van a estrellarse irremediablemente contra la verosimilitud. Símbolo de este extravío mental es aquel historiador —al que mi respeto por su infortunio me veda nombrar— que frente a un problema histórico declaraba que tenía mil hipótesis y que todas le parecían verdaderas.

En este estudio examinaremos las piezas de convicción de que disponemos y analizaremos su grado de certidumbre; al mismo tiempo, daremos a conocer alguna documentación inédita sobre los viajes de Acarette al Plata.

Comencemos por los datos personales de Acarette, conocidos e

históricamente comprobados o de una verosimilitud aceptable sin reparos.

Según el relato del propio Acarette, se alistó en 1654 en la armada de 28 navíos y 6 brulotes que, al mando del general de galeones D. Pablo Fernández de Contreras, salió de Cádiz al encuentro de la Armada inglesa que Cromwell había enviado, a órdenes del almirante Blake, a las costas de Algarve y Andalucía, a esperar los galeones españoles que regresaban de América cargados de riquezas. La presencia de Acarette en la armada española es harto difícil de probar pues debió enrolarse bajo nombre supuesto, que desconocemos, y esta circunstancia nos impide reconocerlo en la nómina de las tripulaciones.

El hecho, sin embargo, parece fidedigno, pues según mostró D. Martín Fernández de Navarrete (1), de una carta dirigida por el general Contreras al duque de Medinaceli, desde el cabo de San Vicente a 27 de agosto de 1655 —fecha y lugar coincidentes con los que da Acarette— se desprende que había avistado la escuadra inglesa del general Blake, también compuesta de 28 navíos. La presencia de la armada española alejó a la inglesa. Dionisio de Alsedo y Herrera también aporta datos confirmatorios de este pasaje del relato de Acarette (2).

Acarette refiere que se encontraba a bordo del buque almirante y que éste naufragó en las costas de la Florida, mientras las demás naves regresaban a Cádiz, pero no aclara si estaba en el navío cuando éste se fue a pique.

En 1657, el joven Acarette decide ir a América y en connivencia con el marino mercante, Ignacio de Maleo y Aguirre, maestre y capitán del navío Santa Agueda que iba al río de la Plata, se embarcó en él simulando, según dice, ser sobrino del capitán. Breves años de residencia en España (tres si admitimos que llegó en 1654, año en que se enroló en la armada de Contreras) no nos parecen suficientes para proporcionar un conocimiento tan perfecto de la lengua que le permitiera pasar por pariente de Maleo. Las autoridades debían ha-

(1) **Biblioteca Marítima Española**, Madrid, 1851, II, 518.

(2) **Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo XVI al XVIII, deducidas de las obras de D.. Dionisio de Alsedo y Herrera**, publícalas D. Justo Zaragoza, Madrid, 1883, p. 131.

cer la vista gorda, en lo referente a la prohibición de pasar a América los extranjeros establecida por la Ley y que se le recordó a Maleo en el permiso: "Mandósele al dicho Maestre no saque de este nauio ningunas armas ni Artillería de las que a sido bisitado ni ningunas mercaderías de las que lleua registradas. Ni lleue en él ningún pasajero Clérigo ni frayle ni ninguna persona, ni muger, esclauo ni esclaua, moro ni mora sin lizenzia de Su Magestad y despacho de los Señores Presidente y Jueces officiales de la Casa de la Contratación de Seuilla, Pena de quinientos mill maravedizes para la Cámara de Su Magestad en que desde luego los da por condenado, lo contrario haciendo, de más de caer e yncurrir en las Penas de las Hordenanzas de la dicha Cassa" (3).

En la Real Cédula del 1º de mayo de 1656 por la que se autorizó el envío de un barco a Buenos Aires se previene que "la tripulación y la gente de mar y guerra que a de lleuar a de ser natural de estos mis Reynos" (4).

Sin embargo, los dos casos siguientes, tomados del viaje realizado por el Santa Agueda, corroboran que el control ejercido no era muy severo:

1º) un marinero llamado Patron Basilio Justi, declaró tranquilamente que era natural de Venecia, según figura en la lista de la tripulación, y se le dejó embarcar sin oposición alguna.

---

(3) Archivo General de Indias, Sección Casa de la Contratación, legajo Nº 1698, fol. 5 v.

En las transcripciones documentales del presente estudio van resueltas las abreviaturas, contrariamente a lo que acostumbrán los historiadores del Río de la Plata que, apegados a prácticas rutinarias, hoy en desuso, siguen reproduciendo los documentos con las abreviaturas sin resolver con lo cual resultan algunas veces verdaderos galimatías, ininteligibles para el lector corriente; aunque me acuso de haber incurrido en las mismas prácticas, por no ir contra la corriente, el hecho me resulta ahora tan jocoso como el caso del sombrerero chino que, al recibir de un cliente un sombrero de copa manchado y abollado con el encargo de proporcionarle otro idéntico, le remitió uno que reproducía exactamente las deformaciones y manchas del modelo. Por otra parte, el dejar las abreviaturas tal como aparecen en el documento da lugar a pensar si el transcriptor se habrá enterado o no de lo que significan y, en caso afirmativo, si querrá que también se enteren sus lectores. El respeto a la fidelidad no debe llegar al extremo de convertir la lectura de los documentos en fatigosa tarea o en tormento insufrible para los no especialistas, en vez de agradable pasatiempo. Por otra parte, si se quiere alcanzar una buena fidelidad bastará con recurrir a una reproducción fotográfica.

(4) Archivo General de Indias; el mismo legajo de la cita anterior, fol. 3 recto. — Véase Apéndice I.

2º) otro hombre, el grumete Francisco Gil, afirmó ser oriundo de Laguenza, en Castilla; no existe tal lugar en Castilla; en cambio, sí existe un municipio llamado Laguinge (del que Laguenza sería versión fonética bastante aproximada en castellano) situado en el departamento francés de los Bajos Pirineos.

Algunos historiadores han buscado en vano huellas de la presencia de Acarette a bordo del Santa Agueda. Se conservan en el Archivo General de Indias, en Sevilla, las listas de los tripulantes y pasajeros del barco que damos a conocer al final de este estudio (Apéndice III), para que ningún presunto zahorí se quede con las ganas de identificar, por arte de birlibirloque, al joven Acarette. Mas sólo a un despistado se le puede ocurrir intentar la localización de Acarette, que, en caso de hallarse efectivamente incluido en esas listas, se ocultaría bajo españolísimo nombre tras el cual es completamente irreconocible.

Pero si además se tiene en cuenta que en las listas de pasajeros no se registraban más que los nombres del cabeza de familia y esposa y dejaban de incluirse los de los hijos y criados, es más que seguro que Acarette, embarcado, según sus propios dichos, como sobrino del capitán Maleo, no figura en ninguna lista, de acuerdo a lo que era práctica común.

Los viajes de Acarette

Del relato de Acarette se desprende que efectuó dos viajes al Río de la Plata, el primero en 1657-1659, cuando era gobernador de Buenos Aires D. Pedro Baigorri Ruiz y el segundo en una época cuya fecha no precisa, pero que gracias a elementos documentales del Archivo de Indias podemos localizar en 1663-1664 durante los gobiernos de D. Alonso Mercado y Villacorta (1660-1663) y José Martínez de Salazar.

En la Argentina se publicaron dos versiones castellanas del relato de Acarette. La primera apareció en 1867, en **La Revista de Buenos Aires,** bajo el título de **Relación de los viajes de Monsieur Ascarate du Biscay al Río de la Plata y desde aquí por tierra hasta el Perú, con observaciones sobre estos países.** El autor de la versión, D. Daniel Maxwell, dejó constancia de que había utilizado la pri-

mera edición inglesa (1698). Maxwell no explica las razones que tuvo para transformar a Acarette en Ascarate.

La segunda edición argentina (la versión es debida a Francisco Fernández Wallace) se publicó en Buenos Aires, en 1943 y va acompañada de valiosas notas y prólogo de Julio César González, aunque no aporta nada nuevo a nuestro problema.

D. Ernesto Morales publicó en la sección dominical del diario bonaerense "La Prensa", edición del 13 de septiembre de 1942, un artículo titulado **Un viaje al Río de la Plata a fines del siglo XVII.** A pesar del título se refiere a los viajes de Acarette. Tiene sólo valor periodístico y no agrega novedades desde el punto de vista crítico o eurístico.

D. José Torre Revello proporciona bastantes detalles relativos a los viajes de Acarette en su estudio **Viajeros, relaciones, cartas y memorias (siglos XVI, XVII, XVIII y primer decenio del XIX** (6) que, Julio César González inserta en la edición de 1943 ,con el agregado de no pocos nuevos.

En el Archivo General de Indias de Sevilla tuvimos ocasión de consultar la documentación que se conserva acerca de los buques de registro en que viajó Acarette. Por no extendernos demasiado, daremos a conocer solamente los detalles que no constan en el relato o que contradicen lo afirmado por Acarette.

1er. Viaje

Al referirse a la licencia otorgada al navío en que realizó el primer viaje, Acarette explica que "los ministros españoles temiendo que la interrupción del comercio y la escasez de mercaderías europeas en aquellas regiones indujera a los habitantes a negociar con los extranjeros, cosa que en interés de ellos está impedir cuanto pudiesen, creyeron conveniente otorgar licencia a varios de sus súbdi-

---

(5) **La Revista de Buenos Aires**, dirigida por Miguel Navarro Viola y Vicente G. Quesada, publicó el relato de Acarete en el tomo XIII (Año V. Nº 49, mayo de 1867, pp. 3-34 y Año V. Nº 50, junio de 1867, pp. 221-237).

(6) Academia Nacional de la Historia. **Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)**, dirigida por el Dr. Ricardo Levene, t. IV, 1ª Sección, 1ª edición, Buenos Aires, 1938, pp. 545-585; 2ª edición, Buenos Aires, 1940, pp. 382 a 384.

tos particulares para comerciar con las Indias por su propia cuenta y riesgo. Cierto caballero tomó una de dichas licencias y aparejó un buque en Cádiz, donde yo residía a la sazón; resolví embarcarme en él, y eso con la mejor buena voluntad, por tiempo atrás tuve algunos negocios con dicho caballero" (7). Todo este párrafo no se ajusta a la verdad.

De la documentación existente resulta que el envío de un barco a Buenos Aires se debió exclusivamente a una gestión promovida por la Compañía de Jesús para que 34 jesuitas que debían ir a las misiones del Paraná y Uruguay hiciesen el viaje directamente en vez de embarcarse en la flota que iba a Panamá, para de allí pasar al Perú y de aquí dirigirse a su destino. La prueba concluyente de que las causas aducidas por Acarette no influyeron en el despacho del barco se encuentra en el hecho de que las autoridades prohibieran inicialmente que el navío llevara mercaderías y sólo se resignaron a conceder autorización ante los crecidos gastos que hubiera supuesto el envío de un barco a expensas de la corona ya que ningún particular se comprometía a realizar el viaje sin que se le concediera licencia para comerciar.

Como el comercio entre España y el Río de la Plata se realizaba hasta entonces a través del Perú, las autoridades de la Casa de la Contratación se opusieron a la innovación pero la Compañía de Jesús, entonces todopoderosa, allanó todos los obstáculos y consiguió que el Rey expidiera en Aranjuez, a 1º de mayo de 1656, una Cédula autorizando el viaje (Véase Apéndice I) de los religiosos a Buenos Aires, en una fragata de 200 toneladas.

Presentada la Cédula por el procurador de las provincias de Indias, P. Pedro de Salinas, la Casa de la Contratación mandó a 13 de julio de 1656 que se pregonara lo ordenado por el Rey en la Casa Lonja de Sevilla (hoy sede del Archivo General de Indias).

El capitán Pedro de Ulibarri, dueño de la fragata San Pablo, de fabricación holandesa, de 220 toneladas y 24 cañones, surta en la bahía de Cádiz, ofreció su barco para efectuar el viaje sin cobrar pasaje ni flete a los jesuitas, siempre que se le concediese licencia para cargar por su cuenta y riesgo mercaderías y frutos de España y, previo pago de los derechos correspondientes, poderlas vender

(7) Citamos según la edición argentina de 1943, p. 28.

libremente en Buenos Aires, Tucumán y Paraguay así como traer a su regreso el barco cargado de frutos de aquellas partes. Ofrecía tener el barco pronto para hacerse a la vela a principios de octubre de 1656. El Fiscal de la Casa de la Contratación ordenó primeramente el arqueo del barco para determinar si excedía o no de las 200 toneladas concedidas por el monarca, pero dispuso inmediatamente la suspensión de la operación, recomendando que no se aceptase la oferta de Ulibarri en vista de que solicitaba licencia para llevar y traer mercaderías, cosas que el Rey había prohibido.

El capitán Ulibarri volvió a presentar otra petición para que se arqueara su nao y se le diera licencia para llevar mercaderías del mismo modo que se le otorgó en el año 1647 al maestre Francisco Rodríguez de la Fuente que llevó a Buenos Aires, en la urca llamada la Santísima Trinidad, otra misión de jesuitas a cargo del padre Juan Pastor.

El 19 de agosto de 1656 el capitán Francisco del Pozo, visitador de las naos, certificó haber arqueado la fragata San Pablo, cuyo dueño era Pablo García de Santayana y de acuerdo a las medidas tomadas resultó que la fragata tenía 228 toneladas.

Mientras se corrían estos trámites, algunos comerciantes del Perú presentaron a la Casa de la Contratación un escrito en que ponían de manifiesto los inconvenientes que les ocasionaba la concesión de una licencia para despachar una nave al puerto de Buenos Aires.

Con tal motivo se suspendieron todas las actuaciones pero, los jesuitas volvieron a insistir en sus pretensiones y el Rey expidió una nueva Cédula fechada en el Pardo el 22 de enero de 1657, confirmando lo dispuesto en la anterior (Véase Apéndice II).

La Casa de la Contratación ya no puso obstáculos y ordenó que se pregonara durante seis días en la sede de la casa y en la Lonja; a raíz de esa publicación se presentó D. Ignacio de Maleo ofreciendo el navío Nuestra Señora de los Remedios, del que era dueño, porte de 200 toneladas aproximadamente, 24 cañones, surto en la bahía de Cádiz, en las mismas condiciones en que se le concedió a Francisco Rodríguez de la Fuente en 1647. El arqueo realizado por el Capitán Francisco del Pozo arrojó para la nave un porte de 239 toneladas; informaba al mismo tiempo que era de fabricación holandesa, nueva y a propósito para el viaje.

Se presentó también el capitán Francisco de Pineda a ofrecer

el navío Nuestra Señora de los Reyes del que era propietario Juan León Chicarte, de fabricación holandesa, de más de 200 toneladas, 26 cañones y, en cuanto a condiciones, pedía las mismas que se le concedieron a Francisco Rodríguez de la Fuente en 1647. El visitador informó que se trataba de una urca de 400 toneladas y que requería diversos trabajos para hallarse en condiciones de realizar el viaje.

No obstante, la Casa de la Contratación resolvió a 12 de marzo de 1657, que ambos ofertantes especificasen las condiciones en que efectuarían el viaje sin referirse al de 1647.

Entonces, sin que se sepan las causas, Pineda desistió e Ignacio de Maleo ofreció otro barco: el Santa Agueda (al que también se le da el nombre italiano de Santa Agata), cuyo propietario era Pablo García de Santayana. A pesar de las 340 toneladas en que fue arqueado (Acarette afirma que tenía 450) se aceptó y se le permitió a Maleo llevar 40 toneladas de mercaderías con registro de ellas al puerto de Buenos Aires y licencia para traerlo cargado de corambre y frutos de la tierra.

La visita o inspección del Santa Agueda se realizó el 6 de diciembre de 1657 con el resultado de que informa el apéndice III.

El 18 de diciembre de 1657 se dió a la vela el Santa Agueda en la bahía de Cádiz con rumbo a Buenos Aires.

Del resto del viaje no hemos hallado documentación que arroje nueva luz.

2º Viaje

Acerca del segundo viaje, Acarette incurre en las mayores vaguedades y contradicciones. No menciona fecha de salida ni de regreso a España de los barcos, omisiones, al parecer, debidas al desdoblamiento en dos del segundo viaje.

Según el relato de Acaretee, el capitán Maleo obtuvo autorización para enviar a Buenos Aires dos barcos de registro; Maleo comenzó por comprar una nave en Amsterdam y mientras esperaba la firma del permiso para pasar a Indias, utilizó el barco recién adquirido para llevar a Inglaterra el equipaje del barón de Vateville, nombrado Embajador de España en Londres; el barón, en agradecimiento del servicio prestado por Maleo, le encomendó la misión de per-

seguir a los portugueses en la costa del Brasil, lo cual era un pretexto para dirigirse al Río de la Plata. Mientras Maleo —que en el relato se convierte repentinamente en el señor N.— desembarcó en el puerto francés de Havre de Grace para de allí continuar a Madrid y en posesión de la licencia emprender viaje a Buenos Aires con los dos barcos, Acarette prosiguió, con la nave holandesa, su navegación al Río de la Plata.

Llegado a Buenos Aires, el gobernador D. Alonso de Mercado y Villacorta negó a Acarette autorización para desembarcar y vender las mercaderías por carecer de licencia; así permanecieron once meses sin que el gobernador modificara su decisión pero al cabo de ese tiempo el capitán de otro barco español que un año antes había traído soldados y armas de España para reforzar las guarniciones de Buenos Aires y Chile, pretendió embarcar de contrabando una crecida cantidad de plata que le fue decomisada al ser descubierta la maniobra; el capitán no pudo lograr que se le restituyera y temeroso de ser detenido se hizo a la vela para España sin aguardar órdenes ni llevar la correspondencia para la península. La fuga del navío español obligó al gobernador a un cambio de conducta hacia Acarette y a cambio de llevar a la península correspondencia urgente y varias personas acusadas de mantener relaciones con los holandeses ,le permitió embarcar 4000 cueros; a la sombra de este permiso Acarette vendió todas las mercaderías y embarcó un rico cargamento de plata, cueros y otros productos con el cual emprendieron viaje a España. Llegados a La Coruña recibieron cartas del Sr. N. —alias Maleo— avisándoles de que había órdenes del Rey para apresar el barco por haber estado en Buenos Aires sin licencia. Acarette entregó la correspondencia y los prisioneros al Sargento Mayor de Buenos Aires, *que iba en el barco en calidad de pasajero, y se dirigió* a la rada de Vares donde trasladó a otra embarcación la mayor parte del cargamento, tras lo cual se hizo a la vela y puso proa al puerto francés de Socoa, poniéndose a salvo.

Mientras tanto, la llegada del Sargento Mayor de Buenos Aires a Madrid, colocó sobre el tapete el problema de la conservación de esos territorios amenazados por los extranjeros y se resolvió enviar tres navíos de registro a Buenos Aires, cuyo mando se confió a N., con refuerzos de hombres y municiones. En estos barcos fueron enviados letrados para formar una corte de justicia —que llaman Au-

diencia— en Buenos Aires. Cuando N. regresó de este viaje se dirigió a Oyarzun, en Guipúzcoa, de donde era oriundo y se entrevistó secretamente con Acarette en la frontera. Hasta aquí el relato de Acarette.

Según los documentos del Archivo de Indias que hemos compulsado, el viaje de Acarette durante el gobierno de Alonso Mercado y Villacorta y el de Maleo en los tres navíos de registro no constituyen más que una sola expedición. Con arreglo a los datos contenidos en el legajo 2426 de la Casa de la Contratación, Ignacio de Maleo y Aguirre fue autorizado en 1663 a dirigirse a Buenos Aires con tres barcos: Nuestra Señora de la Concepción, San Pedro y La Trinidad. Además llevó un patache no autorizado.

Lo mismo que en los viajes anteriores se estableció que los barcos no rebasasen las 200 toneladas pero el navío Nuestra Señora de la Concepción —único del que he hallado datos— tenía un porte de 500 toneladas y llevaba 37 piezas de artillería.

Salió de Cádiz el 13 de abril de 1663 y llegó a Buenos Aires el 24 de julio del mismo año, o sea, que empleó 103 días en la travesía, que era lo habitual (el Santa Agueda según el relato de Acarette empleó 105 días). Condujo al presidente y gobernador de Chile D. Francisco de Menezes y a D. José Martínez de Salazar, gobernador de Buenos Aires y presidente de la Audiencia que iba a instalarse en esa Ciudad; viajaban en el mismo barco el gobernador de Tucumán D. Pedro de Montoya y el gobernador del Paraguay, Sargento Mayor Juan de Andino, el P. Francisco Díaz Taño con más de 50 jesuitas y tropa de infantería destinada a Chile.

El 28 de julio de 1663 llegó a Buenos Aires el navío San Pedro, en el que venía de capitán Ignacio de Maleo; éste había renunciado a embarcarse en el navío Concepción —la nave de mayor categoría— al serle denegada su pretensión de que se le otorgase patente de capitán de mar y guerra para tener autoridad sobre la tropa que iba a bordo. Se le contestó que el mando de la tropa correspondía a su jefe natural que era el gobernador de Chile quien iba en el mismo barco y Maleo, entonces, nombró como capitán de la Concepción a D. Antonio de Ibarra y él asumió el mando del San Pedro.

En cuanto al navío Trinidad no sabemos en que fecha llegó a Buenos Aires pero no debió ser posterior al 29 de agosto de 1663 pues en este día el gobernador D. José Martínez de Salazar dió instruc-

ciones para pedir "al capitán Ignacio de Mateo (sic) memoria y rrason de los mercaderes y personas interesadas que binieran en estos tres navíos de registro" (8).

La Concepción regresó a España al mando de Maleo, llevando correspondencia y "nueve hombres extranjeros que son de los que se remiten a España y a orden de la Audiencia". Llevaba una carga de 1039 libras de lana de vicuña que fueron evaluadas en 779 pesos y 3850 cueros de toro evaluados en 3850 pesos; los derechos de almojarifazgo (2 ½ %) ascendieron a 115 pesos.

La visita del barco se hizo en Buenos Aires el 14 de agosto de 1664 tras lo cual partió para España sin que se encuentren rastros de la presencia de Acarette (9).

La documentación del Archivo de Indias prueba que la Concepción —uno de los 3 barcos de Maleo— llevó a Buenos Aires la tropa de Chile y regresó al mando del propio Maleo con una carga de unos 4000 cueros de toro; es, por tanto, seguro que Acarette en su relato atribuyó a dos barcos distintos lo que corresponde a uno solo. Es evidente que Acarette trató de embrollarlo todo, sin duda, para evitar que se le reconociera.

El nombre bajo el cual publicó su relato ha hecho creer que se trata de un comerciante vasco-francés.

No ha faltado, sin embargo, quien lanzara la hipótesis de que Acarette era el propio capitán Ignacio de Maleo que se ocultó bajo ese seudónimo. Esta hipótesis no es aceptable mientras no se muestre que fines perseguía Maleo al escribir y publicar un relato en el que aparece envuelto en manejos muy turbios y cuya divulgación lo exponía a que se le sometiera a la justicia.

Presentamos a continuación las pruebas de que disponemos para identificar a Acarette du Biscay.

(8) **Acuerdos del Extinguido Cabildo de Buenos Aires,** publicados bajo la dirección del Archivero de la Nación José Juan Biedma, tomo XI, Buenos Aires, 1914, p. 430; citado por Julio César González en **Relación de un Viaje al Río de la Plata,** etc., Buenos Aires, 1943, nota 59, p. 132.

(9) El único tripulante del navío Nuestra Señora de la Concepción que también formó parte de la gente de mar del Santa Agueda en el viaje de 1657-59, fue el grumete Alberto Guerra, hijo de Juan, natural de Pontevedra, que según las listas de la Concepción presentaba las siguientes particularidades: "mediano, hoyoso de biruelas, de veinte y siete años". (Archivo General de Indias, Casa de la Contratación, legajo 2426).

La prueba bibliográfica

Le damos esta denominación por estar contenida en una de las ediciones del relato. Es sabido que en 1672 el librero francés Melchisedec Thevenot publicó el relato de Acarette bajo el título de "**Relation des voyages du Sr. ...... dans la rivière de la Plata, et de la par terre au Perou.**

Este relato es el XXXVIII de la cuarta parte de la Colección de viajes titulada: **Relations De Divers Voyages Curieux Qui N'ont Point Esté Publiées, ou qui ont esté traduites d'Hacluyt, de Purchas, & d'autres Voyageurs Anglois, Hollandois, Portugais, Alemands, Italiens, Espagnols; & de quelques Persans, Arabes, & autres Autheurs Orientaux. Enrichies de Figures de Plantes non décrites, d'Animaux inconnus á l'Europe, & de Cartes Géographiques de Pays dont on n'a point encore donné de Cartes. Dediées Au Roy. IV Partie. Chez André Cramoisy, rue de la Vieille Boucherie, au Sacrifice d'Abraham. — MDLXXII. Avec Privilege du Roy.**"

Este largo título explica que la colección sea conocida por el nombre de **Colección de Thevenot**. Se convirtió en obra tan rara que lo poco que se sabe es a través de una Memoria que sobre ella y la de de Bry publicó en 1802, en París, el investigador francés A. G. Camus; según éste el nombre del autor del viaje al Río de la Plata quedó en blanco tanto en el título precitado como en el texto del relato, pero en el frontispicio particular se lee: **Voyage du Sr. Acarette á Buenos Ayres, etc.**; agrega el Sr. Camus que el librero Thevenot se limitó a expresar "que l'auteur ne lui est connu que sous le nom du Sr. Acarette, qui est peut-être supposé".

El *librero Thevenot debía tener poderosas razones* para adelantar a los lectores que Acarette era nombre supuesto: tal vez le constaba el hecho por haber recibido el relato de manos del propio autor para su publicación.

Muerto Thevenot, el librero francés Tomás Moëtte publicó la colección de aquél con nuevos frontispicios datados en 1696: es la segunda edición del relato de Acarette, que no presenta variantes con respecto a la edición princeps.

En 1698, aparece en Londres, formando parte de un libro de viajes, la versión inglesa del relato de nuestro viajero bajo el título:

"An account of a voyage up the River de la Plata and thence over land to Peru. With observations on the inhabitants, as well Indians and Spaniards; the cities, commerce, fertility, an riches of that part of America. By Mons. Acarete du Biscay. London: printed for Samuel Buckley, at the Dolphin over St. Dunstans Church in Fleet street. 1698".

La principal novedad que aporta la primera edición inglesa es que el nombre de **Sr. Acarette** aparece transformado en **Monsieur Acarete du Biscay.** El propósito de esta modificación es bien claro: no dejar lugar a dudas de que el autor es francés. La aclaración que figura en la portada de la obra (Done into English from the Originals, being the only accounts of those Parts hither to extant) también parece confirmar que esta edición inglesa era simple versión del original francés publicado por Thevenot. Pero el agregado del lugar de origen al nombre del autor sin ninguna explicación que justifique de donde procedía el dato, no puede atribuirse a la fantasía del editor: más bien indica la intervención del propio autor.

Obsérvese que, al comenzar el relato, Acarette afirma que al abandonar la casa de sus padres, se dirigió primeramente a España, lo que indirectamente significa que procedía de Francia, único país de donde podía haberse trasladado directamente a la península pues por hallarse España en guerra con Gran Bretaña la comunicación marítima directa entre estas naciones estaba interrumpida.

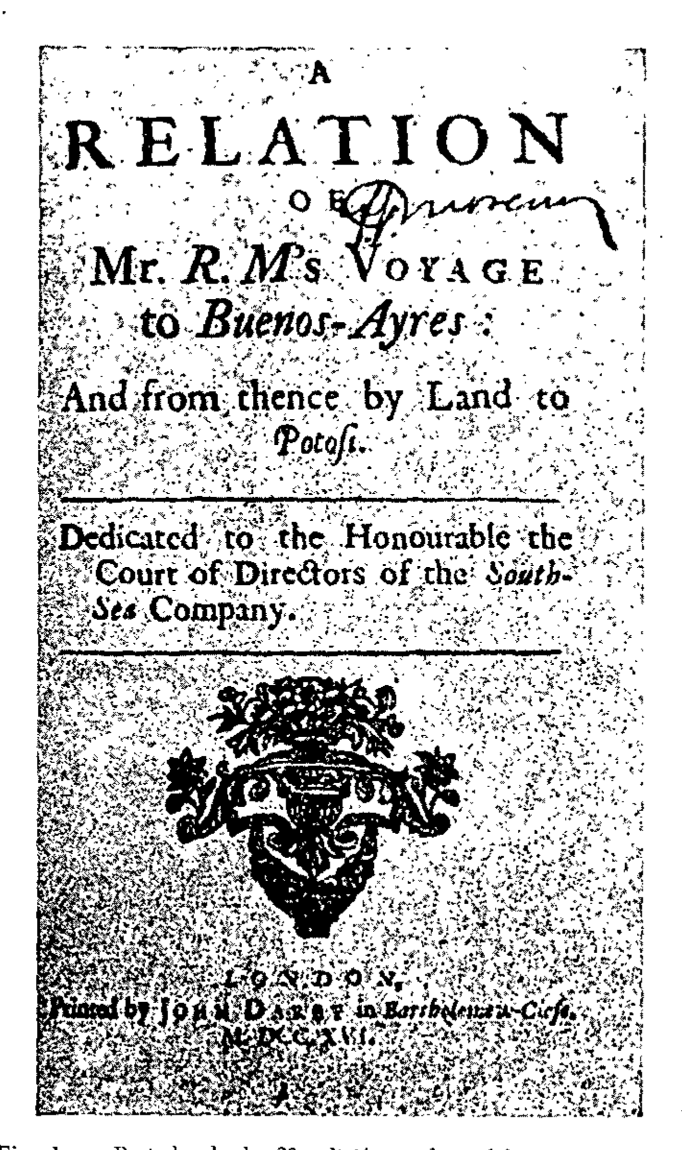
También parece indicar que era vasco francés el hecho de que al regreso de su segundo viaje se refugiara con su barco en el puerto de Socoa, inmediato a la frontera española y deja entender que vivía en las proximidades pues al retorno de Maleo (oriundo de Oyarzun, en Guipúzcoa) se reunió con él en la frontera para tratar de sus negocios. Justipreciando lo que acaba de expresarse, aunque en forma tácita, casi todos los historiadores han considerado a Acarette como francés ([10]).

Mas en 1716 las prensas inglesas dan a luz una nueva edición del relato de Acarette bajo el siguiente título:

"A Relation of Mr. R. M's Voyage to Buenos Ayres; and from thence by Land to Potosi. Dedicated to the Honourable the Court of

---

([10]) Julio César González, en las notas a la versión castellana de Fernández Wallace, llama a Acarete, viajero francés (pág. 112, nota 16).



A
RELATION
OF
Mr. *R. M*'s VOYAGE
to *Buenos-Ayres*:
And from thence by Land to
Potosi.

Dedicated to the Honourable the Court of Directors of the *South-Sea* Company.

LONDON,
Printed by JOHN DARBY in *Bartholomew-Close*.
M.DCC.XVI.

Fig. 1. — Portada de la 2ª edición inglesa del relato de Acarete.

Directors to the South Sea Company. London. Printed by John Darby in Bartholomew Close – MDCCXVI" (fig. 1).

La variante más importante de esta segunda edición inglesa consiste en que el autor ya no es **Monsieur Acarete du Biscay** sino Mister R. M., criptogratía que, verosímilment e,corresponde a las iniciales del nombre y apellido del autor. Para Julio César González esta nueva atribución constituye una vaga referencia ([11]). Para nosotros es la primera prueba documental seria que nos pone en la pista del verdadero nombre del autor.

La atribución, por parte de R. M. de la paternidad del relato de Acarette y la circunstancia de dedicarlo al Directorio de la Compañía del Mar del Sur sólo pueden explicarse satisfactoriamente si se admite que el autor todavía vivía en 1716, o sea, 58 años después de realizado el primer viaje a Buenos Aires. El hecho no tiene nada de inverosímil. Si se recuerda que Acarette afirma que abandonó muy joven la casa de sus padres y en vista de tal declaración le atribuimos hipotéticamente en 1654 –año en que se enroló en la armada española– la edad de 18 años (en la tripulación del Santa Agueda hay varios grumetes de esa edad) tendría 21 al emprender su primer viaje a Buenos Aires y 79 años al publicarse en 1716 la edición con sus iniciales.

Las pruebas del Diario de Viaje de William Toller

Durante la guerra de sucesión de España el privilegio de la introducción de esclavos en América se entregó a la Compañía Real de Guinea pero al firmarse la paz de Utrech el llamado asiento de negros pasó, en virtud de lo dispuesto en el artículo XII del mencionado tratado, a ser monopolio de la Compañía inglesa del Mar del Sur. El tratado de Utrech confirmaba el ajustado en 26 de marzo de 1713 por el cual se autorizaba a la Compañía citada a introducir 1200 esclavos anuales por el puerto de Buenos Aires, de los que un tercio pasarían a Chile y al Perú. Para instalar en Buenos Aires la factoría destinada al tráfico de esclavos, el 17 de febrero de 1715 zarpó de Plymouth el navío de S. M. Británica llamado Warwick, con 32 cañones y 150 hombres de tripulación, al mando del capitán Enrique Partington. En el buque, puesto por la Corona al servicio de

([11]) ob. cit., pág. 16.

la Compañía del Mar del Sur, se embarcaron rumbo a Buenos Aires los directores de la citada Compañía. Invitado por el Capitán Tomás Dover, presidente de la Compañía, viajaba en el Warwick con su esposa, una hijita de tres años y una sirvienta, el médico inglés William Toller que, aparte de sus cometidos profesionales, tenía la misión de llevar un diario de viaje. Este manuscrito que queda interrumpido el 3 de septiembre de 1715, antes de la llegada del barco a Buenos Aires, fue a parar —no sabemos cómo, ni cuándo— a la Sección Manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid donde tiene la signatura 3039.

Si bien el Diario está escrito en inglés, contiene anotaciones en francés sobre acontecimientos de la vida de a bordo que Toller tenía interés de mantener bajo reserva. Tampoco Toller suministra la lista de los directores y pasajeros del barco pero en el curso del Diario menciona las siguientes personas: Capitán Dover, a quien también denomina el Presidente; Mr. Jos. Barnes, Mr. Martin, Mr. Peachy, Mr. Thistle Huvayt, Mr. Shelps, Mr. Sitwel, Mr. de Lannoy y 2º teniente John Beavour (12).

El 25 de junio se encontraba el Warwick frente a la ensenada de Montevideo en cuyas costas desembarcaron algunos directores de la Compañía para tirar sobre el ganado cimarrón; en esta circunstancia mataron una ternera que presentaba otra herida fresca de bala de mosquete; este incidente, los nombres de algunos capitanes de barco escritos en las rocas de la orilla, la dificultad de remontar el estuario sin práctico y el temor de que hubiera llegado, antes que ellos, algún barco de la Compañía cargado de negros esclavos determinaron al capitán Dover a convocar inmediatamente un consejo en el que se resolvió enviar a Buenos Aires a dos directores —Mr. Thistle Huvayt y Mr. Shelps— en una pinaza (especie de barca a vela y remos) al mando del 2º teniente Beavour, con seis hábiles remeros, un cocinero y provisiones para siete días con el fin de co-

(12) El Diario de Toller, publicado en Montevideo en 1955, es un códice encuadernado en tafilete rojo, tamaño papel de oficio que consta de 33 folios; presenta una paginación antigua, posiblemente debida a Toller, que se interrumpe en la página 52. Debido, además, a que la paginación comienza en el folio 3 v. y a que, por haber sido arrancada una hoja, salta de la pág. 20 a la 23, fue foliado modernamente y esta numeración es la que emplearemos.

El Diario de Toller contiene abundantes siglas que no han sido resueltas por los editores.

municar a las autoridades españolas la llegada del Warwick y solicitar el envío de un práctico. Esta decisión arrancó críticas severas a Toller y a un director, que presentó la siguiente reclamación, que aparece, escrita en francés, en el Diario del primero:

"Crítica sobre la partida de la barca.

1. – En mi opinión el riesgo que corre la gente es demasiado grande al navegar 40 leguas de un río tan grande y desconocido para todos ellos: especialmente, en una embarcación tan pequeña como la nuestra, en medio del invierno, en que las noches son largas y muy frías, y en que se verán obligados a pernoctar dos o tres noches en la barca o en una tierra desierta o habitada solamente por animales y hombres salvajes.

2. – En cuanto a la novedad de la ternera recientemente herida que se impuso como una razón de que un barco de Guinea ha llegado, me parece una débil presunción, muy aleatoria, para despachar hombres de nuestra factoría a semejante viaje.

3. – Que nuestro barco ha levado anclas y el viento es favorable para intentar la travesía del río, siguiendo las instrucciones de los que han estado aquí antes.

4. – Que el argumento que influyó en dos directores de que nuestro salario comienza al partir la barca no basta para mí, pues no antepongo mi interés al bienestar de los hombres de la factoría.

5. – Que la Compañía no exige un riesgo tan grande e irracional, como a mí me parece, aun en caso de que hubiese llegado un barco de Guinea.

6. – Que estoy informado por Mr. Sitwel, que vivió en Buenos Aires, que ellos están expuestos a los vientos muy fuertes y depentinos que soplan en este río y que obligan a los barcos a fondear con dos cables al largo, particularmente en invierno.

7. – Que algunos oficiales de nuestro barco me han dicho que no saldrían en estos parajes y el que ha salido me aseguró que no hubiera emprendido ese viaje de no mediar órdenes expresas de mano del capitán que lo obligaban.

La razón de que, tras esto, me haya ofrecido para ir, se debe a que fui la persona primeramente designada para ir con Mr. T[histle Huvayt] a cumplimentar al gobernador, al obispo, a los jesuitas, etc.

No obstante lo dicho, los Sres. de la Factoría deben ver que estuve dispuesto, con buena voluntad, a correr el riesgo para servir a los Sres. de la Compañía lo mismo que ellos o cualesquiera otros, a pesar de que mi parecer fue contrario en este punto.

Mantengo obstinadamente que no fue un Consejo regular sino convocado y despachado con demasiada brevedad y sin haber firmado nada, según prescriben nuestras instrucciones para todo consejo, y sin dar instrucciones apropiadas a los que han salido. Hecho a bordo del Warwick, hoy 25 de junio (viejo estilo) de 1715. Por R. M."

Toller agrega (también en francés): "No obstante fue resuelto debido a la ausencia de Mr. D. y M. y al derecho del P[residente]" 1[13]).

---

(13) No podemos entrar a analizar todo el contenido de la crítica de R. M. pues sólo correspondería hacerlo en caso de tratarse de una edición crítica del Diario de Toller que aún espera oportunidad para salir a luz.

Sólo anotaremos aquí que la medida de enviar una barca desde la ensenada de Montevideo a Buenos Aires no era tan desatinada como R. M. y Toller pensaban, sino que fue la solución habitual adoptada entonces por los barcos de mayor calado que llegaban al río de la Plata, según demuestra la documentación que hemos consultado en el Archivo General de Indias de Sevolla y de la que damos a conocer los siguientes casos:

1º) "El 30 de abril de 1708 —dice el gobernador de Buenos Aires D. Manuel de Velasco y Tejada en una carta fechada en esa ciudad el 31 de diciembre del mismo año— llegó a este riachuelo un bote con el Sargento mayor y otros oficiales del navío nombrado el Oriflan del Rey Christianísimo que de orden de V. Magestad pasaua al callao en conserva del nombrado el Amable, mandado por el Almirante Monsieur Chaouert y hauiendo encontrado en cauo de hornos recios temporales, despues de habersele muerto muchos marineros y enfermado los más se vio precisado a arribar a este Rio ; y no pudiendo entrar por la poca agua que tiene y la mucha que demanda el nauio , dandome el auiso le embié socorro y refrescos,practico y Jente con que dio fondo en Isla de Flores que dista 50 leguas de este lugar......"

2º) Los Oficiales reales de Buenos Aires, Sebastián Delgado y Hugo de Sorarte, en carta fechada en dicha ciudad el 22 de noviembre de 1714 se dirigieron al Rey dándole cuenta que "por el mes de henero de este año arruó a la ensenada de Maldonado un nauio francés nombrado San Francisco que salió de San Malo a cargo del capitán D. Nicolás leturia quien desde dicho paraje que dista más de quarenta leguas de esta ciudad embió a este puerto con una lancha a su segundo capitán nombrado Esteuan crespo dando quenta como su derrota era a la India Oriental de quenta de la Compañía de la China y que por auersele rompido el arbol mayor hauia arriuado a remediarlo en dicho Parage y pidiendo algunos bastimentos que necesitaba en acuerdo con el Gouernador de lo Político se le concedieron a dinero que pagó por su importe el director del asiento de la introducción de esclauos negros y se despidió dicha lancha hauiendose bisitado a la entrada y salida que no truxo ni lleuó ningun genero prohibido".

Por último, hacemos notar que como la **emendatio** es una obligación en el tratamiento del material documental y no un mero lujo, hemos escrito 1715 —año

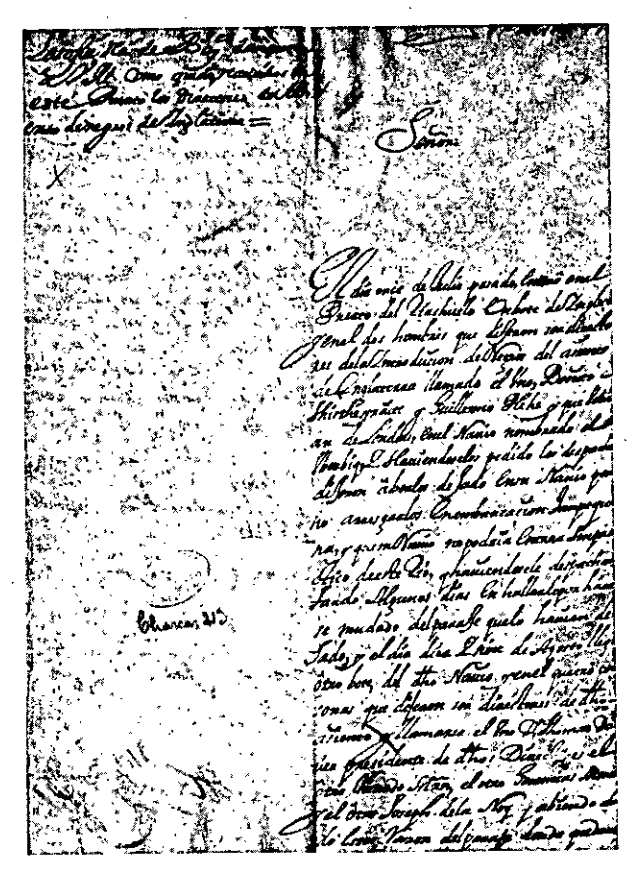


Fig. 2. — Carta de los oficiales Reales de Buenos Aires (fol. 1 r.)

Obsérvese que las iniciales del director reclamante son las mismas que las del autor de la edición de 1716; es claro que esto podría

---

en que fue redactada la crítica— en vez de 1714, como figura en el documento, por tratarse de un lapsus calami evidente.

Por si a alguien no le pareciera tan evidente como a nosotros, aclaramos que en la portada manuscrita del Diario de Toller figura la fecha 1715 y existe, además, una perfecta concordancia entre los días de la semana y las fechas del Diario, en caso de que correspondan éstas al año 1715. Si el hecho no resulta tan evidente a algunos lectores es por haber mantenido los editores del Diario los signos de los planetas que emplea Toller en vez de sustituirlos por los nombres correspondientes de los días de la semana (☉ = sunday, domingo; ☾ = monday, lunes, etc.).

Este es un nuevo caso en que el mantenimiento, sin aclaración, de signos conspira contra la comprensión del documento.

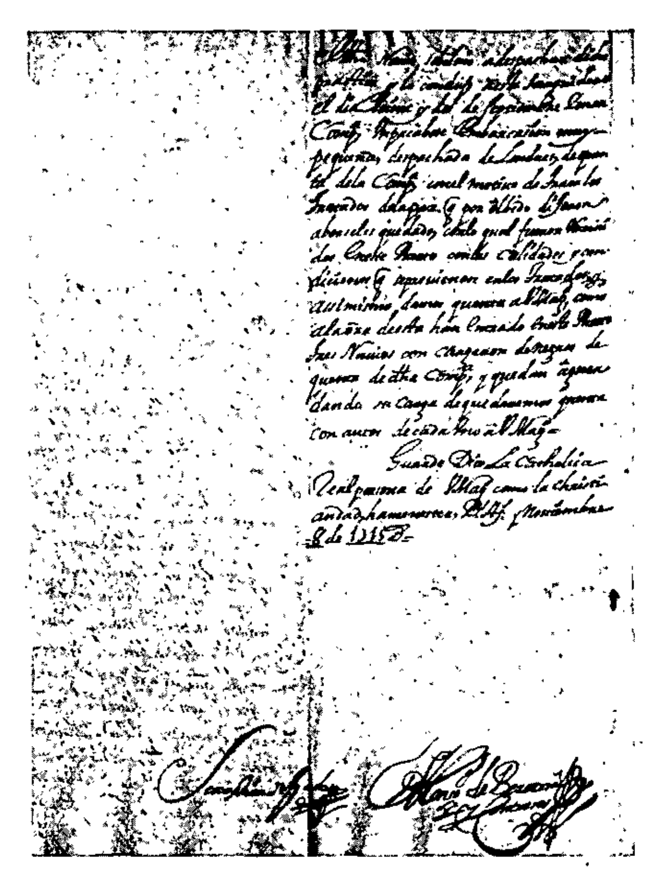


Fig. 3 — **Carta de los oficiales Reales de Buenos Aires (fol. 1 v.)**

ser el resultado de una mera coincidencia pero la circunstancia de que la edición de 1716 esté dedicada a los Directores de la Compañía del Mar del Sur establece una vinculación entre los dos R. M. Es éste el segundo elemento de juicio de que se dispone para la identificación de Acarette.

Entretanto, el Warwick, después de la partida de la lancha, intentó, por sus propios medios, llegar a Buenos Aires para lo cual atravesó el río (según prescribían sus "Sailing directions") con la finalidad de seguir navegando por el canal del sur; al comprobar la inutilidad de sus esfuerzos volvieron al canal norte y siguieron por él hasta las costas del departamento de Colonia; el día 4 de agosto,

inquietos por la falta de noticias de la barca, resolvieron en consejo que el capitán Dover, acompañado de los directores Sres. Martin, Mount y De Lannoy, se dirigiesen en la lancha a Buenos Aires. El 5 de agosto se efectuó la partida y el 16 del mismo mes regresó con noticias de que la barca había empleado cinco días en el viaje y que al volver con el práctico, debido a haberse dirigido el Warwick hacia la costa meridional, no pudo dar con él.

Por último, el Diario de Toller nos informa que el domingo 28 de agosto un pequeño barco que se había avistado, fondeó al lado del Warwick; era el paquebot William & Mary (antes Margat Frigot) al mando del capitán Jesson que venía de Londres con correspondencia para el capitán Dover de la Compañía del Mar del Sur y según el manuscrito: "He brought with him a clerk of Capt. Dover's and Mr. Martyn's Sons" (folio 33 v.). Este pasaje revela que el capitán Dover y el director Martin eran socios de una firma comercial. Este es el segundo dato que contiene el Diario de Toller y a su tiempo extraeremos de él las correspondientes conclusiones.

La prueba de la carta de los oficiales reales de Buenos Aires

Alentar la esperanza de encontrar pruebas de la presencia de Acarette en el Archivo General de Indias —ya lo hemos dicho— es empresa vana; es como si un detective pretendiera descubrir a un avezado profesional del delito mediante el examen de la lista de pasajeros de un barco. No obstante, investigamos en Sevilla y aunque nuestras presunciones resultaron ciertas, la búsqueda no fue enteramente inútil pues nos deparó una prueba indirecta.

En el legajo 213 de la Audiencia de Charcas hallamos la siguiente carta de los oficiales reales —funcionarios de hacienda— dirigida al Rey (figs. 2 y 3):

"Señor. — El dia once de Julio pasado, entró en el Puerto del Riachuelo un bote de Ingleces y en él dos hombres que dijeron ser directores de la introducción de Negros del asiento de Inglaterra llamado el uno Benito Thistle y raite y Guillermo Plehs y que venían de Londres, en el Nauío nombrado el Vberbiq y hauiendóseles pedido los despachos dijeron aberlos dejado en su Nauío por no arresgarlos en embarcación tan pequeña, y que su Nauío no podría entrar

sin práctico de este Río, y hauiéndosele despachado tardó algunos días en hallarlo por hauerse mudado del paraje que lo hauían dejado, y el día diez y siete de Agosto llegó otro bote, del dicho Nauío y en él quatro personas que dijeron ser directores de dicho asiento y llamarse el vno Dn. Thomás Douer presidente de dichos Directores el otro Ricardo Martín, el otro Geremías Montt y el otro Joseph de la Noy, y abiendo dado estos, razon del paraje donde quedaua el dicho Nauío, se boluió a despachar dicho práctico y lo condujo a este Surguidero el día veinte y dos de Septiembre y en su Compañía vn pacabote, Embarcación muy pequeña, despachada de Londres, de quenta de la Compañía con el motiuo de traer los tratados de la paz, que por olbido dijeron aberseles quedado, con lo qual fueron rezeuidos en este Puerto con las calidades y condiciones que se preuienen en los tratados; y assimismo damos quenta a V. Magd., como a la ora de esta han entrado en este Puerto tres Nauíos con cargazón de Negros de quenta de dicha Compañía, y quedan aguardando su carga de que daremos quenta con autos de cada vno a V. M. — Guarda Dios la Catholica Real Persona de V. M. como la christiandad ha menester, Buenos Ayres y Nouiembre 8 de 1715. — Seuastian delgado. — Alonso de Berezosa y Contreras." ([14]).

Esta carta muestra que las iniciales R. M. del Diario de Toller corresponden al director Ricardo Martin.

La carta tiene, además, otra importancia: confirma la autenticidad del Diario de Toller —hasta ahora no demostrada— por la coincidencia de los datos de uno y otro documento. Sorprenderá al lector nuestra afirmación pues, a primera vista, parece que sólo hay coin-

---

([14]) La carta transcripta va precedida del siguiente resumen: "Los oficiales reales de Buenos Ayres dan quenta a V. M. como quedan rezeuidos en este puerto los directores del Asiento de negros de Inglaterra".

En la carta, según muestra la foto, el apellido del director Martin se halla abreviado bajo la forma Mrn. Otras veces se le abreviaba Min.

A este respecto, y en confirmación de lo sostenido en la nota 3 acerca de los inconvenientes de dejar sin resolver las abreviaturas, nos parece oportuno informar al lector que el gran historiador Juan de Laet por no estar al tanto del significado de unas abreviaturas, le aplica muy campante a la isla de Martín García el nombre de Minga (por haber leído su nombre abreviado así: Min.G^{a}.) y todavía se permite el lujo de afirmar que era el nombre de un cacique (véase **Histoire du Nouveau Monde ou description des Indes Occidentales contenant XVIII livres**, par le sieur Iean de Laet, d'Anuers., A Leyde, 1640, cap. IV, p. 456; "L'isle de Martin Garzias, qui est nommée d'un nom de sauuage Minga"). ¡ Así se escribe la Historia!

cidencia en cuanto a los hechos relatados pero que no la hay respecto a las fechas:

En efecto, según la carta de los oficiales reales la barca, con los dos directores, llegó a Buenos Aires el 11 de julio y, de acuerdo al Diario, fue despachada el 25 de junio y tardó cinco días en llegar a Buenos Aires, o sea, que llegó el 30 de junio; del mismo modo, la lancha con los cuatro directores llegó a Buenos Aires el 17 de agosto, de acuerdo a la carta de los oficiales reales, y según Toller salió el 5 de agosto y llegó ese mismo día. Entre las fechas de ambos documentos hay una diferencia de 12 días. Pues bien, ese "decalaje" de 12 días entre el documento español y el inglés es la mejor confirmación de la autenticidad de ambos pues proviene de la discordancia existente entonces entre los calendarios gregoriano o nuevo estilo (usado en España desde 1582) y el juliano o viejo estilo (empleado en Inglaterra, donde subsistió hasta 1752) ([15]).

CONCLUSIONES

1º — La prueba que hemos denominado bibliográfica muestra que en 1716 una persona cuyas iniciales son R. M. se adjudica la paternidad del relato publicado en 1672 bajo el nombre de Acarette y en 1698 bajo el de Monsieur Acarete du Biscay.

2º — R. M. dedica la obra al Directorio de la Compañía del Mar del Sur, que en 1715 había emprendido viaje a Buenos Aires en el Warwick, para instalar la factoría destinada a la trata de negros.

La dedicatoria revela, por de pronto, que entre R. M. y el directorio de la compañía negrera existía una vinculación efectiva.

3º — En el Diario de Viaje del Warwick, compuesto por el Doctor William Toller, se inserta una crítica al Presidente de la Compañía negrera, Capitán Tomás Dover, que formula un director cuyas iniciales son R. M.

4º — La carta escrita al Rey de España por los oficiales reales

---

([15]) El Diario de Toller confirma lo dicho al referir (fol. 16 v.) que el derrotero para navegar en el río de la Plata, que llevaba el Warwick le fue remitido al capitán Partington desde Saint Malo por intermedio de un tal Patricio Trehes y al ser copiado por Toller, éste estampó la fecha: 26 Mai (V.S.) / 7 Juin (N.S.).

de Buenos Aires con fecha 8 de noviembre de 1715, descubre que el director de iniciales R. M. se llamaba Ricardo Martin.

5º — La coincidencia entre las iniciales del director de la Compañía del Mar del Sur, Ricardo Martin, y las del autor del relato publicado bajo el nombre de Acarette, coincidencia reforzada por la dedicatoria de la obra a la citada compañía, podrían sugerir que se tratase de la misma persona. Hay que descartar esta suposición. En efecto, en la crítica formulada por Ricardo Martin, éste se remite, en apoyo de su opinión, a los informes del pasajero Mr. Sitwel, que había vivido en Buenos Aires. Si el director Ricardo Martin fuera el propio Acarete no habría tenido que recurrir a informes ajenos: le hubiera bastado su propia experiencia.

Por otra parte, la crítica del director Martin, aunque razonable, es la obra de un hombre de carácter enérgico y vivo, característico de una persona todavía joven en tanto que Acarete, desde cuyo viaje habían transcurrido 57 años, debía forzosamente ser, entonces, una persona anciana, incapaz de ofrecerse para ir en barca desde Montevideo a Buenos Aires.

6º — En el Diario de Toller se menciona la llegada del paquebot William & Mary que traía de Londres un empleado de la firma comercial "Capitán Dover e Hijos de Mr. Martin". La carta de los oficiales reales confirma la llegada del pequeño barco.

El hecho revela que el Presidente de la Compañía y Ricardo Martin, además de pertenecer a la Compañía del Mar del Sur, formaban parte de otra razón social. Esta circunstancia explica y justifica la posición independiente de Martin y su actitud ante la decisión del envío de una barca desde la ensenada de Montevideo a Buenos Aires, de cuya medida responsabilizaba, principalmente, al Capitán Dover. Ricardo Martin se consideraba colocado en el mismo plano que el capitán Dover.

A la vez, la firma **Capitán Dover e Hijos de Mr. Martin** demuestra la existencia de un Mr. Martin padre, socio inicial del capitán Dover y con seguridad retirado de los negocios en la fecha en que el Warwick realizaba su viaje.

Este Mr. Martin padre, que verosímilmente podía llamarse Ricardo como su hijo, es la clave del presente caso. No sólo nada se opone a que realizara en 1657-59 un viaje al río de la Plata sino que

por el contrario todo se explica satisfactoriamente con su presencia y su intervención.

La dedicatoria del relato de Acarete a la Compañía del Mar del Sur se esclarece en caso de ser su autor R. Martin padre, pues no sólo formaba parte del Directorio su propio hijo Ricardo sino también su antiguo socio, capitán Tomás Dover, y tal vez otros miembros eran antiguos amigos o conocidos.

Su ocultación bajo el seudónimo de Acarete y Acarette du Biscay también se explican fácilmente en caso de tratarse del padre de Ricardo Martin. Si bien R. Martin el viejo aduce al comienzo de su relato que fue a España para adquirir conocimientos que le resultaran provechosos para sus futuros negocios y ser más útil a su Rey y a su patria, es muy discutible que para lograr esto último debiera alistarse en una armada española que estuvo a punto de combatir contra una escuadra inglesa. Es más que seguro que los ingleses, en caso de haberse publicado el relato bajo su verdadero nombre, no le hubieran perdonado su participación activa en una guerra contra Gran Bretaña.

Para no verse expuesto a las consecuencias nada agradables de esta parte de su vida aventurera, R. Martin el viejo se vió compelido a ocultarse tras un seudónimo que engañase al lector haciéndole creer que se trataba de un viajero francés.

Y en verdad logró su propósito tan cumplidamente que desbordó sus propias intenciones y cuando, en las postrimerías de su vida, se decidió a levantar parte del velo que ocultaba su personalidad, publicando el viejo relato bajo sus propias iniciales —tal vez en la creencia de que debían ser transparentes en Inglaterra— nadie se percató de la revelación y se siguió atribuyendo el relato a Acarette du Biscay, viajero francés.

¿Por qué, después de 58 años de ocultación de la paternidad de su obra, se resolvió a abandonar el incógnito?

Influyeron, a nuestro parecer, las razones siguientes: Cuando R. Martin el viejo salió de Inglaterra, esta nación había pusto sus ojos en América con la mira de desalojar a los españoles de sus posesiones. En 1655, el almirante Penn se apoderó de Jamaica y convirtió esta isla en base destinada a minar el poderío español en el Caribe.

Pero el lejano Río de la Plata permanecía desconocido e inac-

cesible al europeo. El viejo Martin, en sus viajes clandestinos, recogió información sobre esos territorios y la dio a conocer en su relato, exagerando, adrede, las riquezas naturales y la indefensión de las tierras. Se le ha juzgado ingenuo y "una víctima de la viveza criolla", pero los autores de esos cargos gratuitos no han reparado que cuando Acarete-Martin habla de las fabulosas cantidades de ganado vacuno no repite trasnochadas consejas inventadas por los porteños para reirse de él, porque había recorrido todo el inmenso territorio desde Buenos Aires a Potosí y conocía de visu aquellas ópimas tierras; el avisado Martin se basta y se sobra para inventar esas fábulas pues se propone con ellas despertar la codicia de audaces argonautas al pintar la existencia en el Plata de una nueva Cólquide. Obsérvese que a la par que aumenta la riqueza de estas tierras rebaja la importancia militar de las guarniciones, cuyos efectivos justiprecia, sin embargo, exactamente. Informa, p. ej., que la guarnición de Buenos Aires consta de 600 hombres, pero que "había entre ellos muchos viejos que no llevaban armas de fuego, sino una espada pendiente al costado, una lanza en la mano y una rodela sobre el hombro" y agrega —para remachar el clavo— que "la mayor parte son casados y padres de familia y, en consecuencia, no tienen mucho estómago para los combates". Según Martin, el viejo, los trescientos hombres en estado de llevar las armas de Santiago del Estero "están todos muy mal armados y no son sino soldados mezquinos". Concolorcorvo se encarga, sin saberlo, de desmentir estas afirmaciones falaces pues, en su **Lazarillo de Ciegos Caminantes desde Buenos Aires a Lima**, reputa a los santiaguinos de ser los mejores soldados de aquella provincia y el terror de los indios del Chaco ([16]). Por otra parte, como los hechos son los que mandan, fueron los ingleses quienes pagaron, ciento cincuenta años más tarde, las consecuencias de los erróneos juicios de Acarete-Martin respecto al valor de los soldados del Río de la Plata.

En resumen, Acarete-Martin no tenía pelo de tonto: logró, en sus dos viajes, reunir una apetitosa fortunita mientras sus ojos avizores no dejaban escapar dato de importancia; en general, si exceptuamos sus juicios económico-militares, es veraz en todo lo que cuenta.

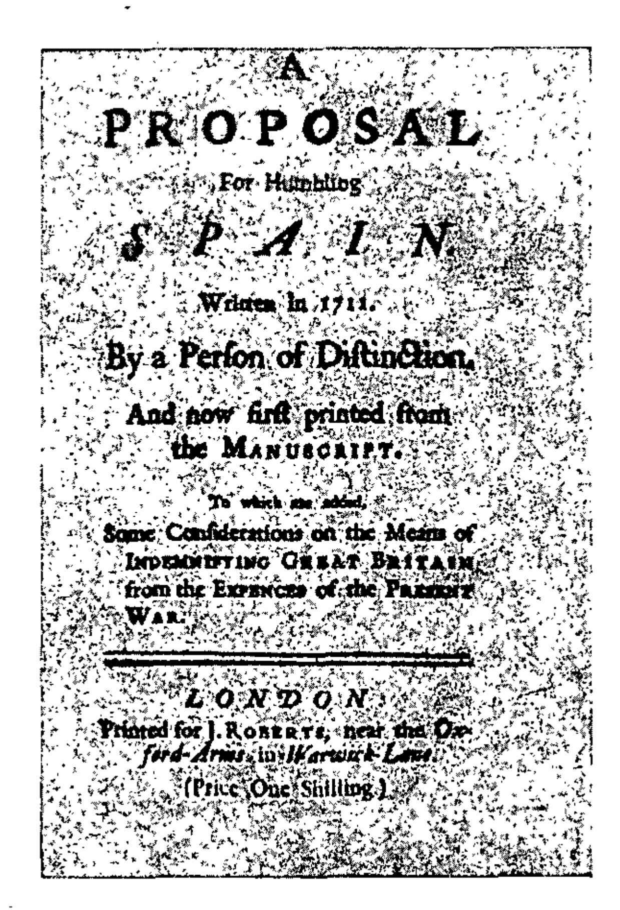
Al deformar intencionalmente sus juicios se propuso en su relato

---

([16]) ob. cit., [1773], París, 1938, p. 80.

mostrar la indefensión de estas ricas tierras para estimular el deseo de conquistarlas. Quizá alguien piense que exageramos y nos anticipamos a la realidad, ya que Gran Bretaña no intentó apoderarse del Río de la Plata hasta el siglo XIX. Pero más de un siglo antes de producirse el ataque militar se alzaron en Inglaterra voces reclamando la ocupación del Río de la Plata.

En 1711 se escribió "**A proposal for humbling Spain**", publicada sin fecha posteriormente (fig. 4), por "Una persona de distinción". El autor aconseja a los ingleses la conquista de Buenos Aires y para fundamentar sus puntos de vista utiliza el relato de Acarete du Biscay, sin citarlo.



A
PROPOSAL
For Humbling
SPAIN.
Written in 1711.
By a Person of Distinction.
And now first printed from
the MANUSCRIPT.
To which are added,
Some Considerations on the Means of
INDEMNIFYING GREAT BRITAIN
from the EXPENCES of the PRESENT
WAR.

LONDON:
Printed for J. ROBERTS, near the Oxford-Arms, in Warwick Lane.
(Price One Shilling.)

Fig. 4. — Portada del libro "Una propuesta para humillar a España"

Hasta es posible que la persona de distinción fuera el propio Acarete-Martin que, aprovechando el estado de guerra entre España y Gran Bretaña, salía una vez más a la palestra en defensa de sus proyectos. Todos los datos acerca de Buenos Aires concuerdan con los del relato de Acarete: estima en 600 hombres la guarnición de Buenos Aires, sin más defensa que un fuerte pequeño rodeado de un foso; dice que las casas eran de barro, pues los españoles no habían ensayado hacer ladrillos; afirma que gracias a la yerba mate pueden subsistir los trabajadores de las minas; y calcula que lo que vale 100 libras en Inglaterra puede venderse en el Río de la Plata por 250 (esta fue la ganancia declarada en el relato de Acarete).

También el Diario de William Toller deja escapar que llevaban instrucciones reservadas para examinar las posibilidades de establecerse en el Río de la Plata y, de acuerdo a ellas, más de una vez, Toller formula observaciones respecto a las ventajas e inconvenientes de poblar en algunos lugares del actual territorio uruguayo.

No puede sorprender, en vista de lo que acaba de exponerse, que en 1716, conquistada comercialmente la plaza de Buenos Aires por los ingleses, merced al tratado de Utrech, el viejo Martin, orgulloso de ser uno de los hombres que, anónima pero activamente, había influido de modo decisivo, con su información y su prédica, en conseguir para Gran Bretaña y los suyos el monopolio de un despiadado pero fructífero negocio, complementado por el privilegio de regresar con los barcos cargados de cueros, abandonara sus recelos y exultante, al ir su hijo Ricardo a recoger el fruto que él sembró, dedicara su antiguo relato al Directorio de la Compañía negrera de la que formaba parte su familia y su ex-socio.

Asentada en los robustos sillares de las pruebas básicas, trabados por el firme cemento de la lógica, hemos levantado nuestra construcción histórica: confiamos en su solidez (al observar que está de acuerdo con todos los datos) y en su coherencia (al comprobar que no ofrece resquebrajaduras que den paso a la contradicción) y también esperamos que los nuevos materiales que aporte la investigación contribuyan a reforzarla y mejorarla.

Quedan, en efecto, tres puntos sin explicar:

1º) El nombre concreto que corresponde a la inicial R. de Martin el viejo.

2º) La nacionalidad de Martin el viejo. Sólo sabemos que des-

de 1698, por lo menos, estaba radicado en Londres y trabajaba para Gran Bretaña, pero esto no prueba que fuera oriundo de ese país. El apellido Martin poco puede indicarnos pues existe, con la misma grafía, en España, Francia y Gran Bretaña. Todo lo que actualmente puede escribirse acerca del origen de R. Martin padre, son suposiciones sin base y, lo que es peor, influídas por las pseudo-elucidaciones del propio Martin, cuando trataba de desorientar al lector fingiendo que era Acarete.

3º) El significado y origen del seudónimo Acarete. Evidentemente, debemos renunciar a toda explicación fundada, comenzando por desechar las que son simple producto de la fantasía (como Ascarate, p. ej.).

Ofrecemos una, semifundada: Martin padre, posiblemente recogió su seudónimo de alguna carta náutica del río de la Plata en la que figuraba el topónimo Las Carretas, bajo las deformadas grafías As Quaretas, As Carrotas (así son denominadas en el Roteiro de Maris Carneiro, Lisboa, 1642, f. 16 v.), As Carettes, aplicado a los escollos de Carretas o las Pipas de los que tomó nombre la punta homónima del departamento de Montevideo. Martin no tuvo más que transformar en singular la última grafía y surgió el desconcertante seudónimo.

No pretendemos imponer nuestro criterio, pero si alguien discrepa preferiríamos que en vez de recurrir a argumentos puramente verbales, nuestro contradictor explorase los archivos de Londres — indagación que no hemos podido llevar a cabo personalmente por falta de medios— y confiamos plenamente en que surgirá de ese registro la personalidad real de R. Martin el viejo, así como la de su hijo Ricardo.

Las ciencias históricas, aunque cualitativamente distintas de las de la naturaleza, admiten como éstas la verificación de sus hipótesis y la comprobación de sus datos.

Si Leverrier, por medio del cálculo, logró descubrir la existencia del planeta Neptuno y tras deducir en que región del firmamento debía hallarse, dirigió a ella su telescopio y pudo ver que allí estaba realmente el astro; también nosotros, aun sin disponer del genio del astrónomo francés, pero sí contando con su mismo entusiasmo e idéntica confianza en el poder de la ciencia, estimamos que una exploración detenida de los archivos de Londres, permitirá encontrar las

pruebas defintivas del nombre, nacionalidad y otros detalles de la vida de R. Martin padre, autor incuestionable del relato atribuido hasta hoy a Acarete du Biscay.

Mantua Carpetanorum, III Idus Aprilis, anno 1958.

Rolando A. Laguarda Trías.

APENDICE I.

(Archivo General de Indias; Sección Casa de la Contratación; legajo Nº 1698. Registros de Ida de los años 1649 á 1710 de las naos que fueron sueltas a Buenos Aires).

Pedro de Salinas, Religioso de la Compañía / de Jesus, Procurador de las Provinzias / de las Indias Hago pressentazion / ante V. S. desta zedula de su Magestad / despachada por el Real Conssejo de las Yndias / en la qual se le da lizenzia y permisión / al padre simon de oxeda Procurador / de las Prouinzias del paraguai tucuman / y Rio de la plata para que el dicho padre / con treinta y quatro Religiossos que su / Magestad le manda lleuar a dichas Prouin- / zias Puedan hasser su viaje en dere- / chura por el puerto de Buenos ayres / en el Nauio que V. S. le señalare / Remitiendo a V. S. la dispossicion y ajustamiento de todo = a V. S. pido / y suplico mande señalar el dicho nauio / y aprestarlo todo como Su magestad / lo manda en dicha zedula que en ello / Rezeuiré merced = Pedro de Salinas = Antonio Clemente Nateras.

Autto. — Que se cumpla lo que / su Magestad manda en la Real ze- / dula que con esta Petticion se pressenta / su fecha en aranjuez a Primero de mayo / de este año Y en su cumplimiento / se pregone en la lonja de esta Ciudad / si ay algun nauio del porte que en ella se refiere que quiera / [f. 1 v.] / Hasser el viaje que en dicha zedula / se contiene. Proveyéronlo Los señores Pressidente / y Juesses ofiziales por su Magestad de / la Real Audienzia de la Cassa / de la Contrattazion de Seuilla en ella / en tresse de Julio

do mill seiscientos / cinquenta y seis años = Juan Núñez Bermudes / scriuano = y dicho autto esta rubricado.

Pregon

En la ciudad de Seuilla en trece / de Jullio de mill y seiscientos y cinquenta / y seis años doy fee que por vos de / Juan Gomez Pregonero del conssejo de / esta ciudad se pregono lo contenido en / la zedula de su magestad estando en / la dicha Casa de la lonja de esta dicha ciudad / Pressentes algunas Perssonas = Juan Núñez Bermudez scriuano.

Zedulá Real

EL REY = Mis Presidente y / Juezes ofiziales de la Cassa de la cont- / trattazion de la ciudad de Seuilla / Por parte de simon de oxeda de la Compañia de Jesus Procurador de la / Prouinzia del paraguai se me a fe- / cho Relazion, que si Hubiesse de boluer / a ella con los Religiossos en ella consedido Para conzeruar y proseguir / La combersion de los yndios de aque / lla Prouinzia Haciendo su viaje / [f. 2 r.] / Por las del Peru tardaria dos años en / llegar por auer tres embarcaciones / y ser pressiso caminar / Por tierras muy asperas y despobladas / mas de quinientas leguas de mas de / que cada Religiosso caussaria de gasto / hasta llegar a la dicha Prouinzia del / Paraguai mill y quinientos pesos y / por la destemplanza y bariedad de / climas era siertto enfermarian / cassi todos y moriría la quarta parte / dellos Y en los que quedassen viuos por ser el camino tan prolongado / y los caminos por mar y tierra tan / trauajossos e yncomodos se podria Re- / selar gran distraccion y Riesgo de / descaezer en el espiritu y faltar / muncho al feruor con que se sale de / estos Reynos sin que el superior lo pueda / Remediar Por no poderlos aprettar / en la disciplina Religiossa / y sauiendo el viaje a él ser / tan largo Peligrosso y penosso / abrá dificultad grande en Hallar / Religiossos que quieran ir y los / que se determinaren despues con / la experienzia de las yncomo- / didades y peligros no querran passar / adelante munchos dellos ni se / les Podra obligar a ello con que / [f. 2 v.] / se quedaran en ottras Prouinzias / con notable daño dela del paraguai / y que conzediendossele lizenzia / para poder yr con los dichos Religiossos / Por el puerto de buenos ayres llegaria / a su Prouinzia en dos meses y

se / excussarian los excesiuos gastos / e yncombenientes Referidos y ottros / que expressaua suplicandome / fuesse seruido de continuar la / Merced que e hecho a todos sus antezezores / conzediendole nauio en que / pueda yr por el dicho puerto de buenos / ayres y hauiendosse visto por / los del mi Conssejo de Yndias jun- / tamente con lo que en carta de / Doce de octubre del año passado de / Mill y seiscientos y cinquenta y cinco me ynfor- / masteis vos el Pressidente y los / Papeles del prior y consules de essa ciudad / de diez y nueve del mismo mes / que Remittisteis con ella y lo que / con vista de todo dixo y pidio mi / fiscal en el dicho mi conssejo y lo que / se boluió a Representtar por parte / del dicho simon de oxeda ynsistiendo en que se le concediesse / el dicho nauio attendiendo a / las caussas Referidas y a la / [f. 3 r.] / obligazion de ymbiar obreros espiri- / tuales que ynstruian y administren los santtos sacramentos a los Yndios de la dicha Prouinzia del para- / guai sin embargo de la contradizion / que hassen los dichos prior y con- / sules He tenido Por vien de / Conzeder al dicho Padre Simon / de oxeda como por la pressente le concedo / lizenzia y permission para que pueda / Boluer a la dicha Prouinzia del pa- / raguai y lleuar consigo treinta Religiosos sacerdotes y quatro Hermanos / Coadjuttores de la misma Compañia de Jesus haziendo su viaje / en derechura al dicho puerto de / Buenos ayres para que con mayor / Breuedad y comodidad puedan llegar a la dicha Prouinzia y assi os / mando Busqueis un nauio de / hasta doscientas toneladas de / la bondad y calidad que tubiere des / ser mas a Propossito para el dicho / viaje adbirttiendo que la tripu- / lazion e la jente de mar y / guerra que a de lleuar a de ser natural / de estos mis Reynos y sin permittir / que en el dicho nauio baya / [f. 3 v.] / ningun passajero sin lizenzia / mia ni que se lleuen en el ningunas mercaderias y con esta calidad ajus- / tareis con el dueño la forma en que / a de hasser el viaje y el tiempo / en que a de boluer a estos Reynos / tomando del dueño y maestre del dicho / nauio la seguridad nesce̱ssaria assi pa- / ra su buelta como para excussar / el que traigan de Rettorno Platta / ni Oro ni hagan arriuadas por los / graues yncombenientes que de ello / suelen Resultar cautelándo- / lo todo segun y en la forma / que se hisso el año de mill y seiscientos y quarenta y siette en ottra / lizenzia semejante que se / conzedio a Juan Pastor de la dicha / Compañía y en Hauiendolo / ajustado me

dareis quenta / de ello para que se os Hordene lo que / Hubieredes de executar en / quantto a dar al dueño y maestre / del dicho nauio y a los dichos Religio- / ssos los despachos necessarios para / que no se les ponga ympedimento / alguno en el dicho viaje. Fecha / en aranjuez a Primero de mayo / **[f. 4 r.]** / de mill seiscientos cinquenta y siette [1] años = Yo el Rey = Por mandato del Rey nuestro señor = Juan Baptista Saenz nauarrete. Y a las espaldas de la dicha Real zedula / Paresse estan cinco Rubricas de firmas.

APENDICE II.

[f. 44 v.] "Despues con ocazion de / hauer Remitido el Prior y conzu- / les de la uniberzidad de los car- / gadores a las yndias de essa ciudad / con cartta de doce de Jullio del dicho / año de seiscientos y cinquenta / y seis ttestimonio dela pettission / que Pressenttaron algunos de / los mercaderes del conssejo de ella / y del peru Ponderando los yn- / combenientes que resultarian / dela Permission del nauio Re- / ferido para yr al puerto de buenos / ayres se Hordenó a vos el Pressidente / hissiessedes Recoxer el despacho / hasta tener otra Horden mia / y que con vista de lo que escriuió / el consulado en esta matteria / y de la petticion de los mercaderes / Ynformasedes sobrello y hauien- / dolo hecho con notticia dello / y de los demas informes y papeles / tocantes a esto se me consulta / Por los del mi consejo de las / **[f. 45 r.]** / Yndias lo que se tubo por combeniente / y con attencion a las caussas y mo- / tiuos que obligaron a conzeder el dicho / nauio de Permission y a las que / de nuevo Representtó el dicho simon / de oxeda he Resuelto que sin em- / bargo de las contradiziones hechas / por el conzulado y mercaderes ten- / ga efecto esta Permission Y assi / os mando Beais la zedula arriua / ynsertta y la Guardeis Cumplais / y executeis en todo y por todo / segun y como en ella se conttiene / y declaro que

---

(1) Atendiendo al contexto del documento, en que se expresa que el año 1655 fue el pasado, y a la cronología de las actuaciones, la fecha 1657 está equivocada, debiendo leerse 1656. Advertimos que no se trata de la cédula original sino de una copia inserta en el expediente.

De paso hacemos notar que los argumentos esgrimidos para la concesión de la licencia y permiso son verdaderamente pintorescos y parece redactada la cédula por los enemigos de la orden.

assi es mi voluntad / Fecha en el pardo y veyntte y dos de / Henero de mill y seiscienttos y / cinquentta y siette años = Yo el Rey = Por mandado del Rey Nuestro señor / Juan Bapttista Saenz nauarrete. / Por las espaladas de la Real zedula estan cinco Rubricas de / firmas".

APENDICE III.

"En la Baya de la Ciudad de Cadiz En seis dias / del mes de Diciembre de mill y seiscientos y cinquentta / y siete años Estando a bordo del nauio nombrado / Santa Agatta que ba de registro a buenos ayres. El / capitán Francisco del pozo bisitador por Su Magd. / de las Armadas y flotas de Indias. En birtud de / orden del Señor beedor general Lorenzo andres / garcia Juez ofizial por su Magestad de la Conttrattazion / de Seuilla que de presente assiste En estos puertos a Cosas / de su Real servicio visitó de tercera y ultima visita / la dicha nao. La qual dicha bisita hisso ante el pressente / seruicio en la manera siguiente /

Bisitóse el buque de la dicha nao: arboles, jarcia, belas / entenas, bergas y masteleros; todo estuvo bueno y la dicha nao estanca. Y tuvo derespeto lo siguiente: /

– Cinco cables, los tres nuevos y los dos usados /
– quatro anclas y un anclote /
– quatro guindalesas /
– Dos calabrotes /
– treinta piezas de Jarcia de toda mena /
– Viradores de combés /
– Ustagas mayores y de trinquete /
– Una pasaberga derespeto /
– Dos esquipazones de belas la una embergada y la otra de respeto /
– otras dos belas de gavia /
– Dos fardos de Pacajé /

[f. 1 v.]

– Dos quintales de hilo de bela /
– Docientas abujas /
– Dos bombas guarnidas con tres guarniziones /

– Asador y saca nabo /
– dos cerradas /
– Tres sacas de tachuelas /
– una chalupa con dos equipazones de remos /
– una forma de timon /
– motones ,quadernales y poleas /
– un cajon de seuo en pan /
– dos cajones de belas de seuo /
– Herramientas de carpintero y calafate /
– nueve planchas de plomo en oja /
– Cajón y medio destoperoles /
– ocho achas de cortar /
– Catorce lanternas de lavorar /
– Dos lampiones de correr /
– diez cajones de clavazon /
– ocho cajones de brea /
– tres quintales de estopa y dos barricas de alquitrán /

Artillería /

– Veinte y quatro piezas de fierro colado de a ocho y de a diez encabalgadas y portas en sus lugares. / Con todos sus aparejos para ellas. /
– Quinientas balas rasas /
– Ciento de diferencias /
– Cinquenta barriles de polvora /.
– Cien mosquetes con sus frascos y bandolas /
– tres cañones de balas de mosquete y quatro quintales de cuerda. /
– Cinquenta chuzos y doce picas. /
– Pabesada y caja de guerra. /

Gente de mar /

– Ygnacio de maleo. Capitan y maestre de la nao. Persona conozida.
– Miguel delmaga, scrivano; natural de la villa de Ibars; hijo de Miguel; buen cuerpo, blanco; de veinte y dos años; mostró su título.
[f. 2 r.]
– Piloto fernando ramirez. Piloto examinado de la prouinzia de Nue-

va España; buen cuerpo, de cinquenta años; contó ser examinado y mostró sus instrumentos.

— Pedro de Morales, acompañado de Piloto; hijo del mismo; natural de San Lucar; pequeño de cuerpo; cejijunto; de veynte y ocho años. Contó por certicazion de escrivano estar aprobado.

— Joan Leal, contramaestre; hijo de Francisco; natural de Cádiz; de treinta y ocho años; moreno, redondo de cara.

— Juan Francisco, guardián; hijo del mismo; natural de Cádiz; alto; dientes grandes de la parte alta; de 32 años.

— Amador de ouila, despensero; hijo de Manuel; natural de Cádiz; mellado de la parte de abajo; de 42 años.

— Jorge Pablos, condestable; hijo de Pablo; natural de Cádiz; alto; ojos azules; de cinquenta años.

— Francisco Diego, carpintero; hijo de Tomás; natural de Santander; trepado; ojos azules; de 34 años.

— Salvador de Artiaga, galafate; hijo de Juan; natural de Usurbil; buen cuerpo; nariz larga; de 39 años.

— Juan Gres, marinero y artillero; hijo de Andrés; natural de Cadiz; mediano; señal de herida en la frente; de 30 años.

— Luis de Flores, marinero y artillero; hijo de Francisco; natural de Cadiz; mediano, señal de alberja junto al ojo derecho; de 28 años.

[f. 2 v.]

— Jorge Nicolás, marinero y artillero, hijo de Nicolás; natural de Málaga; alto; barbinegro; de 30 años.

— Joseph de Mancisido, marinero y artillero; hijo de Pascual; natural de la villa de Zumaya en la provincia de guipuzqua; rubio; buen cuerpo; de quarenta años.

— Nicolás Ortega, marinero y artillero; hijo de Bartolomé; natural de Cádiz; mediano; nariz larga; de 30 años.

— Miguel de Sierra, marinero y artillero; hijo de Gabriel; natural de San Lucar de Barrameda; pequeño; ojos pardos; de 25 años.

— Domingo García, marinero; hijo del mesmo; natural de La Coruña; pequeño; ojos azules; de 28 años.

— Pedro Diaz, marinero; hijo del mesmo; natural de Santander; pequeño; señal de herida en la frente sobre el ojo derecho; de 34 años.

— Miguel de Legarra, marinero; hijo de Sanzon; natural de Irun; buen cuerpo; señal de herida en el carrillo derecho; de 24 años.

- Juan Rodríguez, marinero; hijo del mesmo; natural de Cádiz; mediano de cuerpo; herida en la ceja izquierda; de 27 años.
- Martin de Ibarguen, marinero; hijo de Pedro; natural de Irun; barbitakeño; nariz grande; de 30 años.
- Joseph Gomez, marinero; hijo de Jorge; natural del Puerto de Santa María; mediano de cuerpo; cariancho; de 24 años.

[f. 3 r.]

- Pedro Bazquez, marinero, hijo de Domingo; natural de Cádiz; de buen cuerpo; herida sobre el ojo izquierdo; de 32 años.
- marinero Bartolomé de Rejil; hijo de Lázaro; de Irun; mediano; blanco; oyo en la barba; de 21 años.
- Juan de Usaldigui, marinero; hijo del mesmo; natural de fuenterrabía; alto; oyos de biruela; de 20 años.
- Simon de Lara, marinero; hijo del mesmo; natural de San Lucar de Barrameda; pequeño; nariz larga; de 28 años.
- Juan Ximénez, marinero; hijo de Francisco; natural de San Lucar de Barrameda; alto, nariz con señal de herida en la frente; de 28 años.
- Fernando de Salazar, marinero; hijo del mesmo; natural de San Lucar de Barrameda; de buen cuerpo; cariancho; de 22 años.
- Naflo Sánchez, marinero; hijo de Pedro; natural de Cádiz; mediano; señal de herida sobre el ojo derecho; de 21 años.
- Juan de Oca, marinero; hijo de Sebastián; natural de Xerez; buen cuerpo; señal de herida en el cornero izquierdo; de 22 años.
- marinero Juan de Imerodés; hijo de Gregorio; natural de Bayona de Galicia; pequeño; cariredondo; señal sobre el vigote izquierdo; de 21 años.

[f. 3 v.]

- Geronimo de Rosales, marinero; hijo de Juan; natural de Seuilla de Triana; alto, blanco, carilargo; de 20 años.
- Pedro Sueco, marinero; hijo del mesmo; natural de Málaga; mediano de cuerpo; nariz larga; de 20 años.
- Miguel Pelaez, marinero, hijo de Antón, natural de Cádiz; alto; señal de herida sobre la zeja izquierda, de 40 años.
- Bartolomé Rendon, marinero; hijo de Juan, natural de Xerez; pequeño, entrecano; de 58 años.

— Nicolas de Asterica, marinero; hijo de Domingo, natural de Biscaya de Arandura; alto, ojos pardos; de 36 años.
— Patron Basilio Justi, marinero; hijo de Jacome, natural de Benecia; mediano; entrecano, de cinquenta años.
— Joan Antonio, marinero, hijo del mesmo; natural de Málaga; buen cuerpo; ojos pardos; de treynta años.
— Joan Baptista Cocha, Cirujano; hijo de Francisco; natural de Unquerque; alto, ruuio, blanco de 25 años.
— Joseph de Araeta, baruero, hijo de Juan, natural de Ernani en Biscaya; pequeño; ojos pardos, señal de herida en el lavio de la parte alta, de 19 años.
— Antonio Ugarte, marinero, hijo de Juan, natural de Bergara, en Biscaya; buen cuerpo, cejas gordas, de 23 años.
— Bartolomé Suarez, marinero, hijo de Francisco, natural de Rota, buen cuerpo, ruuio, oyoso de biruelas, de 19 años.
— Marco Antonio, marinero, hijo de Juan, natural de Málaga ;alto, nariz gruesa, de 19 años.

[f. 4 r.]

Grumetes

— Benito Ximenez, grumete, hijo de Jacinto, natural de San Lucar de Barrameda; pequeño, oyoso de biruelas, de 19 años.
— Bartolomé Despinosa, hijo de Andrés, natural de Seuilla, mediano, ojos pardos, de 18 años.
— Joseph delos Reyes, grumete, hijo de Diego, natural de Seuilla; buen cuerpo, señal de herida sobre las cejas, de 20 años.
— Antonio de Andrada, grumete, hijo del mesmo; natural de Seuilla, buen cuerpo, señal de herida en el dedo pulgar de la mano izquierda, de 22 años.
— Simón Romero, grumete, hijo del mesmo, natural de Seuilla; pequeño; señal de herida en el carrillo derecho, de 20 años.
— Pedro de Mancisido, grumete, hijo de Joseph, natural de Zumaya, pequeño; herida sobre la zeja izquierda, de 18 años.
— Juan del Castillo, grumete, hijo de Nicolás, natural de Málaga, pequeño, cojo, de 20 años.
— Lorenzo Olaue, grumete, hijo de Pedro, natural de Ibarra en Bizcaya, pequeño, blanco, ojos azules, de 20 años.
— Luis de Salas, grumete, hijo de Francisco, natural de San Lucar

de Barrameda, mediano, señal de herida debajo del ojo izquierdo, de 18 años.

[f. 4 v.]

- Alonso de Seuilla, grumete, hijo del mesmo, natural de Zafra, buen cuerpo, nariz pequeña, de 22 años.
- Juan de Jordanes, grumete, hijo de Pedro, natural de Santander, buen cuerpo, blanco, oyoso de biruelas, de 21 años.
- Joseph de Herrera, grumete, hijo de Miguel, natural de Laredo, buen cuerpo, cejijunto, de 22 años.
- Alberto Guerra, grumete, hijo de Juan, natural de Pontebedra, buen cuerpo, nariz gruesa, de 19 años.
- Francisco Jil, grumete, hijo de Martín, natural de Laguenza, en Castilla, alto, ruuio, señal de herida sobre la ceja izquierda, de veinte años.
- Nicolas Juan, grumete, hijo del mesmo, natural del Puerto de Santa Maria, buen cuerpo, carirredondo, ojos pardos, de 20 años.
- Christobal Francisco, grumete, hijo de Miguel, natural delas islas Canarias, alto, moreno, ojos pardos, de 24 años.
- Joan Alonso, grumete, hijo del mesmo, natural del Puerto de Santa María, pequeño, ojos azules, de 20 años.
- Gaspar delos Reyes, grumete, hijo de Juan, natural de Triana; pequeño, ruuio, oyos de biruelas, de 20 años.

[f. 5 r.]

- Seuastian Romero, grumete, hijo del mesmo, natural de Seuilla, mediano, barbitaheño, de 21 años.
- Jacinto Rodriguez, grumete, hijo de Seuastian, natural de Seuilla en Triana, buen cuerpo, barbitaheño, ojos pardos, de 20 años.
- Pedro Franco, grumete, hijo de Sebastian, natural. de Cádiz, alto, nariz afilada, de 21 años.
- Seuastian Rayz, grumete, hijo de Juan, natural de Osuna, pequeño, oyoso de biruelas, de 25 años.

Pajes

- Joseph Rendon, paje, hijo de Bartolomé, natural de Cádiz, pequeño, nariz afilada, de trece años.
- Francisco Olanis, paje, hijo de Pedro, natural de Seuilla, pequeño, nariz pequeña, de 18 años.

— Phelipe de Trueba, paje, hijo del mesmo, natural de Fresnero, en las *montañas de Burgos, cejijunto, de 17 años.*
— Joseph de Beytia, paje, hijo de Lucas, natural de Lequeitia en Vizcaya, mediano, ojos pardos y grandes, de 14 años.

Reciviose Juramento del maestre y despensero de la nao so cargo del qual declararon tener a bordo de la dicha nao para el pressente viaje los bastimentos siguientes:

— Ciento y treinta y tres quintales de pan hordinario.
— beynte de blanco.
— diez fanegas de haba y ocho de garbanzo.
— diez barricas de arroz y quatro de lanteja.
— quarenta quintales de bacallao.
— quatro quintales de pejepalo.
— Diez y ocho barricas de carne.
— Cien arrobas de azeyte.
— Cinquenta arrobas de binagre.
— Quatrocientas botijas de bino.
— Setenta pipas de agua.
— Y mil y quinientas botijas de agua.
— Sal y leña, le necesaria.

Mandosele al dicho Maestre no saque de este Nauio ningunas armas ni artillería de las con que a sido bisitado ni ningunas mercaderias de las que lleua rejistradas. Ni lleue en el ningun Pasajero Clerigo ni frayle, ni ninguna persona, ni muger, moro ni mora, esclauo ni esclauas sin lizenzia de su Magestad y despacho de los señores Presidente y Jueces offiziales de la cassa de la Contratación de Seuilla Pena de quinientos mill marabedizes para la Camara de su Magestad en que desde luego los da por condenado lo contrario **[f. 6 r.]** haciendo de mas de caer e yncurrir en las Penas de las hordenanzas de la Dicha Cassa. Y que lleue un barril quintaleño estanco a popa con docientas baras de sondalesa para que si alguna persona cayere a la mar pueda ser socorrida todo lo qual se le notificó al dicho Maestre el qual dijo esta Presto de lo Cumplir Y lo firmó y el

dicho bisitador siendo testigos Juan Jurado de medina, Juan Cauello y Esteuan Perez de Leon ressidentes en dicha nao.

Francisco del pozo Ignacio de maleo.

ante mi

Bartolomé Lopez de Salas.

"Lista de pasaxeros de la nao nombrada santa agata maestre ygnacio de maleo que se despacha con Registro al puerto de buenos ayres son los siguientes:

– Don Francisco Ruiz Samaniego y Pacuenchos que ba por tesorero general de la santa cruzada del Reyno de chile y sus obispados y jurisdición; pasa a buenos ayres con lizencia de su magestad y despacho de los señores Presidente y jueces oficiales de la casa de la Contratación de Seuilla.
– El licenciado don Manuel Muñoz de Cuellar que ba por alcalde de la ciudad de Santiago de Chile y doña Ana Flores su muger y casa pasan a buenos ayres con lizencia de su magestad y despacho de los dichos señores.
– Pedro de Albarado, pasaxero que ba con la fotura de contador de la Real hazienda del puerto de buenos ayres con lizenzia de su magestad y despacho de los dichos señores.
– El Sr. don Joseph Carrasco del Saz que ba por maese escuela de la yglesia metropolitana de la ciudad de la Plata, prouincia de los Charcas; pasa con lizenzia de su magestad y despacho de los dichos señores.
– El Padre Simón de Oxeda de la Compañía de Jesus procurador general de las prouincias del paraguai.
– El padre Seuastian de Carrión, sacerdote.
– El padre Gregorio de Horosco, sacerdote.
– El hermano Gregorio de Beytua, teólogo.
– El hermano Joseph Serrano, metafísico.
– El hermano Joseph de Latorre, filósofo.
– El hermano Antonio de Villagrán, filósofo.
– El hermano Tomás de Saauedra, filósofo.
– El hermano Juan Antonio de Ordi, filósofo.

– El hermano Juan de Billagomes, gramático.
– El hermano Luis de Tapia, filósofo.
– El hermano Pedro Ximenez de Araya, filósofo.
– El hermano Antonio de la Cuesta, gramático.
– El hermano Antonio de Ballalua, filósofo.
– El hermano Diego de Sotomayor, gramático.
– El hermano Christóbal de Muro, gramático.
– El hermano Pedro Sardoni, coadjutor.
– El hermano Juan Carrero, teólogo.
– El hermano Ceprian dela Lataynd, teólogo.
– El hermano Juan Maranzel, teólogo.
– El hermano Gerónimo Delfin, filósofo.
– El hermano Benito de la Riuera, gramático.
– El hermano Diego de Figueroa, coadjutor.
– El hermano Pedro Lopez, coadjutor.
– El hermano Luis Antonio de Molina, gramático.
– El hermano Francisco Ximenez, gramático.
– El hermano Juan Biscayno, gramático.
– El hermano Alonso del Castillo, gramático.
– El hermano Antonio Gutiérrez, filósofo.
– El hermano Antonio de Loyola, gramático.
– El hermano Manuel de Mendieta, gramático.
– El hermano Hernando García, metafísico.
– El hermano Sebastián Canales, coadjutor.

Los dos hermanos que parecerán en Cádiz en cinco de Diciembre de mill y seiscientos cinquenta y siete antes el Beedor general Lorenzro Andrés García juez ofizial de la casa de la Contratación de Seuilla que de presente asiste en esta ciudad son los siguientes:

– El hermano Juan de Canaria, filósofo, natural de la ysla de la Palma en las Canarias, mediano, pecoso, de 21 años.
– El hermano Francisco Herlin, natural de Cádiz, de buen cuerpo, blanco, de diez y ocho años.

Todos los treinta y cinco Religiosos de la Compañía de Jesus con el padre procurador general pasan a las prouincias del paraguay con lizenzia de su magestad y por su Real quenta y despacho delos dichos señores.

– Don Antonio de Recalde Arrandolaza pasa a las prouinzias del pirú donde ba con la fotura de contador mayor de bienes de difuntos

de Lima en el nauio de buenos ayres con Lizenzia de su magestad y despacho de los dichos señores.

— Don Pedro de Billaalbarado, canónigo de la orden de Santiago, pasaxero que pasa a las prouinzias del pirú por buenos ayres con lizenzia de su Magestad y despacho delos dichos señores.

— El gouernador Alonso de Paz que ba por corregidor del Cusco, pasa a buenos ayres con lizenzia de su magestad y despacho del veedor general Lorenzo Andrés García juez ofizial dela Contratación de Seuilla — va todo. — Bartolomé Lopez de Salas.—

[El expediente del que forman parte las cédulas, transcriptas en los apéndices I y II, y la inspección o visita efectuada al navío Santa Agueda (excepto la lista de pasajeros que va en pliego separado) consta de 88 folios.]

ROLANDO A. LAGUARDA TRIAS

VOYAGES
DE
FRANÇOIS COREAL
AUX
INDES OCCIDENTALES,

Contenant ce qu'il y a vû de plus remarquable pendant ſon ſéjour depuis 1666. juſqu'en 1697.

TRADUITS DE L'ESPAGNOL

AVEC UNE

RELATION

De la Guiane de Walter Raleigh & le Voyage de Narborough à la Mer du Sud par le Detroit de Magellan.

TRADUITS DE L'ANGLOIS.

TOME PREMIER.



A AMSTERDAM,
Chez *J. FREDERIC BERNARD* 1722.

FRANCISCO COREAL

1666-97

He logrado incorporar a mi biblioteca un libro raro que había tenido oportunidad de citar, prácticamente de segunda mano, y que hace años lo conocí en una colección particular del exterior ([1]).

Me refiero a los "Voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales" impreso en Amsterdam, por Frederic Bernard en 1722. Ese remoto viajero relata lo que vió y oyó en sus viajes realizados desde 1666 a 1697 y, para nosotros tiene un particular interés por cuanto habiendo estado seis meses en Buenos Aires, más de un cuarto de siglo antes que se fundara Montevideo, da sobre nuestras cosas referencias interesantes y, en lo que atañe a esta reseña, constata ya la abundancia del ganado vacuno cerril en nuestro medio.

Pese a lo circunscripto del tema de este trabajo, dada la rareza del texto estimo de mi deber divulgarlo in totum pero deseo destacar algunas de sus observaciones. Por lo pronto su afirmación de que los cueros del Río de la Plata "son los mejores de las Indias Occidentales" y que los criollos seleccionan en las matan-

---

([1]) "Voyages de Francois Coreal aux Indes Occidentales, contenant ce qu'il y a vu de plus remarquable pendant son séjour depuis 1666 jusq'en 1697", Traduits de l'es pagnol avec una Relattion de la Guiianne de Walter Raleig & le Voyage de Narborough á la mer du Sul par le détroit de Magellan. Tr. de lánglais. Amsterdam, J. P. Bernard, 1722. 3 volúmenes.

El original no se conoce. El primer volúmen y parte del segundo comprende el relato del viaje; los otros ocúpanse de los otros viajes, unos traducidos del inglés, otros del español, algunos muy poco conocidos y tratan en total doce temas, a saber —sintetizando— la Relación de la Guayana de Raleigh, otra Relación de la Guayana traducción del inglés del capitán Keymis; Diario de viaje del capitán Narborough al Mar del Sud; Relación de un viaje a las tierras australes desconocidas sacado del Diario del capitán Abel James Tasman; Carta del padre Nyel sobre la Misión de los Moxas; Relación española de la Misión de los Moxas, en el Perú, por Antonio Orellana, impreso en Lima por orden de monseñor Urbano de Matha, Obispo de la ciudad de La Paz (1704); Descubrimiento de las Indias Meridionales; Primer viaje de Alvaro de Mendaña, comunicado por el Dr. Cristóbal de Foguerοa (Sacado de la historia del marqués de Cañete virrey del Perú); Segundo viaje de Alvaro de Mendaña; Descubrimiento de las tierras australes de Quirós en 1605 y Extracto de la Relación de las Indias Occidentales de Fray Juan de Torquemada.

zas de animales que hacen sus víctimas. "Son tan expertos en esta caza, que conocen desde lejos el ganado silvestre que les conviene por su largura". Se refiere evidentemente a la extensión de los cueros y se le escapa, probablemente, el detalle de su espesor, para obtener lo cual solo sacrifican los novillos, de cuero más firme y grueso, y de ahí que los prefieran a las vacas y a las crías y de tres años, desde que indudablemente los novillos —o entonces, con seguridad toros— de cinco años para arriba serían los tipos buscados para el sacrificio. Lo mismo no podría decirse de los cueros de equinos ya que los caballos hechos tienen el cuero más formado, pero menos resistente al desgaste por el uso, los mejores los de potro.

Otra novedad es la que acusá la presencia de las perradas de cimarrones, la causa que provocó su aparición, su persistencia, y los daños que su existir significaba para los rodeos; los trastornos digestivo que provoca en los humanos el exceso de alimentación carnívora, etc..

Paso las informaciones que da sobre los yaros y charrúas sin comentarios, por lo ingenuas y poco interesantes y hago presente la antigüedad de la deposición de este viajero que habla de la Colonia, o mejor dicho, del Real de San Carlos, al poco tiempo de haber fundado los portugueses la qre frera la más disputada ciudad del Plata con el correr de los años.

———

VIAJES DE FRANCISCO COREAL A LAS INDIAS ORIENTALES, conteniendo lo que vió en su estadía desde 1666, hasta 1697.

Avec une Relations de la Guiane de Walter Raleigh et le Voyage de Narborough à la Mer du Sud par le Detroit de Magellan.

Tomo primero.

A Amsterdam, en lo de J. Federico Bernard 1722.

———

"Página 256. — Buenos Aires es una de las mejores colonias de los españoles. Esta villa está situada a la desembocadura del Plata del lado del mediodía; ya que el otro costado pertenece a los Portugueses, que tienen algunas poblaciones en la orilla del Río. Los Españoles tienen un fuerte, si es que se le puede llamar así a una mala reducción

acompañada de algunas chozas y defendida por tres o cuatro piezas de cañón que sirven más de parada que de defensa. Este lado está muy expuesto a las incursiones de los JARRES y los CHARROUAS, que son salvajes errantes, enemigos jurados de los Españoles y de los Portugueses. Estos Pueblos se conducen sin ninguna forma de policía ni ley. Viven solamente de lo que atrapan en sus incursiones. Cuando toman prisioneros, los matan a golpes, los asan y de inmediato se los comen en el mismo lugar. No tienen ningún conocimiento de los metales, y no se preocupan de lo que se les pueda mostrar, a excepción de pequeños cuchillos y otros instrumentos de hierro que admiran hasta la locura; ya que los toman, los besan y los aprietan contra el pecho. Tienen por arma una especie de Maza. Se sirven como cuchillos de piedras que afilan lo mejor que pueden y de ciertos huesos, a los que también dan filo. Aseguran que los MALDONADOS, y los alrededores de TIBIQUIRI encierra mucho oro y plata: pero de mientras los Portugueses no hacen casi caso de las poblaciones que tienen al borde del PLATA.

BUENOS-AYRES está defendido por un Fuerte, donde hay una cantidad pasable de municiones, y por una Guarnición bastante numerosa, pero mal disciplinada e incapaz de sostener los ataques de un enemigo aguerrido. En fin, esta Soldadesca no vale más que la de MEXIQUE y PEROU, y no tienen de guerreros más que el fusil y la espada: pero sirve para infundir miedo a los Salvajes de los contornos. BUENOS AYRES tiene un gran comercio en Negros, que envían por tierra al PEROU, en sebo, en bestias, en cuero, en oro y en plata. El País suministra al PEROU gran cantidad de bestias de carga. El oro y la plata que se sacan de CHILI y PEROU se embarcan para España desde BUENOS-AYRES, como también los cueros, que representan una fuerte entrada para esta Plaza.

Estos cueros son los mejores de las Indias Occidentales, a causa de su largura: ya que los CREOLES del País no cazan sino los bestias de cierto orden, y abandonan las otras. Son tan expertos en esta caza, que conocen desde lejos a vista el Ganado salvaje que les conviene por su largura. Después de despojar a las bestias de su cuero venden los mismos a los barcos que allí están, a seis, siete, y ocho Reales la pieza. En cuanto a las carroñas se les abandonan a los perros salvajes, que vienen en jaurías de siete a ocho cientos a devorar esta carne: de suerte que en poco tiempo a penas se ven los huesos. Hasta el

momento presente la pereza no ha permitido a nuestra gente destruir esta prodigiosa cantidad de perros que arrebatan y estrangulan mucho ganado. Lo que es peor es que amenudo atacan las personas.

Me quedé alrededor de seis meses en BUENOS-AYRES Y resolví pasar derecho al PEROU. Salimos de la villa seis en compañía y nos pusimos en marcha para SANTA FE. No se puede ver un País más lindo que los alrededores de BUENOS-AYRES. Está todo lleno de Arboles Frutales y de pasturas y se ven bueyes y vacas por millares: pero esto no obsta para que sea bastante cara la vida. Los Naturales del País sufren de grandes indigestiones del estómago: lo que se atribuye a la gran cantidad de carne cruda que comen. Los Jesuítas hacen lo que pueden para quitarles este hábito pero hasta el presente no han podido conseguir lo que se proponen. De BUENOS-AYRES a SANTA FE el País es todo igualmente bello y bien poblado. La tierra produce mucho trigo y abundan las Bestias de cuernos."

¿Quién era Francisco Coreal? Y esta pregunta que es mía y que me la hice cuando adquirí el libro en que relata sus andanzas en América, desde luego, sin obtener información que debelara la incógnita, veo que también se la ha hecho un escritor colombiano, don Gabriel Giraldo Jaramillo, Director de Cultura Popular y Extensión Artística, en un libro recientemente publicado en Bogotá, que si bien no ha podido ser su biógrafo —por lo que la interrogante que se hizo también quedó sin respuesta— ha venido a ser su comentarista.

Al respecto dice: "De su biografía solo tenemos las magras noticias que él mismo nos da en su libro y ningún otro documento ni contemporáneo ni actual hemos encontrado que nos suministre mayores informes.

Era español y nacido en Cartagena en el año de 1648, pues al iniciar el relato de sus viajes y dar cuenta de su partida de España el 19 de Mayo de 1666, como "aprendiz de marinero" en un barco que partía para las Indias dice: "Salí de Cartagena, mi patria, a la edad de diez y ocho años, lleno de pasión por viajar, animado de aquella curiosidad tan común en los jóvenes y que cuando, como en mí caso, no está sostenido por la prudencia, se convierne fácilmente en libertinaje".

Comenta con acierto el destacado escritor colombiano al transcribir este pasaje de su introito: "No olvidemos que no es el joven entusiasta quien escribe sino el viejo arrepentido de toda una vida de aventuras, y de regreso ya de muchas dolorosas experiencias. El viaje no era entonces fácil, sobre todo para quien, como Coreal, debió pagar su pasaje con el rudo trabajo de abordo, pero todo lo soporta en la esperanza de llevar una vida agradable y próspera en América "en donde solo se trata —dice con toda franqueza— de pillar a expensas del Rey y de los indios".

Es, pues, —continúa el comentarista— el emigrante clásico que sin cumplir la mayor edad abandona la patria en busca de mejores posibilidades; pero Coreal no se convertiría, como tanto otros en un sedentario colono español, sino que viajaría sin descanso por espacio de largos años y regresaría, viejo ya, a su nativa Cartagena, a escribir los recuerdos de su largo peregrinar en tierras de Indias.

Embarcado en Cáliz en 1666, visita las Antillas deteniéndose en casi todos los puertos importantes; viaja a la Florida y cinco años después llega a tierras mexicanas en donde vive algunos años que considera los mejores de su vida".

. . . .

Pero el mar lo atrae y de nuevo toma plaza de marinero a órdenes de filibustero inglés capitán Casson en cuya compañía visita el Darien y recorre la costa colombiana del Caribe describiendo a Cartagena y Santa Marta y dando interesantes noticias sobre sus habitantes y costumbres. Pero han transcurrido ya diez y ocho años de peregrinar y la nostalgia de la patria lo hace emprender el viaje de regreso que inicia en Jamaica el 13 de mayo de 1684; después de una breve escala en Inglaterra continúa hacia Cartagena en donde había de encontrar desolado el hogar paterno y muertos todos los parientes cercanos.

Sólo un año permanece en España, pues en julio de 1685 emprende nuevamente viaje hacia América dirigiéndose al Brasil; llega a Bahía el 31 de Octubre y tres meses después es comisionado para llevar provisiones a los portugueses establecidos en la capitanía de San Vicente, lo que le da oportunidad de visitar el interior del país. Permanece en el Brasil hasta 1690. Se dirige luego por tierra al Paraguay, pero las dificultades de la ruta lo obligan a tomar un barco que de Río lo conduce a Buenos Aires, en donde vive seis meses y no deja de pon-

derar la importancia de su comercio y la excelente calidad de la carne y los cueros.

De Buenos Aires viaja a Potosí en donde lo encontramos en 1692; en su libro nos habla de la fuerte impresión que le produce la riqueza de la ciudad y el lujo de sus habitantes, aunque no deja de advertir, con su habitual sagacidad, que esa riqueza es producto del esfuerzo de los naturales que trabajan como esclavos en las minas. La Ciudad de los Reyes lo atrae y a ella se encamina en 1694; la opulencia de Lima y el poder del clero lo impresionan hondamente: "basta con decir que el dominio de la Iglesia es otro Potosí" dice, refiriéndose a la riqueza de los templos. Parece que el año de vida en Lima le trajo no pocos sinsabores y que estuvo mezclado en algún proceso de la Inquisición, lo que explica en parte su anticlericalismo y sus críticas a la vida limeña; dice que sus habitantes no deben nada a los de México en cuanto a devoción y que se consideran los mejores cristianos del mundo, y maliciosamente comenta: "...esto los hace insoportables sobre todo cuando se compara esta pretendida devoción con la gran sensualidad de los peruanos, con los fraudes que cometen en los negocios civiles y las querellas perpetuas que no son sino demasiado autorizadas cuando se ha encontrado el secreto de corromper a aquellos que deben administrar justicia". En boca de un holandés residente en Lima "una de las personas más inteligentes que conocí", pone estas palabras: "No me asombra en absoluto que se robe al Rey en un país en donde la intriga tiene lugar de justicia, en donde no hay por toda religión sino mucha hipocresía y en donde la gente compra a precio de plata la libertad de pecar".

A fines de 1695 se encamina a Quito en donde permanece durante dos meses, dirigiéndose luego a Popayán en el convoy que lleva el comercio al Nuevo Reino; se detiene en Pasto y en Popayan de donde continúa hasta Calí y luego en doce jornadas "con mucho peligro y fatiga" llega a Buenaventura. En la imposibilidad de continuar por tierra se embarca a Panamá, pasa después a la Habana en donde permanece parte del año 1697 y en Agosto emprende el viaje de regreso definitivo llegando a Cádiz a fines de Septiembre de ese año de 1697, al fin de 31 años de viajes en el Nuevo Mundo.

La guerra de sucesión que amenaza estallar lo obliga a viajar en 1700 a Inglaterra; por dos veces visita a Holanda a fin de disponer de algunos efectos que tenía en su poder de comerciantes de ese país, y

a comienzo de 1707 vuelve a su ciudad en donde se consagra a escribir su obra que termina el 25 de Febrero de aquel año con estas piadosas palabras: "Y espero acabar y morir aquí como buen cristiano, en la comunión de la Iglesia, nuestra Santa Madre, en el temor de Dios y de Jesucristo mi salvador, del cual imploro misericordia y bajo el Gobierno de mi Soberano Señor y Rey legítimo Don Felipe, quinto de su nombre".

. . . .

Calla el testimonio de Coreal y nada volvemos a saber de su vida. Catorce años más tarde las prensas de París y de Amsterdam publicarían una versión francesa no exenta de incorrecciones, que será como una nueva partida de nacimiento del incansable trotamundos cartagenero. El original español desapareció y hasta nuestros días se ha considerado como definitivamente perdido, pero para algunos eruditos, como se verá adelante, el texto español jamás existió, y su autor es tan sólo algún anónimo compilador que inspirándose en múltiples relatos escribe "Viajes de Francisco Coreal a las Islas Occidentales".

A continuación Giraldo Jaramillo glosa extensamente la parte del relato en lo que se refiere al Nuevo Reino de Granada, haciendo lo que realizo hoy en lo referente al Plata, pero con más longitud, pues casi ocupan un centenar de páginas, extensión que se explica por el volumen que ocupa en las descripciones de la hoy tierra colombiana. El acierto en la observación, la justeza en el comentario, el aporte para el conocimiento y estudio de las costumbres de esa parte de nuestra América en la época hispánica, y los valores que indudablemente encierra este libro que proyecta luz sobre ambientes tres veces centenarios son puntos que deben destacarse.

Desde luego que no lo seguiré en esa su substanciosa glosa, pues si me extiendo sobre el particular, es para dar una noticia sobre este libro raro que nos presenta el panorama platense treinta años antes que se fundara Montevideo, período remoto sobre el cual todas las noticias, por breves que sean, que puedan agruparse, interesan por lo escasas que son, y por cuanto conviene confrontar lo poco que pueda reunirse para sacar de ellas las consecuencias que nos habiliten para echar una ojeada sobre nuestras cosas con cierta base firme.

Desde luego que nuestro territorio estaba desierto, como se sabe y apenas si hacía poco tiempo los portugueses se habían asentado en la Colonia del Sacramento cosa ocurrida en 1680. Por eso es que, en su lugar, transcribo la pequeña parte que dedica a nuestra tierra e incluso todo lo referente al Plata dado que antes y ahora —pese a la diferencia de los límites políticos— la cuenca del Plata debe ser considerada como una sola unidad, y al hecho de que en la Argentina no tengo noticia de que el relato de Coreal —o del que fuera— haya sido traducido y comentado como merece, que si bien no da para mucho, es, como he dicho y reitero, de las impresiones primarias.

El comentario del ilustrado escritor colombiano es tan ajustado y exacto que creo del caso transcribir algunos pasajes que nos ilustran sobre distintos aspectos del libro.

Considerando real el personaje —como también lo supongo yo aunque sin mayores bases, y con las solas que sumariamente expondré más adelante— lo estudia del punto de viajero filósofo. Y dice: "Queremos dar a esta expresión no su sentido actual, que sería desusado e impropio, sino el significado que tuvo en el siglo XVIII, y de que nos habla, quizá por primera vez, un gran aficionado a los viajes, Meusnier de Querlon..

"El discutido viajero español representó a cabalidad el "honnète homme" de su tiempo, preocupado por todos los aspectos de la vida y de la cultura. Aunque probablemente vivió del comercio y sus actuaciones no fueron siempre intachables por lo azaroso de su existencia y la poco recomendable compañía de filibusteros y corsarios, su visión de América es más bien la de un intelectual que la de un aventurero ignaro. No hay aspecto ninguno de los países que visita que no llame su atención y merezca su interés; en una obra como la suya son innumerables las observaciones de orden social, político o económico; no edscribe sólo la geografía elemental de los lugares que recorre sino que ahonda en su historia, en las costumbres de los pueblos, señalando con fina perspicacia lo que hay de pintoresco o de curioso. Pero no cae sino raras veces en ese exotismo primario y escandaloso, de que dan muestras elocuentes algunos de los más sagaces viajeros europeos desde Vespucio y Walther Raleigh hasta Tomas Gage y Amadeo Frézier".

Una inmensa verdad es la que antecede. Como escruta Coreal, la vida de América está al alcance de quien lea su obra. Percibe, sabe ver y no exajera, salvo en porcentajes mínimos. Esta característica, una

de las fallas de los viajeros de las centurias anteriores a XIX y aun al XVIII, la anotan desgraciadamente los que cita Giraldo y a la que nosotros podríamos aumentar con casi todos los relatos de los que visitaron el Plata antes del XVIII y aún dentro de él.

Comparto también el juicio que sigue, cosa que jerarquiza el libro en buena parte al expresar: "En Coreal no hay asomos de afán exhibicionista tan común en viajeros antiguos y modernos; su relato es discreto sin pecar de excesiva severidad; no es ni un geógrafo, ni un etnólogo, ni un naturalista, ni un historiador, ni un sociólogo, pero aporta datos de positivo interés en todas estas disciplinas. No es en realidad el español común y corriente, pero sí es, en todas sus manifestaciones profundamente español. Representa un tipo no escaso en su tiempo y en su medio que conjuga todas las contradicciones de una época sometida a tan diversas y contrarias influencias; es católico y anticlerical, realista fervoroso pero antigobiernista, español sincero y apasionado, pero permanentemente censor de España, pecador y arrepentido; que se repase la historia española en sus hombres representativos y se verá cómo todos los que han influído sobre el destino de la Península, llevan en sí un fermento de contradicción, un espíritu paradójico, una antítesis difícilmente comprensible para el extranjero pero es, la esencia misma, y aún diríamos, la máxima fuerza de España".

Esta observación del intelectual colombiano es exacta y, lo más notable, que la considero perfectamente aplicable al uruguayo pensante de nuestros días. En el conjunto de nuestros escritores se anota una mayoría que presenta esa característica que siempre la he considerado herencia de la madre patria, sin desconocer por ello las influencias de otras nacionalidades que han sido y suelen ser fuertes, pero a esos aportes se superponen las modalidades de nuestro temperamento marcadamente inclinado al análisis severo de nuestras cosas —felizmente, porque nos inclina y obliga a la superación— pero tamizado por el cariño al terruño, por la devoción a nuestros hombres públicos verdaderamente representativos, a los que nos dieron patria y a los que organizaron, fuera de las pasiones de las luchas de bandería, el conglomerado nacional que si bien dista de ser ideal, es menos malo que en otras partes y puede ser mejorado fuera del clima mefítico de la política inferior que todo lo macula pese a la fosforescencia de un fraserío hueco, sonoro y efectivo para las masas ignaras, y nada más.

Los quebrantos del relato que nos ocupa radican en la fábula de

los gigantes americanos, el canibalismo generalizado de los aborígenes, pero no debe olvidarse —como acertadamente indica su crítico— que escribía a principios del XVIII y que no era hombre de ciencia, aunque algunos de éstos, pese a serlo, perdieron su tiempo como Buffon, sobre la talla descomunal de los patagones, las tribus que se alimentaban de olores, los orejones, los efectos de la planta que hacía maleables los metales, y otras truculencias por el estilo que difundieron de buena fe buena parte de los primeros "historiadores" de la culta Europa de esos días.

No deseo extenderme pero anoto el acierto de su pensamiento sobre la mentalidad de los indios norteños el decir, generalizando: "Son en extremo mansos, y se nota en ellos un fondo de melancolía y de abandono que viene sin duda de la dureza de la esclavitud; por otra parte, no les falta genio. Son penetrantes y sutiles. Estoy convencido que esta estupidez que aparece en ellos proviene de su miseria y no de su temperamento" (1).

El proceso social de América no le pasó desapercibido y vaticinó su independencia como consecuencia de los abusos del gobierno de la metrópoli al explotarla como lo hacía. Pero también criticó severamente la mentalidad de las altas clases sociales americanas producto de la mezcla de razas o simplemente de los criollos hijos o descendientes de hispanos: "la pereza, el descuido, el desorden de los criollos, su pueril orgullo" y en cuanto a la Iglesia la fustiga sin piedad, acerbamente y justificadamente que es lo más lamentable. Su anticlericalismo hizo pensar a algunos que bajo su nombre se escondía un protestante francés. "En realidad censura al clero americano lo que sería digno de crítica por parte del más ortodoxo y fiel católico; pero no deja de reconocer la obra civilizadora de la Iglesia y de ponderar con nobles palabras la labor de algunas comunidades como la de los Jesuítas"

Y dice su crítico, a más: "Ya el abate Prevost que tanto aprovecharía el relato de Coreal, comentó en términos severos su anticlericalismo". Es de justicia observar que por más español que tenía el honor de ser, el largo trato que había mantenido con los filibusteros, en Coreal presenta un fenómeno por demás curioso. Su libro tuvo una enorme aceptación cuando apareciera, al punto que de 1722 a 1738,

(1) "Señorío y Barbarie en el Valle del Cauca" (Consejo Superior de Investigaciones Científicas). Madrid MCMLIX.

en esos 16 años, se reimprimió seis veces. Después fue cayendo en el olvido aunque ahora resurge nuevamente habiéndolo colocado en valor varios autores, entre ellos el erudito alemán Hermann Trimborn ([1]).

Su gran divulgador fue el abate Prevost en XVIII; su gran detractor el geógrafo francés Ferdinand Denis ([2]). Su primer biógrafo fue el también geógrafo francés Eyries ([3]) que adelante las noticias que el autor da sobre su persona en la "Biografía Universal" de Michaud de 1813. Sobre la autenticidad del relato o, mejor dicho sobre la existencia real de Coreal mucho se ha escrito pero es indudable que vivió, viajó y relató con acierto lo que vio.

([1]) Francisco Prevost. — "Historia general de los viajes, etc.". Obra traducida al castellano por Miguel Tarracina. T. XXV. Madrid. En la imprenta del Consejo de Indias. 1785.

A más de la edición príncipe ya citada existen: "Voyages de Francois Coreal aux Index Occidentales, contenant ce qu'il y a vu de plus remarquable pendant son séjour despuis 1666 jusq'en 1697", etc. París (A Cailleau) 1722. 2 vols.

Idem, ideam, idem. A París (Chez Noel Pissor) MDCCXXII. 2 vols.

"Relations des voyages de Francois Coreal auz Index Occidentales, contenant une description exacte de ce qu'il y vu remarquable pendant son séjour, despuis 1666 jusqu'en 1697", etc. Bruxelles (Chez F. Foppens) 1736. 2 vols.

Recueil de voyages dans l'Amerique Meridionale, contenant diverses observations remarqueables touchant le Pérou, La Guinne, Le Brésil, & et Amsterdam (J. F. Bernadr) 1738. 2 vols.

([2]) *Giraldo Jaramillo al respecto dice:* "*Pero el gran denigrador de Coreal* es el geógrafo francés, ilustre por muchos otros títulos y a quien debe el americanismo muy pocos aciertos, Ferdinand Denis. La noticia biográfica del viajero español que inserta en la "Nouvelle Biographie Générale" publicada por Firmin Didot bajo la dirección del Dr. Hoefer, es un agrio y gratuito panfleto contra el autor de los viajes, "Estudios Históricos" cit. p. 97.

([3]) Juan Bautista Benito Eyriés, fundador de la Sociedad de Geografía y Miembro del Instituto de Francia, traductor de Goethe y, a más, entusiasta americanista ("Biographie Universelle ancienne et moderne") Michaud; también en la última edición de Porís de 1854. T. IV.

AN

ACCOUNT

OF A

VOYAGE

FROM

Spain to Paraquaria;

Performed by the Reverend Fathers,

Anthony Sepp and *Anthony Behme*,

Both *German* Jesuits,

The First of *Tyrol* upon the River *Eth*, the Other of *Bavaria*.

Containing a Description of all the remarkable Things, and the Inhabitants, as well as of the Missionaries residing in that Country.

Taken from the Letters of the said *Anthony Sepp*, and Publish'd by his own Brother *Gabriel Sepp*.

Translated from the High Dutch *Original, Printed at* Nurenberg, 1697.

ANTONIO SEPP

1691

"An account of a voyage from Spain to Paraquaria; Performod by thd Reverend Father Anthony Sepp and Anthony Bedme Both German Jefuits, The Firft of Tyrol upon the River Eth, the Other of Bavaria. Containning a Defcription of all the remarkable Things, and the Inhabitants, as well as of the Miffionaries, and Publifth'd by own Brother Gabriel Sepp" etc. Nuremberg 1697.

Esta rarísima publicación comienza en la página 633 de la obra de Churchill "A Collection of Voyages and Travels, some Now first Printed from Original Manuscripst" etc. obra en la biblioteca del historiador don Simón Lucuix.

Tratándose de la traducción de un inglés arcaico, con giros difíciles de interpretar, unas veces, caídos en desuso, otros, riesgosos de traducir sin ser especialista, he preferido tomar la versión del volumen XI de la Biblioteca Histórica Brasileira: "Padre Antonio Sepp S J. Viagem as Missoes Jesuiticas e Trabalhos Apostólicos" con Introducción y notas de Wolfgang Hoffmann Harnisch, traducción de A. Reymundo Schneider y alumnos de la Compañía de Jesús, de Parecí, en San Pablo, 1943.

El autor había nacido en 1655 y falleció en las Misiones jesuísticas del Paraguay —hoy territorio del Paraguay, Argentina y Brasil— en 1733, habiendo dedicado por entero su vida al servicio de la Compañía de Jesús a la que había ingresado en 1674. En aquellos lugares, cultivó la tierra con ahinco, siendo uno de los primeros plantadores de algodón. Cultivó también la música, ocupaciones a que su temperamento lo impulsaba. Se embarcó en Cádiz teniendo 36 años con otros cuarenta y cuatro misioneros. Vamos a extractar sus observaciones de viaje desde la llegada al Plata hasta cerca de Buenos Aires y luego el posterior a lo largo del río Uruguay, en la parte que afecta a nuestro territorio.

La traducción brasilera proviene del impreso de Nuremberg de 1698 editado por Johann Hoffmanns. La carátula del ejemplar de Lu-

RR. PP. ANTONII SEPP,

und

ANTONII Böhm/

Der Societät JEsu Priestern Teutscher Nation, deren der erste aus Tyrol an der Etsch/ der ander aus Bayrn bürtig/

Reißbeschreibung/

Wie dieselbe aus Hispanien in Paraquariam kommen;

Und

Kurtzer Bericht der denckwürdigsten Sachen selbiger Landschafft/ Völckern und Arbeitung der sich alldort befindenden PP. Missionariorum,

gezogen

Aus denen durch R. P. Sepp, Soc. Jesu mit eigener Hand geschriebenen Briefen/ zu mehrern Nutzen

Von Gabriel Sepp, von und zu Rechegg, leiblichen Brudern/ in Druck gegeben.

Mit Erlaubnuß der Obern.

Nürnberg/
In Verlegung Johan Hoffmanns/ 1698.

cuix es del año anterior y dice en esta parte textualmente: "Tranflated from the High Deutch Original, Printed a Nurenberg, 1697". La traducción brasilera es del impreso alemán cuya carátula en facsímil está antes de la página y es del siguiente tenor: "Revs Pes. Antonio Sepp e Antonio Bohm Da Companhia de Jesus, Sacerdotes de Nacao Alemá, sendo o primeiro nascido no Tirol junto ao Etech, e o outro de Baviera. Descricao de viagem Como os mesmos vavao da Espanha para o Paraguai e Breve relato das coisas mais memoráveis daquela pais sagem Dos povos e trabalhos dos Pes. Missionários que lá se encontram extraido Das cartas que o Rev. Pe. Sepp. Soc. Jes/escreveu de próprio punho Para proveito diverso. Mandado imprimir por Gabriel Sepp, von und zu Rechegg, seu irmao carnal. Con licenca dos Superiores Nurnberg" (Traducao da página de rosto da "Viagem") informa finalmente.

Desde luego que estos pormenores son para los bibliógrafos, debiendo agregar, pero no para ellos, que la col. Churchill es un conjunto de seis tomos en 4º publicado en Londres en 1732.

"...El día 28 de Marzo entramos al rio que tiene setenta millas de ancho. Parece increíble que esto sea un rio. Si se juntasen todos los arroyos, lagos y rios de Europa en un mismo lugar por cierto que no alcanzarían la anchura de este rio. Y dicen es el Amazonas, en el Brasil, mucho más ancho aún".

"Con todo, nuestro timonero tuvo mucha dificultad para encontrar la entrada. Por eso nuestro navío no navegó a toda vela, mas fue muy hábilmente conducido por entre los peligros que amenazan a los navíos en este lugar".

"El agua todavía no era dulce, aunque amarga y salada. Cuando por la mañana me lavé la cara, sentí este inconveniente, porque consideré que podía enjuagarme la boca con ella, de manera que hube de pagar por mi precipitación. El color del agua, es ya bien diferente, ya no es más azul o verde-mar, es más blanca, turbia, como el agua de nuestros arroyos cuando llueve".

"Dejamos a la derecha el cabo de Santa María que pudimos reconocer bien claramente. Consta tienen allí erigido los españoles el primer jalón junto a la orilla, colocado después del descubrimiento del Paraguay, como vigía. Después pasamos por las islas de los Lobos,

cuyo nombre le proviene de los lobos marinos que allí se juntan en grandes cantidades y amenazan la navegación. Vimos bandos enteros nadando en el agua. Tienen cabeza de perro, y en el dorso pelos en vez de escamas, mas gritaban como verdaderos lobos".

"Pasamos por el cabo de San Antonio sin avistarlo".

"El día 29 teníamos que recorrer aun 60 millas que nos separaban de Buenos Aires que está situado sobre los 35º en la latitud polar del polo antártico como Cádiz que está en los 35º latitud polar del polo ártico. Con todo, habiendo alcanzado los 35º teníamos aún un buen trecho a nuestro frente".

"Diversas especies de aves vinieron hoy a nuestro encuentro y nos recibieron en sustitución de los americanos. Eran blancas como la nieve, parecidas a nuestras palomas blancas y ejecutaban hermosos círculos sobre el navío".

"Al medio día alcanzamos la isla de Maldonado. El gobernador, que había sido enviado a Buenos Aires por Su Majestad Real, habia ordenado hacer el reconocimiento de la isla, por que se sospechaba que los portugueses allí se habían instalado y atrincherado. El gobernador bajó a tierra con diversos caballeros y una buena escolta de soldados. Recorrieron la isla, pero no encontraron hombre alguno, como tampoco fortificaciones, ni residencias, ni el menor rastro humano. Encontraron, en vez, enorme cantidad de lindos bueyes, vacas, terneros y caballos. El pasto, dijeron, era tan alto que apenas se podía ver el ganado lo que constituía el mejor campo de engorde (1). En señal de la opulencia de la tierra, trajeron consigo diversas cosas y, entre ellas, un toro, que había abatido con doce tiros, y que, asimismo, apenas pudieron dominarlo. Era tan enorme que tuvieron que dividirlo en cuatro partes para poder ser llevado a bordo".

"Cogieron también una porción de flores muy hermosas. Con ellas algunos se hicieron coronas, con otras se hicieron ramos que se colocaron en los sombreros, otros ornamentaron el bote con guirnaldas verdes y, otros, trajeron, sonrientes, ramilletes enteros en sus manos. Regresaron asi navegando, impelidos por los doce remos y los señores gobernadores se trasladaron de la embarcación verde para nuestro navío. Contaron haber visto una pequeña cruz de madera, en la orilla,

(1) El pasto alto eran "maciegas" que no come el ganado.

sobre una pequeña roca. Los españoles las habían levantado cuando, por primera vez, pusieron el pie en esa tierra".

"A pesar de ser esas flores muy semejantes a las nuestras, dudo que los botánicos europeos las hubieran podido clasificar. Una se parecía a nuestro clavel (Sepp dice: Steinelke, Tunica prolífera), otra tenía la forma de la flor de la madreselva. Esta, a su vez, parecía azafrán de Viena, al paso que otra recordaba "a carvalhinha (Seppwilde Salvie, salva brava refiriéndose, proevalmente, ao Teucrium acororodia, dice el traductor brasileño). De todas, la más linda, era la flor de la pasión, de forma admirable. Clara y perfectamente podía verse en ella los instrumentos de la pasión, los azotes, la corona de espina, la lanza, los tres clavos. Fue la primera flor que mi mano tocó en tierra de América. Quiera Dios sea esa flor la señal de mi muerte gloriosa en el martirio, según el ejemplo de mi amado Salvador Cristo Nazareno; de todas las flores es la más hermosa. Desgraciadamente impédimenlos mis pecados! De todos modos era esa flor, como todos veremos, la señal de que Dios misericordioso permitiría llegar en breve al Paraguay a esta misión de sus fieles siervos. En la Semana de la Pasión, en el sexto día de la Madre Dolorosa, nos fue permitido, por la infinita bondad de Dios, pisar el Nuevo Mundo" (1).

"A partir de hoy no podemos viajar más de noche, porque habíamos de anclar, cosa que no había sucedido en alta mar donde viajábamos de día y de noche. Aquí, el piloto tiene que dirigir el navío siempre en el medio del río y en la oscuridad eso no sería posible. Si abandonase el medio, el llamado canal, corríamos el gran peligro de dar en un bajío. Así pues, por la primera vez, lanzamos anclas enfrente de esa isla, y dormimos, también por primera vez, con toda calma y seguridad, sin peligro de naufragio ante cuya perspectiva nunca estábamos seguros en el mar. Por eso siempre, también, nos fuimos a dormir sin temor y gozamos del descanso sin recelo alguno. Nadie estaba seguro de que, en la mañana, antes, no nos íbamos a encontrar en camino del fondo del mar, precisamente en el rumbo al otro mundo, en vez del Paraguay".

"Después, por tanto, en que todos descansamos muy bien esa noche, fueron levantadas las anclas al amanecer el día 30, e izadas las velas, que el viento hinchó inmediatamente, seguimos nuestro viaje".

(1) Es el popular "burucujá".

"Volvimos a pasar por frente a otra isla, denominada de Las Flores, nombrada así por las flores que la adornan. Aun dí instrucción a un pequeño niño negro, que más tarde fue bautizado en Buenos Aires".

———————

En el capítulo siguiente, el V, Sepp da cuenta del viaje por el río, hasta llegar a Buenos Aires, habiendo debido antes anclar, de donde se mandó un bote para anunciar a la costa la llegada de los barcos en el que viajaban los misioneros y también los nuevos gobernadores de Buenos Aires, Asunción y Chile" según expresa en el capítulo II, que es lo que reitera cuando bajó a tierra en Maldonado.

Los barcos eran tres navíos cuyo nombre no hace al caso y en cuanto al padre Antonio Bahm, su compañero de viaje, fue destinado a su llegada a las Misiones a una tribu de yaros donde, al final, fue sacrificado por los indígenas. Sepp desarrolló sus actividades en San Juan Bautista, su parroquia, cuya iglesia describe y que tenía de largo, al interior, sosteniendo el techo, veinte y cuatro columnas de cedro misionero que estando enterradas en la base dos metros y medio. Sosteníanlo a diez y ocho metros de altura, pormenor que doy para dar una idea del prodigioso fuste de esos árboles de la selva misionera. Allí, en este medio, transcurrió toda su vida ejemplar y, a más de las labores agrícolas y otras agropecuarias, el cultivo de la música, etc. realizó una verdadera maravilla mecánica, el reloj de la torre; "todos los días a mediodía pasaban los doce apóstoles ante la esfera, como en Munich", lo que no deja de admirar que en aquel ambiente selvático, a miles de kilómetros de la civilización, se pudieran ver mecanismos tan perfectamente regulados, ejecutados por los indígenas con su dirección, claro está.

Destaco también cómo su fina sensibilidad supo apreciar las bellezas de las flores uruguayas. Fue el primer cantor de su hermosura y se ve en ello no solo la finura de su espíritu proclive a lo bello sinó, también, la intensidad de su sentimiento profundamente religioso, pues queda extasiado, intensamente conmovido, ante los elementos naturales que componen la nativa flor de nuestro "burucuyá", la típica pasiflora de nuestros montes, la "celúrea" de los botánicos captada por su belleza en la tierra firme de Maldonado.

Este desembarco debe hacer sido doble. Habla de uno solo, del

gobernador que viniéndose a hacerse cargo de su puesto, cumplió, como primer acto de su gobierno, el mandato real de ver si en la isla de Maldonado —debe leerse y entenderse Gorriti— había novedades respecto a la presencia de los portugueses. Al dar cuenta que había desempeñado la misión sin encontrar novedad, habla de seguido de la cantidad de ganado vacuno y equino que allí había cubiertos por grandes pastizales que dificultaba el verlos. Pues bien; esa isla todo el mundo sabe que es pequeñísima, cosa de muy pocas hectáreas, en la que nunca pudo haber existido ese ganado. A más, habla de altos pastos y de tierra ubérrima; y esa isla es pobre, pobrísima de pasturas y por ser prácticamente desértica, descubierta y duramente azotada por el océano que allí emana iodo y salinidad de manera tal, bastante a impedir toda vegetación. Todo hace presumir que, luego pasaron a tierra firme, donde sí pueden haber visto grandes cantidades de hacienda y haber captado ese mundo de flores y, entre ellas, la alabada pasionaria que, siendo como es una enredadera nativa, solo prospera semiparásita cubriendo y trepando algunos árboles, y precisamente en Gorriti, escasísima de tierra, no habiendo habido montes, apenas algún palmar, difícilmente pudo haber pasionaria.

Mucha gente del presente y, especialmente de los años venideros, al ver en Gorriti las densas arboledas que hoy cubren su superficie, pensarán que siempre estuvo así o cosa por el estilo. Toda la gente de mi tiempo y, desde luego, los relatos anteriores, concuerdan en su área desierta cubierta por escasa tierra fértil, está sosteniendo pasturas duras, incomibles para el ganado, propias de esos lugares fronteros al mar. Los montes que hoy la cubren son de acacias trinervis y de pinos marítimos, especies arbóreas plantadas hace unos veinte años por la Dirección de Agronomía —exactamente, el Vivero Nacional de Toledo— para tapar esa aridez que contrastaba con el lugar de turismo de calidad que iba estableciéndose en tierra firme. Esas variedades foráneas son las únicas apropiadas para poder prosperar en esos suelos áridos, y en ambiente saturado de emanaciones marinas, salitrosas, que quema todo lo que no se ponga a reparo —y no vegetal, pues corroe hasta el hierro como todo el mundo lo sabe—. Ahora, crecidos esos montes, a su amparo podrán ir plantándose otras variedades que quedando así protegidas prosperarán sin ningún género de duda y hasta formarán, a la larga, tierra de humus. Y el hombre del futuro podrá ver allí, en ese nuevo ambiente creado

por el hombre artificialmente, los árboles nuestros, nuestras flores y nuestras enredaderas y, entre éstas, la variedad de la pasiflora conocida por "burucuyá" cuyo primer exaltador de su belleza, reitero, fue el padre Sepp, en el lenguaje místico y florido que se ha visto en los párrafos anteriormente descriptos. Con todo, antes, hubo algunas palmas, al punto de recibir el nombre de isla de las Palmas. (1).

La descripción que hace el jesuíta de la llegada a Buenos Aires, en Abril de 1691 es colorista y conmovedora y, no resisto al deseo de hacer conocer el párrafo central: "Esta mañana no se oía sobre el río de la Plata otra cosa sinó el tronar alegre y metálico, de los *cañones, el son marcial de las trompetas, el murmullo de los tambores* y pifanos, y el vocerío de los pescadores y de los marineros. No se veía otra cosa que el oscilar de los pendones de guerra, estandartes y banderas. En la orilla se veían formadas algunas compañías de tropas españolas, a caballo o a pie, así como muchos americanos, con sus instrumentos musicales. Los autóctonos con sus hijos menores, tenidos en una mano, otros sobre el brazo; los negros con sus negras, jóvenes y viejos, grandes y pequeños, negros y blancos, desnudos y vestidos, bautizados y no bautizados, todos venían a nuestro encuentro, saludándonos alegremente y nos besabàn la mano sagrada. Quien ante todo eso, podía contener las lágrimas? Yo reverendísimos padres y benévolos lectores, yo no lo conseguí. Me arrodillé y, con gran devoción besé la tierra, a la cual había venido desde Europa para saturarla con mi amor y con mi sangre, sobre la cual pretendo vivir y trabajar y sobre la cual, por la misericordia divina, pretendo alcanzar la bienaventuranza de mi alma. Abrazé después a unos indiecitos y les extendí la mano para que me la besasen". Después, organizados en pintoresca y alegre caravana, se fueron a la ciudad inmediata y, penetrando en la capilla del Colegio entonaron el Te Deum Laudamos de rigor. Y el voto consagratorio del sacerdote se cumplió por entero, pues su vida se circunscribió a Misiones y en su tierra descansan sus restos desgraciadamente en paraje sagrado pero con completa imprecisión de sitio.

(1) Ver mi trabajo "Fortificaciones de Maldonado" en Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología ya citado.

"Después que descansamos un mes en Buenos Aires, el Reverendo Provincial envió los recién venidos de España para Córdoba en Tucumán, para que allí pudiesen proseguir sus estudios, porque todos eran en parte novicios, y algunos no habían concluído sus estudios de filosofía y teología. Los padres extranjeros, todos hombres adultos, algunos hasta con cabellos ya blancos, él los envió para las poblaciones indígenas que, siguiendo el curso del Paraná y del Uruguay arriba, están más en el interior del país".

"La navegación por el río se hace de la manera siguiente: Anteriormente habían sido llamados trescientos cristianos indígenas, para que viniesen por el río y nos trasportasen en sus pequeñas embarcaciones río arriba. Estas pequeñas embarcaciones que los españoles llaman canoas, considero conveniente describirlas antes de embarcarnos".

"Se toman dos árboles, bien reforzados, de 70 a 80 pies de largo y 3 o 4 de grueso. Se amarran uno con otro con mimbres colocados un paso uno de otro. Sobre esta balsa colocan los indios cañas de bambú de doce pies de largo y dos palmos de espesor, sobre el medio de los dos troncos. Enseguida construyen encima una choza o casita de paja de tamaño que en ella caben dos o tres y hasta cuatro padres. Las paredes son de paja o bambú más fino y por encima cubierta por cueros de buey. De un lado hay una ventana, del otro una pequeña puerta también, ambas de cuero de buey. Pese a que esta choza es simple y de paja, para un misionero de Cristo que murió por el mundo, ella representa todo cuanto pueda ser el palacio de Munich o de Insbruck o el de la Cámara de Augsburgo. En ella uno puede leer libros, hablar en silencio con Dios, escribir, comer, dormir y hacer todo los ejercicios espirituales como si viviese en tierra firme, en su Colegio. Todo esto puede uno hacer sin estorbo alguno, pues no se percibe que la embarcación camina, porque el agua no rumorea en virtud de la extraordinaria anchura del río, dando la impresión que está quieta y que no corre y porque los indios saben remar tan cuidadosamente que no se oye el barullo de los remos. Tampoco los indios no hablan entre sí ni una palabra durante el día cuando reman, ni gritan ni cantan, para no molestar al padre en sus oraciones o en sus ejercicios".

"En esas canoas o pequeños navíos embarcamos, pues el 1º de Mayo de 1691 en un lugar que dista cuatro millas de Buenos Aires,

para evitar que los indios lleguen con sus canoas a la ciudad. Es que los padres no admiten que los indios convertidos entren en contacto con los españoles, porque los indios bautizados, que es gente buena y simple, se disgustan y entristecen cuando ven algo malo en el seno de los cristianos. Es que los españoles no priman por ser los mejores. Embarcamos, pues, en nuestras canoas, de a dos y de a tres. Cada una era remada por veinte y cuatro hombres en el curso superior del río, el cual se parecía a un gran mar, liso y calmo, como si nó tuviese corriente. No precisábamos tener ningún Neptuno enfurecido, como en el océano Atlántico, ni Eolo furibundo, ni banco de arena, ni remolinos, ni arrecifes".

"Después que así pasamos el río de la Plata, encontramos islas, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, cada cual mayor y más linda que la otra. Alegrábanse los ojos y el corazón a la vista de los magníficos árboles verdes, nunca vistos, de los arbustos y bosques, de las matas, etc. Allí, las más lindas palmeras, llenas de frutos amarillos, convidábanos para su sombra segura; el laurel siempre verde ofrecía abrigo contra tempestades de agua y viento; limas y limoneros, cargados de sus frutos bien perfumados y otros frutos desconocidos invitaban al hambriento y al sediento, de manera que pensábamos estar navegando en otro paraíso. Esta pompa y magnificencia es difícil describirla bien. Todos los parques de Italia, todas las fuentes de Francia, todas las islas y paisajes de los Países Bajos, todos los lagos, viveros y estanques principescos de peces de Alemania, deben retroceder ante tamaña belleza. Solo es de lamentar que todas esas islas, he contado unas sesenta río encima, no estén habitadas por alma alguna, estando completamente abandonadas. Sobre ellas, que podrían contener los jardines de recreo de emperadores y de reyes, si el gran creador del universo las hubiera puesto en Europa, solo viven animales salvajes".

———

El entusiasmo del excelente jesuíta es grande y su fantasía, no obstante ser la de un nórdico y quizá precisamente por eso, por estar acostumbrados a los panoramas un tanto monótonos de ciertos lugares del norte de Europa, donde la frigidez de la temperatura impide a la naturaleza mostrar las galas con que aquí se nos presenta, se des-

borda sin frenos, pero, olvida muchas cosas que hacen imposible la realización de lo que supone se hubieran hecho de estar en Europa.

En efecto, la inmensa mayoría de esas islas paradisíacas, o todas, son cubiertas por las aguas en las grandes crecidas del río. La vida humana permanente, hoy igual casi a trascientos años de ese relato, es imposible fijarla, y la obra del hombre en esas crecidas desaparece arrastradas por la impetuosa correntada. Esa es la razón por la cual, hasta el momento, sólo ha sido posible utilizarlas en la explotación forestal plantando especies arbóreas aparentes para soportar esas inmersiones más o menos prolongadas, tan grandes que suelen rebasar los once metros de su nivel normal en el Uruguay medio.

Destruídos los montes vírgenes que las poblabas, en su suelo ubérrimo, (aquí sí que viene bien aplicada la calificación y no en Maldonado), integrado por los residuos vegetales que año tras año viene depositando las crecidas, a lo que debe agregarse el normal aporte de una vegetación densa que no se pierde en el estómago de los animales mayores sino que cae y contribuye al aumento del nivel humoso de esas excepcionales tierras de aluvión, el hombre de nuestros tiempos las ha repoblado y las sigue repoblando disminuyendo el mal que hizo la tala inconsulta de los primeros años. Y también, mejorando el medio forestal, pues se vienen plantando especies apropiadas para el uso industrial poniendo a contribución todas las variedades aparentes a ese fin; y teniendo un desarrollo mucho mayor que las nativas, y siendo más aparentes para la construcción, el márgen de su aprovechamiento racional es más promisor.

Tampoco son apropiadas para la explotación ganadera por cuanto el ganado se ahoga ya que resulta prácticamente imposible sacarlo a tiempo cuando comienzan las crecidas; y de ahí es que sólo las habiten aves y algunas especies animales menores que se salvan refugiándose en las grandes inundaciones, en los árboles y en las islas de camalotes que suelen flotar a impulsos de la corriente.

Esta realidad solo se atenúa en el delta del Paraná que, previsiblemente Sepp recorrió en las primeras etapas de su viaje, donde si bien el caudal del Paraná se suma al del Uruguay —desde luego menos caudaloso— el nivel no tiene las alteraciones propias del río arriba, pues se expande en la inmensidad del río de la Plata. Y allí sí, en las islas más altas, sobre pilotes casi siempre, el trabajo humano ha aprovechado esas tierras feraces con plantaciones forestales y frutí-

colas de alto rendimiento y con amplios sectores de recreo turístico de todos conocido en los días que corren.

Al recorrer estos lugares el jesuíta incurre en algún otro error, por ejemplo, cuando habla que veía citros y palmeras. Estas sí, las debe haber habido porque es lugar aparente para su normal vegetación, pero no la lima y el limonero y mucho menos el naranjo, porque son exóticos y no creo que sus frutos puedan haberlos visto como lo anota, confundido quizá con otros nativos que, francamente, no doy con lo que pueden haber sido.

En lo que tiene razón es cuando se refiere a la cantidad de peces, pero, desgraciadamente, esa riqueza ictiológica que anota en los párrafos que a continuación transcribo, viene desapareciendo de manera rápida, por los mismos motivos que desapareció la selva primitiva: por la insaciable avidez del hombre que la ha hecho base de una explotación anticientífica, absurda, pese al clamor que se ha alzado desde hace tiempo en ambas orillas protestando contra los métodos de exterminio puestos en práctica por algunas fábricas de aceites de pescado que empleando explosivos terminarán con ella si no se toman medidas drásticas por los gobiernos con jurisdicción en esas aguas otrora tan pobladas de peces valiosos para la alimentación y para las distracciones puramente deportivas.

———

"Muchas especies de los más ricos peces hay aquí superabundantemente; pero no ví ninguno que se pareciese a nuestras variedades europeas. Yo mismo pesqué algunos sin anzuelo. Basta juntar las manos, sumergirlas en las aguas y retirarlas luego bien rápidamente. El agua llega a veces a bullir de tanto pez. En cuanto los rayos solares calientan un poco las aguas, los peces saltan incesantemente por lo alto soliendo caer a veces sobre los navíos que pasan. Así nosotros tuvimos el placer de capturar algunos. La causa de esto consiste en que, desde la creación del mundo, nadie pescó por aquí".

Creo que corresponde una aclaración. Es posible esa enorme abundancia de peces, y quizá no sea exageración que, con las manos, pudieran conseguirse algunos —aunque lo dudo— pero en estos casos solo resulta verosímil, cuando la navegación cruzara, lo que se dice en jerga de pescadores, un "cardumen", que es un banco de peces que suelen

juntarse para sus migraciones o por otros motivos. Así también pueden conseguirse sin anzuelo y aún, pero por distintas razones, hay algunas especies que se pescan con moscas artificiales como cebo —desde luego escondida en la reproducción del insecto, un anzuelo traidor— o con objetos brillantes, como se hace con la pesca del dorado —la más sportiva de la pesca sudamericana, casi igual, en atractivos a la de salmones europeos y norteamericanos.— Sabido es que se captan con "cucharas", piezas de metal de forma parecida al nombre que llevan, que se arrastran pendientes del hilo a la popa de las embarcaciones donde el pescador actúa con cañas especiales. Es tal la voracidad de ese pez, magnífico de color y valiente como ninguno, que por su apetencia desmedida o por su deficiencia de vista, cree ver en el cebo un pequeño pez, lo persigue y lo atrapa, siendo a su vez atrapado por el inescrupuloso ser humano que detenta la caña.

También puede ser exacto lo de que algunos peces saltan y suelen caer en la embarcación que recorre el río, como lo hace el pez volador que se ven al pasar al trópico en los mares oceánicos. Igualmente es cierto que, al calentar el sol las aguas, algunos peces saltan, ya sea por falta de oxígeno al entibiarse aquéllas, por lo regular más frías, ya por ser perseguido por algún congénere mayor; y en tal caso son las "lisas", las que poseen esas características naturales en mucho mayor grado que las especies comunes.

Este relato de Sepp, hasta la fecha, no ha sido comentado por nuestros estudiosos posiblemente por ser prácticamente desconocido, pues hace poco que la traducción brasileña —no muy difundida— se publicó y la edición príncipe, como la colección de Churchill, es un conjunto de viajes poco conocido de los bibliógrafos uruguayos.

Y si de interés geográfico y también para el estudio de algunos aspectos de la historia natural, también lo es, quizás más importante, por la descripción minuciosa que hace de la tribu de los yaros que habitó nuestro país hasta poco después de esos tiempos, a lo largo del curso medio del Uruguay, como más adelante veremos.

———

"Hoy, día 15 de Mayo, dejamos nuestras embarcaciones y nos fuimos a pasear por la costa durante una hora u hora y media para desentumecernos y hacer ejercicio físico. En la playa encontramos gran

cantidad de piedras de colores, muy hermosas, que si alguien las supiese pulir y bruñir nada tendrían que envidiar a las piedras más preciosas. Encontramos también unos utensilios bien curiosos, hechos de pura tierra y a pesar de eso bien resistentes; por dentro eran bien lisos, como vidriados; los indios llenan esas vasijas de agua en la época estival, caliente, colgándolas de noche al aire libre. Así conservan todo el día bien fresca toda el agua potable como si estuviese estado sobre el hielo. También se encuentran en este río plantas bien curiosas, pedazos de madera, medio madera, medio piedra. Una cáscara de limón (?) estaba toda petrificada, así como un pedazo de carne. No sabemos como es que se produce esa petrificación y si el agua tiene en poder de hacer esa transformación. Todo esto es muy curioso de verse".

En nota al pie de este pasaje de la traducción brasilera se lee: "Es digno de mención que esta referencia tan antigua en ella ya se hablen de las piedras semipreciosas, ágata y amatista, contenidas en el pedregullo del río Uruguay, que fueron, más tarde, el símbolo de Río Grande".

Efectivamente tengo por cierto que esta es la referencia más vieja de las famosas ágatas y amatistas, de nuestros departamentos de Salto y Artigas, como asimismo de Río Grande del Sur. Es conocido ese renglón industrial que tanto se ha explotado de estos yacimientos de un material que, en el pasado siglo y en el actual, llevado a Alemania, —donde también existen yacimientos similares— se transforman en objetos de alto valor utilizado montándolos como joyas o en la confección de ceniceros, pisapapeles y otras piezas menores muy apreciadas en el país y fuera de él. Es también sabido que en esos yacimientos europeos porción de personas especializadas se dedicaban a la explotación de esa riqueza natural tan interesante, como también no es un secreto, que en Montevideo existen lapidarios de origen alemán, establecidos permanentemente, dedicados a la explotación industrial de esas preciosidades naturales. Existen una porción de matices de color, unos hasta artificiales, base de maravillas de orfebrería, explotando comercialmente y de manera remuneradora ese material tan buscado por los coleccionistas y por otros que, no siéndolo, ven en ellos, con sobra de razón, objetos artísticos montados muchas veces verdaderamente sobresalientes.

Evidencia su detallada observación la indicación que hace, —que

es también, según creo, la primera noticia édita a su respecto— de las famosas petrificaciones vegetales del río Uruguay. Efectivamente, sus aguas, junto con las de nuestro río Negro, tienen la particularidad de petrificar ciertas producciones vegetales que caen en su corriente. En mi pequeña colección de curiosidades tengo una fruta y una semilla, pero conozco una serie de otras piezas de la más diversa categoría, siempre dentro del mundo vegetal; que ciertas particularidades de esas aguas —se habla de la zarzaparrilla— las convierten en dura piedra. Y, al respecto, recuerdo que en la más antigua plaza del Salto hay empotrados en el suelo, como adornos, unos gruesos troncos petrificados que están a la vista de todos los curiosos.

También es un dato interesante el que Sepp aporta referente a la manera de conservar el agua fresca en vasijas especialmente fabricadas a tal fin por los indígenas así como del utilaje, a más del procedimiento, excepto lo del vidriado, que es pura fantasía, por todo lo cual, el relato del jesuíta tudesco debe considerarse como muy interesante también en este otro aspecto.

"El día 20, al nacer el sol, todo un bando de bárbaros salvajes vino corriendo en dirección de nuestras embaraciones. En vista de ello, mandámosle nuestro intérprete indagando lo qué querían. Respondieron que venían en tren de paz y nos ofrecieron algunos caballos en venta. Sabiendo esto, descendimos a tierra y le preguntamos lo qué querían por cada caballo. Uno quería alfileres, otro un cuchillo, el otro un poco de tabaco, aquél un pedazo de pan, otro un anzuelo. Uno pedía apenas si un poquito de una yerba paraguaya que no es otra cosa si nó las hojas secas de determinado árbol que son molidas en polvo. A este polvo los indios le echan agua y de ella beben y eso debe ser extremadamente saludable. En otra oportunidad sobre esto hablaré más detalladamente sobre el particular. Compramos, por tanto, más de veinte lindos caballos, grandes y ningún "taler" nos costó la compra. ¡Qué compra! Los bárbaros quedaron muy contentos por el pago, gritaban de alegría lo que es costumbre en ellos, y nos quedaron muy agradecidos. Había una gran amabilidad en estos hombres salvajes y primitivos".

Todo esto es de superlativo interés. La abundancia de ganado

equino queda pues de manifiesto como hecho real en esos alejados tiempos; igualmente su deseo de trueque ventajoso para ambas partes como lo demuestra el regocijo de los indígenas al término de la permuta, así como de los jesuítas al punto de que Sepp anota que la adquisición de los equinos no habíale exijido el desembolso de un solo "taler", moneda de uso corriente en su país de origen; pero lo que más interés tiene —como lo apunta en otra nota la traducción brasileña— es la mención de la famosa yerba mate, una de las primeras descripciones de la región frontera en que se produce el ílex paraguayensis —que tal es el nombre científico del forestal—, la primera en nuestro territorio y destaco la calificación subsiguiente de saludable que ya en tan remotos años se le reconoce.

Al respecto, innecesario creo hacer exaltar lo que esa utilización ha significado, desde entonces hasta la fecha, al punto que después de haber constituído algo fundamental en la vida de nuestro hombre de campo hoy — y desde hace mucho — es la bebida nacional por excelencia.

También creo inoficioso advertir de que se trata de una entrevista, la primera formal que yo conozco escrita, con los yaros que habitaron esa parte del territorio hasta que fueron absorbidos por la población blanca de nuestro país. A este solo título, el relato de Sepp constituye un antecedente precioso para el conocimiento de nuestro pasado como a continuación se verá.

———

"Su vestimenta consistía en una piel de venado que va desde los hombros hasta el suelo. Una piel de venado de esta clase solo la viste el cacique o jefe, por lo regular es el mago o el hechicero, el resto, o sea la plebe, solo viste la piel de venado llegándole hasta las rodillas solamente. Las pequeñas y pequeños andan como Dios los crió en "puris naturalibus". En la cabeza no tienen otra cosa sinó sus cabellos negros, largos, sueltos y desgreñados, que se parecen a la cola de un caballo robusto. Las orejas las llevan agujereadas. En vez de pendientes llevan ciertos pedazos de hueso, bastante parecido con la madreperla, o algunas plumas de color, atadas. En la misma forma llevan, todos los pequeños de ambos sexos, como ornamento de los labios en el medio de la quijada, huesos blancos de largo de un dedo y del

grueso de un punzón. Si los pequeños llevan plumitas blancas en vez de hueso, es señal de distinción, indicatoria de que son hijos de hechicero. En vez de moño o coleta llevan una corona pequeña de plumas de color sobre la piel desnuda, amarrado por un hilo. Los hombres tienen casi el tamaño de los europeos, pero son más bajos y tienen miembros y piernas mayores. Los rostros son casi todos iguales, como si fueran fundidos en un mismo molde; son alargados, más bien redondos; no de facciones plásticas, como las nuestras, más bien comprimidas y chatos; no son negros como los negros africanos, más bien pardo-oscuros y horribles de verdad. En la mano llevan siempre un arco y un manojo de flechas. De todos los paganos, son ellos los más audaces y robustos, los más peleadores y afectos a la magia. Son los llamados Yaros. Son los que pretendían quitar la vida al santo padre Bohm, como ya referí lijeramente y como voy a contarlo más adelante con pormenores. Para convertirlos fue él enviado por los Superiores antes de otros padres misioneros, y hoy aún vive entre ellos, en el mayor peligro y privaciones, en trabajo y sudores".

"Entre esos salvajes habían algunos con cicatrices en todo el cuerpo. Eran heridas curadas de las que solo se veían las cicatrices. Entre ellos son los más robustos, los más grandes y prominentes, los que llevaban señales de tatuaje. Esa desolladura y cruel laceración de que esos gilvazes son la señal, se las hacen cuando son fuertes y adultos, y lo realizan en la primera juventud, y sobrepasan la dura prueba sin quejas ni gemidos, más bien con una sonrisa. Ese martirio —si lo ofrecieran por Dios— serían ellos sin duda, legítimos mártires de Cristo. Pero son ellos meros mártires del demonio que macacaería la iglesia de Cristo".

"Para describir el elemento femenino preferiría al pincel del pintor, la pluma. Ah! reverendos padres, carísimos hermanos, benévolos lectores! Cuando véais pintada la imágen de una furia infernal o la de una fantasma, una medusa o una mujer malvada, entonces podeis decir que habéis visto una mujer indígena de los yaros! El cabello es bien negro y desgreñado, colocado como si fuera serpientes, suelto, cayendo por los costados. cubre, a más de la cabeza descendiendo por encima de hasta los ojos. Es horrible verlas no solo para nuestros pequeños angelitos blancos europeos sinó también para nuestras mujeres, arrojadas amazonas y heroínas. El rostro lo tienen horriblemente quemado y cubierto de mil arrugas. Los dientes son blancos y cons-

tituyen la parte más bonita de estas mujeres infernales y ellas los muestran como los bodes. Su cuello es escamado como si tuvieran escamas de peces, porque llévanlo adornado con un collar de huesos, parecido a la madreperlas, siendo del mismo material sus brazaletes y presillas; el resto, brazos, pescuezo y pecho, lo llevan descubierto. La maga o hechicera, que es la esposa del cacique, lleva una auténtica corona sobre la cabeza, triple, como la papal, mas no preciosa pues está tejida de paja. También en eso podemos reconocer lo ridículo del macaco infernal".

"No dejan sus pequeños hijos en la cuna pero lo envuelven en una feroz piel de tigre. También los destetan muy pronto y, en vez de leche, le dan largas tiras de carne cruda, de la cual las inocentes criaturas chupan la sangre. Oid ustedes, mis gentiles y queridos angelitos europeos! Esas mujeres son una especie de tigres sanguinarias, verdaderas malvadas y furias infernales, que madres".

"Los hombres, a más, tienen la siguiente costumbre: si se les muere un pariente próximo, se cortan un dedo de la mano izquierda, perdiendo, por tanto, tantos dedos como parientes consanguíneos fallecieron. Más terrible y cruel es lo siguiente: si muere la hija más linda, si es que alguna de esas furias infernales se puede llamar linda, realizan entonces una comida en que la calavera de los muertos sirve de taza, haciéndola pasar de mano en mano".

"Todo esto está contado en oportunidad de nuestra compra de caballos".

"Quiero ver si les podía comprar un corderito o angelito inocente. Al efecto les dí ahujas y presillas, cuchillos y anzuelos, pan, tabaco y mate ofreciéndoles tanta mercadería cuanto desean".

"El día 22 fuimos nuevamente a juntarnos con los paganos e infieles para comprarles carne ya que tenían una cantidad carneada. A quince pasos de la orilla vimos sus cabañas, que no pasan de simples paredes de junco trenzado y armadas del lado de donde el viento sopla. Los utensilios domésticos y culinarios consisten en porongos huecos en los que traen el agua del río. Estaban desparramados por el suelo y no había techo por encima. En vez de un hierro o de una parrilla usan dos varas. Su cama es una piel de tigre o de buey, echada sobre el pavimento desnudo, y su cobertor era el gran firmamento azul. El hechicero o cacique mayor tenía una cama un poco mejor trenzada de hilos como red de pescar extendida entre dos árboles, de

manera que el cacique podía dormir seguro de las víboras y de los sapos, que aquí son muy grandes e imposibles de contar, y de los tigres feroces que andan en bandos".

"Todos nosotros, los padres misioneros y los indios bautizados, fuimos a ver esos indígenas. Y como nosotros éramos muchos tuvieron miedo aquellos infelices, temblando como varas verdes, porque juzgaban que queríamos aprisionarlos. Mas cuando en vez de espadas, sables y lanzas, sacamos alfileres y anzuelos de nuestras bolsas, perdiendo el temor, vinieron a nuestro encuentro y nos extendieron las manos. Aquí uno la extendía para tomar un alfiler, allá otro, pidiendo un anzuelo, más allá otro tenía fija la vista en nuestro pan blanco. En cambio, diéronnos la mejor y más gorda carne de vaca, como ya dije, la carne de buey no es tan buena. Es comida por nuestros trescientos remeros, reservando para nosotros la mejor y más linda carne de ternera".

"Mientras tanto tenía mis ojos fijos en las inocentes criaturas de la que había todo un bando, pululando como un rebaño de ovejitas. Dolíame el corazón y sentía la más tierna piedad por esos angelitos. inocentes, que por la preciosa sangre de cordero de Jesucristo fueran rescatados, y que ahora, privados del cielo, un día debían ser hijos de eterna maldición. Cuando un gentil pequeño vino a mi encuentro, le pregunté por su padre, hablándole por intermedio del intérprete. Con él fuimos, y con el chico, a ver la madre. Le dí un pedazo de pan y le pregunté si no deseaba alfileres o presillas. Respondió afirmativamente, sonriente. Pregunté entonces cuantos alfileres, anzuelos y tabaco quería por su hijo, mientras que al padre le prometí llevar conmigo al hijo, vestirlo todo de nuevo y cuidar de su vida por completo. El bárbaro se mostró inclinado a aceptar la oferta, mas la madre no quiso decir que sí y se opuso a la compra. Hícele decir que ella tenía una porción de pequeños de ambos sexos y, por tanto, qué le importaba un pequeño más. Le dije entonces que no era cuestión que me cediera precisamente ese hijo, pues quedaría satisfecho con una pequeña que andaba por allí, sobre cuya cabecita coloqué mi mano, y le daría muchas más presillas, alfileres y anzuelos. Al principio pareció inclinada a aceptar la vieja furia. Cuando empezé a pagar y cuando saqué los alfileres y las presillas desembarazándolas del papel azul que las envolvía, opúsose su amor maternal y el espíritu infernal atizó más ese fuego. Finamente deshizo todo el negocio y me negó la pequeña que

yo estaba seguro de tener en mis manos. No obstante, el comprador mostróse más generoso que el vendedor, dándoles generosamente esas cosas para despertar en sus corazones no solo simpatías para conmigo sino también para la mansedumbre cristiana, en la esperanza de que la misericordia divina aprobaría esa cesión en otra oportunidad, tal vez como gracia para ese trueque tan precioso como caro. Después que recibimos la carne tornamos a nuestras embarcaciones".

———

No creo suficiente el despecho producido por esa tan lógica y natural negativa para justificar la severidad con que Sepp juzga a las indias yaras. No hay duda de que, físicamente serían feas, no teniendo nada que agradecer a la naturaleza que así las había formado, pero es de resaltar el encono con que las considera sin tener en cuenta para nada de que se trataba de criaturas primitivas, maltratadas por la vida en una existencia expuesta a todas las inclemencias naturales. También cuesta creer, a nosotros hombres de esta época profundamente comprensiva –por lo menos en ciertos aspectos– su crítica a la negativa a ceder un hijo a un desconocido. Si algo puede resultar de todo esto, es el aspecto moral, profundamente humano de esa india que se resistió a la permuta de uno de sus hijos por cosas que necesitaba para mitigar las asperezas de un vivir pleno de necesidades. Y, si alguien queda mal en todo esto, es el jesuíta que si bien, sin dudar que trataba de salvar un alma de un existir pecaminoso a su entender, debiera haber tenido la suficiente amplitud de criterio para considerar el gesto hermoso inspirado por el instinto natural materno, profundamente simpático a todas luces, le bastara para resistir la tentación de las ventajas naturales que se le ofrecían que, bien pudiera ser no extrañas al espíritu diabólico pero en un sentido diametralmente opuesto al que sustentaba el sacerdote, imbuído de unas creencias cuyo sinrazón no resiste al más simple análisis.

Y que el egoísmo humano se infiltraba en sus opiniones, la tenemos no solo en este detalle sino en otros muchos, como por ejemplo en que reservaban para sí los misioneros la mejor carne para su consumo, dando la inferior a los indígenas guaraníes que los conducían en un penoso remar de un día sí y otro también.

Todo esto plantea un problema que el hombre moderno lo re-

suelve de una plumada en favor de los aborígenes, pero que demuestra, una vez más, la relatividad de muchas cosas de entonces y de los tiempos que corren, donde el espíritu moderno imbuído de prejuicios de toda laya, si bien sensible a otras especulaciones elevadas, se muestra tal cual es: rudo, egoísta y utilitario en todos los tiempo, y latitudes. Y que conste que no soy un enemigo de los jesuítas puesto que, por el contrario, siempre he enaltecido su acción en las Misiones sudamericanas, plenas de defectos de toda índole, algunos substanciales e imposibles de defensa, pero que, parangonados con la explotación peor de que hicieron objeto los españoles no enrolados en la grey sacerdotal, resulta más suave, más humana, más tolerables pero, bien claro lo digo, para los procedimientos brutales de entonces. Las manparas — las casas sin techo— es importante pues coincide con las vistas en las costas del Plata, en San José, por Pero Lopes de Souza.

Ante la acción depredadora de los paulistas y de los soldados y civiles españoles, las Misiones jesuíticas se salvan de la crítica que con la aplicación del criterio de hoy, merecen sus expoliaciones y la tiranía que ejercieron sobre los guaraníes, raza integrada por parcialidades indefensas para la lucha en las que les tocó actuar y de la que fueron víctimas.

———

Hay en este relato un cúmulo tal de información, para el estudio etnográfico de ese entonces, realmente extraordinario. Las analogías de la amputación de los dedos en ocasión del fallecimiento de parientes muy próximos, consaguíneos, concuerda con otros relatos que están muy lejos de tener la minuciosidad del que nos ocupa.

Hay infinidad de detalles de gran interés en otros aspectos, y hasta el pormenor de que a los recién destetados les daban a chupar carne cruda que horrorizaba a los misioneros y ponían una nota de angustiosa incomprensión en las madres civilizadas de la época, hoy, resulta científicamente aceptada por cuanto el jugo de sangre es un elemento de alimentación no solo aceptado por su alto valor dietético en el mundo científico, sino que practicado, con aditamientos diversos pero que, en el fondo, en lo substancial, concuerdan en un todo con la mejor manera de vigorizar el organismo humano con esos jugos vitales obtenidos, claro está, por otros procedimientos.

Por todo esto, las descripciones de Sepp vuelven a asumir entidad insospechada como documento valioso para conocer ese pasado tan envuelto en la penumbra de los siglos, debiendo tan solo lamentarse que no haya sido conocido antes por los estudiosos que han debido espigar penosamente en crónicas de viajes, en los diarios de los descubridores, noticias dispersas e inconexas sobre lo cual ha resultado muchas afirmaciones al parecer sin la base necesaria para poder ser consideradas como cimiento firme de una manera de vivir que escapa a los hombres del día.

El día 22 Sepp recibió la orden de decir misa y, luego de celebrada, en compañía del padre Bohm hicieron una gran cruz que erigieron sobre una loma, informando que cuando éste fue destinado a catequizar a los yaros, cerca de esa cruz en la que, en recuerdo de su tierra natal había grabado el nombre de Germania, aquél hizo construir casas para los indios formando una pequeña aldea, incluso una capilla de paja que colocó bajo la advocación de San Joaquín. Todo esto sucedía corriendo el mes de Enero y el ingenuo jesuíta manifiesta que la erección de la cruz dió como resultado la fundación del pequeño pueblo a los siete meses, lo que a su juicio era la mejor respuesta a los que habían calificado de simples a los dos jesuítas.

"El día 24 nuestros remeros ya habían consumido toda la carne comprada dos días antes. Por eso tomamos dos de los caballos comprados el 20 en cambio de alfileres y realizamos una recorrida tierra adentro por una media hora. La tierra era dilatada toda plena de hermoso ganado que allí pastaba por ser terreno de engorde. Capturaron seis vacas gordas y cuatro terneros y, previamente cortados en cuatro pedazos, los llevaron al río. Patas, cabezas, pulmones, hígados, los cueros y los intestinos, todo eso fue dejado en el campo para comida de las aves. Toda esa tarea llevó una hora. Imposible es contar la rapidez con que los indios capturan una res, la derriban, la matan, le sacan el cuero y la descuartizan. Y más rápidos aún son en el comer. Están tan acostumbrados al consumo de carne, tan habituados, que la comen sin sal, porque no la tienen, sin pan, medio cruda y sangrando y, nosotros no podemos seguir ese hábito por más que nos esforzamos en hacerlo. Así, a veces ha sucedido, que mandáramos a un enfermo carne bien asada y preparada a la manera alemana, con salsa, romero y mejorana —son esos nuestros condimentos— y se las han dado a los perros. Prefieren llenarse el estómago con su carne cruda y sangrienta, pasada

tres veces por el fuego y por el humo. Apetecen esto mucho más que mi porción bien cocinada".

Debe haber un poco de exajeración en todo esto, porque si bien es general en los indígenas el comer la carne no totalmente asada, vale decir virtualmente seca como algunos gustan hoy, por lo menos jugosa como la apetecen los más de los gauchos del pasado siglo y los del actual; pero esto no quita de que haya sido una realidad el consumo de la carne apenas pasada por el fuego. Desde luego no creo que pudieran tener, ni por asomo cualidades de gourmet, pero sí cualidades gustativas por cuanto el mismo informante nos entera en párrafo anterior que gustaban la de vaca y ternera más que la de "buey", dice, estimando que debe leerse toro, por cuanto siendo así y también no siéndolo de novillo, es evidente que aquella es más tierna y sabrosa y la de éstos más dura y fibrosa. A más de que siendo de un animal entero —sin castrar— es posible que tuviera algún tufo, el propio del macho en todas las especies animales.

Que buey no debe ser, pese a la reiteración con que lo nombra, porque la operación de castrar les llevaría tiempo y le significaría una tarea engorrosa y riesgosa con los medios de antes, no debiendo olvidarse que sería supérflua por cuanto abundando las vacas y la terneras, era cuestión de voltear este tipo de reses. También es posible que el toro lo prefirieran por el cuero, más pesado, más grueso, más resistente para todos los usos. También anoto que nada dice de la preferencia por la carne de caballo a la vacuna que, generalmente se indica como buscada por nuestros aborígenes; y digo esto porque viene al caso y porque el traductor brasileño, con razón, inserta en nota lo que sigue: "De todos los pueblos germánicos, los de más depurado paladar son los austríacos y, entre éstos, los tiroleses, que dan mucho valor a la buena cocina. El hecho de que el padre le conceda tanta importancia al arte culinario, es la manifestación de un rasgo típico de su país de origen. Y puede suponerse que hasta hubiera traído de su tierra natal algunos de los diversos ingredientes más apreciados, como hizo importando las uvas moscateles". Por todo esto es que traigo a colación lo de la carne de yegua, por cuanto tratándose de un paladar acostumbrado a la buena mesa, sus observaciones son valiosas dado que aborda un tema de su competencia.

———

"Hoy, día 26, vino a nuestro encuentro, río abajo el padre José Saravia, de la reducción de Santa Cruz. Trajo consigo veinte músicos, que tocaban músicas en diversos tipos de instrumentos, para, en nombre de todas las Reducciones, recibirnos y acompañarnos hasta la tierra prometida en un ambiente de júbilo y alegría. A más de eso, trajo consigo una cantidad de provisiones, noventa hermosos panes blancos, dos pequeñas barricas de miel, duraznos en compota, caña de azúcar de la cual se hace el azúcar legítimo. Esta caña bastante se parece con las cañas gruesas que de Italia se llevan para Alemania y que sirve para bastones. También trajo naranjas, limones, manzanas, melones, sandías y otras frutas americanas extraordinarimente vistosas. Todo esto nos vino muy bien pues ya nuestros víveres estaban escaseando, menos la carne. El padre que nos recibió era el primero que veíamos, era un viejo bonito, de cabellos cenicientos, que ya regenteaba, y hacía dos años, solo, un rebaño de cinco mil almas distribuyéndoles el pan del Señor. Alegróse mucho cuando supo que habían llegado cuarenta y cuatro obreros para la gran viña del Paraguay y esperaba recibir también su auxiliar, lo que también, luego, se le dió".

Es indudable que este último pasaje de gran viña etc. (se refiere a la grey guaranítica), como también lo es que resulta muy bien provista de buenas y sabrosas provisiones los almacenes de la Compañía, pormenor que anoto, no en son de crítica más o menos encubierta, sino, al contrario, como documentación ilustrativa que la obra civilizadora de los jesuítas rebasaba las almas y llegaba, como se sabe, a la divulgación de todas las artes, desde la arquitectura hasta la mecánica, la imaginería, el arte de imprimir, el cultivo de la tierra en todos sus aspectos, en resumen, una obra civilizadora de primer orden a la que no puede ni debe juzgarse en ciertos aspectos con las ideas predominantes en el día por la sencilla y muy elemental razón que es el ABC de la ciencia histórica, de que al juzgar y abrir juicio sobre el pasado debe hacerse situado en el medio en que se desarrolló el suceso sobre el cual se abre opinión. Y entre la tiranía dulce pero férrea de la Compañía, y las tiranías embrutecedoras y sangrientas, de los españoles y de los mamelucos paulistas, creo que nadie, bien situado en el ambiente de antes y aún de ahora, puede dudar.

"Antes que nos entregásemos al descanso nocturno, pedí al Padre que en esta nuestra primera noche del día de nuestra llegada a tierras extrañas en el país de los infieles, permitiera cantar a los indios en

honor de Nuestra Señora, la carísima y muy bendita madre. Fue lo que se hizo. Y muchas lágrimas se derramaron en esta ocasión. Porque quién podría contenerse a la vista de las pobres criaturas indígenas, tan escasamente vestidas y en un país de paganos bárbaros y feroces, entonando un himno de gloria a la Reina de los Cielos? Era, pues, la primera vez. Canté la oración después de la Salve y no sé como describir el consuelo extraordinario que recibió mi corazón de pecador. Creo que todos los consuelos espirituales que ya he tenido en mi larga vida fueron sobrepujados grandemente en esos momentos".

"De allí en adelante hacíamos todos los días esa devoción en honor de nuestra gloriosa Madre, antes que nos fuéramos a acostar. Y los bárbaros salvajes venían, muchas veces, completamente desnudos, a oir nuestro canto con todo respeto y modestia".

Estos ejercicios religiosos así como en el anterior encuentro con el jesuíta venido de las Misiones para agasajarlos, colijo que debe haberse efectuado a la altura de las tierras hoy ocupadas por la ciudad salteña, como se deduce de lo que se dice en el párrafo siguiente.

Esto interesa mucho pues, por el tiempo empleado en la marcha también deduzco que el encuentro con los yaros debe hacerse efectuado más o menos en terreno en el día sanducero, posiblemente entre las barras del Daymán y el Arapey, pues el narrador, abstraído en lo que va contando, olvida darnos referencias geográficas, lo que hubiera sido muy conveniente para ir situando en el itenerario seguido los sucesos que interesa. No obstante esa ausencia, es seguro lo que más atrás afirmo de cuya opinión espero que también sea el curioso que me siga en estas andanzas más o menos esclarecedoras.

"El día 26 llegamos, por el medio día, a un lugar donde el río Uruguay cesa de ser un curso de agua, donde ésta se precipita por unas rocas abajo, corriendo por encima de grandes piedras por casi media hora. Por eso tuvimos que desmontar nuestras canoas sobre las cuales estaban las cabañas, y empujar por encima de árbol a árbol. Los indios realizaron ese trabajo en medio día. Entonces descansaron esa noche hasta la mitad del día siguiente pues era un trabajo horrible arrastrar esos troncos gruesos y pesados de sesenta y hasta de se-

tenta pies de largo, por el agua, en medio de arrecifes estrechos, para después volver a amarrarlos e instalar encima las canoas para que podiésemos seguir viaje. Hicieron todo, como dije, con extraordinaria rapidéz".

"Esta caída del río con sus arrecifes estrechos y ásperos, el Creador previsor de la naturaleza lo colocó allí de exprofeso para mayor beneficio de nuestros pobres indígenas. Todos los padres misioneros están firmemente convencidos de eso. Es que hasta aquí ya llegaron los españoles con sus navíos en su insaciable codicia de dinero. Mas cuando llegaron oyeron: "Non plus ultra" ¡no un paso más! Tuvieron, por eso, que volver a Buenos Aires, y hasta el día de hoy no pusieron sus pies en nuestras reducciones, ni pueden realizar ninguna comunión, ningún negocio, ningún tráfico con nuestros indígenas, y esto constituye un beneficio indescriptible. Primero, porque los españoles son propensos a muchos vicios de los cuales nuestros buenos y simples indios nada saben, pero ellos se los contagiarían si entrasen en contacto. Especialmente, pues los españoles, a más, convierten a los indios, a la que la naturaleza les dió la preciada libertad, en esclavos y siervos a los que tratan como a perros y a bestias, a pesar de que sean indios cristianos, destruyendo todo cuanto a los padres tanto trabajo costó realizar".

Esta media hora del paso de la corriente normal del río por sobre los arrecifes, comprende, indudablemente, no tanto el Salto Chico sino especialmente el Grande, así como debo aclarar que el empuje penoso de las embarcaciones, virtualmente desmanteladas de lo supérfluo para aminorar el peso, que se efectuaba de árbol a árbol, debe entenderse sobre rollizos de troncos, dispositivo que facilita en extremo el arrastre de los grandes pesos. Con todo, es increíble, conociendo como conozco esos lugares, la rapidez con la cual los guaraníes trasportaron las almadías salvando el mal paso. Mucha disciplina, por un lado, y buena baquía, por otro, debieron ser puestas à contribución para el trasporte en unas condiciones que, en cualquier estado del río, es un trabajo penoso y tremendamente agotador.

En cuanto al razonamiento de que Tata Dios colocó dichos saltos en defensa de las misiones, es un ingenuo argumento de propaganda propio de la época para mantener aquietados y sumisos a esos autóctonos de temperamento dulce, fácilmente sugestionables; y evidencia el temor de que el contacto con los españoles tuviera efectos explo-

sivos, como lo prueba entre otras cosas, la escala final omitiendo la llegada a Buenos Aires, para evitar el trueque de ideas que pudiera ser perjudicial al ambiente reinante en las Misiones aisladas del mundo, aspecto en que, efectivamente, radicaba parte considerable de su fuerza. De otra manera, el imperio jesuítico no hubiera sido posible.

"Cuando pasamos sanos y salvos la catarata del Uruguay, tuvimos que continuar navegando contra la corriente. El día 1 de Julio llegamos felizmente al territorio de Japeyú. Duró, por tanto, un mes, el viaje fluvial".

Así comienza el relato del capítulo VII de la traducción que comentamos y que, para nosotros significa el fin, pues ya se adentra en sus andanzas en pleno territorio misionero. Pero no voy a ponerle término sin antes hacer hincapié que el cacique yaro, con el que subsiguientemente conversaran tanto Sepp como Bohm, era sexagenario, hombre ducho, de gran inteligencia natural, el cual fue convertido por la fuerza al cristianismo bautizándolo con el apellido de Moreyra. Sobre esta conversión se explaya el autor, ya fallecido el padre Bohm, en su otro libro cuya carátula reproducida en la traducción brasilera sigo, junto con la del anterior, en las páginas 4-5. Reza en portugués: "Continuacao dos Trabalhos Apostolicos que passou o R P Antonio Sepp S J missionario apostólico no Paraguai, do ano de 1693 da era cristá até o ano 1701. Descripcao dos costumes dequela gente bárbara, de seus talentos e habilidades práticas e mecanicas, etc.; e, ào contrario, a rudeza nas cousas especulativas e metafísicas; e mouitas outras cousas maravilhoaas para os de Europa. Com privilegio da Sagr. Majestade Casárea, e licenca dos Superiores. Ingolstadt, a expensas de Joao André de La Haye, livreiro académico. Tipos de Tomas Graa, Tipografía Académica. Ano de 1710".

Cercado por los razonamientos de los misioneros que lo amenzaba, de no convertirse con el castigo del cielo, los tormentos del infierno, etc. el cacique, hábilmente, les contestaba diciendo que él se consideraba amigo de Dios: "Si Dios no fuese gran amigo mío ya haría mucho tiempo que yo hubiera muerto, pues hasta el presente no me fulminó el rayo, no me despedazaron las garras de los tigres, no me picaron las serpientes, no me hicieron mal las víboras, la tierra no me engulló. Tan grande amigo mío es aquel que tú llamas Dios y, óptimo amigo".

Y hay otra información que también destaco destinada a los eti-

mologistas; dice que los paraguayos, creo que debe leerse los guaraníes, nombraban Yaros a la tribu, textual en portugués: "Lé tcharos, porque na lingua indigena Y e o mesmo que tch".

Y, a propósito de lenguas, llamo la atención de la carátula de este segundo libro de Sepp, de positivo interés para el conocimiento de los trabajos de catequización de los yaros, pues está en guaraní.



CARLOS SEIJO
SU MEDIO Y SU OBRA

por Horacio Arredondo

En ejecución del mandato de la Directiva, me aboco a la grata tarea de hilvanar algunos recuerdos de mi antiguo conocimiento con don Carlos Seijo, larga y cordial amistad que fue lo que indujo a los compañeros a confiarme el cometido que trato de desempeñar en los párrafos que siguen.

Después de las semblanzas publicadas por el profesor don Simón Lucuix y por el estudioso compatriota don Walter Laroche, insertas en el tomo XVI, poco podré añadir. El primero trató y expuso la contribución de Seijo al organismo, así también los aportes que efectuó a la bibliografía nacional, especialmente a lo que a la región fernandina se refiere, pues tanto San Carlos como Maldonado, centraron su curiosidad de investigador. Puede decirse que, en el presente como en el futuro, los que aborden el estudio en los aspectos históricos de Maldonado y su antigua región, podrán hacerlo allegando nuevos materiales de estudio, juzgar en los sucesos acaecidos, el pasado con distintos enfoques, pero no podrán prescindir de los libros de Seijo, tal es el caudal de buena información de que están repletos.

Laroche, por su parte, suministró en denso artículo de prensa, una información interesante al punto que Lucuix consideró conveniente intercalarla en su mencionada biografía. Los estudios de Seijo en lo que a dibujo y pintura se refiere, lo trató el hijo de aquel destacado artista que fue Ernesto Laroche, allegando noticias poco conocidas y también inéditas. Y aunque no venga al caso, aprovecho la oportunidad, fundado en la buena amistad mantenida con el recordado Director del Museo Nacional de Bellas Artes, para aplaudir la noble actitud filial de crear en su propio domicilio, con la producción de su padre, el Museo Ernesto Laroche, que, a más, ha venido en-

riqueciendo la magra bibliografía nacional que sobre los artistas de dibujo y pintura existe, con aportaciones de seria información en los conocidos "Cuadernos" que recordando al artista que se fue, ponen de manifiesto los nobles sentimientos del vástago que dejó.

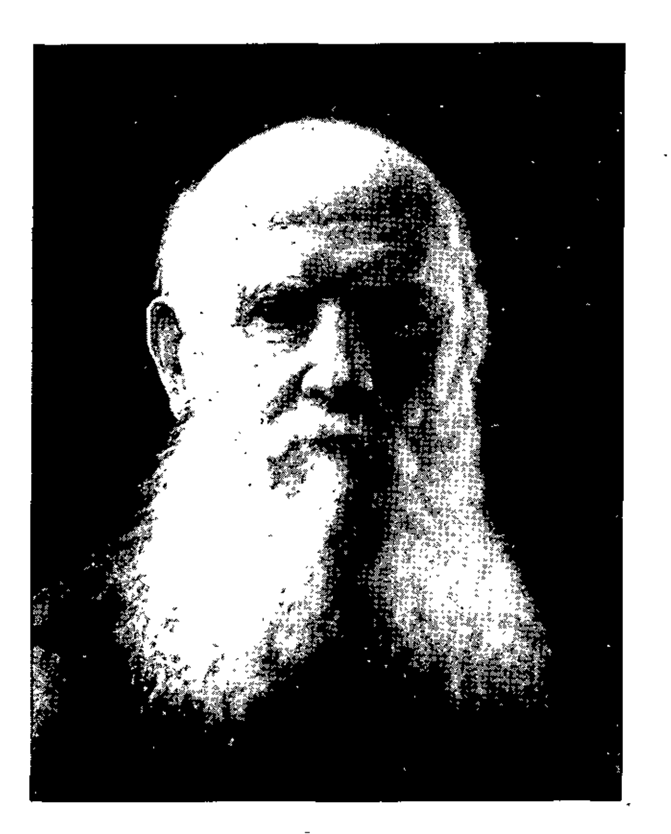
Seijo tuvo a Juan Luis Blanes como maestro. Laroche lo sigue en su larga estada en Italia, recibiendo enseñanzas con distintos profesionales, solo o en compañía de otros compatriotas entre los que destaco a Federico Renom y Teófilo Vaeza entre otros varios. Vuelto al país en 1902, enumera su obra conocida y abre ponderado juicio sobre sus aptitudes como artista.

Don Carlos siempre me dió la impresión de un hombre tímido, modesto, uno de esos seres que procuran pasar inadvertidos. Se alejaba del ruido, del movimiento, esquivaba la sociedad, pero distaba mucho de ser un misántropo pues, por el contrario, gustaba de la compañía de unos pocos, que él, sin proponérselo quizá, callada e intuitivamente había elegido guiado en su subconciencia por afinidad con sus predilecciones. Es así que pude constatar que sus escasos tertulianos eran de gustos parejos: la historia en los aspectos etnográficos de los pobladores del territorio oriental en la primera hora, la arquitectura en los subsiguientes períodos de la colonia y de la independencia y, en esta, puertas y ventanas, herrajes; y paralelamente el arte en sus manifestaciones pictóricos: arqueología cien por cien. No es pues de extrañar que figurara en el plantel inicial de fundadores de la sociedad a cuya formación concurriera espontáneamente.

Escrudiñar en la crónica lugareña, investigar y colectar piezas líticas o fragmentos de la rudimentaria alfarería —a falta de piezas enteras, claro está— de los autóctonos desaparecidos, admirar e indagar en las modestas construcciones del medio pueblerino y rural de la pasada centuria, llenaron por completo sus horas silenciosas tanto en Montevideo como en San Carlos donde había nacido.

Lucuix ha citado su bibliografía y ésta es por demás elocuente respecto a tales preferencias, y Laroche ha enunciado sus obras principales, pudiendo yo añadir la mención de otras acudiendo a iconotecas particulares pues hay muchas dispersas. A más de los nuevos retratos, destaco una bien compuesta naturaleza muerta, un acabado

Retratista



Estudio *"Cabeza de viejo"*. Oleo



Dibujo a lápiz. *"Academia de Bellas Artes de Florencia"*.

(Iconoteca H. Arredondo)

"bodegón" —como se las clasifica en España—, que tenía en el comedor de su casa de la calle Durazno, que, sin desmedro, admite parangón con los de Parra; clásico en nuestros comedores. Su producción es reducida, pues gustaba de hacer pequeñas manchas modestas, como él, hasta en sus desvaídas tonalidades, que luego obsequiaba dispersándolas en el círculo de sus predilecciones. Por lo menos esa fue una de sus características como lo fue la enseñanza desinteresada del dibujo y de la pintura en otras etapas de su larga vida.

———

Los Seijo pertenecían a una antigua familia de San Carlos aunque no figuraban entre las pobladoras al no estar en la excelente monografía que sobre esta población escribiera no hace mucho la Doctora Fajardo Teran sobre la base de documentación de primera, siendo su padre uno de los comerciantes más importantes de la villa habidos en la última mitad del XIX; su madre era hija del general de la independencia don Manuel Correa, de larga ejecutoria guerrera y, a más, caudillo regional.

Su abuelo o su padre prestó servicios militares en la Guerra Grande, integrando el plantel departamental de oficiales de las fuerzas de Oribe, siendo de advertir que por ese entonces, Maldonado y Rocha comprendían una sola jurisdicción. Y formulo esta afirmación por contar en mi archivo —obsequio de Seijo— dos listas de revista en las que figura de guarnición en la fortaleza de Santa Teresa.

Entre las personas vinculadas al comercio de Seijo, figuró el padre de nuestro gran escritor Carlos Reyles [1] que, empleando sus actividades y notorias aptitudes en negocios rurales, gozó de la confianza de uno de los hacendados brasileros de mayores dimensiones como tal, el muy "mentado" comendador Correa, emparentado con la madre de nuestro biografiado, información que doy reflejando conversaciones de Seijo; también la tuvo de su padre: de ahí las tierras que tenían los Seijo junto a las de Reyles, en el Durazno.

Sabido es que el padre de Reyles llegó a ser uno de los estan-

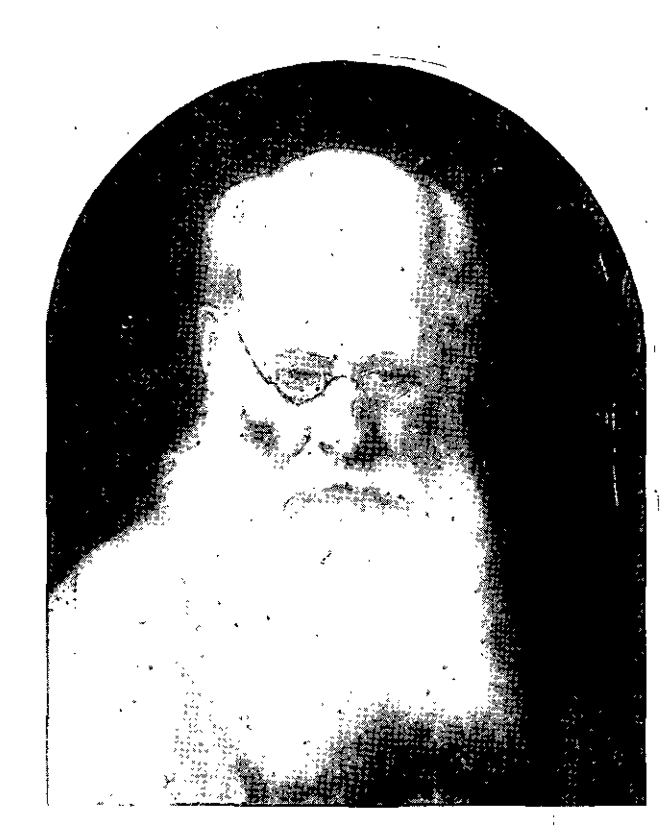
---

(1) Hago abstracción de sus obras primeras "La muerte del cisne" y "Diálogos olímpicos" de factura puramente literaria y la postrera "A batallas de amor, campo de plumas" que, por cierto creo, nada haya contribuído a exaltar su destacada posición en las letras uruguayas.

Retratista



Carlota Correa de Seijo, madre de Don Carlos. Oleo



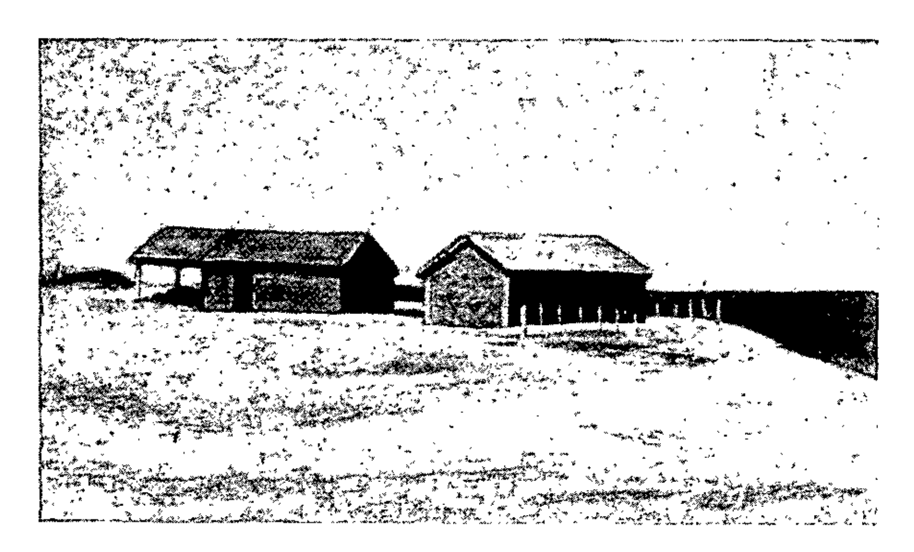
Un sacerdote. - Oleo

(Colección Ramón I. Benzano)

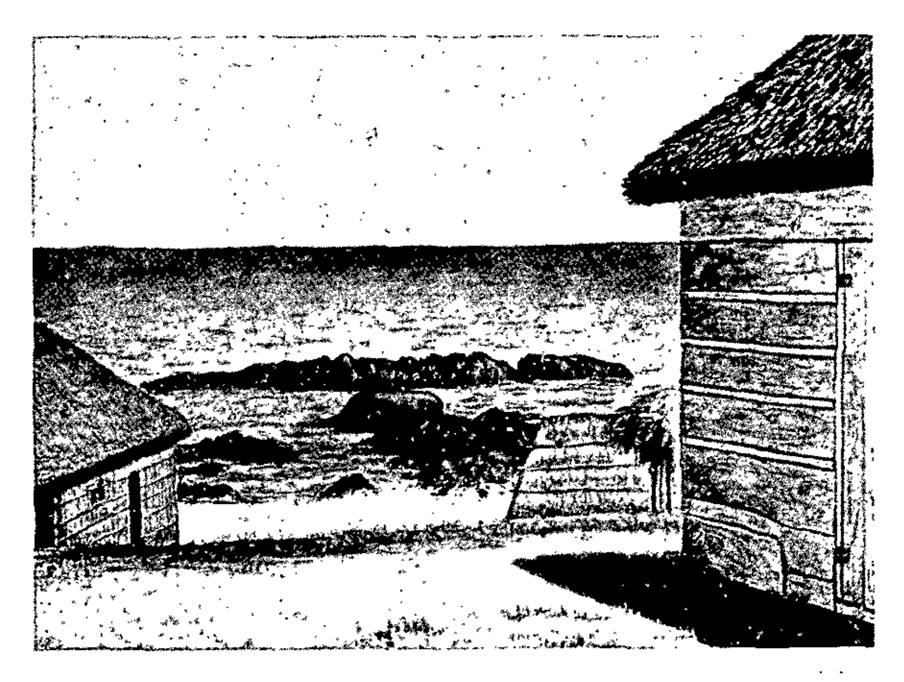
cieros más ricos de la república, teniendo en Molles una estancia inmensa, sólida fortuna que permitió a su hijo Carlos llevar una vida de gran señor tanto en el Plata como en Europa, desde luego, liquidándola al final. Y, precisamente, la frecuentación de los ambientes rurales en las grandes estancias paternas, fue lo que lo habilitó para ensayar aptitudes costumbristas, primero en 'Raza de Caín", y luego, admirablemente, en "El gaucho Florido" y en "El terruño", obras en que culminó su producción nativista, comenzada también con "Beba". En igualdad de calidades superiores produjo "El embrujo de Sevilla", reflejo de sus andanzas de "señorito" rico en la península. Esta obra destaca no sólo sus condiciones de escritor sino que —al igual de su dominio de los temas de la estancia cimarrona— capta y traslada al lector el ambiente español que sucedió a los que incubaron los majos y majas goyescas e isabelinas. La pintura que de ciertos medios hizo Reyles, entre los que destaco el reinante en el café del Tronío, son estampas de realidad, "fotos sonoras" al hacerlas hablar en el diálogo, a la movida existencia de ganaderos y toreros, en juergas propias de gente alegre y joven, desarrollado en el mundo pintoresco andaluz del 1900, tanto en Triana como en el pacato barrio de la Cruz, así como en los ventorros y cortijos de la riente campaña de Andalucía.

Pero ninguno de los Seijo siguieron las huellas del comercio. Maximiliano llevó una existencia cómoda de más o menos adinerado rentista, Ernesto estudió medicina en París, graduándose de tal en la Facultad de la capital de Francia, Carlos se dedicó al estudio de pintura en Florencia. Todos ellos sintieron profundamente el lugar en que habían nacido y, añorándolo, volvieron a afincarse en él definitivamente, incluso su hermana Laura, viuda del Dr. del Peso Blanco fallecido en Sevilla, que volvió al rincón carolino alternando sus estadas, como lo hicieron sus hermanos, pasando los inviernos en Montevideo (1). Ramón quizá fue la excepción, pues se convirtió en un montevideano recalcitrante.

(1) El Dr. del Peso fue autor de un folleto rarísimo, que tiene como principal mérito el ser prácticamente desconocido y por haber volcado en él sus impresiones sobre los lobos marinos que, en historia natural, han hecho célebre la región desde nuestros primeros años histórica, al punto que el primer grabado publicado sobre nuestro país, es holandés, de 1599 nada menos, y muestra una matanza de esos anfibios en la isla que lleva el nombre de Lobos por ser de



El balneario La Barra en 1900. Rústicas construcciones de veraneo de Don Juan Duque. - (Acuarela) - (Revista "Turismo en el Uruguay" Nº 35)



Primera vivienda veraniega construída en Rincón de los Píriz en 1877. - Acuarela - (Revista "Turismo en el Uruguay" Nº 35)

Por esa marcada característica es que en estas breves anotaciones biográficas incluyo ligeros pormenores sobre los suyos y su región, evocándolo consustanciado con el paisaje que tanto amó, cuyas imágenes trató de llevar a sus pequeñas telas dentro de sus posibilidades de realizador. Y hago esta discreta reserva porque no fue paisajista: era un dibujante de mano segura, de trazo sobrio, que se expandía en minuciosidades fidelísimas; también un discreto colorista pero, para mi, fue, sobre todo, un buen retratista, panorama que reflejan las obras que reproduzco con las cuales a la vista, todos están en condiciones de juzgar.

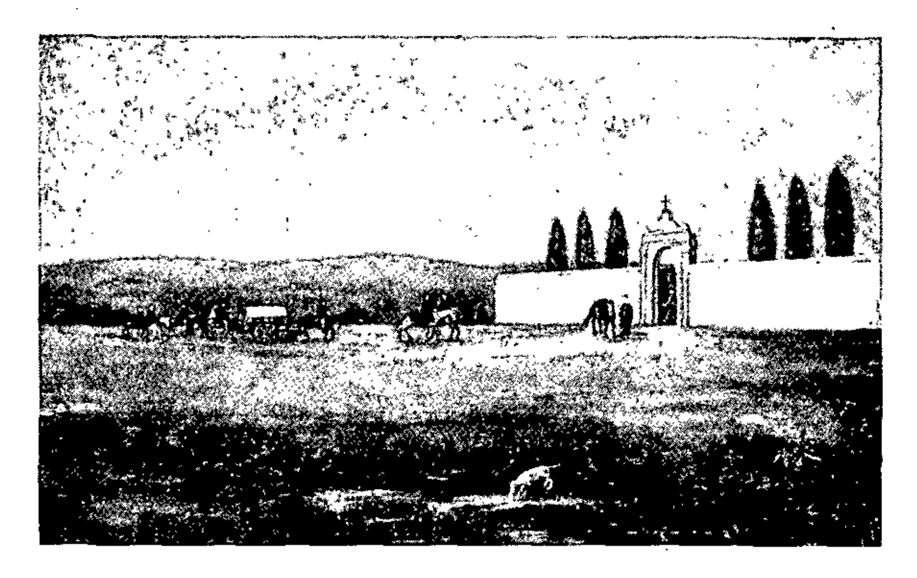
Más que creador, fue un encariñado con el dibujo y con la pintura. Sus ocios transcurrieron mucho tiempo ocupado en minucias: refrescando lentamente viejos retratos, reproduciendo o reentelando otros, de ascendientes, de amigos y familiares que estaban en mal estado o que necesitaban dúplicas para colocarlos en las paredes hogareñas animando con su presencia muda la tertulia familiar, ya que ponían una nota de arte evocadora de la estirpe en los paramentos. También dibujando directamente puertas y ventanas, herrajes de los tiempos idos, y todo cuanto evocaba el pasado. Las horas transcurríanle inadvertidas o, sentado ante el atril, paleta y pincel en mano, reproducía las rústicas viviendas de la campaña de Maldonado, tan substanciosa y variada para las tareas de los artistas. En estas intrascendentes ocupaciones, sana y sencillamente, el tiempo se consumía gratamente para su alma de esteta.

En el Museo Histórico Municipal a mi cargo figura como donación suya un pequeño óleo pintado sobre zinc reproduciendo uno de los antiguos tranvías de tracción a sangre y, restaurado por él, amorosamente, figura una tabla, —de autor anónimo— con siete escenas religiosas que integraron la decoración de la antigua capilla del Cementerio Central que, cuando la separación de la Iglesia y el Estado fue a parar a depósitos municipales donde la mayor parte —decoraciones de mármol— las rescaté, volviendo a él, como pieza artística,

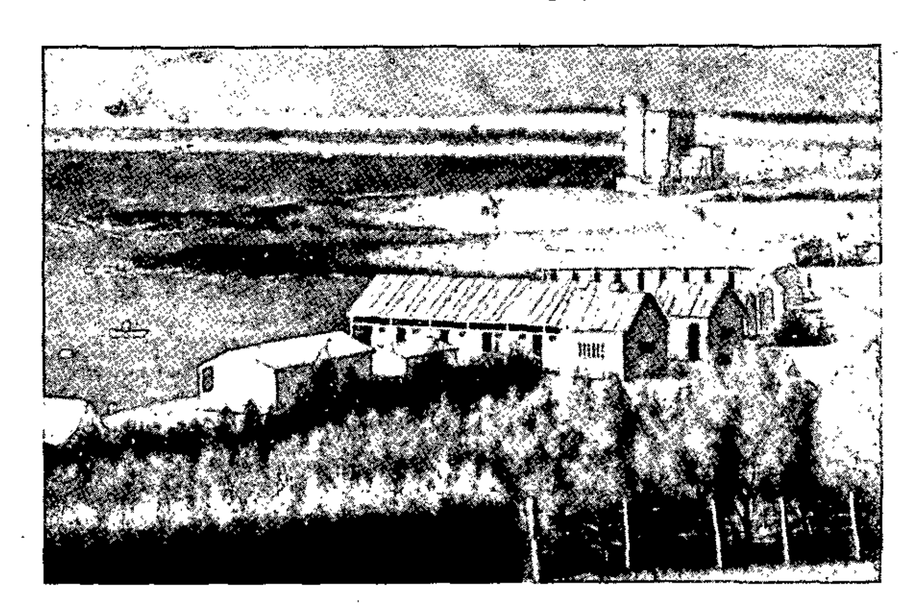
---

época inmemorial sede de la colonia más numerosa de esos anfibios en estas latitudes.

También presentan la particularidad que más de una de las expediciones de los descubridores, faenaron lobos y de su carne hicieron tasajo refrescando así los víveres que consumían y evitando las terribles epidemias de escorbuto que diezmaban las tripulaciones por exceso de alimentación inadecuada.



"*Alrededores de San Carlos: El camposanto*". (En este esbozo se ve la propiedad que perteneció a don Francisco García frente al molino de Lavagna). Oleo. (Revista "Turismo en el Uruguay" Nº 35)



En primer término, las primeras casillas de baño de la playa Mansa de Punta del Este. Al fondo el chalet, tipo castillo medioeval edificado por Ernesto Seijo, diseño del arq. Umberto Sampognaro hoy en la sucesión del Dr. Juan José Amézaga. Oleo. (Revista "Turismo en el Uruguay" Nº 35).

la copia de la Piedad de Miguel Angel —de una, porque hay varias distintas— que el Arq. Eugenio Baroffio había ubicado en el Museo Municipal de Bellas Artes "Juan Manuel Blanes" recolocada con una rebaja en la longitud del vástago de la cruz, detalle nimio que anoto en el prurito de ser minucioso y veraz.

Ya expresé la atracción del terruño que sentían los Seijo, y no están demás algunos detalles para corroborarlo dando, a la vez, algunas noticias que creo del caso esparcir desde estas páginas, destinadas a los futuros evocadores de la región carolina y también de la fernandina, pues, como veremos en los párrafos que siguen, hasta ella también llegó la voluntad de arraigo de esta estirpe.

———

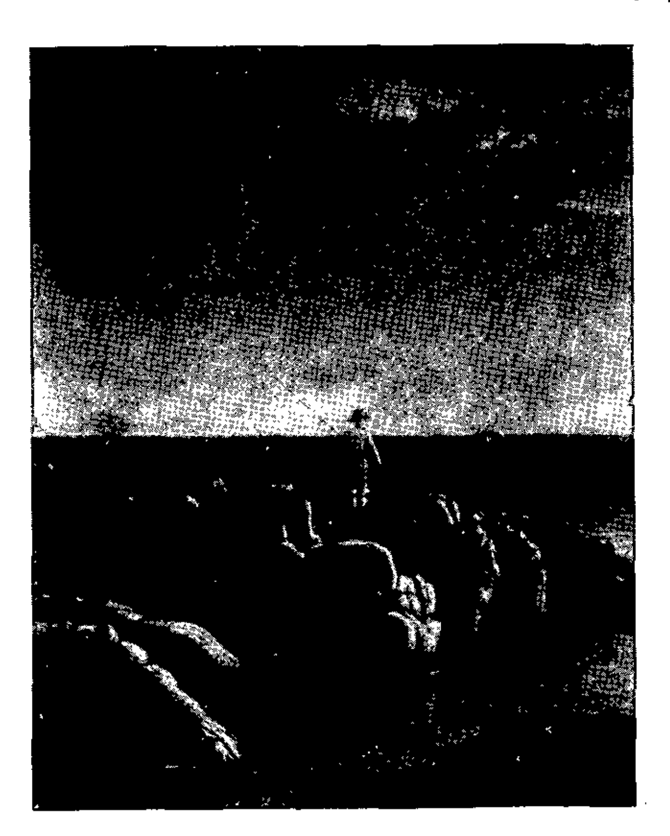
Carlos vivió siempre en su gran chacra —que era la paterna— situada en el suburbio de San Carlos, en el camino —desde hace años carretera— que une a este poblado con la capital del Departamento. Se trata de un terreno bajo, densamente arbolado, que cruza, desbordado en ancho bañado, el arroyo San Carlos. Es típico por tener una larga verja propia de la casa-quinta de otrora, un detalle el del casco que reproduzco debido a la atención de Ramón Benzano, así como el "retrato religioso", el de su madre, la naturaleza muerta, etc.

Maximiliano edificó su casa de campo en un no menor amplio predio que, después de coronar la sierra, baja hasta la carretera, y creo seguía hasta el arroyo de Maldonado, cruzado este extremo por la férrea. Casa confortable, lugar muy pintoresco, dándole un gran block errático vecino el nombre a la posesión: El Peñasco.

Ernesto, en similares condiciones topográficas, presenta el área igualmente bien arbolada con ejemplares nativos y exóticos, con casa que albergaba en vida de su dueño valiosa colección de cactáceas, principalmente criollas, pues comenzó a formarla cuando se estableció

(1) Recuerdo que fui el intermediario para la realización de una de las maniobras anuales del Colegio Militar en el campo de Maximiliano, cuyo arroyo ofrecía ventajas para la colocación de puentes de emergencia, etc., siendo fácil y económico el transporte y mantenimiento de los cadetes, profesores y tropa. También recuerdo haber ido con los generales Alfredo Baldomir y Alfredo Campos a visitar el lugar, tomando previamente el the en la casa de Ernesto, en Loreley, pues a Maximiliano apenas lo conocía. Lo que no recuerdo es si Baldomir era Presidente o Ministro y si Campos era Ministro o Director de la Escuela, pormenor que no interesa desde luego.

Paisaje y bodegón



La piedra del Curro, (conocido pesquero). Oleo.

Naturaleza muerta. . Oleo.

(Colección José A. del Portillo)

como facultativo por largos años en Tacuarembó [1]. La nombró "Loreley", nombre un tanto exótico aunque poético que evoca la leyenda germana puesta en alto valor musical por el genio de Ricardo Wagner de cuya música era un gran admirador.

Tanto el Peñasco como Loreley hace muchos años se disputan la atracción de los turistas que frecuentan la región tan plena de bellezas naturales como es notorio está dotada. En la última existe una pequeña caverna y en ella, pintada por Carlos, un tema religioso que sirve también de motivo de atracción para los creyentes turistas.

La propiedad de los Seijos ocupaba bastante área mismo para ese entonces, siendo toda la margen izquierda del arroyo Maldonado, desde frente al Peñasco hasta La Barra, hoy ya población balnearia importante creo de la sucesión [1].

La generosidad de don Carlos era proverbial y corría pareja con un sentido de correcto administrador de sus bienes que, sinó cuantiosos, le permitieron siempre llevar, por tales causas, una vida desahogada.

Donó al Museo Histórico Nacional la valiosa colección etnográfica que había captado en sus recorridas periódicas de los médanos de Maldonado, en el litoral atlántico, visitando los antiguos "paraderos", sobre todo los nuevos, puesto de manifiesto por los caprichos eólicos que mudaban de sitio las arenas entonces voladoras. En lo que es personal a mi me colmaba de atenciones, y regularmente, varios años, me enviaba exquisitos dulces de membrillo que en enormes tachos de cobre hacía, beneficiando regularmente el fruto de las plantaciones que de este frutal tenía. Llegó un momento que tuve que suspender las visitas que le hacía, pues era rara la vez que no salía con algo bajo el brazo. Aducía que no tenía mayor familia, que al hijo no le interesaban esas cosas, y cuando éste falleció a edad casi provecta sin descendencia, que estaba viejo y que el día menos pensado podía

(1) Respecto a curiosidades de Tacuarembó existe en mi colección etnográfica; en custodia en Santa Teresa, dos "boleadoras unidas", una de dos y otra de tres, obsequio de Ernesto. El tenía de más, hasta de cinco. Claro que son formaciones naturales, curiosamente, casi perfectas, de la conocida arenisca roja típica de la región, procedente del lugar donde existen: del cerro de Las Bolas. Estas "boleadoras mellizas", con acierto gráfico como se las llama por ahí la gente del pago, concluyeron por dar nombre al lugar.

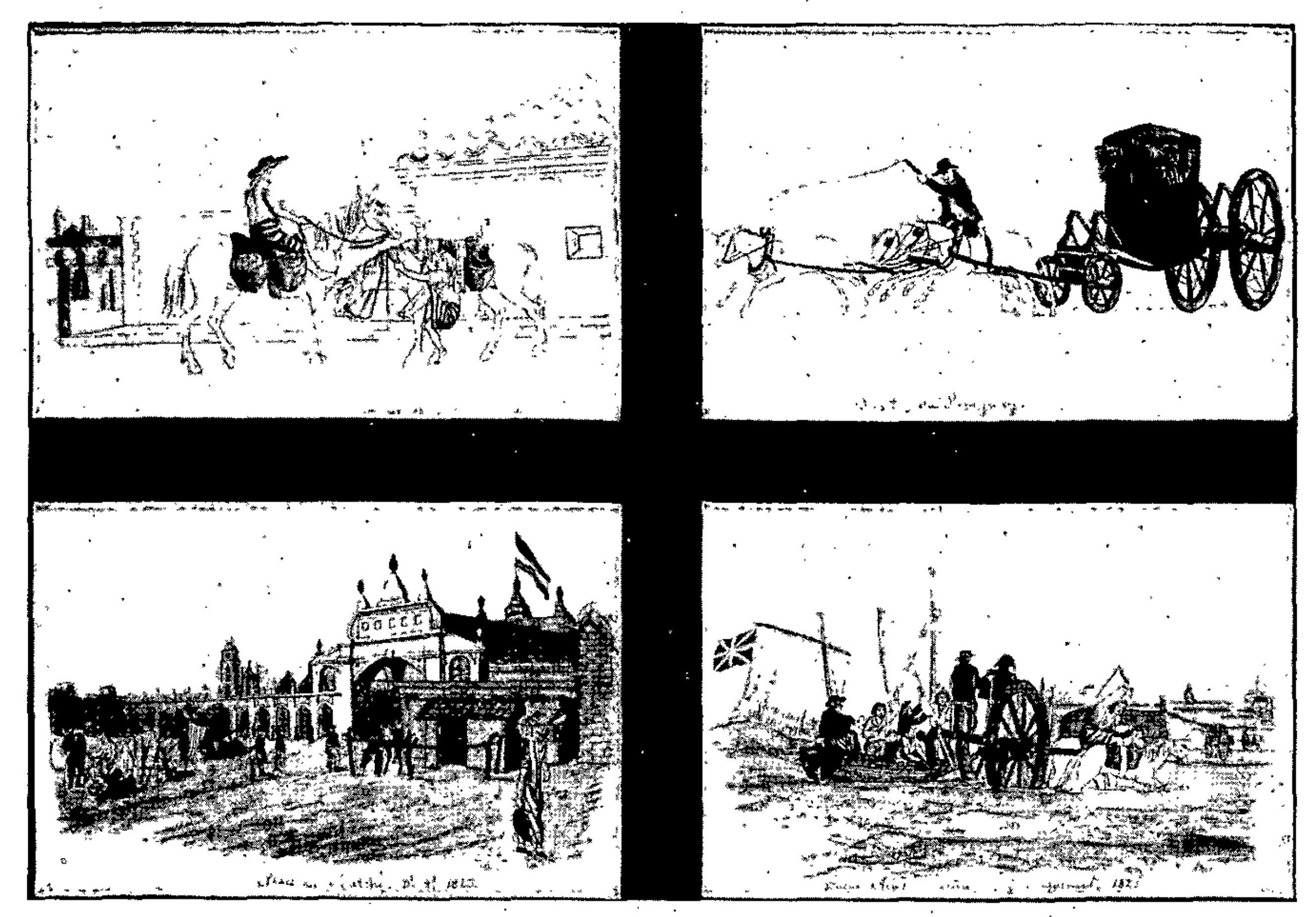
desaparecer también a más, cuando le llegó el fatal turno, hizo muchos legados. Esa es la causa que tenga obsequios de él.

Las notas gráfivas van insertas variadas exprofeso, desde el paisaje a la naturaleza muerta, del paisaje al retrato, de manera que constituya un muestrario por demás heterogéneo que se presenta así, para que todos puedan juzgar aptitudes; y a fe que las tuvo en forma discreta, sobresaliendo, como ya dije, para mis gustos, en el retrato y en el dibujo. Lamento no poder incluir el cuadro que posee el Museo Nacional de Bellas Artes, "En el hospital", que muestra una hermana de Caridad dando a beber una taza de caldo a una enferma. El hecho de estar en obras dicho Museo y teniendo almacenadas sus existencias, me priva del placer de que figure en estas páginas, omisión lamentable pues es una de sus mejores producciones, pintura académica, nada del gusto de los "impresionistas" y seguramente horror de los "abstractos" del día.

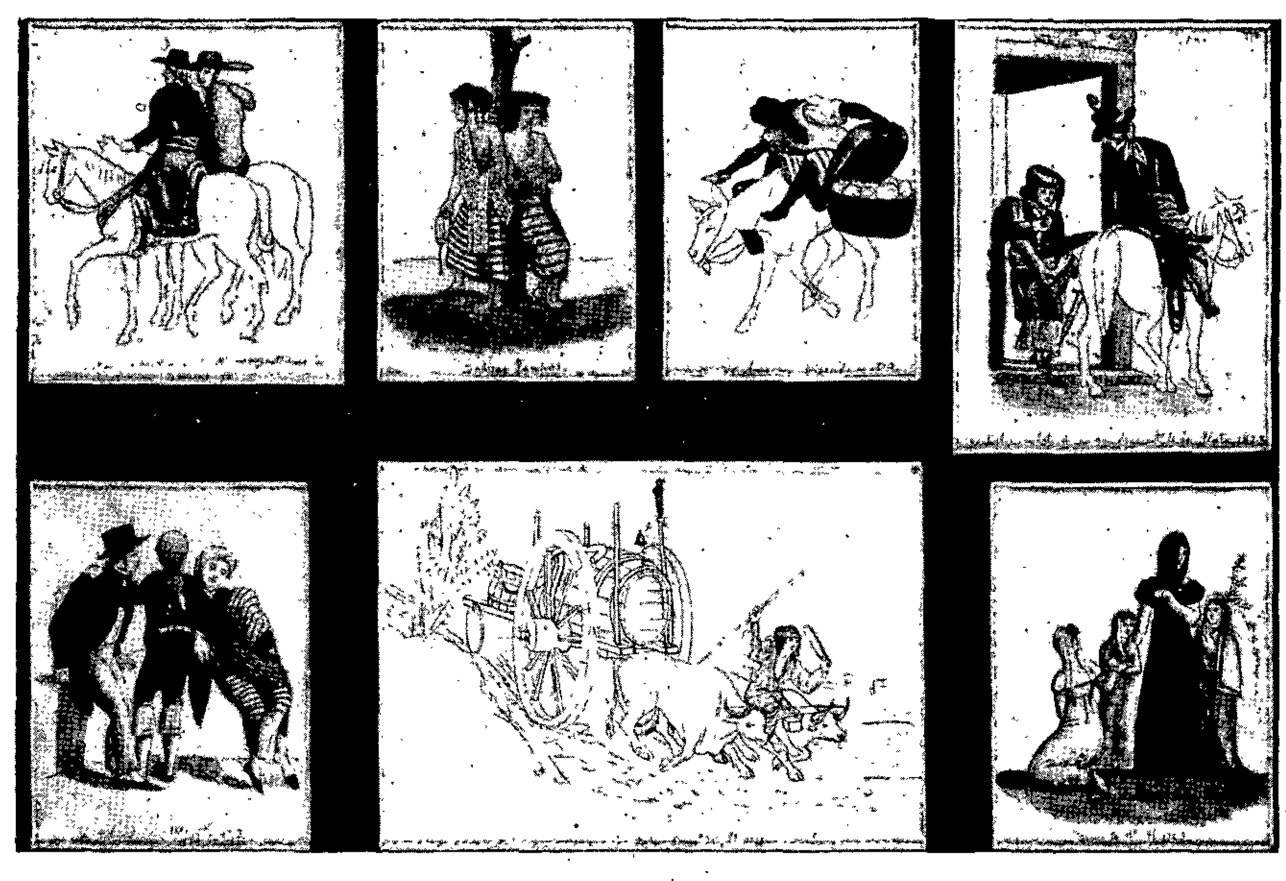
Incluyo una serie de pequeñas acuarelitas que, a mi pedido, me facilitara hace años cuando siendo director de la revista "Turismo del Uruguay", dediqué un número especial a Punta del Este e inmediaciones. Están en el Nº 39 en el artículo que titulé "Como nació Punta del Este", lamentando ignorar donde fueron a parar esas ingenuas ilustraciones que, en el deseo que sobrevivan —pese a su indudable modestia —acabo de reproducir en parte en un artículo que se me pidiera para un periódico del lugar, para el número especial editado con señalado motivo regional y que ahora también reproduzco.

Se trata de media docena de manchitas tomadas del natural hace unos cincuenta años, que, como se habrá visto las considero interesantísimas ya, y que con el tiempo me atrevo a suponer serán apreciadas por cuanto no hay que ser muy sahorí para augurar a nuestra primer estación balnearia de hoy, en cercana realidad, su transformación en gran ciudad balnearia del Atlántico sud y, para entonces, las primeras notas gráficas regionales serán muy buscadas.

Considero que no está demás recordar, ya que esquemáticamente estamos describiendo la región fernandina, que Punta del Este fue iniciada por dos caballeros ingleses progresistas, los hermanos Samuel S. y Alejandro Ross Lafone, que en 1843 adquirieron del Gobierno la península en cuatro mil pesos plata y la amanzanaron en la manera que aun está, proponiéndose formar un pueblo que fue creciendo lentísimamente. Muerto Alejandro Ross en Inglaterra en 1869 y Sa-



Copias acuarelas de idem y de grabados antiguos ilustrativas de costumbres rioplatenses.
(Iconoteca H. Arredondo)



Copias acuareladas de idem ilustrativas y de tipos de antiguas costumbres (de E. Vidal, Ibarra, etc.)
(Iconoteca H. Arredondo)

muel, en Buenos Aires durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871, el crecimiento no fue mayor, el todo rodeado por un mar de arenas voladoras que conspiraba contra su regular fomento. Recién en este siglo el proyectado pueblo comenzó a prosperar, pese a que la farola había comenzado a funcionar en 1860 y a que la piedra fundamental de la Aduana se colocara en 1885, edificio concluido en la administración de Máximo Santos que, en lo exterior, hoy está más o menos como estaba cuando fue inaugurado.

En realidad, el espaldarazo como punto balneario lo dió el remate de 70 solares que en 1908 realizó el conocido martillero Mendoza Garibay, y de ahí las ventas de parcelas menudearon, siendo de advertir que don Samuel Lafone tuvo el acierto de donar el tercio de los lotes de cada manzana a beneficio de la Instrucción pública departamental (1). También una sociedad llamada "La Bola de Nieve", creo recordar, hizo mucho para su adelanto, construyendo el hotel Biarritz, en que actuó el Sr. Crodara y otros.

Don Pedro Risso fue el primer hotelero establecido en modestísimo local en 1890. Las acuarelas de Seijo datan de los primeros años de esta centuria, pues su madre edificó una de las mejores residencias que él espaciadamente habitara, que aún subsiste sin modificaciones mayores y que es la casa-quinta tipo italiano, que, dotada de un peristilo sostenida por columnas de hierro, existe en la Avenida Gorlero, yendo hacia el mar a la mano izquierda, frente a la plazoleta Pedragosa Sierra.

También su hermano Ernesto se hizo construir por el Arquitecto Umberto Sampognaro el conocido chalet de la playa Mansa, tipo castillo que por mucho tiempo fue de los mejores, que luego enajenara para ir a residir en Loreley, y que habiéndolo adquirido, habitara hasta su fallecimiento, en las temporadas veraniegas, aquel excelente ciudadano y hombre de bien, eminente jurisconsulto, que fue Presidente de la República en sus años postreros. Me refiero al Dr. Juan José Amézaga, hoy de su sucesión.

Las pequeñas acuarelas que vuelvo a exhumar muestran, una, la playa Mansa, con las primeras instalaciones con que contaba para baños y, al fondo, destaca su alta y robusta silueta el chalet de su hermano, para mi un tanto anacrónico de tipo en ese ambiente. Digo

(1) Datos que me aporta su descendiente el Sr. Adolfo Linardi Montero.



La quinta en San Carlos. Oleo.
(Colección Ramón I. Benzano)

esto sin olvidar que en nuestros días se alza en la playa Brava el más magnífico de los hoteles, el San Rafael, igualmente anacrónico por su arquitectura con sus techos de acusadísimo desnivel típico para el rápido deslizamiento de la nieve en los países nórdicos que levantara el esfuerzo titánico de un luchador que dejó su vida en él, junto con la fortuna que logró reunir en un existir de trabajo honesto: Pizorno Scarone, inolvidable compañero de esfuerzo —con alguno otro— para el fomento del turismo en el país. Los Seijo, Juan Gorlero, Carrara, Carlos Burmester, y tantos otros están en el primer plano en el recuerdo en lo que a Punta del Este se refiere.

Gracias a la inquietud de Seijo han llegado hasta nuestros días las primeras construcciones levantadas en la barra del arroyo Maldonado —hoy plena de edificación, y las del Rincón de Píriz, ya con algunas poblaciones pero de seguro porvenir. Seijo trajo las modestas imágenes de esos ranchos cuidadosamente terminados y, nosotros, procuramos trasmitirlas a quienes puedan interesar en el futuro estas cuestiones que, seguramente serán más de los que existen en el día.

También tres aspectos de los alrededores carolinos, dibujos un tanto ingénuos pero documentos fidelísimos terminados con prolijidad y con cariño. En estas ocasiones ocupaba su tiempo, alternando con el cuidado de sus árboles, pues gustaba de la naturaleza, pasándose no pocos días desecando las hemosas variedades de algas marinas, que recogía en la costa y que pegadas en cartones con toda prolijidad, sumariamente enmarcadas, obsequiaba a quienes podía interesarle: escuelas, personas estudiosas o simples curiosos.

También presento las acuarelitas reproduciendo cuidadosamente los grabados originales del folklorista inglés Emeric Vidal o las láminas de Ibarra primitivas manifestaciones de las imprentas rioplatenses, las primeras impresas en Londres en 1821 y las otras de mediado el siglo XIX, que instruyen de su notable aptitud para la difusión acertada de tipos populares de antaño que me obsequiara.

Muestro también el dibujo "Del natural. Academia de Bellas Artes. Florencia" según anotación autógrafa al pie, obsequio también, así como la "Cabeza de viejo" óleo de fecha quizá más cercana, posiblemente de las postrimerías de su estada en la península itálica.





NOTAS SOBRE MONEDAS URUGUAYAS II

por

Raúl S. Acosta y Lara

Variantes de los cuarenta centésimos de 1844

Los varios cuños que se emplearon en la acuñación de los cuarenta centésimos de 1844 presentan tantas diferencias entre sí que parecería que el grabador o los grabadores quisieron hacerlas a propósito.

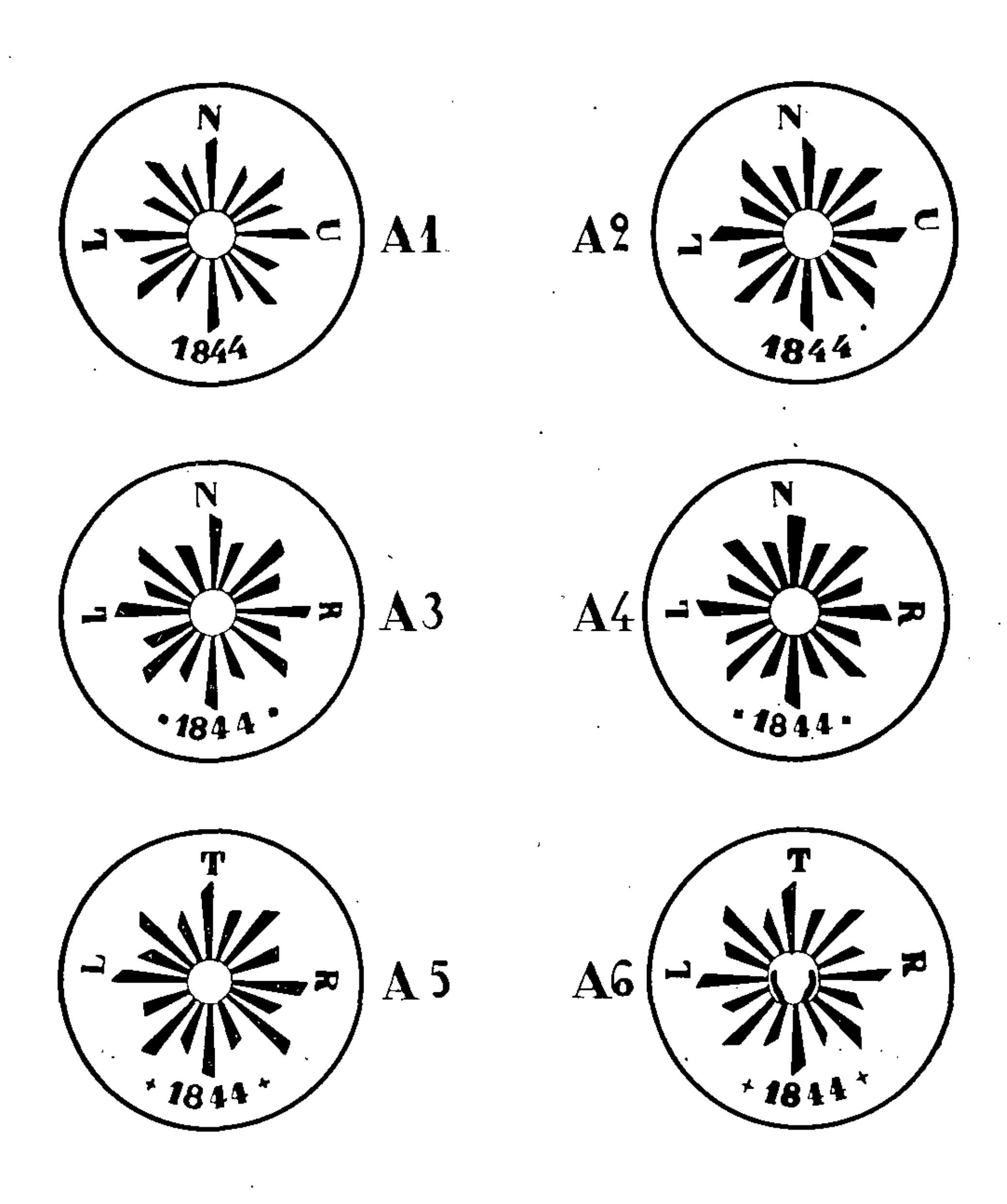
Nuestros otros cobres primitivos (1840-55) presentan también variantes pero éstas son de mucha menos importancia y resultantes de correcciones o simplemente de ser imposible labrar a mano dos cuños idénticos.

Hemos podido encontrar seis cuños para el anverso y cinco para el reverso. Es posible que existan más ya que esta pieza es particularmente abundante y sólo hemos podido estudiar unas cincuenta monedas.

Los cuños del anverso son los siguientes:

A1) Los números cuatro abiertos, sin puntos, rayo principal superior hacia la N.

A2) Los cuatro abiertos, un punto a la derecha de la fecha, rayo principal superior hacia la N.


N
L
U
1844
A1
A2
N
L
U
1844
N
L
R
•1844•
A3
A4
N
L
R
•1844•
T
L
R
1844
A 5
A6
T
L
R
1844

A3) Los cuatro cerrados; puntos, formados por cuatro unidos, a ambos lados de la fecha, rayo principal superior hacia la N.

A4) Todos los elementos descriptos iguales al A3.

A5) Los cuatros cerrados, una cruz a cada lado de la fecha, rayo principal superior hacia la T.

A6) Todos los elementos descriptos iguales al A5, cara del sol con "cabellera".

Además de las diferencias anotadas, los biseles en que terminan los 16 rayos principales del sol están orientados en forma distinta en los seis tipos. En la figura Nº 1 se podrán apreciar estas diferencias.

Creo que este elemento de clasificación es el más importante pues se nota bien aún en piezas muy gastadas donde la fecha o los puntos han desaparecido.

Veamos ahora los reversos:

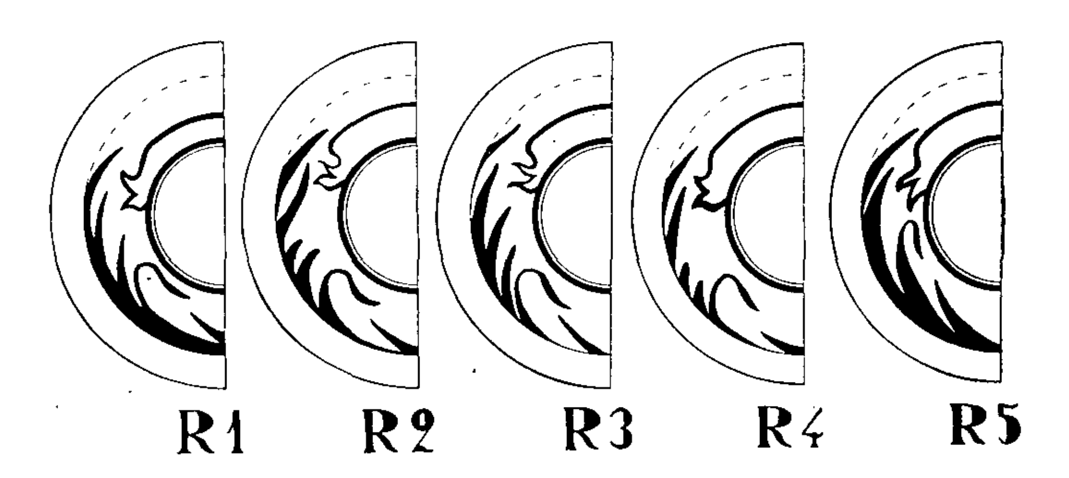
R1) Jirón en que termina la cinta que lleva la palabra "centésimos" poco separado de ella y mirando hacia arriba, cinco hojas en la parte interna de la palma izquierda.

R2) Jirón muy separado de la cinta mirando hacia arriba, seis hojas en la parte interna de la palma izquierda, dos de ellas muy cortas.

R3) Jirón parecido al de R2 también seis hojas pero ninguna corta.

R4) Jirón parecido al R1, también seis hojas pero dos muy cortas.

R5) Jirón muy caído hacia abajo, cuatro hojas.



En la figura Nº 2 se notará también que las hojas tienen distintas direcciones en cada cuño y que la relación entre las dos superiores y el jirón es bien característica.

Como variante menor, pero importante para determinar la cronología de los cuños, señalaremos que dos de ellos, los A1 y R3 se utilizaron también rotos y la marca de estas roturas se repite en varias de las piezas estudiadas.

Las combinaciones que hemos encontrado de las dos caras de la moneda son las siguientes:

(1) A1 — R3 .. Moneda	(7) A3 — R1 .. Moneda
(2) A1 — R3 .. Medalla	(8) A4 — R4 .. Moneda
(3) A1 — R3 Roto .. Medalla	(9) A5 — R1 .. Moneda
(4) A1 — R2 .. Medalla	(10) A5 — R5 .. Moneda
(5) A1 Roto — R2 .. Medalla	(11) A6 — R5 .. Moneda
(6) A2 — R2 .. Moneda	(12) A6 — R5 .. Medalla

En los tipos "moneda" ambos cuños se encuentran invertidos uno respecto al otro, en los "medalla" por lo contrario se encuentran dirigidos en el mismo sentido.

Montevideo, Abril 1958.



BOTONES GAUCHESCOS

por

Leonardo Danieri

El gaucho hombre de nuestros campos, usaba como vestimenta adecuada al medio en que vivía, camisa de algodón con puños y mangas amplias. El calzoncillo muy ancho con cribos como un calado y flecos en sus bordes. Cubriendo el calzoncillo, el chiripá de un pañete negro, azul claro o colorado, ribeteado con cinta, sustituído como lujo por el chal bordado de la amada o por un rebozo en merino floreado.

Sujetando el chiripá, la faja y el cinto o tirador así llamado por su similitud con el usado por los tiradores de infantería. En la cintura el facón o cuchillo, indispensable para su defensa y faenas camperas. Este tirador bordado muchas veces y en distintos cueros era adornado con bolsillos y monedas corrientes de plata en varios tamaños, generalmente coloniales de la época de Carlos IIII y de las Cecas de Méjico, Lima o Potosí.

Más tarde se usaron también con monedas de las distintas repúblicas americanas. Estas monedas de adorno no eran cosidas sino apareadas y colocadas en ojales equidistantes, y las centrales con la rastra usadas en guisa de hebilla para prender como botones.

Sobre la camisa, el chaleco entreabierto y la chaqueta con cuello, corta y un poco curva de modo que no podía prenderse, adornada con pequeñas monedas y dibujos en trencilla.

En el cuello, la golilla sujetándola un anillo con moneda.

Usaba sombrero de jipijapa o blando de paño gris o negro, bajo, de anchas alas, con barbijo de fleco y borla corrediza. Cuando no usaba sombrero, vincha para sujetar la melena.

Calzaba botas de potro con enormes espuelas, cubriendo el cuerpo el poncho listado o en colores.

El gaucho ha sido profusamente estudiado desde la época colonial por escrito y gráficamente por extranjeros y nacionales, reproduciéndolo con su típica vestimenta luciendo el tirador con la rastra y los botones.

Al estanciero rico, poderoso terrateniente, le era fácil usar el tirador, la chaqueta y el chaleco cubiertos de monedas como adorno, pero al pobre no le era posible hacerlo.

Había en Montevideo desde los primeros años de la Independencia casas mayoristas, francesas, inglesas y alemanas, que enviaron a Europa las monedas que se usaban corrientemente en los tiradores como adorno para ser reproducidas en piezas facsimilares en bronce, doradas o plateadas exactamente como se hace con las joyas de fantasía.

Estas piezas eran vendidas en las talabarterías que confeccionaban los tiradores y en los comercios de campaña, sustituyendo así las verdaderas monedas, siendo éste el origen de los botones gauchescos.

Después de 1850, plateros de Buenos Aires comenzaron a acuñar en plata para el mismo uso y en distintos tamaños, piezas de las que también nos ocuparemos.

Hasta hoy éstas no han sido estudiadas en conjunto, y sólo algunas citadas aisladamente en general sin datos útiles para su clasificación.

Las piezas que presentamos en bronce, plata y oro, parte de un total de 186, significan la búsqueda de casi cincuenta años, para formar la colección más completa que conocemos; base fundamental de estos apuntes.

Citaremos cronológicamente a los que, aunque incidentalmente, de ellas se han ocupado.

BOTONES EN BRONCE

1874 — Aurelio Prado y Rojas. — Catálogo Descriptivo de las Monedas y Medallas del Museo de Buenos Aires.
1878 — Fonrobert. — Catálogo.
1890 — Julio Meili. — Atlas.
1892 — Alejandro Rosa. — Monetario Americano Ilustrado.
1907 — Orestes Araújo. — Historia de la Civilización Uruguaya.

1908 — Augusto de Souza Lobo. — Catálogo de sua Colecção.
1910 — Viscondesa de Cavalcanti. — Catálogo de Mealhas Brazileiras e las Estrangeiras referentes ao Brasil.
1910 — Monn y Vigil. — Historia de los Primeros Militares de la República Argentina.
1913 — H. D. — Historia Patria.
1914 — Pradere. — Iconografía de Rosas.
1924 — Martiniano Leguizamón. — "La Nación". 10 de Agosto de 1924.
1926 — Martiniano Leguizamón. — Hombres y Cosas que Pasaron.
1928 — Eduardo Urquiza. — Historia Numismática de la Campaña Libertadora de Urquiza.
1932 — Alfredo Rodríguez. — "Correio do Povo". 29 Diciembre de 1932.
1933 — Alfredo Varela. — A Grande Revolução.
1951 — Tomás Dasí. — El Real de a Ocho.

Aurelio Prado y Rojas, Alejandro Rosa, la Viscondesa de Cavalcanti y Alfredo Rodríguez describen como medalla el botón de la República Río Grandense. Alfredo Varela en el tomo 5º de A Grande Revolução, dice ser Guaiaca o sea botón Río Grandense.

Augusto de Souza Lobo, presenta una plancha con la mayoría de los botones brasileños incluso el de la República clasificándolos adecuadamente.

Julio Meili, reproduce el Río Grandense.

El Catálogo Fonrobert, cita piezas uruguayas, argentinas, chilenas, brasileñas y peruanas, siempre erróneamente clasificadas como ensayos de monedas.

Alejandro Rosa, Orestes Araújo, Momn y Vigil en la Historia de los Premios Militares, clasifican como medallas militares los botones de Sarandí, Ituzaingó y Rincón de las Gallinas.

Pradère, reproduce el botón de Rosas sin comentario.

Martiniano Leguizamón, clasifica como botones un uruguayo y tres argentinos.

Eduardo Urquiza, clasifica como botones los llamados del pronunciamiento del General Urquiza, citados por Rosa anteriormente en Monedas y Medallas de la República Argentina.

Tomás Dasí, cita dos piezas —una en bronce de Carlos cuarto, Anverso y Reverso con fecha de 1805— y otra con el mismo y leyenda Non Solum Natis Nobis — ambas son botones usados en el Río de la

Plata. También una moneda con fecha de 1792, que es un peso falso originalmente plateado que circuló como otros semejantes en estos países del Plata.

BOTONES EN PLATA

1878 — Fonrobert. — Nº 6420. Botón de Platería once de Setiembre.
1892 — Alejandro Rosa. — Describe un botón como medalla.
1902 — José T. Medina. — Describe el mismo como botón.
1914 — Adolfo Herrera. — El mismo de Medina.
1927 — Eduardo Urquiza. — "Cataldi Grebó para el General Urquiza". Botones en oro y plata.
1951 — Tomás Dasí. — El de Medina.

Como antecedente a este estudio en los Números 196 del Suplemento de "El Día", en el "Día" de 23 de julio de 1956 y en la Revista de Arqueología Nº 13, hacemos referencia a estas piezas en bronce.

El Dr. Roberto Bouton, con el título de "Bien Criollo", nos dejó un interesantísimo manuscrito en el que están todos los temas gauchescos amplia y documentadamente estudiados, no hace referencia a estos botones.

En los catálogos europeos y americanos Fonrobert, Schulmam, Stack, Salbach y otros, los botones son erróneamente clasificados como ensayos de monedas por desconocer el uso a que estaban destinados.

Entre 1804 y 1880, existieron en París, 70 fábricas de implementos militares entre ellas:

1814 — Trelon. — Calle Greneta 29.
1819 — Sauer. — Calle Saint Laurent 30.
1827 — Weil. — Calle Saint Honoré 160.
1831 — Langlois Sauer. — Calle Saint Laurent 30.
1836 — Trelon y Langlois Sauer. — Calle Saint Laurent 30.
1844 — Weldon Henri. — Calle Saint Laurent 30.
1845 — Trelon, Weldon y Weil. — Calle Saint Laurent 30.
1854 — Weldon y Weil. — Calle Saint Laurent 30.
1856 — Dollier Freres. — Calle Croix des Petits Champs 39.
1866 — Hartog Ch Jean y Cía. — Calle Saint Laurent 30.
A. P. y Cía. — París.
Jourde y Jaworski. — Faubourg du Temple 83.

Trelon de 1814, Sauer de 1819 y Langlois Sauer de 1831, se fusionaron en 1836, en una sola con la marca T y LS, que representaba sus iniciales. En 1845, Weil de 1827 y Weldon de 1844, se unieron con Trelon y Langlois Sauer, usando desde entonces la marca TW y W.

En 1854, los suceden Weldon y Weil; en 1866, Hartog Ch Jean y Cia.; de 1885 a 1902, Bignon y Amer; de 1902 a 1918, J. Amer y después Coinderoux y Cia. hasta hoy en que los seguimos 144 años, siempre con la misma marca.

De modo que toda pieza con la marca T y LS, está comprendida entre 1836 y 1845, y de esa fecha en adelante hasta hoy con la marca TW y W.

Además de estas dos marcas se usaron la T Paris, inicial de los hermanos Hipólito y Alfredo Tampied, antiguos comerciantes de Montevideo que los encargaron a Europa los mismos contratistas de la acuñación nacional de 1857.

Rabone Bros, de Birmighan. Inglaterra.
P C T — Thomsen, Hamburgo. Alemania.
W L R — de Hamburgo. Iniciales, de Comisionista.

Estas marcas fueron las europeas usadas en los botones de Bronce.

En la descripción que haremos con un fin de vulgarización no emplearemos términos técnicos, sino los datos indispensables para su identificación y conocimiento.

BOTONES EN BRONCE

Cuño Español

Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia — 1805.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. Me 8R — JP — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Carolus IIII Dei Gratia — 1805.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. Me 8R — JP — Diámetro 19 Mils.

Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia — 1805.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. M 8R — TH — 38 Milímetros.

Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia — 1805.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. M — 8R — Diámetro 19 milímetros.
Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia — 1798.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. M — 4R — FM — Diámetro 34 Milésimos.
Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia 1805.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — M 4R — FM — Diámetro 25 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — M — 4R —FM.
Reverso — Laurea — P C T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Me — 8R — JP.
Reverso — Laurea — Paris — T W y W — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Me 8R — JP.z
Reverso — Laurea — Paris — T W y W — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia 1805.
Reverso — Leurea — Paris — T W y W — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 Dei Gratia — 1798.
Reverso — Laurea — Paris — T W y W — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — S — 8R — FJ.
Reverso — Liso Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1798.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1802.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 25 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Leurea — Paris T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex M — 4R — FM.
Reverso — Leurea — Paris T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Leurea — P C T — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Laurea — P C T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Laurea — W L R — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.



Botones bronce cuño español

Reverso — Igual — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Me — 8R — JP.
Reverso — Igual — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Hispan Et Ind Rex.
Reverso — Liso — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Carolus 1111 — Dei Gratia Rex — 1805.
Reverso — Laurea y 3 estrellas — Diámetro 34 Mils.

Pieza de Carlos IIII y Escudo en yunta. – Como venían de fábrica. Diámetro 34 Milímetros. – Marca P C T.
Anverso – Carolus 11111 – Dei Gratia – 1795.
Reverso – Escudo Español – Non Solum Nobis Nati. – Diámetro 38 Mils.

BOTONES DEL URUGUAY

Anverso – Escudo Nacional Primitivo. – En el óvalo la leyenda República Oriental del Uruguay.
Reverso – Liso con anillo. – Bronce. – Diámetro 38 Mils.
Anverso – Escudo Nacional con la leyenda Estado Oriental del Uruguay en vez de República. – Ovalo del escudo más grande que el anterior. – Castillo en vez del Cerro.
Reverso – En tres líneas horizontales, Sarandí, Ituzaingó, Rincón de las Gallinas. – Laurea. – Diámetro 38 Mils.
Anverso y Reverso igual al anterior. – Rodeando como un paréntesis el sol del escudo, "Julio 1830". – Diámetro 38 Mils.
Exactamente igual al anterior en diámetro de 34 milímetros.
Ingual al 2º – Citado por Fonrobert Nº 10148. – Diámetro 34 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Laurea – Paris T W y W. – Diámetro 38 Mils. – Fonrobert 10150.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Paris – T W y W – Diámetro 34 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Paris T. – Diámetro 38 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Paris T. – Diámetro 34 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – T. – Diámetro 15 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Leurea en roble – Paris – Marca J. J. – Diámetro 38 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Laurea – Marca P C T – Diámetro 38 Mils.
Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Laurea – Marca W L R. – Muy semejante al anterior. Diámetro 38 Mils.

Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Liso con aro. – Diámetro 15 Mils.

Mixta. – Uruguay – Brasil.

Anverso – Estado Oriental del Uruguay.
Reverso – Escudo Imperial Brasileño. – Diámetro 34 Mils.

Mixta. – Uruguay – España.

Anverso – Estado Oriental del Uruguay.



Botones bronce. — Uruguay

Reverso — Escudo Español Hispan Et Ind Rex. — M — 4R — FM — Fue plateado. — Diámetro 34 Mils. — Fonrobert 10151.

Anverso — En el campo paisaje campero. — Leyenda Sociedad Criolla. 25 Mayo 1894.

Reverso — Liso con aro. — Metal blanco. — Diámetro 28 Mils. — Descrito en el número extraordinario del 50 aniversario de la Sociedad Criolla en Mayo de 1944. — Por el autor.

ARGENTINA

Anverso — Escudo Argentino.
Reverso — Laurea — Paris T y L S. — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Busto uniformado de Rosas con la leyenda Viva la Federación.
Reverso — Liso — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Busto de Urquiza. 1851.
Reverso — Laurea — Defensor ilustre de los Pueblos Entre-Rianos. — Diámetro 38 Mils. — Rabone Bros.

Anverso — Escudo Entre-Riano. — Provincia de Entre-Ríos. — Federación Libertad y Fuerza.
Reverso — Laurea. — Defensor Ilustre de los Pueblos Entre-Rianos. — Diámetro 38 Mils. — Rabone Bros.

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda Confederación.
Reverso — Laurea — Viva la Federación — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Laurea — Viva la Federación. — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Sol Radiante — Leyenda Libertad o Muerte — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Sol Radiante — Libertad o Muerte.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — 38 Mils.

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 38 Mils.



Botones bronce. — Argentina

Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — P C T — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Liso — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Argentino — Leyenda República Argentina.
Reverso — Liso — Diámetro 23 Mils.

BRASIL

Anverso — Busto del Emperador Don Pedro Segundo de 15 años, uniformado. — Leyenda Don Pedro Segundo Imperador Do Brasil.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Busto uniformado Don Pedro Segundo Imperador Do Brazil 1841.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Imperial.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Busto Don Pedro 2º. Imperador Do Brazil 1841.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Imperial.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — La pareja Imperial.
Reverso — Círculo de estrellas — Paris — D frs. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Busto Don Pedro 2º Imperador Do Brazil.
Reverso — Laurea — P. C T — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Imperial.
Reverso — Laurea — P C T. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Dos manos empuñando un gladio con un gorro frigio roreado de rayos de sol. — Leyenda República Rio Grandense, 20 7bre. 1835.
Reverso — Igual. — Diámetro 38 Mils.

PARAGUAY

Anverso — Escudo Paraguayo. — Leyenda República del Paraguay. —Laurea.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 25 Mils.

CHILE

Anverso — Volcán — Chile Independiente — Santiago.
Reverso — Columna con un globo y una estrella — Libertad Unión y Fuerza. 1817. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Laurea — Volcanes — Sol. — El Estado de Chile Constituído Independiente.



Botones bronce. — Brasil, Perú, Colombia, Bolivia y Paraguay

Reverso — Columna, globo, banderas en sotuer, estrella. Por la Razón o la Fuerza. — Laurea — Diámetro 38 Mils.

Anverso — El Estado de Chile Constituído Independiente. Volcanes. Sol.

Reverso — Paris T W y W — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Igualdad ante la ley — 8E — Libertad.
Reverso — Laurea — Paris TW y W. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Chileno — República de Chile.
Reverso — Laurea — Paris T. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Columna, globo, estrella, banderas. — Por la Razón o la Fuerza J.
Reverso — Laurea —. Paris J. J. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — El Estado de Chile Constituído Independiente. Volcanes. Sol.
Reverso — Escudo Chileno — Diámetro 34 Mils.
Anverso — Escudo Chileno — República de Chile.
Reverso — Laurea — P C T — Diámetro 38 Mils.

BOLIVIA

Anverso — Escudo Boliviano. República Boliviana.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 38 Mils.

PERU

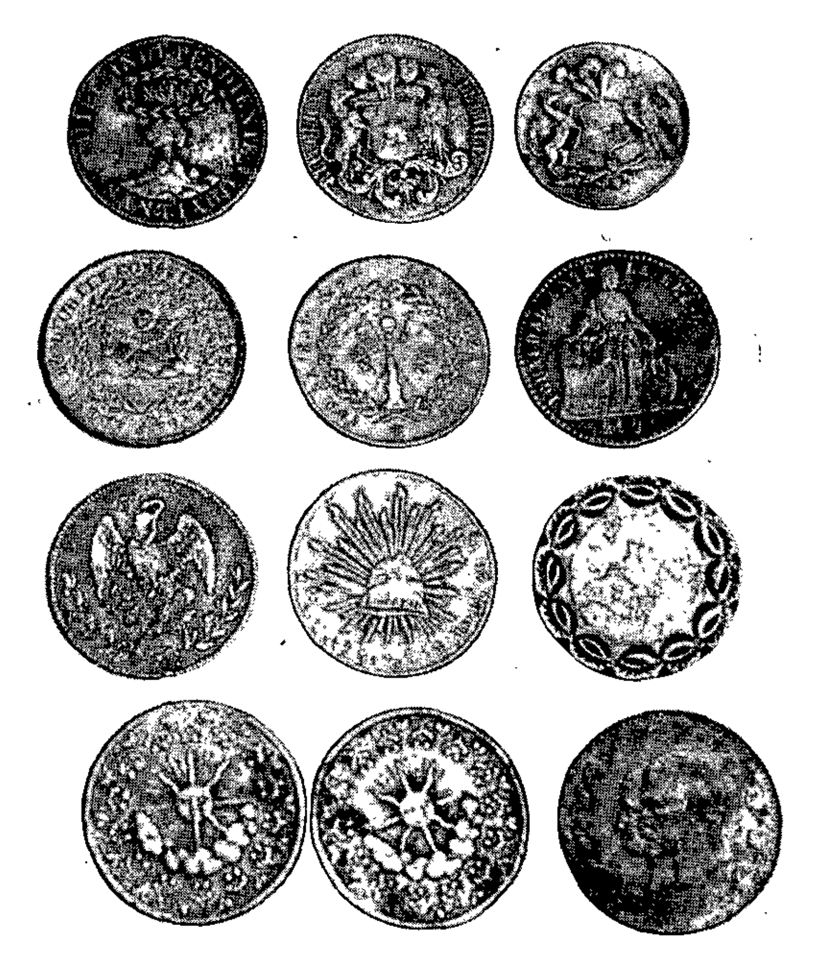
Anverso — República Peruana. Escudo del Perú.
Reverso — Corona de Leurel. Estrella. — Paris TW y W. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Peruano.
Reverso — Laurea — Paris — J. J. — Diámetro 38 Mils.
Anverso —. Escudo Peruano — Laurea.
Reverso — La Libertad — Diámetro 38 Mils.

REPUBLICA NUEVA GRANADA

Anverso — Escudo de Colombia. República de la Nueva Granada. 1848.
Reverso — Laurea — Centro Diez Reales. Ley 0,900. 38 m/m.

MEJICO

Anverso — Escudo Mejicano — República Mejicana.
Reverso — Sol radiante 8R Zs 1836. 10 Ds 20 Cs. — Diámetro 38 Mils.



Botones bronce. — Chile, Méjico, Francia con dibujos

Anverso — Escudo Mejicano. República Mejicana.
Reverso — Sol radiante 8 R G 1868 CF 10 Ds 20 C. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Escudo Mejicano — Sin leyenda.
Reverso — Sol radiante. — Diámetro 38 Mils.
Anverso — Sol radiante 8 R G 1831 M J — 10 DJ 20 G.
Reverso — Laurea — Paris T W y W — Diámetro 38 Mils.

FRANCIA

Anverso — Los emperadores franceses.
Reverso — Paris — D frs. — Diámetro 38 Mils.

BOTONES CON CUÑO ESPAÑOL

Fueron éstos los primeros enviados a Francia para ser acuñados por ser la moneda que mayormente con el rostro de Carlos cuarto circulaba en el Río de la Plata.

Los primeros acuñados eran fiel reproducción de la moneda anverso y reverso y el anillo era aplicado en cualquiera de las dos caras. Más adelante acuñaban sólo cara o escudo, y en el reverso ponían sus marcas los fabricantes. Hay también de cara doble o escudo doble. Tomando de padrón el duro, acuñaron piezas del tamaño de un real con el valor de ocho reales.

Generalmente la fecha no significa que sea la de su acuñación sino la de la moneda reproducida.

Una de las piezas reproducidas en metal blanco tiene en el anverso el rostro de Carlos IIII con la leyenda Dei Gratia 1795, pero con cinco números romanos en vez de cuatro, error de la fábrica que la acuñó, pues es evidente que representa a Carlos cuarto y es facsímil de moneda de la época. No puede aludir tampoco a Carlos María Isidro de Borbón, Conde de Molina, el Carlos V. Carlista eterno pretendiente que apoyándose en la ley Sálica contra Isabel Segunda ensangrentó a España él y sus descendientes en pos de una corona nunca ceñida.

Entre estos botones hay variantes de peso, tamaño, letras más o menos grandes en sus leyendas, acuñación más o menos artística, cantos diversos.

Comparando los botones sin marcas con los que tienen, se puede deducir qué fábrica los acuñó; en mayoría fue la T W y W de París.

Hay cantidad de monedas falsas españolas coloniales y americanas a las que se les agregó un anillo como pie que pueden confundirse con los verdaderos botones. Por 1892, con motivo del 4º Centenario del descubrimiento de América, se vendían en las ferias y en las calles por vendedores ambulantes, cantidad de piezas fabricadas en Alemania con los escudos uruguayos, argentinos, brasileños monárquicos

y republicanos, mejicanos y también con el busto de Colón, que pueden confundirse con los verdaderos botones. Estas piezas suelen tener las siguientes marcas: Bets Quality, Eingtr Fabrik Zeichen — Nurnberger Spillmuze Mark Gounter y alguna otra, todas alemanas.

BOTONES URUGUAYOS

Bronce

El escudo nacional fue decretado con fecha 14 de Marzo de 1829 con arreglo a un dibujo que posteriormente se perdió. El decreto decía así:

El escudo de armas del Estado será un óvalo coronado por un sol y cuarteado, con una balanza por símbolo de la Igualdad y la Justicia, colocada sobre esmalte azul, en el campo superior de la derecha; en el de la izquierda, el Cerro de Montevideo, como símbolo de la Fuerza, en campo de plata; en el cuadro inferior de la derecha, un caballo suelto, como símbolo de la Libertad, en campo de plata, y en el de la izquierda, sobre esmalte azul, un buey como símbolo de la Abundancia. Adornado el escudo con trofeos militares de marina y símbolos de comercio.

Este escudo fue interpretado por el dibujante Besnes Irigoyen, agregándole al óvalo del escudo la leyenda "República Oriental del Uruguay".

Creemos que sea este botón fiel representación del padrón desaparecido, y obra de cuño de Augusto Jouve.

Consideramos esta pieza de los primeros años de la patria, el más antiguo de todos los botones. No imita moneda porque no la tuvimos hasta 1840, y ésta en cobre. Por eso los botones uruguayos tienen el escudo Nacional aunque con distintas marcas en su reverso.

En cuanto al botón uruguayo de Sarandí, Ituzaingó y Rincón, que el doctor Leguizamón llama de Lavalleja, olvidando la intervención del General Rivera en Rincón, Sarandí y en la campaña de Misiones, que obligó al emperador Don Pedro 1º a hacer la paz que dió independencia a nuestro país. **Ese botón no es contemporánea de esas campañas, sino posterior a 1844, cuando el orfebre Jouve, autor del cuño de los famosos pesos del sitio, labró el escudo de esos pesos igual al de los botones para un ensayo en plomo de esas piezas.**

Desde esa época sirvió el ensayo de padrón para todos los botones con escudo uruguayo que dicen Estado en vez de República y que son posteriores a 1845, cuando la casa T W y W los acuñó por primera vez con su marca. El botón igual con la fecha 1830, es de la misma época que el anterior. En ambos se ha querido recordar fastos gloriosos de nuestra patria.

Botones mixtos. — Tienen por una cara el escudo uruguayo con leyenda Estado Oriental del Uruguay, y la otra el escudo imperial brasileño. El otro tiene en una cara el escudo uruguayo igual al anterior y en la otra cara el escudo español de la ceca de Méjico 4 R FM — Lo cita Fonrobert Nº10151 . Los dos son errores de la fábrica que los acuñó, que en lugar de la marca pusieron en el reverso en un caso, el escudo brasileño y en el otro el español, como pudiera haber sido el de cualquier otro de los botones.

Por similitud con otros semejantes 4R de 1798 de M, pensamos que la marca debió ser Paris T.

No debe esto extrañar, tratándose de piezas comerciales, pues conocemos el caso de un botón de uniforme de nuestro ejército que en la parte del anillo tenía el nombre de una casa de Uniformes de Bolivia como si allí hubiera sido fabricado.

Creemos con toda seguridad que la fábrica de botones de París donde también se acuñaron para el ejército boliviano, al hacer los de nuestro país utilizó por error el pie de los correspondiente a Bolivia, o lo hizo a sabiendas para aprovechar un sobrante. Absurdo pensar que hace cincuenta años pudiera fabricarse en Bolivia, cuando hoy mismo son nulas nuestras relaciones comerciales con aquel país.

Botón de la Sociedad Criolla. — Anverso, en el campo un ombú, el sol en el horizonte y un caballo suelto. — Leyenda Sociedad Criolla 25 de Mayo de 1894. — Reverso, liso con un anillo. — Metal blanco. — Diámetro 28 Mils.

En el "Comercio del Plata" de 4 de Octubre de 1847, y el "Conservador" de 24 de Enero de 1848, encontramos avisos de Remate por Courras, Smith y Cía., en la calle Sarandí 149, que ofrecen entre otras cosas, botones de tirador y de la patria.

BOTONES ARGENTINOS

El doctor Martiniano Leguizamón dice en la "Cuna del Gaucho", comentando el poema "Martín Fierro": Me precio sin vanagloria de saber algo de las costumbres y el lenguaje del gaucho, contándome en el número de los apasionados por la obra famosa que pintó con maravillosa verdad "El telar de sus desdichas".

No seremos nosotros, por cierto, quienes pondremos en tela de juicio su reconocida competencia en la materia, pero sabemos por lo publicado en la "Nación" de Buenos Aires del 10 de Agosto de 1924, y en su libro "Hombres y Cosas que Pasaron", de 1926, que el señor Leguizamón ha tenido muy parcial conocimiento de las piezas existentes de las que sólo conoció cuatro, un botón Uruguayo y tres argentinos.

Le atribuye al dictador Rosas, la invención de estos botones, cree que el de Libertad o Muerte es unitario de Lavalle por haber sido encontrado en el campo de Famaillá y **afirma erróneamente que no hay botones en oro ni plata.**

El botón de Rosas, tal vez acuñado en la Argentina, debe ser de los últimos años de su dictadura. Pradere en su iconografía, lo reproduce sin ningún dato, y es como toda la iconografía Rosista, obra simplemente comercial y no oficial.

Si fuera como supuso el señor Leguizamón de resolución oficial para uso de los tiradores del ejército, no serían una rareza como lo son y los más buscados y cotizados en la Argentina.

En 1843, invadió nuestro país el General Oribe al mando de un ejército argentino y permaneció 9 años en él.

Eran entre 7 y 9 mil hombres. Tomemos la menor cifra y con un mínimum de dos botones por tirador serían 14.000 botones.

Sabido es que en las faenas camperas y el trajín diarios son arrancados y se pierden, de esos 14.000 botones en 9 años no se habría perdido uno solo, pues ninguno, lo que no es posible, se ha encontrado en el país. Y no se han encontrado porque el ejército no los traía.

Los dos que poseemos proceden de la Argentina. Si fueran de plata en vez de bronce, podría explicarse en parte su desaparición aunque no total, cuando el valor metal excede al que representan, como suele suceder con la moneda.

La única noticia que tenemos la encontramos en la "Gaceta Mercantil" de Rosas, de fecha 5 de Julio de 1851.

Viva la Confederación Argentina.

Mueran los salvajes Unitarios.

Sigue una lista de precios que dan los corredores de Comercio de número en cumplimiento del decreto de fecha 18 de Agosto de 1842.

Botones de hueso, gruesa 3½ pesos.

Idem de la Patria grande 30 a 45 pesos.

Idem chicos 20 pesos.

Idem para tiradores docena 17 a 18 pesos.

Los precios eran en moneda papel desvalorizada. El atribuído al General Lavalle, escudo argentino en una faz y en la otra el sol con leyenda Libertad o Muerte, no es de su época, ni nada tiene que ver en él directamente aunque es unitario. Ya hacían cinco años de su muerte cuando fueron acuñados.

Existen dos semejantes, uno con escudo argentino y reverso con la marca TW y W, y el otro con el sol, la leyenda Libertad o Muerte y el reverso con la misma marca. Uniendo las dos piezas formamos el anverso y reverso de la primera que no tiene marca. Es pues, posterior a 1845, cuando comenzó por primera vez esa marca.

Hay dos piezas con escudo argentino en el anverso y leyenda Confederación o República Argentina, y en el reverso Viva la Federación. Es el lema del vencedor de Cepeda contra los unitarios del Estado de Buenos Aires que habían jurado su constitución separándose de las demás provincias, el 23 de Mayo de 1854, resistiéndose al Federalismo prepotente de Urquiza, cuando dió el grito en sus proclamas de Federación Urquiza o Muerte! Respondiendo los unitarios Libertad o Muerte! en defensa de sus fueros. El botón del pronunciamiento con el retrato del General Urquiza es posterior al triunfo de Caseros. Conocemos por nuestro abuelo Antonio Loza, que fue su ayudante en esa batalla, pormenores de la vida del General, interesantes y desconocidos. No era hombre de arriesgarse para permitir su acuñación antes del triunfo total.

Admitiendo que fueran encargados enseguida del pronunciamiento contra Rosas, Mayo 1º de 1851, los veleros tardaban 3 ó 4 meses y otro tanto para el regreso, más el tiempo a emplearse en su acuñación con lo que llegaríamos a comienzos de 1852 y a Caseros.

Fueron acuñados en Birmighan, Inglaterra, por la antigua casa Rabone Bros., vinculados a la Argentina por lazos de familia.

Hay otros botones con Escudo Argentino por anverso y reverso con las marcas Paris TW y W, Paris T, PCT. y otros iguales con reverso liso. Ya hemos dicho de donde son estas marcas.

Hay además un botón con el anverso el Escudo Argentino y leyenda Rca. Argentina, con reverso Paris T y LS. Es el primero y más antiguo de los argentinos entre 1836 y 1845.

BOTONES BRASILEÑOS

Los botones con el busto del emperador Don Pedro Segundo uniformado, lo representan a los 15 años declarado en mayoría de edad con regencia. Son una reproducción de la moneda de oro de 1841. Hay con las marcas TW y W y T Paris, y otro de barba de 1870 igual a una moneda de esa época con la marca PCT — Thomsen de Hamburgo. En 1871, con motivo del viaje a Europa de los emperadores, fue acuñado un botón con la pareja imperial y la marca D fres. Paris (Dollier Frères).

El emperador se había casado por procuración con la princesa Teresa Cristina, hija de Francisco 1º de Sicilia, el 30 de Mayo de 1843.

El más interesante y discutido de los botones brasileños es el de la República Rio-Grandense (1835-45). El anverso tiene en el campo un gladio sostenido por dos manos con un gorro frigio en la punta rodeado por rayos de sol y la leyenda República Rio-Grandense, 20 7bre. 1835. Reverso igual. Hemos visto este botón en el Museo de Porto-Alegre con la leyenda "Ensayo de moneda de 1835", acuñada en Francia — Guaiaca. Y en el interesantísimo Museo en San Gabriel, de nuestro amigo Joao Pedro Nunes, además de los que poseemos.

La viscondesa de Cavalcanti en el catálogo de su colección 1910, con el epígrafe de Campañas dice: "República Rio-Grandense — Guerra Civil de Rio de Sur de 1835 a 1845, conocida por Guerra dos Farropas.

El error de la inscripción denota un artista extranjero con fecha 7bre. y semejante el cuño de esta **medalla** con el de las monedas argentinas de 8 reales de 1835 y uruguayas de ese tiempo, indica haber sido ella acuñada en la Argentina o Uruguay.

Tristán de Alençar Aripe, en su trabajo "Guerra Civil en Rio Grande do Sul", Assis Brasil en "Historia de Río Grande, 1882" y Ramiro Fontes de Barcellos, en "Revolución de 1835, Porto Alegre 1882", no hablan de haber sido acuñadas por el Gobierno revolucionario, monedas ni medallas. Sólo se sabe de un modelo de muestra en cobre destinado para acuñar la moneda de la República.

No hay noticia que el Gobierno revolucionario tomara otra resolución que el decreto de fecha 8 de Julio de 1838, ordenando recoger la moneda de cobre y emitir notas fiduciarias, y el de 28 de Febrero de 1843, mandando que la moneda de cobre tuviera curso legal hasta 100 Reis.

Alfredo F. Rodríguez publicó en el "Correio do Povo" del 29 de Diciembre de 1932, un artículo en que dice que Francisco Otero siendo estudiante en Alemania, vió en la casa Fraeb de Hamburgo, cantidad de botones con anverso del escudo Rio Grandense, y liso por la otra cara, que habían sido pedidos por su filial de Río Grande para ser usados como botones de tirador. Hace el argumento que las monedas tienen anverso y reverso, y que el que publicamos es medalla porque haciéndolo girar en su eje tiene las dos caras iguales en la misma posición.

El botón Rio Grandense dice en español en su leyenda 20 Setiembre 1835, fecha de proclamada la República en Piratiní, y alrededor del escudo República Rio-Grandense, con dos eses, redacción muy francesa.

Hubo un escudito de la República Rio Grandense con algunas variantes, hoy falsificado, con el que fueron abusivamente carimbadas en su época monedas en oro y plata, algunas de las cuales vimos en la magnífica colección del señor Thyesen de Río Grande.

En cuanto a la pieza que publicamos aunque sin marca, es sin duda un botón de tirador acuñado en París por la casa TW y W, y por consiguiente muy posterior a la proclamación de la República Rio Grandense, y conmemorativa de aquélla.

Hay también botones con escudo imperial y algunas de las marcas que ya hemos citado. — T W y W — T y P C T.

PARAGUAY

Anverso — Escudo Paraguayo con laurea.
Reverso — Laurea — Paris T — Diámetro 25 Mils.

BOTONES CHILENOS

Conocemos once botones chilenos en bronce, seis son facsímiles de monedas de oro o plata, y los otros cinco reproducen el escudo chileno. Tienen las marcas de que hemos ya hablado T W y W — J. J. y T de Francia; y P C T de Hamburgo. Estos botones eran de uso común en el Río de la Plata. En 38 y 34 Mils.

BOTONES BOLIVIANOS

Hay dos, uno en 38 Mils. de diámetro y otro en 34. Ambos tienen anverso con el escudo boliviano con gorro frigio en vez del cóndor y el reverso con la marca Paris T.

BOTONES PERUANOS

Dos con el anverso el escudo peruano y el reverso las marcas Paris TW y W y Paris T T otro con anverso de escudo sin leyenda y reverso con la Libertad, sin marca. — Es un facsímil de la moneda de plata de 1830. 38 m/m.

REPUBLICA NUEVA GRANADA

Anverso — Escudo Colombiano — República de la Nueva Granada. Reverso — Laurea — Diez Reales. Diámetro 38 Mils. — Facsímil moneda de plata de 1848. — Sin marca.

BOTONES MEJICANOS

Son facsímiles de monedas de Guanajuato y de Zacatecas, de 8 reales. Uno con escudo Mejicano, sin leyendas en ambas caras y otro con el sol y la marca Paris TW y W. 38 m/m.

BOTONES CON DIBUJOS

Conocemos diez piezas en distintos tamaños y sólo uno con la marca AP y Cía. — Paris. El que consideramos más interesante está apareado como para usado en el tirador. Se vé el sol de nuestra bandera surgiendo entre las nubes con un dibujo en círculó.

BOTON FRANCES

Anverso — Napoleón Tercero y la Emperatriz.
Reverso — Paris — D. Fres. — Diámetro 38 Mils..
Acuñado por Dollier Hermanos, los mismos que acuñaron el de los emperadores del Brasil.

Es una imitación de una medalla de Caqué de 1855.

Es posible que algún comerciante francés de la época, de estos países del Plata, haya querido homenajear a su monarca, o algunas de las fábricas que los acuñaban lo hayan hecho por propia iniciativa.

BOTONES DE PLATA

Anverso — Carolus 1111. Dei Gratia — Busto a la derecha — 1858.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — NG 1R — M. Bajo el escudo Argüello — Bolivar 30 — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha. Ferdin VII — Dei Gratia 1860.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex Me — 2R 5P — Argüello — Bolivar 30 — Diámetro 28 Mils.

Igual al anterior con pequeas diferencias. — Argüello, Bolivan 30. 28 Mils.

Anverso — Busto a la izquierda — Carolus 1111 — Dei Gratia 1770.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — M — Argüello — Diámetro 17 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Carolus III — Dei Gratia 1770.
Reverso — Escudo Hispan Et Ind B — S — P 1 — Argüello — Bolivar 30 — Diámetro 17 Mils.

Anverso — Busto a la derecha Fernando — Dei Gratia 1860.
Reverso — Escudo Hispam Et Ind Rex. — Me — Argüello — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Platería 11 Setiembre.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind — Bot. D P — Spotti — 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Buen Orden 451 — C. Spotti.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind — Bot D P — Spotti — Diámetro 22 Mils.



Botones en plata. — Argentinos

Anverso — Busto a la derecha — Platería Once de Setiembre.
Reverso — Escudo Hispan Et Ind — Bot de PL (Botón de Plata) Diámetro 27½ Mils.

Anverso — Emperador Don Pedro Segundo.
Reverso — Aro — Diámetro 20 Mils.

Anverso — Emperatriz del Brasil.
Reverso — Aro — Diámetro 20 Mils.

Anverso — Escudo Imperial.
Reverso — Aro — Diámetro 20 Mils.

Anverso — Busto a la derecha A. Fernández — Buen Orden (calle) — Bajo el busto I. Paleari Sculp — (El grabador) 442.

Reverso — Escudo Espaol — Hispan Et Ind Rex. Bot De Pla. — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Buen Orden (calle) 442. Bajo el busto I P (Isidoro Paleari).

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — Bot. De — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Chi Dura Vince — Rivadavia 671 — (Podestá y Hno.) — Después Victoria 1792 y 1353.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex S 2R JP — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Buen Orden 442 A.F.

Reverso — Escudo Hispan Et Ind. Bot. — I P — Isidoro Paleari. — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Defensa 1711 — N y S T Pietre.

Reverso — Escudo. Hispan E tInd Rex. Bot De Pla — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Defensa 1711 — N y S T Pietre.

Reverso — Escudo — Hispan Et Ind Rex — Bot De Pla — Diámetro 20 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Defensa 1711 — N y S T Pietre.

Reverso — Escudo. — Hispan Et Ind Rex — Bot — Diámetro 19 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Anezin Hnos. y Cia. Bs. As. Esmeralda 211.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Bot De Pla — Diámetro 28 Mils.

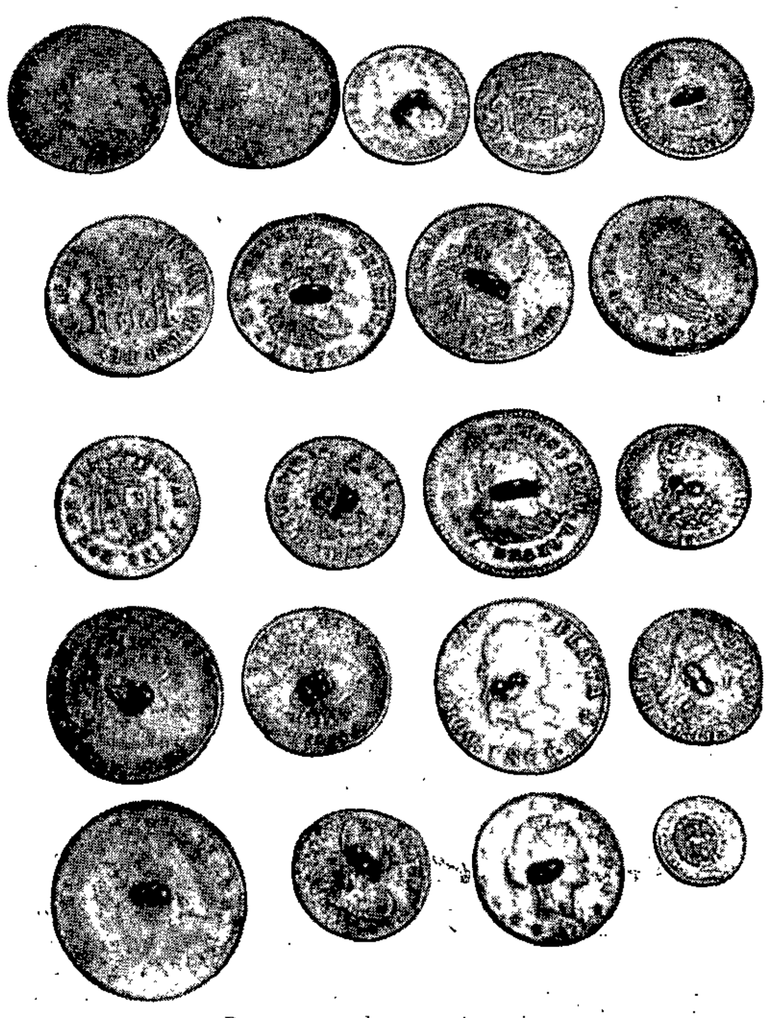
Anverso — Busto a la derecha — Anezin Hnos. y Cia. Bs. As. Esmeralda 211 — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Anezin Hnos. y Cia. — Esmeralda 211.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind — Bot De Pla — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — G. Weil y Cía. Perú 166 — Buenos Aires.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — Bot De Pla — 600 — Diámetro 28 Mils.



Botones en plata. — Argentinos

Anverso — Busto a la derecha — G. Weil y Cía. — B. Aires — Perú 166.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — Bot De Pla — 600 — Diámetro 18 Mils.
Anverso — Busto a la derecha — Leonardi y Medici — Cangallo 1083-1085.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — Bot De Pla — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha. — Leonardi y Medici — Cangallo 1083-1085.

Reverso — Hispan Et Rex Ind. — Bot — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — E. Giaccio — B. Aires — Botón Plata.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Botón De Plata. — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — S. Franciosi — Plat — B. Orden 764.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Bot De Pla — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Carolus 111 — Dei Gratia — 1862.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — ND. NG I R — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Carolus 1111 — Dei Gratia 1862.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — ND NGIR — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Signo de Potosí — 8R — PJ.

Reverso — Liso con un pequeño sello — dice — Alais — Diámetro 38 Mils.

Anverso — Sol radiante flamígero — Leyenda: Provincias.

Reverso — Ovalo liso — Laurea — Diámetro 38 Mils.

Igual al anterior en Diámetro de 25 Mils.

Igual al anterior en Diámetro de 18 Mils.

Anverso — Carlos IIII a la derecha — Omnia Vincit Labor Improba — 1878.

Reverso — Hispan Et Ind Rex S B. De Pla — Diámetro 40 Mils.

Anverso — Carlos IIII a la derecha — Labor Improba Omnia Vincit — 1878.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — Bot De Pla — 1878 — 22 Mils.

Anverso — Carlos IIII a la derecha — Labor Improba Omnia Vincit — 1879.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. S Bot de Pla — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Carlos IIII a la derecha — Vincit Labor Omnia Improba.

Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. S B De Pla — Diámetro 40 Mils.

Igual al anterior, canto liso.
Anverso — Busto a la derecha — Carolus 11 — Dei Gratia.
Reverso — Escudo — Hispan Et Ind. RA 11 — Diámetro 16 Mils.
Anverso — Botón D Plata S D — 1800.
Reverso — Escudo Español — Opera Pariter Opus — Diámetro 16 Mils.
Anverso — Busto a la derecha — Botón D Plata 5 — D — 1860.
Reverso — Escudo Español — Parit — Opus — Opera — Rosetas en vez de Leones. — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón de Plata 5D — 1861.
Reverso — Escudo Español — Necessitat Hominem Acuit — Diámetro 27 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón D Plata — 5D 1860.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind — B — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón D Plata — 1860.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. R — F Y T — P P — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón D Plata 5 D 1860.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind — B. — Diámetro 18 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón De Plata — B A — 1861.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex — S R — F I — Diámetro 28 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Buen Orden.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — B — Diámetro 17 Mils.

Igual al anterior — Letras más grandes. — Diámetro 17 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Carolus IV — Dey Gratia Rex.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. — Bot De Pla — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón De Plata G 1860.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rey — 5 L H — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón D. Plata.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind Rex. — Diámetro 15 Mils.

Anverso — Dibujo.
Reverso — Felipe D Carosella — Viamonte 576. — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Cabeza Libertad — Rodeada de Estrellas 1823.
Reverso — Escudo Boliviano — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Busto a la derecha — Botón D Plata 1810.
Reverso — Escudo Español — Hispan Et Ind. — H J — Y P P — Diámetro 22 Mils.

Anverso — Escudo Provincial de Entre-Ríos. — Leyenda: Provincia de Entre Ríos — Rep. Argentina.
Reverso — Garantido por oro en Onza — Cataldi — **Oro** — Peso 1 Gramo — Diámetro 13½ Mils.

Anverso — Igual al anterior.
Reverso — Garantido por Plata — Cataldi — Plata — Peso 1 gramo — Diámetro 13½ Mils.

———

Los plateros de Buenos Aires, en las piezas facsimilares que acuñaron reprodujeron las monedas españolas pero a veces no estrictamente y aun sin tenerlas a la vista, de memoria, suprimiendo parte de sus leyendas para hacer lugar a sus nombres y direcciones muchas veces abreviadas. Se encuentran, así, alterados los elementos del escudo o sustituídos por algún adorno. No coincide a veces tampoco la fecha con el monarca reinante. Se debe esto por tratarse de piezas comerciales de simple adorno siendo raras las que estén bien acuñadas. En las piezas de plata al decir busto debe ser el de Carlos IIII aunque no lo diga ni se asemeje.

El señor Alejandro Rosa que fue un distinguido coleccionista argentino, publicó varias obras de Numismática, describiendo en el "Monetario Americano" 1892, como medalla una pieza en plata del tamaño de un duro con el busto de Carlos IIII en el anverso y la leyenda "Vincít Labor Omnia Improba" — proverbio sugerido por los versos de Virgilio — y por reverso el escudo español con la leyenda: "Hispan Et Ind Rex S B D E PLA".

El señor Don José Toribio Medina, alta autoridad en Historia, destacado numismático, reproduce la misma en "Monedas Chilenas" 1902 explicando que B D PLA, quiere decir botón de plata y que la pieza fue usada en Chile como botón de cinturón por las gentes del campo.

Conociendo esa pieza hace años y muy interesados en el tema, consultamos al señor Medina, quien gentilmente nos respondió así:

Santiago de Chile, 5 de Junio de 1929.

Sr. D. Leonardo Danieri. — Montevideo.

Muy señor mío:

En respuesta a la consulta que Ud. me hace, cábeme decirle que las piezas que Ud. describe fueron acuñadas efectivamente en la Casa de Moneda de esta ciudad, y que la **B. de Pla** vale "Botón de plata", que en aquellos años se usaban como broches para sujetar los grandes cinturones de cuero, más o menos labrados, que usaban los campesinos acomodados. Si Ud. conociera mis **Monedas Chilenas** encontraría en ese libro tratado el punto, cuya página no le señalo, porque yo mismo no dispongo de ejemplar alguno, pues tanto éste como el de las **Medallas Chilenas** están actualmente en la Sala Medina de esta Biblioteca Nacional.

Le incluyo una nómina de mis obras, entre las cuales encontrará Ud. las que le marco con lápiz azul que tratan de numismática americana. Puedo agregarle, que si hubiese por allá algún aficionado, que las monedas y medallas en ellas descritas, que son de mi propiedad, las ofrezco en venta, ya en el todo, ya por las secciones en esas obras indicadas.

Con tal motivo, quedo de Ud. a.s.s.

J. T. Medina

S. C. Calle del Doce de Febrero, n. 49.

Ni en su obra, ni en su carta, que era la oportunidad, dice una palabra sobre los botones chilenos en bronce que hemos descrito, prueba que le eran desconocidos.

Ocurriéndonos algunas dudas por lo que diremos más adelante, solicitamos por un amigo informes de la casa de Moneda de Santiago que fueron contestados en estos términos:

Carta de la Casa de Moneda de Santiago de Chile al señor Domingo Pacull, Secretario de la Legación del Uruguay.

Muy señor mío:

Adjunto me permito devolver a Ud. el cuestionario relacionado con la acuñación de algunas monedas chilenas antiguas. Sobre el particular siento manifestarle que no hay en esta Superintendencia ante-

cedentes que permitan informar sobre sus diversos puntos, pudiendo manifestarle que todas las monedas que se han acuñado en esta Casa de Moneda llevan como marca la "zeca" —S—; es la abreviatura de Santiago.

Saluda muy atentamente a Ud.,

J. Marcó. — Hay un sello.

Ahora próximos a esta publicación y conociendo la magnífica obra conmemorativa del 2º Centenario de la casa de Moneda de Santiago, y no encontrando ningún dato sobre esa pieza que tampoco está en el Museo que allí existe, nos dirigimos a su dirección, solicitando aclaraciones, con fecha 23 de Enero de 1957, sin haber obtenido respuesta alguna.

Poseemos la pieza de la referencia y otras más con alguna variante, el signo de Santiago y la misma leyenda con fecha 1878 y 79.

Entre 1875 y 85, fue común en Buenos Aires la pieza que cita el señor Medina, usada y colocada en los tiradores gauchescos, que vimos en Museos argentinos en la notable colección de don Carlos Daws, en otras particulares y en casas de antigüedades. ¿Cómo explicar esta frecuencia de una pieza que según Medina sería acuñada en Santiago en el reinado de Carlos Cuarto? Chile es país principalmente agrícola y minero, apenas ganadero, y esas piezas sólo los ricos ganaderos podrían usarlas y no los pobres campesinos huasos, y entonces deberían ser muy pocas.

En cuanto a la interpretación de las palabras B DE Pla, 50 años antes los plateros de Buenos Aires la ponían enteramente en las piezas que acuñaban con su nombre y dirección, a veces abreviada. Botón de Plata, Botón de Platería y hasta Fonrobert lo interpretó así con el Nº 6400. Entre los botones de plata publicados hay cinco con el signo de Santiago, acuñados por plateros de Buenos Aires. Adolfo Herrera en "El Duro" y Tomás Dasí en "El Real de a Ocho" han transcripto la opinión de Medina sobre esta pieza.

Creemos por lo dicho que el señor Medina se ha confundido por el signo de la ceca de Santiago que tiene la pieza creyendo fuera acuñada allí.

La carta que publicamos de la casa de Moneda, el no existir la pieza en el propio Museo, ni ningún dato, la frecuencia de ella en

Buenos Aires, 100 años después, usada por todos los plateros, nos hacen por lo menos sentir grandes dudas que sea chilena, creemos que con algún fundamento. Pensamos que esta pieza sería acuñada en Buenos Aires donde conjuntamente con otras fue de uso general.

Hace unos años con motivo de su actuación cultural en Montevideo, tuvimos oportunidad de tratar a la señorita Enriqueta Spotti, nieta del platero César Spotti, quien falleció en Buenos Aires en 1892.

La señorita de Spotti gentilmente nos proporcionó interesantes noticias de su abuelo quien tuvo platería y talabartería en la plaza 11 de Setiembre primero y después en Buen Orden 337 y 451, durante cuarenta años.

Entre nosotros hubo notables artistas, y nuestra platería sobre todo con aplicaciones en oro tuvo extraordinario florecimiento.

No faltaron tampoco eximios grabadores. Entre otros Jouve, que labró el cuño nacional de Ituzaingó, las medallas de la Jura Constitucional, la de la Presidencia y el de Rivera aureado, los cobres de 1840, y el peso del sitio.

Gielis, pro primera vez citado como autor de la medalla de Tacuarembó, Bertonet, de Caseros; Welker de Yatay y Magistretti de la del General Zaragoza.





NOTICIAS DE INTERES ARQUEOLOGICO

EL PUENTE LEVADIZO DEL FUERTE DE SAN MIGUEL — SU RASTRILLO Y EL DE LA FORTALEZA DE SANTA TERESA

Considero interesante, desde el doble aspecto histórico y arqueológico, dar una noticia sobre el tema ya que tanto el puente levadizo como los rastrillos, a la fecha son únicos en la cuenca platense y rarísimos en el resto del continente por cuanto —si los hay— los que existieron en las distintas fortificaciones tanto españolas como portuguesas del período colonial, hace mucho han desaparecido pues aquéllas, habiendo perdido su valor militar como instrumento de guerra, han tenido variadas utilizaciones, incluso civiles.

En San Miguel es indudable que existió un pequeño puente levadizo junto al precario foso de la cortina del Noreste sobre el que se abre su portada. Cuando se comenzó la restauración se buscó el breve foso acusado por el plano levantado en Febrero de 1779 por Bernardo Lecoq [1] y de inmediato se encontró y en él, junto al umbral de la portada las piedras trabajadas que cito como testimonio elocuente de que el puente levadizo existió, acusándose en esas piezas originales el desgaste pues allí accionaba el eje. Excuso añadir, que no han sido movidas para nada estando en su posición de origen. En cuanto al rastrillo se acusan nítidamente los empotres del portón, los mismos que han sido utilizados en la restauración para sostener al sucedáneo.

En Santa Teresa no había puente pues carecía de foso, está documentado por la deposición autorizada del Comisario de Límites don Diego de Alvear, que lo visitara en 1784 al comienzo de la demar-

---

(1) Original en mi archivo, estando firmado en Santa Teresa siendo Lecoq simple ingeniero no habiendo aun ascendido al cargo de Brigadier del ramo en que tanta buena obra produjera.

cación del tratado de 1777, la razón de su inexistencia que no fue otra que habiendo comenzado la construcción de las murallas antes de empezarlo, cuando se puso mano a la tarea, los barrenos las resentían por lo que se desistió de hacerlo.

En cuanto al rastrillo claros están los encastres de los portones y existe desde hace muchos años en mi poder copia de un expediente que informa circunstanciadamente sobre su reparación, que tuvo la deferencia de enviarme uno de los arquitectos argentinos con más obra positiva en la cuenca del Plata en materia de restauraciones, que van del Cabildo bonaerense al vetusto edificio de la Casa de Moneda de Potosí: me refiero a don Mario J. Buschiazzo, ilustre director del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas, organismo de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, que original existe en el Archivo de la Nación argentina.

Y dado el interés que le asigno a esta restauración, publico los antecedentes de que nos valimos, los de Laguarda Trías y los exhaustivos de don Federico Bordejé, ilustre secretario de la Sociedad Protectora de los Castillos de España, calificada autoridad en la materia, a quien agradezco la valiosa coöperación prestada a esta tarea especialmente desinteresada, pues los sistemas adoptados en el puente y en los rastrillos, pueden responder no al original, cosa imposible de saber por falta de documentación auténtica, aunque el error en el sistema adoptado, de existir, no puede ser de mucha monta no solo por haberse tenido en cuenta los vestigios y la documentación compulsada, sino por que en la materia, en los fuertes abaluartados como los referidos, las diferencias en los sistemas no son mayores.

También le agradezco al Sr. Bordejé la calurosa aprobación que presta a las restauraciones de Santa Teresa y de San Miguel y, en lo que me es personal, los bondadosos conceptos con que califica mi intervención, tanto más de apreciar dada su autoridad en la materia y el hecho de haberla formulado, en sus orígenes, en la intimidad a un amigo común, como consta en las actas de la corporación —y en los extractos que se publican— cuando nada le daba a suponer que sería conocida por terceros, y menos por mí.

Igualmente le soy deudor a la constructiva crítica que formula en los antecedentes que siguen, principalmente al final, cuyas conclusiones comparto en todo y anoto la minuciosidad de la observación al hacer resaltar el lapsus del informe de del Pino al referirse al año 1742.

Comparto igualmente la sospecha de la fecha real de la construcción del fuerte de San Miguel llegado, derruído, a nuestros días. No se ha encontrado el Libro de Fábrica ni en los archivos compulsados, la documentación administrativa que daría razón de la fecha de los trabajos, posiblemente hechos a mediados del XVIII.

El foso de San Miguel era incompleto como lo dije en el texto, y la observación de los aledaños de la cortina donde la puerta está colocada, salvo las ranuras para las flechas del puente levadizo, nada hacía suponer que el foso existiera. Fue el plano que lo acusó el que me indujo a explorar el sitio y fue entonces que apareció, precario pero efectivo, junto con las dos piedras trabajadas de que me he hecho eco, realidades imposibles de desconocer y que, después de larga y madura reflexión, me indujeron a propiciar la reconstrucción que estamos terminando de realizar con el arquitecto Edmundo Mainero, mi colaborador en las obras de arquitectura de los parques de veinte años a la fecha, que le solicitara a corazón lijero, olvidándose de la considerable responsabilidad que le procuraría.

Reitero que la circunstancia de haberse desescombrado el viejo hueco, puso de manifiesto algunas paredes rugosas, casi vírgenes, con la piedra original a medio trabajar; pero las huellas de donde accionaba el eje en dichas piedras, está también original y algo desgastada por el uso, como están, en ambas fortificaciones, el encastre de los soportes de los portones-rastrillos. Todo ello, a mi ver, incontrovertible.

En concreto, las atinadas conclusiones a que llega Bordejé ponen de manifiesto que, a carta cabal, es un verdadero entendido pues, de lo contrario, no hubiera tenido los aciertos anotados y la coincidencia habida con mis opiniones que me he envejecido considerando el pro y el contra; y, a la vez, su extraordinario amor al tema que está patente en lo dicho y en el valioso aporte de información que suministra sobre este debatido asunto de puentes levadizos y rastrillos.

Horacio Arredondo

Señor Presidente de la Comisión de los
Parques Nacionales de Santa Teresa y San Miguel
General Carlos Goñi.

Durante la actuación de la segunda Comisión, después de vencer sinnúmero de dificultades por falta de conocimientos y no disponer

de la escasa bibliografía que trata el tema (en las numerosas obras que doné a Santa Teresa, sobre tema militar no hay uno solo), confeccioné con el Sr. Emilio Cánepa, que vivió largos años en Europa, propietario del aserradero y carpintería que tanto trabajo hizo para las Fortalezas al reconstruirse, una maqueta en madera que era el modelo que presentamos a consideración de la Comisión, con arreglo al cual pensábamos hacer el puente levadizo del Fuerte de San Miguel.

Tal trabajo, en el cual la intervención de ese viejo y avezado profesional fue decisiva, lo tenía en su poder el entonces Presidente de la Comisión General Baldomir en el escritorio de su casa particular. Lo había aprobado y no se llevó a cabo por falta de recursos. Lo retuvo quizás para mejor conservarlo y gustaba de mostrarlo a quienes pudieran interesarse en el tema, siendo una pieza que representaba la culminación de un esfuerzo considerable, sobre todo en lo que respecta al mecanismo que lo ponía en acción.

La desaparición de esos ciudadanos significó la pérdida de la maqueta y la de los croquis que hizo el Sr. Cánepa, quien no presentó un gráfico acabado, sino el propio modelo como acabo de referir.

Habiendo resultado completamente inútiles las distintas gestiones realizadas para rescatarla y considerando su extravío definitivo, hice a la Comisión anterior que acaba de integrarse con Vd., una exposición verbal a este respecto y, a su término, propuse –y se aprobó– pasar una nota al Ministerio de Defensa Nacional rogándole tuviera a bien, si lo consideraba oportuno, solicitar de los Agregados Militares a las distintas Embajadas que mantiene el país en el exterior, que se especificaban, tuvieran a bien adquirir –a nuestra costa– bibliografía u obtener copia de un diseño adecuado para utilizarla en San Miguel, manifestando que debía ceñirse al tipo corriente utilizado o por fuertes similares del siglo XVIII de los muchos ideados, inspirados en el tipo de fortificaciones creado por el Mariscal de Vauban.

Han pasado quizá más de dos años y no se ha tenido respuesta alguna al respecto, por lo cual, habiendo obtenido una información bibliográfica de indiscutible autoridad, propongo que iniciemos nuestra tarea con la confección de esa obra que complementa la restauración de dicho fuerte e incorpora a su fábrica un elemento que llamará poderosamente la atención de sus visitantes por que, de realizarlo, será único en el país y en los países limítrofes.

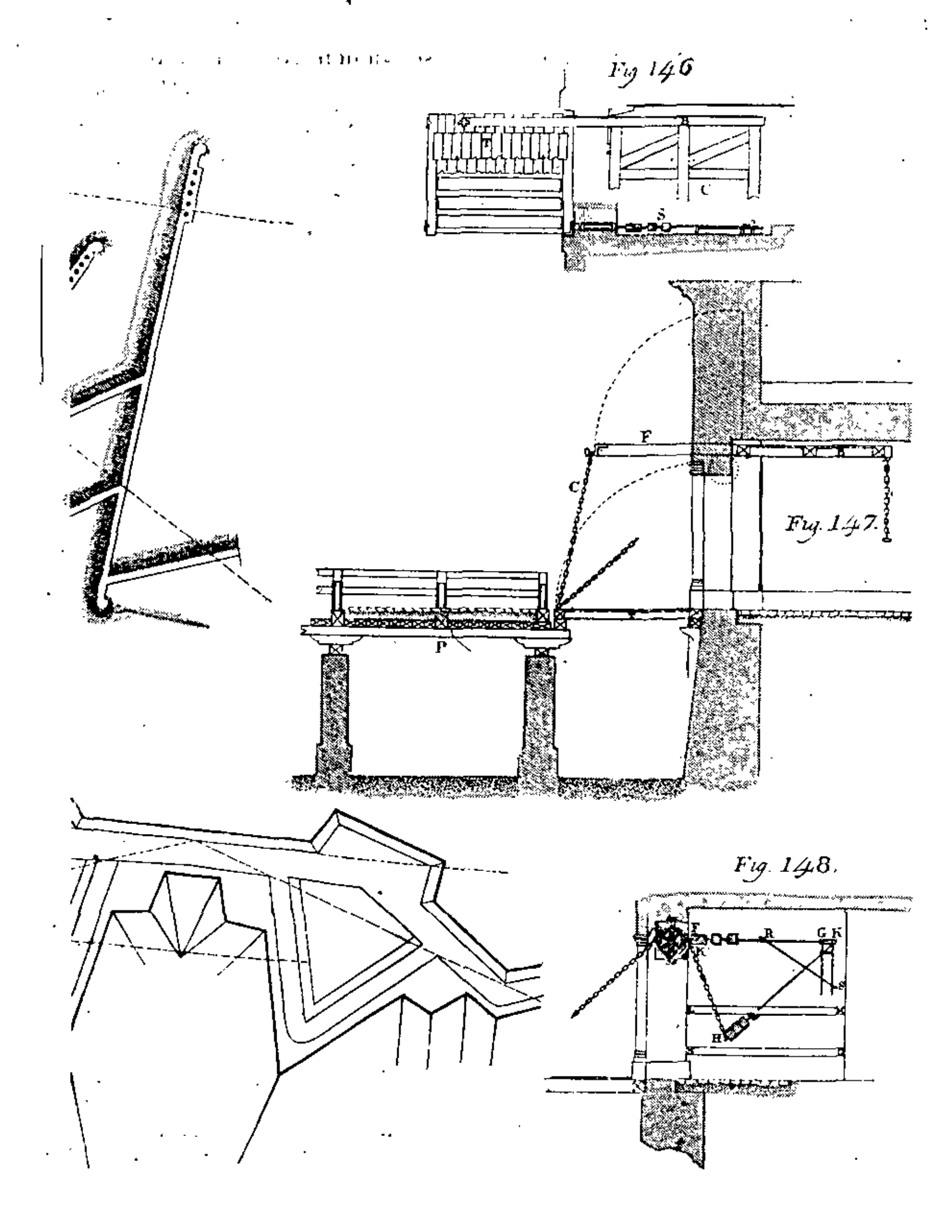
La dirección técnica estaría a cargo del Arquitecto Edmundo D. Mainero, con la mía en lo que se relaciona con sus aspectos históricos y arqueológicos, proponiendo sujetar nuestra acción al texto y al gráfico adjunto y, para el caso que pudieran surgir algunas dificultades, creo poder contar con la valiosa colaboración del Coronel retirado Rolando Laguarda Trías, quien me facilitó el libro que cito y transcribo más adelante que perteneció a un ilustre militar español. El Coronel Laguarda Trías ha partido estos días para España, pensando continuar los estudios de carácter histórico a cuyo efecto dispone de una licencia de dos años.

Al mismo tiempo propongo se ejecute, también de inmediato, el pequeño portón que falta en la llamada "Puerta del Socorro" de Santa Teresa, que deberá ser de tableros machihembrados y con clavos de cabeza de bronce en un todo similares al portón principal.

Igualmente mociono para que el Arquitecto Mainero gestione la adquisición de la madera dura necesaria para esas obras, recabando previamente, los precios correspondientes, así como también del hierro redondo y las planchuelas que deberá insumir la construcción de los dos rastrillos de Santa Teresa, obras que urgen y que darán toque final a la restauración en sus aspectos primordiales arquitectónicos, desde que sólo quedarán pendientes el enlosado de los planos de fuego de las murallas y el montaje de las antiguas piezas de artillería, tarea esta última que demanda recursos que no se tienen.

Respecto a la terminación de los planos de fuego es evidente que apenas si se insinuó su construcción en el período hispánico, según testimonios orales que recogí de antiguos pobladores de la región, ya desaparecidos, que obtuve hace más de 30 años, pero las pocas losas colocadas desde mucho antes habían desaparecido durante el siglo que permaneció prácticamente abandonada la Fortaleza de Santa Teresa.

Si bien ahora esa mejora puede ser discutible, desde que la fortaleza, como mecanismo militar no está en condiciones de prestar servicios por lo anticuada y, por tal, la artillería enemiga no tendrá por qué incidir perforando fácilmente esos planos, del punto de vista de la conservación de las murallas, es obra que procede. La segunda Comisión cubrió con revoque los viejos y precarios fragmentos que allí había, impidiendo la filtración de las aguas de lluvias que, de no



Croquis de la obra de Andrés Vallejo titulada *"Concurso Elemental de fortificaciones, etc."*. Valencia 1827 que ha servido de base para la construcción del puente

atenderse, terminarían por conmover los sillares y las sucesivas han cuidado ese detalle de manera que se vienen contemplando, aunque precariamente, este renglón importante de la conservación; pero la cantera no cuenta con personal para emprender esa obra que insumirá muchísimos jornales, ya que ha debido atender otras tareas más importantes que demanda el Parque y las construcciones que lo sirven.

Horacio Arredondo

RESOLUCIONES: COMISION PARQUES NACIONALES DE SANTA TERESA Y SAN MIGUEL

1º) **ACTA Nº 208.** — Sesión 10 de octubre de 1957. — Folios 145 y 146 del Libro de Actas.

"**Proyecto Puente Levadizo Fuerte San Miguel:**

A continuación se da lectura a una exposición del Sr. Presidente relacionada con la necesidad de construir un puente levadizo en el Fuerte San Miguel, como complemento de su restauración. Alude a las gestiones anteriores que no tuvieron éxito y transcribe un material histórico que le proporcionara el Sr. Coronel Dn. R. Laguarda Trías, sobre dichos puentes y gráficos sobre los tipos de la época del citado Fuerte. En concreto propone el estudio de esa construcción y dirección técnica a cargo del Arqto. Mainero y la del exponente en los aspectos históricos y arqueológicos.

La Comisión resuelve que la Asesoría Técnica estudie esa propuesta y se proceda en acuerdo con el Sr. Presidente. (1)

———

2º) **ACTA Nº 210.** — Sesión del 12 de noviembre de 1957. (folio 152 Libro de Actas).

"A continuación el Asesor Técnico informa sobre varias obras que es considerado y resuelto en la siguiente forma:

a) Puente Levadizo del Fuerte San Miguel: realiza una exposición en torno a las soluciones a dar a este puente, presenta una maquette que concreta la solución sobre la base de los antecedentes que proporcionara el Presidente ad-hoc de la Comisión y elementos que le facilitara el Miembro Sr. Reyes Thevenet sobre construcciones europeas de la época. Esta obra se estima en un costo aproximado en rubro materiales, incluídos fletes hasta San Miguel, en $ 1.200.00.

La Comisión aprueba lo proyectado, expresa su complacencia por la forma como se ha encarado la solución y la exposición de la misma, resolviendo que la obra sea ejecutada conforme a la maquette y que ésta, una vez acondicionada debidamente, sea incorporada al Museo del Fuerte, con mención de su finalidad. (2)

---

(1) Actúa en la presidencia el Sr. Horacio Arredondo, interinamente, por renuncia del General Goñi.

(2) Idem, ídem, ídem.

ANTECEDENTES

PUENTES LEVADIZOS

(Andrés Vallejo — "Concurso elemental de Fortificación, aproba-
(do por S.M. para uso del Real Colegio Jeneral Militar: compuesto
(por el capitán don ... Profesor de dicho Real establecimiento"
(— Valencia 1827").
(Ejemplar que perteneció al Capitán General Castaños, de
(propiedad del Sr. Coronel Rolando Laguarda Trías).

Y en la nota al pie de la página citada, que es la 228, expresa:

"También es necesario, cuando los fosos son de agua, establecer unos puentes de madera para la comunicación del recinto con las obras exteriores y salir a la campaña. Estos puentes se construyen sobre caballetes o pilares fáciles de desarmar o de arruinar para lo cual se tienen con anticipación los maderos necesarios, a fin de echarlos en el discurso del sitio en los frentes que el enemigo intenta atacar. También se suelen ejecutar las comunicaciones por medio de barcos o balsas.

Bien sea los fosos secos o de agua, las comunicaciones permanentes o estables se establecen en los frentes menos expuestos, y como se representa en la figura 101. Las partes "a", "b", "d" forman lo que se llama **puente durmiente**; y los pequeños rectángulos que se distinguen por diagonales, manifiestan los **puentes levadizos**, que son unas porciones de puentes que se levantan por palancas u otros arbitrios, que constituye lo que se llama **flecha, pescante o báscula.** Por medio de la báscula se hace girar el puente levadizo sobre el lado que apoya en la escarpa, hasta que queda en una posición vertical; y como su superficie viene a pegarse al revestimiento, el paso queda evidentemente interrumpido; y es el modo ordinario de cerrar las plazas de guerra.

El paso "e" que se construye en la explanada, se encorva hacia el ángulo saliente con el fin de que el sitiador no le pueda tomar de enfilada.

La escrupulosidad y cuidado que hemos puesto en el grabado de las láminas, nos ha proporcionado lugar para colocar en la última las figuras correspondientes para que los jóvenes se formen una idea más exacta de las maniobras que se ejecutan para echar y levantar los puentes.

En primer lugar advertiremos que la salida de una plaza fuerte



Puerta existente en castillo francés del siglo XVIII.

se hace por un cañón de bóveda, cuya planta se manifiesta en "C", fig. 146; la misma figura representa en "T" el plano y construcción del tablero del puente levadizo: en "B" el plano de la báscula que sirve para levantar el puente como veremos después: y en "S" se ve el plano de otra máquina que se emplea también para el mismo objeto.

En la fig. 147 se tiene en "P" el perfil del **puente durmiente,** en "T" l del **levadizo** y en "B" el de la **báscula** y el de **cañón de bóveda;** y la fig. 148 representa el perfil de la otra máquina de que hemos dicho se hace uso también para levantar el puente.

Los **puentes durmientes** "P" fig. 147) se pueden construir de mampostería, cuyo método es económico y bueno siempre que los frentes no son atacables y no están demasiado expuestos a las bombas; en este caso se construyen algunos hornillos en dos pilares de los del medio para volar prontamente el puente si los acontecimientos de la guerra obligan a esa operación. Pero esta práctica tiene el inconveniente de que los escombros contribuyen a segar el foso, y pueden servir al enemigo para cubrirse de los fuegos de la plaza, cuando va a establecer su paso; y así es preferible en todos los casos adoptar una construcción tal como se representa en dicha figura, por la cual se puede desmontar el puente con la mayor prontitud, evitando el inconveniente de que hemos hablado antes: cuyas condiciones quedan satisfechas construyendo puentes de madera sobre simples pilares de cal y canto o de sillería.

El objeto del puente levadizo es establecer o interceptar según convenga la comunicación entre el puente durmiente y la puerta de una plaza o de cualquier obra exterior; por lo que se puede decir que un puente levadizo es una máquina que sirve de puente cuando está en situación horizontal, y de una doble puerta cuando se levanta y se coloca en una posición vertical.

El modo más usual de dar al tablero el movimiento conveniente a su maniobra, consiste en una báscula "B" (fig. 146 y 147) compuesta de muchas piezas ensambladas y dispuestas como lo manifiestan las figuras.

Lás dos vigas o palancas "F" (fig. 147) se llaman las flechas, y todo el contrapeso "B" los brazos de la báscula; y en las primeras se ponen las cadenas "C" que sirven para levantar el puente, y en los segundos las cadenas de maniobra "c"; de manera que tirando de éstas se pone la máquina en movimiento y el tablero toma la posición vertical.

La maniobra de un puente levadizo de báscula tiene varios inconvenientes, siendo el principal de ellos el que las flechas están expuestas a la artillería enemiga desde los primeros días del sitio; por esta razón se han inventado varios medios para reemplazar las flechas y la báscula, entre las cuales vamos a dar la descripción del de Mr. Bobonheim, que evita los inconvenientes de más consideración.

Para esto en el espesor del muro (fig. 148) se construyen dos nichos cuadrados "b d" y en cada uno se coloca una polea de hierro colado de 36 pulgadas de diámetro, 6 de espesor y unas 5 de garganta. Los centros de las dos poleas deben estar en una recta horizontal, y con unos 14 pies más alta que el tablero, y los planos verticales perpendiculares a esta horizontal que pasan por los centros de las poleas y también por las argollas del tablero, se llaman planos de maniobra.

El puente levadizo se maneja por medio de dos cadenas que se enganchan al tablero, y pasando por una abertura que se practica a través del macrón de la puerta van a parar sobre las poleas de que hemos hablado antes; y para la maniobra de levantar el puente se emplea el procedimiento siguiente:

Una barra de hierro "G F" de la misma longitud que el tablero, se engancha al extremo de la cadena a la distancia de unas 7 pulgadas de la polea; la otra extremidad "G" tiene un ojo por donde atraviesa un fuerte pasador que se asegura al muro, y alrededor del cual pueden girar libremente manteniéndose constante en el plano de maniobra. El punto de rotación "G" está colocado de modo que en la posición inicial "F G", esté la barra un poco inclinada y forme un ángulo casi recto con el extremo de la cadena.

A unas 14 pulgadas del punto "G" hay otro pasador, "K" fijo como el anterior, y sirve de eje a una segunda barra semejante e igual en longitud a la primera. Las dos barras están unidas por una cadena "F H" cuya longitud es la cuerda de una arco de 45% que tiene por radio la longitud de las barras.

Estas tienen unos agujeros horizontales por donde pasan unas chabetas que sirven para sostener unos cuerpos cúbicos de hierro colado, que vienen a pesar doce o trece quintales; y cuando las barras están en posición inicial se las carga con uno hasta cuatro, y disponiéndolas de manera que haya equilibrio en la máquina cuando la segunda barra está en posición vertical.

El puente se levanta aplicando a dicha segunda barra una potencia capaz de vencer el rozamiento, siendo suficiente la de un hombre aplicado a cada lado. Como a medida que el tablero va girando, disminuye su momento o resistencia, de la misma manera van también disminuyendo los momentos que provienen del peso de los cuerpos; y así, cuando el tablero se ha levantado a la altura de 45%, la barra "K H" ha tomado la situación vertical, y entonces el esfuerzo de la "F G" es suficiente para concluir el movimiento.

La barra "R S" tiene por objeto evitar el rozamiento de los pesos del hierro contra el muro; y las piezas "M L , N O" sirven también para facilitar la maniobra.

Aunque esta máquina es más costosa que la de báscula y flechas, si se considera bajo el aspecto de la duración y de las otras ventajas que proporciona, es preferible su uso.

Observación. — Del contesto de esta nota se infiere que cuando en virtud de Real Orden presenté esta obra para su debido examen, y ver si merecía la protección y aprobación que solicitaba de S.M., no era mi objeto publicarla con más de catorce estampas; por consecuencia todo lo concerniente a las tres restantes, son las ampliaciones que se han dado a varios artículos en sus respectivos lugares, como se anunció y se especificó en el proyectto".

CONTRIBUCION DEL Sr. FEDERICO BORDEJÉ. — EXTRACTOS INFORMATIVOS

FORTIFICACION ABALUARTADA

EXTRACTOS DE LAS OBRAS DE VARIOS AUTORES ANTIGUOS, REFERENTES A LAS PUERTAS, RASTRILLOS Y PUENTES LEVADIZOS DE PLAZAS DE GUERRA Y FORTALEZAS

ALONSO DE ZEPEDA Y ADRADA, Teniente de Maestro de Campo General — EPITOME DE LA FORTIFICACION MODERNA, etc. — Bruselas 1669.

El autor, familiar de Santa Teresa, pasó su vida en Flandes y publicó esta obra para difundir en España la fortificación que por entonces se empleaba en Francia, Países Bajos, Alemania, etc.. Como

todos los Tratados de esta clase, el libro, muy bien impreso, lleva exceso de explicaciones matemáticas y va acompañado de 34 láminas, de las que en nuestro ejemplar faltan algunas.

Tratado IV — Cap. IX — De los Puentes y Puertas. — Pág. 144. — Luego de explicar que los antiguos hacían las Puertas en los flancos y caras de los Baluartes y sus riesgos y dificultades, así como las razones de ser colocadas en la mitad de las cortinas, porque es donde más y mejor defendidas se encuentran y de precisar que junto a las Puertas han de hacerse los Cuerpos de Guardia, añade: "En las Puertas que están cubiertas con Bóvedas, en la mitad dellas se solían poner unos rastrillos, que caían desde lo alto de la bóbeda para que en caso de arma y de que el enemigo embistiese la puerta por surpresa, echando los rastrillos, impedirle la entrada, y mientras los rompiesen, tener tiempo los defensores de rehacerse y rechazarles".

"Pero haviendo reconocido la poca resistencia que hacn al petardo, que los rompe enteramente, y que puesto un carro debajo de su cayda o dos cavalletes de madera.....embarazaban su cayda. Inventaron separar todo este cuerpo del rastrillo y dejar cada madero de por si, suspendidos todos arriba en un torno con cadenas o maromas gruesas y encaminados cada uno de por si por un agujero hecho en la bóbeda, distantes uno de otro medio pié. Los quales hacen el mismo efecto que los rastrillos y si roto alguno con el petardo, lo detienen con carro o cavallete, no los demas; y caso que se rompa, como está suelto el torno, el troço que ha quedado cae hasta el suelo, llevado de su peso natural y haze el mismo embarazo. Por ésto, la cadena o cuerda que le substiene debe ser larga a proporción conveniente, para que se consiga este mismo effeto".

"Después de las puertas se siguen los puentes levadisos, que son los de mayor defensa, y éstos se fabrican de diversas suertes porque si son de abujas, como usan ordinariamente, se guardan en ellas esta *proporción*".

"La anchura y altura siempre son iguales a la caja de la puerta que debe contenerlos estando levantados y los brazos tendrán 8 u 10 pulgadas de gruesso, como assimismo el travesaño que los conjunta. La viga o madero donde se terminan los brazos y sobre que debe tener el puente su movimiento, tendra de diámetro de 14 a 16 pulgadas y las dos extremidades herradas con dos cercos de hierro. Y

se harán penetrar en el centro dos pernos desde metal, largos de uno y de dos pies, y de tres pulgadas de diámetro; pero de modo que se puedan mover con facilidad sobre una banda de hierro, levantada en forma de bobedilla, que estará puesta en la juntara de la viga y maderos de las cajas de las Puertas. Las agujas serán duplas en altura a las puertas y tendran un pié de diámetro y los pernos de hierro sobre los que se ha de hacer el movimiento, serán tan gruessos como los de abajo y el quadrado interior que hacen los braços estará atravesado de un aspa de maderos, que tambien servirán para el contrapeso. Y las cadenas estarán todas eslabonadas hasta el mismo anillo de abajo para que no puedan desencajarse y quede más seguro el puente para qualquier caso".

"Otros se forman de una buelta y para estos se hace una concavidad bastante debajo de la puerta, suficiente para recibir su batéculo, quando se arroja y se echa el Puente".

En las Láminas no aparecen figuras del rastrillo ni de los puentes ni parece las tuviera porque el autor no remite a ellas, como es costumbre.

Respecto a las futuras "barreras" o "rastrillos" posteriores, no los cita aún con tales nombres pero advierte que ante las cabezas de los Puentes fijos o en las salidas del camino cubierto y otras partes "se planta una empalizada fuerte con su puerta y garita y a los lados della se haçen barreras capaces para que entren los carros. Y si no se hace puerta, se pone un tornillo horizontal con quatro alas, que se buelve quando una persona se mete en ellas. . . ."

Padre JOSEPH CASSANI, de la Compañía de Jesús, Maestro de Mathemáticas en los Reales Estudios del Colegio Imperial de la misma Compañía: ESCUELA MILITAR RE FORTIFICACION OFENSIVA Y DEFENSIVA, etc. — Madrid 1704.

El autor llevó bastante renombre como Profesor de Matemáticas y de Fortificación, siquiera su obra sea más compendiosa que las otras.

LIBRO 2º — Cap. X — De los Orejones y Plazas baxas, Puertas y Puentes. — Pág. 80. — Como todos, indica la conveniencia de situar las Puertas en el centro de las Cortinas por estar así mejor defendi-

das. Pero añade: "Debe tener o bateria que se aplica contra una, no derribe las otras. (NOTA — El autor quiere decir que en cada Puerta debe haber varios Portones seguidos y desenfilados, es decir, que el pasadizo sea **acodado** y así lo dibuja en las Láminas). Para ésto, en aviendo entrado el arco del terraplén se vuelve con un recodo azia una de las dos partes y en este se pone la segunda puerta: y bolviendo luego azia la parte de la Ciudad, se abre otro recodo, que sale a ella



y en el extremo del parapeto se coloca la tercera puerta...." "En la primera puerta que mira a la campaña, demas de sus puertas aforradas de hierro, se pone para cerrarlas un rastrillo de yerro o unas verjas de vigas aforradas con yerro... Estas penden de ariba de una viga que las mantiene con cadenas y se levantan o baxan, recogiendo las cadenas en la viga. Sirven de mucho pues en tiempo en que quisieran por quelquier interpressa los enemigos forçar la puerta para que no se cerrasse, no pueden impedir que se cierra el rastrillo. ¿qual sea mejor el rastrillo o verja? Es question de poca importancia, lo cierto es què es más seguro el rastrillo y por ésso más frequentemente usado".

"Delante de las puertas se forma un puente de piedra fuerte, que ocupa la mitad o dos tercias partes del fosso, desde la contraescarpa azia la Puerta y en el otro tercio se pone la puente levadiza, que es una puente de tablas que pende de unos goznes y cadenas, cerca de la Puerta y descansa por el otro lado en la puente de piedra. Esta, en tiempo de assaltos, se levanta con las cadenas que desde lo superior del muro penden a su extremidad, con que se les impide el passo por la puente a los enemigos".

En las figuras 19, 20 y 21, hechas con dibujos muy toscos, se representan el "órgano" de vigas suspendidas, un puente levadizo, cuyas flechas saltan por encima del frontón de la Puerta, en cuyo arco se dibuja también medio rastrillo y, por fin, el trazado acodado en ángulo recto del pasadizo interior de la Puerta. Son dibujos que no enseñan nada por su gran tosquedad.

———

General de Batalla DON SEBASTIAN FERNANDEZ DE MEDRANO, Director de la Academia Real y militar de los Payses-Baxos. — EL ARCHITECTO PERFECTO EN EL ARTE MILITAR, etc., et. — Amberes — 1708.

Ésta edición que poseo es algo tardía y muy rara. El buen Hernández de Medrano, hoy demasiado olvidado, modelo del buen soldado español, llegó a ser por su aplicación y buen sentido, el Director de una Academia Real de Fortificación establecida en Bruselas, que llegó a tener en Europa un gran renombre. Todas sus obras militares las publicó también en francés para los alumnos extranjeros. En el prólogo de este Tratado cita a "la última Obra que saqué a luz, intitúlada "la Descripción en el gran Rio y Imperio de las Amazonas Americanas" y tratado de lo que los Estrangeros poseen en el nuevo Mundo, con las Máximas y Ardidas de que se valen para introducirse en él, etc.". Después dice que estando imprimiendo su Libro que "intituló" "El Perfecto Artificial, Bombardero y Artillero" „habia llegado a sus manos la Relación de un nuevo Descubrimiento he-cho por los franceses en la América Septentrional de un Pays que siendo mayor que Europa viene a confinar con el nuevo Reyno mexicano y por donde intentaba aquella Nacion introducirse, (como lo haze hoy por el Golfo

Mexicano con su Colonia de San Luis), por lo qual juzgué ser de mi obligación sacarla (se refiere a la obra del Perfecto Artillero, publicada ya en francés) por lo que vy importava a mi Patria esta noticia, y como concluida permitiese la desgracia que Escoceses entrasen en el Darien y yo tuviesse distintas Relaciones de las trazas que usa la malicia humana para establecerse en el nuevo Mundo, no pude dejar, luego que acavé con el dicho Libro de Artificios, etc., de imprimir la referida Obra con la Descripcion del Rio de las Amazonas que de antes tenia yo escrita en borrón".

Hernández de Medrano resultó en muchas cosas de Fortificación un precursor y sus juicios son sólidos y llanos pero hoy está completamente olvidado, a pesar de su valor y mérito para esta clase de estudios.

De la Architectura Militar – Libro Segundo – De las Puertas y Puentes – Pág. 137. – Justifica, al igual que los anteriores, que las Puertas se coloquen en el centro de las Cortinas, por las mismas razones y porque los ataques se hacen ya a los Baluartes pues que los ataques a las Puertas serían más peligrosos y costosos, salvo caso de sorpresa. Se inclina, como el anterior, (que por muchas cosas parece ha copiado y seguido a Hernández de Medrano, hasta en pequeños detalles pues las obras de éste fueron anteriores y muy divulgadas) porque el pasadizo de las Puertas no "vaya derecho" sino en codos, para evitar la enfilada. Les da "11 o 12 piés de ancho y hasta 15 de alto, acabando en bóveda". Y continúa:

"Hazíanse de antes unos rastrillos o enrejados de maderos, levantados arriba, pendientes de una maroma y para más seguridad de las Puertas, lo dexavan caer en tiempo de necessidad; pero conociendo que detenido un madero en el aire, lo estava todo el rastrillo, hallaron que era de más utilidad tener estos maderos desunidos: los hizieron de medio pié de gruesso con sus puntas herradas, distante uno de otro medio pié y passando todos por un madero en lo alto, se tienen pendientes de una maroma rodeada a otro madero y ésto codo uno de por si, que suelta caen todos de golpe a tierra y caso que se rompa alguno, importa poco porque cae despuées el trozo restante. Y a este género de rastrillos lláman órganos".

"El Puente levadizo será de la grandeza de la Puerta para que levantado la cubra y los maderos que le unen o forman serán de ocho

a diez pulgadas de gruesso, dando algo más al que tiene el movimiento, el cual en torno de sus extremos deve tener unas bandas de hierro y unos pernos en los centros, de dos a tres pulgadas de gruesso y de medio a tres quartos de un pié de largo, que vienen a ser los quicios sobre el que el puente se ha de mover: éstos se encajan en unas sortijas o bandas de hierro, capaces de que en ellas se buelvan los dichos pernos. Los braços o agujas tendrán de largo el doble de lo que fuere el Puente levadizo, teniendo la mitad de la parte interior y otro tanto por la exterior; su gruesso será de un pié en quadro aunque por la parte de afuera van disminuyendo las agujas hazia la punta hasta quedarse en cosa de medio: los pernos de hierro sobre que se mueven estos braços embutidos en las mesmas piedras de la puerta con sus sortijas, serán como los referidos arriba; y e lquadrado, que por la parte de adentro, forman los braços, se cruza con otros maderos en forma de aspa para el contrapeso; y se procurará que las cadenas que levantan el puente estén bien eslavonadas y sean gruessas lo suficiente".

Después, en la página 159, al tratar de la "ESTRADA-Encubierta" y de sus salidas y Plazas de Armas, dice que en ellas se hacen "cortaduras" y se cierran "con un rastrillo o barrera". Más tarde aún, al hablar de "La Esplanada", insiste en que tanto a la entrada como a la salida de las obras, "se pondrán fuertes rastrillos"; con lo que alude ya a los elementos que a partir de alli irán a sustituir a los rastrillos antiguos, llamados "peines".

Entre las láminas, bastante bien hechas y muy claras, no aparece ninguna figura referente a los "peines", "barreras" ni puentes levadizos aunque los hace figurar en las plantas de las fortificaciones.

Siguen otros cuantos Tratados, entre los que descuella el COMPENDIO MATHEMATICO del Doctor Thomas Vicente Tosca - Madrid 1727, que siguen, en general, a los autores anteriores o se inspiran visiblemente en los autores franceses que, por entonces, influyen y preponderan en el Arte sobre casi todo el resto de Europa, por el gran prestigio de Vauban, que apenas trató de estos detalles, y la gran obra de Bélidor que en la cuestión de Puertas y Puentes levadizos será la mayor autoridad del tiempo.

Monsieur LE BLOND, Maestro de Matemáticas del Señor Delfin y de los Sres. Condes de Provenza y de Artois, etc. — ELEMENTOS DE FORTIFICACION, etc. — Traducidos al Castellano sobre la 6ª Edición. — Madrid 1766.

Aunque las tres ediciones que poseemos en francés y español corresponden a 1754, 1764 y ésta, mejor editada, al 1776, el Tratado de este Autor es muy anterior. Fue muy divulgado y aceptado en Europa, por la claridad con que interpretó las doctrinas de Vauban y la Escuela francesa.

TOMO 1º — Problema 3º — Notas. — Pág. 82. — "Los puentes se establecen sobre pilares de piedra o madera, y su altura se determina por la profundidad del foso. En cada uno de ellos se distinguen dos partes, que son puente **durmiente** o estable y puente levadizo..."

"Entre las diferentes especies de puentes levadizos, los que se usan más ordinariamente son de dos maneras, puentes a **bascule** y puentes de flechas".

"Los primeros están unidos a un contrapeso, que tiene su movimiento en un aposento subterráneo, situado debaxo de la puerta y se llama caxa del **bascule**; baxando el contrapeso se levanta el puente y cubre la puerta".

"Los puentes de flechas son los que se mueven por medio de dos maderos suspendidos en lo alto de la Puerta y en cuya extremidad exterior hay dos cadenas a que está atado el puente por la parte que descansa sobre el durmiente. Estos dos maderos se llaman flechas y de su extremo interior cuelgan otras dos cadenas que sirven para levantar el puente y cerrar con él la Puerta".

"A la cabeza de los puentes estables hacia la campaña, se hace una barrera o puerta de dos hojas, formadas con barras o estacas de madera, separadas entre si, de 7 pies de longitud y de 5 a 6 pulgadas de grueso".

"Para entrar en las Plazas, se construyen las puertas debaxo del terraplen, haciendo un cañón de bóveda que le atraviesa directamente; en medio de la entrada suele ponerse el órgano, que es una barrera compuesta de largas y gruesas estacas atadas con cuerdas a un torno, que sirve para levantarlas y dexarlas caer o para abrir y cerrar el paso, según convenga. Estando estas estacas separadas, no importa

que una u otra sea detenida por algún obstáculo pues caen las demás y no dexan libre la entrada. Sirven los órganos para cerrar prontamente el paso al enemigo, quando intenta forzar la Plaza por sorpresa".

"Antes de la invención de los órganos, se empleaban al mismo fin los peynes o "saracinescas", que consisten en un enrexado de madera del mismo ancho que la puerta, formado con estacas verticales y orizontales entre si y herradas las puntas de las verticales". (a). En esta Nota (a) hace constar que los antiguos hacían también uso de los Peynes y que Vegecio habla de ellos y recomienda que además se deben hacer "ladroneras" en la muralla, por encima de la Puerta, para echar agua si el enemigo logra incendiarla).

"Esta barrera, de que ya no se hace casi uso alguno, sino en las puertas de las fortalezas antiguas, tiene el inconveniente de que con cualquier obstáculo que se le ponga debaxo, se impide el efecto de cerrar el paso, lo que no sucede al órgano, y por esta razón se ha substituido al peyne". — "Al lado de las Puertas de la Plaza se construyen alojamientos para los Oficiales y Soldados que están de guardia y en lo interior de ella, al pié del terraplén, se sitúan los quarteles para la guarnición".

Pág. 81. — "En medio de cada una de las caras de todas las Plazas de Armas, (del Camino cubierto), construidas en los ángulos entrantes de la contraescarpa, se dexa un paso o surtida de 7 a 8 piés de latitud, para que la Tropa pueda salir o retirarse y se cierra con fuerte **rastrillo".**

En la edición española no figura entre las 22 Láminas del Tomo 1º, ningún dibujo sobre estos elementos. Pero en la edición francesa de 1764, Láminas X y XII; se dibujan "la barrera" y el 2º puente levadizo, de contrapeso horizontal tomado del libro de Bélidor (que copiaremos) y unas figuras del órgano y del Peine (que también copiaremos).

———

MIGUEL SANCHEZ TARANAS Capitán e Ingeniero Ordinario de los Exércitos de S.M., etc. — TRATADO DE FORTIFICACION o Arte de construir los Edificios Militares y Civiles, escrito en inglés por JUAN MULLER y traducido por ...... — 2 Tomos — Barcelona 1769.

Esta obra, aunque traducción del inglés, fue grandemente aumentada por su traductor, que agregó bellas láminas de Puentes y otros edificios españoles. Fue obra de gran crédito y autoridad, que sirvió de texto en las Escuelas y vulgarmente se le llamaba "el Taranas" entre los Ingenieros militares.

Tomo 1º — Sección XVI — De los Rastrillos, Puentes y Peynes. Pág. 341. — "En la figura 5 (Lámina 15) se representa un Rastrillo de los que ordinariamente sirven para cerrar las surtidas del camino cubierto en las Fortalezas. Su latitud o anchura es de 16 o 18 piés y su altura de 10 o de 12. Los dos postes A y B que sirven de batientes a las Puertas tienen un pié de grueso; pero la parte C que debe entrar en el terreno, se dexa sin labrar y se le da 6 piés de largo para su mayor firmezà. El umbral D se hace de la misma latitud que los Postes pero de 6 pulgadas de alto solamente........Estos Rastrillos se aseguran con un barrote de hierro que se mueve sobre un perno o Exe, de tal modo que quando se eleva por un extremo baxa por el otro y entallado el uno en una Armella, se sujeta el opuesto con un pasador, cadena o llave, en la forma que manifiesta la figura" (Ver copia).

"La Puerta principal de una Plaza se hace de dos hojas para que se pueda abrir y cerrar cómodamente; cada una se compone de Cercos y Peynazos contra quienes se clavan gruesos tablones, que por la parte exterior se guarnecen con chapas de hierro con sus clavos a cabeza de diamante para que sea dificil el arrancarlos........ En una de las hojas se suele disponer un postigo para la precisa comunicación de las Tropas en tiempo de Sitio y también para salir al romper del dia a hacer la descubierta y reconocer las avenidas de la Plaza".

"El Peyne consiste en un Enrejado de gruesas estacas verticales clavadas en otras horizontales. El Peynazo inferior, como assimismo las Estacas verticales hasta la altura de 8 piés, se cubren con chapas de hierro para que no sean destruidas facilmente (Ver figura Lámina XIV). Esta barrera se suspende por dos cadenas amarradas en A y B y envueltas en un torno que se coloca sobre el paso de la Puerta, por cuyo medio se hace caer quando conviene........ En mi opinion son más ventajosos los Peynes que no los Organos porque estando bien herradas sus estacas no podrá el Enemigo destruirlas aunque se acerque........; ademas que sobre el paso se dexa en la Boveda un

Matacán o Abertura para arrojar Piedra y Metralla con que se embaraza mucho al Enemigo". (**Nota 24** "El uso del peyne se inutiliza luego que se ponga debaxo algun obstáculo, como lo hace ver Don Sebastian Fernandez de Medrano y por la misma razon lo reprueba el brigadier Don Pedro de Lucuze en su Diccionario de Fortificacion........" (sigue lamentando que ese Diccionario de Lucuze no se publicara pues, en efecto, quedó inédito).

Sección XV — De los Puentes

Pág. 320. — Describe la constitución del tablero del puente, que se verá por la copia del Dibujo o Figura 1ª de la Lámina XIV y de la 2ª, en que se dibuja su contrapeso suelto. De las dimensiones corrientes de los Puentes que, naturalmente, han de variar, según los casos y la extensión de los fosos.

Después de afirmar que "para mover los Puentes levadizos se han imaginado y puesto en práctica varias inventivas", describe los llamados "Puentes de Báscula", a base de que el Puente y el contrapeso se formen de una sola pieza y de que el último se aloje en una cámara bajo la Puerta del Fuerte, lo que no es aplicable al de San Miguel del Uruguay.

"Otro modo de levantar y baxar los Puentes levadizos se reduce a separar e contrapeso del tablero, como se manifiesta en la Figura 1 y 2 de la Lámina XIV ya mencionada (Ver copias) y es lo más común. El ensamblage de maderos que forma el Contrapeso, se mueve sobre sus muñones L.P. dentro del paso o entrada de la Plaza: en los extremos M,Q, se fixan dos cadenas que pasando por dos poleas situadas sobre la Puerta, están asidas a las argollas en B y D, de forma que quando se eleva con botadores o de otra manera, la parte inferior M Q del Contrapeso toma el puente su situación horizontal. Con este método se logra la ventaja de cortar el paso a los enemigos, aun en el caso que hayan hallado árbitrio para romper las cadenas y hacer baxar el Puente; porque al mismo tiempo, necesariamente ha de quedar vertical el contrapeso y por consiguiente cerrará la entrada sin que los Sitiadores lo puedan remediar. Pero a fin de poder salir de la Plaza, quando ocurra el que se rompan las cadenas, se dexa en el Contrapeso un postigo como W, que solo se abre en caso seguro y

necesario. Esta clase de Contrapeso es la que se se representa en la Figura 3 de la Lámina 13" (Ver copia de los Puentes de Bèlidor).

"Adviértase que para proporcionar el equilibrio con el Puente C.G., es necesario sobrecargar el Contrapeso P:M: hacia el Cabezal M.Q., lo qual no es facil de conseguir con la justificación que se requiere para que el movimiento del Puente levadizo no sea dificultoso. El único modo de evitar este inconveniente consiste en tener maderos o pesos a propósito para ajustarlos unos sobre otros acia el Cabezal M.Q. hasta lograr el preciso equilibrio del Tablero con e lContrapeso".

"Tambien se baxa y levanta el Puente levadizo disponiendo el Contrapeso con flechas o pescantes (Lámina XV – figura 4). Este Contrapeso se pone sobre la Puerta, de tal modo que los pescantes EB y FD queden de la parte exterior de la fachada y el ensamblage CE acia la interior, moviéndose el toco sobre sus muñones E,F, – Las cadenas que suspenden el tablero están asidas a los extremos B y D de los pescantes: a los extremos A.C. del Contrapeso se ponen otros dos cadenas de 9 pies de largo, con sus argollones para tirar y deprimir el ensamblage C.E. que levanta el Puente levadizo y para que éste baxe, se eleva aquél hasta la altura de 5 o 6 pies a fuerza de brazo y despues con Botadores se le da la situación horizontal que también toma el Tablero por su propia gravedad".

"Quando está caido el Puente levadizo, se asegura al (puente) estable con dos cerrojos o pasadores que se ponen a los lados y para la seguridad del paso de las gentes, se aplica una cadena o barra de hierro a cada parte del Tablero y a distancia de 4 pies sobre su piso, segurándolas en el muro y en los primeros postes de las barandillas del Puente estable". (Como siempre hablan estos autores de fosos anchos, que hay que atravesar por largos puentes dobles —el fijo o estable y el levadizo—, colocan el final del tablero del levadizo ajustado al tablero del puente fijo pero en San Miguel y en muchas otras obras el Puente termina y se fija en la contraescarpa del foso pues que éstos son tan estrechos).

"Facilmente se concibe que el ensamblage C.E. debe tener tal peso que con poca fuerza se pueda elevar el Tablero; y a este fin se da a los Largueros mayor grueso acia el Cabezal A.C. que acia los Pescantes (flechas), y asi sucede que es necesario suspender bombas o algun otro peso en los extremos A.C. para facilitar el movimiento del Puente".

Explica a continuación que "este modo de manejar los Puentes levadizos se ha usado mucho más tiempo que alguno otro" pero tiene el inconveniente, en las grandes Puertas de las Fortalezas o Plazas, de que las flechas estropean la bella ordenanza artística de esas Portadas, por las cajas que hay que abrir en ellas y por los daños que sufren por los grandes golpes que las flechas dan al levantarse. Por ello, estos puentes ya no se recomiendan sino para los puentes de las obras exteriores o secundarios.

Termina aludiendo al Puente de "sinusoides" inventado por Mr. de Bèlidor, a cuya obra "La Science des Ingénieurs" remite a los "jóvenes Ingenieros" (Ver copia de los Dibujos o figuras de este Libro).

DON PEDRO DE LUCUZE, Mariscal de Campo de los Reales Exércitos, etc. – "PRINCIPIOS DE FORTIFICACION, etc., etc. – Barcelona 1772.

En su tiempo, el General Lucuze fue una alta Autoridad en materia de Fortificación e intervino en la construcción de muchas obras fortificadas. Se le atribuye haber sido demasiado influenciado por la Escuela francesa, en lo que precisamente no era el único pues que aquélla dominaba a todo el Arte en Europa, de modo general. Este Tratado es un texto para la clara y fácil enseñanza de la Fortificación en las Escuelas y Academias y tuvo gran aceptación por la forma sencilla y amena con que expone sus principios.

Sección 1ª — Cap. XVII. – Obras accesorias

Pág. 74. – Comienza diciendo que los Cuerpos de Guardia deben colocarse en diversas partes de la Fortaleza y junto a las Puertas o inmediatos a la muralla. Que el lugar mejor para la Puerta principal es el centro de las cortinas "por ser la parte más guardada y defendida por los dos flancos". Que en el tiempo que "eran frequentes las sorpresas" se hacían "con dos retornos o revueltas", esto es, acodadas en su interior y no rectas. Que la Puerta principal se compone "de gruesos tablones, guarnecidos de faxas de hierro", con una Portada de piedra labrada "de un orden de Arquitectura Toscano u Dórico, correspondiente al decoro y magnificencia del Príncipe, con el Escudo de las Armas Reales". Y habla, por fin, del "puente de comunicación".

"Consiste el puente levadizo en un tablero, dos flechas, y un contrapeso con sus cadenas. El tablero es igual a la puerta y se hace de fuertes tablones, guarnecidos con faxas de hierro, clavadas a gruesos maderos....; el del movimiento está inmediato a la Puerta, de suerte que levantando el tablero la cubre toda y forma una doble puerta".

"Las **flechas** ("llamadas también **brazos, agujas** o **persantes**") son dos vigas de cuyos extremos salen dos cadenas de hierro que asidas a la cabeza del tablero levanten el puente. El centro del movimiento está en medio de su longitud, de suerte que quando tienen situación horizontal, la mitad sale fuera de la muralla, quedando dentro la otra mitad".

"El **contrapeso** se hace en la parte interior, de maderos cruzados en forma de aspas y se proporciona a la gravedad del tablero para que los Soldados, por medio de dos ramos de cadena, puedan con facilidad levantar y baxar el puente. Otras especies hay de puentes levadizos pero éste es el más simple, cómodo y común".

(NOTA — En la Lámina IV, figura 57, que, como todos los dibujos de este libro, es muy sencilla y elemental, hace representar un puente levadizo de carácter secundario, inferior a los descritos en la obra anterior de Taranas, por lo que no merece copiarse).

Cap. XVIII — De las Barreras

Pág. 81. — "Por **barrera** se entiende qualquiera obra de estacada o barras de madera que sirve para cerrar algún paso, asegurar las comunicaciones y detener al enemigo en las avenidas; pero las más principales son: el órgano, el peyne, el rastrillo, etc., etc." (sigue citando a otros elementos, como los caballos de frisa, erizos, chojos, etc., que pueden servir de obstáculos).

"El órgano suele ponerse detrás de la Puerta principal, en medio de la bóveda, ocupando toda la latitud; consiste en gruesas estacas, con las puntas herradas que pasando por los agujeros de un tablón horizontal, penden de un torno elevado, en que se envuelve la cuerda de cada estacada; y haciéndole rodar, caen a un tiempo todas y cierran tan fuertemente el paso que los enemigos aunque ganen o rompan la puerta, son detenidos por el órgano, que da tiempo a la guarnición

para rechazarlos. Tiene la excelencia esta barrera que importa poco el que se rompa alguna estaca porque luego cae el restante troso".

"El **peyne** o **saracinesca** es semejante al órgano y se aplica al mismo fin; solo se distingue en que las estacas verticales se fixan a otras horizontales y forman un enrejado, pendiente del torno por una cadena. Pero tiene el inconveniente que el obstáculo qu se ponga debaxo en cualquier parte, detiene toda la máquina, sin cerrar el paso, lo que no harían las estacas del órgano, por ser independientes las unas de las otras".

"El **rastrillo** es una puerta de estacas, que se abre y se cierra como las ordinarias y la común barrera, que se pone cerca de los Cuerpos de Guardia, en medio de los puentes de comunicacion, en las Plazas de Armas del Camino cubierto y en toda especie de comunicación, para asegurar la tropa contra el insulto de los enemigos o tumulto del paysanage".

"El peyne y el órgano suelen llamarse también rastrillos"

(NOTA — En la misma Lámina IV — reproduce la misma Barrera o "rastrillo" copiado de Bèlidor, así como el dibujo del "Organo" y del "peine" de la obra antes citada de Le Blond — Ver copias).

———

Al par de estos Tratados de Fortificación, se producían en España algunos otros, muy poco originales en cuanto a su fondo pues solían estar escritos por eclesiásticos, profesores de Matemáticas — en Francia sucedía lo mismo — o por algunos oficiales de Ingenieros, no muy destacados pues, por lo general, los constructores de fortificaciones, como Zermeño, Feringàn, Sangenis y otros, hacían mucho y escribían poco. Se estudiaban también y a veces se traducían, parte de los innumerables Tratados con que el siglo XVIII fue inundado en toda Europa, con proyectos, ideas y, a veces, grandes fantasías, aunque otros gozaban de seria y verdadera autoridad, como Bèlidor, Cormontaigne, Noizet de Saint Paul, etc.. De entre los que aquí tengo a la vista, todos franceses, algunos no tratan de estos detalles que nos interesan pero en los otros se va dibujando, a medida que finaliza el siglo, la idea de hacer desaparecer los "peines", como opuestos a las modalidades que se imponen de hacer rebajar los relieves de las for-

talezas, a cuenta de surgir lo que nuestros autores y nuestros militares españoles van en lo sucesivo a denominar como "rastrillos", que serán unas fuertes Puertas interiores, colocadas para reforzar las entradas. Noizet de Saint Paul, Ingeniero militar francés, que escribía su obra en 1792, explica ya que "hoy no se hacen ya apenas los "peines", (traducimos del francés), que exigen altos edificios" y afirma que "una buena Puerta colocada en el mismo lugar de tales elementos vale **infinitamente más** y es más difícil de romper que tales enrejados". Esas ideas se imponen cada vez más y los viejos y primitivos "rastrillos" desaparecen, para ser sustituídos por los otros, esto es, por unas puertas interiores, colocadas al final de los pasadizos, que cobran el nombre de los "rastrillos" o "barreras" con que antes se cerraban las salidas secundarias o las avenidas de las Plazas y Fortalezas.

De todos esos autores, importa para nuestro objeto preferentemente Bèlidor, sabio Ingeniero francés que a principios ya del siglo XVIII, publicaba su valiosa obra "La Science des Ingénieurs", que iba a influenciar a todo el mundo, no solamente por lo que escribe de Fortificación sino también por lo referente a la Arquitectura Civil. La edición que poseemos, espléndida como impresión y, más aún, como láminas, realmente insuperable, es de 1830 y ello dice su importancia y aceptación.

BELIDOR — LA SCIENCE DES INGENIEURS, etc. – París 1830 – Nouvelle édition, etc.

Como es una obra extensa, vamos a permitirnos extractar lo dedicado al Capítulo de Puentes levadizos porque en lo referente a los otros "Rastrillos" o "Barreras", viene a decir lo que han expuesto los Autores antes citados, pues casi todos copiaron los dibujos e ideas de Bèlidor. Este, que escribía a principios del siglo XVIII, no había llegado aun a las ideas que más tarde se dibujan sobre la desaparición de los altos relieves de las Puertas de Plazas y Fortalezas y admitía, por tanto, los "peines" y "órganos" de las Puertas principales, si bien, con su claro sentido, hacía ya notar sus inconvenientes. Para él, la "barrera" o "rastrillo" moderno, esto es, de fines del mismo siglo eran, pues, solamente, los simples cierres de madera, colocados en las salidas secundarias o en los accesos a las fortalezas y Plazas y por

ello, se limita a dar un simple esquema del modo de hacer esas "puertas de barreras", en el que luego los demás se inspirarán (Ver copias).

PUENTES LEVADIZOS – Bèlidor se extiende siempre mucho porque explica con la mayor minucia el detalle de las obras, aun de las más pequeñas. Por ello, sería muy largo traducirle. En el Libro IV, Cap. V, dedicado a las Puertas principales, explica varios modelos de Puentes levadizos, usados por entonces e inventa uno que, mucho más tarde aunque modificado, será aceptado en las fortificaciones del siglo XIX, si bien parece que hubo algunas del XVIII que también lo adoptaron. Las copias simples de sus dibujos ayudarán a estas explicaciones.

PUENTE DE FLECHAS SENCILLO. – Es el ya descrito en parte por Taranas. Las dos flechas se prolongan en una sola pieza al interior, llevando aquí un enrejado o armadura que las une y sirve de contrapeso. El manejo es muy simple y rápido pues basta tirar a la vez de unas cadenas por lado para que el contrapeso baje y suba el puente.

PUENTE DE BASCULA. – Es el que exige una cámara baja que por no ser aplicable al Fuerte de San Miguel, no lo describimos.

PUENTE DE FLECHAS INTERIORES. – El autor anuncia ya los grandes inconvenientes de las flechas, expuestas al fuego de la artillería en los grandes asedios y que obligan a realizar la altura de las Puertas, aparte de romper la bella Arquitectura que él proyecta y dibuja para las Portadas de las Fortalezas y Plazas. Por ello, trata de que las flechas desaparezcan y las fija y coloca al interior. Pero ésto exige también una cámara alta y espaciosa detrás de las Puertas, lo que es otro inconveniente y tampoco puede aplicarse a San Miguel.

PUENTES DE ZIG ZAG. – Muy ingenioso pero complicado y tampoco aceptable ni recomendable para tan pequeña obra como el Fuerte aludido. Es un juego de cuatro flechas –dos por lado– o, si se quiere, es la partición de cada flecha en dos, con un juego de poleas y cadenas. Como las flechas exteriores son muy cortas, para evitar que sean vistas desde fuera, la suspensión de las cadenas se hace en la mitad del tablero del puente y el contrapeso está desligado del citado tablero, con unos movimientos de rotación que exigen ciertas condiciones.

PUENTE CON CONTRAPESO – PUERTA. – Es el anteriormente descrito y dibujado por Taranas. Al alzarse el Tablero, desciende el contrapeso y cierra la entrada o paso de la Puerta. El dibujo del conjunto aclarará estos movimientos, con las explicaciones allí dadas.

PUENTE DE "SINUSOIDES". – Es el inventado por Bèlidor y es muy original por su trazado. No lleva flechas sino las cadenas del puente, que se introducen a cada lado por una hendidura, donde giran sobre dos poleas sueltas o locas, tras las cuales hay un contrapeso, formado por unos pesados círculos de metal que en tanto que el puente está echado, quedan alzados. Mas en cuanto el puente se levanta, dichos círculos o cilindros se deslizan por unos carriles en curva descendente, colocados a cada lado o a cada muro del paso de la Puerta y terminan al final, donde quedan sujetos. La dificultad de este sistema es el de encontrar el exacto equilibrio entre ambas partes y, pese a su sencillez, es de cierta delicadeza en su composición y manejo.

Como el Fuerte de San Miguel lleva claramente las ranuras o cajas de las flechas aunque sean bastante cortas para alojarlas y que en muchos fuertes del final del XVIII no hubo ya, con cajas o sin ellas, más que puentes simplemente colgantes, creo ha de buscarse el procedimiento más sencillo entre los que se conocen y explican los autores, cuyos textos y figuras hemos copiado.

———

CARLOS PROMIS. – MEMORIAS HISTORICAS SOBRE EL ARTE DEL INGENIERO Y DEL ARTILLERO EN ITALIA, DESDE SU ORIGEN HASTA PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.

Estas célebres Memorias, traducidas hacia 1848 por el General Aparici sobre otra traducción francesa del General Augoyat y publicadas en 1882, dan datos históricos sobre el empleo de los Puentes levadizos y los antiguos y primitivos Rastrillos que acaso no interesen. Solamente se dirá que a ese rastrillo le llama "Peine" o "sarracinesca" y afirma que "el órgano del siglo XVII, hecho para evitar los malos efectos de los "peines", los tenía aun mayores y que esos "peines" fueron la única cosa de la fortificación antigua que sin ninguna variación

llegó a nuestros días (Promis escribía a principios del XIX, en que los dichos "peines" habían desaparecido ya de casi todas las Plazas).

A partir del siglo XVIII, se crearon o inventaron nuevos sistemas de puentes levadizos, a base de combinaciones mecánicas. Las flechas desaparecieron por completo y se convirtieron en **colgantes.**

Las dos obras especiales sobre esos Puentes, publicadas en el siglo XIX, son:

LUIS GAUTIER. — General de Ingenieros. — MEMORIAS SOBRE PUENTES LEVADIZOS, EXTRACTADAS DE VARIOS AUTORES. — Madrid 1847. — Estudia solamente los diversos sistemas de Puentes usados en las fortificaciones del tiempo, con gran copia de cálculos y tecnicismos. Fue libro muy celebrado y casi único pero no tiene nada que pueda aplicarse.

JUAN CALVO ESCRIVA. — Capitán Profesor de la Academia de Ingenieros Militares. — PUENTES LEVADIZOS. — Guadalajara 1899. — Fue obra de texto en la Academia del Cuerpo. — La breves antecedentes históricos de los Puentes y luego se dedica, como el anterior, al estudio técnico de los mismos.

Finalmente, **Don José María de Soroa,** en su obra, también de texto en la Enseñanza Militar: FORTIFICACION DE CAMPAÑA Y PERMANENTE, etc. — Madrid 1905, dice que "los puentes levadizos, aun los más sencillos, tienden a desaparecer, por no ser de construcción rápida y hoy están casi reducidos a ser empleados en la fortificación permanente" (pág. 102).

A cambio, sobre los "rastrillos" llama así a las simples "barreras" que dice "pueden ser de una o de dos hojas y en las cuales puede emplearse una puerta, utilizando alguna de ellas que se haya quitado de una casa". Da un dibujo en la figura 154, en que representa un cierre de madera de una sola hoja pero de forma igual a los de los autores del siglo XVIII. A los viejos y auténticos "rastrillos" ya no los nombra por haber dejado de existir.

Por último, vale la pena de conocer la opinión del ilustre General Almirante, en su Diccionario Histórico Militar. — Madrid 1869, que es obra muy valiosa y única en lengua española.

Sobre los "Peines" y "órganos" da las definiciones ya conocidas, con algunos detalles históricos:

"**Rastrillo**". — En forttificación es la puerta de estacas o "barrera", si se habla en francés".

Barrera. — Es nombre afrancesado, genérico de "puerta" o "rastrillo" — La Ordenanza de 1768 decía: "En caso de arma, practicarán los Oficiales de Guardia de plaza y puestos la precaución de cerrar las barreras y levantar los puentes" (Art. 37 — Tit. 5 — Trat. 6). Pero en el artículo 1º del Título siguiente dice: "abriendo la barrera o "rastrillo" para cada carruaje o acémila". **Lo castizo y técnico es RASTRILLO".**

Nos hemos permitido copiar esa larga relación de textos para que, a defecto de las obras originales, en general, muy raras y difíciles de consultar, puedan tener esa documentación acerca de los RASTRILLOS y de los PUENTES LEVADIZOS y por lo que unos y otros dicen, aplicar a los casos de los Fuertes de Santa Teresa y San Miguel lo que sea más conveniente. A lo largo de esos libros y autores, se ve la evolución de ambos elementos y si los Puentes subsisten aunque en otras formas, los Rastrillos habían desaparecido por completo a fines del siglo XVIII para ser sustituídos por otros cierres que usurparon el antiguo nombre, por el solo hecho de ser empleados en su lugar. En las anteriores indicaciones que hemos escrito, se verán nuestras modestas ideas sobre lo que pudiera ser el rastrillo del Fuerte de Santa Teresa, que, repetimos, debió ser una puerta de hierro, colocada al final de la bóveda del paso de la Puerta Principal.

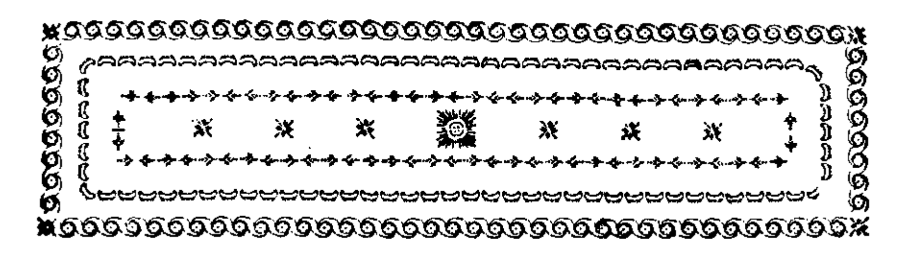
Al repasar estas hojas, escritas directa y apresuradamente, advertimos las grandes faltas que tienen en cuanto a su redacción y a la copia de los textos.

Los textos transcriptos de cada obra son auténticos y exactos, tal como aparecen en los libros originales pero por habernos limitado a copiar únicamente lo referente a los puentes levadizos y a los rastrillos, creemos ahora no haberlos presentado con toda claridad y puede hacer ciertas confusiones, sobre todo, en los párrafos en que solamente extractamos dichos textos y en las figuras o dibujos a cuyas copias remitimos, las cuales son enviadas también.

Suplicamos se nos disculpe y perdonen tales faltas y el envío de estas mismas hojas correjidas, por no disponer de tiempo para escribirlas de nuevo y mejor.

Federico Bordejé

Madrid, Marzo de 1958.



ARQUITECTURA MILITAR

BREVES INDICACIONES SOBRE LOS RASTRILLOS Y PUENTES LEVADIZOS

Entre los términos o voces usados en la Historia de la Fortificación, figura la palabra "rastrillo", como representación de unos elementos que aunque concuerdan en su destino de cerrar u obstruir ciertos pasos o comunicaciones, son o constituyen, sin embargo, medios o dispositivos diferentes.

Generalmente, cuando se habla de "rastrillos", se piensa enseguida en esos grandes tableros, encajados dentro del conjunto defensivo de las Puertas, que, colocados en un estrecho hueco o vacío, descendían hasta el suelo por unas también estrechas ranuras laterales, para cortar completamente el paso, cuando las otras defensas exteriores hubieran sido forzadas o destruídas. Esos rastrillos constituían el elemento más fuerte y eficiente de las entradas de las fortalezas y como su presencia está aun visiblemente señalada en infinidad de construcciones medievales, su conocimiento se ha generalizado, centrando en tales aparatos el completo significado de la palabra que los representa.

Pero en la fortificación abaluartada, cuando la táctica de los asedios cambia y se desarrolla e impone el uso de las armas de fuego y de ciertos explosivos, esos accesorios comienzan a sufrir una serie de transformaciones que a fines del siglo XVIII terminarán con su absoluta desaparición, para ser sustituídos por otros dispositivos, a los cualee en España se dará el mismo nombre de "rastrillo", por la afinidad que estos nuevos elementos poseen con los anteriores en cuanto a su situación y hasta en su estructura. Los nuevos "rastrillos" serán unas simples puertas de hierro y, en ocasiones, de madera, formadas con barras o vigas y colocadas en los mismos o parecidos lugares, para componer el doble cierre que antes desempeñaban los antiguos. Esa designación era realmente muy acertada pero, por una de esas raras

causas que a veces se dan en la vida de algunas palabras, esa exacta acepción o significado del "rastrillo" iba a olvidarse, hasta el punto de que, a pesar de seguir existiendo hoy mismo dichos elementos o puertas en los Fuertes modernos y hasta en las Prisiones ,donde aun se les llama con tal nombre, el Diccionario de la Real Academia española iba también a olvidarse de este significado, para no registrar más que del rastrillo medieval y otro aplicado a otra clase de puertas, absolutamente secundarias y diferentes de aquéllas. Igual sucede en el referido Diccionario al menos en el de la 14ª edición que poseemos, con las palabras "peine" y "órgano", en cuanto precisamente representan al rastrillo transformado de la fortificación abaluartada, a las que, no obstante su repetido uso en todos los Tratados españoles de dicha Fortificación y ser palabras corrientes y conocidas, sin el menor extranjerismo en su formación y etimología, aun modernamente empleadas por los escritores militares con tal significación, la Real Academia las da por ignoradas, no consignando de las mismas su antiguo y claro sentido militar.

Para aclarar la evolución de ese importante elemento y de sus diversas designaciones, vamos a permitirnos hacer una breve historia del mismo y de las sucesivas aplicaciones que se dieron a unas y otras palabras.

RASTRILLO MEDIEVAL

El uso y mecanismo de estos elementos fue conocido por los Pueblos Antiguos pues que los cierres que obstruyen o interceptan los corredores interiores de las Pirámides egipcias responden al sistema de intercalar a través de esos accesos, unas piedras o bloque cuidadosamente labrados y encajados entre sus muros laterales. En algunas Plazas griegas, como en Mantinea, se emplearon ya estos rastrillos para cortar las comunicaciones interiores y hasta las subterráneas y los romanos los usaron también, dándoles el nombre de "cataractas". En todos los Tratados militares clásicos, desde los de la célebre Escuela de Alejandría (200 años a. de J.C.) aparecen ya citados pues que Aeneas *habla de ellos y Vegecio en sus Instituciones Militares* (Cap. IV, Lib. IV) los describe acertadamente y los recomienda como elementos muy valiosos para la defensa de las Puertas fortificadas. Tito Livio, Proco-

pio y otros escritores hacen repetidas alusiones a las "cataractas" y en algunas puertas de los recintos de Roma y de Tívoli y en la de Herculano en Pompeya, pueden verse aun las ranuras o canales de estos mecanismos.

Los bizantinos, directos herederos y continuadores de las enseñanzas clásicas los emplearon igualmente en sus construcciones, donde fueron vistos y adoptados por los árabes, que los importaron prontamente a España, dejándonos unos bellos ejemplares de Puertas fortificadas con tales accesorios, que las Cruzadas se encargaron de transmitir después a toda Europa. Al contrario de lo sucedido con otros elementos, como los matacanes y puentes levadizos, aquí tardíamente implantados, por poseer otros medios anteriores que, con ventaja, hacían sus veces y de los que aquéllos se derivaron, en España los rastrillos fueron aplicados desde muy antiguo y su uso se generalizó constantemente pues que hasta en los Castillos señoriales del final del siglo XV se encuentran sus alojamientos y ranuras. Por desgracia, sus tablero debieron ser sistemáticamente destruídos y hoy solamente poseemos el de la puerta del recinto de Valderas en León y el de la Puerta de Valmardón en Toledo, que permanecen todavía en su lugar. El de la Puerta del Sol del mismo Toledo se conservaba también hace unos años aunque alzado. Ignoramos si continúa existiendo o ha sido ya desmontado.

La posición de estos rastrillos radicaba de ordinario al interior de los pasadizos, si bien en algunos Castillos del siglo XV —Mesones, Turégano, etc.—, que no podía mantener puentes levadizos, llegaron a colocarse en la rasante de los muros para formar la primera defensa exterior de sus puertas. En muchos casos, como se ve en Avila, Ciudad Real, etc. los rastrillos interiores estaban precedidos por unas "buheras" o "buhederas", que eran unos agujeros regulares abiertos en las bóvedas, para batir verticalmente a los asaltantes que, forzando las puertas, hubieran llegado al pie de los rastrillos y trataran de destruirlos o incendiarlos. En otras fortalezas, hubo rastrillos dobles o repetidos, como sucede en las de Moeche y Pedraza de la Sierra o se los alzaba en puertas indirectas o secundarias, según ocurre en el Real de Manzanares.

La forma o estructura de los rastrillos medievales era comúnmente la de unos recios tableros de madera, sujetos y cruzados con bandas de hierro y terminados en unas fuertes puntas que, al caer, se hinca-

ban en el suelo. Su superficie era totalmente compacta, salvo unas saeteras abiertas a conveniente altura para el tiro de los ballesteros. Se dice que hubo algunos rastrillos formados solamente por barras de hierro trenzadas, al modo de las hojas de las puertas que existieron y en parte se conservan, los Castillos de Tieba de Navarra y de Maqueta. Pero no se conocen ejemplares de esa clase y es difícil admitirlos porque, dados los usos del ataque medieval, era necesario que el cierre fuera hermético, sin huecos por los que se pudiera atacar ni herir a los defensores. Este procedimiento se empleará más tarde en la fortificación abaluartada porque las armas de fuego impondrán nuevas modalidades para el ataque y defensa de las Plazas.

Condición **absolutamente indispensable** para la instalación de los rastrillos era que fueran **totalmente invisibles** y esta condición subsistió hasta lo último y, como se verá, fue precisamente la causa de su desaparición al final del siglo XVIII. No se conoce ningún caso de un rastrillo alzado al aire sobre las murallas porque hubieran sido fácilmente destruídos, aparte de servir de índice o mira segura de los tiros de los aparatos balísticos medievales y, más aun, de las piezas artilleras. Además, en muchos casos, convenía ocultar su existencia.

Los rastrillos eran siempre de mayores dimensiones que las Puertas o pasadizos a los que habían de cubrir, lo que originaba esa forzosa altura de los muros para elevarlos y ocultarlos. Si la Puerta poseía una cámara superior en qué alojarlos, como las tienen las Puertas y Puentes de Toledo, los tornos necesarios para su manejo se colocaban en ellas. En caso contrario, dichos tornos se alzaban en lo alto de los adarves, protegidos por los almenajes. Viollet-le-Duc, el genial arquitecto francés y gran divulgador de la Arquitectura militar medieval, aunque le faltó por conocer la española, mucho más antigua y original, que le hubiera proporcionado muchos datos y soluciones, cita y dibuja algunos casos en que los tornos y poleas para el manejo simultáneo de los rastrillos y puentes levadizos estaban combinados, a fin de facilitar la rapidez de su maniobra. Esto no lo hemos podido comprobar en España y puede responder a una de tantas fantasías de dicho autor para resolver ingeniosamente muchos problemas, ya que el mismo admite que los puentes levadizos no se aplicaron hasta el siglo XIV, en tanto que los rastrillos venían de tiempos más lejanos. La mecánica clásica y medieval aunque mucho más adelantada de lo que comúnmente se cree, era muy sencilla y clara en sus procedi-

mientos y el sistema de estos aparatos defensivos respondía a usos simples y apenas complicados.

FORTIFICACION ABALUARTADA

Como los rastrillos eran un elemento muy eficiente para el cierre y defensa de las Puertas y que éstas fueron siempre uno de los lugares más vulnerables de toda fortificación, razón de la acumulación de ellas de los mayores medios y obstáculos, la fortificación abaluartada siguió manteniéndolos aunque alterando su estructura y los instrumentos para acelerar su manejo .En las celebradas Memorias Históricas de Carlos Promis se afirma con razón que los rastrillos "fueron la única cosa de la antigua fortificación que sin ninguna variación llegó a nuestros días", esto es, a fines del siglo XVIII, en los que no obstante habían ya desaparecido. Pero el desarrollo de la nueva fortificación y las nuevas tácticas impuestas para el ataque y defensa de las Plazas, por los progresos de las armas de fuego y explosivos, hicieron evolucionar al ratrillo, tanto en su forma como en sus fines u objetivos. La ofensa y defensa alcanzaban límites y trayectorias mucho más activos y lejanos y el cañón podía romper y destrozar fácilmente a los rastrillos, una vez abiertas las puertas exteriores. Estas podían ser atacadas también con los llamados "petardos", empleados comúnmente en tal género de asaltos. Además, las citadas Puertas exteriores de las Plazas y fortalezas, situadas de principio en las caras o flancos de los baluartes, lo que proporcionaba a unas y otros una gran debilidad, fueron llevadas al centro de las cortinas, para ser defendidas por sus dos flancos y ésto, que en lo sucesivo desvió el ataque directo a las mismas Puertas, debilitó el valor de los rastrillos, mantenidos más bien con un fin algo pasivo aunque preciso, a fin de evitar las sorpresas y detener en todo caso al enemigo el tiempo suficiente para que la guarnición se rehiciera y acudiera a la defensa.

Esta evolución, bastante larga de explicar en sus detalles, produjo la alteración de la forma de los rastrillos abaluartados que, en lo sucesivo, fueron constituídos con vigas o maderas cruzadas, dotadas en sus pies de unas puntas ferradas para hincarse también en el suelo. Tal forma o estructura originó que el nombre de esos aparatos cambiara igualmente y a partir de allí y por su relativa afinidad en cuanto

a su figura, con los "peines", se dió sin duda lugar a que todos los Tratadistas españoles del XVI al XVIII los llamaran de ese modo, hecho continuo y positivo que la Real Academia española se descuidó en advertir. Por influencias de los ingenieros italianos, algunas veces fueron denominados también con su antiguo nombre latino de "cataractas" o coo el de "sarracinescas" que recordaba su importación oriental. Pero, en general, los "peines" relegaron al olvido a los antiguos rastrillos, cuyo nombre iba más tarde inesperadamente a resurgir, para ser aplicado a otras nuevas invenciones.

El "peine" exigía parecida construcción a la de sus antecedentes, en cuanto a la elevación de los muros y Puertas en que tenía que ser alojado. Como la composición del muro abaluartado requería grandes espesores y terraplenes, los "peines" tuvieron que ser forzosamente colocados en cámaras superpuestas a los pasadizos de las Puertas, en las que se efectuaba su maniobra con tornos y poleas. Ello obligaba a dar a esas Puertas un volumen que contrastaba con el descenso cada vez más acelerado del relieve de las fortificaciones, impuesto por los adelantos artilleros. Por ello y por el hecho de que a los sitiadores, que realizaban ya corrientemente sus ataques y asaltos por brechas abiertas en los baluartes y cortinas, convenía que las Puertas estuvieran cerradas u obstruídas, para impedir las salidas o huídas de los sitiados, moviéronse algunos de las razones de que muchos militares se elevaran contra esos aparatos, a los que consideraban como innecesarios y costosos, a causa de sus inconvenientes y de los gastos que suponía su instalación.

La sorpresa en 1597 de la Plaza francesa de Amiens, llevada a cabo por el Capitán Hernán Tello de Portocarrero y Francisco del Arco, llamado "el Sargento de las nueces", que desde entonces figuraron en su blasón, por la carga del carro con que inutilizó y detuvo al rastrillo o "peine" de la Puerta y facilitó la entrada de los españoles, dió motivo a grandes discusiones sobre la composición y hasta la existencia de aquéllos que, formados de una sola pieza, podían ser detenidos en su caída o descenso por cualquier obstáculo colocado por sorpresa al interior de las Puertas, según lo había hecho del Arco y se imitó después en varios otros casos. Por su importancia y por la situación política del tiempo, la caída de Amiens alcanzó gran resonancia y al ser más tarde recobrada por Enrique IV en persona, el

Rey francés manifestó su admiración por el ardid de del Arco, a quien mandó presentársele para felicitarle y premiarle. Este suceso hizo ya mirar a los "peines" con cierta prevención que desde entonces no fue ya atenuada. Mas se creyó resolver dichos inconvenientes, mediante la reforma del "peine", formándolo con vigas aisladas e independientes, suspendidas por sendas cadenas, las cuales podían ser descendidas a la vez, como los rastrillos o, en casos como el de Amiens, sueltas, de modo que cerraran los vacíos laterales dejados por los obstáculos —carros, coches, banquetas, etc.—, introducidos por sorpresa por los asaltantes. Por afinidad acaso con sus tubos, se dió el nombre de "órgano" a esta nueva forma o aparato y como tales figuraron designados en todos los Tratados, sin que tampoco la Real Academia anotara este claro y corriente significado.

Los "órganos" tuvieron también sus detractores pero hasta fines del siglo XVIII siguieron siendo empleados, al mismo tiempo que los "peines". Dándose a veces casos de que muchos años después de su completa desaparición, fueran construídos sin embargo rastrillos improvisados, como se ve aun en el imponente Castillo medieval de Molina de Aragón, largamente utilizado, por su excelente posición estratégica y sus amplias y recias defensas, en las Guerras Civiles del siglo XIX, en una de cuyas Puertas, abierta en las mismas Guerras, fue colocado un rastrillo todavía subsistente, formado por una simple reja de hierro, encajada en unos bastidores o ranuras de madera, colocados a sus lados.

RASTRILLOS DEL SIGLO XVIII

Hasta los últimos tiempos de este siglo, los "peines" siguieron instalados en las Puertas, a veces, monumentales y artísticas, de las Plazas y Ciudadelas, tal como las dibuja Belidor. Pero los grandes progresos de la artillería y los perfeccionados métodos de ataque, ya practicados por Vauban y mejorados después, imponían el sucesivo descenso de los relieves o alturas de las fortificaciones, a lo que dichas Puertas voluminosas y elevadas se oponían, por la forzosa existencia de las cámaras de los rastrillos. El destino positivo de éstos disminuía también y no compensaba el citado inconveniente ni los gastos que su instalación suponía, aparte de la real dificultad de su manejo en un momento dado pues que obligaba también a una continua vigi-

lancia de soldados; especial y constantemente dispuestos a su rápida maniobra. El notable ingeniero francés Noizet de Saint Paul, apuntaba en su Tratado de 1792 que en el tiempo no se construían ya los "peines", "que exigen altos edificios" y afirmaba que "una buena Puerta de hierro, colocada en su lugar, valía infinitamente más y era más difícil de romper que aquellos enrejados". Esta solución fue seguramente admitida mucho antes de que dicho autor la propusiera y los "peines" desaparecieron de las Puertas fortificadas para ser sustituídos por otras puertas interiores, formadas con barras de hierro o vigas de madera, situadas en los pasadizos de las entradas, en el mismo o aproximado lugar en que descendían los rastrillos. Esas nuevas puertas solían colocarse, bien al final de la bóveda de los ingresos, como refuerzo o 2º cierre de los mismos o entre los pabellones adosados o contiguos de los Cuerpos de Guardia, por lo que en muchas fortificaciones podía haber y hubo varios "rastrillos" o puertas de esta clase. Por la afinidad resultante de su objeto o misión, el lugar de su colocación y hasta por la composición de su enrejado de hierro o madera, se dió el nombre de "rastrillos" a estos nuevos elementos y ese nombre ha subsistido y subsiste hasta hoy mismo pues que en nuestros Fuertes aun guarnecidos se llama así a esas puertas interiores y en las Prisiones españolas se da igualmente el nombre de "rastrillos" a esas mismas puertas de hierro, colocadas detrás de las Puertas principales y, también, como cierre del ingreso a las diversas galerías en que residen o están las celdas de los presos.

Esta es la verdadera acepción y significado de esa palabra en las fortificaciones, desde el siglo XVIII hasta nuestros días y como tal ha de entenderse, a pesar, insistimos, de que la Real Academia española se haya olvidado de tan corriente y calificada aplicación.

RASTRILLOS - BARRERAS

Pero a mediados del siglo XVIII o antes, el arcaico y abandonado nombre del rastrillo adquiere de pronto otro uso muy vulgarizado y admitido por los autores militares aunque sea bastante impropio y, en cierto modo, desnaturalizado al fin a que va a ser dedicado.

En el desarrollo de la fortificación abaluartada y aparte las poternas, se hacía necesario abrir unas puertas o portillos, secundarios aunque muy útiles, en las plazas de armas de los caminos cubiertos

que, como se sabe, eran el límite extremo de toda fortificación. Dichos portillos servían para que la guarnición pudiera salir rápidamente a destruir las obras de los sitiadores y para asegurar su retirada cuando por fin fuera rechazada. Se imponía también proveer otras puertas, asimismo elementales o secundarias, para cerrar las avenidas o caminos que conducían a las fortalezas y colocar en ellas puestos o destacamentos que avisaran con tiempo la aproximación del enemigo, a fin de cerrar las Plazas y prevenir su defensa. Entonces se crea lo que los franceses llamarán "barreras" y a lo que inesperadamente los españoles darán el nombre de "rastrillos", quizás porque como las puertas de esas barreras estaban formadas por simples vigas o entramados de madera, esa forma vino a recordarles la estructura de los "peines", de igual modo compuestos y para distinguir a unos y otros se les ocurrió sacar a plaza el nombre del antiguo rastrillo.

Todos los tratadistas españoles del siglo XVIII hablan de estos "rastrillos" y los dibujan, según el modelo impuesto por el ilustre ingeniero francés Mr. de Bélidor, cuyas obras influenciaron a todos los ingenieros militares y aun civiles hasta en el siglo XIX. Algunos de ellos los denominan con el nombre de "barrera", al que el General Almirante, con cierta ultranza, consideraba como notable galicismo aunque la "barrera" fuera una voz muy usada en las Crónicas medievales españolas para designar precisamente a un gran elemento de la fortificación antigua, casi únicamente empleado por nuestra Arquitectura militar, como eran los recintos exteriores de los Castillos de la Edad Media, directamente derivados de los "antemurales" latinos, apenas imitados fuera de España.

Este nuevo género de la "barrera" abaluartada tiene también su ejecutoria pues que en todo tiempo los caminos o accesos a las fortificaciones estuvieron vigilados y defendidos, de trecho en trecho, o, por lo menos, a una prudente distancia de las Puertas de las Fortalezas. Los griegos fortificaban sus Vias con redientes, cortaduras o empalizadas. Philon de Bizancio recomendaba la colocación de Torres destacadas, que fueron el origen de las Torres albarranas aisladas, alzadas por los musulmanes en España. Esas defensas o puestos avanzados se continuaron, como era lógico, a través de toda la historia de la fortificación pues que la vigilancia de los referidos accesos —vías y puentes— fue siempre cosa natural y obligada.

En los Tratados españoles del siglo XVIII, anteriores a la desaparición de los "peines" y "órganos", se emplea pues, la palabra "rastrillo" para designar a esas barreras o puertas de travesaños y vigas de madera, colocadas en las salidas de los caminos cubiertos o en los accesos o avenidas de las Plazas. La Real Academia admitirá esta acepción de la "fortificación moderna" definiéndola como "puerta de una empalizada, cuyas estacas o listones están aguzados en la parte superior", olvidándose, repetimos, de su verdadero y exacto sentido, aplicado a las referidas puertas interiores que refuerzan las entradas y galerías de los Fuertes y Prisiones, donde la voz "rastrillo" se emplea, como decimos, corriente y muy acertadamente.

Sucedía muchas veces que cuando esos puestos o "rastrillos" avanzados estaban bastante alejados de las Plazas, estuvieran dotados de unos "tambores" o especie de reductos aspillerados, para albergue del destacamento y para constituir el primer escalón de la defensa, que diera la alarma a la Plaza o Fortaleza. Por ello, podían poseer también algunos fosos, cortaduras u otros mayores elementos y hasta podían estar combinados con otros puestos-atalayas, según la posición del "rastrillo" y de la Plaza o el relieve del terreno.

En los informes y planos que conocemos del siglo XVIII y en los de las fortificaciones muchas veces improvisadas de las Guerras Civiles del XIX, los "rastrillos" representan a las mencionadas puertas secundarias de las fortificaciones y a esos puestos previsores y destacados en las avenidas de las Plazas. Pero, por extensión, llegó a darse el mismo nombre a otros elementos diferentes, como eran los recintos que, al igual que en muchos Castillos medievales, se colocaban ante las mismas puertas de las fortalezas para cubrirlas, defenderlas e impedir sus sorpresas. Esta clase de "rastrillos" solían tener su entrada abierta y aun disimulada en uno de sus costados y presentaban al enemigo un frente flanqueado y aspillerado.

Finalmente, llamáronse también "rastrillos" a cualquiera otra puerta secundaria o interior de una fortificación que no fuera la principal, aun cuando no poseyera los correspondientes elementos, con tal de que estuviera simplemente vigilada por guardias o centinelas.

La palabra "rastrillo" representa, pues, en fortificación a la puerta de hierro colocada detrás de las hojas o portones de la entrada exterior, para doblarlos y reforzarlos. Esas puertas o "rastrillos" pueden

estar repetidos y hasta multiplicados, según el trazado o la estructura de la fortaleza. Su objeto o destino corresponde al de los auténticos rastrillos o "peines" antiguos, a los que se parecen y por ello se les aplica tal nombre, en su composición y figura, por consistir de ordinario en barras simplemente cruzadas o trenzadas, fuertemente cerradas y aseguradas por dentro. Así son llamadas todavía en los Fuertes actuales y, a veces, hasta cuando esas puertas de hierro interiores no existen, se designan así, por costumbre y tradición, a los puestos situados en las entradas de esos Fuertes, en donde residen los destacamentos encargados de su guardia y vigilancia.

PUENTES LEVADIZOS

Aunque desde los tiempos prehistóricos el foso haya constituído uno de los elementos esenciales de todas las obras defensivas, los Puentes levadizos no poseen la antigüedad de los rastrillos o "peines". Esa clase de puentes fue conocida por los Antiguos pues que el principio de los "Heliópolos" o torres móviles, empleadas para el ataque de las Plazas, residía precisamente en esos puentes o tableros, colgantes, lanzados sobre los adarves para dar paso á los asaltantes. La poliorcética medieval empleó esos "Heliópolos" con el nombre de "Bastidas" aunque por la complicación de su construcción y la pesadez y dificultades de su manejo fueran al final abandonados.

La existencia de los verdaderos puentes levadizos no está debidamente comprobada hasta épocas relativamente recientes, pues si los Pueblos Antiguos y Clásicos y, más tarde, los bizantinos y musulmanes emplearon naturalmente los fosos, sus accesos eran salvados por pasarelas o tableros móviles, fácilmente desmontables en caso necesario.

Sobre los puentes levadizos se ha fantaseado muchísimo en lo que respecta a los Castillos antiguos, en los que todo el mundo quiere verlos. En España, debieron usarse muy poco pues basta ver muchas construcciones para apreciar la falta de sus instalaciones. Además y en contra de lo acostumbrado en las fortalezas extranjeras, los puentes levadizos aquí empleados fueron casi siempre **colgantes,** sin las flechas ni otros accesorios adoptados por fuera, sobre todo, en Francia.

En la realidad, se conocen pocos antecedentes sobre la historia

de esta clase de puentes. El Capitán Calvó Escrivá, Profesor de la Academia de Ingenieros militares de Guadalajara, en un libro especialmente consagrado a su estudio, que parece fue uno de los últimos publicados sobre la materia, afirma que los Pueblos antiguos usaron más bien de las pasarelas móviles y que consta que desde el principio del siglo X se construían puentes "corredizos", semejantes a los atribuídos al siglo XIII por Viollet-le-Duc, sin grandes fundamentos para ello. Atribuye también al monje ingeniero Gondulfo la invención del puente levadizo de flechas, aplicado hacia el año 1080 en los Castillos de Inglaterra. Pero, como sucede casi siempre en todos los temas referentes a la Arquitectura militar antigua, apenas seriamente estudiada, las afirmaciones históricas de este Profesor son tomadas de segunda mano y si su obra, al igual que la del General Don Luis Gautier, parecen muy importantes en cuanto a los estudios de los puentes levadizos de las fortificaciones del siglo XIX, en lo que concierne a los tiempos pasados se dejan llevar por otros autores, acaso no debídamente seguros y fundados. Uno de esos autores fue el genial Viollet-le-Duc antes citado, cuyas obras sirvieron de fuente de inspiración a todos los eruditos o profesionales que se propusieron tratar de estas cuestiones, harto confusas y enigmáticas.

En las ya citadas Memorias Históricas del italiano Carlos Promis, escritas a fines del siglo XVIII aunque no divulgadas hasta bien entrado el XIX, se afirma que hasta el siglo XII no fueron aplicados los puentes levadizos a las puertas de las obras fortificadas. Mas por la experiencia que tenemos de los Castillos españoles, creemos poder convenir con Viollet-le-Duc que el empleo de esos puentes no se generalizó hasta el siglo XIV y aun en este tiempo, las referidas pasarelas móviles, que por su sencillez y eficiencia suplían con ventaja a aquéllos, siguieron siendo utilizadas en muchas fortalezas medievales.

Cuando los puentes levadizos adquieren todo su valor es con la Fortificación abaluartada que, al imponer el uso imprescindible de los fosos y determinar fijamente sus dimensiones o medidas, dictando al mismo tiempo las reglas o normas a que han de sujetarse los métodos de ataque y defensa de las Plazas, convierte a los puentes en un elemento absolutamente indispensable.

Es entonces cuando se crean e inventan los diversos y sucesivos sistemas. En principio, los puentes se clasifican en colgantes y de fle-

chas, los cuales son distintamente aplicados, según las tradiciones del lugar o del país y las modalidades constructivas o fortificadoras, bien de las mismas fortalezas o de quienes las proyectan y edifican. Más tarde y por la preponderante influencia que en el Arte adquiere la Escuela francesa, donde los puentes de flechas vienen ya desde la época medieval, esta clase de puentes se impone, a pesar de sus inconvenientes, cada día más crecientes y todos los Tratadistas de la fortificación los aceptan y describen minuciosamente.

Pero a finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, cuando la artillería va alcanzando ya una relativa fijeza y rapidez de tiro, los ingenieros empiezan a ver las desventajas de esas flechas, que son varias y algunas peligrosas: Por el solo hecho de ellas y según su posición, los sitiadores pueden saber si los puentes están echados y levantados y, por lo mismo, si las Puertas de la Plaza se hallan cerradas o abiertas. Por el relieve que tienen, la artillería puede fácilmente destruirlas, haciendo descender los puentes, con el daño consiguiente para la seguridad de la Plaza. Finalmente y aparte de otros defectos, las cajas o alojamientos de esas flechas, rompen o impiden las bellas ordenanzas artísticas de las grandes y monumentales fachadas, dadas a las puertas de Plazas y Ciudadelas. El sabio e ilustre Bélidor, creador de los más imponentes y majestuosos proyectos de esa clase de portadas, se lamenta ya de ello, además de anunciar concretamente las otras deficiencias más graves que las flechas contienen.

A partir de allí, comienza la gran evolución de estos elementos que durará hasta el siglo XX. Surgen los sistemas de las dobles flechas o en zig-zag; de las flechas interiores o invisibles, desarrolladas en altas cámaras abovedadas detrás de las Puertas; los puentes "de báscula", que exigen otras estancias bajas subterráneas; siguen los llamados puentes de "sinuosoides" mecánicos, para terminar con la completa desaparición de las flechas, sustituídas por las cadenas colgantes, movidas por aparatos más o menos ingeniosos, precisos y originales que tienden a simplificar las maniobras y acelerar la subida y bajada de los puentes aunque, a veces, como en el ejemplo que hemos visto en el Fuerte de San Julián de Cartagena, tales mecanismos resulten pesados y costosos.

Por la tendencia de todos los Tratadistas y eruditos a complicar las cosas, hay infinitas variaciones y cada uno explica a su manera estos

u otros sistemas aunque después todos vengan a convenir en lo mismo. El ya tantas veces citado Viollet-le-Duc, pese a su gran autoridad, que no puede negarse, extrema en ocasiones su fantasía, como lo hace en otros temas y aunque parece referirse únicamente a la Arquitectura militar medieval, da explicaciones y dibujos que sirven para conocer el funcionamiento de todos los puentes.

Para el caso concreto que aquí nos obliga, diremos que los puentes de flechas subsistieron hasta fines del siglo XVIII en las fortificaciones más o menos pequeñas y elementales o en aquellas Plazas antiguas, colocadas en emplazamientos no fáciles de batir. Las flechas llevaban también consigo el inconveniente de descubrir la situación precisa de las Puertas y, más aun, el de imponerles una cierta elevación y altura para sus alojamientos o cajas ya que tenían una determinada longitud, en relación con la del puente y no podían dejarse tampoco visiblemente al aire porque serían inmediatamente destruídas desde lejos.

Esa es la razón por la que en muchos lugares en que aparecen cajas o ranuras no existieron sin embargo puentes de esa clase y esas ranuras sirvieron para colocar las poleas de las cadenas de los puentes colgantes.

La dificultad mayor de los puentes levadizos estribaba en el sistema del contrapeso interior que presidía a su manejo. El más sencillo y empleado era aquél en que las flechas y el contrapeso formaban una sola pieza, que giraba sobre un punto preciso y, bien equilibrada en sus pesos y proporciones, imprimía al puente los movimientos contrapuestos necesarios. Este sistema del tablero y contrapeso en un solo cuerpo inspiró también a los puentes "de báscula", a los que Bélidor reconocía como "más defectuosos aun que los de flechas y más costosos", motivo por el que también fueron abandonados.

Siguió a ello el puente formado por dos piezas, de tablero y contrapeso aislados e independientes, en que el último, al descender, formaba una puerta que obstruía por dentro el paso. Este sistema parece fue algo aceptado pero debió durar poco, por el abandono de todos los puentes de flechas y su sustitución por los colgantes. En cuanto a éstos, tuvieron, como hemos dicho, cantidad de procedimientos, a base de mecánica, que, en ocasiones, solían pecar de no ser nada sencillos, como el mencionado del Fuerte de San Julián de Cartagena, si

bien hubo otros, cual el todavía existente en la Puerta de Francia de las murallas de Pamplona, cuyo mecanismo es admirable por su lógica y sencillez (aunque dibujamos mal y que nuestros medios son harto deficientes, nos permitiremos enviar una copia del esquema hecho hace años en la misma Puerta, para que se aprecie su ingeniosa originalidad).

De modo general puede decirse que el sistema a elegir para un lugar determinado, en este caso el Fuerte de San Miguel, ha de indicarlo la propia Puerta del Fuerte pues que las Piedras nos hablan muchas veces mejor que los libros y autores. Para el fin que se desea y necesita, han de buscarle los procedimientos más sencillos, que suelen ser también los más eficientes y económicos. Todo depende de las dimensiones del foso que el puente ha de salvar y de la Puerta que debe cubrir, así como de la bóveda interior en que han de desarrollarse los movimientos del contrapeso. Por lo que se ve en las fotografías, la Puerta de San Miguel es algo alta y el foso ha de corresponderle en longitud, en tanto que las cajas de las flechas son muy cortas y parecen realmente desproporcionadas a la altura y anchura de una y otro y, por lo tanto, del tablero del puente que habrían de levantar.

Podría quizás pensarse en que el muro o cortina de esa Puerta estuviera hoy rebajado pero no debe ser así porque en la vista aérea del Fuerte restaurado se ve que la magistral de toda la construcción está allí fija, según lo enseñan los merlones y garitas de los baluartes angulares y la disposición general de las cortinas que los unen. Además, en el cuadro o rectángulo superior de la Puerta, delimitado por las cajas, se observa la existencia de un pequeña resalte, a modo de cornisa, que por su parte muestra también la terminación o altura de ese muro. Siendo extraño que en ese cuadro no existiera el acostumbrado blasón con las Armas Reales, en tanto que en el marco de mármol de los límites lusitanos-españoles, cuya fotografía se da en la página 215 de su admirable trabajo, esas Armas Reales figuran, al modo de los escudos Reales que se hacían durante el reinado de los reyes Carlos III y IV.

Las cajas de la Puerta de San Miguel son, pues, muy cortas para que en ellas se alojaran y ocultaran a la lejanía las flechas de su puente que, por lo que se ve del foso, (pág. 395), había de contar con

un tablero bastante largo y pesado. Ello pudiera hacer imaginar si en el citado puente no hubo por fin flechas y las cajas sirvieron para la colocación de las poleas sobre las que habrían de correr las cadenas correspondientes. El examen detenido del lugar dará seguramente la buena solución, así como la citada composición de la bóveda interior, que, de haber existido el puente, guardará seguras huellas.

Habría que pensar también si el puente llegó a ser instalado realmente o no pasó de proyecto, lo que sucedió bastantes veces en algunas obras. En el plano de 1775 que se publica, el foso no está suficientemente claro en su trazado y extensión y parece más bien un foso inacabado o en vías de excavación entre los flancos de ambos baluartes. De haber estado ya ultimado o dispuesto, el foso y el mismo puente hubieran sido acusados limpiamente, con las líneas y trazos acostumbrados.

En el informe publicado en la página 218, del Ingeniero Don Joaquín del Pino, la fecha debe estar equivocada pues en 1742 el Fuerte de Santa Teresa no existía y seguramente el actual de San Miguel tampoco pues su planta y trazado parecen corresponder a tiempos más bajos de los que se dan como la primitiva fundación de los portugueses en 1737. Ayuda a ésto el hecho de que en otro plano de ese mismo Ingeniero, conservado en Madrid, precisamente referente al terreno comprendido entre el Arroyo Cufré y el Fuerte de Santa Teresa, plano que no conocemos, figura el año 1785 y la diferencia entre éste y el de 1742 del Informe es largo plazo para la vida activa de un ingeniero. Como en el referido informe se limita muchísimo la utilidad y el valor del Fuerte de San Miguel y se le reduce y dedica a una misión muy secundaria, cabría pensar si los anteriores proyectos que existieran para reforzarlo y mejorarlo, entre ellos, el de la instalación del puente levadizo, fueron dados de mano.

MODESTAS OBSERVACIONES SOBRE LOS FUERTES DE SANTA TERESA Y DE SAN MIGUEL

Parecerá a Vd. quizás, mi respetado Señor Arredondo, algo ligero y atrevido que sin conocer personalmente dichas construcciones, me permita exponer algunas ideas sobre ellas, guiado solamente por su admirable trabajo, verdadera revelación a la que debo el conocer su

no menos admirable personalidad y la hermosa obra, en todos los órdenes y por todos los conceptos, que Vd. ha realizado. Enemigo en principio de las restauraciones, por los grandes peligros que hay en ellas para la auténtica integridad de los monumentos y por la corriente ligereza con que muchas veces se hacen, he de reconocer y así lo he expuesto aquí en algunos medios competentes, que lo efectuado por Vds. puede servir como modelo de estudio, escrupulosidad, respeto y veneración a esas nobres Piedras, que recuerdan páginas seguras e ibmorrables de nuestra común Historia.

Contando con su bondad, voy a permitirme expresarle algunos pensamientos que la detenida lectura de su trabajo me sugiere:

Lo primero será lo concerniente al 'rastrillo" del Fuerte de Santa Teresa, del que creo que no haya existido nunca ni podía existir, si concebimos a dicho elemento en su auténtica forma del "rastrillo" o "peine".

En las Notas que anteceden, verá Vd. la estructura de esos accesorios y las modalidades que imponían, en cuanto a la construcción de los muros y puertas para sus alojamientos. En la primera lectura me sorprendió que en esa Puerta se conservaran "los huecos dejados en el muro por los empotres originales" y aunque no sé cómo son esos huecos, no puede pensarse en la existencia del rastrillo, a no ser que tales huecos pertenecieran a una concepción anterior que lo proyectara y luego lo dejara sin efecto, lo que parece difícil pues aunque en el plano parcial publicado en la página 85, aparece el trazado de una puerta monumental y realzada, cabe dudar, para una construcción como Santa Teresa, situada en despoblado, de tal monumentalidad y amplitud y ese plano pudiera ser uno de tantos ejercicios "de academia" como hacían los ingenieros, que frecuentemente se excedían en formular proyectos, a sabiendas de que eran irrealizables.

La sola vista de la Puerta, cuyas proporciones, por cierto, son amplias y extremadas, está diciendo que el rastrillo—peine no pudo nunca existir porque esa bella Puerta está bordeada por el cordón de la línea magistral de todo el Fuerte y sobre ella no pudo alzarse nada que permitiera alojar tal aparato. Los dibujos y fotografías de la Puerta, por delante y por detrás, son terminantes. Esa Puerta y su cortina están intactas y sobre ellas corren los dos cordones, también originales, que señalan la magistral de las cortinas y la bordura

de los parapetos, en la debida relación con los de los contiguos baluartes, sin poder admitir un anterior realzamiento de la super-estructura de la Puerta, conforme lo hubiera exigido un rastrillo de esa clase.

Abona también a ello la extraña configuración de esa misma Puerta, desprovista en absoluto de toda defensa exterior, lo que, dadas además sus proporciones, la hacía completamente frágil y vulnerable pues aunque colocada en el centro de la cortina, flanqueada y defendida por los contiguos baluartes, podía ser batida desde lejos y es cosa extraña que una Puerta semejante no contara con ningún obstáculo externo que la cubriera, según se ve en el foso, de la de San Miguel. Esto ha contribuído a mi idea de que Santa Teresa no fue nunca terminado, como por muchas causas y razones sucedió con muchas otras fortificaciones similares.

Hay que creer, pues, que el único rastrillo que pudo haber en esa entrada hubo de ser esa Puerta de hierro interior de que hablo anteriormente, cuyo dibujo me permitiré también hacer, según las he visto en algunos Fuertes relativamente modernos y en las Prisiones. Acaso, esos huecos que existen pudieran ser los destinados a encajar las referidas Puertas interiores, al final de la bóveda de entrada, cosa corriente y admitida a fines del siglo XVIII y, más aun, a principios del XIX.

En la página 213 se indica "que nunca existió el muro de contención interior de la explanada correspondiente a la cortina del Oeste, en cuyo centro se encuentra la entrada principal", lo que parece referirse al terraplén de esa cortina. Si no hubo ese terraplén interior, la bóveda del ingreso quedó sumamente acortada en su fondo o profundidad pues habrá quedado limitada al espesor del muro o paramento exterior y ésto puede explicar la extraña inexistencia de los dos pabellones del necesario Cuerpo de Guardia —Oficial y tropa— que solían estar adosados a dicho terraplén para prolongar el pasadizo y poder colocar, a veces, duplicadas, dichas Puertas-rastrillos, únicas, insistimos, que podían existir allí como tales.

Que Santa Teresa quedó sin acabar, según Vd. apunta, es cosa bien demostrada por la falta de esas construcciones interiores de los planos parciales y por otros detalles de mayor importancia. El Fuerte fue planeado en principio con bastante extensión y con la idea de una obra segura y completa, como lo demuestra la elección del pentágono

y su desarrollo que, aunque probablemente impuesto por el terreno, lo aproximan por su trazado a aquellas fortificaciones permanentes llamadas Reales, por su especial importancia. De haber sido terminado, su conjunto hubiera constituído una verdadera obra Real, como lo fueron el Real Felipe del Callao y San Juan de Ulloa de Veracruz que aunque regulares y dotados de fosos, caminos cubiertos y plazas de armas se le aproximan en muchas cosas. Con razón pueden decir que Santa Teresa fue un de las fortalezas más principales de la América del Sur pues que, salvo las de Puerto Rico y La Habana, la Plaza completa de Cartagena de Indias, la Ciudadela de Montevideo y los ejemplos citados del Callao y Veracruz, no creo hubiera otro que le superara porque los innumerables fuertes con que se cubrieron las costas del Pacífico y del mar de las Antillas eran construcciones muy irregulares y limitadas en sus trazados y casi siempre se salían de las reglas del Arte abaluartado aunque muchas de ellas resultaran admirables y hasta precursoras a los fines que cumplían. Todo, incluso su edificación en sillería, hace ver que la idea que presidió a la erección de Santa Teresa fue la de hacer una importante y perfecta fortificación, llave del terreno en que se emplazaba. Pero, al final, el fuerte quedó muy indefenso por la falta de aquellos elementos con que debía contar.

Si se miden ángulos y líneas, se verá que obedecen a los principios de la buena fortificación del tiempo. En cuanto el terreno lo consiente, todo viene a estar bien concebido y dispuesto, en cuanto a flanqueamientos y direcciones de tiro. Mas el Fuerte quedó descubierto, por no contar ninguna defensa exterior, ni siquiera en la Puerta y la sola configuración y altura del terreno no podía bastarle, más, contando con el bajo relieve que la obra tiene.

En el plano de la página 71 —el más completo— se ve proyectado el foso, al menos en el frente del baluarte de San Carlos y de sus adyacentes, que parece debió ser el frente destacado y principal contra los posibles ataques. Esos fosos, así como los indispensablee algibes o cisternas, pudieron hacerse, si no por barrenos y explosivos, poco recomendables, por medio del picado, tal como en España los tenemos en numerosos ejemplos. Picar o excavar la roca viva y muchas veces "peinarla" o alisarla, no eran trabajos capaces de detener a ningún ingeniero y en el ya citado Informe de Don Joaquín del Pino se habla

de que algunas porciones del Fuerte "son cortadas en la peña viva y lo serán mucha parte de lo que falta y de los fosos". Era lo que necesariamente se imponía pues aun sin pretender que Santa Teresa se rodeara, como acaso pudo pensarse al principio, del sistema defensivo completo, tal como lo poseyeron aquellos otros que arriba señalamos, la existencia de fosos era capital para su seguridad. Por ésto y por la indefensión total de la Puerta principal, la falta de reservas interiores del agua, la singular y sorprendente posición del único polvorín que tuvo, la no edificación de los pabellones interiores proyectados, con el escaso relieve de sus muros y la ausencia de los terraplenes en la cortina de la entrada, se advierte en esa obra un gran contraste que resalta en otros pormenores cuidadosos que, como su trazado y tensión pentagonal, la disposición de sus frentes, la puerta de Socorro, su edificación en buena sillería y algunas otras cosas más, parecen denotar unas ideas de dar al Fuerte una reciura y perfección que por fin no llegó a hacerse, dejándolo de ese modo y constituyéndolo en aquella "fortaleza abierta" a que aluden los juicios y opiniones expuestos en la página 96.

He citado al polvorín del baluarte de San Juan porque es otro de los detalles que enseñan el abandono de las ideas primitivas y acaso pudiera apuntar algunas de las causas por las que la obra no fuera acabada. Por lo que se ve, el polvorín quedó igualmente a medio hacer, al faltarle la sólida bóveda "a prueba" que le era absolutamente indispensable. Pero es raro que aunque rehundido y sin relieve, se le situara sobre la plataforma y gola de un baluarte, perteneciente al que parece debió ser el frente principal. Hay ejemplos de polvorines emplazados en baluartes pero es cuando estas piezas son vacías y los almacenes se hallan cobijados bajo sus plataformas reciamente abovedadas. Colocar uno de ellos en lo alto, donde podía ser fácilmente batido y volado por los fuegos curvos de morteros, impidiendo al mismo baluarte la formación de cortaduras, en caso de brecha y asalto, es algo muy difícil de comprender aun cuando la disposición del terreno haga difícil al enemigo esa clase de tiro o de ataque.

El conjunto de estas causas pudiera llevarnos a pensar que el abandono de las obras defensivas e interiores de Santa Teresa pudiera ser atribuído, no solamente a las constantes escaseces y dificultades económicas con que la Real Hacienda española contaba de ordinario

sino acaso a la pérdida de la importancia política y estratégica del Fuerte, en razón de las vicisitudes históricas del tiempo y del terreno. Es sabido que las fortificaciones se elevaban y desarrollaban en directa relación con el enemigo al que pudieran o tuvieran que oponerse. A tal enemigo, tal defensa. En todos los países de Europa hubo Plazas que, al ser delimitadas fijamente las fronteras y constituirse en poblaciones o posiciones interiores, perdieron sucesivamente su importancia militar y fueron abandonadas o desmanteladas, por ser ya inútil su sostenimiento. Yo no conozco la historia de esa tierra pero temo que así pudiera ocurrir. Del mismo modo que el Fuerte de San Miguel quedaba reducido, según el Informe del Ingeniero Del Pino, a ser una simple contención de los "cuatreros", así Santa Teresa pudo quedar relegado al interior o destinado a una misión, en cierto modo, secundaria, para la cual no necesitaba ya su completo y pensado desarrollo. Esto pudiera explicar lo sucedido, más, teniendo en cuenta que en el reinado de Carlos III, al que corresponden los años de su edificación, hubo una gran actividad en muchas fortificaciones americanas, al menos, en las Antillas y en la América Central y del Pacífico.

Por todas esas razones, se hace sumamente extraño que una Fortaleza concebida de principio con tales bríos, quedara de pronto abandonada y realmente indefensa. Si se hubiera terminado, como creemos debió ser el pensamiento original, Santa Teresa hubiera sido una de las más espléndidas obras militares del tiempo en América. Pero aun así y por su excepcional estructura, sigue siendo un valioso y admirable ejemplo de la fortificación del siglo XVIII y un monumento digno de la estimación y cuidados con que Vds. la rodean. El Uruguay se ha honrado, al prodigar a esa noble construcción tales esfuerzos y atenciones y, sin cumplidos ni palabras que no son del caso, se puede afirmar que ese también noble país cuenta en Santa Teresa y San Miguel con unos Monumentos castrenses, magníficos e insuperables, cuya restauración, además, puede servir de modelo a cuantas pretendan realizarse.

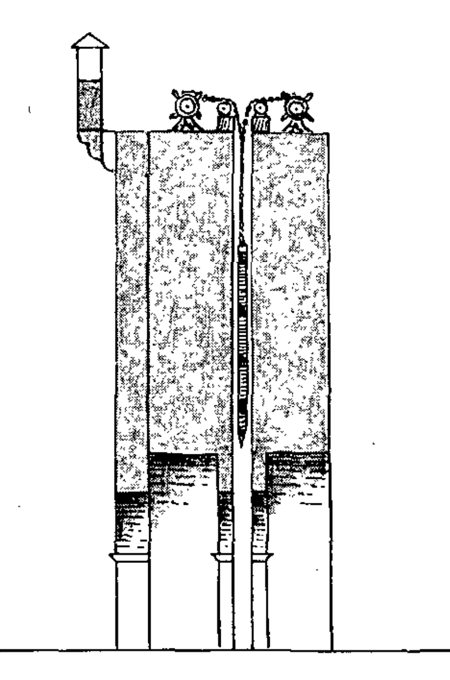
Respecto a San Miguel ya he expuesto anteriormente mis ideas sobre lo referente al puente levadizo. Creo también que es otra construcción muy valiosa, por su trazado y algunas otras modalidades, si bien me inclino a concederle un origen algo más rebajado en cuanto a fecha de la del 1737 que comúnmente pracese se le da. La excavación y restauración hechas ahora en el foso, podrán asegurar si el plano

de Lecoq en 1775, en que el foso está desdibujado e incompleto y el puente no figura, responde, como asimismo pudiera imaginarse, a una total reconstrucción sobre la base de la obra portuguesa. La disposición de los baluartes, con sus ángulos y líneas bien medidos, con la extensión e inclinación de los flancos, para componer unos ángulos obtusos y no rectos, como antes se acostumbraba y "el aire" entero de todo su conjunto, pudieran enseñar unos tiempos y concepciones, coincidentes por algunos lados con los de Santa Teresa. Pero es también una obra estimabilísima, por cuya posesión y por las atenciones que Vds. le han concedido y lo perfecto y acabado de su restauración, pueden sentir la misma satisfacción y orgullo muy legítimo que por los de su hermana mayor.

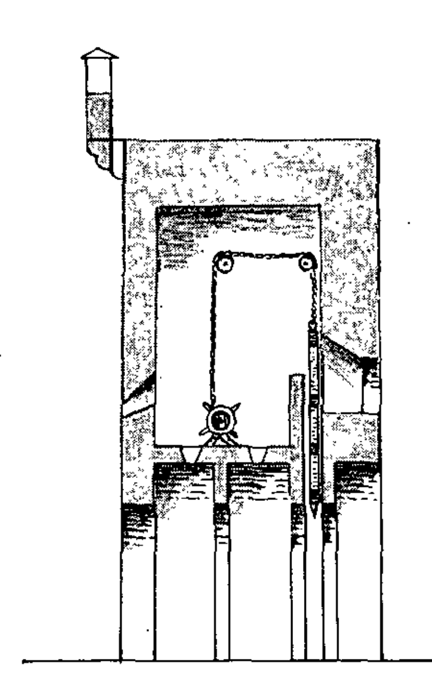
Federico Bordejé

Madrid — Marzo de 1958.

I — Rastrillos de la fortificación medieval



Rastrillo manejado por tornos desde los adarves. *(Castillos de Portillo, Mesones, Mota de Medina del Campo, Puerta de San Vicente de Avila, etc.).*



Rastrillo manejado por tornos y poleas desde una cámara alzada sobre el pasadizo de la Puerta.

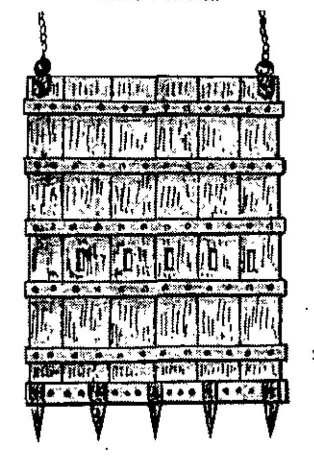
(Puertas y Puentes de Toledo, castillos de Zorita, Ponferrada, La Calahorra de Granada, etc.).

Madrid — Marzo de 1958.
Federico Bordejé

Madrid — Marzo de 1958.

II – Composición de los Rastrillos

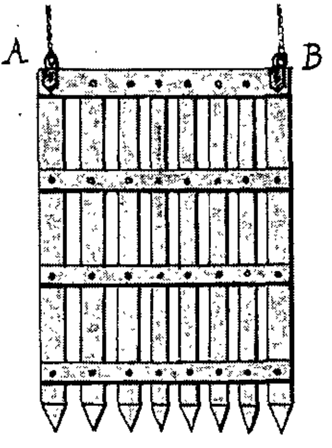
Rastrillo medieval.



Tablero de madera fuerte, con bandas de hierro y puntas de metal. Lleva saeteras.

(Puerta de Valmardón de Toledo)

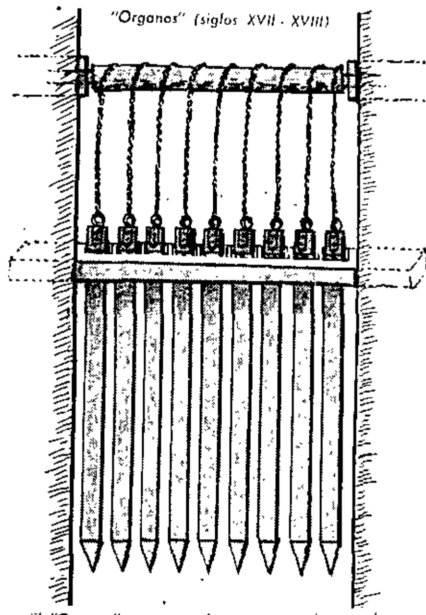
"Peine" de las obras abaluartadas del siglo XVI a fines del XVIII.



Taranas. — Lámina XIV. — Fig. 5 (ver texto). Le Blond y Lucuze, inspirados por Fernández de Medrano, hacen pender el "peine" de una sola cadena, lo que parece dificultoso por las oscilaciones que pudiera tener en su descenso.

(Ver dibujos siguientes)

"Organos" (siglos XVII - XVIII)



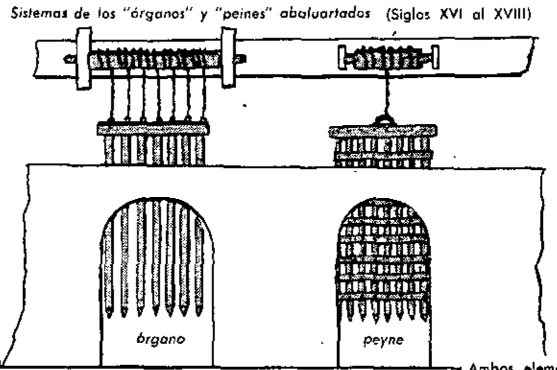
El "Organo" se caracteriza en que cada una de las rejas está suelta e independiente de las otras. Lucuze es el único que, con Le Blond, dibuja este sistema pero, como todos los de su obra, es dibujo tosco y simple. Enrolla a las cadenas de las vigas en un rodillo móvil, cuyos ejes penetran en dos piezas laterales fijas. Pero ni él ni los demás autores explican ni enseñan el modo o sistema de accionar dicho rodillo para descender o subir el "órgano" y sobre todo, de las vigas sueltas que fuere necesario bajar hasta el suelo, si las otras fueran interceptadas por algún obstáculo. A ello podían darse varias soluciones. El órgano, como el "peine" o rastrillo, desapareció a fines del XVIII, para ser sustituido por Puertas fijas de hierro.

(Ver textos y dibujos siguientes).

Madrid — Marzo de 1958.

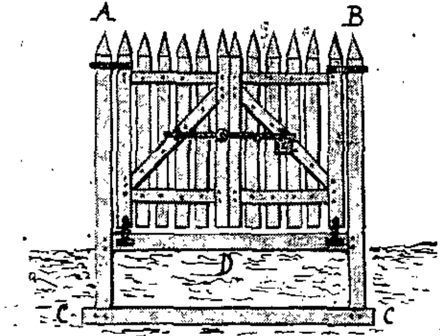
Federico Bordejé

Sistemas de los "órganos" y "peines" abaluartados (Siglos XVI al XVIII)



Le Blond. Lámina XII. Figuras 3 y 4. Edición francesa de 1764. Lucuze. Lámina IV. Figura 63. (Ver textos).

Ambos elementos desaparecen a fines del XVIII.



"Rastrillo" o *"barrera"* para cerrar las salidas secundarias de las fortificaciones o para cerrar los accesos exteriores a las mismas (siglo XVIII).

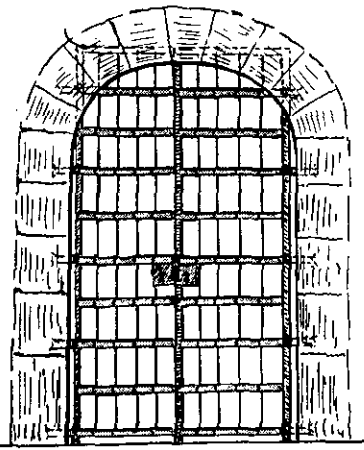
Bélidor. Lámina 20. Fig. 15.
Lucuze. Lámina XV. Fig. 56.
Taranas. Lámina XV. Fig. 5.
Le Blond. Lámina X. Fig. 3.

Ver textos.

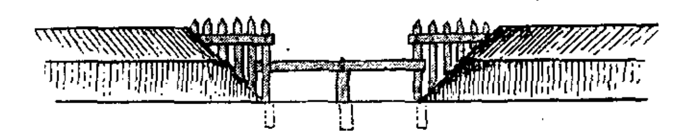
En otros Tratados hay algunas otras variaciones de estos "Rastrillos"; pero todos son compuestos a base de los elementos de éste.

Como dice el General Almirante en su valioso Diccionario (ver copias) la palabra "barrera" aplicada a estas obras, fué tomada del francés y los militares españoles les dieron ligeramente el nombre de "rastrillos", con el que se designaba a los Puertas interiores de hierro de las fortificaciones, que los habían sustituido y que eran entonces los verdaderos "Rastrillos".

III — "Rastrillos" del siglo XVIII



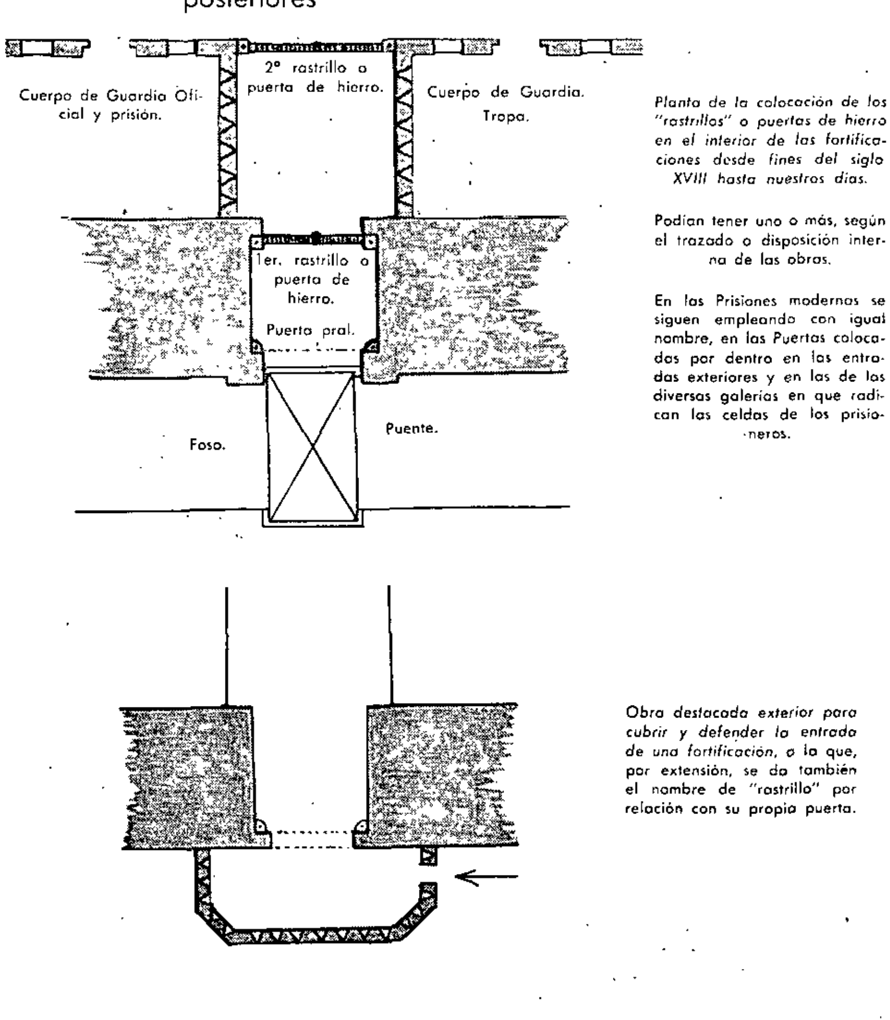
"Rastrillo" o Puerta barreada de hierro que desde fines del siglo XVIII sustituyó en las fortificaciones al elemento medieval, del que heredó el nombre por la afinidad de su colocación y funciones. Es *el verdadero "rastrillo" de las obras posteriores del* XVIII y XIX y se sigue aun empleando hoy, con igual designación, en los Fuertes y en las Prisiones modernas, donde sirven para cerrar o reforzar interiormente las Puertas exteriores y las entradas a las galerías en que están las celdas de los presos. *(Ver notas).*



"Rastrillo" o barrera giratoria. "Vauban — Traité de l'Attaque et de la Défènses des Places. Edition de La Haye — 1742 — Planche N° 3.

Madrid — Marzo de 1958.
Federico Bordejé

IV.— Plantas de los diversos "rastrillos" empleados en las fortificaciones de fines del siglo XVIII y posteriores

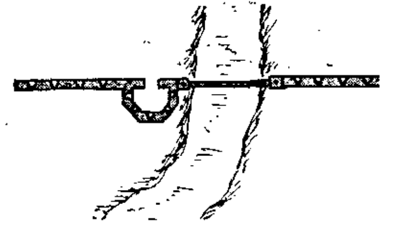


Planta de la colocación de los "rastrillos" o puertas de hierro en el interior de las fortificaciones desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días.

Podían tener uno o más, según el trazado o disposición interna de las obras.

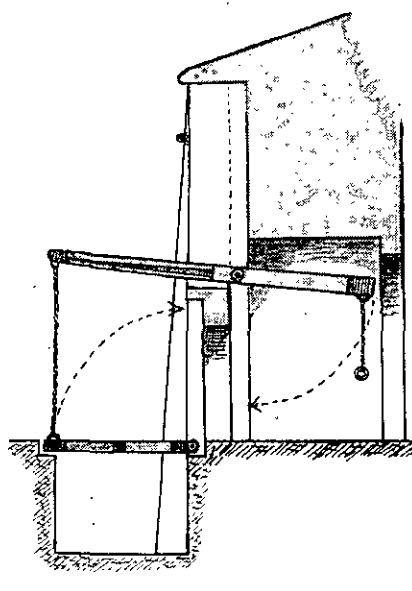
En las Prisiones modernas se siguen empleando con igual nombre, en las Puertas colocadas por dentro en las entradas exteriores y en las de las diversas galerías en que radican las celdas de los prisioneros.

Obra destacada exterior para cubrir y defender la entrada de una fortificación, a la que, por extensión, se da también el nombre de "rastrillo" por relación con su propia puerta.



"Rastrillos" o "barreras" colocados para cortar los accesos o avenidas que conducen a una fortificación. Si se hallan algo lejos de ella, llevan anejos un pequeño "tambor" o cuerpo de guardia aspillerado.

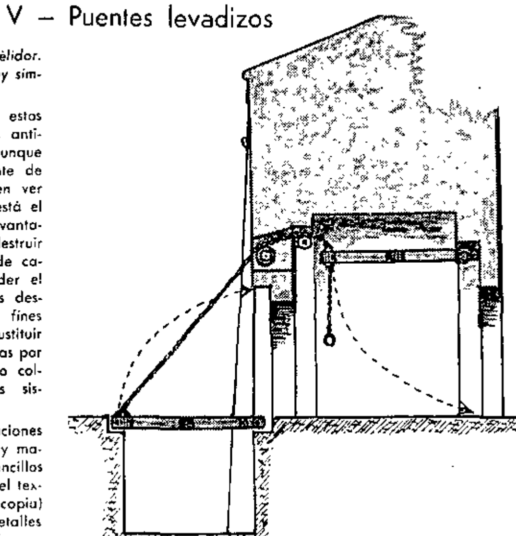
V – Puentes levadizos



Puente de flechas. Bèlidor. Lámina 18. Dibujo muy simplificado.

Bèlidor explica que estos puentes son los más antiguos y empleados aunque tienen el inconveniente de que las flechas hacen ver al enemigo cuando está el puente echado o levantado. Además, puede destruir las flechas con tiro de cañón y hacer descender el puente. Estas y otras desventajas obligaron a fines del siglo XVIII, a sustituir estos puentes de flechas por puentes de báscula o colgantes, de variados sistemas.

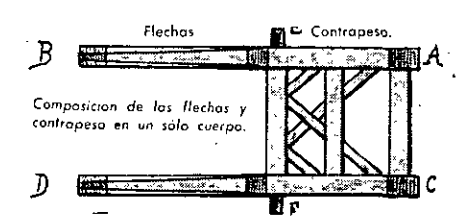
Bèlidor no da explicaciones sobre su constitución y manejo, por ser muy sencillos y conocidos. Pero en el texto de Taranas (ver copia) pueden verse los detalles de su composición.



Puente colgante con contrapeso suelto o independiente que, al descender, forma una 2ª puerta (siglo XVIII).

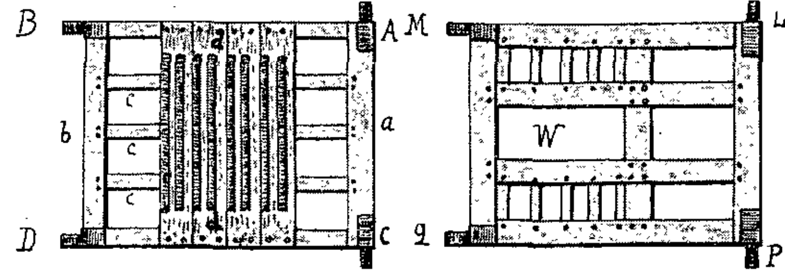
Bèlidor. Lámina 13 fig. 1. Taranas. Lámina 13 fig. 3. Le Blond. Lámina 12 fig. 2. Dibujo simplificado.

Muchos puentes de flechas fueron sustituídos por los colgantes, utilizando las cajas o ranuras de las flechas para instalar *las poleas. A* notar que las cajas de las flechas del Fuerte de San Miguel son muy cortas, a no ser que el muro de la Puerta esté hoy rebajado. Ello depende también de la anchura del foso y por tanto, de la longitud del puente. Los restantes sistemas de puentes del siglo XVIII no tienen explicación en San Miguel por los caracteres de esta construcción.



Taranas. Lámina XV. fig. 4. Ver texto.

Las flechas y el contrapeso forman un solo cuerpo. Para equilibrar los respectivos pesos, cabe aumentar en el contrapeso lo necesario para lograrlo.



Taranas. Lámina XIV. Figura 1 y 2. Tablero y contrapeso del puente levadizo de arriba, cuya explicación se ha copiado en el texto de este autor.

Madrid – Marzo de 1958.
Federico Bordejé

VI – Puente levadizo existente en el "Portal o Puerta de Francia" de las murallas de Pamplona

Perspectiva interior.

En este dibujo se prescinde de las dos gruesas hojas o portones de madera que hay en la Puerta.

Sección *Apuntes directos, tomados en la misma Puerta.*

Perdón por este dibujo tan tosco.

Madrid – Marzo de 1958.
Federico Bordejé

Ver la explicación en la hoja siguiente.

VI — Puente levadizo de la "Puerta de Francia" de las murallas de Pamplona

Este puente es también muy antiguo y permanece aun en la Puerta, siendo uno de los pocos ejemplos de puentes levadizos intactos que nos quedan.

Estos toscos dibujos, que ruego se me perdonen, tratan de dar idea del mecanismo del puente, que es uno de los más sencillos, fáciles y rápidos en su montaje y manejo.

La Puerta tiene una bóveda rebajada interior y su profundidad o el espesor del muro en que se abre, es de unos tres metros, más bien menos. Como se ve, el sistema consiste en dos grandes ruedas acanaladas que giran sobre un eje de hierro, solidario de ellas, que atraviesa la bóveda en lo alto. Este eje aloja sus extremos en sendos bloques, encastrados en los muros.

Cada una de esas grandes ruedas lleva aneja y fijada o soldada con ella, otra rueda helicoidal, también acanalada, que, naturalmente, gira con la grande y en el mismo sentido. Estas ruedas helicoidales llevan igualmente fijadas o clavadas las cadenas de contrapeso, consistente en unos bloques de metal, cuyo peso está equilibrado con el del tablero del puente.

La rueda grande aloja, a su vez, la cadena —menos grueso que la otra— que une el citado tablero con el manillar interior de la maniobra. Al contrario, pues, de la del contrapeso, esta cadena está suelta y no hace más que girar o correr por la canal de la rueda grande. Todo reside en que los movimientos giratorios de ambas cadenas están combinados para que al bajar el contrapeso, suba el puente y vice-versa. Esta maniobra se dirige y ayuda por una larga barra de hierro, colocada en el centro del eje transversal y solidaria también con éste, que, según el lado a que se la incline, impulsa los respectivos movimientos aunque en la realidad pueda prescindirse de ella pues la maniobra puede realizarse con sólo dos hombres que manejen las anillas y los contrapesos. Cuando el puente está echado y la Puerta abierta, esta barra o palanca queda en lo alto y no impide el paso.

La Puerta tiene también dos gruesas hojas o portones de madera, de los que se ha prescindido en el dibujo.

Estos esquemas y las explicaciones de las letras que siguen, harán ver con toda claridad, este ingenioso mecanismo.

A. Gran rueda acanalada que gira sobre un eje que atraviesa la bóveda en lo alto. En la canal de la rueda corre la cadena que va al puente levadizo.

B. Rueda helicoidal, fija y adherida a la anterior, cuyos movimientos sigue. Va también acanalada y lleva la cadena del contrapeso, más gruesa e independiente de la otra.

C. Manillar de la cadena del puente levadizo que gira alrededor de la gran rueda. Sirve para levantar el puente, tirando hacia abajo de la cadena.

D. Contrapeso de metal que desciende apenas las ruedas son impulsadas hacia la derecha por el manillar, para levantar el puente y contrarrestar su peso.

E. Barra fija de hierro, colocada en la mitad del eje horizontal y solidaria con él. Es el impulso central de la maniobra pues según se incline a derecha o izquierda, suben o bajan el puente o el contrapeso con sus sentidos opuestos. Como los pesos del puente y de los bloques de metal están muy equilibrados, la maniobra es rápida y sencilla.

F. Poleas sueltas o locas por cuyas canales corren las cadenas del puente.



Hace 80 años, Florentino Ameghino publicó su

SOBRE ANTIGÜEDADES INDIAS DE LA BANDA ORIENTAL

Por Violeta Bonino de Langguth

Este trabajo, fue leído en un acto de homenaje a Florentino Ameghino, realizado en el Laboratorio de Paleontología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de Montevideo en el centenario del nacimiento del maestro.

Al cumplirse 80 años de su primer visita a nuestro país, consideramos interesante su publicación.

A raíz de unos datos que en Agosto de 1876 le proprocionara el Ing. francés Octavio Nicour, geólogo y mineralogista distinguido, sobre presuntos utensilios de manufactura indígena hallados en distintos paraderos de la Banda Oriental, Florentino Ameghino resolvió realizar un viaje a nuestro territorio que efectuó en el verano de 1877.

El interés de Ameghino se había visto fuertemente solicitado, a causa de que el Ing. Nicour establecía correspondencia entre el material lítico encontrado en los yacimientos, con los depósitos de bivalvos marinos establecidos en sus inmediaciones.

El 24 de Noviembre de 1876 el Ing. Nicour escribe a Ameghino "Je tiens à votre disposition trois pierres de Montevideo qui sont Indiennes, des dépôts coquilliers, que vous les envoirai par retour du même courrier".

Este envío vuelve a renovar su interés por el conocimiento del material indígena de nuestro país.

Creemos que la permanencia de Ameghino en Montevideo fue muy corta. En los últimos días de Diciembre parte para Montevideo donde se detiene algunas horas, continuando hacia los lugares que le interesaban especialmente.

Los diarios uruguayos de la época que hemos consultado silencian la presencia de Ameghino en Montevideo, mientras consignan

detalles minuciosos sobre las actividades del Dr. Burmeister y Ramón Lista que refutaran despectivamente sus teorías y de Francisco Moreno a quien los cronistas de entonces, a raíz de su viaje a la Patagonia califican del "Livingston argentino".

Con todo, alguna huella se encuentra de su paso por nuestra ciudad. En los diarios "El Telégrafo Marítimo" y "El Siglo" del 30 de diciembre de 1876 encontramos entre los viajeros llegados de Buenos Aires en el vapor inglés Saturno, a un tal **F. Amegnio** que presumimos sea Florentino Ameghino.

Trataremos de establecer el itinerario de Ameghino. Según una carta inédita que obra en poder de José Joaquín Figueira y que Ameghino remitiera a su abuelo José Henriques Figueira, el joven Ameghino pernoctó en la quinta que los Figueira tenían en el Cerro, y de la cual queda todavía el cerco de anfibolita tan característico de las construcciones de esa localidad.

Así, suponemos que Ameghino estuvo en el Cerro y recorrió sus paraderos, pues leemos en su libro "La Antigüedad del Hombre en el Plata" que estuvo en un "pequeño cabo llamado **"Punta Caballo"** (suponemos que se trate de Punta Yeguas) donde en otro tiempo hubiera un saladero perteneciente a un **Sr. Sayaga"** y que en esa época 1877 pertenecía al Vizconde de Mauá.

En cierta parte de su trabajo, refiriéndose al uso de las bolas de piedra, expresa haberlas encontrado en diversos puntos de la Banda Oriental tanto en las márgenes del Plata como en **las costas del Atlántico,** lo que nos hace suponer que pudo haber llegado hasta el Litoral Platense de las costas de Rocha.

Desgraciadamente, el Catálogo Argentino para la exposición de París de 1878 no aclara la procedencia de los objetos allí expuestos.

Eso es todo lo que hemos podido averiguar con respecto a su itinerario en nuestro país.

¿Qué se proponía Ameghino en su viaje a nuestras tierras? El mismo nos lo dice:

"1º Tratar de buscar indicios de la existencia del hombre cuaternario en el terreno pampeano de ese punto.

2º Hacer colecciones de restos de animales; fósiles, cuaternarios y modernos.

3º Estudiar la geología del país, y particularmente la de los terrenos cuaternarios y modernos.



Nº 1. - Cuchillo de piedra tallado a grandes golpes. *Nº 2.* - Raspadores de piedra. *Nº 3.* - Id., íd., íd., más grueso que el anterior. *Nº 4.* - Escoplo de piedra. *Nº 5.* Lanceta de piedra muy afilada. *Nº 6 y 7.* - Puntas de flechas en sílex. *Nº 8 y 9.* Hachas de piedra pequeñas y talladas a grandes golpes.

4º Estudiar los bancos de conchillas marinas y ver la relación que puede haber entre ellos y las bolas de piedra que se encuentran en sus inmediaciones.

5º Estudiar el yacimiento de los objetos de piedra ya mencionados y de los demás objetos de la antigua industria humana.

6º Coleccionar los objetos prehistóricos trabajados por el hombre, que pudiera encontrar."

En su primer objetivo, que era encontrar pruebas de la contemporaneidad del hombre con los grandes fósiles del pampeano, fracasó totalmente.

En el segundo, hallar restos de animales fósiles, tampoco se vió coronado por el éxito, pues inexplicablemente, sólo encontró algunas placas dérmicas de Panochtus extraídas de los "depósitos cuaternarios, de la orilla del Plata en el mismo Puerto de Montevideo" y algunos especímenes de fauna subfósil acuática, dulce acuícola, marina y terrestre de épocas posteriores al pampeano.

En cuanto al tercer punto de su programa, hace un interesante

estudio de la geología de nuestro país en "El Hombre Cuaternario de la Pampa".

Sobre el cuarto punto, establecer correspondencia entre los depósitos de conchillas y las bolas de piedra con surcos que se encontraban en sus adyacencias, Ameghino descarta totalmente que haya ninguna relación entre ambos hechos y justifica su posición al respecto. Comprueba que el material conquilífero se compone en su mayor parte de conchillas pequeñas "Azara Labiata", etc.; con prescindencia de ostras y bivalvos mayores que justificaran su incorporación a la economía del hombre primitivo de estos parajes. Verifica que en dichos conchales no aparece el más mínimo vestigio de industria humana primitiva.

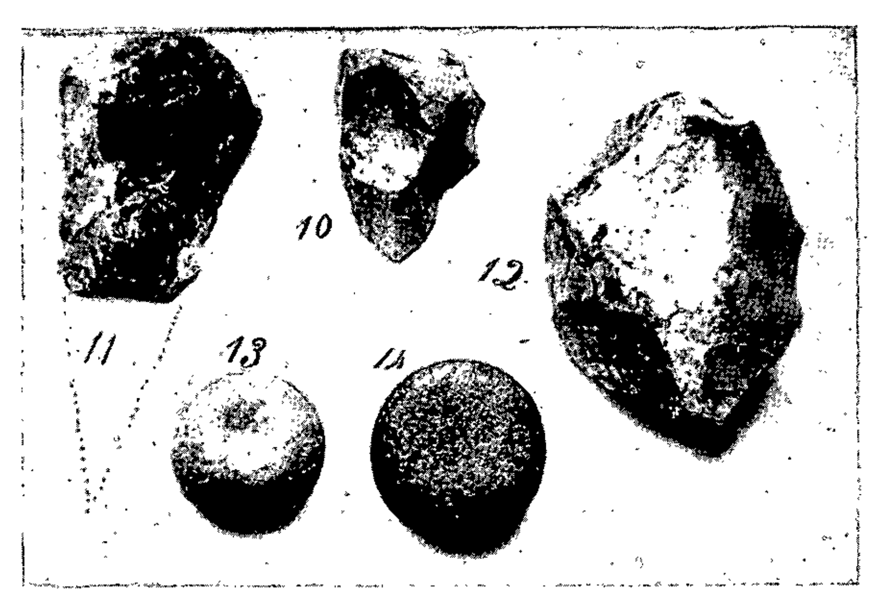
Hace notar que las conchillas se encuentran en su mayoría enteras con ambas valvas y cerradas, lo que indicaría que no fueron usadas por el hombre y que no sufrieron remoción alguna.

El gran éxito de su viaje, se relaciona con los objetivos 5º y 6º, es decir, estudios de los yacimientos prehistóricos y de los objetos de industrias primitiva que contenían.

El material encontrado por el joven sabio en nuestros yacimientos indígenas fue enviado y expuesto en la exposición de París del 78, y posteriormente pasó a integrar las colecciones del Museo de la Plata. Outes se refiere a él en su trabajo sobre "La edad de piedra en la Patagonia", publicado en los anales del Museo Nacional de Buenos Aires de 1905, y en un polémico trabajo salido en la Rev. del Museo de La Plata, en 1909 titulado "Los pretendidos instrumentos paleolíticos de los alrededores de Montevideo".

La mayor parte de los fragmentos de cerámica que encontrara en su breve estadía en nuestro territorio quedó retenido en Montevideo lo que le impidió detallarlos como hiciera con el material lítico. En lo que respecta a este último las numerosísimas piezas fueron descriptas en "Noticias sobre antigüedades indias en la Banda Oriental" y en "La Antigüedad del hombre en el Plata", algunos de cuyos capítulos se pueden considerar como un verdadero tratado de arqueología comparada.

Cuando en 1880 escribe en París, el segundo de los trabajos antes mencionados, ya ha tenido oportunidad de ver las colecciones mundiales presentadas en la exposición del 78 y confirmado su hipótesis de que las piedras con surcos encontradas en los "kjökkenmöddings"



Nº 10. - Hacha de piedra puntiaguda, en forma de tetraedro, de 118 milímetros de largo y 77 de ancho en su base. *Nº 11.* - Hacha de piedra puntiaguda cuya extremidad está rota, de 21 centímetros de largo y 104 milímetros de ancho en su base. *Nº 12.* - Hacha de piedra amigdaloidea tallada en toda su superficie, de 19 centímetros de largo, 12 de ancho y 8 de grueso. *Nº 13* - Martillo de piedra de forma circular. *Nº 14.* - Martilo o mortero pequeño

de Dinamarca y de otros países de Europa eran armas arrojadizas y no pesas para redes, como en general se las considerara hasta entonces.

Ameghino divide para su estudio el material lítico encontrado en nuestros paraderos en instrumentos y armas tallados y pulidos. Entre los primeros coloca a los cascos u hojas de piedra, cuchillos, raspadores, puntas de flecha, hachas, piedras de honda y núcleos. Luego de analizarlos llega a la conclusión que todos estos objetos han sido tallados en piedras duras de fracción concoidea o separables en astillas longitudinales tales como el cuarzo, el pedernal y la cuarcita; ágata, calcedonia y obsidiana.

En cuanto a la naturaleza de los segundos, es decir; los pulidores, placas morteros, morteros, pilones, martillos, bolas arrojadizas, etc., comprueba que están fabricados en piedras más tenaces y duras que las anteroires, tales como el granito, la diorita, esquistos anfibólicos y feldespastos.

A título de información, nos referiremos a un artículo publicado

en el diario "El Siglo" del 16/12/1876, es decir pocos días antes de su breve estadía en Montevideo. En la sección que dirigía Dermidio De-María se da noticia de las exploraciones efectuadas en la "Gruta del Palacio" en Porongos, en aquel entonces Departamento de San José, por el Prof. Mario Isola quien penetró en dicha gruta hasta una profundidad de 150 metros y realizó excavaciones en su suelo, que dieron por resultado la obtención de lascas de ágata, piedras que según Isola son ajenas al lugar y sóla se encuentran en sus proximidades en los agatales de Navarro.

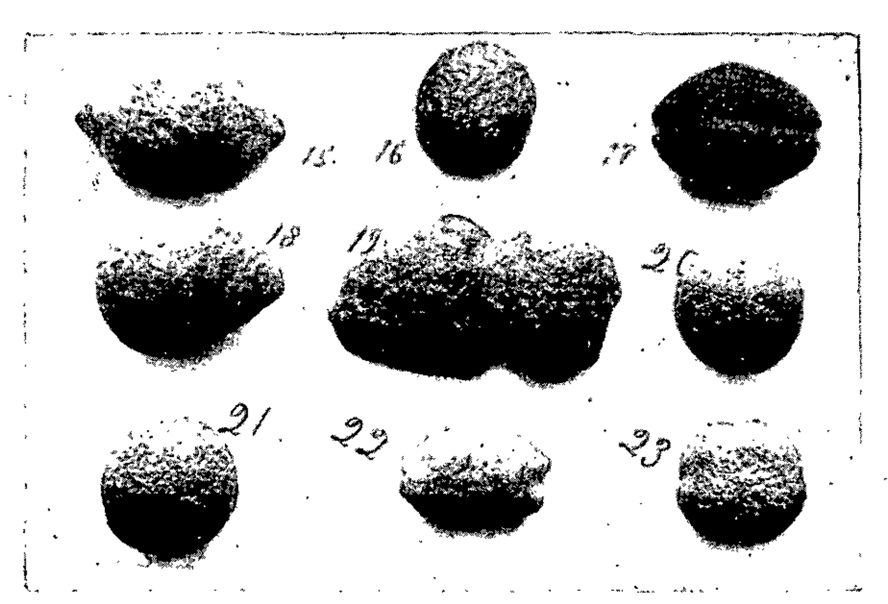
Ameghino dio gran importancia a este descubrimiento pues transcribe casi íntegro el texto del artículo según resulta del confrontamiento que efectuamos en la Biblioteca Nacional. El mismo diario anunciaba al día siguiene, que Diógenes Hecquet estaba haciendo una litografía sobre fotografía sacada por Mario Isola.

Poco tiempo después en 1877 la Imprenta a Vapor de "El Siglo" publicaba un interesante folleto con texto de Mario Isola y una litografía de Diógenes Hecquet, en el que se atribuye a los indios la construcción de la "Gruta del Palacio" e Isola llega a atribuírselo a la parcialidad de los Yaros. Gran parte de este folleto lo transcribe Ameghino en "Antigüedad del Hombre en el Plata" haciéndose eco de las creencias de la época.

Hoy sabemos que la "Gruta del Palacio" es una formación natural de arenisca cretácica. K. Walther estudió estas formaciones y las coloca en el terciario superior (Eopampeano) y las clasifica como horizonte de cementación freática formado por Geles ferrosilicios. Es decir, depósitos calcáreos no superficiales sino de agua freática, desalojados por substancias férricas. Walther hace notar cómo la columna y el techo de la gruta que son las partes más intensamente ligadas y coloreadas por el elemento férrico no presentan la sílice a simple vista.

Von Huene estableció que la silificación de las areniscas del palacio es anterior a la sedimentación de la tosca terciaria y Frenguelli insiste en que representa una zona superficial de alteración especialmente meteórica bajo especiales condiciones de clima, y no un horizonte geológico como lo consideraba Walther.

Las observaciones de Kraglievich ("Revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología" 1928) retrotraen las areniscas del palacio al cretásico superior lo cual es también aceptado por Lambert (Boletín del



Nº 15 - **Bola de piedra sin surco, en forma de limón.** *Nº 16* - **Bola de piedra con surco, en forma de tapón.** *Nº 17.* - **Bola de piedra de figura elipsoidal, con un surco que pasa por los polos de su eje mayor.** *Nº 18.* - **Bola sin surco en forma de pera.** *Nº 19.* - **Bola de piedra de forma elipsoidal con un gran surco transversal, o quizás alguna masa o martillo primitivo.** *Nº 20.* - **Bola con surco, perfectamente redonda.** *Nº 21.* - **Id., íd., íd.. algo aplastada.** *N: 22.* - **Bola elipsoidal con un surco transversal y una gran ranura en los polos de su eje mayor.** *Nº 23.* **Bola de piedra redonda con dos surcos que se cruzan.**

Instituto Geológico Nº 29-1941) siendo éste el criterio actualmente aceptado.

A raíz de su viaje a Montevideo, Ameghino en julio de 1877 escribe su "Noticias sobre antigüedades indias de la Banda Oriental" y que se publicara en la imprenta de la "Aspiración" de Mercedes, en noviembre de 1877, [1] según leyéramos en un diario montevideano de la época "El Siglo" que lo transcribe de "La Prensa" de Buenos Aires.

Florentino Ameghino siempre se prometió volver a nuestro país, y en marzo de 1878, de paso para Europa, a donde fuera, para la exposición de París de 1878, aprovechó la breve estadía del barco en Montevideo para *proseguir sus investigaciones, en los afloramientos*

---

[1] El texto se publicó acompañado de 3 auténticas fotografías, pudiéndose leer aún en sus ángulos, el nombre del fotógrafo, (F. Annavatone), sellado en tinta azul.

del pampeano existentes en el propio puerto de Montevideo, recorriendo varios kilómetros en la dirección de Santa Lucía.

Siete años después ya vuelto de Europa en 1885, en el momento en que se le nombra Prof. titular de la cátedra de Zoología de la Facultad de Ciencias Físico-Matemáticas de la Universidad Nacional de Córdoba, se pone en contacto con el Dr. Andrés Lamas para proponerle un viaje científico a la Banda Oriental que desgraciadamente nunca se llevó a cabo. No resistimos a la tentación de transcribir íntegra la carta, en un intento de poner, a quienes nos escuchan en contacto con el espíritu del Maestro:

Córdoba, julio 3 de 1885.

Al Sr. Dr. Andrés Lamas.

Muy Sr. mío y de todo mi aprecio:

No ha de haber Ud. olvidado, sin duda, las conversaciones que hemos tenido en Buenos Aires sobre las extraordinarias especies de animales hoy extinguidos que en otras épocas habitaron la América del Sur, y especialmente sobre las razas indígenas que antes de la conquista poblaban las regiones del Plata. Lamentábase Ud. a menudo de lo poco que sabía sobre el estado en que se encontraban las tribus, naciones o razas de la República Oriental del Uruguay al tiempo de la llegada de los españoles, atribuyendo, con razón, la falta de tales datos a la ausencia de personas que se dediquen a la recolección de ellos arrancándolos del seno mismo de la tierra con método científico.

Una vez manifesté a Ud., que hacía tiempo que yo tenía el proyecto de realizar un viaje científico por la República Oriental del Uruguay para completar ciertos datos que tenía recogidos allí en una excursión rápida y sin elementos, pero que, sin embargo, me proporcionó material para la publicación de un folleto que Ud. conoce y es uno de mis primeros trabajos científicos, y creo que el primero hasta entonces publicado que tuviera por objeto el conocimiento de la industria charrúa al tiempo de la conquista. Que hasta ese día mis circunstancias no me habían permitido emprender ese viaje, pero que abrigaba la esperanza de poder, tarde o temprano, satsifacer dicho deseo. Fue entonces cuando Ud. me manifestó que tenía interés en que se pudiera realizar un viaje que podrá ser de la mayor importancia para el conocimiento prehistórico del territorio de la República

Oriental y de consiguiente para la ciencia y para la misma historia, que podrán así conocer el teatro donde se desarrollaron los sucesos que precedieron y sucedieron inmediatamente a la conquista y colonización del país por los españoles. Que creía Ud. posible la realización de tal viaje por cuenta del Gobierno Oriental, principal interesado en su buen éxito y que en tal sentido formulara las bases.

Mi proyecto, a grandes rasgos, sería:

1) Realizar un viaje de investigación científica, aprovechando para ello las próximas vacaciones de esta Universidad, el cual duraría de cuatro a cinco meses (Noviembre de 1885 a Abril de 1886).

2) El objeto del viaje sería: Primero: recoger los vestigios que hayan dejado las razas indígenas que poblaban el país al tiempo de la conquista o en épocas anteriores. Segundo: coleccionar los restos de las faunas que se hayan sucedido en el país durante las últimas épocas geológicas. Tercero: Estudiar las formaciones geológicas de los tiempos terciarios y cuaternarios para el conocimiento del escenario en que se sucedieron las faunas extinguidas y las razas indígenas existentes al tiempo de la conquista o ya desaparecidas en épocas anteriores.

3) El itinerario que me propongo, sería: tomar por base a Montevideo y desde allí hacer exploraciones al interior siguiendo las líneas férreas existentes hasta sus últimos límites; exploración de la costa del Plata y del Uruguay desde Montevideo hasta el Cerro — una parte del río Negro;— la costa desde Montevideo hasta Maldonado; y si quedara aún tiempo disponible, seguiría hasta las fronteras del Brasil, internándome luego por los Departamentos del Norte.

4) El personal científico indispensable para el buen éxito de la exploración sería un ayudante perfectamente práctico en este género de trabajos, que sería el que me acompaña de costumbre. Pero además podría el gobierno agregar uno de los jóvenes orientales que más se distinguen en el estudio de las ciencias naturales para que se familiarizara con el método científico, como deben practicarse estas investigaciones y pudiera más tarde continuarlas por sí mismo con provecho, completando así, poco a poco, los resultados generales y preminentes que daría esta exploración.

5) Las colecciones que se recojan pertenecerán al Gobierno Oriental, a excepción de los duplicados, que se me permitiría reser-

varlos para el Museo Paleontológico y Antropológico de esta Universidad. Sin embargo, los fósiles y aquellos otros objetos que para su determinación exacta requieran el trabajo de gabinete y de consulta bibliográfica, me será permitido retenerlos en mi poder el tiempo necesario para su clasificación. (Este tiempo no puede fijarse sino en presencia del número y variedad de objetos que se hubiere recogido).

6) Un mes después de mi regreso tendré la obligación de entregar copia de las observaciones, de los apuntes y de los croquis que haya levantado durante el viaje.

7) Si después de concluído el viaje, el Gobierno Oriental deseara hacer conocer sus resultados en una publicación especial, me comprometo a efectuar su redacción, para lo cual contaría, para ciertas especialidades, con el concurso (igualmente gratuito) de mis colegas los profesores de la Facultad de Ciencias de esta Universidad.

Naturalmente, es entendido que mi ofrecimiento queda pendiente de una licencia del Ministerio de Instrucción Pública, que creo no me será negada.

Estas son, apreciable señor, las bases generales que propongo, que puede Vd. ampliar o modificar en lo que crea que pueda redundar en provecho del viaje.

Me felicitaría de que tal proyecto mereciera la aprobación del ilustre Gobierno de la República Oriental, pues no dudo que él sería el punto de partida de una serie de investigaciones que no faltaría ya quien las continuara en lo sucesivo.

De acualquier modo, me haría Vd. un señalado servicio en comunicarme la suerte que haya corrido este proyecto, si fuera posible antes del mes de Octubre, pues en caso de no ser aceptado tengo en vista otras exploraciones que requieren algún tiempo para su preparación.

Deseando que ésta lo encuente a Vd. gozando de perfecta salud, tengo el grato placer de suscribirme de Vd. su siempre atento servidor y amigo.

Florentino Ameghino

Nada de esto pudo llevarse a cabo; 42 años más tarde, Kraglietvich, el discípulo de Carlos Ameghino, iniciaría en el Uruguay, una obra similar, que quedaría truncada por su prematura muerte, acaecida en 1932.

CATALOGO ESPECIAL DE LA SECCION ANTROPOLOGICA Y PALEONTOLOGICA DE LA REPUBLICA ARGENTINA EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE 1878 EN PARIS

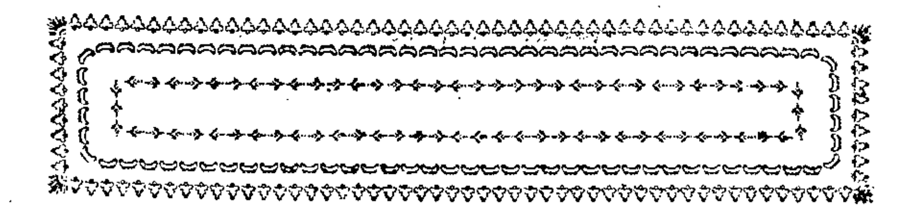
Objetos de piedra y alfarerías de los antiguos indios charrúas

2801 a 2813 Cascos de piedra y cuchillos de sílex groseramente tallados.
2814 Instrumento cortante o lanceta de sílex.
2815 y 2816 Cinceles de sílex tallados a grandes golpes.
2817 a 2819 Puntas de flechas de sílex.
2820 a 2824 Raspadores de sílex de varias formas.
2825 Punta de dardo tallada a grandes golpes.
2826 a 2829 Hachas de sílex, pequeñas, talladas a grandes golpes de una sola cara.
2830 a 2856 Núcleos y piedras de honda.
2857 Gran hacha de sílex, puntiaguda, tallada a grandes golpes en una sola cara.
2858 Gran hacha de sílex, tallada a grandes golpes y en forma de tetraedro.
2859 Gran hacha de sílex, triangular y tallada a grandes golpes en una sola cara.
2860 Gran hacha de sílex tallada a grandes golpes en toda su superficie y que forma un óvalo.
2861 y 2862 Pulidores de piedra de forma circular.
2863 y 2864 Especies de cubeta de piedra.
2865 a 2874 Morteros de piedra de distintas formas y de doble cavidad.
2875 a 2878 Pilones de piedra de forma especial.
2879 Pulidores de piedra de una forma particular.
2880 Especie de pilón, corto, diferente a los otros.
2881 Martillo circular, tallado en diorita y cuidadosamente trabajado que pudo servir también como pequeño mortero.
2882 a 2884 Martillos del mismo tipo, algunos muy bien trabajados.
2895 Bola de piedra muy grande y de forma esférica.
2896 Bola de diorita más pequeña que la anterior, pulida, muy bien trabajada y perfectamente esférica.
2897 a 2901 Bolas circulares, pequeñas y sin ranura.

2902 Bola circular, pequeña, aplanada y sin ranura.
2904 a 2913 Bolas sin ranura trabajadas en forma de pera.
2913 a 2924 Bolas sin ranura, de distintas dimensiones y trabajadas en forma de limón.
2925 Bola sin ranura, muy grande y de forma irregular.
2926 a 2930 Bolas sin ranura trabajadas de distintas maneras.
2931 Bola de diorita, de forma perfectamente esférica muy bien trabajada y con ranura para atar de ella un cordel.
2932 a 2940 Bolas circulares de diversas dimensiones y con ranura.
2941 a 2963 Bolas circulares, un poco aplanadas y con ranura.
2964 Bola de piedra muy bien trabajada, ovoidal, y con una ranura que pasa por las extremidades de su eje mayor.
2965 Gran bola de forma elipsoidal, alargada y con una gran ranura transversal.
2966 a 2969 Bolas con ranura, de forma particular.
2970 Bola circular, aplanada y con doble ranura.
2971 Bola elipsoidal, con una ranura transversal y dos grandes surcos en las extremidades de su eje mayor.
2972 a 2999 Bolas circulares más o menos aplanadas y con ranura.
300 a 3050 Bolas rotas y enteras de varias formas y con ranura.
3051 y 3052 Pulidores de piedra.
3053 a 3070 Alfarerías primitivas.

Todos estos objetos han sido hallados en el gran depósito de arena de la orilla izquierda del Plata. Es la única colección de objetos de Charrúas prehistóricos que he hecho hasta ahora. Han sido más detalladamente descriptos por el expositor en sus "Noticias sobre antigüedades indias de la Banda Oriental".

———



DOCUMENTOS OFICIALES

EXPOSICION VERBAL DEL SEÑOR HORACIO ARREDONDO SOBRE "LA RESTAURACION DEL CABILDO" EN LA SOCIEDAD AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA

El Sr. Presidente manifiesta que de acuerdo con lo resuelto en la reunión anterior, hará una exposición sobre el tema, y estando especialmente interesado en él el Sr. Bausero, que acaba de terminar un curso de dos años seguidos en un instituto especializado en Italia, ha considerado conveniente invitarlo, ya que este compatriota tuvo la deferencia de ponerse a las órdenes de la Sociedad para efectuar intercambios *antes de su partida para Roma asistiendo a una reunión* ordinaria como la presente.

Comienza manifestando que el Concejo Departamental nombró una Comisión Honoraria reducida integrada totalmente por funcionarios municipales para intervenir en la restauración. Sin mayor base al respecto, colije, que, la decisión quizá puede haber sido tomada en el lógico deseo de disponer de un organismo ágil, realizador y capaz y, si es así, considera plausible el propósito por cuanto la experiencia dice de la morosidad para expedirse y de la dificultad para reunirse que existen en las dos grandes Comisiones en cierta manera afines con la nombrada: la Nacional de Monumentos Históricos y la Municipal de Estudios Arqueológicos e Históricos integrada por numerosos delegados de calificadas instituciones con relación estrecha con sus cometidos. Ambas desde luego, con distinta composición la integran delegados de los Ministerios de Instrucción Pública y Defensa Nacional, de la Universidad, de la Facultad de Arquitectura, del Concejo Departamental, del Museo Histórico Nacional, del Archivo Artigas, del Archivo General de la Nación, del Instituto Histórico y de nuestra Sociedad, cabiéndole el honor de presidirlas, detalle que recuerda para justificar lo dicho a propósito de la lentitud de funcionamiento. La Comisión del Cabildo la integran el Director del Departamento de Pla-

neamiento y Contralor, de un arquitecto de la Dirección de Construcciones con funciones de director de Obras, y del Director Honorario del Museo y Archivo Histórico Municipal que es el exponente, quienes desde luego, pueden recabar todos los asesoramientos que consideren del caso, cosa que ya han hecho. La preside el Arquitecto Julio C. Abella Trías, Director del mencionado Departamento, de conocido dinamismo, siendo el director de Obras el arquitecto Raúl Cohe Píriz que desempeñó similares funciones, hasta su terminación, en la exitosa modernización de uno de los más importantes y viejos edificios de la ciudad: el Teatro Solís.

Manifiesta que en la primera reunión presentó un plan de trabajos por el cual se procuraba mantener, al exterior las fachadas con los aditamentos que han llegado hasta nuestros días introducidas al correr de la fenecida centuria XIX y, en lo interior, se abogaba por la eliminación de los elementos decorativos barrocos introducidos cuando el edificio, desocupado por ambas Cámaras pasó a ser, en su planta baja, sede del Concejo Nacional de Administración; y recuerda además que la alta, la ocuparon los Ministerios de Industrias y de Instrucción Pública, previo reacondicionamiento primero y, luego, la totalidad del edificio, el de Relaciones Exteriores, que procuró adaptarlo a sus necesidades. En ese plan procuró mantener el salón de sesiones del primer gobierno pluricéfalo, y no siendo posible por haberse dispersado la totalidad de su mobiliario y por ocupar parte de la Sala Capitular Hispánica, etc. aceptó las ideas generales de los compañeros de Comisión contrarios a ese propósito, con los cuales, en el fondo, generalmente coincidía, presentando un nuevo plan —que en su oportunidad será publicado— en el cual se trata de retrotraer arquitectónicamente el edificio a la planta y a los procedimientos y características de construcción proyectado por el Arq. Tomás Toribio, autor del diseño original y director de la obra comenzada en 1805 e interrumpida en 1810 por la muerte del proyectista cuando solo la planta baja estaba levantada. Recuerda que este es el año del comienzo de la Revolución emancipadora y que si bien se siguió lentamente la obra hasta la terminación del período hispánico, ella, en lo que se refiere a toda la planta alta, quedó al parecer inconclusa. Luego se continuó también lentísimamente, por su hijo José, y se supone con arreglo a los diseños de su padre, en 1830 al parecer.

Es notorio que, pese a la búsqueda exhaustiva realizada dentro y fuera de fronteras, los planos originales no se han hallado, estándose, por curiosa coincidencia, en iguales condiciones de horfandad con el Cabildo de Mayo bonaerense que, se restauró de acuerdo con los gráficos de Pellegrini, realizados bastante adentrado el XIX y de los datos de el libro de Fábrica, lo que no ha obstado para que se haga realizado una buena restauración pese a las mutilaciones de sus extremos de la Avenida de Mayo y de la Diagonal Sud, y a esa falta de antecedentes.

La Comisión ha seguido los pasos que en toda Sudamérica han presidido cientos de restauraciones, incluso las del Brasil en Río y Minas Geraes, y en las numerosísimas de la cuanuca del Plata **sin excepción.** Cabe puntualizar: Un absoluto respeto por lo realizado, una terminación concorde con lo llevado a cabo en detalles evidentemente inconclusos en ciertos casos, y una eliminación radical de todos los agregados posteriores que, con el natural deseo de reacondicionarlos a utilizaciones distintas de las originales, han sido llevadas a cabo tanto en las iglesias, conventos, casas civiles, construcciones militares, dentro y fuera del país. A esta regla general viene sugetando su acción la Comisión plenamente convencida que está en el buen camino, que no disuena para nada, y que no debe innovar.

Facilita esta tarea cuidadosa y consciente más de un relevamiento hechos en distintas oportunidades, en el último cuarto de siglo por distintos y distinguidos técnicos que, coinciden en lo general, al poner de manifiesto la obra original realizada en "illo témpora" en planta y alzado interno, realidades sospechadas que hoy ha confirmado la eliminación de los numerosos enchastres y de los innúmeras dependencias en que fueron fraccionadas las Salas Capitulares — la española al principio y artiguista después, (planta baja) y la lusitana primero y brasilera al final, en la alta — las Salas de Sesiones de ambas Cámaras totalmente modificadas en planta y en decoración, con agregados de nuevas puertas en los corredores y otras licencias arquitectónicas. A este respecto expresa que el edificio, por si sólo ha hablado, elocuente y definitivamente, al picarse sus paramentos para luego uniformárselos, como debe ser, dejando la fábrica original al descubierto, **y allí está a la vista de todos, lo nuevo y lo viejo con una evidencia de indiscutible verdad, colmando lagunas de la documentación**

expuestas por los distintos investigadores, que se han ocupado del vetusto edificio y que pasan de la docena.

Puntualiza que de los cuatro grandes patios descubiertos, a pleno cielo y originales, los dos primeros están parcialmente ocupados por habitaciones y galerías de dos plantas y, los otros dos, posteriores, lo están totalmente, habiendo una desnaturalización absoluta en planta y en decoración.

De los primeros cabe recordar las aplicaciones de trailles de madera, tipo Luis XVI en las paredes y unos canteros preciosistas, que pretenden ser un jardín de invierno francés, reemplazaron el primitivo pavimento de losa piedra, de tosca factura que, por varios días fue el forzado ambulatorio de un grupo de ciudadanos destacados, de la más alta actuación política, desterrados en la barca Puig a La Habana por una dictadura militar. Esa desnaturalización de ambiente, el borrar el medio en que se desarrolló ese episodio a ningún título es posible conservar.

Las arcadas de la otrora severas logias cerradas arbitrariamente con variedad de portadas unas y, otras totalmente, deben ser reabiertas. Algunos pocos techos de la parte central —entre las cuales destaca la caja de la gran escalera— y la parte final del ala norte terminadas en la última mitad del XIX con techos de tirantería de hierro, cuando debieron hacerse con los mismos tipos de las esbeltas bóvedas característica predominante en todo el edificio que le dan a las claras jerarquía, merecen una coordinación. Tres claraboyas entre ellas; una de vitreaux de gusto más que dudoso aunque propio de un mal cuarto de hora habido en la evolución arquitectónica de Montevideo del 1900, cubriendo la gran escalera de corte y configuración verdaderamente palacial; otra de vidrios planos rematando totalmente el techo del patio del N E y parte del S E deben eliminarse volviendo a ser descubiertos los últimos.

Los viejos pavimentos de baldosas cuadradas o exagonales de fabricación colonial suplantados por otros colocados en el correr de media centuria, arbitrariamente, que van desde el uso del mármol a la baldosa Sacoman, de las policromadas y vulgares de portland de fines del XIX a los pavimentos de madera de tipos distintos, todo esto colocado al azar para llenar necesidades del momento, lógicamente deben desaparecer por constituir un muestrario de mal gusto y de

improvisación difícil de concebir que imposibilitan su supervivencia por macular la noble construcción.

Se trabaja pues, con un respeto absoluto a la obra original, realizada con materiales modestos en sus pavimentos, lo que dará uniformidad respetando los antiguos modelos escrupulosamente; la carpintería se hará en un todo de acuerdo con los modelos de época, de que es notorio estaba provisto todas las aberturas incluso las entradas adinteladas y la de medio punto central pues los inexpresivos portones de hierro fueron colocados a principios de la última mitad del siglo pasado y sacados cuando lo abandona la legislatura. En lo exterior se respetarán las fachadas conservándole los agregados del coronamiento y del frontón, el revoque de los entrepaños, etc. ya que esa fisonomía está en la retina de tres generaciones y sería absurdo modificarlas. Es así que quedará el todo sin la torre campanario que debe haber tenido el proyecto de Toribio, ya que no se concibe, al igual de una iglesia, edificio de cabildo sin ese detalle fundamental, desde que en ambos casos era el vehículo de comunicación, del edificio con los fieles en materia de arquitectura religiosa, y en la civil, al edificio con la ciudadanía, ya que a son de campana se llamaba al pueblo al Cabildo Abierto, y en los casos de incendio, de conmoción pública, etc.

Ante una requisición que hace el Sr. Arredondo al Sr. Bausero, éste lamenta que no se haya conservado el recinto de la Asamblea Géneral como aquél lo propusiera hace años cuando la representación nacional pasó a ocupar su actual sede y cita el caso de que las modernas tendencias se perfilan a conservar los edificios públicos de gran tradición respetándole los agregados introducidos para adaptarlos a los varios destinos que, por lo general han tenido, citando un caso en Boloña donde la construcción de un edificio de tipo moderno, levantado hace cosa de medio siglo, suscitó una grita general y que en la fecha, propuesta su demolición, levantó un clamor contrario, testimonio de un cambio de orientación en el sentir público en el tema sobre el cual se exponen pareceres. El Sr. Arredondo, expresa que hace seis años dejó constancia, —en nota en la página 240 del tomo 1 de su obra "Civilización del Uruguay"— que desgraciadamente fue imposible conservar ese recinto con sus negros muebles, su enorme sillería, cortinados, arañas de gas de cristal, y tapizado granate de época, por los motivos que allí enuncia; y agrega que hoy la Comisión aceptó su

propuesta de desmantelar las divisiones del recinto del salón de sesiones de la Cámara de Diputados así como el de la Asamblea General de manera de conservar por lo menos sus dimensiones originales. Piensa instalar en él —una vez que el edificio pase a la jurisdicción del Museo que dirije— los elementos posibles de reunir para evocar, con la exposición de muebles originales y especialmente de una gran tela que lo presente en toda su plenitud con su decoración roja y su negro amoblado, lo más completa en detalles informando a más al visitante —por medio de una gran placa— que en ese recinto de 1830 a 1925 se eligieron y se ungieron casi la totalidad de los Presidentes de la República y se elaboró toda la legislación del país comenzado por la primera Constitución, la de 1830, frente a cuya balconada auténticamente llegada hasta nuestros días, fue jurada por el pueblo oriental, casualmente hará 127 años el día de mañana, culminando exitosamente el ciclo emancipador comenzado a principios de la centuria que tanta sangre y desvelos importara.

Y *estándose sobre la hora reglamentaria, se resuelve continuar* con el tema en la próxima sesión ordinaria.

INFORME DE LA COMISION DE LA "SOCIEDAD AMIGOS DE LA ARQUEOLOGIA" SOBRE EL TRASLADO DE LA PUERTA DE LA CIUDADELA DE MONTEVIDEO

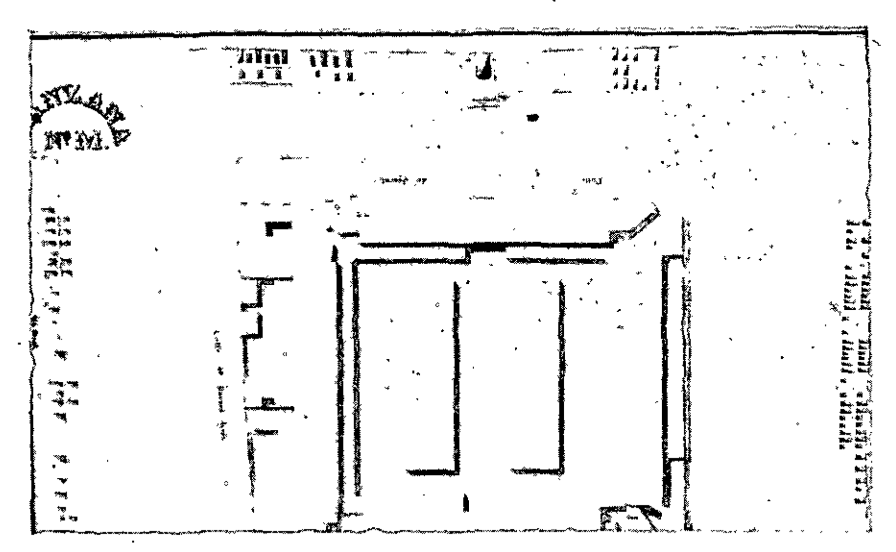
Por resolución de la Comisión Directiva de la Sociedad Amigos de la Arqueología del 30 de octubre ppdo., se nombró una Comisión integrada por los arquitectos señor Dn. Juan C. Giuria y la señora Dña. Violeta Bonino de Langguth y el señor Dn. Luis Bausero, para que informase sobre los problemas que se derivan del traslado de la puerta de la Ciudadela de Montevideo desde su actual ubicación en el frente sur de la Universidad del Trabajo a la plaza de la Independencia. De acuerdo con tal resolución se ha venido reuniendo la Comisión en mayoría, con la presencia de la señora arquitecta Violeta Bonino de Langguth y el señor Dn. Luis Bausero, por haber su más ilustre integrante, el querido maestro arquitecto Dn. Juan Giuria padecido las últimas etapas de la penosa enfermedad que provocara su lamentable deceso el 28 de noviembre ppdo.. Tan luctuoso acontecimiento privó a la Sociedad de su muy valiosa asesoría lo cual ha aumentado la responsabilidad de los restantes integrantes de la Comisión quienes luego de un minucioso estudio hecho de acuerdo a las determinantes que emanan de la resolución del Concejo Departamental de Montevideo, de las soluciones urbanísticas, de las consideraciones históricas así como patrióticas y cívicas, y sin dejar de encarar en sus líneas generales los problemas técnicos que traerá aparejado el desplazamiento de la puerta en cuestión, exponen los considerandos y conclusiones siguientes:

La moderna restauración de monumentos —entendida ella como ciencia de vivo y profundo estudio— exige en el día de hoy una neta posición contraria a la creación de falsas reconstrucciones estilísticas y tiende hacia una clarificación de todo acaecer histórico. Por esto

creemos que cada trabajo arqueológico-histórico que haya de ejecutarse, debe ser realizado con todas aquellas providencias que la restauración —siempre entendida como ciencia de conservación— exige en estos momentos en que ya han sido superados los caminos para una pro funda lealtad y máximo respeto hacia toda obra del pasado igual que a la del presente. Así, Roberto Pane, Consejero para la protección y restauración de Monumentos del Ministerio de Instrucción Pública de Italia, en las "**Consideraciones sobre la Reunión de Expertos congregados en la UNESCO** (Sites & Monuments, 1950) dice: "*Hoy se está plenamente de acuerdo en la concepción netamente antitética de aquella que predicara Viol-let-le-Duc. En efecto, la reconstrucción de monumentos fundada sobre la analogía de estilos, es decir, sobre el mantenimiento de formas que equivocadamente se consideraban como típicas, está netamente excluída en nombre del respeto que debemos a cada período histórico del monumento*". "*Los viejos restauradores cuando trataban de encontrar una unidad estilística, creían respetar una verdad fundamental y era entonces por el contrario que desembocaban en un género de purismo tendiente a aniquilar, en todas sus fases, la historia misma del manumento*".

1) **Sobre su emplazamiento.**

Siendo indiscutiblemente el espíritu de la resolución del Concejo Departamental de Montevideo volver el monumento a su lugar original, éste no puede dejar de ser colocado sino en su sitio exacto tanto en planimetría como en altimetría. Las objeciones de que entonces no se encontraría en el eje de la calle Sarandí, no puede tener validez frente al argumento histórico que se quiere señalar pues todo desplazamiento —aunque débil— sería engañoso y desvirtuaría el objeto del traslado haciendo inútil el propósito que se persigue; valdría más (considerando siempre un traslado de la puerta), que no fuese ubicada en las proximidades de su lugar original pues la aproximación inducirîa fácilmente a error, mientras que un franco desplazamiento (es decir, fuera de la plaza y sus contornos) evitaría toda mala interpretación. Por lo que al tráfico se refiere, amén de facilitar el encauce del mismo, al quedar el monumento algo más al sur del eje actual de la calle Sarandí, simplificará el fluir del mismo hacia esta última calle.



Plano de la Ciudadela levantado por el Ing. Juan Alberto Capurro en 1867 y que se conserva en el Museo Histórico Municipal. Precioso documento que permite la exacta ubicación de la puerta.

2) **Sobre la autenticidad del monumento.**

Como es del conocimiento de historiadores y arqueólogos, la parte superior de la puerta tal como actualmente se conoce, no es auténtica. Será entonces necesario diferenciar para el observador atento (y ello será dicho en la inscripción que acompañará el monumento), la parte auténtica de la reconstrucción hecha por Angel Batalla en 1882 cuando, durante el gobierno del Gral. Máximo Santos, se le reconstruyera en la Escuela de Artes y Oficios.

Una consulta al respecto hecha al eminente Profesor de la Cátedra de Restauración de la Facultad de Arquitectura del Politécnico de Milán, Arq. Carlos Perogalli, fue contestada en los siguientes términos: ***"Dado por sentado la parte auténtica de la Puerta, creo que se podría mantener también la parte del ochocientos. Esto por tres motivos: a) Aunque no auténtica en sentido absoluto, esta parte es sin embargo auténtica con respecto a su época: no en cuanto arquitectura del siglo XIX, es evidente, pero sí en cuanto a restauración del siglo XIX de la cual nos da un documento histórico. b) La protección se podrá haceh más fácilmente con el monumento entero. c) La***

opinión pública verá posiblemente mejor una puerta entera que no las ruinas de una puerta; se podrá igualmente satisfacer el escrúpulo del estudioso especialista poniendo en las piezas del ochocientos un particular signo distintivo, visible tan sólo de muy cerca".

3) **Sobre posibles partes a reconstruírse.**

Por principio nos manifestamos contrarios a toda reconstrucción —como podría ser la de los pináculos y la del escudo— que consideramos absolutamente innecesario realizar. Ya el arquitecto Silvio S. Geranio en su estudio publicado en la "Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología" del año 1928, titulado: "**Edilicia Colonial. La puerta de la Ciudadela y la Casa de los Ejercicios**", decía con clara intuición: "*La segunda reconstrucción* (se refería a un posible traslado de la puerta del que entonces se hablaba), *con toda seguridad contará con la parte complementaria que se la habrá de agregar, ejecutada arquitectónicamente mucho mejor que lo que es actualmente en la reconstrucción que tenemos, pero no por eso será menos arbitraria. No habremos ganado nada en el traslado, en lo relativo a Verdad arqueológica*".

Si contra nuestra opinión prevaleciese la idea de la reconstrucción de los pináculos y del escudo, tales reconstrucciones tendrán que ser hechas por un buen escultor capaz de incluir armónicamente una obra contemporánea en el monumento antiguo. Roberto Pane, citado más arriba, dice en el mismo escrito refiriéndose a la inserción de obras contemporáneas en arquitecturas del pasado: "*Un buen ejemplo de substitución efectuado según los conceptos que acabamos de exponer, nos lo da las esculturas modernas de la Municipalidad de Kampen (Holanda). Hacia 1935 se reemplazaron seis antiguas estatuas (actualmente conservadas en un museo) por otras tantas estatuas modernas de las mismas dimensiones y representando los mismos temas pero ejecutada con un sentido del claro-oscuro completamente diferente: al claro-oscuro y los relieves de las primitivas imágenes, concebidas según el gusto flamenco, los substituyeron volúmenes más nítidos y más simples concebidos por un escultor de nuestra época, de manera que el ojo menos experto no puede ser llamado a engaño; subrayamos además que el contraste entre los tabernáculos de estilo*



La puerta de la Ciudadela en 1874; la fecha: 1868 que se lee al pie de la fotografía no es la exacta pues el año nos lo es dado por las fechas de los carteles perfectamente legibles en la copia original.

gótico tardío y las nuevas estatuas es perfectamente aceptable ya que la relación de masas es la misma".

"Una solución francamente moderna es mucho más fácilmente admisible cuando se trata, no de reemplazar una obra antigua, sino de incluir un elemento moderno que imponen las exigencias actuales del culto en un conjunto antiguo. Así en Francia, en la catedral de

Saint-Flour (Cantal) donde una estatua moderna fue colocada en el tímpano del portal de entrada; el conjunto es muy satisfactorio porque aquí aún el gusto moderno logró expresarse en su lenguaje pero respetando en la materia y en las dimensiones, las condiciones ornamentales impuestas por el monumento".

En términos generales aconsejamos una vez más respetar el estado actual de la puerta que es el que han conocido las generaciones de la última centuria. Consideramos que todo intento de completarla, hecho por artesanos ajenos a la maestranza de la época de su ejecución, sólo servirá para disimular la Verdad, que, con las precisiones de Ruskin, se sigue considerando uno de los sostenes de la auténtica arquitectura.

4) Sobre el problema del reverso de la puerta y de su consolidación.

Para resolver el problema que planteará la parte posterior de la puerta, se aplicará un criterio abiertamente contemporáneo, es decir que las obras que puedan exigir la consolidación del monumento así como el aspecto estético de la misma faz, será resuelto con el usual modo de nuestra actual forma de construir y decorar. Las obras podrán ser hechas en mampostería con ladrillo aparente o revestida de cerámica o mosaico. Se aporta también la idea de llenar el gran paño què en el reverso quedará entre el arco del vano de la puerta y el tímpano con una inscripción de carácter monumental explicativa del monumento.

La réplica de la puerta para ser adosada en su reverso como solución a este problema, no está de acuerdo con la sensibilidad histórica ni artística. El unir una parte auténtica a una imitación que los años harán más uniforme, creará en el observador no ilustrado una confusa idea de lo que fue en su origen el momento. Por muchos años el contraste con la puerta auténtica menoscabará el aspecto de ésta haciéndola parecer, más que ofendida por el tiempo, disminuída y empobrecida. Surgirá necesariamente una comparación, o lo que es peor, se pensará que la réplica fue hecha para dar idea de cómo era la puerta auténtica cuando comenzó a andar por los caminos de la historia. Por último, tal réplica desvirtuaría el sentido de "puerta",

es decir de vano para el ingreso y el egreso, transformándola en un monumento con algo de honorífico y de arco triunfal.

La posible réplica, que no llenaría ningún fin didáctico, chocaría contra los principios del arte. Dice Rodin: "*La copia de las obras de arte está vedada por los mismos principios del arte*". Esta solución significaría además, un trabajo de elevado costo financiero.

5) **Sobre desmontaje y traslado.**

Los abajo firmantes que adhieren fervorosamente a las nuevas doctrinas de la restauración expuestas en Congresos Internacionales, como el últimamente celebrado en el Palacio de Chaillot de París en el mes de Mayo del corriente año, y ya presentes en el espíritu de la Carta de Atenas de 1931, proponen que el monumento sea trasladado a su lugar original sin ser desmontado. Tal idea es perfectamente realizable no representando ella una lejana utopía. El escollo mayor podría ser el elevado costo de los trabajos, pero en la consideración de este último punto debe tenerse muy presente el estado actual del



La puerta de la Ciudadela vista desde el norte. La poderosa fortaleza privada de sus bastiones se vio parcelada en locales de alquiler y convertida en mercado.

monumento cuyo desmontaje lo expondrá a un grandísimo deterioro cuando no a una posible pérdida total. Algunos estudiosos han pensado que la parte superior de la puerta se destruyó porque la orden de su conservación y traslado fue dada cuando ya habíase comenzado a demoler el monumento. Esto parecería estar en contradicción con lo que revela una fotografía del año 1876 en que vemos la puerta rodeada de andamios con el evidente propósito de desmontar sus sillares. La misma fotografía parecería ser un documento que atestiguara la intención del desmontaje. Para la demolición de la puerta no habría sido necesario el andamiaje que aparece en la fotografía aludida donde todavía se ve el monumento en su total integridad. ¿Por qué pues se perdió la parte superior de la puerta de la Ciudadela? Creemos que ello fue debido al hecho de que los sillares que componían tal parte se deshicieron al ser desmontados; esos sillares estuvieron más expuestos a la inclemencia del tiempo que los sillares de la parte inferior que se vieron siempre protegidos por las construcciones a las cuales estaban adosados. Esta hipótesis que creemos muy verosímil, puede ser un llamado de atención antes de intentar un posible desmontaje. Además se ha de pensar que las piedras originales han agregado al tiempo que permanecieran en la Ciudadela los largos años que les tocó estar colocadas en su emplazamiento actual expuestas a los vientos y aguas del sur.

Dice Alfredo Barbacci en su libro "**Il restauro monumentale in Italia**" (Istituto Poligrafico dello Stato. Roma, 1956), pág. 153, analizando el no aconsejable desmontaje de los monumentos: "***Por más cuidado que se ponga durante el desmontaje de los monumentos, una parte de las piedras, muy amenudo corroídas por la intemperie, se rompe o se descama; algún daño también sufren las piedras duras durante la operación de carga, transporte y recomposición, por lo cual son necesarias substituciones y reparaciones. Además en la recomposición, por más que se busque imitar la técnica antigua, alguna diferencia inevitable se manifiesta y va a agregarse a aquella que procede de la introducción de elementos nuevos y de la descamación de los viejos, especialmente en los ángulos, de la alteración de la pátina y de tantas otras pequeñas causas que sería largo enumerar. De aquí que el monumento recompuesto tiene siempre un aspecto insincero, por lo menos a los ojos de los entendidos: los muros han***



La puerta de la Ciudadela vista desde el sur; fotografía tomada cuando se procedió a la demolición del viejo mercado en que fuera transformada la fortaleza española en el momento de nuestra independencia.

perdido su franqueza, los colores la transparencia; si la belleza en algo pudo haber quedado, la poesía casi siempre se desvanece".

Y Paul León en su obra "La vie de monuments français" (A. y J. Picard & Cia. Paris, 1951): "*El desmontaje y la reconstrucción son operaciones muy delicadas. A pesar de los escrupulosos cuidados con que en nuestros días se realizan las restauraciones, los arquitectos apenas si logran, con grandes trabajos, a causa de la profunda disgregación de la piedra, conservar algunos vestigios antiguos*". "*El desmontaje, que es causa y condición de reconstrucciones arbitrarias, había suscitado vivas y frecuentes críticas*". "*El procedimiento del desmontaje tenía que ser cada vez más y más combatido a medida que los medios técnicos se perfeccionaban*". "*El principio de la restau-*

ración sin desmontaje se ha convertido en la regla de conducta para el Servicio de Monumentos Históricos". (Capítulo X, VI).

Sugerimos en nuestro caso un procedimiento análogo o equivalente al llevado a cabo para el traslado de la fachada del antiguo teatro Municipal de Amiens; para ello, la fachada que mide 18,20 metros de longitud por 14 de altura y pesa 600 toneladas, fue incorporada en una estructura de cemento que, apuntalada en todo sentido, aseguró el monumento, durante el traslado, contra todo riesgo.

6) Sobre la planta de la Ciudadela.

Creemos sinceramente que el trabajo arqueológico-histórico que representará el traslado de la puerta de la Ciudadela a su lugar original quedaría magníficamente completado si en la Plaza de la Independencia y en las calzadas que correspondan se señalase en el pavimento, en forma permanente y usando para ello un material distinto del actual, los contornos de la antigua fortaleza.

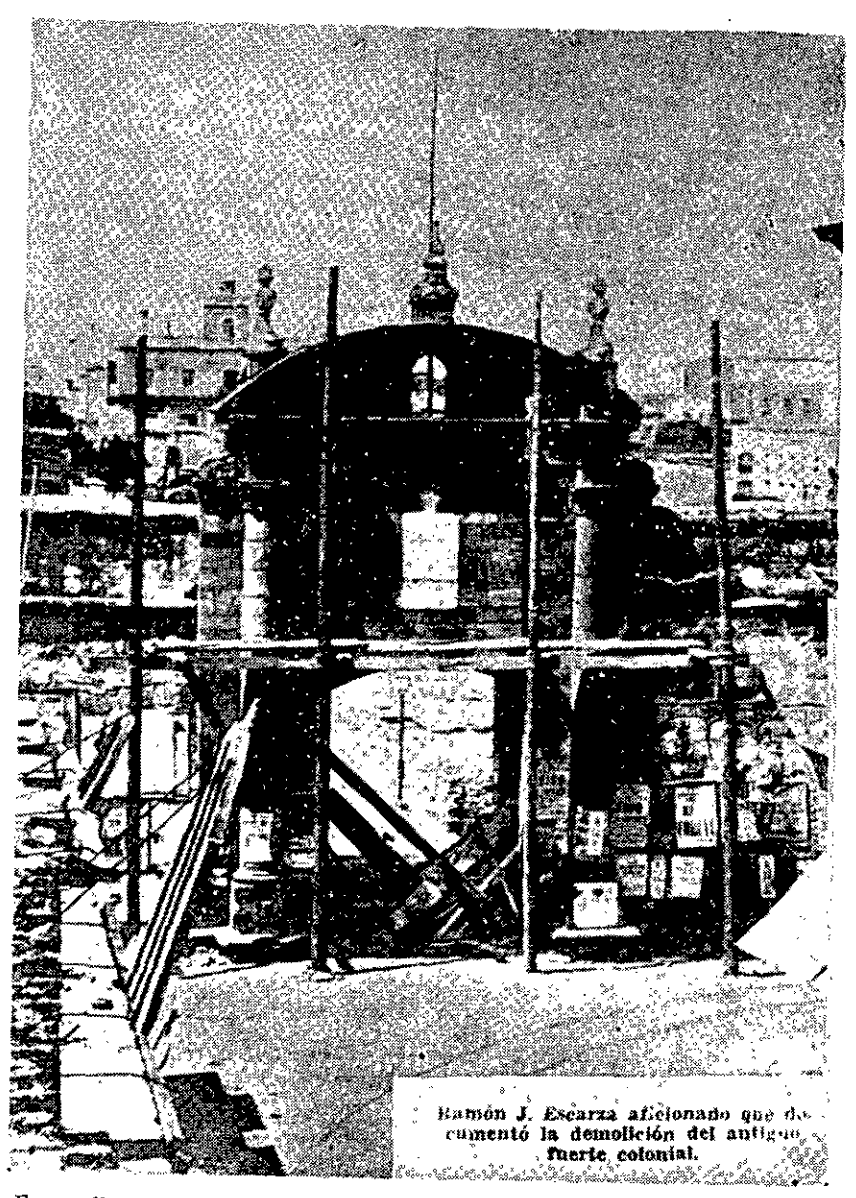
Resumen de las recomendaciones.

Los abajo firmantes después del detenido estudio de estos problemas, meditados también frente a la experiencia y normas de los más conspicuos centros de restauración del momento actual, se permiten resumir y subrayar así sus recomendaciones:

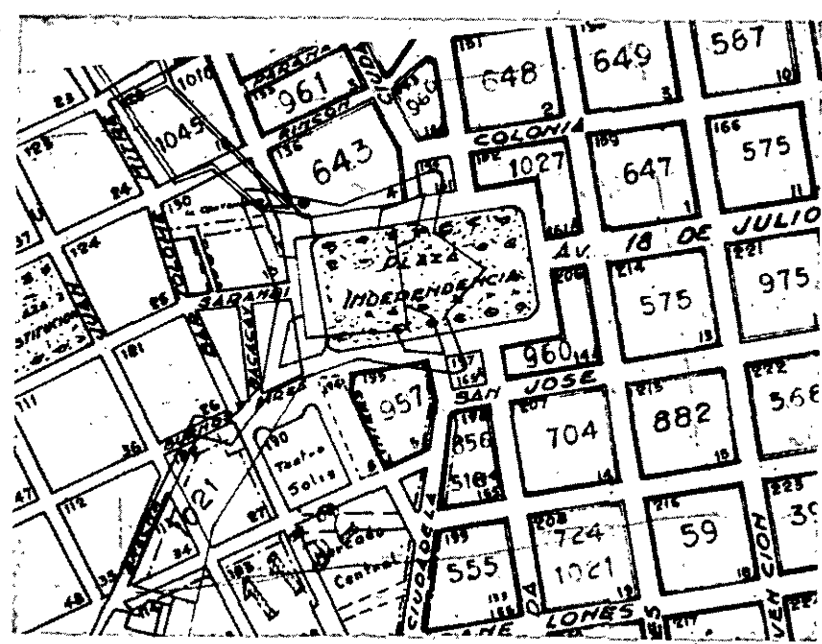
1) Situar la puerta en su lugar exacto. Para su ubicación se acompañan copias de los planos de relevamiento catastral del Ing. Juan Alberto Capurro que permiten con facilidad hallar la exacta posición. Con poco esfuerzo, pues, es posible encontrar los cimientos originales y hacer que sobre ellos vuelva a descansar la puerta de la Ciudadela.

2) Respetar en todo el actual estado del monumento. Se harán solamente los trabajos relativos a la conservación y consolidación sin agregar ninguna obra de carácter historicista.

3) Se insiste en no añadir nada al monumento de carácter estilístico. Se aconseja agotar todas las posibilidades para encontrar la piedra donde se hallaba esculpido el escudo español; de ser encontrada volverá a su lugar original sin ningún retoque y conservando las huellas de la destrucción del emblema hispánico.



Fotografía tomada en el *momento que va a procederse* al desmontaje de la puerta de la Ciudadela.



Sobre el actual trazado urbano de la plaza de la Independencia y sus adyacencias se ha trazado el contorno de la Ciudadela y sus fosos. Plano ejecutado por Juan C. Vila y proporcionado por el Banco Hipotecario del Uruguay.

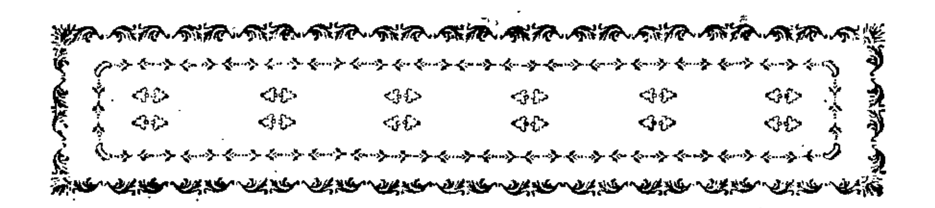
4) Las obras a realizarse han de tender más que nada a dar estabilidad al monumento y su expresión exterior ha de evidenciar su carácter de obra contemporánea.

5) Aconsejamos fervorosamente que la puerta sea trasladada sin desmontarla. En el caso de que esta idea no prevaleciese, antes del desmontaje, se sacará un calco de la puerta pues además de ser una buena precaución ante una posible destrucción del monumento, será de insustituíble ayuda para el nuevo montaje. Las piedras se numerarían entonces en el original y en el calco antes del desmontaje.

Como última recomendación para la futura conservación del monumento se aconseja aislarlo de las filtraciones de agua del suelo con una capa que impida la absorción de humedad por capilaridad y de las aguas pluviales recubriendo las partes superiores con láminas de metal inoxidable.

Montevideo miércoles 18 de diciembre de 1957.

Luis Bausero **Violeta Bonino de Langguth**



Don JUAN GIURIA

28 de Noviembre de 1957

Una determinante de justicia y de dolor, nos lleva a consagrar estas páginas a Don Juan Giuria. El noble compañero ha muerto, y se cierra así el ciclo de una vida tan profundamente vinculada a la Sociedad Amigos de la Arqueología; queda un vacío sobre cuyo espacio nadie puede poner la planta: era irremplazable. ¿Podríamos decir algo más en la severidad y medida de un elogio? Aquí donde a lo largo de más de treinta años, tantos beneméritos compañeros dejaron una huella perdurable, el nombre de don Juan Giuria evoca por sí solo, una trayectoria fundamental en nuestra extensa faena.

El más sólido elogio de su personalidad, está en decir con sencillez lo qué fue y lo que hizo. Algo puede contribuir a fijar esa obra, una mención de sus títulos, y algunos traemos aquí:

1904 – Arquitecto egresado de la Facultad de Matemáticas.

1905 – Profesor de Historia de la Arquitectura en la Facultad de Matemáticas.

1905 – Realiza un viaje de estudios a Europa.

1913 – Catedrático de Historia de la Arquitectura en la Facultad de Matemáticas.

1915 – 1942 – Catedrático de Historia de la Arquitectura en la Facultad de Matemáticas.

1915 – 1938 – Varias veces Delegado del cuerpo docente al Consejo Directivo de la Facultad de Arquitectura.
Varias veces Decano interino de la Facultad de Arquitectura.

1934 – 1936 – Delegado de la Facultad de Arquitectura al Consejo Central Universitario.

1937 – 1942 – Director del Instituto de Arqueología Americana, del cual fue miembro Fundador y Organizador y designado posteriormente Miembro de Honor.

1938 – Viaje de Misión de Estudios e Investigación Histórica a Bolivia.

1940 – Viaje de Misión de Estudios e Investigación Histórica a Paraguay.

1942 – Viaje de Investigación Histórica a Porto Alegre, presidiendo la Delegación Uruguaya a la celebración de la Segunda Semana Oficial del Ingeniero.

1944 – Viaje de Misión de Estudios e Investigación Histórica a las Misiones Jesuíticas del Paraguay.

1950 – Designado por el Consejo Directivo, Profesor Emérito de la Facultad de Arquitectura de Montevideo.

Tomó parte en numerosos actos académicos, realizó conferencias y publicó numerosos trabajos, el último de ellos, durante el año 1955, en el Instituto de Historia de la Arquitectura y cuyo 2º tomo se encuentra en vías de publicación.

La excepcionalidad de sus trabajos, la jerarquía de su cátedra, le valieron una rara consagración dentro del ámbito nacional, y cerca y muy lejos de fronteras. Y señalamos entre otras:

Diploma Medalla de Plata de la 3ª Exposición Panamericana de Arquitectura, Construcción y Artes Decorativas. – Año 1927.

Diploma Medalla de Oro del 2º Congreso Panamericano de Arquitectos.

Socio Correspondiente del Instituto Central de Arquitectos de Río de Janeiro. – Años 1930 y 1938.

Miembro de Honor del Instituto de Arqueología Americana de la Facultad de Arquitectura. – Año 1942.

Socio Honorario de la Asociación de Arquitectos de Chile, Director Honorario de la Comisión de arte precolombiano, de la Unesco.

Numerosos instituto, academias y centros de estudios históricos le contaron, como miembro de número, Correspondiente, o de Honor. Así integró el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, la Academia Nacional de Historia de la República Argentina, la Real Academia de Historia de Madrid, la Academia Colombiana de Historia, la Academia Nacional de Historia de la República del Ecuador, la Academia

de la Historia de la Habana, el Instituto de Investigaciones Históricas del Paraguay, el Instituto de Historia del Perú, la Academia de Historia de Costa Rica, etc. etc..

Al conocerse la noticia de su fallecimiento, la Sociedad Amigos de la Arqueología, se reunió extraordinariamente, y le tributó diversos homenajes a su memoria. Y designó para hacer uso de la palabra en la inhumación de sus restos, al Profesor Simón S. Lucuix, quien llevó así mismo, la representación del Instituto Histórico del Uruguay.

He aquí su oración:

...Y teníamos la esperanza de verlo de nuevo en nuestro coloquio de amigos y compañeros; el largo tiempo de su ausencia no nos llevaba en la soledad, y en cada cita volvíamos los ojos en su búsqueda. Y ahora bruscamente ya sabemos que no vendrá a estar con nosotros. Y nos acercamos a este mármol para confiarle hasta la eternidad los restos de Don Juan Giuria.

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay y la Sociedad Amigos de la Arqueología, en cuyos nombres hablo, se inclinan con pena, y con cristiana resignación ante la adversidad del destino que nos lleva uno de los más grandes, más nobles, más buenos compañeros que en años y años se sentó punto a la mesa de labor común.

¿En dónde está el secreto de esta pena que nos llega a todos; en dónde la recóndita amargura que lacera nuestra alma, tiene su fuente de dolor, si el eco de su paso no mueve ni la hoja de la planta que sembró en su camino? Pasó silencioso en la vida, envuelto en el inmaculado tocado de su modestia. A nadie quitó un pedazo de sol; a nadie en la noche dejó de dar su mano para conducirlo en el camino anhelado en la ansiedad de saber.

Fue un maestro; tenía en la severa acepción del vocablo aquellas cualidades que le tornan paradigma y excepción: la sabiduría auténtica, el dolor de no saber más, la humildad de replegarse en sí mismo ante la duda, el reconocimiento de la ciencia agena; en suma la total valoración de la grandeza y de la pequeñez humana.

Por eso su figura que pasaba silenciosa como en el temor de despertar su propia resonancia, adquiría siempre el relieve ante el juicio de sus colegas o discípulos, en la misma proporción que buscaba ocultarla.

Maestro en el aula, maestro en lo que dejó escrito, maestro en la vida, en lo que la vida tiene y merece perpetuidad.

La Facultad de Arquitectura ha perdido un hombre que la honró como alumno, como profesor, como integrante del cuerpo directivo; fue su profesor emérito, la dignidad que por su propia jerarquía no se otorga sino como la coronación de un esfuerzo, y el reconocimiento de una labor que se perfila más allá del plano común. Hacía algunos años que su palabra no resonaba ya en el aula bien amada: la Historia de la Arquitectura. Aquella conversación o diálogo consigo mismo, cargado de sabiduría, un tanto desalineado a veces, por su propia espontaneidad, sencillo, natural, nunca desprovisto de interés, ya no tenía el auditorio oficial que siempre buscó ávido su expresión. Quizá se apartó demasiado temprano; pero no para replegarse en el descanso, sino para que otros, sus propios discípulos, ocuparan su sitio, y tuvieran la hora propicia para igualarle o aventajarle. Con qué inmensa satisfacción veía el triunfo de los que fueron sus alumnos, y lo seguían siendo, porque a despecho del retiro, su palabra continuaba enseñando, a la manera de los astros que tras la curva del horizonte siguen proyectando sobre lo alto su estela de luz...

Había formado escuela y por eso su enseñanza trapasa una y otra generación para reverdecer hasta que llega el término del glorioso ciclo.

La ilustre corporación en cuya representación tengo que decir estas palabras se honró en contar a Don Juan Giuria entre sus miembros de Número; y con ser elevada esta dignidad, había consenso unánime entre sus cofrades de llevarlo a la categoría de Miembro de Honor, si las circunstancias de una vacante lo hubieran permitido; y no lo fue antes, porque razones reglamentarias imponen tiempo determinado que el eminente colega no había cubierto. Pero no necesitaba de esa preeminencia para que en el cenáculo gozara de aquella consideración excepcional que se sobrepone a menudo a la rigidez de la norma y conquista el acatamiento espontáneo solo merecido también por la excepcionalidad de los atributos personales de quien los lleva.

Y aquí así mismo ejerció su cátedra de Historia de la Arquitectura; en el campo de la producción escrita, con todo acierto concretó su labor a la Arquitectura de la América Hispánica, sin excluir la de ascendencia o de sello Lusitano. Con la amplitud de saber, con el ahinco del estudio, con el juicio histórico, con el plan y la hermenéu-

tica que utilizó, están marcados con caracteres firmes e inconfundibles, sus trabajos sobre la Arquitectura en el Uruguay, la Arquitectura en el Paraguay, la Arquitectura en el Brasil, la Arquitectura en el Bajo y Alto Perú, *por no señalar sino sus trabajos de mayor volumen*. Pero tanto como ellas, están en el plano de la demostración de sus cualidades de investigador e historiador, sus monografías que llamaremos menores atendiendo sólo a la materialidad de sus páginas, sus dictámenes, sus informes, que guardan siempre la clásica seriedad y reciedumbre que los distingue.

Hace veinte años fui testigo de un hecho que me llenó de satisfacción personal por el vínculo de amistad que me unía a Don Juan y de gratitud patriótica porque era un maestro de mi tierra oriental quien merecía la distinción que paso a señalar. Se realizaba en Buenos Aires, en ocasión de conmemorarse el 4º centenario de su fundación, el 2º Congreso Internacional de Historia de América, con asistencia de calificadas delegaciones de las veinte repúblicas americanas. En el orden de los trabajos se dictaron conferencias y expusieron estudios sobre historia de la arquitectura; intervinieron en ellos especialistas eminentes, maestros acatados. Uno de los temas provocó disparidad de opiniones y aún debates un tanto apasionados. Se buscaba naturalmente en las opiniones más autorizadas y respetables, el apoyo en favor de tal o cual tesis. Y recuerdo bien que tratadistas de la talla de Martín Noel, de Buschiazzo, de Mathus Hoyos, argentinos; de Benavidez chileno; de los no menos eminentes Dr. José Gabriel Navarro, de Ecuador; de Uriel García, de Perú; de Toussaint, de México; Elzeano Boix del Uruguay, exponían los puntos de vista con la jerarquía propia de aquel cónclave que habría honrado a la más docta asamblea ecuménica. Poco había intervenido nuestro compatriota en la agitada palestra donde se había infiltrado a destiempo y fuera de lugar, cierta rencilla de campanario mayor y menor. Y simultáneamente Navarro, Toussaint y Buschiazzo requirieron, casi como a la demanda de un pronunciamiento de fallo definitivo, la opinión de Don Juan Giuria que, como siempre se mantenía replegado en su inseparable modestia y en su inseparable sabiduría.

Como quien dicta una clase diaria, con la misma naturalidad, con la misma llaneza expositiva, Don Juan dió su parecer; y habló durante más de media hora: nadie le interrumpió, todos lo siguieron como se

sigue a un maestro doblemente respetable por su saber y por su ecuánimidad. Y con qué profunda satisfacción, repito, oímos estas palabras pronunciadas por varios intervinientes y rubricadas por el consenso unánime: "Es que es un maestro el que habla"; y estas mayores: "nadie conoce más que Giuria en historia de Arquitectura de América"! El recuerdo me llena todavía de emocionado sentimiento y este minuto solemne me presta triste oportunidad para decir que vuelve a la tierra, un oriental que honró la tierra oriental.

Y tanto, como esas cualidades mayores que he señalado, Don Juan Giuria tuvo otras virtudes que perfilan su personalidad sin sombras: la corrección en sus procederes, la lealtad con sus ideas y sus ideales, la firmeza en sus convicciones, el cumplimiento del deber, la devoción por las cosas que tocan nuestro acervo histórico y arqueológico, el sentido indeclinable de la amistad, el sometimiento a los dictados de la justicia,... y pongo, punto final, porque obediente al mandato del exégeta, el elogio como las aguas bíblicas se detiene en las cumbres.

Don Juan Giuria: el Instituto Histórico y la Sociedad Amigos de la Arqueología dejan en mis palabras la expresión de su dolor; pero por sobre la congoja que irá siempre en nuestro corazón al evocarlo hasta el fin de los días, proclamamos la verdad del excéptico pensador francés, como un desquite de la transitoria circunstancia: Era un hombre, junto al cual, la especie humana adquiere una dignidad que ilumina la conciencia y otorga el derecho de llamarse inmortal.

He dicho.



EXTRACTOS DE ACTAS DE 1957-58

Acta Nº 697. — Marzo 27. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría el Sr. Raúl S. Acosta y Lara: Arq. Juan Giuria, prof. Leonardo Danieri, Prof. Alberto Reyes Thevenet, Ing. Mario Fontana, Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla, Ing. Jorge Aznárez.

Licencia al Secretario Sr. Carlos Gutiérrez Lebrun. — Dado su precario estado de salud se le concede por tiempo indeterminado.

Donación Carlos Seijo. — Se da lectura a una nota del Dr. Gonzalo Cibils Marques que la anuncia establecida por cláusula testamentaria por $ 500. Se destaca el generoso gesto y a proposición del Ing. Aznarez se comete al Sr. Arredondo, con quien el donante tenía una vieja amistad, la redacción de una nota gráfica con un texto que destaque su obra como dibujante y como pintor.

También, por su iniciativa, concreción de una ponencia del Sr. Reyes Thevenet, se remite nota al Concejo Departamental de Maldonado sugiriéndole se recuerde en la nomenclatura de San Carlos su nombre por haber nacido en esa población y por haber reiteradamente rememorado su pasado en sus libros.

Santa Teresa y San Miguel. — El Prof. Reyes formula una exposición que pone de manifiesto el desarrollo anormal en que actúa la Comisión Administradora que integra como representante del organismo. El Sr. Arredondo apoya la exposición y destaca la corrección con que actúa el delegado.

Renuncia del Secretario Acosta y Lara. — La presenta imposibilitado de atender las tareas propias del cargo por exijencias de sus ocupaciones particulares; agregando que son iguales los motivos que impiden la asistencia a las reuniones del consocio Sr. Rubio.

Delegado en la Unesco. — El Sr. Presidente manifiesta que durante el receso recibió una nota del Ministerio de Instrucción Pública solicitando su designación con urgencia por tener que instalar la filial uruguaya en un plazo próximo a vencer, por lo cual, previa conversación con algunos colegas, se indicó al Sr. Raúl Santiago Acosta y Lara, poniendo a consideración lo actuado. Por unanimidad se aprueba la conducta de la presidencia.

Local para depósito. — Igualmente da cuenta de haber proseguido, durante el receso, las gestiones iniciadas logrando de la Biblioteca Nacional la cesión de la estantería de que informa que ha sido depositada en el Museo Municipal a su cargo, provisoriamente.

El Sr. Acosta y Lara da cuenta que está lista la placa a colocar a la entrada del local de la calle Uruguay sugerida por el municipio quien facilita gratuitamente dos habitaciones de ese local en el que está instalado el Museo de Reproducciones Artísticas, pero da cuenta de algunas dificulades surgidas para su colocación que espera serán en breve vencidas.

Puerta de la iglesia y convento de San Francisco. — El Sr. Danieri destaca su trabajo recientemente publicado en el Suplemento de "El Día" sobre esa pieza que estuvo largo tiempo en la Universidad del Trabajo, hoy en el Museo Histórico Nacional, que en su opinión nunca perteneció a la capilla de los Ejercicios como alguno ha supuesto.

Acta Nº 698. — Abril 24. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría el Sr. Carlos Gutiérrez Lebrun: Arq. Juan Giuria, Prof. Alberto Reyes Thevenet, Prof. Leonardo Danieri, Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla, Ing. Mario Fontana, Arq. Violeta Bonino de Langguth.

Revista y publicación de la Colección de Viajeros. — El Sr. Presidente insiste en lo que anunciara en la reunión anterior sobre la imposibilidad de sacar la Revista a pesar de estar paga pues la empresa editora promete y no cumple.

Tan pronto como se reciba y distribuya, pese a que la Comisión de Revista está facultada para disponer lo que a la misma corresponda, en el deseo de tener informada a la Directiva de lo con ello relacionada, manifiesta en su nombre, que el tomo XV que entrará en máquina en cuanto se pueda, se comenzará a publicar la Colección de Viajeros aprobada en reuniones anteriores adelantando extensa in-

formación sobre el particular cuyas partes fundamentales constan en el acta que se extracta.

Se produce una amplia y aprobatoria conversación en la que también interviene el Prof. Flavio García que estando en antesalas se invita a pasar, a quien se le encomienda prologar y comentar una versión inédita del viaje de la expedición científica de Alejandro Mala Espina que tiene en copia microfilmada, al igual de la confiada al coronel Rolando Laguarda Trías respecto a la expedición de Martin y Pero Lopes de Souza. El prólogo y la amplia introducción con una perspectiva histórica de los Descubridores y Adelantados, será obra del Sr. Arredondo, quien dirigirá la Colección trabajada en equipo interviniendo, a más de los nombrados, los profesores Simón Lucuix y Eduardo de Salterain y Herrera, el Dr. Carlos Basabe Castellanos, etc., teniendo cada uno el comentario de uno o más viajeros.

Homenaje al Dr. Carlos Seijo. — El Sr. Arredondo presenta el plan al cual piensa ajustar la acción que se le encomendara en la sesión anterior.

DELEGADO EN FRANCIA. — A propuesta del Sr. Montero Zorrilla, a título de ensayo, a don Alvaro Guillot Muñoz.

Nuevo socio. — A propuesta de los Sres. Arredondo y Reyes se acepta al Sr. Juan Gadea.

Estado de Tesorería. — El Ing. Fontana da cuenta circunstanciada de la misma, estado de la cobranza, designación de nuevo cobrador, etc. siendo aprobado todo lo actuado.

Santa Teresa y San Miguel. — El Prof. Reyes vuelve a plantear la situación ilegal en que está la administración de esos lugares, y propone tratar en una próxima reunión la conveniencia de retirar el delegado.

El Sr. Arredondo corrobora la anormalidad pero estima que debe procederse de acuerdo con el Instituto Histórico —de quien es delegado— por cuanto estima irrenunciables esos mandatos en lo que se refiere a la representación de dichos organismos, cuyos delegados pueden cambiarse o en tal caso, sustituirse.

Acta Nº 699. — Mayo 8. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría los Señores Carlos Gutiérrez Lebrun y Arq. Violeta Bonino de Langguth. Asisten Prof. Alberto Reyes Thevenet, Prof. Simón Lucuix, Ing. Mario Fontana.

Licencia al secretario R. S. Acosta y Lara. — Se le concede, mientras subsistan las causas que le impiden concurrir.

Secretario interino. — Se designa a la Arq. Violeta Bonino de Langguth.

Nuevos socios. — Presentado por los Sres. Arredondo y Reyes se acepta la propuesta a Prof. Flavio García.

Subsidio para la Revista. — Se da lectura a la nota del Concejo Departamental otorgando una de seis mil pesos para el tomo XV.

Moción de confianza al Sr. Presidente. — La formula el Ing. Fontana y obtiene unanimidad y al aceptarla, reconocido, el Sr. Arredondo expresa que no ha hecho otra cosa que cumplir con su deber.

Etnografía. — La Sra. de Langguth informa circunstanciadamente sobre el resultado de las excursiones de interés arqueológico realizadas por el Centro de Estudios de Ciencias Naturales al Cabo Polonio, en la costa atlántica, en Rocha, y a la Sierra de la Aurora, en Rivera, exposición que es oída con el mayor interés por los presentes motivando interesantes dialogados.

Renuncia del Sr. José Joaquín Figueira. — Se acepta la que presenta como Secretario y como asociado al Sr. Carlos Gutiérrez.

Acta Nº 700. — Junio 5. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en Secretaría el Sr. Carlos Gutiérrez, Arq. Violeta Bonino de Langguth. Asisten: Prof. Alberto Reyes Thevenet, Prof. Simón Lucuix, Ing. Mario Fontana, Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla, Sr. José Luis Rubio, Ing. Jorge Aznárez, Srta. Hebe Giray, Sr. Kleber Kröger.

Colección Freitas. — Habiendo dado cuenta la Secretaría en una reunión informal celebrada en ausencia del Sr. Presidente, ausente en campaña, de una nota enviada por el Sr. Joaquín Figueira con motivo de la entrega de la colección del epígrafe a la Sociedad Amigos del Museo Nacional de Historia Natural, de que tienen conocimiento los presentes, por unanimidad se resuelve: 1º No considerarla por no guardar estilo, tanto en lo personal para algunos de los señores socios, como por la falta de consideración al cuerpo, conservándola, no obstante, archivada y lacrada en poder del Sr. Secretario Gutiérrez Lebrun al que fuera dirigida, como documento para una posible acción judicial a plantearse subsiguientemente en el futuro si se considerase conveniente hacerlo. 2º Recabar de los consocios que han intervenido en la

recepción, custodia, depósito y entrega del conjunto Freitas, etnográfico y bibliográfico, señores Fontana, Montero Zorrilla, Kroger, Acosta y Lara, Rubio, Danieri y Sra. Langguth informen sobre el particular, individual o colectivamente a gusto de cada uno, formándose expediente del todo para dejar constancia de los correctos procederes habidos que desinteresadamente han intervenido en el asunto. Se hace presente que no se incluye el nombre del Sr. José Joaquín Brun, por hallarse ausente del país.

Comisión de Santa Teresa y San Miguel. — El Sr. Reyes informa sobre los últimos pasos realizados con el pleno apoyo de la corporación y que provocaran en el Parlamento un llamado a sala del Sr. Ministro de Defensa Sr. Florentino Guimaraens para que informe qué medidas tomó el Poder Ejecutivo ante la actitud ilegal de su representante general Carlos Goñi, que hoy, precisamente, hace un año que actúa solo en la administración de los parques y fortalezas contrariando la voluntad del legislador que dispone en cuatro leyes de clarísimo texto, que sea efectuada por un colegiado de tres.

El Sr. Arredondo manifiesta que la exposición del Sr. Reyes refleja la verdad de los increíbles hechos producidos y pormenoriza las incidencias habidas. Los presentes aprueban la conducta del Prof. Reyes que ha defendido los aspectos legales de este asunto y que ha merecido el apoyo de la totalidad de la prensa capitalina que se ha ocupado del tema con reiteración.

Acta Nº 701. — Julio 4. Preside don Horacio Arredondo, en secretaría el Sr. Carlos Gutiérrez Lebrún y Arq. Violeta Bonino de Langguth: Arq. Juan Giuria, Ing. Mario Fontana, Prof. Alberto Reyes Thevenet, Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla, Prof. Leonardo Danieri, Sr. José Luis Rubio, Sr. Kleber Kröger.

Se da cuenta que la Directiva no fue citada en los dos últimos miércoles por coincidir con un feriado y con una huelga del transporte, respectivamente.

Estado de Tesorería. — El Sr. Tesorero da cuenta que se han colocado a nombre conjunto del Presidente y del Tesorero la suma de $ 2.958.45 saldo de la donación Gallinal y que se ha cobrado $ 5.940 importe de la subvención de $ 6.000. Asimismo de la cobranza de $ 300 importe de venta de la Revista y de $ 320 que, con los descuen-

tos de ley es el saldo de la donación Seijo de $ 500. Todo lo cual, $ 8.898 por disposición de la Presidencia se ha colocado en Caja de Ahorro devengando interés, quedando en caja un saldo de $ 338.47 para gastos.

Se aprueba lo actuado.

Revista. — Se da cuenta de las demoras injustificadas en su publicación y del hecho que debido al mal estado financiero de la firma editora, que ha gastado los tres mil pesos que se adelantaran para compras de papel, la Presidencia propone se designe una comisión especial que corra con todo lo relativo a la dilucidación de este enojoso asunto. Se aprueba y se integra con los Sres. Reyes, Kröger y Rubio.

Comisión de Santa Teresa. — El delegado vuelve a plantear la situación ilegal de ese organismo y dada la inercia del Poder Ejecutivo presenta renuncia.

Considerada, no siendo aceptada y habiendo sido sustituído el Sr. *Florencio Guimaraens por el Sr. Juan Rodríguez Correa se resuelve* que una delegación de la sociedad formada por los Sres. Reyes, Lucuix, Danieri y Fontana se apersone al nuevo Secretario de Estado.

Acta Nº 702. — Agosto 7. Preside el Sr. Horacio Arredondo, actuando en la secretaría la Arq. Violeta Bonino de Langguth: señores profesores Simón Lucuix, Alberto Reyes Thevenet y Leonardo Danieri, Ing. Mario Fontana, Sr. Juan Carlos Montero Zorrilla.

Revista. — El Sr. Reyes hace, en representación de la sub Comisión designada para activar su edición, una larga exposición que merece pleno apoyo, por la cual aquella le suministrará por su cuenta el papel a cambio de los costos de impresión, más o menos equivalentes, que corren por la firma impresora.

La Chacra de Cavia. — El Prof. Lucuix manifiesta que, dado lo avanzado de la hora, se abstiene de plantear la posible e inadvertida demolición por el Municipio de una construcción ubicada a la iniciación de la avenida Italia que ciertos diarios dan como lo que quedaba de las casas de Manuel Cavia en cuyo recinto principal se celebró el Congreso del año XIII en el cual, en gesto democrático ejemplar, Artigas resignó el poder, y de cuyas deliberaciones emanaron las célebres Instrucciones fundamento del federalismo platense que los dipu-

tados orientales designados por dicho cuerpo popular tenían orden de propiciar ante el Congreso General Constituyente que se celebró ese año en Buenos Aires y que se proponían sostener como ideal de gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata, propósitos malogrados por los motivos de todos conocidos.

El Sr. Arredondo manifiesta que está de acuerdo que se trate en la próxima reunión este asunto por cuanto le dará oportunidad de exponer ante los presentes: que espera llevar al ánimo de los compañeros la seguridad de que esa demolición no afectó para nada la histórica casa cuyos restos alterados fueron demolidos en fecha muy anterior a la actual, cuando se ensanchó el antiguo camino de la Aldea —hoy avenida Italia—, así como lo que de menor interés pudo quedar con motivo de la apertura de la calle Avelino Miranda cuando su conjunción con la avenida Italia.

Y anticipa que la demolición de los supuestos restos se llevó a cabo a raíz de los informes que produjera a requerimiento de la autoridad comunal como director honorario del Museo Municipal y que han sido confirmados por otros conductos, entre ellos, por un reciente pronunciamiento de la Comisión de Estudios Históricos y Arqueológicos de la Comuna.

Acta Nº 703. — Agosto 14. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría Arq. Violeta Bonino de Langgth: Prof. Leonardo Danieri, Prof. A. Reyes Thevenet, Prof. Simón Lucuix, Ing. Mario Fontana, Srs. J. C. Montero Zorrilla, José L. Rubio, Enrique Enrique Berouet, Alfredo Langguth, Luis Bausero. Ausente con parte de enfermo el Sr. C. Gutiérrez Lebrun.

La restauración del Cabildo. — El Sr. Presidente en su calidad de integrante —con los arquitectos Julio Abella Trías y Raúl Cohe Piriz— de la Comisión encargada de su reacondicionamiento, en vista de alguna crítica habida sobre el plan de obras, hace una extensa exposición sobre el particular justificativa de las tareas que se realizan.

Dada su extensión y el hecho de que se resuelve insertar en la Revista un extracto de la misma en la sección "Noticias de interés arqueológico" se resuelve no incorporarla in totum en acta, bastando esta mención y el extracto referido.

Acta N 704. — Agosto 21. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría, Arq. V. B. de Langguth: Ing. Mario Fontana, Profs. L. Danieri y A. Reyes Thevenet, Srs. Juan C. Montero Zorrilla, y José L. Rubio, Contralmirante Dr. Carvajal, Srs. L. Bausero, E. Berouet y A. Langguth.

Reformas en el Cabildo. — Prosigue su exposición el Sr. Pte. H. Arredondo, manifestando que la investigación en los archivos ha puesto de manifiesto que en 1857 se completó posiblemente la bóveda de la Sala de la Cámara de Diputados, que da en planta alta a la calle Sarandí, manifestando que se ha documentado la utilización en los pavimentos reacondicionados en esa época por el contratista Sr. Vicente Lema, de baldosa francesa. Prosigue la investigación en los archivos de la Cámara de Diputados y Senadores. El prof. Danieri manifiesta que una ley de 1901 fue sancionada, disponiendo la inversión de las utilidades de una acuñación de moneda de níckel para obras del Cabildo, en la parte ocupada por la Cámara de Representantes, y para mobiliario etc.

Finaliza el Sr. Arredondo su exposición, manifestando que la comisión que corre a cargo de la restauración del Cabildo tiene un mandato imperativo a cumplir, pues el decreto de creación inserta en la parte pertinente un considerando que dice: "Atento a la necesidad de encarar de inmediato las obras de restauración del Cabildo de Montevideo; considerando que las mismas implican soluciones que contemplen no solamente aspectos técnicos, sino también históricos y artísticos, a **fin de devolver al edificio las características** que aparte de su valor permanente histórico, **lo definieron como una pieza de positivo valor de nuestro medio, dentro de las tendencias imperantes en la época en que fuera construído".**

Sobre los supuestos materiales de las antiguas poblaciones de la chacra de Cavia. — Don Horacio Arredondo hace una reseña de las incidencias principales de la ubicación del lugar donde se realizó el Congreso de 1813, que, a su juicio, demuestran acabadamente, que las construcciones demolidas recientemente no pertenecían al local donde se realizó dicha asamblea, si bien estaban en el predio de Cavia, que ocupaba varias hectáreas en derredor.

El Contralmirante Carbajal manifiesta que ha oído con sumo interés la exposición y que las conclusiones a que ha llegado las tras-

mitirá al Club Rivera de su presidencia, donde se había conversado sobre el asunto.

El Sr. Arredondo expresa que la prensa se ha ocupado del tema, y que algunas instituciones como la Asociación Dámaso Larrañaga se han puesto en acción alarmadas por esta supuesta demolición. Y termina manifestando que es plausible y altamente reconfortante ver que despierta interés público la custodia y conservación de lo que las pasadas generaciones nos han legado; constatación en la que están acordes todos los presentes.

Local del Asilo Dámaso Larrañaga. — El Ing. Fontana y el Sr. J. L. Rubio, hacen presente que han sido vistos por nuestro consocio Sr. Miguel Klapenbach, quien desearía saber si la Sociedad acompañaría un movimiento iniciado por la Sociedad de Antropología encaminado a ocupar, una vez refaccionado, el vasto edificio del Asilo Larrañaga, que ha sido recientemente desalojado por las precarias condiciones en que se encontraba. El espacioso alojamiento, sería ocupado por distintas instituciones científicas, entre ellas el Museo de Historia Natural, las arriba citadas y algunas otras similares. Con este motivo se producen un cambio de ideas, sosteniendo los presentes, unánimemente su apoyo a esa iniciativa, y refiriéndose en especial a las condiciones precarias en que tiene que desenvolverse las actividades del Museo de Historia Natural en el mayor desamparo del gobierno, pese a las sostenidas gestiones llevadas a cabo para mejorar ese estado de cosas.

Acta Nº 705. — Setiembre 25. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en la Secretaría Arq. Violeta B. de Langguth: Prof. L. Danieri, Ing. M. Fontana, Agr. A. Reyes Thevenet, Srs. J. C. Montero Zorrilla, R. S. Acosta y Lara, J. L. Rubio, K. Kröger, L. Bausero, E. Berhouet, A. Langguth, Prof. T. García.

Nuevo local para depósito. Los Srs. Arredondo y Fontana manifiestan que la dirección del Museo de Reproducciones Artísticas, que comparte con la Sociedad Amigos de la Arqueología el local que ésta ha depositado su biblioteca y colecciones, ha solicitado las dos piezas que se retienen a tales fines en la calle Uruguay. Ofrecen en cambio un lugar equivalente en el local municipal de la Comisión de Fomento de la Unión, en la calle 8 de Octubre.

Santa Teresa y San Miguel. El Prof. Reyes Thevenet da cuenta que el P. Ejecutivo aceptó la renuncia presentada por el Gral. Goñi

de su cargo de delegado en la comisión del epígrafe, con lo cual queda definitivamente liquidada la incidencia tenida con el delegado del Instituto Histórico, Sr. H. Arredondo. Pide autorización para retirarse por razones particulares, no sin antes felicitársele por el éxito de su gestión.

El Sr. Arredondo agrega que la Comisión de Santa Teresa ya se ha reunido, y mociona para que se felicite por nota al Sr. Reyes por el resultado obtenido.

Acordes todos los presentes, el Ing. Fontana propone que en la misma se indique a nuestro delegado, Agr. Reyes, que continúe manteniendo la posición del Sr. Arredondo como Director Honorario de dichos parques, que siempre ocupara como realizador de los mismos.

Renuncia del Prof. Lucuix. Se da lectura a su texto y dado el carácter de indeclinable se acepta, lamentándose su resolución.

Descubrimiento de restos arquitectónicos coloniales. El Sr. Bausero manifiesta, que días pasados los diarios han noticiado el descubrimiento de un muro y de un conducto de piedra, abovedado, de 0.90 m. de luz, en el subsuelo del edificio en construcción para La Mañana y el Diario, en la esq. de Buenos Aires y B. Mitre, así como el hallazgo de algunas monedas antiguas. El Sr. Pte. aclara que nada efectivo puede hacerse para la conservación de dichas construcciones, por la ausencia de legislación que tutele los restos arqueológicos e históricos; recordando que existe un proyecto de ley formulado por una Comisión de especialistas, que fue aprobado hace tiempo por el P. E. y que duerme en las carpetas del Parlamento. Con este motivo, se suscita un cambio de ideas, en el cual el Prof. Danieri expone las gestiones hechas siendo presidente de la Sociedad el Sr. Santiago Abella, para conservar un trozo de la muralla y un merlón de la misma, que aproximadamente en ese mismo sitio afloraba, a la cual él y el Sr. Arredondo consideran pueda corresponder el hallazgo. En aquella época, dichas gestiones, se vieron coronadas por la conservación del pequeño resto de muralla, al cual se le agregó una placa ilustradora , ambientándose con un espacio enjardinado, interviniendo en todo esto un miembro de nuestra Sociedad, hoy desaparecido, en esa fecha Director de Obras del Municipio, Arq. Eugenio Baroffio. En definitiva se resuelve designar al Sr. Bausero y Arq. Bonino de Langguth para que visiten el lugar y produzcan un informe verbal o escrito,. que ilustre sobre el particular si lo creen pertinente.

Nota de pésame. A propuesta de varios socios, se resuelve pasar una nota de pésame al consocio Sr. J. Pivel Devoto, que tanto ha cooperado por el fomento de la Sociedad desde el Consejo Departamental que integra con motivo del fallecimiento de su señor padre.

Edificio del antiguo Asilo de Huérfanos. La Sra. Bonino de Langguth informa que tiene noticia que en los arreglos que se efectuarán en ese edificio, se están retirando los techos de madera para ser trasladados a otras dependencias del Concejo del Niño, en Toledo, propiedad donada al Estado por la Sucesión García Lagos, dando a la vez aviso de que existe una interesante escalera de hierro de caracol, similar a la existente en el Cabildo, y otra en el Club Nacional de Regatas y en el Seminario, en Instrucciones y Propios.

Acta Nº 706. — Octubre 30. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en Secretaría V. Bonino de Langguth: Ing. M. Fontana, Prof. L. Danieri, Ing. J. Aznárez, Srs. J. C. Montero Zorrilla, L. Bausero, A. Langguth, y J. A. Gadea.

El Sr. Arredondo, manifiesta que estando a consideración del parlamento, un proyecto de ley, por el cual las bellezas naturales dignas de perpetuarse que puedan existir en el país, así como los parques nacionales, pasarían a jurisdicción del Ministerio de Obras Públicas, consulta a la directiva sobre la opinión que pueda haber y luego de un cambio de ideas, se resuelve que hay interés en que esas funciones queden en jurisdicción de la Comisión N. de Monumentos Históricos, según el proyecto que consta en el N 13 de la Revista de la Sociedad.

Puerta de la Ciudadela. El Sr. Presidente da cuenta que el Concejo Departamental ha resuelto trasladar la puerta de la Ciudadela de la fachada Sur de la Universidad del Trabajo, donde se encuentra actualmente, a su emplazamiento primitivo de la Plaza Independencia. Se suscita con este motivo un amplio cambio de ideas, resolviéndose tratarlo una vez que se expida una comisión especial que al efecto se designa, integrándola con los Arqts. J. Giuria, V. Bonino de Langguth, y L. Bausero.

Quinta de Cavia. Ante la nueva gestión promovida por la Sociedad Artiguista ante el Concejo Departamental proponiendo la reconstrucción del local donde se dictaron las Instrucciones del año 13, el Sr. Arredondo manifiesta que los terrenos a partir de la muralla

hasta el actual Camino Propios, eran los Propios de Montevideo, arrendándose periódicamente a los interesados, ya sea para explotarlos como chacras, pastoreo etc., o instalación de comercios. Era un arrendamiento con ciertos visos de enfiteusis, pues las bienhechurías que podía hacer el arrendatario, quedaban a beneficio del Municipio, de modo que las construcciones que se levantaban eran precarias, especialmente las de chacras y explotación agropecuaria, siendo las más estables para pulperías y saladeros. El Sr. Gadea coincidió en lo fundamental con lo ya expuesto, corroborando que la salida fiscal del predio aludido, es de 1831, extendido a favor de José Antonio Gómez, por la Junta de Propios, según el Agr. Teodoro Egaña. Por otra parte no hay la menor información sobre el alzado de ese edificio, y ni siquiera de la planta en 1813, ya que el plano de Bartolomé Muñoz y el que obra en poder del Sr. Julio Micoud, son de ubicación exclusivamente planimétricos.

Acta Nº 707. — Noviembre 22. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en Secretaría Arq. V. Bonino de Langguth: Ing. M. Fontana, Prof. L. Lucuix, Srs. J. A. Gadea, A. Linardi Montero, L. Bausero, T. de Asunçao.

Revista de la Sociedad. Se consideran las propuestas presentadas por Monteverde y Cía. y L.I.G.U. por valor de $ 400 y $ 300 respectivamente, aceptándose esta última, y concertándose con el Sr. Sommer, propietario de L.I.G.U. los detalles para la impresión del tomo 15.

Se resuelve que van por cuenta de la Sociedad, los clisés correspondientes al trabajo de la colección de viajes, la sección Documentos Oficiales, noticias de interés arqueológico y homenajes.

Temas gauchescos. Se encuentra presente el Sr. Fernando Asunçao, que acaba de publicar un trabajo de gran interés sobre el gaucho, entrándose en pormenores sobre las características del mismo, y discurriéndose sobre la necesidad de seriar los objetos de uso que le son característicos, tema sobre el cual hay escasa bibliografía.

Litografías antiguas. El Sr. Arredondo muestra unas litografías que le fueran obsequiadas por el Sr. Morales, y que destina al Museo Histórico que él dirige. Se cambian ideas sobre el origen de las litografías, con temas gauchescos en su mayoría, llegándose a la conclusión que pertenecieron a la Imprenta argentina de Ibarra.

Exposición del Sr. J. A. Gadea. El Sr. Gadea exhibe copias de planos inéditos de la antigua estancia de Martín José Artigas, en Casupá y El Sauce, que se consideran de gran interés.

Entre los diversos temas tratados, se destaca el de un mojón sito en el Camino Propios, manifestando el Sr. Lucuix que se halla actualmente en el Museo Histórico Nacional, suponiéndose que hace algunos años fuera retirado de la propiedad de la familia Zás.

En cuanto al grupo de piedras existente cerca de la quinta de Tudury, cuyo casco aun subsiste, en el Miguelete, donde lo cruza el Camino Propios, acerca del cual los presentes se refieren, parecería haber desaparecido, o estar oculto por alguna nueva construcción, de las que actualmente se están levantando en esas inmediaciones.

Acta Nº 708. — Diciembre 4. Preside el Sr. H. Arredondo, en Serretaría V. B. de Langguth: Ing. M. Fontana, Prof. S. Lucuix, Sr. J. C. Montero Zorrilla, Ing. J. Aznárez, Srs. L. Bausero y J. A. Langguth. Falta con aviso el Prof. A. Reyes Thevenet.

Deceso del Arq. Giuria. — El Sr. Pte. manifiesta que debe comunicar oficialmente a los presentes la noticia que a todos conmueve; el fallecimiento del Arq. Juan Giuria, de larga y eficaz actuación en el organismo, al que prestara generosamente su decantada ilustración en las materias de su especialidad. Se extiende largamente sobre su profunda labor en los temas de su predilección; arquitectura colonial de nuestro país y de la Argentina, Bolivia, Paraguay, Perú, con notables incursiones en el Barroco Portugués del Brasil. Agrega que para la Institución es una pérdida realmente insustituible destacando como una de sus condiciones resaltantes, su generosidad, la amplitud con que respondía a todas las interrogantes, prodigándose totalmente e informando de todo lo que sabía, condición notable, nada común, características sobre su carácter y condición, acerca de los cuales los presentes se pronuncian unánimemente, de completo acuerdo.

Con el voto de todos los presentes se resuelve tomar medidas para que su recuerdo perdure, y efectuarle un homenaje en su oportunidad.

Designaciones. Se convoca al suplente, Sr. Reyes Thevenet, a hacerse cargo de la Vicepresidencia vacante, y se designa al Sr. L. Danieri, para que pase a ocupar el cargo de delegado de la Sociedad, en la Comisión Municipal de Estudios Arquelógicos e Históricos, cargos que ocupaba hasta ahora el Arq. Giuria.

Faro de Colonia. El Sr. Pte. manifiesta que ha sido informado de graves deterioros producidos en el muro del Convento de San Francisco en Colonia, y aprovecha la oportunidad del viaje que con un grupo de profesores hará la Arq. V. Bonino de Langguth, para que traiga una impresión sobre su volumen, pues está a repararse, según se le ha informado.

Alfarería de Punta Chaparro. Habiendo el Sr. P. Montero Zorrilla, adquirido material de alfarería indígena que proviene de la colección de Julio Pérez, el Ing. M. Fontana, da alguna información al respecto, por haber estado vinculado a las tareas que dieran margen a la formación de esa colección. Con este motivo el Ing. Aznárez, habla del Museo Municipal de Colonia, que dirige el Dr. B. Rebuffo, derivándose a la valiosa colección de tejidos, guacos y objetos incaicos, formada por el Sr. Fosalba, cuando representaba a nuestro país en Lima, lamentándose no esté convenientemente expuesta al público, en algún local aparente para su exhibición.

Jornadas antropológicas internacionales. V. Bonino da cuenta que acaba de tener lugar en Buenos Aires la 1ª Mesa Redonda de Antropología, presidida por el Dr. Márquez Miranda, a la que concurrió una delegación compatriota dirigida por el Dr. E. Petit Muñoz, nuestro consocio. Las jornadas tuvieron lugar en el Museo Etnográfico de Buenos Aires, que dirige el Dr. Canals Frau, y durante ellas fueron considerados y debatidos trabajos, y problemas de especialistas de distintos países de América, presentando la delegación uruguaya monografías de gran interés.

Acta Nº 709. — Diciembre 18. Preside el Sr. Horacio Arredondo, en Secretaría V. B. de Langguth: Prof. L. Danieri, J. C. Montero Zorrilla, Prof. L. Lucuix, Srs. L. Bausero y E. Berhouet.

Estela de Dr. Gallinal. El Sr. Bausero llama la atención sobre la falta de fecha indicadora del homenaje en la estela recordatoria, lo que corresponde ser subsanado por la Comisión de homenaje.

Comisión de revista. Se resuelve comenzar la publicación de la colección de los viajeros que a partir del siglo 16, visitaron el Río de la Plata, comenzándose con la introducción y prospectiva histórica y etnográfica a cargo del Sr. Arredondo, a la que seguirá el diario de Pero López de Souça, comentada por el Coronel Laguardia

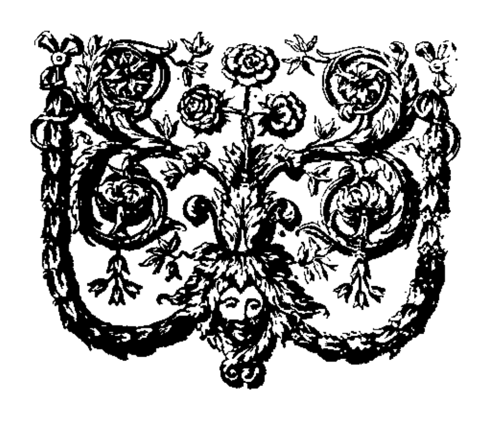
Trías, y de ser posible se incluiría el relato de Acarette du Biscay, incluyendo los viajeros hasta el 1700.

Puerta de la Ciudadela. Se da lectura al informe producido por el Sr. H. Arredondo, como director del Museo Municipal, así como al presentado por la Arq. V. Bonino de Langguth, y Sr. L. Bausero, resolviéndose, luego de un largo cambio de ideas, elevar este al Concejo Departamental, para la decisión que corresponda.

Calera de las Huérfanas. Habiéndose traído a colación la consolidación de los muros de la Capilla de las Huérfanas, el Sr. Arredondo adelanta pormenores al respecto, por haber intervenido como director de las obras, anunciando que presentará su información sobre el particular.

Estancia Narbona. Lo mismo en lo que respecta a la restauración de la antigua estancia de Juan de Narbona.

Comisión Directiva. Entrará en receso hasta el 1er. miércoles de marzo, como es de práctica.





INDICE DEL TOMO XV



CERRITO 740
MONTEVIDEO (URUGUAY)